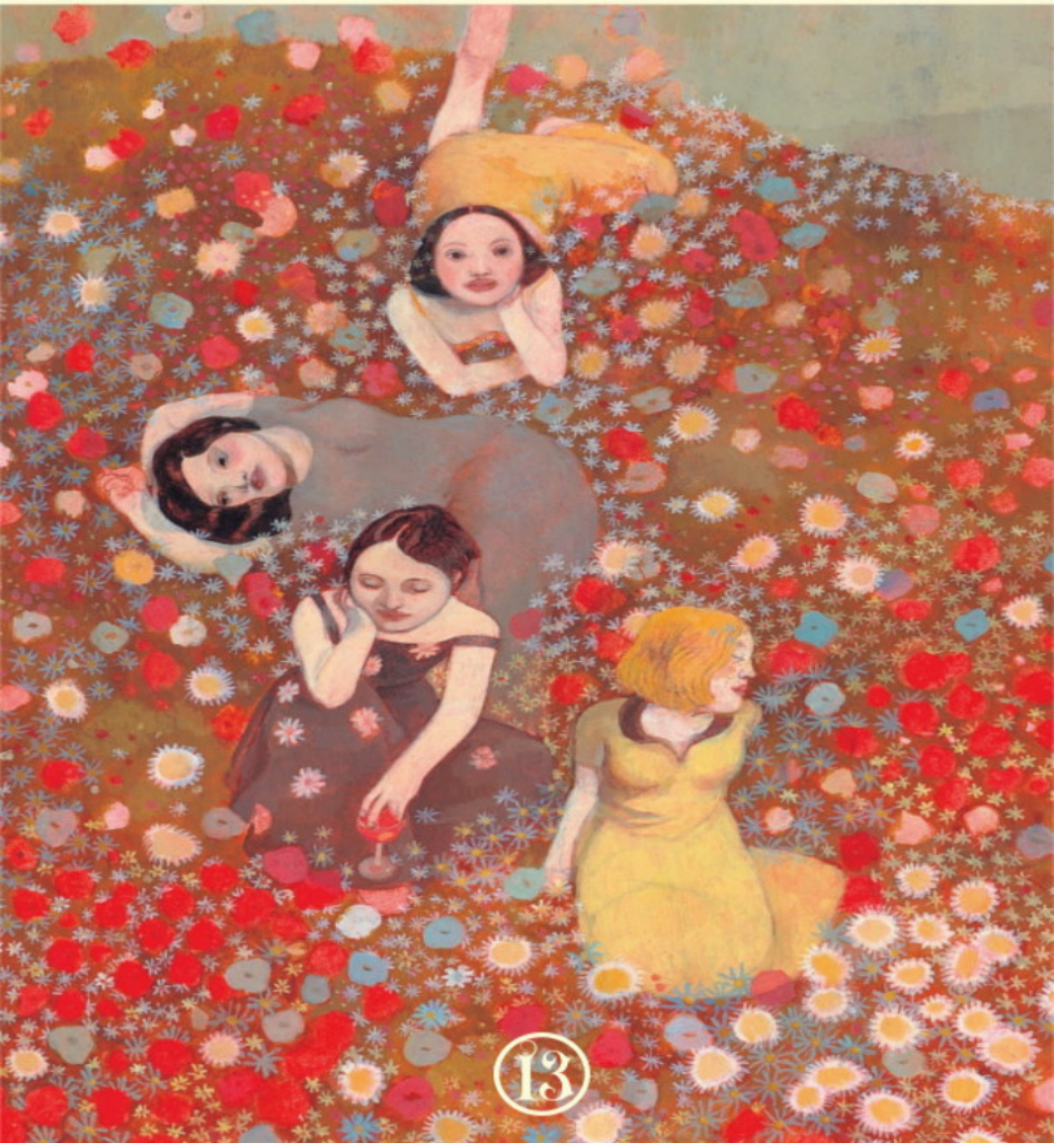
JOYCE CAROL OATES

LAS HERMANAS ZINN



Imagínense a una familia feliz que una tarde de septiembre de 1879 celebra en el campo, a orillas del río Bloodsmoor, en Pensilvania, la próxima boda de una de las cinco hijas, todas en edad de merecer. De repente, una silueta oscura mancha el cielo, y Deirdre, la menor de las hermanas, huye en un globo aerostático que la llevará muy lejos… Este hecho extravagante revoluciona por completo la vida de la familia Zinn y el destino de las chicas, que van a cambiar su apacible existencia de señoritas de bien por un vivir mucho menos digno y más aventurero: si una se convierte en periodista, la otra acabará siendo actriz y amante de Mark Twain, mientras las demás se dedicarán al mundo de la ciencia u otros menesteres impropios de su condición social, hasta que la familia vuelva a reunirse muchos años más tarde.

Las historias y los personajes que pasean su ironía por esta insólita obra, llena de situaciones cómicas e inesperadas, están al servicio de una intención clara de la autora: componer una magnífica parodia de todo el siglo XIX: desde la fe ciega en los inventos hasta el capitalismo salvaje que marcó los últimos decenios del siglo, pasando por las costumbres de alcoba de la época, nada escapa a la aguda mirada de la gran escritora. Casi podríamos decir que *Las hermanas Zinn* es el reverso burlón de *Mujercitas*, un homenaje muy peculiar que Joyce Carol Oates ha querido rendir a Louisa May Alcott y a todos sus lectores.

Joyce Carol Oates

Las hermanas Zinn

Título original: *A Bloodsmoor Romance*
Joyce Carol Oates, 1982
Traducción: Carme Camps, 2004

–

Revisión: 1.0
06.07.2023

¡Oh!, la tierra fue hecha para los amantes, la doncella y el triste enamorado,
para los suspiros y los dulces susurros y la unidad que forman dos.
Todo tiene su pareja, en la tierra, el aire o el mar,
¡solo a ti te hizo único Dios en su mundo tan hermoso!
La novia y, así pues, el novio; dos y, por tanto, uno;
Adán y Eva, su consorte; la luna y, por tanto, el sol.
La vida confirma el precepto: quien obedezca será feliz,
quien no sirva al soberano de un sombrío árbol penderá.
Lo alto busca lo bajo, lo grande busca lo pequeño,
nada encuentra quien busca, en este globo terrestre;
la abeja corteja a la flor, la flor su galanteo acepta
y celebran una alegre boda, con cientos de hojas invitadas;
el viento ronda a las ramas, y las ramas se dejan conquistar,
y el padre afectuoso pide la doncella para su hijo…
El gusano corteja al mortal, la muerte reclama una novia viva,
la noche se une al día, el amanecer al ocaso;
la tierra es una feliz doncella, el cielo un fiel caballero,
mas la tierra es muy coqueta, y rogarle en vano es lo mejor…
He aquí a Sarah y Eliza y Emeline, tan bellas,
y Harriet y Susan y la del rizoso cabello.
Tus ojos tristemente ciegos están, mas aun así quizá veas
seis auténticas y lindas doncellas en el árbol sentadas;
acércate al árbol con cautela y luego trepa osado
y toma a la que ames, ¡espacio y tiempo no cuentan!
Llévala luego al bosque y haz para ella un emparrado,
y concédele lo que pida, joya, o pájaro, o flor…
Y trae el pífano y la trompeta y haz sonar el tambor,
saluda al mundo ¡y regresa a la gloria de tu hogar!

I
EL GLOBO

1

La historia de la notable familia Zinn, que finaliza al sonar la última campanada de la medianoche del 31 de diciembre de 1899, empieza unos veinte años antes, una bella tarde de septiembre en la dorada bruma del otoño de 1879 —¡ah, cuánto tiempo ha transcurrido ya!— cuando, para confusa vergüenza y horror de su cariñosa familia y consternación de todo Bloodsmoor, miss Deirdre Louisa Zinn, hija adoptiva de John Quincy Zinn y su esposa, emprendió un precipitado paseo sin compañía alguna y, a plena luz del día, fue raptada en los terrenos de la casa solariega de sus abuelos, la histórica mansión Kiddemaster.

Es muy posible que el lector parpadee y dé un brinco, alarmado, al leer esta cruda palabra: raptada. Y, sin embargo, no se puede emplear otra si se quiere ser veraz.

En realidad, como cronista autorizada de la familia Zinn, me gustaría mucho ser más discreta al ofrecer al lector la espantosa y chocante situación que existía al principio de la historia; también me gustaría evitar que los Zinn y los Kiddemaster quedaran expuestos al repugnante mundo de los chismosos, los cotillas, los necios bienintencionados y los periodistas de toda índole, que pronto los acosarán en medio de su aflicción. No obstante, es inevitable, pues *Las hermanas Zinn* debe comenzar ese día ignominioso en que la menor de las hermanas Zinn desapareció de forma inesperada y —me siento obligada a decir— ante los ojos de sus aterrorizadas hermanas.

Que la joven Deirdre, de piel muy pálida y pelo oscuro, fuera arrebatada a sus amorosos padres y abnegadas hermanas a la virginal edad de dieciséis años sin duda es trágico; que se la llevaran en circunstancias tan insólitas, en un globo de siniestra seda negra dirigido por un piloto no identificado, es tan singular e inaudito en los anales del valle, o de cualquier otro sitio, que no se puede condenar a

los chismosos por sus crueles murmuraciones. Una niña inocente, en verdad —pues ¿qué niña de buena familia no es inocente?—; aun así, ¿no había algo extraño en esta joven señorita Zinn, algo obstinado, insolente, amenazador e indecoroso? ¿Estaba agradecida porque la había adoptado tan ilustre familia? ¿Era una cristiana lo bastante devota? ¿No era su actitud más bien furtiva, y terca la melancolía de su semblante? Y, aunque era miembro de la familia Zinn desde hacía unos seis años, hija y hermana muy estimada por todos, ¿no era curiosamente desleal?

Me alegra decir que el ignorante cotorreo de los chismosos raras veces llegaba a la familia misma, lo que les ahorraba una pena adicional.

¡Ah, Deirdre, cuántas desgracias seguirán a tu desgracia inicial! ¡Cuántas lágrimas han de ser derramadas y cuántos corazones partidos, cuántas impropias pasiones inflamadas y sorprendentes explosiones extenderán el mal entre los intachables! Y todo gracias a una jovencita testaruda que decidió ausentarse de la compañía de sus hermanas, en un estado mental rayano en la alteración, sin pensar en los sentimientos de los demás ni preocuparse por ellos.

Ahora que inicio mi crónica no puedo más que confesar que a menudo me embarga una oscura repulsión cuando pienso en todo lo que deberán soportar los Zinn en los años futuros, y también los ancianos Kiddemaster, como consecuencia de este lamentable episodio que tuvo lugar en el incorpóreo aire de Bloodsmoor, el cálido y brumoso aire dorado, como de ensueño, de un día otoñal hacia el atardecer, poco después de la hora del té.

(Espero que no se me objete que, en este punto, me apresure a informar al lector que, a pesar de que los Zinn han de sufrir una desgracia terrible y a menudo se desesperarán por la naturaleza enigmática de nuestra vida en la tierra, les aguardan numerosas bendiciones —no, triunfos—, pues es una verdad evidente, como ha declarado el muy amado poeta, ensayista y distinguido clérigo el reverendo Cornelius Potter: «A través del sombrío rostro de la Adversidad, el sol de la benevolencia de Nuestro Señor nunca cesa de brillar». Tampoco ha olvidado Dios a sus hijos especiales, ni en los períodos de mayor pesadumbre de la historia de nuestra gloriosa nación.)

El misterioso rapto no fue perpetrado de noche, ni siquiera en las

primeras sombras del anochecer, sino a plena luz del día, y a no muchos cientos de metros del esplendor de la mansión Kiddemaster, con sus blancas columnas. Al parecer, la joven dama se alejó sola por la suave y pintoresca pendiente cubierta de hierba que llegaba hasta el río, abandonando la compañía de sus cuatro hermanas mayores, que estaban sentadas en un elegante y pequeño cenador, a poca distancia de la parte trasera de la gran casa. (Tal vez conoce usted el río Bloodsmoor y está familiarizado con su ancho cauce y sus plácidas aguas, con la acompasada gracia con que discurre, serpenteando sin prisas por el sudeste de Pensilvania; ese noble y bello río, que rivaliza con el inmenso Hudson en su ágil grandiosidad y en las escarpadas alturas de sus promontorios de granito, pacífico ahora y, en verdad, consuelo para el ojo cansado, no muchas décadas atrás fue escenario de un gran derramamiento de sangre en sus orillas durante la trágica guerra entre los estados —pues Gettysburg se halla cerca— y de numerosas escaramuzas anteriores que se remontan a los años 1770 y 1780, y, anteriormente, de diversas atrocidades de los Tory y motines entre la soldadesca común, y, en los años 1650, de las crueldades de los codiciosos holandeses contra los pioneros escandinavos que habían realizado algún pequeño y valiente esfuerzo por establecerse en nuestro valle.)

Aunque más adelante se descubriría que Deirdre Louisa tal vez se ausentó de la compañía de sus hermanas como consecuencia de algún pueril desacuerdo sin importancia entre ellas, y aunque ni el corazón más crítico puede dejar de sentir lástima por el destino de la muchacha, hay que dejar constancia, no obstante, de que la conducta de Deirdre ese día de otoño, después de una opípara merienda en la residencia de los Kiddemaster, fue inapropiada, como era característico en ella, e hizo gala de esa frecuente falta de elegancia y decoro propio de una dama que desde hacía tiempo había sido motivo de compasiva consternación en las familias Zinn y Kiddemaster y en algunos de sus parientes.

«Tal vez Prudence y John Quincy se han excedido en su caridad cristiana al adoptar tan alegremente a una huérfana de dudosa sangre», observaba a menudo la tía abuela Edwina Kiddemaster, pues, como una de las matronas de mayor edad de la gran familia y muy preocupada por el declive de la moral y la etiqueta tras la guerra entre los estados, no escatimaba esfuerzos para juzgar valientemente a su propia familia y sentía la necesidad de hablar con franqueza, sin importarle qué susceptibilidades pudiera herir. Otros miembros de la familia eran menos severos, pues no deseaban culpar al matrimonio Zinn de una falta de previsión al adoptar a la niña, aunque

murmuraban que Deirdre «iba a su aire» o bien, a juzgar por su expresión ceñuda y melancólica, se proclamaba «una joven dama tristemente desazonada», quizá incluso «acosada» por quién sabe qué.

Como la belleza es cumplida preocupación de todas las damas, ya lo sean por naturaleza como por educación, era opinión general —todos los pareceres coincidían, los de los miembros de la familia y los de la propia sociedad— que, aparte de la pobre Samantha, Deirdre era la menos favorecida de todas las jóvenes Zinn: la falta de belleza de Samantha consistía principalmente en una desconcertante fealdad, mientras que la de Deirdre era debida a su semblante pálido, plomizo, lúgubre, y la siniestra obstinación con que sus brillantes ojos oscuros contemplaban el mundo.

«La niña no es una belleza —observó la abuela Sarah Kiddemaster con un leve estremecimiento—; sin embargo creo que posee cierto encanto secreto, y es demasiado reticente, o demasiado tímida, para revelárnoslo.» (¡Una idea de lo más peculiar, para provenir de aquella sensata dama!)

Aunque según el lenguaje legal y en todos los registros oficiales la joven Deirdre era adoptada, no debe pensarse que su familia la hubiese considerado jamás una extraña; tampoco hacía que se sintiese diferente de las otras muchachas salvo, quizá, en ciertos raros episodios sin importancia en que una o dos de sus hermanas mostraban impaciencia. (Debería dejarse constancia aquí de que las hermanas se sentían rechazadas tan a menudo en sus esfuerzos por hacerse amigas de Deirdre que de forma natural empezaron a guardarle rencor y, a veces, a mostrarse irascibles.) En realidad, las familias que conocían la situación, tanto en el valle de Bloodsmoor como en Filadelfia, comentaban con frecuencia que era evidente que Prudence y John Quincy Zinn querían a su hija adoptiva como si fuera de su propia sangre.

El lector es libre de deducir, sin que yo ponga reparo alguno, que los Zinn actuaron por altruista compasión cristiana al acoger en su armonioso hogar a esta niña necesitada, a la edad de nueve o diez años; si actuaron —¡ay, con cuánta inocencia!— con algún grado de imprudencia, que el lector lo juzgue por sí mismo.

Sí, no puedo menos que pensar que, al igual que Ralph Waldo Emerson, ese gran caballero de Nueva Inglaterra conocido de míster Zinn, tanto Prudence como John Quincy habrían rechazado con orgullosa vehemencia el menor indicio de conducta no caritativa o mezquina. Pues ¿no recitaba míster Zinn, en una época anterior de su vida, estos instructivos versos de Emerson, con una benévola sonrisa en el semblante?

Aunque pene el amor y se ofusque la razón,
una voz incontestable se hace oír:
«Guardarse del peligro es para el hombre perdición
cuando en pro de la verdad ha de morir».

Por si el lector nunca ha visto la mansión Kiddemaster, asentada con nobleza sobre el río Bloodsmoor, unos ochenta kilómetros al este de su confluencia con el Christiana, rápidamente se la describiré.

Esta histórica casa, aclamada casi por todos como uno de los ejemplos de la zona más majestuosos y de mejor gusto de ese estilo conocido como neoclásico de Filadelfia, poseía, en la época de nuestra crónica, una gracia, una belleza y una elegancia que rivalizaban con Monticello, y era mucho más armoniosa, en su ambiente bucólico natural, que la mansión Rumford, a unos kilómetros de distancia, o el ostentoso Mount Espérance, de los Ormond, a pocas horas de distancia en carruaje, o la casa solariega de la familia de Du Pont de Nemours, en el Brandywine.

La casa era de un blanco resplandeciente que relucía incluso en los más oscuros días de diciembre, y poseía diez austeras columnas de estilo dórico que soportaban un inmenso pórtico triangular, en la fachada delantera se abrían ocho ventanas altas, imponentes, perfectamente proporcionadas; había una elegante y gran cúpula en forma de pentágono, tejados de suave pendiente cubiertos de pizarra y numerosas y bellas chimeneas, muros torcidos e incontables detalles ornamentales de naturaleza contenida. (En realidad, la mansión Kiddemaster constituía un ejemplo de aquella clásica dignidad y tranquila opulencia vanamente imitada con exageración en los suntuosos palacios y mansiones «inglesas» erigidos en los años setenta por especuladores de tiempos de guerra y por esa despreciable nueva estirpe, el «contratista del gobierno», e incluso por los más ricos de esos caballeros que, aunque se hacían llamar «detallistas», no eran sino vulgares tenderos, una raza de infatigables ricachones y oportunistas cuya sangre americana no se remontaba más allá de principios de siglo.)

Si bien Kiddemaster poseía un aspecto encantadoramente rural, gracias a sus más de mil doscientas hectáreas de tierra, no se hallaba a más de unas horas de carruaje de Filadelfia y aún más cerca de Wilmington, Delaware, en la otra orilla del río Bloodsmoor. Aquel asombroso día en que comienza nuestra historia, los invitados de los Kiddemaster se habían trasladado desde estas ciudades y desde diversas partes de la campiña para asistir a una merienda que se daba con motivo del compromiso de la mayor de los Zinn, Constance

Philippa, con el barón Adolf von Mainz, originario de Alemania recientemente radicado en Filadelfia, así como para honrar la presencia de tres distinguidos caballeros de la Sociedad Filosófica de Estados Unidos que habían viajado desde Boston para conocer a John Quincy Zinn. (Debo decir que para ese entonces Zinn había adquirido una considerable fama de inventor y pensador, de rara originalidad, aunque su verdadera fama sobrevendría en el futuro, cuando el Congreso de Estados Unidos y el propio presidente McKinley se tomaron un interés especial por su carrera y contribuyeron a que se le concedieran numerosas becas y honorarios con el fin de ayudarlo en sus investigaciones.) El día en que raptaron a su hija menor, míster Zinn no contaba más que cincuenta y dos años y llevaba practicando su vocación de inventor, a menudo ingrata, desde que era un chiquillo.

¡Ah, si los sucesos de aquel día aciago se hubieran podido evitar!, ¡si Deirdre hubiera estado enferma, o un poco indispuesta, y su madre le hubiera ordenado quedarse en casa, en la cama!, ¡cuánta aflicción se habrían ahorrado! Pero, ay, nada de esto ocurrió, y aunque Deirdre solía mostrar al mundo un semblante enfermizo, malhumorado y en verdad pálido, se hallaba tan sana como cualquiera de sus hermanas, sin excluir a la robusta Constance Philippa, que con frecuencia consternaba a las damas de mayor edad con su manifiesto placer por caminar, no en compañía de su prometido y ni siquiera en la de sus hermanas, sino sola.

Había en Kiddemaster más de un centenar de invitados y unos treinta o más criados para servirles, vestidos con el atuendo discreto y escrupulosamente apropiado que los Kiddemaster habían empleado para su servidumbre desde hacía generaciones; de hecho, desde la época federalista. (Los hombres llevaban librea y zapatos de cuero negro muy pulidos; las mujeres, modestos vestidos negros de algodón y franela con almidonados delantales blancos y cofia, y, a pesar del calor de la tarde, gruesas medias de hilo de Escocia.) Cuando los invitados se reunieron, ¡qué alegre mezcolanza de voces, y qué gratificante imagen, los vestidos de las damas, de múltiples faldas, vaporosas y con encajes, y con tanta variedad de tonos como las hermosas flores de otoño que florecían en los múltiples macizos! Gracias a la misericordia de Nuestro Señor la merienda había terminado y todos los invitados habían partido cuando miss Deirdre Zinn fue raptada, pues imagine el lector qué indecible humillación habría sido que estos distinguidos caballeros y damas contemplaran desde la terraza la infernal escena.

Sin embargo, entre los invitados nadie era más agradable a la vista

ni suscitaba más comentarios que las cinco hijas Zinn, de fama local. A medida que conozcamos más íntimamente a las hermanas no dejaremos de tomar nota de sus incontables pequeñas imperfecciones y de algunos defectos importantes, así que es bueno recordar que, observadas y juzgadas de lejos, como sin duda los invitados de Kiddemaster solían hacer, Constance Philippa, Octavia, Malvinia y Samantha, e incluso Deirdre, llamaban la atención como jóvenes damas de atractivo poco corriente, aunque vivían en una sociedad en la que la belleza —ya de rostro, ya de forma, actitud o atuendo— era un requisito para el sexo femenino. Es cierto que Samantha era fea y de aspecto demacrado, y tan poco desarrollada para su edad que aparentaba doce años o menos; no obstante, presentada entre sus hermanas y engalanada tan vistosamente como la más bonita, también ella suscitaba en general comentarios favorables; se la tildaba de «chiquita» y se decía que era «como un hada» y que poseía «un encanto mágico».

La posición que ocupaba John Quincy Zinn en Bloodsmoor como padre de cinco jóvenes damas casaderas podría no haber parecido envidiable; menos envidiable aún era su posición como cabeza de un hogar de recursos económicos limitados, pues John Quincy tan solo era el yerno del acaudalado Godfrey Kiddemaster, y a menudo así se le hacía sentir. Como era de talante reservado, incluso hermético, rehuía aparecer en público con frecuencia; mas, cuando lo hacía, ¡con cuánta admiración se dirigían todos los ojos a él y a su impresionante familia! Míster Zinn, alto, de anchos hombros y tímidamente apuesto; su esposa, de estatura majestuosa, formidablemente vestida en color espliego, con un inmenso sombrero de color espliego y crema, ¡y las hijas!, cohibidas aunque resplandecientes en sus más elegantes ropas de los domingos, radiantes, totalmente conscientes de los ojos que las admiraban… no, que las examinaban.

—¡Cómo nos miran! —murmuró Octavia a Malvinia, tan nerviosa que respiraba agitadamente, y sin poder contenerse cogió del brazo a su hermana y le preguntó—: ¿Y nos están mirando a nosotras, así, tan abiertamente?

A lo que Malvinia, riendo, respondió:

—No, creo que miran a las cinco hijas del padre o a las cinco futuras herederas del abuelo.

Aquel histórico día los invitados llegaron a la mansión Kiddemaster en vehículos de clases muy diversas, que iban desde el carruaje de color bronce de la casa de Du Pont de Nemours hasta los carruajes de mejor gusto, y aún más espléndidos, de los Whitton, los Gilpin y los Miller, esas excelentes familias antiguas del valle y de

Filadelfia, remotamente emparentadas por sangre y matrimonio con los Kiddemaster. Y había innumerables victorias y birlochos, modestos y sin embargo también muy respetables, propiedad de residentes locales. Y el barón Von Mainz, ¡qué figura tan gallarda! ¡Qué comentarios suscitó al decidir salir de Filadelfia a caballo, montado en su purasangre inglés negro de anchos hilares y un metro setenta de alzada, con sus ojos profundos, brillantes, vivos, que en cierto modo no diferían mucho de los del propio barón!

—Tu prometido y su bella montura son imponentes —susurró Malvinia a Constance Philippa, ocultando la cara tras su abanico medio abierto—. Ay, querida, ¿no te sientes intimidada por ambos?

Con las mejillas sonrojadas, Constance Philippa bajó la mirada al suelo y con algo de hosquedad replicó:

—No me intimida nadie ni nada, y te ruego que no hagas más especulaciones sobre la naturaleza de mis sentimientos, pues no me complace.

Al matrimonio Zinn y sus cinco hijas los recogió en su casa, a poca distancia de la residencia de los Kiddemaster, el carruaje de estos, ya que, lamentablemente, no podían permitirse tener carruaje propio, salvo un birlocho «de campo» de estilo claramente pasado de moda y nada apropiado para esta importante ocasión; así pues, atravesaron el parque y recorrieron los cuatrocientos metros de sendero de grava hasta la casa de los padres de mistress Zinn en un vehículo de tanto, esplendor y buen gusto que complacía a esta aunque turbaba profundamente a su esposo.

—No doy más importancia que tú a los caprichos y vanidades del mundo material —dijo Prudence a su marido—. Sin embargo, en ciertas ocasiones emblemáticas, me parece que no solo es adecuado sino obligatorio que nos pongamos del lado de la casa de mi padre, para evitar que los chismosos de mente vulgar de Bloodsmoor hagan conjeturas sobre si mi padre beneficia o perjudica a alguna de nuestras hijas, o a ti, o a toda la familia Zinn.

Sin duda era una conmovedora demostración del talante democrático de John Quincy, y de la naturaleza sencilla, rural y austera de su procedencia, el hecho de que sintiera una leve repulsión por la exhibición de riqueza que la berlina de los Kiddemaster —con su reluciente acabado de cobre, su elegante reborde de ébano y el hermoso paño con flecos del pescante— representaba para el mundo, y, tal vez, por haber aceptado viajar en ella, aunque de mala gana, en interés de la paz conyugal. (La elegante berlina, adornada con el escudo de armas de los Kiddemaster a los lados —un semileón rampante, agarrando una rama de olivo—, era tirada por cuatro

caballos castrados y cuidados de forma impecable, con la crin y la cola trenzadas y adornadas con cintas, y pelaje y cascos «tratados»: el pelaje había sido blanqueado y los cascos ennegrecidos con arte para que los nobles corceles ofrecieran un aspecto aún más espectacular cuando aparecieran en público. Este era el modo en que el suegro de John Quincy, Godfrey Kiddemaster, expresidente del Tribunal Supremo, se entregaba, en aspectos poco importantes, a inocuas manifestaciones de orgullo; quizá este deseo de mostrar una apariencia pública imponente no era más que un aspecto de su herencia federalista, pues debemos recordar que el propio presidente Washington, de forma similar, decretó que sus caballos fueran «tratados» para levantar la admiración entre la gente común. Y pienso que para la gente constituía un placer contemplar el carruaje de los Kiddemaster cuando pasaba, tirado por los hermosos caballos y bamboleándose con lujosa gracia sobre sus grandes muelles en forma de C, un conductor irlandés debidamente ataviado delante y un lacayo de librea encaramado detrás, en una postura tan rígidamente perfecta que parecía una estatua.)

—Me temo que estamos dando un espectáculo, pues, al fin y al cabo, somos unos Zinn —observó con calma John Quincy—; sin embargo, supongo que hay complacer a los Kiddemaster y, en cualquier caso, no es más que una cosa momentánea.

A lo que su vivaz hija Malvinia no pudo menos que observar, para quien quisiera oír:

—Ay, querido padre, sí que es momentáneo. Mañana, si nos aventuramos a salir, nos veremos obligados a ir en nuestro humilde birlocho, que no precisa de escudo de armas para ser identificado como nuestro.

Me parece necesario interrumpir mi narración en este punto —los Zinn aún no han llegado a la merienda, el cielo es de un impecable azul porcelana, faltan muchas horas para el espantoso rapto— con el fin de trazar rápidamente el retrato de John Quincy Zinn, para que el lector pueda conocerlo de forma más adecuada en lo que se refiere a su gran valía a los ojos de sus hijas y a su reputación a los ojos del mundo, formada poco a poco.

En ese año de 1879, la fama aguardaba a John Quincy y este aún no era popularmente conocido por las iniciales J. Q. Z., como lo fue más adelante, en los últimos años del siglo. Aun así, disfrutaba de un considerable respeto entre sus compañeros inventores, hombres de ciencia y filósofos, de lo que da fe la presencia de los caballeros de la

Sociedad Filosófica, que simplemente deseaban conocerlo de un modo informal y conversar con él con vistas a promocionar su candidatura como miembro de su austera organización. (¡Qué honores le serían ofrecidos en su ancianidad! De la Real Sociedad del Imperio Británico, por ejemplo, y de otras organizaciones internacionales, así como de las de estados que, durante un tiempo, habían negado el reconocimiento al modesto John Zinn.)

En otro momento de esta historia se ofrecerá una semblanza más respetuosa de nuestro sujeto y de sus múltiples logros, pues debo retratar lo más claramente posible los hechos biográficos que se refieren a este célebre estadounidense, para que se comprenda de forma adecuada su papel, trágico y triunfante al mismo tiempo. Baste decir, de momento, que procedía de un humilde ambiente rural de las montañas del sur de Pensilvania; que en los años 1830 gozó de un meteórico ascenso a la fama en Filadelfia, como consecuencia de sus avanzados métodos pedagógicos en una escuela rural de Mouth-of-Lebanon, Pensilvania; que se enamoró perdidamente de Prudence Kiddemaster, la hija del distinguido Godfrey Kiddemaster hijo (a la sazón presidente del Tribunal Supremo de la mancomunidad de Pensilvania); que la cortejó con constancia hasta que conquistó su corazón virginal; que contrajeron matrimonio y fueron a residir a Bloodsmoor unos veintitrés años antes de ese otoño de 1879 en que comienza esta narración.

La unida joven pareja estableció su residencia en varias hectáreas de pintoresco terreno, en parte bosque y en parte pradera, en una mansión de ocho lados diseñada por el propio Zinn, que el munificente padre de su esposa financió. Allí, en aquella notable residencia —conocida en la zona como la Casa Octogonal, y sobre la que posteriormente escribirían periodistas deseosos de retratar para sus dispares lectores la complejidad del genio de míster Zinn— nacieron cuatro sanas y angelicales niñas, a las que en 1873 se añadió otra niña, la huérfana Deirdre Bonner.

Mientras florecía esta feliz vida familiar, con muy pocas incursiones de la mala fortuna, salvo tres o cuatro abortos sufridos por mistress Zinn y las enfermedades corrientes, John Quincy Zinn se dedicó con notable tenacidad y entrega a su vocación de inventor, y a lo que el modesto caballero solía denominar simplemente «chapuzas». («Pues solo Dios inventa», declaraba Zinn con discreción.)

Para los lectores cuyo conocimiento de la historia sea tan deficiente que el nombre de John Quincy Zinn no les diga nada, quizá será interesante saber que el distinguido inventor George Washington Gale Ferris creía que míster Zinn era «uno de los hombres más

notables» que conocía, y que Hannibal Goodwin alababa su «mente incansable, investigadora, decididamente natural». El científico sueco John Ericsson, brillante aunque un poco excéntrico, hablaba en privado de John Quincy Zinn como un «igual», y también lo hizo Ralph Waldo Emerson, al menos en una ocasión, que se tenga constancia. (Es lamentable, en verdad, que Emerson, que poseía genio poético y no matemático, no pudiera comprender algunos de los proyectos más interesantes de Zinn —por ejemplo, la experimentación con la máquina del movimiento perpetuo— y en consecuencia sintiera la necesidad de despreciarlos. Sin embargo, en una carta muy elogiada de 1869, encontrada en el taller del inventor después de su muerte, Emerson se declaraba «admirador» de míster Zinn, por «la tenacidad de su pasión por la Verdad».)

«Profesor de inspiración natural, dotado por igual de amor e intelecto; una inteligencia casi divina; inventor de genio rústico pero original; un santo en su pureza así como en su celo.» De este modo fue encomiado John Quincy Zinn por diversos caballeros durante su larga y productiva vida. Charles A. Dana dijo que míster Zinn, al que no conocía personalmente, era el único personaje «procedente de esa tribu trascendentalista que había aportado a nuestra civilización algo que valía la pena». Samuel Clemens, un entusiasta de los inventos en general, no sentía sino admiración por algunos de los numerosos objetos «domésticos» de Zinn: la maquinilla automática para el pelo, por ejemplo, y el cepillo de dientes giratorio, por el que un turbado John Quincy Zinn no sentía mucho orgullo y con gusto habría olvidado, ya que a sus ojos críticos estos «juguetes de hojalatero» eran bastante despreciables al lado de sus proyectos más ambiciosos.

Una de las primeras preguntas que el periodista Adam Watkins formuló a John Quincy Zinn en 1887 fue por qué había solicitado tan pocas patentes, pues ¿no era práctica común por parte de sus compañeros inventores presentar solicitudes a la Oficina de Patentes de Estados Unidos con el más mínimo pretexto? Muchos inventores se equivocaban tristemente al valorar su propia originalidad y genio.

La respuesta de Zinn a esta impertinente pregunta fue sencilla, aunque no carente de dignidad: «Tal vez, míster Watkins, soy un poco menos iluso que mis hermanos».

Pero en el curso de los años le siguieron formulando esta pregunta, no solo extraños inquisitivos, sino también parientes y amigos de quienes habría cabido esperar que simpatizaran con la fe trascendentalista de Zinn, que despreciaba el mundo mercantil y

procuraba incorporar la ley superior a la vida seglar. Lamentablemente, en verdad se habría podido formular otra pregunta, aún más impertinente: «¿Por qué es usted tan diferente de los otros hombres?».

La vida de John Quincy Zinn estuvo llena de triunfos; sin embargo, había en ella una pena secreta, y era que, aparte de unos pocos individuos ejemplares, nadie lo entendía, y algunas personas, aun en el seno de su familia, disfrutaban no entendiéndolo. ¡Qué pena que no tuviera ocasión de comunicarse con más frecuencia con sus iguales; qué pena, por ejemplo, que Bloodsmoor no fuera Concord, Massachusetts, donde habría podido cenar con Emerson, Thoreau y Alcott, y donde, sin duda, habría sido un miembro fundamental del Club Trascendentalista! Qué pena, también, que sus sensibles nervios se vieran tan afectados por el bullicio y el estrépito de las grandes ciudades, que aborrecía visitar incluso Filadelfia (una de las ciudades más atractivas, que le había gustado mucho en sus años de joven soltero) y jamás habría soñado con viajar a Nueva York o a Boston. Creía solemnemente que era un hombre que «nadaba en la acompasada corriente sanguínea de la naturaleza, el hombre y Dios» sin dejar Bloodsmoor, o, en realidad, sin cruzar la puerta de su taller; y, en broma, le gustaba decir que su monito Pip, que normalmente lo acompañaba durante la larga jornada de trabajo, era lo único que precisaba como compañía intelectual.

Sin embargo, no puedo contenerme de observar, con todo el respeto por mi sujeto, que John Quincy Zinn habría estado menos solo y habría sido menos proclive a la confusa desesperación si hubiera cultivado la amistad de personas que valieran la pena y hubiese viajado más. Pero no cabe duda de que fue su devastadora experiencia en la guerra entre los estados, en la que participó valientemente durante casi tres años, lo que hizo que, una vez a salvo en casa, jurara permanecer y trabajar en bendita soledad el resto de su vida.

Pero los demás no lo comprendían, y repetidamente le planteaban la grosera pregunta de «¿Por qué?».

¿Por qué John Quincy Zinn, uno de los inventores más dotados de nuestra Gran Era de los Inventos (época que ahora, lamentablemente, queda muy atrás) recogió una cosecha tan modesta del trabajo de toda una vida? ¿Por qué, salvo al final de su carrera, cuando los fabricantes se disputaban sus contratos, mostró tan altiva indiferencia hacia el beneficio personal? Incluso cuando era un joven impetuoso y visiblemente ambicioso, a mediados de la veintena, se había negado a insistir en obtener un acuerdo satisfactorio por la publicación de su estudio pedagógico *El espíritu del futuro en Estados Unidos*, en 1854,

con el asombroso resultado de que la reputada antigua empresa editora A. T. Plumbe & Sons, de Filadelfia, realizaría en total unas doce ediciones de su obra pero solo pagaría a su aclamado autor trescientos dólares, los honorarios originales por el trabajo. Y, aunque demostró ser un marido cariñoso y devoto, y un padre no menos cariñoso y devoto, era muy curioso que no fuera capaz de pagar sus considerables deudas con los Kiddemaster —tanto con su suegro, Godfrey Kiddemaster, como con la tía abuela Edwina, de la que hablaremos brevemente— y mucho menos disfrutar de beneficios particulares propios. Mistress Zinn, que permanecería fiel a John Quincy durante unos cuarenta y tres años, declaraba a menudo con sombrío regocijo, o divertida resignación, o estoica calma, que no lloraría la pérdida de tantas patentes y tanta riqueza abstracta si pudiera confiar más en la aptitud de su marido para cubrir otras necesidades de su familia, si no hubiera cuatro —no, cinco— jovencitas en la Casa Octogonal a las que hubiera que dar dote, pues la prolongada generosidad de su padre creía que se hallaba casi agotada. Y el mantenimiento del modesto taller laboratorio de míster Zinn, instalado en una tosca cabaña construida con sus propias manos, recaía asimismo en el juez Kiddemaster, que era un «socio» informal en el trabajo del inventor.

«La pregunta que me haces, Prudence —respondió John Quincy Zinn con amable dignidad, aunque con una leve melancolía en los ojos — es simplemente esta: "¿Por qué no eres como los otros hombres?". Y es una pregunta, lamento decirlo, que no puedo contestar salvo refiriéndome a uno de nuestros mayores estadounidenses, Benjamin Franklin, quien, como sabes, habría podido hacerse millonario muchas veces si se hubiera molestado en patentar sus inventos.»

Aunque puede ser que mistress Zinn hubiera oído esta respuesta de su esposo en anteriores ocasiones, no protestó, se quedó callada, con las manos entrelazadas, mientras un ligero rubor le cubría el bello rostro, de facciones duras y huesos fuertes. ¡Pobre Prudence! Pese a la angustiosa preocupación que le causaba el decidido idealismo de su esposo en cuanto a la actividad mercantil, era, hay que decirlo en su honor, una excelente esposa, que se tomaba sus promesas matrimoniales con la máxima seriedad, y habría renunciado con facilidad a su distinción personal como heredera de Kiddemaster antes que dejar de amar, honrar y obedecer a su leal esposo. Por eso no dijo una sola palabra y bajó la mirada con sumisión, mientras, con los ojos cerrados y acariciándose con suavidad su rubia barba, míster Zinn citaba estas conocidas palabras de Benjamín Franklin: «Puesto que disfrutamos de las grandes ventajas de los inventos de otros,

deberíamos alegrarnos de tener la oportunidad de servir a los demás con un invento nuestro, y deberíamos hacerlo gratuita y generosamente».

Tras el rapto de miss Deirdre Zinn, la opinión general, aunque manifestada con discreción, fue que, si míster Zinn hubiera tenido la paciencia de quedarse en Kiddemaster con las mujeres de su casa a fin de acompañarlas de nuevo a su casa en la berlina, la tragedia no se habría producido; pero, para su desgracia, el inquieto inventor, cuya imaginación creo que nunca abandonaba el recinto de su taller y su banco de trabajo, insistió en ir a la Casa Octogonal a pie en cuanto los últimos invitados hubieron partido. Como mistress Zinn declaró que deseaba hablar en privado con sus padres y las muchachas agradecían quedarse una hora más en la gran mansión, habría sido razonable que John Quincy Zinn se hubiera entretenido conversando con alguien de la familia (pues al tío abuelo Vaughan, que tenía cierto interés por la experimentación con el «homo de sol» de Zinn, le habría gustado mucho hablar con él a placer), o simplemente paseando por el jardín de glicinas, o contemplando el bello pozo de los deseos de piedra en compañía de sus cinco preciosas hijas. Pero, ay, sus nervios estaban tan tensos como consecuencia de las duras pruebas que representaban para él la festiva merienda y el ser interrogado con impertinencia, aunque cortésmente, por los visitantes de Boston, que lo consumía el deseo de escapar.

En esta importante ocasión míster Zinn no había podido evitar vestirse con un atuendo tan minuciosamente adecuado que su carne se rebelaba y el sudor le resbalaba en feos regueros por la frente y las mejillas, ofreciendo una imagen tan incómoda y tan fea que no es de extrañar que su esposa e hijas se sintieran turbadas y sus parientes Kiddemaster lo miraran con consternada alarma. Sin embargo, ¿quién se lo iba a impedir? John Quincy Zinn superaba en altura a la mayoría de los invitados, pues medía casi dos metros, era extraordinariamente ancho de hombros y poseía una dignidad rígida, casi rústica, en torpe combinación con un intermitente placer pueril que sorprendía a algunos observadores por demasiado entusiasta y afable con todos, sin la necesaria discriminación.

Para la merienda de los Kiddemaster, so pena de que su esposa sufriera un grave disgusto, Zinn se había visto obligado a someterse a los servicios exasperantemente largos de un sastre, durante varias semanas; una pérdida de tiempo que lo atormentaba sobremanera, pues lo habría podido emplear de modo mucho más provechoso en su trabajo, o incluso, como bromeaba tristemente, en coloquio con Pip. Sus hijas protestaban diciendo que estaba muy guapo y tenía un

aspecto muy noble; ¿cómo podía desagradarle el nuevo traje? Era elegante, a la moda, le proporcionaba una silueta «europea»: pantalones de lana y franela negros, estrechos, con el tan cacareado corte ceñido, firmemente fijados bajo el pie con una tira engomada; chaqueta de terciopelo negro con una pronunciada cintura entallada; chaleco a juego, del mismo terciopelo grueso; camisa blanca de hilo, tan almidonada que tenía la textura de la chapa, con el cuello alto y muy tieso, que se clavaba cruelmente en la carne de Zinn, y pañuelo negro de satén, tan apretado que el pobre hombre creía llevar un nudo corredizo, no la más feliz de las asociaciones, dadas las circunstancias. A pesar del desconcertante calor del día, míster Zinn no tuvo más remedio que llevar su vieja chistera, que, aun habiéndole servido para su boda muchos años atrás, a sus ojos no parecía demasiado pasada de moda, pese a que su hija Malvinia se disgustó; y no le quedó más remedio que meter sus grandes pies en un par de puntiagudos zapatos de cuero negro que en secreto temía haber estropeado unos meses atrás, como consecuencia de ciertos experimentos de «impermeabilización» que había estado realizando de forma improvisada. (Zinn había pulido los zapatos y después los había empapado durante cinco horas en una mezcla de cera de abeja, trementina, brea de Borgoña y aceite, con el desalentador resultado de que desprendían un fuerte olor medicinal, lo que resultaría embarazoso de cerca, en caso de que le sudaran los pies… Sin embargo, no lamentaba el experimento, pues creía que se hallaba muy cerca de descubrir el principio de la impermeabilización, y si era capaz de tragarse su orgullo y hacer el esfuerzo de presentar una solicitud a la Oficina de Patentes, podría obtener suficientes ingresos para dar una dote respetable a sus hijas y pagar las deudas contraídas con su familia política. De haber tenido tiempo para estos asuntos corrientes, sin duda habría sido motivo de gran preocupación para Zinn que el juez Kiddemaster proporcionara la dote de Constance Philippa, para que el barón no la adquiriera «por nada», y el anciano había dicho en broma, precisamente el otro día, que agradecía la excepcional belleza de Malvinia pues, quizá, en su caso no sería necesario ningún soborno para asegurarle una boda.)

John Quincy Zinn era de la opinión de que la merienda había ido bien, y que había logrado soportar varias tensas conversaciones con el prometido de su hija, cuyo acento alemán dificultaba la comunicación, y con los caballeros de Boston, que, para decepción de Zinn, habían revelado una descomunal ignorancia de los principios teóricos fundamentales de la electricidad, la fuerza, los viajes en el tiempo, el movimiento perpetuo y el elevador casero o montaplatos con el que

Zinn experimentaba en esos momentos; ni siquiera se entusiasmaron mucho con la posibilidad de la autolocomotora, tanto para la carretera como el aire (Zinn no pudo evitar asegurar que pronto sería «tan corriente como el carruaje tirado por caballos y mucho más eficiente»). Había departido asimismo con sus parientes políticos Kiddemaster, Gilpin, Whitton, Kale y Miller, cuyos nombres no le resultaban más fáciles de recordar que cuando había entrado a formar parte de la amplia familia de su esposa. Se había obligado a mantener estas relaciones con una expresión de placer social, aunque es posible que una que otra mueca de dolor, o un suspiro involuntario, o la molesta presencia de gotas de sudor en su rostro insinuaran a sus compañeros la extrema incomodidad que experimentaba.

En cualquier caso, cuando el feliz acontecimiento finalizaba y todos podían escapar no hubo en la merienda invitado con más eufórico alivio que el padre de la futura novia: el fastidio de míster Zinn era tan extremo que declaró que debía partir enseguida, a pie, y que no podía esperar a acompañar a su familia en la maldita berlina.

—Y yo iré contigo —dijo Samantha—, pues estoy harta de los Kiddemaster y no veo la hora de quitarme los alfileres del sombrero.

Su madre puso objeciones a ello, pues Samantha llevaba un vestido con muchas faldas de algodón y popelín, con una considerable cola, y si tenía alguna pretensión de ser una dama no debía caminar por el bosque, sino esperar junto a sus hermanas, tranquilamente sentada, y no armar más alboroto.

—Madre, te lo aseguro, no tengo ninguna pretensión —replicó la altiva señorita, cuyo pálido rostro pecoso enrojeció—, y de todos modos ¿quién me verá? Padre y yo tomaremos el sendero del río, y yo llevaré las faldas recogidas todo el camino, y me quedaré con él en el taller hasta la hora de la cena.

Pero mistress Zinn fue terminante.

—Es imposible y lo sabes. Al fin y al cabo, ya no eres una niña. Podrían verte desde el río, si por casualidad hubiera alguien remando; podrían verte los criados; te vería tu padre, y la imagen no sería atractiva. Así que te quedarás aquí y cumplirás tu deber.

De manera que las jóvenes se quedaron y míster Zinn partió, impaciente, y la situación, en aquel momento, parecía completamente natural.

(«Claro que no podías saberlo, cariño, cómo ibas a saberlo —diría mistress Zinn más tarde, cuando la conmoción causada por la desaparición de su hija menor había disminuido un poco y la pena y la

rabia contendían en su corazón—, pero ¡qué vergüenza!, ¡qué vergüenza!, ¡y qué humillación! Los periódicos han difundido la historia a lo largo de toda la costa. La prima Rowena me ha asegurado que en Washington no se habla de otra cosa. Corre el rumor de que el barón reconsiderará su alianza y no quiero pensar, no soporto pensar, en lo que se está diciendo en Filadelfia. ¡Desgraciada niña! ¡Raptada! ¡Robada! ¡Y ni siquiera era exactamente nuestra!»)

2

Oh padre soñé que mis hermanas estaban junto a mi cama mientras yo dormía y aunque estaba dormida las veía claramente y oía sus crueles susurros y risitas oh padre y Malvinia sacaba de su corpiño unas tijeritas de plata como las tijeras del costurero de madre pero mucho más brillantes y más afiladas. Padre te ruego que me escuches oh te ruego que no sonrías y beses mi frente y te alejes oh padre por favor escucha cómo Malvinia se inclinó sobre mi cama y me clavó las tijeras en el pecho y yo le grité que parara y ella no me hizo caso yo estaba despierta pero era incapaz de mover un solo dedo ni siquiera los párpados padre querido no reniegues de mí le rogué que parara pero ella me traspasó la carne me levantó la piel tocó mi corazón oh oh oh oh padre mis hermanastras me odian mis hermanastras me guardan rencor tienen celos de tu amor por mí hablan de mí en susurros incluso Octavia que es la más buena oh padre estaban junto a mi cama las vi claramente Malvinia tocó mi corazón vivo con sus dedos fríos y Octavia no protestó Constance Philippa simplemente frunció el ceño y miraba Samantha se acercó para observar cómo latía mi corazón grité a Malvinia que parara pero ella no me hizo caso no hace caso padre rompió un trozo de mi corazón y se lo comió y ¡Ah, es amargo! *Lo escupió pero las otras se acercaron Octavia Constance Philippa Samantha cogieron trozos de mi corazón y se los comieron* ¡Qué amargo, qué malo! *exclamaron oh pero padre no hacían caso de mis lágrimas padre me odian me guardan rencor por el amor que me das el poco amor que me das a mí tu hijastra la última de tus hijas la huérfana la pobre Deirdre la pobrecita Deirdre fea y amargada y se burlan y se mofan* ¡Qué amargo es su corazón! ¡su corazón! *Decían* pero no tiene nada más que ofrecemos *estaban junto a mi cama padre se comieron mi corazón padre te ruego no reniegues de mí por favor no finjas que todo va bien oh padre te ruego que me escuches sálvame por favor no puedo soportar esta vida.*

3

¿Quién es Él, que el aire surca veloz?
¿Es que nadie a su paso lo ve?
¿Quiénes son Ellos, que en silencio mueren
y desde la cuna dejan de ser?
TIEMPO: ¡Contemplad la estampa de su rostro!
MOMENTOS: ¿Su carrera puedes medir?

F. L. SMITH

Entretanto, el globo del fugitivo, dirigido por un piloto que jamás sería identificado, y mucho menos detenido por las autoridades y llevado ante la justicia, está acercándose velozmente a la histórica residencia Kiddemaster: negro y de seda, de forma cónica, de proporciones majestuosas aunque siniestras, y silencioso, salvo por el siseo de su llama, mientras las cinco inocentes hijas de los Zinn, bellamente sentadas en el cenador sobre el río, están ocupadas con sus diversas labores.

Ahí está Constance Philippa con su bello vestido de color malva y marfil, de tieso piqué almidonado; ahí está Octavia, en muchos tonos de rosa, su escote cuadrado cubierto de tul, con más tul en los codos, y Malvinia, una visión, vestida de *mousseline-de-laine* blanca, volantes de sedoso encaje de blonda y cintas de terciopelo rosa. (Las innumerables capas de vaporoso blanco del vestido de Malvinia parecen no tener sustancia, flotan ligeras a su alrededor.) Y Samantha un poco más fea, de verde pálido; y Deirdre, con un vestido de satén y popelín amarillo, hecho de un vestido de Malvinia, y muy encantador en verdad. ¡Ah, si la meliflua tarde no transcurriera tan veloz hacia el anochecer! ¡Si la catástrofe pudiera evitarse!

Mas no habrá aviso alguno del Destino, ni manera de eludirlo.

—Una especie de felicidad melancólica —observó Malvinia con un suspiro y una soñolienta sonrisa—, tras una ocasión particularmente feliz.

—Una especie de melancolía feliz —dijo Constance Philippa sin sonreír—, si una tiene tendencia a encontrar intolerables estas ocasiones felices.

Constance Philippa hacía ganchillo sin excesiva aplicación ni concentración, una bonita batita rosa para la hija recién nacida de la prima Rowena Kale; Malvinia, que ocultó delicadamente un bostezo, acababa de dejar sobre el regazo el gran cuadrado de bordado en el que trabajaba; Octavia tarareaba para sí y confeccionaba, con gran contento y exactitud, un oso panda de retales, con unos ojos negros perversos hechos con botones; Samantha miraba con ceño una toalla en la que hacía un complicado dibujo de punto de cruz en alegre color naranja; y la hosca Deirdre hacía ganchillo, con perceptible ausencia de espíritu, un antimacasar blanco para el sofá de tela de crin del salón de mistress Zinn.

—¡Constance Philippa!, ¿qué quieres decir? —preguntó Octavia a su hermana mayor, con los ojos desorbitados por el asombro—. Sabes muy bien que la merienda ha sido un acontecimiento magnífico y muy adecuado para señalar el final de nuestro larguísimo verano. Y tú, en particular, deberías estar agradecida —añadió, temblándole el labio inferior por unos instantes—, pues ahora estás prometida y no te aguarda más que felicidad.

Samantha levantó la vista hacia Octavia y hacia Constance Philippa y pareció que iba a hablar, pero lo pensó mejor y reanudó su labor algo torpe. Deirdre siguió con la cabeza baja, trabajando de forma tan mecánica con su ganchillo que este relucía y centelleaba de un modo desagradable.

Malvinia volvió a suspirar e hizo un esfuerzo muy poco entusiasta para reanudar su labor de bordado.

—Creo —dijo— que la melancolía y la felicidad están tan fuertemente unidas que no se pueden separar, y que si se separaran pronto descubriríamos que la felicidad es indeciblemente aburrida.

Para entonces, los numerosos invitados se habían marchado de la mansión Kiddemaster, ¡y qué confusa alegría de berlinas, victorias y birlochos y grupos de caballos haciendo cabriolas con la cabeza levantada había reinado! Y criados trajeados con el semblante tan correcto y formal que parecía pintado; y ojos brillantes y mejillas

surcadas de lágrimas entre abrazos de despedida de las damas. Y todos los ojos se habían posado en el prometido de Constance Philippa, el temible barón Von Mainz, cuando se alejó galopando en su noble corcel negro; todos los ojos habían seguido el carruaje de color bronce de la casa de Du Pont de Nemours, en el que el «joven» Cheyney de Malvinia y diversos miembros de su familia habían partido hacia los Brandywine. ¡Adiós, ah, adiós! Pues, en verdad, los días estivales están llegando rápidos a su fin. Los Whitton, los Kale, los Bayard, los Gilpin, los Woodruff, el reverendo Silas Hewett y su esposa, los primos Odille, Hayden, Steven, Rowena, Flora y Basil, el matrimonio Martineau y su adorable hija Delphine, los Broome, los Miller, los Rhinelander, Lucius Rumford, de la majestuosa mansión Rumford, los profesores Jameson, Newbold y Lyndon, de la Sociedad Filosófica, y míster Zinn, que se apresura a marcharse a pie, tirando nerviosamente del cuello de su camisa y llevando su regia chistera aplastada bajo el brazo. ¡Adiós!, pues nada en Kiddemaster jamás volverá a ser igual.

Durante unos minutos las hermanas permanecieron inclinadas sobre su labor, diligentes, y Malvinia dijo con voz lánguida:

—Padre ha hablado bien esta tarde, creo. ¡Es tan elocuente!, y encantador, cuando le sube el color a las mejillas y le brillan los ojos. Sus opiniones sobre el futuro de la nación (la inevitabilidad del progreso, la evolución de la perfección) han sido de lo más persuasivas. ¿Os habéis fijado en ese profesor Newbold, arrugado y enjuto? Me ha parecido un poco escéptico.

—¿Escéptico? —preguntó Samantha sobresaltada—. ¿Qué quieres decir?

—Quizá era el profesor Jameson —dijo Malvinia con despreocupación—, no recuerdo bien. Había tanta gente, ¡y todo el rato me sentía observada! —Se ajustó el exuberante velo de tul que le caía del borde del sombrero y retomó su labor, pero mostró poca inclinación a aplicarse a su trabajo—. Qué pena, sin embargo, cuando ha empezado la merienda y la terraza se ha llenado de gente, que padre se haya acalorado tanto y su marca de nacimiento se le viera tan pronunciada.

—No me ha parecido que la marca de nacimiento fuera tan pronunciada —dijo Octavia, cogiendo su abanico de madera de sándalo y mirando a Malvinia con expresión perpleja—. En realidad, esta tarde padre me ha parecido más apuesto que nunca.

—Oh, sí, sí, claro —se apresuró a decir Malvinia—. No me refería a que no estuviera apuesto, ¡no me malinterpretes, por favor!

Octavia, rolliza y ceñuda, empezó a abanicarse con movimientos lentos y decorosos como le habían enseñado. Muy bien puede ser que,

como consecuencia de las numerosas golosinas que había consumido en la merienda, se sintiera incómoda y acalorada con el rígido corsé de huesos de ballena que llevaba, con sus innumerables ojales de metal y cintas cruzadas. Suspiró, y dijo:

—¡Ah, pero el pastel de frutas estaba delicioso! ¿No te lo ha parecido, Samantha? ¿Deirdre? ¡Qué calladas estáis! Pero lo habéis pasado bien esta tarde, supongo.

Samantha asintió en un murmullo casi inaudible, sin levantar la mirada de su labor; pero Deirdre, con su pálido rostro contraído en gesto de obstinación, no respondió.

—Tu hermana te ha hecho una pregunta, Deirdre —dijo Malvinia con aspereza—. Aunque no estén aquí padre ni madre, supongo que no es un esfuerzo excesivo, en lo que se refiere a la cortesía, y podrías haber contestado en lugar de quedarte ahí sentada como si estuvieras sorda.

—El pastel de frutas caliente…, la mermelada de fresa…, el nuevo té de China traído en los barcos de tío Vaughan… —enumeró Octavia con nerviosismo—. ¡Y la exquisita miel fresca! Supongo que has comido algo, Deirdre. De lo contrario te sentirás muy débil.

—Gracias —murmuró Deirdre—. Es muy amable por tu parte mostrarte tan solícita conmigo; pero te aseguro que estoy perfectamente bien.

Dicho esto, la menor de las Zinn se sumió en un silencio absoluto y, mirando fijamente la labor de ganchillo que tenía en el regazo, reanudó su rápido y mecánico trabajo, como si se hallara sola. No me parece una observación razonable el sorprendente comentario de la abuela Sarah Kiddemaster de que esta joven dama poseía una «belleza secreta», pues si se observaran de cerca sus ojos entrecerrados y bajos, en los que no relucía sino un espíritu rebelde, si se mirara sin ojo crítico la frente alta y pálida, estropeada por las feas entradas, se tendrían muy pocas esperanzas de que esta niña algún día se convirtiera en una belleza y pudiera situarse junto a nuestras legendarias bellezas de Bloodsmoor, pues desde las épocas holandesa y colonial este fértil valle gozaba de fama por sus adorables mujeres jóvenes de familia aristocrática, y un buen número de ellas eran Kiddemaster, como casi resulta innecesario añadir.

Quizá previendo que Malvinia reiteraría su crítica a la conducta de su hermana menor, tanto la presente como la mostrada durante la merienda (cuando, al parecer, había pasado una cantidad poco corriente de tiempo escondida en un rincón y se había mostrado demasiado tímida incluso para conversar con sus primos Basil y Steven), Octavia dijo con animación:

—Sí, me ha parecido que esta tarde padre estaba particularmente apuesto y elocuente. El corazón empezó a latirme con fuerza cuando habló del futuro, del siglo que viene, y los ojos le brillaban, y su barba era tan bonita y llamativa, y la voz no le temblaba… —Se interrumpió, abanicándose, ahora más deprisa—. Los profesores de Boston lo elegirán para su sociedad, ¿verdad? Porque ahora sería muy cruel, después de tanto esperar y hablar…

—No puedo ni pensar que no lo hagan —dijo Samantha.

—No —intervino Constance Philippa enseguida—, yo tampoco puedo pensarlo; el abuelo se quedaría muy apesadumbrado.

—Se pondría furioso —dijo Malvinia distraídamente, toqueteándose de nuevo el velo de tul con topos que se veía obligada a llevar, incluso a media tarde, para que el sol no le diera en su tez perfecta—. En realidad, desde que se retiró del tribunal, en cualquier momento puede estallar en un acceso de furia. ¡Qué infeliz será padre si…!

Samantha suspiró con exasperación, pues su hilo naranja se había enredado, y siempre era fuente de inquietud para ella el que Malvinia, o cualquiera de sus hermanas, se dedicara a hablar de su padre. Dijo:

—Madre está bastante segura de que lo elegirán, porque, según creo, míster Bayard así se lo dijo, aunque el asunto, por supuesto, es confidencial, y no hay que hablar de ello en cualquier copa de árbol o en cualquier ventana, como haría Pip.

Al oír esto, sin ninguna razón evidente, a menos, claro está, que lo hiciera para evitar algún pequeño contratiempo, Constance Philippa dio una fuerte sacudida a su labor rosa y dijo de pronto:

—Miss Delphine Martineau se ha comportado de un modo escandaloso esta tarde; ha coqueteado con todos los hombres, sin excluir al viudo de Octavia, míster Rumford, ni a mi prometido, ni al propio abuelo, ni a ese insufrible Ormond, que me recuerda tanto a un cerdo. ¿Os habéis dado cuenta?

—¡Eres muy injusta con Delphine! —exclamó Malvinia, pues, en verdad, ella y la vivaz miss Martineau eran muy buenas amigas—. No coquetea más que yo. Simplemente conversa con cualquiera de los caballeros que se le acerca, tenga la edad que tenga. Eres injusta, Constance Philippa, y no me parece muy generoso por tu parte —prosiguió, acalorada—. Delphine no daría un paso… bueno, por ninguno de los hombres que has mencionado, ni yo tampoco.

—Nos estás insultando a Constance Philippa y a mí —intervino Octavia con calma—. Te ruego que reconsideres tus ásperas palabras.

—No permitiré que se calumnie a Delphine —dijo Malvinia con aire de superioridad— ni deseo reconsiderar nada de lo que he dicho.

¡Si Constance Philippa habla por puros celos, o perversa envidia, debería ser más directa y no esconderse tras frases vagas y crueles!

Por toda respuesta, la hermana, con el rostro enrojecido, arrojó su ganchillo al suelo de madera del cenador, y durante un largo y terrible momento nadie habló. (En realidad, fue una suerte para las hermanas que ningún criado merodeara por allí y que la gran casa se hallara a suficiente distancia para que ninguno de sus mayores pudiera oírlas por casualidad.) Hay que decir en honor de Constance Philippa que se mordió la lengua, tal como le habían enseñado a hacer en semejantes circunstancias, cuando la sangre bulle en las venas, y tuvo la sensación de que las duras ballenas de su corsé le apretaban aún más. Como el lector tal vez ha deducido, la mayor de las jovencitas Zinn era una damita extrañamente preocupada y nada agradecida, según parece, por su compromiso con el barón, y no parecía extáticamente feliz ante la perspectiva de ser su esposa, como debería haber estado. Respiró con forzada calma y siguió callada, hasta que por fin habló:

—Sin embargo, no había motivo, Malvinia, para insultarnos a Octavia y a mí, para alardear de que tú no darías un paso por mi prometido ni por el pretendiente de Octavia. En realidad, esto ha sido muy cruel. Al fin y al cabo, todavía no he oído que se hayan hecho las amonestaciones para ti y ese apuesto joven Cheyney.

Malvinia preparó una réplica impulsiva, pero lo pensó mejor y se puso a tararear en voz bastante alta, conducta que sabía que irritaba a Constance Philippa; luego, pensándolo mejor otra vez (pues esta encantadora aunque impetuosa chiquilla tenía un corazón bondadoso), se volvió de pronto a Octavia y dijo:

—¡Pero no quería insultarte, querida Octavia! No lo pretendía. Míster Rumford es un caballero excelente, honrado y notable del que, según creo, tío Vaughan tiene una gran opinión, y tía Edwina, me parece, nunca ha dicho una palabra de censura, al menos que yo haya oído. Y sabemos que madre lo respeta.

Sonriendo con tristeza, Octavia se aplicó al juguete de retales que tenía en su regazo y durante unos tensos momentos no respondió. Después dijo, sin levantar sus ojos castaños hacia los de Malvinia:

—Me temo, Malvinia, que toda esta charla sobre míster Rumford y la mansión Rumford, y esto y aquello, es, como mucho, prematuro. E incluso puede ser —añadió con voz temblorosa— que finalmente no venga al caso.

—¡Octavia! —exclamó Malvinia—. ¿Qué estás diciendo?

—Octavia…, ¿es así? —preguntó Constance Philippa.

La joven declaró con valentía:

—Me temo… me temo que, después de todo, él esté interesado por

otra, y que las fantasías de madre y, me avergüenza decirlo, las mías sean completamente insustanciales.

—¡Otra! ¡Ah, no se atreverá! No ahora que las cosas están tan adelantadas, después de que él y el abuelo hayan llegado, según creo, a una especie de acuerdo —exclamó Malvinia acaloradamente—. Claro que no sé con certeza que esta conversación tuviera lugar, pero míster Rumford se ha comportado de un modo tan notorio… ¿Quién puede ser la otra chica?

—Tal vez sea Delphine —dijo con sequedad Constance Philippa—. No, es más probable que sea Felicity Broome, con su velo de gasa. ¡Imaginad, fingía tener frío y estar mareada, con este calor!

—No conozco la identidad de la otra chica —dijo Octavia—. No es más que un rumor que ha salido de Filadelfia. En realidad, Felicity ha sido quien me lo ha murmurado al oído, supongo que con expresión de alegre crueldad. He tenido la sensación de que el corazón se me partía, y no quería nada más que volver a casa, a mi dormitorio y a mi cama.

—Octavia, estoy segura de que estás equivocada —afirmó Constance Philippa, en un intento de corregirla—, porque debes recordar que míster Rumford es un hombre profundamente religioso, y la reciente muerte de su esposa… hace unos seis o siete años, creo… debe de ser una gran carga para él. Es de conocimiento general que fue ordenado ministro luterano; no es de naturaleza frívola e inconstante.

—Eso es cierto, supongo —repuso Octavia lentamente—. Míster Rumford posee una profundidad poco corriente.

—El hecho de que siga llevando luto por su esposa solo puede animarte —señaló Malvinia—, pues sugiere la gravedad con que contempla los sagrados lazos del matrimonio. En realidad, Octavia, yo que tú no me desanimaría y, en cualquier caso, es imposible leer el corazón de un caballero.

—¡Imposible, sí! —observó Octavia con una breve carcajada desprovista de alegría.

De esta guisa hablaban las hermanas para pasar el rato, mientras hacían sus labores y la lánguida tarde transcurría, y nada se anunciaba con más estridencia que un cuervo cercano, o una cigarra, o una rana toro demasiado impetuosa en el río.

Fue entonces cuando Deirdre levantó con un movimiento sigiloso el guardapelo que llevaba colgado del cuello en una cadena de oro, para abrirlo y mirar atentamente el descolorido daguerrotipo que había dentro, acto que no podía sino irritar a sus hermanas. (Pues el daguerrotipo era de sus padres naturales, que habían muerto unos seis

años antes, en la terrible epidemia de fiebre tifoidea de 1873. Se creía que la madre de Deirdre le había entregado el guardapelo poco antes de morir, con instrucciones de no quitárselo jamás a menos que le ocurriera alguna desgracia; por eso la terca niña, en el seno mismo de su nueva familia, abría con gesto exagerado el guardapelo una docena de veces por día para contemplar las viejas imágenes con expresión de enfermiza añoranza.)

Con el fin de distraer la atención del grosero gesto de Deirdre, Samantha dijo nerviosa:

—¿Creéis que podría haber alguna dificultad? Quiero decir, con madre y su entrevista privada con el abuelo, en la mansión. Porque esta vez el abuelo no ha estado comprensivo…

—Samantha, lo que dices está fuera de lugar —la reprendió Octavia—; no nos corresponde conocer los asuntos privados de madre.

—No nos corresponderá conocerlos —replicó Samantha, enrojeciendo—, pero, de hecho, no podemos evitar tener alguna idea de lo que podría ser. Y si el abuelo se mantiene firme y se niega a seguir ayudándonos, ¿qué hará nuestro pobre padre? Sabes que está muy cerca de descubrir el principio de la máquina del movimiento perpetuo.

—¿De veras? —preguntó Malvinia, atisbando por debajo del velo hacia el cielo, para ver si los rayos del sol aún podían perjudicarla—. ¿Se trata del artilugio que se mueve sin parar… sin que se le tenga que dar cuerda?

—¡Un artilugio que se mueve sin parar! —exclamó Constance Philippa en un murmullo—. Qué extraño.

—Extraño —dijo Samantha— y milagroso. En realidad, no habrá nada igual bajo el sol: y nuestro padre lo habrá inventado.

—Inventado y patentado —dijo con firmeza Octavia—. Porque esta vez madre no aceptará otra cosa.

—¿Una máquina de movimiento perpetuo es una que se mueve… perpetuamente? —preguntó Constance Philippa, frunciendo la frente —. Me parece un concepto de lo más notable. La verdad es que lo encuentro sumamente inquietante. ¿Estás segura, Samantha, de que entendiste bien a padre?

—Trabajo a su lado en el laboratorio, cuando me lo permite — contestó Samantha con osadía—. Y te aseguro que es exactamente tal como he dicho.

La pobre Constance Philippa se mantenía tan tensa, con tal expresión de dolor, que uno se habría preguntado si la fuerte mezcla de cloruro de cal y ácido salicílico en polvo que, unas horas antes, se había aplicado bajo los brazos, por delicadeza, le había empezado a

picar o si, como las otras, experimentaba la tensión que le provocaba el no mirar a su hermana menor. (Quien, mientras las otras conversaban, se mantenía en clara oposición, sentada a un lado, melancólica, inmóvil, sin ningún propósito útil, mirando el viejo guardapelo.)

—¡Padre está muy cerca de conseguirlo! Muy cerca de la consumación —afirmó Samantha con vehemencia—. Sería una pena para nuestra nación, y una tragedia, si no se le permitiera continuar, y por simples motivos económicos.

—Sí, me han dicho que el abuelo está sumamente descontento —dijo Malvinia despacio— con lo que él llama la «irracionalidad» de padre, una palabra que me desconcierta, ya que se emplea raras veces.

—Y dicen que la tía abuela Edwina es escéptica —añadió Constance Philippa.

Octavia dio una fuerte sacudida a su juguete de retales y dijo:

—Está mal, Malvinia y Constance Philippa, que habléis de nuestros mayores de ese modo, cuando no están presentes. Me hace sentir claramente incómoda.

—Tienes razón, por supuesto —reconoció Malvinia—, y, sin embargo, ¡cuánto me gustaría que los Zinn no fuéramos pobres! Ese es nuestro problema, en el fondo; ahí está el origen de toda nuestra infelicidad. Cuatro dotes, quiero decir cinco. Cuatro chicas mayores, quiero decir cinco, ¿o realmente quiero decir cuatro, ya que nuestra querida Constance Philippa está prometida a su barón? ¡Ay, todo es tan complicado!

Sin duda se comete un error cuando a un acontecimiento pasado se le atribuyen ciertas interpretaciones lógicas que solo acuden a la mente tras el paso ineludible del tiempo; no obstante, tal vez esta forma áspera de hablar de Malvinia penetró en el corazón de la menor de las hermanas Zinn como un cuchillo y causó allí algún daño, con la inmediata consecuencia de que Deirdre lanzó una mirada sorprendida e incauta al alegre semblante de Malvinia y se oyó un jadeo casi imperceptible, aunque de cuál de las hermanas brotó no sabría decirlo.

Tras lo cual la pobre Octavia, sonrojada, murmuró:

—¡Malvinia! Te has extralimitado.

Pero Malvinia prosiguió, tras cruzar brevemente su mirada con la de Deirdre (en la que el mero dolor aún no había empezado a ser superado por el reproche):

—Sí, he pensado mucho en el tema, y he llegado a la conclusión de que el origen de toda nuestra desdicha… porque somos infelices, aunque seamos Zinn… reside en nuestro empobrecimiento. Pensad

solo —dijo la atrevida damita, bajando la voz e inclinándose hacia las tres hermanas que, hay que suponer, ella consideraba sus verdaderas hermanas—, pensad solo en que casi somos los únicos de Bloodsmoor, entre tantas excelentes familias, que nos vemos obligados a hacer una colada quincenal, con la vergüenza resultante de que todas las familias conocen los límites exactos de las mudas de ropa de los Zinn.

Constance Philippa suspiró en voz alta y se abanicó el acalorado rostro con la labor, pues había extraviado u olvidado su abanico.

—Malvinia —la reconvino—, no puedo tolerar que sigas con este tema, y sabes que madre lo ha prohibido.

Las rollizas mejillas de Octavia ahora parecían encantadoras peonías de tono crema, sobre cuyos pétalos había empezado a aparecer un tono rosáceo, pues la joven dama se hallaba sumamente desasosegada, tanto porque se había abordado el tema prohibido como porque Deirdre había sido lastimada, aunque con inocencia y, en realidad, solo de pasada. Por eso dijo con voz nerviosa:

—No podemos hablar de este tema, y este no es el momento ni el lugar, después de la gran generosidad demostrada por los Kiddemaster con nosotros: una magnífica merienda en honor de Constance Philippa y, también, en honor de padre, cuya candidatura a la sociedad se está considerando tan en serio. No, es un tema imposible. ¡No hablaremos de él!

—Los Gilpin, los Martineau y los Ormond, y otras muchas familias, hacen su colada cada trimestre —dijo Malvinia con atrevimiento—, y no es un secreto que los Broome, aunque en otro tiempo fueron pobres, gracias a los ferrocarriles tienen, según creo, suficiente riqueza y suficiente buena ropa de casa para pasar con una colada cada medio año, o eso se murmura. Y los Whitton y los Miller, y la casa de Du Pont de Nemours, y…

—¡Calla, Malvinia! —la interrumpió Octavia. Volvió sus húmedos ojos asustados hacia la gran casa, a menos de cien metros de distancia, y después hacia la pobre Deirdre, que seguía sentada, tensa, con la mirada fija en el suelo de madera del cenador, el ganchillo ahora quieto en sus manos—. Calla, calla, no queremos oírlo. ¡Cuánto lastimarías a padre si lo supiera, y cuánto nos lastimas a nosotras con tus crueles palabras! ¡Calla, no queremos oírlo!

—Cuatro hermanas Zinn y, de hecho, la comidilla del valle; y después cinco —prosiguió Malvinia de un modo impulsivo—, lo cual, por supuesto, honra a madre y a padre, y no hay que cuestionarlo ni ridiculizarlo. No, no me callaré, hablaré. No hay ningún extraño cerca, ni nadie que pueda fingir sorprenderse por nada de lo que se diga. En realidad…

Constance Philippa, que tironeaba con irritación de las apretadas mangas de su vestido de piqué, interrumpió a su hermana para decir enérgicamente:

—Tienes razón, Malvinia, y sin embargo no debes hablar así. Haz lo que te decimos Octavia y yo, tus hermanas mayores, y cállate.

Siguieron entonces unos momentos de silencio poco natural, durante el cual no se oyó nada salvo el distante mugido de una vaca y las melódicas llamadas de criaturas de plumas de vivos colores que se hallaban en los majestuosos olmos de las proximidades. Octavia rompió el silencio hablando con nerviosismo, lo que fue recibido con alivio, aunque, quizá, sin mucha atención.

—El té de mora también me ha parecido muy bueno, y la miel fresca de las colmenas de tío Rhinelander, y… y… debo decir, Constance Philippa, que verdaderamente no creo que haya que censurar a Delphine Martineau por su alegría y animación, pues es encantadora y pura de corazón, estoy segura. Y los caballeros de Boston, en particular el profesor Lyndon, y la elocuencia de padre, y la gran promesa de la máquina del movimiento perpetuo… Samantha, ¿podríamos rogarte que nos hicieras una descripción detallada de ese asombroso artilugio?

—No, no haré ningún intento serio pues todas estáis distraídas, y madre nos llamará dentro de poco. La máquina en la que padre ha estado trabajando desde la pasada primavera es, hablando en términos exactos, la «máquina nueva», pues de pronto se sintió obligado a desechar prácticamente todo lo que había hecho hasta entonces; una decisión dificilísima, aunque necesaria, creo. ¡Ay, pobre padre! —exclamó Samantha con fuerza—, qué duras son sus labores, y sin embargo el ignorante mundo se atreve a juzgarlo. —Se interrumpió un momento para calmarse, y prosiguió—: La nueva máquina está diseñada con un péndulo de cobre que no tiene el movimiento oscilante que conocéis por los relojes de casa, sino una rotación parcial, ciento ochenta grados en el sentido de las agujas del reloj exactamente, y después exactamente ciento ochenta grados en sentido contrario. Por lo que yo entiendo de la fuente de energía, esta procede de la coordinación de los campos magnéticos, mareas gravitatorias (ejercidas por el Sol y la Luna simultáneamente) y la fuerza od; y la gran dificultad en estos momentos es cómo liberar, e inhibir, la energía así provocada para que no se precipite en el mecanismo con tanta fuerza que este quede destruido, y para que no fluya desventuradamente por el aire. Con este fin, padre ha estado experimentando con imanes de diversas dimensiones, y tiras de plomo, y masilla, e hilos de seda, para controlar más de cerca el

campo magnético. Estamos sumamente inquietos —dijo la joven dama, bajando bruscamente la voz y mirando con disimulo alrededor — por si algún espía de Menlo Park descubre esta experimentación más reciente, pues sabéis que esto destruiría por completo a padre, no solo el robo de otro de sus descubrimientos, sino el robo de este, que es su obra más importante. Qué digo, cuando dé fruto será una de las obras más importantes de todos los tiempos. Así, si padre ha hablado con los profesores de Boston de forma circunspecta en algunos momentos, ha sido por el peso del triste conocimiento de que, a pesar de su evidente sinceridad y objetividad científica, podían ser espías al servicio de Edison, o inocentes víctimas atrapadas en su red. ¡Ay, quién sabe! —concluyó Samantha, con un suspiro tan profundo que habría podido ser exhalado por una mujer que la doblara en edad.

Malvinia preguntó entonces con voz algo apagada, como si sintiera un poco de pesar por sus rudas palabras:

—Sin embargo, está progresando, supongo. ¿Y cuándo prevé padre que el mecanismo estará perfeccionado?

—Padre no prevé estas cosas —repuso Samantha, arrugando la frente con desaprobación por la ignorancia de su hermana—. ¡Lo conoces muy poco si imaginas que sus pensamientos se detienen en estas ideas!

—¿A tiempo para la boda de Constance Philippa? —preguntó Octavia con triste pesar—. No, supongo que no; qué ignorancia la mía, preguntar esto.

—¿Que no estará a tiempo para la boda de Constance Philippa? —exclamó Malvinia, con tanta alarma que su sombrilla cayó al suelo—. Pero ¡no es posible, la boda está prevista para dentro de doce meses! Seguro que no lo sabes todo, Samantha, y puede que estés equivocada.

—Sí, es muy posible que esté equivocada —dijo Samantha con inesperada humildad—. Sin embargo, os ruego no hagáis estas preguntas a nadie más, ni a madre ni, por supuesto, a padre.

—Entonces el abuelo deberá pagar la boda de Constance Philippa, y otros muchos gastos, y quizá también se comprometa Octavia, y qué será de mí, cuál será mi destino, ¡ah, qué desdicha! No quiero pensar estas cosas degradantes —prosiguió Malvinia, acalorada—, no porque estén prohibidas, sino porque son degradantes. No, no pensaré… pero…

Varias de las hermanas exclamaron al unísono el nombre de esta joven dama, y se habría podido observar cuán visiblemente la pobre Deirdre se encogía por miedo a que la explosión de Malvinia volviera a incluirla a ella. Tras lo cual, con admirable prontitud y aplomo, Constance Philippa se volvió a Samantha y preguntó:

—No faltan meses, entonces, para que el nuevo mecanismo esté perfeccionado, sino quizá…

—… años —concluyó Samantha lentamente.

De nuevo se hizo un silencio tenso, que fue quebrado por el epílogo de Samantha, pronunciado con tono más ligero:

—Claro que, como he dicho, puedo estar equivocada.

—En cualquier caso —murmuró Octavia—, no es culpa de nadie, no puede ser culpa de nadie… Apenas sé nada de lo que estamos hablando, salvo que no es culpa de nadie y, sin duda, no hay que echársela a ninguna de las que estamos aquí.

—¿De quién estás hablando? —preguntó Malvinia con exagerada incredulidad y sorpresa—. Tus palabras son de lo más irreflexivas.

—Solo quiero decir… Bueno, quiero decir que… Mi intención era… Bueno, ¿por qué hoy se me traba la lengua con cada palabra?, y tengo mucho calor… y soy muy desgraciada… En verdad, Malvinia —dijo Octavia con voz trémula y baja—, creo que es completamente innecesario que hagas especulaciones en voz alta y que te irrites con la posibilidad de mi compromiso. No te preocupes por esa eventualidad, Malvinia, te lo ruego. Eres cruel al fingirte amable.

—No me había dado cuenta —dijo Samantha— de que Malvinia fingía ser amable. ¿He entendido mal, tal vez, alguna palabra en el curso de los últimos minutos?

—¡Qué cosa tan extraña dices! —exclamó Malvinia—. ¿Estáis aliadas contra mí? Tú y ella, que compartís dormitorio, y cama… —Con ello se refería al hecho de que Samantha y Deirdre disfrutaban de una habitación común en la Casa Octogonal—. No…, es muy injusto.

La impetuosa Samantha dijo entonces:

—¡Tú eres la injusta, Malvinia! Si somos pobres, y no digo que lo seamos, seguro que no es culpa de Deirdre, ni de padre, y, en cualquier caso, habría que ser sumamente ignorante para no saber que la pobreza no es sino un estado relativo, pues hay innumerables familias, solo en Bloodsmoor, a cuyo lado somos muy acaudalados.

Malvinia abrió su abanico de golpe y se abanicó con energía.

—¡No me sermonees, señorita! —replicó—. Estás muy equivocada, si intentas sermonearme.

—Hermanas queridas, por favor —pidió Octavia—, no discutáis en este día tan maravilloso. Todos sabemos que la pobreza y la riqueza, y cualquier estado seglar, tiene muy poca importancia al lado del amor perdurable de Nuestro Padre celestial, y el amor de nuestros queridos padre y madre, aquí en la tierra y…

—Me parece que me voy a casa —dijo Samantha con atrevimiento, palpando alrededor en busca de sus guantes extraviados—. Octavia,

excúsame ante madre; dile simplemente que me he sentido mal y me he ido a toda prisa a casa.

—Eso es imposible —exclamó Octavia—. No irás a ningún sitio a pie, sin compañía y con tu vestido nuevo; ¡ay, qué le ocurriría a la cola! No, Constance Philippa y yo no podemos permitirlo.

—Haré lo que me plazca —replicó Samantha. Su pequeño rostro pálido relucía a causa de la emoción y le brillaban los ojos verdes; sin embargo, una vez que hubo cogido sus guantes y se los hubo puesto, no se levantó de la silla, sino que permaneció sentada, como si de pronto un gran peso la agobiara.

—¡Qué idea! —se maravilló Malvinia, mirando fijamente a su hermana sin dejar de abanicarse la cara—. ¡Hablar a tontas y a locas de irse a casa a toda prisa, por el bosque, sin duda trotando como un caballo! Vaya, sería divertido si no fuera tan desagradable; menos mal que todos nuestros invitados, y nuestras queridas primas, se han marchado ya.

—¿Por qué no puedo irme a casa sola? —dijo Samantha con voz irritada—. Seguro que no es peligroso. Y prometo que me recogeré las faldas, y la cola, y no… bueno, no puedo correr.

Octavia meneó la cabeza con tanta fuerza que sus rollizas mejillas temblaron.

—Pero es peligroso, Samantha. Sí que lo es.

—¿Peligroso en qué sentido? —preguntó Samantha—. No te entiendo. Puede que en el parque del abuelo haya ciervos; y criaturas más pequeñas como conejos, marmotas, mapaches y zarigüeyas; sin embargo, estoy razonablemente segura de que ya no hay osos, y no los ha habido desde hace muchos años…

—Cállate, Samantha —ordenó Constance Philippa—. Eres muy joven, y muy tonta; y no sabes de lo que hablas.

—Es verdad —dijo Octavia con seriedad—. En el bosque hay peligro, e incluso en el camino que sigue la orilla del río, y no vas a ir sin compañía, y asunto zanjado.

—Entonces, ¿por qué no vamos todas juntas? —insistió la muchacha—, ¡cogidas del brazo, como hacíamos cuando éramos pequeñas!

—Imposible —dijo Constance Philippa—, y se acabó.

—Imposible —repitió Octavia, bajando la voz—, porque aun así correríamos peligro.

—Imposible —dijo Malvinia sin poder resistirse—, porque ahora somos demasiadas hermanas para ir cómodamente por ningún sendero.

De nuevo se hizo el silencio y se contuvo el aliento, y esta vez

Deirdre se decidió a hablar, echando la cabeza hacia atrás, con un perceptible temblor en el labio inferior.

—Yo no… —dijo la crispada muchacha—. Os aseguro que yo no… no pedí nacer.

Esta explosión resultó tan lamentable para las hermanas, y tan carente de todo vestigio de dignidad, que, sonrojadas, no supieron responder, ni siquiera hacer lo que podría haber sido lo más diplomático: mirarse unas a otras, o dirigir la vista hacia la labor que tenían en su regazo, o hacia la mansión Kiddemaster, con la esperanza de que mistress Zinn o uno de los criados las estuviera llamando.

«Yo no pedí nacer»: las desesperadas palabras se repitieron en un ronco susurro, o en un eco, que brotó del aire mismo.

Así, otro tenso silencio envolvió a las hermanas, mientras Deirdre, respirando con fuerza, las miraba con atrevimiento una a una, como si las retara a que le contestaran, o incluso a que la miraran a los ojos directamente. Pero de pronto Constance Philippa se quedó profundamente absorta en su hilo rosa, que se había enredado, y Octavia cerró los ojos, anegados en lágrimas, y entrelazó sus rollizas manitas como si comulgara en silencio con Dios, y Malvinia, con las mejillas enrojecidas, los ojos azules brillantes de emoción, volvía toda su atención a su sombrilla de seda, cuyo mango de marfil tallado había intentado limpiar su padre el día anterior con una fuerte solución química de fórmula propia, y Samantha daba un tirón nervioso a la tela que tenía en el regazo y, con inusual celo, volvía a coger la aguja de bordar, sin pronunciar una palabra.

Durante unos minutos no se oyó nada en toda la gran pendiente de césped salvo los arrebatados cantos de los pájaros, y el curioso grito de las cigarras, y una leve brisa que hacía susurrar los juncos y hierbas ornamentales que crecían cerca del cenador, y el viejo pozo de los deseos y el pintoresco camino del río, aunque puede ser que un oído de especial agudeza detectara, a lo lejos, un murmullo trémulo e indistinto muy parecido al trueno.

Así transcurrieron los minutos y, tras un doloroso silencio durante el cual, como el lector puede imaginar, ninguna de las hermanas deseaba enfrentarse a la maleducada mirada de Deirdre, Malvinia se aclaró la garganta con delicadeza, se dio unos toquecitos en la nariz con un pañuelo ribeteado de encaje y preguntó a Samantha, con la misma corrección que si fueran dos nobles viudas de Filadelfia en un té:

—Querida Samantha, te ruego me excuses, pues confieso francamente mi ignorancia, pero antes he olvidado preguntar por el propósito de la máquina del movimiento perpetuo de padre.

Samantha levantó la mirada de su complicado punto de cruz y una sonrisa iluminó aquel semblante a menudo malhumorado, mientras, con majestuosidad, pronunciaba estas palabras:

—Su propósito, Malvinia, es nada más y nada menos que estar siempre en movimiento.

Fue en este preciso momento, según declararon después las hermanas, cuando Deirdre, sin haber dado aviso alguno, de pronto se puso en pie y dejó caer al suelo el antimacasar inacabado.

Las hermanas la miraron fijamente; Octavia tal vez pronunció el nombre de Deirdre; sin embargo, en la confusión del momento nada estaba claro, salvo que la impetuosa joven dama salió del cenador y bajó los escalones hasta el césped, sin mirar atrás ni tan solo murmurar una disculpa por lo impropio de su salida o por haber rozado sus faldas y pesada cola de una forma tan brusca contra Constance Philippa que le hizo caer el sombrero.

Las cuatro hermanas, sorprendidas y alarmadas, clavaron la vista en la quinta, que, con paso atrevido y decidido, se dirigía por la pendiente de hierba hacia la orilla del río, sin pasar por el sendero de grava, con la cabeza alta y las muchas cintas de su vestido amarillo revoloteando junto a ella. Se había dejado los guantes, el abanico y la sombrilla, y cualquier ojo habría visto enseguida que ya no llevaba el sombrero colocado correctamente en la cabeza, sino que se había ladeado un poco.

—Vaya —exclamó Malvinia, llevándose una mano al apretado pecho—, qué criatura tan vulgar, ¡casi está corriendo!

4

Dormida, soñé que la vida era belleza;
despierta, vi en cambio que era deber.
¿Tu sueño no fue, pues, más que mentira?
Sé valiente, corazón, y persiste en tu afán
y verás al fin que tu sueño
es luz radiante y verdad para ti.

Estas son las nobles palabras que Ellen Sturgis Hooper escribió no mucho antes de su trágica muerte, a la edad de treinta y seis años.

Sin duda hay belleza en esta crónica de Bloodsmoor; pero también deber… El deber, me siento obligado a decir, en primer lugar.

Por lo tanto, mientras las hermanas contemplan la partida de Deirdre, haré un esfuerzo para arrojar luz sobre ellas, lo más clara y brevemente posible. (Bien digo «hacer un esfuerzo», y que como conozco bien el sino que aguarda a cada una de las hermanas, sufro al recordar sus lozanos rostros jóvenes, aquella tarde de septiembre de 1879, y solo desearía que, como cronista de esta historia, me fuera concedida cierta medida de omnipotencia para poder guiar sus destinos en direcciones más felices.)

Como fuere, empezaré volviendo mi atención hacia Constance Philippa en primer lugar.

Entre las encantadoras jovencitas Zinn y sus numerosas primas, la más impresionante era quizá la mayor de las Zinn, como consecuencia de su inusual altura, que ella llevaba con contenida elegancia, y su actitud veleidosa, que oscilaba entre una franca aspereza y una súbita afectuosidad infantil, y sus facciones griegas —duras, nobles, altivas, puras— que habrían hecho honor a un busto de la antigüedad realizado en mármol blanco italiano.

A la avanzada edad de veintidós años, Constance Philippa poseía un cuerpo sorprendentemente estrecho y anguloso, con los miembros inferiores largos y musculosos, carentes casi de esa agradable redondez de las carnes y de proporciones nada bellas. Su perfil era duro y regio, y en ocasiones poseía un aire depredador debido a su larga nariz patricia; tenía una frente alta que revelaba la solidez del hueso y le confería, al igual que a su padre, una apariencia de dignidad y calmada autoridad.

Su pelo era muy oscuro y carecía de ondas naturales y lustre, pero tenía un espesor tan adecuado que requería tan solo un postizo, enrollado en la coronilla. Sus ojos también eran oscuros, oscuros y brillantes, inteligentes e inquietos, y dados a esa frecuente expresión de ironía que tanto inquietaba a su familia y poco decía en favor de la propia Constance Philippa. Cuando se esforzaba, tenía una voz tan melodiosa como la de cualquier joven dama; en otras ocasiones, lamentablemente, era baja y seca, carente de elegancia, y despertaba en sus hermanas, en particular en Octavia, el temor de si, en realidad, siempre era Constance Philippa la que hablaba y no, en alguna ocasión, una extraña.

Muchos años atrás, cuando míster Zinn se hallaba en la guerra y enviaba afectuosas cartas a casa, a su familia, desde Antietam, Chancellorsville, Gettysburg y Richmond, era Constance Philippa (a la sazón una jovencísima señorita, en verdad) la que más deseaba estar a su lado y ser un soldado portando armas contra los «malos rebeldes». Durante esos tristes años, que parecieron mucho más prolongados debido a la aflicción, el miedo y el indecible dolor que implicaron, mistress Zinn hizo todo lo que pudo para que sus niñitas fueran lo más felices posible y para evitar que pensaran demasiado en el hecho de que su amado padre se hallaba ausente y arriesgaba su preciosa vida para que la Unión no se disolviera. Por supuesto, las niñitas y su madre rezaban juntas, de rodillas, al menos tres veces al día, pero por la noche disfrutaban enormemente, reunidas alrededor del piano, cantando canciones infantiles mientras mistress Zinn tocaba, con tanto ánimo como lograba reunir. ¡Qué cálidas, qué alegres, qué deliciosas eran esas veladas en el salón, tanto tiempo atrás! Sin embargo, incluso en esas ocasiones festivas Constance Philippa exhibía una curiosa falta de decoro en su elección de las canciones, pues su favorita, la que con más frecuencia solicitaba, no era «Dulce lavanda», ni «El barco de las hadas», ni la popular «Hey Diddle Diddle», ni las animadas «Yankee Doodle» y «Lobby-Loo», sino, lamento decirlo, la cruel «Un zorro salió», que claramente desagradaba a las otras niñas, quienes declaraban que era repulsiva y, cantada por Constance Philippa,

demasiado estridente para sus oídos.

Aun así, Constance Philippa rogaba a su madre que la tocara y se salía con la suya, y, erguida como una señorita de seis o siete años, cantaba a gritos con un destello en sus oscuros ojos:

Un zorro en una noche estrellada salió
y a la luna que lo alumbrara rogó
pues un largo camino lo aguardaba
antes de que su madriguera alcanzara.

Al fin al patio de un granjero llegó
y a los patos y ocas poco agradó
que su sueño se viera así perturbado
por aquel zorro tan osado.

El zorro coge a la pobre oca gris por la manga y, a pesar de los valientes esfuerzos de la vieja Slipper Sloppers y su esposo John, el ave es arrastrada a la madriguera del zorro, donde siete cachorros, ocho, nueve, diez, la devoran sin alboroto ni ceremonia, mientras las hermanas de Constance Philippa se tapaban las orejas con las manos; a Octavia en particular la canción le parecía muy muy perversa, más aún porque la curiosa ilustración mostraba al señor Zorro capturando a la señora Oca, que se parecía bastante a la abuela Kiddemaster con su gorro de dormir.

—Es una canción muy cruel —exclamaba Octavia—, pues ¿por qué no interviene el Niño Jesús?

Más de una década más tarde, la mayor de las señoritas Zinn, ahora una joven dama prometida, a menudo se descubría tarareando en voz baja esa vieja y casi olvidada canción infantil, para su propia sorpresa y cierta turbación. «A la oca gris de la manga cogió. / "Con su permiso, doña oca", gruñó, / "de aquí ahora mismo me la llevaré / y a mi madriguera la conduciré".» Oía estas toscas palabras, pronunciadas con un ritmo de lo más impropiamente bullicioso, en presencia misma de su prometido, o en medio de una cena formal, o en un té, o en una recepción en alguna casa solariega de Bloodsmoor, con tanta fuerza que a menudo perdía el hilo de la conversación y permanecía sentada en una quietud poco natural. «Junto a su hambrienta esposa el zorro se sentó / y sin cuchillo ni tenedor bien se apañó. / ¡Jamás oca tan sabrosa habían comido / ni los cachorros huesos tan ricos lamido!»

No puede decirse que Constance Philippa conociera muy bien a su prometido, el barón Adolf von Mainz, que le había sido presentado el pasado mes de diciembre, en el espléndido baile de Navidad que

daban anualmente los Kiddemaster de Wilmington; tampoco puede decirse, supongo, que la reticente joven dama sintiera, todavía, ningún sentimiento irresistible hacia su prometido y su inminente estado matrimonial. Sin embargo, no dudaba que con el tiempo amaría al barón y sentiría deseos de darle hijos, en parte como consecuencia del entusiasmo y aliento de su madre y en parte debido a sus frecuentes lecturas de novelas románticas como *La novia de Lewellyn, Blanche de Brandywine, Boda imaginaria* y otras muchas, las cuales prometían muchas bendiciones, aunque de difícil interpretación, derivadas del estado matrimonial.

El barón era de edad indeterminada y desprendía un olor que era una mezcla de tabaco, carne roja y algo muy oscuro y muy húmedo; no era de estatura excepcionalmente elevada (de hecho, era unos centímetros más bajo que Constance Philippa); tampoco estaba por encima de lo corriente en cuanto a apostura convencional y encanto personal. Su pronunciado acento alemán, junto con una timidez intrínseca por parte de Constance Philippa, hacía que toda conversación íntima entre ellos resultara un poco difícil; sin embargo, como siempre se veían en presencia de alguien, o eran atendidos de cerca por una o más señoritas de compañía, esto no era en modo alguno un grave impedimento para su romance, y de hecho a Constance Philippa le parecía una circunstancia feliz, ya que dudaba que ella tuviera nada que decirle, o él a ella, en esta etapa temprana de su relación.

La cualidad del barón que más impresionaba a mistress Zinn y a los Kiddemaster no era tanto su posición social como su apellido ancestral, el cual, según se decía, tenía novecientos años de antigüedad y era muy conocido en la Europa central. La cualidad que, ay, más impresionaba a Constance Philippa no tenía nada que ver con su apellido, ni con su probable fortuna o su encanto personal, sino con su espíritu deportivo, del que en realidad ella conocía muy poco, aunque en varias ocasiones lo había visto montado en su semental Lucifer y una vez con su halcón Adonis en la muñeca: tanto el semental como el halcón eran criaturas tan magníficas y bellas que Constance Philippa se quedó casi sin aliento de puro sobrecogimiento, aunque, como era por naturaleza y educación una joven dama de comportamiento perfecto, tuvo buen cuidado de no demostrarlo.

La inminente boda precisaba algunas conversaciones íntimas entre Constance Philippa y su madre referentes al fenómeno del amor conyugal, el ministerio de la mujer y el deber de la esposa; y mistress Zinn insistía con considerable vehemencia en que Constance Philippa dejara a un lado todas sus vacilaciones, pues, con el tiempo, seguro

que llegaría a «amar» al barón, con un amor apropiado a sus circunstancias. En una ocasión, sin embargo, Constance Philippa, con el rostro enrojecido, preguntó a su madre por los comienzos de su relación con su padre.

—Madre, ¿tus sentimientos hacia padre nacieron con el paso del tiempo, o bien ya existían desde el principio?

Mistress Zinn miró fijamente a su hija con asombrado disgusto por el atrevimiento de la muchacha, y Constance Philippa se sintió obligada a continuar, aunque lo hizo con pronunciado nerviosismo.

—Quiero decir, madre, una tiene la impresión, por las cosas que ha oído, entre tu familia y en otras partes, de que el galanteo entre tú y padre fue sumamente romántico, o, en cualquier caso, que no se caracterizó por una excesiva formalidad, con lo que quiero decir… He oído alusiones… referentes a…

Pero aquí la joven dama enrojeció vivamente y el valor la abandonó, y sus palabras se perdieron y se quedó en silencio, avergonzada. Mistress Zinn se irguió en toda su altura para mirar a su impertinente hija a los ojos y, con voz enérgica, habló de esta guisa:

—No se puede negar que tu padre y yo nos causamos una impresión agradable el uno al otro en nuestro primer encuentro, en casa de mi padrino el doctor Bayard, ya que ello precipitó un segundo encuentro y este un tercero. Pero, aparte de esto, mi querida hija, no tienes el privilegio de especular, pues me parece malsano, así como inadecuado, que te preocupes demasiado por estos asuntos.

Tras estas palabras, la reprendida jovencita murmuró una disculpa y se retiró.

(Hay algún misterio en la vida de mis padres, y sin duda también romanticismo —pensó Constance Philippa—. Y, sin embargo, ¡cuánto esfuerzo, imaginárselo!, pues ahora tienen una vida estable y muy decorosa.)

El muy anunciado compromiso de Constance Philippa con el barón fue el resultado de una serie de negociaciones dirigidas no por míster Zinn (quien, necesariamente inmerso en su trabajo, no tenía ni tiempo ni ánimo para supervisar las perspectivas matrimoniales de su hija), sino por el abuelo Kiddemaster, ayudado por uno o dos consejeros legales, y, por supuesto, mistress Zinn, quien se aplicó a esta tarea con mayor celo por haber sido muy esperada y, durante un tiempo, haber perdido las esperanzas, pues Constance Philippa había llegado a una edad avanzada antes de que se presentara un pretendiente que valiera la pena; y cuántas horas de ansiedad había pasado mistress Zinn, con

secreta y avergonzada preocupación, porque sus primas Kiddemaster casaban a sus hijas con tan opulenta ceremonia, mientras que los Zinn de Bloodsmoor aún no habían celebrado ninguna boda.

Sin embargo, ahora había llegado la ocasión y todo estaba bien, o lo estaría cuando se estableciera el acuerdo contractual, se satisficieran las demandas del barón y se fijara la fecha en firme. De vez en cuando, míster Zinn preguntaba amablemente cómo iban las cosas, y recibía por respuesta una expresión de desconcierto de su hija, seguida por un fuerte sonrojo, y una inmediata respuesta acalorada de su esposa:

—Mi querido John, todo progresa con agradable prontitud, y no debes preocuparte por molestos detalles, ni tampoco debe hacerlo Constance Philippa.

—Mientras los jóvenes estén contentos, y el barón sea consciente de su buena fortuna, tal como sabiamente comprendía Tennyson —observaba míster Zinn con benevolencia, para luego tomar aliento y, con los ojos entrecerrados y una expresión de tan ensimismado amor que la pobre muchacha enrojecía aún más, recitar estas líricas palabras del gran poeta laureado:

No conozco, en verdad,
amo alguno más sutil bajo el cielo
que la juvenil pasión de una doncella.
No solo a lo más bajo del hombre pone freno:
nobles ideas y amables palabras le enseña,
cortesía, amor a la verdad y de fama el anhelo,
y todo lo que de un hombre es esencia.

Mientras, en secreto, en el cerebro de la infeliz hija retumbaban, como si poseyeran voluntad propia y una energía pareja a la de míster Zinn, estas curiosas —no, enloquecedoras— palabras: «¡Ni los cachorros huesos tan ricos lamido! ¡Huesos tan ricos! ¡Huesos tan ricos!».

5

¡Ay, poseer el don de la omnisciencia para dejar constancia de la historia de la familia Zinn, ya que no de la omnipotencia! Pues, aunque puedo ver de antemano las numerosas vicisitudes de la fortuna y las diversas tragedias que aguardan a Constance Philippa y a sus hermanas, no puedo, por supuesto, guiar sus destinos: esta crónica es un fiel relato de acontecimientos acaecidos mucho tiempo atrás, y no una simple fantasía de ficción en la que el autor dirige a voluntad el destino de este personaje y aquel, de acuerdo con algún plan creado a su antojo.

Así, me embarga una indecible aflicción pues llevo en mi corazón el conocimiento de que Constance Philippa será en verdad una novia, aunque no, para triste consternación de su familia, una esposa.

Mas, para su paz mental y la de sus hermanas, nada de esto sabía Constance Philippa mientras se hallaba sentada en el majestuoso cenador, contemplando con desaprobación la figura de Deirdre que se alejaba; y, en verdad, la sorpresa de la brusca partida de Deirdre ocupaba de tal modo sus pensamientos que había olvidado al barón y estaba absorta en los comentarios diversos que hacían sus hermanas sobre el incidente: si había que considerarlo un insulto hacia ellas o bien otra manifestación de la naturaleza grosera de Deirdre, si merecía que se informara de ello a mistress Zinn o si era mejor no mencionarlo.

En medio de estas discusiones en murmullos, Constance Philippa dijo con voz brusca por la impaciencia:

—¡Dejémosla, ella no es una de nosotras! «Un perro que se acobarda invita a la patada.»

—Eres cruel —exclamó Octavia con nerviosa alarma, poniéndose

en pie con tan insensata presteza que, por un largo momento, se sintió mareada, pues su gran sombrero engalanado, su vestido con múltiples faldas e innumerables enaguas y, lo que más la constreñía, el corsé, se habían unido de un modo infortunado con el pastel de frutas caliente, los dulces de bizcocho con crema de albaricoque, la carne de buey, el jamón de Virginia y otras exquisiteces de la merienda y le provocaron una sensación de mareo y dispepsia que la acalorada joven dama logró dominar, pues tan grande era la sensación de injusticia que experimentaba que no podía permitir que sus hermanas calumniaran a la pobre Deirdre—. Sois crueles e injustas, y no os comportáis como hermanas —declaró—, y me veo obligada a decir que no sois cristianas al hablar así.

—Y tú, querida Octavia, estás crispada —dijo Malvinia con malicia — debido a un exceso de míster Rumford y otros caballeros cautivadores en la fiesta de esta tarde.

—No hay necesidad de más insultos —replicó Octavia, abanicándose con rapidez, el corazón latiéndole con tanta fuerza que aún sentía el peligro de desmayarse—. Habéis obrado mal con la pobre Deirdre, y creo que iré con ella, pues es muy perverso por vuestra parte aludir a su desgraciado pasado y sugerir que es menos amada que el resto de nosotras.

—«¿Menos amada?» —repitió Constance Philippa con expresión de divertido desdén—. Yo habría dicho que no es amada en absoluto, ¿y tú, Malvinia? Y no veo razón para tanto alboroto.

Tras lo cual Constance Philippa y Malvinia prorrumpieron en alegres carcajadas, mientras Samantha, con los labios fruncidos, apartaba decididamente la mirada y la fijaba en su labor de punto de cruz, fingiendo que no oía nada de esto. Octavia estaba al borde de las lágrimas.

—No, verdaderamente no es cristiano por vuestra parte expresar tan perversos pensamientos. Temo que Nuestro Señor os ha oído y está muy sorprendido y disgustado, sobre todo porque no sois personas corrientes, sino unas Zinn.

Pero las joviales hermanas no reprimieron su alegría, ¡y mucho menos dieron muestras de pesar o de disculpa!, por lo que Octavia se vio empujada a exclamar:

—Ruego por que madre envíe pronto a buscarnos, para que podamos ser acompañadas a casa sanas y salvas; porque me temo que algo inesperado puede ocurrir antes de que termine este día.

Al oír esto, la traviesa Malvinia abrió sus encantadores ojos azules, fingiendo ilusión:

—¿Algo inesperado, Octavia? Vaya, ¿no bromeas?, ¿no crees que

eres cruel? ¡No puedo recordar ningún acontecimiento «inesperado» reciente en nuestro plácido Bloodsmoor!

Y, para vergüenza de todas, Constance Philippa y Samantha se unieron a su alegre y despreocupada risa, que sin duda llegó a los oídos de la llorosa Deirdre y, me veo obligado a decir, incluso a los de Nuestro Señor.

Mi preferencia por miss Octavia Theodora Zinn, la más dulcemente aquiescente de las hermanas, será ratificada, creo, por el bonito destino que aguarda a la joven dama en lo que se refiere a experiencia matrimonial; aunque no hay duda de que sufrirá, y mucho, antes de que su piedad, diligencia, espíritu generoso y conducta cristiana intrínseca sean debidamente recompensados.

Octavia contaba entonces veintiún años y, quizá desde la tierna edad de diez, tanto su familia como el personal de la casa la habían llamado cariñosamente «la damita», y a menudo «la mujercita», debido a la precocidad de su figura y a la agradable redondez de esta, así como a su actitud madura. (Lo cierto es que Octavia había florecido tan prematuramente en cuanto a sus atributos femeninos, que la tía abuela Edwina, árbitro sin rival de estos asuntos en el seno de la familia, había creído necesario decretar —no con poca alarma y cierta repugnancia natural— que había que proveer de un corsé entero a la niña, que a la sazón no tenía más que diez años, pues era un escándalo permitir que la criatura apareciera, aún en las habitaciones de las niñas, con sus carnes sueltas y —como lo expresó la tía abuela Edwina— «temblando en todas direcciones».) No debería haber sorprendido mucho que su actitud fuera indefectiblemente madura, y extraordinariamente magnánima, me siento obligada a decir, pues Octavia llevaba, al fin y al cabo, sangre Kiddemaster en sus venas; sin embargo, eran tantas las exhibiciones de mal genio por parte de Constance Philippa, y tan antojadiza era Malvinia, y tan poco natural la preocupación por el raciocinio que a veces mostraba la pequeña Samantha, que la segunda hermana destacaba al exhibir todos esos rasgos y virtudes que el mundo tiende a calificar de elegantes, gentiles, propios de una dama nata.

En realidad, como mistress Zinn tiene razones para proclamar con modestia ante su amplio círculo de conocidas, aun de jovencita solían llamar a Octavia «la madrecita», debido a su amorosa preocupación por los niños menores que ella y la trémula intensidad de sus sentimientos. Lloraba con tanta facilidad por los contratiempos de los demás como por los propios; sus cálidos ojos castaños brillaban cuando se hallaba en presencia de un niño; le gustaba mimar a los muy pequeños, besarlos y acariciarlos, y rogaba que le permitieran

sostenerlos en brazos. (La inocente jovencita desconcertó a su madre y a otras varias damas que se hallaban de visita cuando, una tarde, anunció con voz tímida aunque firme que estaba impaciente por tener un adorable bebé propio, cuando fuera lo bastante alta y fuerte para llevarlo en su seno sin peligro.)

En una espantosa ocasión, cuando no tenía más que seis años de edad, Octavia evitó que Samantha, que a la sazón contaba dos años, se ahogara en el viejo pozo de los deseos de detrás de la mansión Kiddemaster; aquella niña precozmente curiosa y traviesa se había encaramado al borde del pozo para «determinar, a su satisfacción, cuál podía ser la profundidad del agua». (Aunque este pintoresco y tosco pozo, con su bella piedra y robusto roble, era muy agradable a la vista, su interior era un poco siniestro: las aguas eran muy profundas, carecía por completo de luz y apestaba de un modo horrible.) La muchacha irlandesa que estaba a cargo de los niños, en la que no se podía confiar, se había quedado dormida, para su vergüenza, y así había permitido que la inquieta Samantha se acercara al pozo, con ese instinto para la conducta peligrosa que, con el paso del tiempo, con frecuencia aparecería en la pelirroja jovencita, y, sin pensar en su propia seguridad, Octavia se había precipitado a coger a su hermanita y a salvarla, mientras gritaba pidiendo ayuda. Así, la «madrecita» impidió que ocurriera una tragedia, y tenía un corazón tan inocente y tan desprovisto de vanidad que enrojeció vivamente ante la gratitud que todos le profesaron y declaró:

—El Señor Jesús ha cogido a Samantha en sus brazos, ¡no Octavia!

En otra terrible ocasión, unos años más tarde, Octavia fue la única niña que no perdió la calma cuando Constance Philippa se hizo un corte en la cara mientras jugaba en uno de los manzanos de detrás de la Casa Octogonal, actividad grotesca y, casi huelga decirlo, prohibida, inapropiada para una jovencita. Constance Philippa tenía entonces once años y, aunque llevaba faldas, enaguas, medias de algodón, gorro de mañana e incluso un velo de tul para proteger su delicada tez de los fuertes rayos del sol, había decidido subirse a un árbol del bosque, como había visto hacer a los hijos de los criados, tanto por el placer de hacerlo como con el fin de asombrar y despertar el interés de su reducido público, que aquel día consistía en la pequeña miss Delphine Martineau y la primita Rowena, así como sus propias hermanas. (Ay, esta atrevida acción pronostica gran aflicción y no poco escándalo en el futuro, lo cual, lamento muchísimo decir, será confirmado por la conducta de Constance Philippa en los oscuros años venideros.) No estoy segura de los detalles exactos del accidente, pero, al cabo de unos minutos, después de que la terca jovencita hubo trepado unos

tres metros, perdió pie, resbaló y cayó, y en la caída se arañó las tiernas manos y desgarró el corpiño de su vestido, y, lo más alarmante de todo, se hirió en la mejilla de tal modo que la sangre brotó en abundancia.

Es muy posible que el lector sensible dé un brinco, alarmado, con compasión y desagrado, y confieso que yo misma experimento cierta sensación momentánea de mareo ante la simple idea de que una jovencita de buena familia cayera desde semejante altura, pidiendo ayuda a gritos, y se hiriera el delicado rostro tan gravemente que la sangre brotó libremente, a la vista de todos. En realidad, tres de los testigos —Malvinia, Delphine y Rowena— quedaron tan aterrorizadas ante el espectáculo, y la sangre derramada las afectó tanto, que en cuestión de segundos cayeron desmayadas al suelo, y la propia Constance Philippa, a la que había abandonado el valor, se puso a llorar y a gimotear de miedo, como habría hecho una niña mucho más joven. No obstante, entre toda esta confusión, Octavia, que a la sazón tenía diez años, reunió suficiente fuerza de carácter y madurez de espíritu para vencer su repulsión natural, de modo que se precipitó al lado de la maltrecha niña y restañó la sangre primero con su delantal y después con su bonito gorro de mañana nuevo, adornado con cintas, mientras abrazaba a su hermana para consolarla y calmarla murmurando estas asombrosas palabras:

—Querida Constance Philippa, ¡no te desesperes! Jesús está con nosotras; Jesús me ayuda a sostenerte, Él detendrá esta horrible hemorragia y hará que te pongas bien, porque Él te ama, querida hermana, y no te castigará desmesuradamente, a pesar de que lo has disgustado al desobedecer los deseos de padre y madre.

Estas palabras sin duda produjeron el efecto deseado y calmaron a la asustada niña.

Y hubo otros numerosos casos en los que «la madrecita» demostró poseer un corazón afectuoso y una gran sensibilidad, con la consecuencia general de que era la más querida de las hermanas en el seno de la familia y entre los muchos criados, tanto en la Casa Octogonal como en la gran mansión.

Constance Philippa, como hemos visto, era una joven dama de belleza severa; Malvinia era conocida en todo el valle de Bloodsmoor y en Filadelfia como una belleza angelical; mientras que Octavia solo era considerada «bonita» —aunque muy bonita— con sus ojos castaños y su nariz algo respingona, las mejillas rollizas y una afectuosa sonrisa. No estoy segura de su altura, pero creo que no medía más de metro cincuenta y cinco, casi veinte centímetros menos que su hermana mayor. Su tez era lozana, aunque se acaloraba a

menudo, y un poco demasiado sonrosada para el gusto de su madre; su figura era ancha y, si bien carecía de la angulosidad que caracterizaba la de Constance Philippa, lamento decir que poseía muy poco de las armoniosas proporciones que caracterizaban la de Malvinia y le daban el aire de una verdadera diosa. (¡Pobre Octavia! Espero no estar dañándola al confiar al lector que, por mucho que lo intentara con la rigurosa ayuda de las criadas, jamás podría reducir su cintura a menos de sesenta centímetros, mientras que la cintura de Constance Philippa no medía más que cincuenta y tres y la de Malvinia tan solo cuarenta y ocho. Es injusto hacer una comparación con Samantha y Deirdre, que eran inusualmente menudas y podían dar la impresión, al ojo apresurado, de ser simples niñas de once o doce años; también es injusto mencionar, salvo de pasada, que la canosa abuela de Octavia, Sarah Kiddemaster, aún poseía, a su avanzada edad, la legendaria cintura de su juventud: ¡unos envidiados cuarenta y tres centímetros!)

Como todas las jóvenes damas que habían alcanzado la edad de diecinueve o veinte años y carecían de perspectivas claras de matrimonio, Octavia solía distraerse con pensamientos de una naturaleza ansiosa, pues le parecía lamentable que su hermana mayor por fin estuviera comprometida, y la bella Malvinia tuviera una selección de atractivos pretendientes, mientras ella, a pesar de su naturaleza bondadosa, sus buenas obras y conducta decididamente cristiana, corriera el peligro de no resultar elegida. Si pensaba quizá con demasiada frecuencia en el viudo Lucius Rumford, de la majestuosa y antigua mansión Rumford, no era, debo apresurarme a decir, como consecuencia de ningún indiscreto impulso interior por parte de ella en lo que se refiere a inclinación o apetito; la predilección solo era debida a su gran deseo de casarse y de complacer a su familia y a su Creador.

—¡Ay, querida madre! ¡Si me quedara soltera, si me convirtiera en una solterona y viviera y muriera sin la bendición del amor de un caballero!

Así lloraba Octavia en la intimidad del tocador de su madre, y esta la animaba con rotundidad, abrazándola y diciéndole:

—Querida Octavia, eso no puede ocurrir y no ocurrirá; no mientras yo respire y el abuelo Kiddemaster nos apoye, y si hay justicia en esta tierra.

Sin embargo, mientras transcurrían los años Octavia preparaba su ajuar con valiente optimismo, pues como cualquier joven dama de su posición precisaría doce docenas de cada cosa, y considerables cantidades de plata, cristal y porcelana. Ella era la única de las

muchachas Zinn que se aplicaba con gran celo a aquellos libros tan excelentes escritos por miss Edwina Kiddemaster: *El amigo de la joven dama: compendio de las formas correctas* (1864); *Las leyes de la etiqueta: breves normas y reflexiones sobre la conducta adecuada en sociedad* (1867); *Guía de la debida conducta cristiana entre los jóvenes* (1870); *El hogar cristiano* (1874); *Manual de etiqueta para todas las ocasiones y todas las edades* (1877), y otros títulos similares. (La tía abuela Edwina, a pesar de su modestia natural como una Kiddemaster de Bloodsmoor, había destacado en el mundo de las letras, asunto sobre el que tendré ocasión de hablar más adelante.) Octavia también se dedicaba a la lectura atenta de artículos más prácticos que aparecían en *The Ladies' Wreath, Godey's Lady's Book, Youth's Companion, Harper's Bazaar* y *Peterson's Ladies' National Magazine*, para conocer todas las facetas de las complejidades de la vida, y debido a ello Constance Philippa en más de una ocasión se tragaba su orgullo y preguntaba a Octavia qué había que hacer si, en una cena formal, se veía aquejada de trastornos gástricos o si, como invitada en una casa, se encontraba en la situación de vérselas con esos bichos nocivos conocidos como chinches. Desde la espectacular aparición del barón Von Mainz en la vida de Constance Philippa, la joven dama recurría a Octavia para toda clase de consejos, los cuales la pobre Octavia no dudaba en dar, aunque le doliera el alma y los ojos se le inundaran de lágrimas en secreto.

Unos años atrás, Constance Philippa había reclamado con insistencia tener un dormitorio para ella sola, en la segunda planta de la Casa Octogonal, pero Octavia compartía un dormitorio acogedor y bellamente amueblado con Malvinia, que se mostraba muy afectuosa cuando las hermanas se hallaban a solas y a quien nada le gustaba más que confiar sus secretos a Octavia y pedirle consejos de diversas clases. (Espero que el lector no se sienta molesto al saber que Malvinia, aunque aún era una joven e inocente muchacha, había atraído sin querer las atenciones de ciertos caballeros, y estas atenciones resultaban, para su atolondrada mente, aduladoras y desconcertantes a la vez, pues no comprendía su grave importancia.) Había noches de lluvia en que las hermanas se acurrucaban en su cama con dosel, bajo las cálidas mantas y edredón de plumas, y hablaban en susurros, riendo en voz baja y, en ocasiones, prorrumpiendo en sentidas lágrimas; y, más de una noche, la veleidosa Malvinia se dormía llorando en brazos de «la madrecita», (Pues Malvinia «adoraba» a su pretendiente Cheyney Du Pont de Nemours y «se moría de ganas» de casarse, y, sin embargo, al mismo tiempo la inconstante joven dama declaraba que no quería «casarse

nunca» porque no podía «soportar la idea de un beso con bigote».)

También Samantha solía recurrir a Octavia en privado, a pesar de que proclamaba con orgullo su falta de interés por los asuntos «femeninos» y pese a su actitud independiente en el seno del hogar. La Casa Octogonal era modestamente compacta, más que de grandes dimensiones, y se daba el caso de que Samantha y Deirdre compartían dormitorio, y, lamento decirlo, la experiencia era un poco desigual por parte de Samantha, aunque se reprimía y no se quejaba a su madre. Pues la conducta de Deirdre era, ay, voluble e imprevisible, y lo había sido desde el primer día en que la llevaron a la Casa Octogonal como una huérfana muy necesitada del amor de una familia cristiana. Si por la mañana estaba melancólica y triste, seguro que a mediodía estaría extremadamente alegre, y hosca a la hora del té, irritable a la hora de acostarse e insomne por la noche; temerosa, o inquieta, o susceptible de sufrir infantiles ataques de risa o inexplicables accesos de llanto. Era poco sincera, mientras que daba la impresión de ser completamente fiel a las palabras que pronunciaba; tenía malos modales cuando no había ningún adulto cerca, y luego era burlonamente cortés; sus hermanas se quejaban entre sí de que no se podía confiar en sus escasas muestras de afecto y de fraternal solicitud. Desde que Deirdre cumplió doce años, y durante largo tiempo, la Casa Octogonal y, en particular, el dormitorio que compartían Deirdre y Samantha fueron testigo de temibles fenómenos fantasmales jamás explicados, que consistían en voces sin cuerpo, golpes y otras intromisiones, y durante esta época tumultuosa la infeliz niña también sufrió una intensificación de aquellos sueños inquietantes que experimentaba de forma rutinaria, los cuales, como el lector puede deducir, suponían una considerable carga para la pobre Samantha, quien, castigada por quejarse de Deirdre ante mistress Zinn, buscaba consuelo en Octavia.

—¡Ay, temo que no puedo quererla! ¡No consigo que me guste, y ni siquiera logro soportarla! —lloraba Samantha con ira, y Octavia le respondía con un afectuoso abrazo y estas sinceras palabras:

—No, pero con el tiempo la querrás; si eres paciente y diligente, y ruegas al Señor Jesús pidiéndole la ayuda que tan generosamente nos ofrece para combatir nuestra naturaleza pecadora.

Así pues, abandonando su propio dormitorio y a su hermana adoptiva, Samantha pasaba muchas horas en compañía de Octavia y Malvinia, y a menudo iba en secreto a la alegre habitación cuando no había nadie cerca. Allí leía con avidez libros de la biblioteca de su padre, no tanto las declaraciones transcendentales que míster Zinn ensalzaba, como los libros y periódicos que este había acumulado y

que hablaban de los descubrimientos científicos e inventos a través de las épocas. Como la educación de las muchachas no estaba decidida y era objeto de cierta controversia en la familia, su padre les asignaba «temas» y «problemas» para su examen, y Samantha sobresalía naturalmente en estos asuntos, si bien no le importaba compartir todos sus hallazgos con las demás.

En una lamentable ocasión, cuando parecía que se iba a prohibir a Samantha ayudar a su padre en su trabajo (pues la tía abuela Edwina encontraba extraño y decididamente poco delicado que, después de la presentación de Samantha en sociedad en Bloodsmoor y Filadelfia, el día en que cumplió dieciocho años, siguiera pasando tantas horas en el laboratorio del bosque «como un vulgar aprendiz»), Octavia consoló a la destrozada Samantha, le besó la frente, calenturienta por la fiebre, y le aconsejó que no cometiera ninguna imprudencia, pues la llorosa muchacha había dicho cosas horribles fruto de la desesperación: que «amontonaría los execrables libros de la tía abuela bajo su ventana y les prendería fuego», que «huiría al taller de míster Edison y le rogaría que la aceptara», que «se arrojaría al barranco y, si Dios lo quería, se hundiría en el infierno mismo».

¡Palabras asombrosas para ser pronunciadas por una joven dama de elevada posición y considerable inteligencia! Sin embargo, tan magnánimo era el carácter de Octavia que dejó que la impropia explosión siguiera su curso y, con astuta visión, aseguró a su hermana que, si contenía la lengua y no protestaba, su tía pronto se olvidaría, y que, como mistress Zinn raras veces estaba de acuerdo con la tía abuela Edwina, no se preocuparía de hacer cumplir su mandato, de modo que al cabo de unas semanas Samantha podría volver sin traba alguna junto a su padre, sin que nadie le dijera nada.

Este consejo resultó impecable y Samantha pudo volver al taller y a la muy amada compañía de su padre y Pip en el bosque, y fue un placer para la vista ver a Samantha abrazar a la prudente Octavia y oírle declarar con apasionado afecto que Octavia le había «salvado la vida» y que estaría «en deuda con ella eternamente».

Octavia se rio y besó a Samantha en la frente, y admitió que no era poca cosa para una hermana demostrar amorosa preocupación por otra.

Así pues, Octavia era muy querida por sus tres hermanas naturales, pero me duele decir que no por su hermana adoptiva.

Desde el principio, cuando a la edad de diez años llevaron a Deirdre a la Casa Octogonal y fue evidente su ánimo

considerablemente triste, la respuesta intrínseca de Octavia fue de generoso afecto hacia ella, el cual fue rechazado con crudeza, pues la huérfana rehuía abrazos y besos y adoptaba una actitud huraña a la menor provocación. Hasta transcurrida una considerable cantidad de tiempo no hizo el menor esfuerzo por devolver el afecto de Octavia, y, aun entonces, su conducta era tan inconstante que con frecuencia Octavia se alejaba con lágrimas en los ojos, sintiéndose rechazada y desconcertada y preguntándose qué había hecho mal.

—No, no hagas caso a Deirdre —le susurraba Malvinia, acariciando y consolando a la llorosa Octavia, no muchas semanas antes del día del rapto—. Pues, aunque padre y madre piensen de otro modo, esa fresca no es una de nosotras, y, si tenemos suerte, algún día comprenderá este hecho inalterable y se marchará por voluntad propia y nos ahorrará a todos mucha aflicción.

—Eres cruel —objetó débilmente Octavia—, y los Zinn no son así, Malvinia…

—Entonces lo es Malvinia —declaró aquella franca jovencita— y eso tendrá que bastar, para todos.

Octavia hacía esfuerzos para vencer la repugnancia natural que sentía por la huérfana, y con firme resolución seguía devolviendo bien por mal, mientras pasaban los años y las hermanas dejaban atrás la infancia y empezaban a ocupar su lugar en la sociedad. En el momento del rapto, la situación era que solo Deirdre tenía que hacer aún su debut, pues las otras hermanas habían sido presentadas en sociedad, en Bloodsmoor y en Filadelfia, bajo el generoso patrocinio de los Kiddemaster. A medida que maduraba, Deirdre era menos desabrida; sin embargo, no podía decirse que mostrara demasiado afecto por nadie, salvo por míster Zinn, al que, en cualquier caso, todas las hermanas adoraban.

Pero, quince días antes de la tarde de septiembre en que empieza nuestra historia, Octavia había estado absorta en sus pensamientos, de pie en lo alto de la escalera de la Casa Octogonal, tan abstraída en los inquietantes pensamientos que la asaltaban referentes a su probable soltería, que no oyó ruido de pasos detrás de ella y, cuando se volvió ahogando un grito, vio con sobresalto el triste semblante de Deirdre que, sin dar muestras de agitación, le tendía las manos a Octavia como para consolarla. No es necesario que señale que este gesto espontáneo entre las hermanas, surgido de Deirdre con una compasión sin precedentes, fue de lo más notable y asombró mucho a Octavia, y fue aún más desconcertante porque, por un largo momento, la hermana menor miró a Octavia a los ojos con una extraña avidez, pues los suyos eran un poco demasiado grandes y no poseían color en sí

mismos, salvo quizá un gris plateado poco natural, y tenían la pupila extraordinariamente dilatada. Octavia reunió todas sus fuerzas para no arrancar sus cálidas y rollizas manos de las de su hermana, que estaban frías y húmedas y eran tan delgadas que parecían las de un esqueleto; como después confiaría a Malvinia, no pudo hacer nada más para no gritar con fuerza, de puro miedo.

Tras unos incómodos momentos en los que la pálida Deirdre siguió mirando a Octavia a los ojos y apretándole las manos, que no se resistían a ella, la hermana menor se atrevió a efectuar, con su voz baja y susurrante, esta peculiar declaración: que de repente había comprendido la preocupación que tan tristemente anidaba en el corazón de Octavia y se había visto «impulsada» a acercarse a ella para consolarla, con la idea de que, como le aguardaba mucho sufrimiento en los años venideros, sería bueno para ella, y sin duda práctico, disfrutar ahora y dejar la tristeza para más adelante.

—¡Cruel consuelo… no, espantoso! —dijo después Octavia a la compasiva Malvinia—. ¡Y aquel malévolo frío en las manos de esa criatura! Aunque supongo que tenía buenas intenciones y actuó por un impulso generoso, algo poco frecuente en ella.

—¡Generosidad! —Malvinia se rio con infinito desdén—. No, yo lo llamaría lo contrario, ¡y solo rogaría que no fingiera así conmigo ni quisiera apretarme las manos!

6

Desde la propia cuna no transcurre año
que al corazón de algo amado no despoje.
Ni hay en la vida página alguna
que no guarde la huella de una lágrima.

S. T. MARTIN

¡Ay, la impetuosa Malvinia! —«La rosa del jardín de los Kiddemaster», como todo Bloodsmoor solía llamarla, para callada consternación de sus hermanas menos lindas—, pues fue una actitud descuidada suya con respecto a Deirdre lo que ayudó a precipitar la trágica desgracia que iba a suceder.

Amargo es este hecho irónico; sin embargo, ¿no es profundo e instructivo también participar de ese alcance cósmico de lo trágico, que guio las manos de los antiguos escritores de tragedias para templar sus energías bárbaras con el genio y para proporcionarnos retratos inmortales de autoengaño y autodestrucción? El principio es que, sin que el protagonista lo sepa, sus acciones y su actitud misma exigen su calamitosa caída.

Aun así, me permito decir que nada podría haber parecido más inocente y más fraternal que la conducta de Malvinia la mañana del rapto, la cual, al ser rudamente rechazada por Deirdre, debió de tener mucho que ver con las palabras de burla que recientemente hemos oído pronunciar en el cenador de Kiddemaster.

Pues, apiadándose de la fealdad de su hermana adoptiva y la particular falta de gracia de su peinado, la bella Malvinia se había ofrecido para remediarlo, con las consecuencias que veremos más adelante.

Miss Malvinia Zinn, muy admirada y, en verdad, muy envidiada, era una joven dama de altura aristocrática, siempre acicalada con esmero y vestida con un gusto impecable, dentro de las limitaciones económicas impuestas por los modestos ingresos de su padre. Poseía un porte airoso, con los hombros torneados, los brazos esbeltos y las manos de perfectas proporciones; había que apretar muy poco su cintura para que fuera maravillosamente delgada; tenía los pies agradablemente pequeños, aunque a menudo sucumbía a algún pequeño gesto de vanidad e insistía ante el zapatero en que los zapatos le encajaban a la perfección cuando en realidad le apretaban y le causaban cierto tormento secreto, mucho más cuando bailaba.

Su denso cabello oscuro tenía voluptuosas hebras de tonos castaño claro y rojizo, y algunos cabellos sueltos de un misterioso tono plateado o rubio plateado. Sus ojos eran de ese azul regio de la flor conocida como valeriana griega, de las cuales el adorado Cheyney Du Pont de Nemours le había entregado, disimuladamente, un ramillete unos días antes del té. Esos ojos centelleaban, y relucían, y eran capaces de oscurecerse con el inicio de un tempestuoso malhumor; tenían forma almendrada y eran maravillosamente brillantes, con densas pestañas; a menudo bailaban; furtivos, taimados y burlones; de inocencia infantil, angelicales; y de pronto, ¡ay!, entrecerrados, con un destello, demoníacos; pero no por ello menos cautivadores, como declaraban sus numerosos admiradores.

Su cuello era largo y delgado, de esa elegante belleza que se asocia con el cisne; sus orejas, algo alargadas, poseían una exquisita cualidad translúcida como la concha. Unas entradas casi imperceptibles, débil reflejo de las de su noble abuelo, el juez Kiddemaster, realzaban su rostro en forma de corazón de un modo que muchos caballeros (sin excluir a su propio padre) encontraban notable e infinitamente agradable de contemplar. No obstante, y sin que ella lo supiera, Malvinia Zinn, como muchos individuos de extrema belleza, poseía un aura algo extraña, menos definida y menos molesta que la de Deirdre, pero aun así tangible. Se esforzaba mucho, de un modo infantil y por lo tanto inocente, por hacerse más bella y más fascinante ante la sociedad, pues la joven no comprendía lo fascinante —no, lo perturbadora— que era en realidad.

—¿Soy bonita? —preguntaba cuando era muy niña a una niñera, o a un tutor, o a una de sus hermanas, o a su madre, o, en alguna ocasión, a su propio padre—. ¿Soy lo bastante bonita? ¿Seré bella cuando sea mayor? —insistía mientras miraba por la ventana y suspiraba, arrugando su lisa frente con una expresión de duda.

—Eres bonita ahora —le decían con un beso—, y aún serás más

bonita cuando seas mayor.

—Pero ¿seré lo bastante bonita? ¿Seré lo bastante bella?

La encantadora señorita se negaba a que la apaciguaran.

A la edad de veinte años, Malvinia, como la mayoría de su círculo, hablaba y se preocupaba sin cesar de su cutis, que era sometido a metódicos tratamientos con cremas, aceites y lavados como Esprit de Cédrat, Sirop de Oubie, Bouquet de Victoria, ámbar de miel y Micheaux's Freckle Wash, y protegido de los temibles rayos del sol por velos de gasa de un grosor terapéutico y sombreros de ala ancha y sombrillas de seda, que precisaba llevar incluso cuando hacía el tiempo más sombrío. Semejantes precauciones no producían invariablemente una piel húmeda y luminosa, huelga decirlo, pero la de Malvinia sin duda era sin tacha, y sus mejillas de pómulos altos poseían un toque sonrosado de lo más sutil por arte de la naturaleza. (Lamentablemente, en años posteriores, para su vergüenza, Malvinia emplearía cada vez más cosméticos, entre ellos carmín, colorete y rímel, para remedar aquella belleza natural tan confiada y orgullosamente suya en su juventud.)

Incluso en la cuna, Malvinia era la favorita de su padre, aunque ese caballero, poseído de absoluto buen sentido, hacía todo lo que podía para disimular ese hecho a fin de no disgustar a las otras niñas. Sin embargo, Malvinia sorprendía a todos por ser la más brillante, o, en cualquier caso, la más lista de las hermanas, durante esos esporádicos períodos en que su padre, impaciente con los tutores, institutrices y la escuela formal, se dedicaba a educar él mismo a sus hijas en el aula de la zona de los niños de la Casa Octogonal. (Pues míster Zinn, como creo que he mencionado, disfrutó de una temprana y muy satisfactoria carrera como educador, de principios radicales, antes de casarse con Prudence y de embarcarse en la carrera de la invención.)

Durante toda su vida, John Quincy Zinn dio fe de la creencia de que el alma del niño, prístina y sin tacha, es un pozo sin fondo de sabiduría, y que el profesor hábil es el que en lugar de imponer el conocimiento desde fuera intenta hacer salir —mediante la ingeniosa persuasión, mediante el interrogatorio socrático o cualquier medio saludable— esta misma sabiduría de dentro. Así, las pequeñas Zinn se instruían simplemente respondiendo a preguntas que les hacía su devoto padre lo más metódica y pacientemente posible, esforzándose por deducir, o incluso recordar, verdades que residían intrínsecamente en ellas; y era Malvinia, veleidosa, brillante, infatigable en presencia de su padre, la que brillaba por encima de las demás, aunque uno podría haber pensado que Constance Philippa y Samantha eran superiores a ella en inteligencia.

(Imaginemos a Malvinia a la edad de siete años, sentada erguida y sin moverse ante el pequeño escritorio de nogal con las patas torneadas confeccionado amorosamente por su padre en su tiempo libre; imaginémosla con las manitas entrelazadas sobre su regazo, con su delantal y los grandes ojos azules fijos solemnemente en el bello rostro de su padre, mientras, durante una hora seguida, su padre la interroga de este modo:

—¿Crees, Malvinia, que hay un alma o muchas?

—Una, padre.

—¿Y por qué, Malvinia?

—Porque la que llegó primero haría después a las otras, sería la más fuerte de todas, sería el padre.

—¿Y cómo dirías que es esa alma, Malvinia?

—Sería como… como un papá; amaría a las pequeñas almas, cuidaría de ellas.

—¿Y ellas se cuidarían unas a otras?

—Sí… porque todos son hermanos y hermanas.

—¡Muy bien, querida!, muy bien, de verdad. Y ahora dime, ¿dónde reside el alma?

—Donde… donde no se la puede ver.

—Pero ¿dónde es eso, Malvinia?

Si Malvinia no había discutido demasiado con Samantha era principalmente porque esta niña, durante muchos años la más joven de las Zinn, le resultaba insignificante: tan fea, tan estirada, de conducta tan fría, con su nariz siempre en un libro o su lápiz garabateando con rapidez en una de las hojas amarillas de tamaño folio de míster Zinn; no, la pobre Samantha no podía ser tomada en serio, como hermana respetable, y mucho menos como una rival. (Tan segura estaba Malvinia del amor de su padre que nunca se preocupó de tener celos por el hecho de que Samantha pasara tantas horas del día en el taller sobre el barranco, jugando a ser el aprendiz de míster Zinn, pues Malvinia sabía desde la cuna que ella era la favorita de su padre y nada podía disuadirla de ello.)

—¿Soy bonita? ¿Seré aún más bonita? —preguntaba Malvinia a la imagen del espejo, cuando, con el paso del tiempo, comprendió que no estaba bien hablar así a otros—. ¿Seré conocida como la más hermosa de las Zinn? No, la más hermosa de Bloodsmoor.

La impecable piel relucía para mostrar su asentimiento; los ojos azules brillaban con certeza; la rápida sonrisa era deslumbrante de ver. Sin embargo, la impetuosa Malvinia no podía resistirse a hacer

otra pregunta:

—¿Seré la favorita de padre durante toda su vida y la mía?

No le sorprenderá al lector que la llegada de la huérfana, Deirdre (a la sazón conocida compasivamente como Deirdre Bonner), aunque resultara inquietante de maneras diversas para las otras hermanas, lo fuera más para Malvinia; no solo porque los Zinn eran «pobres», en comparación con sus parientes y con las importantes familias de Bloodsmoor, sino porque, ay, durante un tiempo al menos dio la impresión de que John Quincy Zinn sentía demasiado afecto por la huérfana (aunque templado por su natural actitud distraída), lo cual era inevitable que redujera su afecto, o al menos su atención, hacia Malvinia.

—No entiendo por qué padre la adora —exclamaba la ofendida Malvinia—. No, ni siquiera entiendo por qué la mira, pues ¿no es fea?, ¿no es hosca?, ¿no es lastimosa?, ¿no es vulgar?

La pequeña Deirdre Bonner había sufrido la muerte prematura de sus padres, con quince días escasos de diferencia, debido a la temida fiebre tifoidea, y durante un tiempo se había temido que también ella sucumbiera, menos a la enfermedad misma que a un patético abandono de la vida. Había llorado muy poco, declararon los vecinos; estaba tan desprovista de todo que incluso le fallaban las lágrimas, eso creía mistress Hewett, la buena esposa del reverendo, que había tomado bajo su caridad particular a esta pobre huerfanita, entre los pobres y desgraciados del pueblo. (Todas las damas de Bloodsmoor, incluidas naturalmente las Kiddemaster y mistress Zinn, acudían hasta tres veces por semana, en carruaje, a los hogares de los pobres, llevándoles productos necesarios como ropa de abrigo, sombrillas desechadas y artículos comestibles más ordinarios, sin los cuales estos desgraciados sin duda habrían expirado, en particular en el cruel invierno. De las jóvenes Zinn, solo a Octavia complacían estas visitas, y las otras, para su vergüenza, ponían mala cara y se mostraban inquietas, y a menudo se negaban a sonreír, cuando las conducían a una casita de proporciones modestas, poco iluminada y mal ventilada, o se veían obligadas a observar, bastante de cerca, un bebé que gemía débilmente junto al pecho de su madre. «Sin duda no es culpa suya que los pobres sean tan sosos, tan pesados y tan, lamento decirlo, aburridos —declaró una vez Malvinia, con un destello en sus ojos azules—; peor, como tampoco es nuestra, ¿por qué debemos sufrir por ello?»)

Sin embargo, la afligida huerfanita Deirdre no era de una familia

pobre, pues su padre había estado empleado como director en una fábrica textil unos kilómetros río abajo (una fábrica que era propiedad de Clemente Whitton, tío de Godfrey Kiddemaster, a decir verdad), y mistress Bonner, dentro de los límites que su modesta posición social le imponía, participaba en actividades de la iglesia, en la Trinity Episcopal Church, en la que, en infrecuentes ocasiones, tal vez hubiera estado en compañía de mistress Zinn, aunque esta no recordaba con claridad a la desgraciada mujer y estaba segura de que nunca habían intercambiado una sola palabra. Dos veces al año, en Navidad y a mediados del verano, la mansión Kiddemaster se abría a los residentes locales que se hallaban por encima de cierto rango social, y hay que suponer que los Bonner estaban incluidos en esta invitación general; pero nadie los recordaba tampoco, y algunos Kiddemaster —Edwina en particular— consideraban que estas reuniones, por la alegría de estas personas, que boquiabiertas recorrían la mansión y comían y bebían todo lo que podían, eran de lo más desagradables y provocaban lamentables pensamientos acerca de la prudencia de Jefferson y la naturaleza de la democracia americana en particular.

Así, nadie daba muestras de conocer a los Bonner; tampoco ayudó que el matrimonio Zinn decidiera de forma tan brusca adoptar a la huérfana y llevársela a la Casa Octogonal, con lo que, de pronto, tuvo no solo una familia sino cuatro hermanas nada menos. Tampoco ayudó el hecho de que la niña misma, lejos de mostrar gratitud y sonreír cuando los Zinn se le acercaban, se llevara los dedos a la boca y rehuyera toda caricia como un animal asustado y diera la impresión de haberse quedado muda, por terquedad así como por la pena natural.

—Vaya, esta Deirdre no es sino una rata de río medio ahogada —exclamó Malvinia a sus hermanas, fuera del alcance del oído de sus padres—. ¿Y se espera que la acojamos en nuestro seno, que la amemos como si fuera una de nosotras?

—Es una perspectiva bastante triste —dijo Constance Philippa, irguiéndose con rigidez en toda su estatura—; sin embargo, supongo que podemos aceptar el reto, pues sabes que no estaría bien oponernos a padre y a madre.

Samantha, que a la sazón no tenía más que once años, creía que era injusto que la obligaran a compartir dormitorio con Deirdre, pues Deirdre parecía, según decía Samantha, una criatura salvaje que podía morder; Octavia, siempre sensata, las hacía callar a todas, pues no era cosa suya si les gustaba o no que estuviera en su casa.

—Ahora es nuestra hermana, y por lo tanto será conocida como un miembro de nuestra familia —declaró Octavia con llaneza—, y hemos

de aceptarlo.

Puede que hiciera algún bien el que míster Zinn hablara tranquilamente con las hermanas, de una en una, para asegurarles que no serían menos amadas por el hecho de tener una nueva hermana; a decir verdad, serían más amadas a medida que Deirdre se fuera adaptando al ambiente y fuera capaz de devolverles el afecto.

—Y debéis llamarla hermana —las previno míster Zinn— y nunca con algún otro término grosero, como hermana adoptiva, pues yo soy vuestro padre y así lo quiero, y sería muy, muy perverso por vuestra parte desobedecerme.

Así, durante un período de cuatro o cinco meses, incluso la reacia Malvinia se dejó convencer y decidió que se comportaría de modo intachable y derramaría sobre la pobre criatura una cantidad tan generosa de afecto que esta sería incapaz de resistirse, y se ofreció para enseñar a Deirdre las difíciles artes del bordado, el ganchillo y el punto de cruz que o bien mistress Bonner no le había enseñado o lo había olvidado como consecuencia de la gran pérdida sufrida, y para instruirla, de un modo un poco torpe, en la pintura de la porcelana y la construcción de flores de cera, hojas «fantasma», postales de San Valentín y abanicos de plumas. La voz de Malvinia era tan melodiosa, y su actitud tan irresistiblemente dramática cuando así lo quería, que era natural que fuese ella, y no las otras hermanas, quien le leyera en voz alta a la pobre Deirdre algún libro infantil del maravilloso surtido que había en el salón de los Zinn: *La tía Patty Scrapbag* y *La boda de Polly Peablossom* y *Blanche de Brandywine* y *La historia en Nueva York por Knickerbocker* (en particular, la parte en la que san Nicolás viaja por el cielo en un carro) y los *Escritos de Pickwick* y *El tesoro de Riddles* y *La canción de Hiawatha* y muchos volúmenes de poesía, de mistress Craik, mistress Polefax, mistress Darley y otros.

Mas poco parecía conmover a Deirdre o despertarla de su melancólica quietud, por muy apasionadamente que Malvinia leyera, recitara y actuara, con tanto entusiasmo como si se dirigiera a un venerable público.

Sin embargo Malvinia persistió, tanto por fuerza de voluntad, quizá, como por auténtico afecto, e hizo un esfuerzo para enseñar a su nueva hermana los juegos de salón en los que ella misma destacaba: Pam-Loo, Boston, Puss-in-the-Corner y Snip, Snap, Snore 'Em y las damas, Old Maid, Goff y Stir-the-Mush; todo esto con muy poco éxito visible, pues aunque Deirdre a menudo sorprendía a las niñas ganándoles en estos entretenimientos, no daba muestras de disfrutar

de ellos ni, en realidad, de esforzarse demasiado, como si su melancolía fuera demasiado sagrada para alejarla tan a la ligera.

Y las niñas cantaban juntas, acompañadas por mistress Zinn y la vieja espineta para entretener a su padre o ayudarlo a relajarse junto a la chimenea del salón después de su larga jornada de trabajo. La fuerte voz de soprano de Malvinia dirigía al resto en melodías tan queridas como «¿Hay algún corazón que nunca ha amado?», «Cuando las golondrinas vuelven a casa» y «¿Qué es el hogar sin una madre?». En ocasiones cantaban canciones de la guerra civil, del tipo de «El camino de Stonewall Jackson» y «En silencio por el Potomac esta noche», o «La hermosa bandera azul» y «El grito de guerra de la libertad», que nunca dejaban de hacer asomar relucientes lágrimas a las sonrojadas mejillas de míster Zinn. Con ánimo alegre cantaban «Beee, Beee, oveja negra» y «¡Caminemos! ¡Caminemos!» (con las consiguientes patadas en el suelo, como si caminaran pisando fuerte, en lo que Constance Philippa era la más expresiva), y la lúgubre «Vuelve a casa, padre», cuya partitura la tía abuela Edwina les había regalado, pues esa buena señora había sido miembro fundador de la rama de Filadelfia de la Liga Antialcohólica y era sumamente intolerante con los bebedores. (Parte de la alegre comedia de la situación consistía en que John Quincy Zinn era un decidido abstemio y a menudo declaraba que se tomaría antes un vaso de queroseno que de alcohol.)

Así pasaban muchas veladas frías, ventosas y lluviosas en el acogedor salón de la Casa Octogonal, con todos los Zinn reunidos en ruidosa alegría, salvo Deirdre, que se mantenía un poco apartada y raras veces sonreía, y rogaba que la excusaran de cantar pues tenía la voz ronca, o le dolía la garganta, o la cabeza, o no tenía «inclinación a cantar».

—¡Pero si cantar es un placer, Deirdre! —protestaba afectuosamente Octavia—. No es una obligación ni una tarea, sino un placer.

Deirdre la miraba fijamente con aquellos enormes ojos de color gris plateado, sin parpadear, y, con voz casi inaudible, murmuraba que para ella cantar no era un placer y que agradecería mucho que la excusaran de hacerlo.

—¡Ah, eres imposible!, ¡nunca serás una Zinn! —le dijo la exasperada Malvinia una noche, cuando nadie podía oírla, con lo que hirió aún más a la desgraciada niña.

Que la experta Malvinia Zinn estuviera celosa en secreto de su hermana menor y que en cierto modo la envidiara, nos parecería

sumamente improbable si no estuviéramos familiarizados con los misteriosos caminos del corazón humano y los insensatos caprichos de la juventud. A decir verdad, Malvinia comprendía que Deirdre era una niña de lo más desdichada y que, en cualquier caso, su prolongada melancolía no era culpa de ella; Malvinia no tenía más que mirar su propio reflejo radiante en un espejo y después a Deirdre para darse cuenta de la grave distancia que existía entre ambas y de que todas las ventajas eran suyas.

A medida que pasaban los años Deirdre creció y adquirió un poquito de la suave redondez de la figura femenina y —de mala gana— una pequeña medida de tacto y aplomo, lo que difícilmente habría podido evitar residiendo entre los Zinn y los Kiddemaster. Sin embargo, su actitud siguió siendo salvaje; sus mejillas eran excesivamente pálidas, sus labios raras veces sonreían y sus ojos relucían de modo extraño, como si poseyeran una luz no natural. ¡Y ese irregular mechón de pelo en la frente, que sugería unas entradas que nada tenían de la sutileza y delicadeza de las de Malvinia!

—¡Qué injusto es que a simple vista podamos parecer hermanas! Quiero decir hermanas de sangre, no hermanas unidas por la ley —se lamentaba Malvinia a Octavia en la intimidad de su dormitorio.

—Me temo, Malvinia, que eres tú la injusta —dijo Octavia con una tenue sonrisa, si bien su tono de voz fue tal que sus palabras resonaron en el aire de forma poco convincente.

Así pues, Malvinia libraba su guerra secreta y se volvía contra ella misma, con desaliento y desagrado, pues ¿por qué albergaba este sentimiento hacia una criatura enfermiza como Deirdre, que no podía causarle ningún daño? ¿Y cómo podía ser tan cruel y desearle mala fortuna? (Deirdre, al parecer, tenía el pecho débil y a menudo sufría de trastornos respiratorios, en particular en los meses invernales. A los once años se vio aquejada de bronquitis, a pesar del «régimen de aire fresco» de míster Zinn, que exigía tener las ventanas abiertas en los dormitorios, en todas las épocas del año, para impedir la acumulación de aire estancado y la producción de lasitud, letargo, indolencia, falta de aliento, anemia, fatiga crónica, melancolía e incluso tisis, afecciones que míster Zinn creía particularmente peligrosas para las jóvenes damas. A los catorce años Deirdre pasó más de un mes en cama, a mediados de invierno, respirando con tanta dificultad que no podía yacer de espaldas y se veía obligada a dormir sentada, enfermedad que el médico de los Zinn, el doctor Moffet, diagnosticó como una especie muy rara de neumonía, resistente a todos los tratamientos médicos normales.)

—No, está muy mal y es una tontería —razonaba Malvinia— tener

celos de una criatura tan digna de lástima —se decía la joven dama con calma, contemplando su imagen en un espejo de madera de tulipanero—. Y sin embargo, ¡qué gran beneficio para todos nosotros, mis queridos padres desorientados así como mis hermanas, si, por medios naturales e inocentes, y por casualidad, la pobrecita Deirdre muriera!

No obstante, sería un error que, debido a estas palabras pronunciadas a la ligera y, creo, sin ser verdaderamente sentidas, el lector sacara la conclusión de que el desagrado de Malvinia hacia Deirdre era constante, o no tuviera en cuenta que, con el paso del tiempo, varió de forma intermitente hasta llegar a algo cercano al afecto exasperado o, al menos, a la tolerancia. Al fin y al cabo, las cinco jóvenes Zinn vivían juntas, en una casa que se distinguía por su hospitalidad, su afecto y benevolencia cristiana, y la frecuencia de sus visitas a la gran casa de sus abuelos, conocidos en todo Bloodsmoor por su generosidad, y la especial gentileza de la abuela Sarah, cuando gozaba de buena salud, no podían dejar de producir un efecto de mejora en ellas. Como dice el poeta y seguramente es cierto: «La buena fortuna engendra caridad», y a menudo sucedía que los éxitos de Malvinia en un baile y la aparición de otro admirador en escena tuviera el agradable efecto de disponerla más felizmente hacia todas sus hermanas, sin excluir a Deirdre.

Lo cierto es que creo que el corazón de Malvinia era bondadoso, mientras que sus caprichosos pensamientos jugaban a ser crueles, y haríamos mejor en juzgar a esta veleidosa jovencita por sus acciones más sensatas y no por sus irreflexivas palabras, tal como creo que todos desearíamos ser juzgados, en la tierra y por Nuestro Padre celestial.

Así, el día del rapto de miss Deirdre Zinn en la mansión Kiddemaster sucedió que Malvinia, actuando de forma espontánea, hizo un gesto de considerable caridad que no carecía de preocupación fraternal hacia Deirdre, con resultados tan diversos —ninguno de los cuales se podría haber previsto— que uno se ve obligado a maravillarse ante la ironía de las circunstancias y sentir desconcierto por su naturaleza de ironía cósmica y tragedia, tan rigurosamente exploradas por los antiguos, de renombre ático, aunque sabiamente desterradas en siglos más ilustrados, con la llegada de Nuestro Redentor.

Pues ¿no fue irónico, y no fue lamentable, que Malvinia, obrando quizá en contra de sus propios sentimientos, sin darse cuenta hubiera hecho que la sombría desavenencia que existía entre ella y Deirdre se hiciera aún más grande? Y con el desagradable efecto que ya hemos

visto, exhibido en el cenador, y que causó asombro en todos los presentes; quiero decir, la crueldad manifestada por Malvinia al hablar de forma tan explícita de dotes y de cuatro hijas Zinn y después cinco.

Conducta inexcusable por parte de una miss Zinn, pero explicable no obstante, creo, con estas razones, pues ni una hora antes de que la hermosa berlina de Kiddemaster llegara a la Casa Octogonal para llevar a los Zinn a la mansión, los ojos de Malvinia se posaron en Deirdre, y la joven no pudo menos que exclamar en voz alta, exasperada y con divertida lástima, que la doncella, Chantal, se había tomado muy pocas molestias con Deirdre, mientras que tanto ella como las otras criadas se habían volcado en Constance Philippa, Octavia, Samantha y, por supuesto, Malvinia, para que asombraran a todos como espléndidas damas.

Fue, por tanto, con cierta ira auténtica que Malvinia declaró que el peinado de Deirdre era imposible; ¿en qué habría estado pensando la perezosa Chantal y por qué Octavia o su madre no se habían percatado? Ya era bastante lamentable que el cabello de Deirdre, que era tan notablemente oscuro, careciera de brillo; ¿por qué, entonces, peinarlo en torpes *rouleaux* en lo alto de la cabeza, de forma que la muchacha de dieciséis años en realidad parecía la vieja tía abuela Narcissa Gilpin?

—No, esto no quedará así —dijo Malvinia con brusquedad—. Volverás a subir conmigo, Deirdre, y yo te peinaré, y enmendaré esta asombrosa negligencia.

La tímida y cohibida muchacha naturalmente mostró sorpresa y alarma, y se mostró reacia, atreviéndose apenas a mirar los ojos desdeñosos de Malvinia, mientras protestaba diciendo que el trabajo de Chantal ya estaba bien para ella, pues no podía imaginar (esto lo murmuró con rapidez) que nadie deseara mirarla en toda la tarde.

—Qué idea tan absurda —espetó Malvinia—. Pues, aunque aún falta tiempo para tu presentación en sociedad, en verdad sería una inteligencia muy ingenua la que no te viera tan casadera como cualquiera de nosotras. Y debes aprender a compadecerte —Malvinia ahora hablaba alegremente, llevándose a la fuerza a la recalcitrante señorita escaleras arriba— de aquellos de nosotros, de uno u otro sexo, que te mirarán durante el curso de la tarde.

Así las débiles protestas de Deirdre fueron vencidas cálidamente y, con actitud algo dolida, la joven se sometió a los servicios de su hermana, y también pareció acceder a la sugerencia de Malvinia de que debía dejar sus guantes de algodón y llevar, en cambio, un par muy bonito, hecho de fino encaje flamenco, del que Malvinia se había cansado, y probarse un sombrero de satén blanco, con enormes

escarapelas verdes, que Malvinia había llevado una o dos veces y le parecía demasiado llamativo para ella, pero que podía irle muy bien a Deirdre.

Entretanto, Malvinia trabajaba con notable habilidad, empleando su propio cepillo con mango de marfil y un rizador de hierro, y la pomada de aceite de Catay y varias trenzas postizas, y una gran cantidad de horquillas de diversos tamaños; el escenario era el pequeño pero acogedor tocador compartido por Malvinia y Octavia.

—En realidad eres bonita —declaró Malvinia animada—, y aún se ha de descubrir lo muy bonita que puedes ser, si no fueras tan necia y no te resistieras.

Malvinia disfrutaba cepillando la larga cabellera oscura de su hermana, que se rizaba y crujía con la electricidad estática y desprendía destellos de tonos extraordinarios, ya de un negro profundo, ya de un castaño iridiscente, ya de un castaño rojizo, y pesaba de un modo agradable en la mano, ya que era considerablemente largo y llegaba casi hasta la esbelta cadera de la joven. De vez en cuando Deirdre daba un brinco, cuando el cepillo tropezaba con nudos inesperados, pero Malvinia no interrumpía sus esfuerzos, pues el carruaje pronto llegaría y deberían partir.

—Ondas…, rizos… En realidad, una hilera de rizos… como chorros de plumas… y tirabuzones… y una o dos de estas trenzas… y peinetas de nácar y rosas de tela, y lo más bonito que podamos encontrar, discretamente encajado en lo alto, no grande, ni demasiado pequeño —murmuraba Malvinia—. ¡Ah, te haré presentable!, así que aguanta y cállate.

La aplicación de Malvinia, ahora presenciada por Octavia y una de las criadas, era más notable y generosa por el hecho de que la espléndida joven dama se había puesto su nuevo vestido blanco de *mousseline-de-laine*, terminado apenas doce horas antes por madame Blanchet de Filadelfia, y ¡qué aspecto tan adorable, tan aristocrático tenía! Su exquisito traje había sido confeccionado siguiendo los últimos dictados de la moda, con el corpiño de cuello alto ceñido a su cuerpo como un guante, e innumerables capas de tejido casi transparente, maravillosamente ligero, y gran cantidad de metros de volantes rizados y plisados, y frunces de encaje de seda y cintas de terciopelo rosa. A pesar del rígido corsé, que le dificultaba un poco la respiración, Malvinia se movía con la gracia de una voluta de nube de verano, y el peso de su atuendo —más de nueve kilos, entre faldas, crinolinas y cola— tampoco producían más efecto en ella que una intermitente falta de aliento y la sensación de entumecimiento en algunas zonas de su cuerpo, que eran demasiado insignificantes para

ser mencionadas. (De hecho, hay que dejar constancia aquí de que la ágil Malvinia era la envidia de sus hermanas mayores y muchas de sus primas, porque, a pesar del peso de su atuendo y del calor que le producía, raras veces daba muestras de aquel lamentable síntoma de calor corporal llamado transpiración, y, si en alguna ocasión las fuerzas la abandonaban tan rápidamente que se desplomaba, desmayada, nunca lo hacía sin elegancia, cayera ya en una silla, ya en brazos de un caballero.)

Los minutos transcurrían y los dedos de Malvinia trabajaban con agilidad, modelando rizos y tirabuzones, que era justamente lo que precisaba el rostro más bien estrecho de Deirdre; y ¡qué feliz oportunidad, disimular mediante algunos mechones en forma de flequillo aquellas feas entradas! Pues este rasgo, aunque contribuía a la belleza de Malvinia, no añadía mucha a Deirdre, sino que más bien realzaba su desconcertante aire de algo bestial, nocturno y no natural.

Deirdre protestaba tímidamente diciendo que, en realidad, no le gustaban los tirabuzones, pues le hacían cosquillas y le producían ganas de estornudar.

Malvinia la hacía callar y le aseguraba que los tirabuzones transformarían su aspecto.

Tampoco le gustaba llevar tantos mechones sobre la frente.

No, pero debía callarse, insistió Malvinia riendo, pues estaba dolorosamente claro que ella sabía poco de estas cosas.

—¿No tengo razón? —preguntó Malvinia al pequeño grupo reunido detrás de ella, que ahora estaba formado por Constance Philippa además de Octavia y la criada—. ¿No está mucho mejor ahora?

Tras unos veinte minutos de rápida actividad, que había incluido cepillar, peinar, rizar y trenzar, retorcer, ahuecar, untar y emplear una gran cantidad de horquillas, Malvinia dio un paso atrás, jadeando ligeramente con aire triunfal, para contemplar su creación, y vio en el espejo la mirada de Deirdre, que por un instante penetró en la suya.

—¡Ah, ahora mira! —dijo Malvinia—. Mira: ¿no estás en verdad presentable?

Entregó a Deirdre un espejo de mano y, de mala gana, esta lo cogió y examinó su cabello desde ambos lados y por detrás, abriendo bien los ojos, al principio con algo de sorpresa, pues Malvinia había clavado una notable profusión de rosas de tela, que eran muy bonitas, en la parte de atrás de su cabeza, y los tirabuzones resultaban un poco excesivos, aunque eran absolutamente encantadores y estaban ejecutados con gran habilidad.

—Bien, Deirdre —dijo Malvinia con un poquito de impaciencia—,

todas estamos esperando tu opinión: dinos lo que ves.

Deirdre movió el espejo de mano de un lado a otro y lo levantó por encima de su cabeza, para ver desde otro ángulo el efecto del extraordinario trabajo realizado por Malvinia. Entonces se miró en el espejo más grande, ahora enrojecidas sus pálidas mejillas, como consecuencia sin duda de la inusitada atención puesta en ella. Sin embargo, su silencio se prolongó, arrugada levemente la frente y los labios fruncidos en una expresión muy próxima al desdén.

—Dinos lo que ves, si tienes la bondad —dijo Malvinia, aún un poco jadeante y con las mejillas bellamente sonrojadas.

Al fin Deirdre se decidió a hablar, y lo hizo con voz tan baja que habría cabido pensar que pretendía insultar y no podía molestarse en alzar la voz, y estas fueron las palabras que, de modo asombroso, llegaron a los oídos de las oyentes:

—¿Qué veo? Veo un payaso, un bufón, una muñeca con peluca, una marioneta, un maniquí, una joven dama arreglada de la forma más chabacana, nada diferente del resto. Veo, en resumen, a alguien a quien no reconozco ni quiero conocer.

7

El destino quiso que fuera Samantha, y no Deirdre, la primera en ver el globo cuando planeaba sobre el río, bastante bajo, y cerca de las copas de aquellos viejos robles que majestuosamente bordeaban la orilla opuesta de la finca de los Kiddemaster, pues Deirdre se hallaba sumida en tan inescrutable, no, morboso ensueño que, de pie en la orilla del río, con la cabeza baja, su figura inmóvil, no solo no vio la horrible visión cuando surgió del firmamento otoñal, sino que tampoco oyó su extraordinario ruido: un extraño, fuerte y diabólico siseo.

A decir verdad, creo que lo que ocurrió fue que, sin querer, la vista notablemente aguda de Samantha se había fijado en algo peculiar en el cielo oriental, una nube de lluvia, quizá —¿o era una columna de humo de forma extraña, o un embudo de aire cargado de polvo?— que despertó su curiosidad de un modo ocioso, pues estaba fatigada por las exigencias sociales de la tarde y por la lamentable tensión que se había producido entre sus hermanas y ella, de lo que echaba la culpa a Malvinia. (Aunque no podía estar muy satisfecha de Constance Philippa, ni tampoco de Octavia y de sí misma, ya que no habían rectificado la situación ni habían hecho nada para ir detrás de la altiva Deirdre. ¡Ah, aquella exasperante chiquilla!)

Así pues, Samantha, ya agitada e impaciente como consecuencia del reciente intercambio de palabras y el agobiante peso de su ropa, de repente vio aparecer el globo de seda negra y oyó el ruido que producía, y tuvo el extraño convencimiento de que la monstruosa aparición había acudido en busca de su hermana; por unos instantes su asombro fue tan grande que se quedó paralizada, dudando tanto de lo que veían sus ojos que, lamentablemente, no pudo gritar para avisarle.

Ay, ¡qué diferente sería esta crónica, y cuánta aflicción e innoble

vergüenza se habrían ahorrado los Zinn, si Samantha hubiera conservado la calma en estos momentos cruciales!; pues en realidad no era característico en ella demostrar atónita incredulidad respecto a la certeza de sus aguzados sentidos y quedarse sentada, sumisa, con la indefensa pasividad de una dama.

Por supuesto la asombrada muchacha por fin reaccionó y despertó de su trance, y gritó:

—¡Deirdre! ¡Oh, Deirdre, cuidado!

Pero cuando estas palabras fueron pronunciadas, el diabólico artefacto estaba tan cerca de Deirdre que ningún agente humano la hubiera podido salvar de su destino.

Mientras el globo se había ido aproximando a su destino, por encima de las pintorescas colinas de tierras de cultivo y bosques, y los grillos habían iniciado su alegre música nocturna, anticipándose al anochecer, Samantha permanecía sentada, sofocada e inquieta, con un abanico de sándalo en la mano, que abría y cerraba sin parar, medio esperando romperlo, pues le habría producido un placer infantil tirar ese objeto en un ataque de genio; el abanico, a pesar de todo su encanto, lo había heredado de una de las mujeres mayores de la familia Kiddemaster.

¡Infeliz Samantha! ¡Impaciente Samantha! Estaba bastante irritada, debido al peso de su lindo sombrero, que era de satén verde y tenía un complicado lazo de tul que se ataba bajo la barbilla, lo que le molestaba un poco; también estaba irritada por el calor húmedo que le producían las faldas y enaguas, las crinolinas y las medias de algodón, y por la rigidez del corsé. Sobre todo, quizá, estaba irritada consigo misma, pues mientras miraba la figura de Deirdre que se alejaba y sentía cierta culpabilidad y pesar por todo lo que había ocurrido, no hizo ningún esfuerzo por seguir a Deirdre y ni siquiera se tomó la molestia de gritarle algunas palabras de consuelo o comprensión.

—¡Qué desastre de niña, a pesar de sus ropas de domingo! —murmuró Malvinia, abanicándose con vigor—, tan exagerada en sus movimientos y tan vulgar; ¡comportarse así, estoy segura, para humillar a su familia a la vista de los criados de Kiddemaster!

—Malvinia, exageras —protestó débilmente Samantha—. Estás confundida, y eres muy cruel.

—Y tú eres una niña creída y tonta —replicó Malvinia.

Entonces Constance Philippa, como hermana mayor, intervino con irritación y las hizo callar a las dos, pues tenía un fortísimo dolor de cabeza y temía volverse loca, con toda aquella cháchara femenina y

discusiones femeninas y tonterías femeninas.

De manera que las cuatro hermanas se quedaron sentadas en el cenador, abanicándose, sofocados los rostros cubiertos por un velo y el corazón latiéndoles con fuerza, hoscamente, con emociones no del todo fraternales en esos momentos.

Samantha estaba de acuerdo en su interior con Constance Philippa, pues estas escenas, que se producían de vez en cuando entre las jóvenes Zinn (en particular cuando no había personas mayores cerca), le parecían innobles e innecesarias y distraían del pensamiento serio. Chismorreos y palabras vanas, intercambios conflictivos y lágrimas, sentimientos heridos, risas crueles y sonrisas burlonas; y perdón, abrazos y llanto más copioso, y así transcurrían los días, y los años.

Los ojos verde pálido de Samantha siguieron a Deirdre, y sin darse cuenta suspiró en voz alta y cerró de golpe su abanico, mientras pensaba: Ojalá… ¡ah, cuánto me gustaría…! No sé qué.

En el momento en que se narra la historia de los Zinn, me resulta difícil asegurar cuál de las jóvenes damas, después de Deirdre, causaba en mistress Zinn más preocupación; sin embargo, creo que era Samantha, quien, aunque era de complexión menuda y facciones delicadas, y con su abundante cabellera pelirroja parecía un hada, experimentaba no obstante graves dificultades a la hora de comportarse con elegancia en situaciones sociales.

Malvinia decía de ella a las otras:

—¿Cómo es que la piel de Samantha es tan pálida y suave?, la prefiero a la mía; y su nariz respingona, tan deliciosa; y sus ojos, de ese color verde penetrante; y su cabello, ¡ah, esa espléndida cabellera!, que, en verdad, prefiero muchísimo a la mía; y sin embargo, ay, es tristemente fea como esta cuchara de latón, y no cabe esperar que atraiga a ningún caballero que no sea también poco atractivo.

Palabras crueles, aunque no muy equivocadas, pues era el caso, como todas sabían, que las facciones de miss Samantha Zinn, aunque atractivas de forma individual, no se resolvían en ese enigma que es la belleza.

Tampoco ayudaba el hecho de que tuviera pecas, en particular en la frente, ni que de modo inconsciente a menudo se mordisqueara el labio inferior, como si pensamientos tumultuosos, no diferentes de los de su padre, atormentaran sin cesar su cerebro y la empujaran a tomar papel y pluma. («¡Samantha sería atractiva —dijo Octavia exasperada — si no estuviera siempre pensando!») Samantha se sentía muy a gusto trabajando junto a su padre en el laboratorio, lo que le estaba permitido, y se dejaba absorber por su tarea; en otra ocasiones, y en especial en las funciones sociales, se mostraba visiblemente

desconcertada y distraída y estaba lejos de ser una compañía agradable. La amable observación de mistress Craik, que hizo en uno de sus artículos aparecidos en *The Ladies' Wreath*, de que los caballeros por naturaleza se desconciertan ante un exceso de raciocinio en el sexo más débil habría podido beneficiar a esta torpe jovencita si se hubiera tomado la molestia de buscarla. Pero, por supuesto, no lo hizo: los libros que ella estudiaba, todos sacados de la biblioteca de míster Zinn, eran en verdad muy diferentes.

Constance Philippa observó de ella, con seriedad, que algún día crecería y se convertiría en una dama, pues ¿acaso podía elegir?

No es de sorprender, dados estos impedimentos, que miss Samantha Zinn lograra intimidar a los pocos pretendientes que se molestaban en acercarse a ella, atraídos en un principio por su figura menuda y por la vivacidad de que a veces hacía gala; pero estos caballeros pronto quedaban decepcionados por su torpeza en las réplicas dadas en la sala de estar y por el impropio entusiasmo con que se lanzaba a hablar de temas científicos y otros asuntos, de tipo masculino, que escapaban a la comprensión de la joven.

Había ocasiones —¡una de ellas fue la noche de su baile de presentación en sociedad!— en que, sin justificación alguna, Samantha comenzaba a hablar con entusiasmo, atropelladamente, del gran trabajo de su padre, con los ojos brillantes e infantil jactancia en la que, por desgracia, no había ni un ápice de la modestia intrínseca de míster Zinn ni sentido de la proporción. Estaba muy orgullosa, por ejemplo, de que su padre le hubiera asignado, para mejorarlo, su ingenioso «estribo con muelle»; se trataba de un artilugio especial en el que míster Zinn había trabajado con escasa retribución durante los años de la guerra para su empleo por la caballería de Estados Unidos. (El estribo iba provisto de un ingenioso mecanismo de muelle, inventado por míster Zinn, que automáticamente liberaba el pie del jinete si este era expulsado de su caballo, pues el gran peligro en semejantes situaciones era que uno podía morir arrastrado por una montura enloquecida. John Quincy Zinn, a la sazón un soldado raso del 103 de Voluntarios de Pensilvania, había intentado en múltiples ocasiones demostrar la eficacia de este astuto invento ante su comandante y, una vez, ante el propio general McClellan; mas estos esfuerzos no tuvieron éxito alguno y sus consecuencias fueron que John Quincy sufrió varias heridas, entre ellas laceraciones en la cara y la cabeza y una clavícula fracturada.)

La noche misma del baile de presentación en sociedad de Samantha, celebrado en el elegante Salón Federal de color crema y dorado de la mansión Kiddemaster, con sus ocho elegantes columnas

dóricas y su espléndido techo artesonado, la joven sin darse cuenta fue irritando a caballero tras caballero con su nerviosa charla sobre estos inapropiados temas. Ofrecía una imagen encantadora, con su estrecha cintura, su cuerpo delicado y su espléndido vestido (un vestido de gala de satén y brocado lila pálido, adornado con innumerables volantes, cintas, flores y encaje español, y sujeto arriba de forma encantadora con camelias rojas y blancas, confeccionado hábilmente a partir de un diseño de Worth de la prima Felicity Broome, que lo había llevado en su propio baile de presentación en sociedad unos años atrás); mas, ¿qué importaba todo ello si ella quería hablar de cosas inapropiadas?

Siguió explicando los dibujos que había hecho míster Zinn para un tranvía eléctrico insonoro que sustituía al incómodo motor de vapor; y sus dibujos para una autolocomotora, o automóvil, que posiblemente funcionaría con electricidad también y reemplazaría para siempre a los carruajes tirados por caballos, con el estruendo de las ruedas de acero y los cascos de los animales y la indecible contaminación que estos producían; un invento destinado a «cambiar para siempre la faz de la tierra —como declaró Samantha— y mejorarla inmensamente». Hablaba con desmesurado orgullo de la «cerradura a prueba de ladrones» de su padre que acabaría con los robos y otras formas de mala conducta una vez que se pudiera persuadir a alguna fábrica para que la produjera; y de su «máquina del movimiento perpetuo», que casi estaba terminada, y del «paraíso de la utopía» que tomaría forma con el cambio de siglo gracias a diversos inventos, sin duda encabezados por los de míster Zinn. Ah, cómo le brillaban los ojos a la joven mientras hablaba de ciudades que serían «de un blanco iridiscente, y se alzarían hacia el cielo, y también bajo la superficie de la tierra». Un día, las máquinas servirían a las máquinas; grandes cintas transportadoras se moverían sin cesar, acarreando artículos de todo tipo imaginable; no habría ninguna necesidad, ni pobreza, ni ansia, y por tanto no existiría el delito. La teoría de las «partes intercambiables», desarrollada en un principio por Eli Whitney y otros inventores estadounidenses, avanzaría infinitamente si míster Zinn pudiera interesar a un fabricante experimental y ambicioso, pues creía —no, estaba absolutamente seguro de ello— que, como el secreto del universo eran «las unidades intercambiables» y el «movimiento incesante», lo mejor que podía hacer la humanidad era emular esta ley y establecer materialmente esa armonía de las Esferas Invisibles de la que Ralph Waldo Emerson y otros habían hablado con tanta elocuencia anteriormente en aquel siglo.

—Porque, como cree padre, si se elimina el margen de error humano y para el mantenimiento de las máquinas se confía en

mecanismos cuya exactitud ha sido probada y nunca se permite que se paren inútilmente las cintas transportadoras y la producción, ¿cómo no vamos a sobresalir por encima de las otras naciones en la gran aventura que se extiende ante nosotros?

Así hablaba la despreocupada joven dama, con tanto entusiasmo y enfebrecida incoherencia que irritaba, irrevocablemente, a los caballeros que se habían animado a bailar con ella y, ¡ay!, deshacía el efecto del bello vestido lila y las plumas de avestruz teñidas de lila que caían hacia atrás, de un modo encantador, desde un alto moño.

¡Ingenua y necia jovencita! No había advertido las miradas de lástima, despreciativas y divertidas, que intercambiaban los que la escuchaban; incluso había sido tan ilusa como para creer (hasta que Malvinia cruelmente la sacó de su engaño) que la sonrisa de un caballero en particular era consecuencia de su placer por las palabras que ella pronunciaba, cuando, lejos de ello, no era sino una señal de burla que así fue interpretada por todos.

—Es tu cerebro el que no funciona bien y ha de ser controlado rigurosamente —dijo Malvinia a Samantha, tan irritada que tuvo que contenerse para no golpear a la joven en el hombro con su abanico—, pues en su estado actual es una máquina de movimiento perpetuo en sí mismo, y de lo más repugnante.

Samantha era la única de las hijas Zinn que no demostraba celos de la pequeña Deirdre, pues tenía la creencia práctica de que mistress Zinn las amaba como toda madre debe amar de forma natural a sus hijos, de acuerdo con la costumbre y el deber; y creía, en el fondo de su corazón, que míster Zinn en secreto la amaba a ella por encima de cualquier otro miembro de la casa, por mucho que la vivaz Malvinia hubiera parecido, desde la cuna, la favorita de su padre. (Pues ¿no se le permitía a Samantha ayudar a su padre en el taller, a menudo incluso hasta ocho, o diez, o incluso doce horas ininterrumpidas? ¿Y acaso no hacía mucho tiempo que míster Zinn había abandonado todo esfuerzo por hablar de su sagrado trabajo con nadie aparte de Samantha?)

En realidad, Samantha sentía cierta simpatía intrínseca por su hermana adoptiva, pues ambas muchachas estaban poco desarrolladas y era tal su carencia de gracia femenina y de belleza que habían desterrado del salón, para siempre, la lectura de *El patito feo*, aunque solían leer en voz alta y con gran placer otros cuentos de Andersen. Tanto Samantha como Deirdre se encontraban incómodas incluso en la sociedad femenina más agradable: la conversación en torno a la mesa

del té las desconcertaba, sus vestidos nunca eran adecuados, y ambas eran dadas a largos silencios exasperantes, como si su mente, desafiando todas las reglas del decoro social, se les hubiera ido a alguna otra parte. De vez en cuando, en estas dolorosas situaciones habían intercambiado incluso una rápida mirada disimulada, tan fugaz, sin embargo, que sus mayores no la captaban y apenas si era observada por ellas mismas.

Mas ¡qué ironía! A pesar de la conducta ecuánime de Samantha y por muy generosa que se mostrara respecto a ciertos caprichos de Deirdre, esta distaba mucho de sentir más afecto por Samantha que por las demás; de hecho no podía decirse que sintiera afecto apreciable alguno por ella.

«¡Fría de corazón! ¡Llena de secretos! ¡Y obstinada! ¡Y perversa! —pensaba Samantha, mirando la rígida espalda de Deirdre mientras la muchacha, sentada ante su escritorio de nogal, intentaba resolver un problema matemático planteado por míster Zinn, o leía con detenimiento, en secreto, un volumen de versos, o una novela de tipo oscuro y gótico, en general prohibidas en la Casa Octogonal—. Y, sin embargo, ¿desearía otra cosa de ella? Porque tengo todo lo que preciso… en realidad, más de lo que preciso… en cuanto a hermanas, y el gasto de emoción me parece casi más de lo que puedo dar.»

De vez en cuando, con gran alarma, Samantha despertaba de sus sueños por los sollozos de Deirdre, ahogados en la ropa de la cama, y se quedaba tumbada preguntándose si debía ir a consolar a la infeliz niña o si debía permitirle cierta intimidad y secreto, pues ella misma, para desaprobación de su madre, apreciaba ambas cosas. Pero, si preguntaba a Deirdre qué le ocurría, el llanto a menudo cesaba enseguida y la muchacha permanecía muy quieta y muy rígida, fingiendo con terquedad que dormía. O podía ser que, como esta muestra de solicitud le resultaba inesperada, la afligida niña sollozara aún más violentamente, con tanta desesperación y tan desvergonzado abandono, rozando la histeria, que la propia Samantha se asustaba.

(No obstante, ay, raramente se enteraba de lo que le pasaba, pues también en estas ocasiones Deirdre se daba la vuelta con decisión y se acurrucaba en el otro extremo de la cama, con la cara apretada a la almohada. Solo en los primeros años había permitido que Samantha la abrazara, sin decir una palabra, e incluso lloraba hasta quedarse dormida, confiada, en brazos de Samantha, mientras entre sollozos gemía lastimosamente frases incoherentes como: «No, no… no… no puedes hacerme… no haré… no…», al tiempo que llamaba «madre» y «padre», y Samantha, aunque era jovencita, comprendía que no se refería a los Zinn sino a los fallecidos Bonner.)

Samantha también fue objeto de cierto desconcierto durante un período de dos o más años cuando, poco después del duodécimo cumpleaños de Deirdre, su dormitorio empezó a verse perturbado por curiosos golpes, más o menos fuertes, crujidos y «voces» casi inaudibles en las paredes. Este fue el principio de los fenómenos fantasmales jamás explicados que iban a causar cierto daño en la Casa Octogonal y en todas partes, y no poca turbación, ya que, si bien no pudo demostrarse que ninguno de los Zinn era responsable de estas alteraciones, se daba el caso de que los fenómenos no se producían lejos de ellos, y en particular de Deirdre.

Estos desagradables fenómenos empezaron, en cierto modo, modestamente, pero su frecuencia y gravedad fueron en aumento; pronto se desplazaron de las paredes del dormitorio e infectaron toda la casa y, en algún caso, la mansión, y varios acontecimientos sociales se vieron tristemente perturbados. (Así se estropeó la celebración del decimoctavo cumpleaños de Constance Philippa, cuando una fuerza invisible volcó la mesa del comedor y envió al suelo con estrépito la vajilla, la cristalería, la cubertería y diversos víveres; y una alegre fiesta de patinaje en el río, organizada por Malvinia, miss Delphine Martineau y varios primos para celebrar el día de Año Nuevo, fue motivo de consternación cuando, bajo los pies de los patinadores, el duro hielo se resquebrajó y amenazó con ceder, con lo que los jóvenes habrían caído en las heladas aguas, mientras, al mismo tiempo, el hielo estaba completamente sólido. El más inquietante de todos los fenómenos siguió a los Zinn a la antigua mansión Whitton, en el Delaware, donde, una víspera de San Miguel, los parientes mayores de los Zinn y los Kiddemaster daban una lujosa recepción en honor del presidente del Tribunal Supremo retirado Godfrey Kiddemaster y el presidente del Tribunal Supremo Morrison Remick Waite, conocidos desde hacía muchos años: los crujidos, golpes, gritos ahogados, movimiento de muebles, ráfagas de aire helado y otras conocidas manifestaciones se habían producido mientras Deirdre se hallaba inocentemente en otro lugar, en un ala alejada de la casa, realizando sus tareas escolares.)

Evidentemente, Deirdre también era víctima de inusuales pesadillas e inquietantes sueños, que producían el efecto de aterrorizarla, pues estaba segura de que eran obra de los fantasmas, y su malevolencia era aún más perversa porque no se podían ver con precisión, sino solo percibir. Míster Zinn se mostraba poco dispuesto a permitir que estas observaciones se expresaran en voz alta, pues, como hombre de ciencia y racionalidad, deploraba la superstición y le resultaba muy difícil aceptar que lo sobrenatural, en cualquier forma,

tuviera algo que ver con estos raros acontecimientos.

—El Espíritu que preside el universo, y que es inmanente en cada bocanada de aire que inhalamos, no es, por ninguna astucia de la imaginación, una fuerza engañosa —afirmaba míster Zinn—, ni debe ser interpretado como algo surgido de lo sobrenatural y no de lo natural. Estamos acostumbrados, por pereza, a llamar sobrenatural a todo lo que aún no comprendemos por medio de la ciencia y la racionalidad, y natural a todo lo que conocemos. Así —explicó a su alarmada familia y a la temblorosa Deirdre en particular— es erróneo hablar de fenómenos de fantasmas, y me disgustaréis sobremanera si seguís haciéndolo.

Toda su familia se apresuró a pedir disculpas, y a prometer que a partir de entonces no se referirían a los extraños acontecimientos como algo sobrenatural, sino natural.

Sin embargo, las curiosas manifestaciones no solo continuaron, sino que su frecuencia aumentó, mientras la pobre Deirdre protestaba con humildad diciendo que la culpa no era suya y se acobardaba ante las miradas críticas de los demás.

—Quizá si administráramos a Deirdre una fuerte dosis de láudano de la tía abuela Edwina —especulaba Malvinia—, podría dormir una noche entera, y nosotras también.

En las diversas chimeneas de la Casa Octogonal soplaban extraños vientos quejumbrosos, y se producían corrientes de aire sin causa alguna que a menudo seguían a algunos miembros de la casa y al monito Pip, que gritaba asustado para que por la noche lo encerraran en el taller de míster Zinn, con el fin de estar a salvo. Una mañana se descubrió que el maniquí de la tía abuela Edwina se había situado a unos pasos de la puerta cerrada del cuarto de costura de Kiddemaster, y una de las costureras confesó que, durante algunas semanas, había sentido mucho miedo, pues le había dado la impresión de que el maniquí tenía vida, aunque cuando lo examinó vio, por supuesto, que no estaba hecho más que de papel, cinta y barniz y que carecía por completo de vida.

(De forma más general, este cuarto de costura de la mansión, lleno como estaba de maniquíes de damas que ya no vivían, era causa de inquietud y alarma en las jovencitas Zinn desde su infancia. Mas ¡qué lección representaba incluso para la más atrevida de las jóvenes! Tantas figuras femeninas cuyo yo real ya no habitaba en el mundo, ¡qué prueba del tiempo, la mortalidad y la veleidad de la moda! En una ocasión, varios años antes, Malvinia había examinado el maniquí de su tatarabuela Lydia Burr Kiddemaster, que era pequeño y rechoncho y en realidad parecía de un enano, y expresó ciertas dudas

burlonas en cuanto a si era un maniquí humano o no, a lo que Octavia replicó en tono desaprobador:

—¿Te gustaría que uno de nuestros descendientes algún día se burlara así de tu figura?

Y Malvinia respondió con descaro:

—Mi figura, querida Octavia, es casi perfecta, tal como la podrían crear la naturaleza, el arte y la habilidad manual; y me resulta muy difícil pensar que alguna vez esté pasada de moda.)

Posteriormente a este desconcertante incidente con el maniquí de la tía abuela Edwina, se produjeron en la mansión una serie de manifestaciones similares, para gran irritación de los ancianos habitantes, que se quejaban de que su casa poco a poco estaba volviéndose encantada, por mucho que John Quincy Zinn insistiera en que no. En realidad, la tía abuela Edwina, llevándose al pecho una mano llena de anillos, contradijo a míster Zinn a la cara, afirmando que su hija adoptiva sin duda era responsable de aquello, ¡y quizá no solo estaba embrujada, sino condenada!

(Lamento verme obligada a emplear esta palabra en particular, en este u otro contexto, pues sorprende al oído y no puede dejar de irritar, en especial a los lectores más jóvenes y a los miembros del sexo femenino. Creo que es una clara muestra de la autoridad de miss Edwina Kiddemaster, tanto en casa como fuera, el hecho de que fuera la única de todas las damas que podía pronunciar esta sorprendente palabra con la seguridad de que escapaba de la censura, no, ¡con la seguridad de que trascendía a ella!, su mirada fija como la de una esfinge, los labios fruncidos, su figura imperturbable como la de un ángel de la ira de alabastro.)

Míster Zinn se quedó sorprendido, tanto al oír la citada palabra como por el grave peso teológico y la vehemencia de miss Kiddemaster al pronunciarla; pero logró responder con firmeza aunque cortésmente que era injusto hablar de esta guisa de su hija, que era completamente inocente y, en cualquier caso, nieta de los Kiddemaster, y por lo tanto había que tratarla con cierta consideración.

—En realidad, míster Zinn —replicó la dama de rostro marmóreo —, la niña puede que sea hija suya, pero no es, por generosidad de ninguna ley ni costumbre, sobrina nieta mía.

Me veo obligado a interrumpirme brevemente para explicar al lector que miss Edwina Kiddemaster era una presencia de lo más formidable, en la mansión Kiddemaster y en Bloodsmoor en general. En el

momento en que comienza nuestra narración, su edad se hallaba a finales de la cincuentena, y se rumoreaba que era excepcionalmente rica, pues, como consecuencia de sus actividades literarias, poseía una fortuna que superaba lo que era suyo por nacimiento, como una Kiddemaster. Su primer libro, *El amigo de la joven dama: compendio de las formas correctas*, lo había escrito rápidamente cuando la autora contaba veintiún años (aunque no se publicó hasta muchos años después), como enojada reacción a lo que había visto durante la administración de Martin Van Burén y que consideraba una decidida relajación de la moral, incluso entre sus primas, y su capítulo más valioso era el que se refería a la conducta apropiada en los bailes. (Muchas jóvenes damas, y su ansiosa madre, consultaban este libro popular para aprender que, si bien no había nada indecente en el vals de por sí, era muy importante que un caballero nunca rodeara la cintura de la dama hasta que empezara el baile, y que dejara caer los brazos enseguida cuando el baile terminara.)

Poco después de este feliz comienzo escribió un estudio del mismo tema, *Guía de la debida conducta cristiana entre los jóvenes*, vendido por suscripción, que tuvo aún más éxito, y así, con el transcurso de los años, los libros se fueron sucediendo y miss Kiddemaster se hizo cargo de una columna en *The Ladies' Home Journal* con el seudónimo de «Miss K.», la cual, modestamente titulada «Sobre la etiqueta», llegó a tener enorme influencia sobre las clases refinadas, interesando no solo a las damas sino también a los caballeros. Así, no es erróneo señalar que la tía abuela de las muchachas era famosa por derecho propio, aparte de serlo por pertenecer a la familia Kiddemaster, y que su palabra poseía el peso de la ley en todos los asuntos domésticos. Ciertos detractores de la autora, incluido, en ocasiones, su propio hermano Godfrey, observaban que miss Edwina Kiddemaster, aunque era una gran autoridad en el tema de la etiqueta para los demás, con frecuencia se la saltaba, pues era sabido que se marchaba discretamente de una reunión antes de que fuera apropiado despedirse y que planteaba ciertos temas —partidos políticos, aranceles y el escándalo de los sindicatos— que en general en las clases cultas estaban prohibidos en compañía mixta. Godfrey Kiddemaster también especulaba, un poquito demasiado libremente, en cuanto a si su hermana estaba loca o era tan solo ambiciosa, razón por la que trabajaba con tanta diligencia ante su escritorio, mientras las otras damas de su círculo ocupaban su tiempo con visitas, tés, obras de caridad, religión y labores de diversos tipos; le parecía desconcertante que cualquier Kiddemaster sintiera el impulso de trabajar, y mucho más el de ganar dinero, y la fama, por supuesto, no era sino vulgar.

Así, cuando la tía abuela Edwina declaró que Deirdre estaba embrujada o condenada, esta afirmación fue recibida con cierta alarma por parte de los Zinn; pues la propia mistress Zinn sabía que era una de las herederas favoritas de la fortuna de su tía y no deseaba ofenderla. (Por desgracia, en el curso de los años, la tía abuela Edwina había expresado a menudo franca desaprobación de las hijas de los Zinn, que al parecer eran incapaces de complacerla, por mucho que se las empujara a intentarlo. Constance Philippa era «grosera y de porte hombruno»; Octavia, aunque dulce y agradablemente dócil, alarmaba un poco a la vista, como consecuencia de su «precocidad corporal»; Malvinia era «malcriada, terca y vanidosa», a pesar de su belleza; y Samantha, con su obstinado «ejercicio del cerebro», no podía dejar de desagradarle.)

Con el tiempo, estos fenómenos desconcertantes e inexplicados remitieron, y por fin cesaron poco después de que Deirdre cumpliera quince años. Sin embargo, la tía abuela Edwina aún tardó más de medio año en permitir que Deirdre permaneciera en la misma habitación que ella, y su actitud, huelga decirlo, siguió siendo claramente estirada.

Mientras que poco a poco las invisibles manifestaciones fueron desapareciendo, la pobre Deirdre siguió sufriendo pesadillas, unas tres veces al mes, de un tipo singularmente nítido; a menudo despertaba a Samantha de un sueño profundo con sus infantiles lloriqueos, revolviéndose y gimiendo:

—No no no no lo haré oh por favor no puedo —exclamaba la afligida niña removiéndose agitada en su sueño—, no no no puedo ir contigo no te pertenezco te lo ruego déjame en paz.

Entretanto, la asustada Samantha hacía todos los esfuerzos posibles para despertarla, a veces recompensados, para su dolor, con un puñetazo en la cara o el pecho.

No obstante, Samantha insistía, pues sabía que era su deber cristiano y de hermana hacer todo lo posible para consolar a la desdichada niña, que a menudo escondía la cara en las manos y lloraba de modo incontrolable durante mucho rato seguido. Mediante sensatas preguntas, Samantha lograba descifrar la esencia del sueño: un extraño abordaba a Deirdre, llamándola hija suya y maldiciendo a gritos, e insistía en que lo acompañara, a lomos de su caballo, al infierno mismo.

Lo más desconcertante era que este extraño caballero, barbudo y vestido con un sucio y desgarrado uniforme de oficial de la caballería,

¡no era míster Bonner! Deirdre no sabía explicar quién podía ser y por qué estaba tan enojado, y por qué se dirigía a ella como si fuera su hija, para que lo acompañara a aquella indescriptible región dejada de la mano de Dios.

La víspera misma de aquel día calamitoso, en el otoño de 1879, la pobre Deirdre padeció de nuevo esta notable pesadilla y se dejó consolar por Samantha, quien insistió en que el «capitán Furioso» (pues así era como lo llamaban) no era sino un producto de los sueños y no había que temerle. Tan alterada estaba Deirdre que al parecer no la oyó y siguió llorando y protestando de esta guisa:

—¡No tiene derecho a llamarme hija suya, y a maldecir, y a jurar, y a hacer esas perversas amenazas! No lo conozco, ni he tenido ocasión de verlo en esta vida. Pero ¡qué lastimoso!, pues he visto, por primera vez, que estaba muy malherido, aunque él lo escondía; la sangre negra le brotaba de una herida en el pecho, y sin embargo no lo conozco, seguro que no es nada humano, ¡sino un demonio salido del infierno! No —murmuró la muchacha casi histérica, con el rostro bañado en lágrimas—, no iré con él; no sucumbiré.

—Claro que no —coincidió Samantha con sensatez—, porque, como he dicho, él no es más que un sueño; y, en cualquier caso, tienes a padre para protegerte.

—¿Padre? —susurró Deirdre levantando la cabeza.

Samantha le habló con voz consoladora, explicando que había sufrido alguna ilusión mental, una fantasmagoría que carecía de sustancia material, un simple asomo de pensamiento.

—Porque ya sabes, Deirdre —dijo Samantha—, que los fantasmas no existen y que no hay nada que se pueda calificar con exactitud de sobrenatural, como ha explicado padre. Un sueño no es más que una fantasía mental, apenas comprendida por nuestra ciencia; tiene el poder de asustar, con su aparente autenticidad, pero, como debes comprender, tiene mucha menos realidad que los muebles que hay en esta habitación, o que tu gorro de dormir, que, me temo, se te ha caído de la cabeza… Déjame que te lo ponga bien.

—Tienes razón —murmuró Deirdre, temblando en brazos de Samantha—; eres muy sensata y muy buena, como toda tu familia; sin embargo, aunque comprendo muy bien todo lo que has dicho, y estoy de acuerdo en que ha de ser cierto, ¿por qué tengo tanto frío?, ¿por qué me siento entumecida?, ¿por qué tengo tanta aprensión?, ¿por qué soy tan consciente de su horrible presencia en esta habitación?

—No es más que una fantasmagoría —repitió Samantha, reprendiéndola—, y tú eres una jovencita muy tonta, al insistir en temerle.

Fue este inquietante intercambio, con sus crispadas e insanas emociones, lo que Samantha se vio obligada a recordar menos de dieciocho horas después, cuando, sentada en el cenador junto a sus hermanas, observó estupefacta cómo el globo del fugitivo se aproximaba a donde estaba Deirdre.

Mas no pudo reunir suficiente aliento para gritar y advertirle hasta que fue demasiado tarde y el tosco mecanismo había aterrizado y los codiciosos brazos del piloto del globo se habían apoderado de Deirdre para meterla, pese a sus forcejeos, en la cesta y alejarse hacia no sé qué región de la tierra o del infierno.

8

Así fue como el raptor, sin nombre ni identificación, vestido de negro y pilotando un alto globo de seda negra, de siniestra elegancia, fue en busca de miss Deirdre Zinn aproximadamente a las siete de la tarde, el 23 de septiembre de 1879, y tan rápido fue su asalto, mientras ella permanecía en la orilla del río sin darse cuenta de nada, y tan exactas sus maniobras, que pudo meterla en la cesta del globo y escapar en apenas unos segundos, mientras las atónitas hermanas de la joven se limitaban a mirar fijamente la escena y nadie de la gran mansión alcanzaba a verlo.

(Aun así, muchos en la vecindad, incluidos los Kiddemaster mayores y míster Zinn en su taller, informarían que habían oído algo de lo más extraño, que era el siseo bajo y ronco de la llama del globo, distinto de todo lo experimentado en Bloodsmoor, antes o después del suceso. «¡La inhalación de un gigante monstruoso!», lo describió Malvinia después con voz trémula.)

Pero ¿por qué no habían llamado a Deirdre para advertirle del gran peligro? Eso preguntaban a las hermanas numerosos interrogadores.

Bien mirado, era completamente natural que las cuatro jóvenes damas se quedaran tan sorprendidas por la improbable aparición que no pudieran pronunciar una sola palabra; e incluso Constance Philippa, que de ordinario era la más equilibrada, se quedó tan perpleja que, según sus propias palabras: «la garganta se me cerró… y no pudo brotar de ella ningún grito».

Octavia, aún muy pálida y a punto de desmayarse una vez más, murmuró que el globo negro era tan espantoso, y no obstante tan elegante, que no pudo menos que quedarse mirándolo fijamente, mientras dudaba, en el fondo de su corazón, de si era real.

Y Malvinia declaró que el horror era tan enorme que se desmayó casi de inmediato; sus atemorizados sentidos la abandonaron y la dejaron indefensa.

Y Samantha, con los labios entumecidos, habló así:

—He visto… pero no he visto; he gritado a Deirdre… pero me he quedado sentada, muda, transfigurada. Y después, al cabo de un momento, el acto se había consumado y el globo se estaba elevando… y era demasiado tarde.

—Demasiado tarde, demasiado tarde. —Esto murmuraban las hermanas secándose los ojos, en los que asomaban abundantes lágrimas—. ¡Que Dios se apiade de nosotras…!, demasiado tarde.

9

Como el lector puede comprender, transcurrieron varios días antes de que las hermanas se recobraran lo suficiente de la conmoción para que sus delicados nervios proporcionaran información respecto al espantoso rapto. Fue Samantha la primera en reunir las fuerzas necesarias para tratar de relatar el secuestro, e incluso intentar, con poco éxito, realizar a lápiz un dibujo del globo.

Aunque el globo parecía enorme, como consecuencia de la sorpresa y el terror que provocaba, Samantha suponía que era de escala bastante modesta, no un dirigible o una nave de pasajeros, del tipo que había visto en algunas publicaciones de míster Zinn; no debía de tener más de veinte metros de altura y considerablemente menos de diámetro. La cesta de mimbre parecía pequeña en comparación, poco más de un metro y medio de diámetro, y, por supuesto, el globo no llevaba ninguna bandera estadounidense ni nada que lo identificara.

¡Ah, qué horrible aparición! ¡Aquella calma espectral con la que se había deslizado al otro lado del río hasta la incauta muchacha, que estaba en la orilla! Sus hinchadas piezas de tela podían haber sido de algodón barnizado, o de seda; en modo alguno de goma, declaró Samantha, ya que había visto globos de goma, llenos de gas iluminador, en la Exposición de Filadelfia, varios años atrás, y este globo era… se veía obligada a afirmar… mucho más bello.

No, dijo Samantha un poco a desgana, el globo era muy hermoso, en realidad, y sin duda estaba hecho de seda, y su aspecto era como francés, no podía explicar por qué, salvo quizá porque tenía en mente ciertos dirigibles creados por los franceses en los primeros años del siglo, bellos pero completamente frívolos.

(Sus hermanas estuvieron de acuerdo con esta opinión, aunque mostrando una reticencia similar. Malvinia concedió que el objeto era en verdad bello a los ojos del profano, pero creía que también podía

considerarse feo; Constance Philippa murmuró con asombrado sobrecogimiento que nunca había visto nada tan «brutal», y tan «lindo»; Octavia dijo con desmayo que la visión que había penetrado en su alma no soportaba el examen de cerca, pues ¿cómo podía casarse la belleza de la seda con la malevolencia incalificable?)

Al principio, dijo Samantha, había tenido la impresión de que esta extraordinaria aparición era uniformemente negra, pero sus ojos lograron captar el curioso hecho de que cada una de las piezas de tela era diferente de las otras, en textura, en tono y en profundidad de matiz. Una era iridiscente y emitía el brillo duro y sedoso del ala de un cuervo; otra poseía la textura del encaje; otra era de un negro apagado, muerto, sin vida, que absorbía los evanescentes rayos del sol y no los reflejaba. El efecto que producía, declaró Samantha titubeante, tenía que ser hipnotizador a la fuerza, pues mientras el globo rozaba velozmente las copas de los árboles de la orilla del río y efectuaba su silencioso descenso, las tiras de tela captaban, refractaban y reflejaban la luz del sol de un modo irresistible.

En cuanto al piloto, Samantha estaba menos segura, aunque creía que solo había uno, a menos que hubiera un ayudante agazapado en la cesta y quedara oculto. Tenía la confusa impresión —con la que sus hermanas después coincidieron— de que el piloto del globo, vestido de negro, exhibía una agradable formalidad, por el estilo y corte de su traje, y que lucía un sombrero, de tamaño no muy grande y ala estrecha. No podía calcular su edad, y podía haber sido desde un simple muchacho a un hombre muy maduro, pero poseía una notable agilidad, apreciable por la rapidez y seguridad de sus movimientos, y cierta fuerza evidente, por el hecho de que había levantado a la forcejeante Deirdre y la había metido en la cesta sin gran esfuerzo. (Aunque Malvinia era de la opinión, que expresó en voz baja, de que Deirdre se había desvanecido, y, al estar inerte e indefensa, no había sido capaz de oponer resistencia, o esa impresión dio a sus asustados ojos.)

Como dibujar era una de las habilidades especiales de Samantha, por la cual recibía muchas alabanzas por parte de su padre en el taller, se afanó en dibujar con un lápiz el maléfico vehículo para ayudar en la investigación policial, y el globo de forma cónica que surgió, con su compacta cesta y numerosas cuerdas (Samantha insistía en que había unas treinta y cinco), poseía una cualidad tan real que sus hermanas se estremecieron visiblemente cuando lo vieron, y Octavia se quedó mortalmente pálida y estuvo a punto de volver a desmayarse.

—No, no puedo soportarlo —murmuró la joven dama—, ¡es el artilugio del propio diablo! Y nuestra pobre hermana perdida,

transportada en él por el cielo…

—La recuperaremos y nos será devuelta sana y salva —declaró con énfasis míster Zinn, sonrojado su propio rostro de modo que se destacaba la marca de nacimiento que tenía en la sien; una fina capa de transpiración relucía en su frente—. Y sin embargo, Samantha, si hubieras visto con claridad la cara del villano… si pudieras ofrecernos una representación de él…

—En verdad, padre —balbuceó Samantha, asomando a sus ojos lágrimas de vergüenza—, yo también desearía que fuera así; pero, ay, no lo es, pues me hallaba a una distancia demasiado grande y, como mis hermanas, demasiado agitada y confusa para fijarme en estos detalles.

—Al fin y al cabo, podrían abandonar el globo —murmuró míster Zinn, tironeándose distraído de la barba— y ¿cómo sabríamos entonces a quién había pertenecido y adónde habría podido ir? ¡Y aún no han pedido ningún rescate! Ah, es muy extraño, muy extraño. ¿No recuerdas nada, Samantha —volvió a preguntar el desdichado hombre—, de las facciones del piloto? ¿No recuerdas el color de su piel, su altura, su edad aproximada o su extracción social?

—Nada, padre —respondió Samantha con humildad—. Me apena muchísimo decir que… nada.

—No puedo creer que fuera un accidente —murmuró míster Zinn delirante, mirando con fijeza el dibujo a lápiz con una mirada penetrante en la que se mezclaban de forma irregular consternación, dolor, desconcierto y viril ira—, pues en el universo, tal como lo comprendemos, no existen los accidentes. Sin embargo, me veo obligado a decir que no se me ocurre que fuera un acto deliberado, pues ¿por qué mi pequeña Deirdre iba a ser ultrajada de ese modo? El globo, como has dicho, se dirigió sin vacilar hacia la niña, para raptarla, pero ¿cómo podemos estar seguros al suponer que iba en busca de Deirdre? Pues podía muy bien haber secuestrado a cualquiera de mis hijas que se hallara en una posición vulnerable.

Ante esta observación, las cuatro hermanas se miraron una a otra e intercambiaron una mirada solemne, anegada en lágrimas, no fácil de interpretar, en cualquier caso, por esta cronista.

—Ah, es de lo más trágico, de lo más ultrajante —prosiguió míster Zinn sin saber apenas lo que decía, o de qué modo su actitud alterada trastornaba a sus hijas, que no estaban acostumbradas a verlo así ni a presenciar estos extremos de emoción en sus mayores—, es gravemente insultante, y no se puede tolerar. Tal vez sea un inventor rival, cuya intención sea perturbar la armonía de mi vida para que no pueda seguir adelante. Alguien, quizá, consumido por los celos de mis

progresos; no, no lo sé, no lo sé, por qué se ha producido este horror o qué puede salir de él.

En este momento, mistress Zinn, con el rostro sonrojado y los ojos enrojecidos, en cuyas profundidades brillaba cierta medida de cólera además de pena maternal, se atrevió a decir:

—Míster Zinn, ninguna de nosotras sabe qué saldrá de este horror, ni cómo se produjo exactamente, pero creo que sabemos por qué ocurrió, en realidad. —Se interrumpió entonces, pues era rolliza y fácilmente se quedaba sin aliento, antes de proseguir, con la misma voz firme—: Solo quiero decir que la tragedia se podría haber evitado, no, se habría evitado, si tú te hubieras quedado con tu familia, con el fin de protegernos, de acuerdo con tu deber.

No me atrevo a decir cómo respondió el angustiado John Quincy Zinn a esta grave acusación, y con qué diversa sorpresa la oyeron sus hijas, pues el tema es doloroso y ni siquiera el paso del tiempo puede aliviarlo. ¡Infelices mortales! ¡Infeliz Deirdre! Es una señal de aquella ironía cósmica de la que hablaba antes, en otro contexto, el que la inocente muchacha fuera transportada en el globo de seda por un cielo otoñal tan sereno, tan paradisíaco y de un azul tan sobrio como aquellas elegantes tazas de Limoges, pertenecientes a la mansión Kiddemaster, que la abuela Sarah había pintado con tan escrupuloso arte en su infancia, mucho tiempo atrás.

II
EL APASIONADO GALANTEO

10

Ninguna de las hijas de los Zinn sabía —aunque la astuta Constance Philippa lo sospechaba— que sus padres habían sido en otro tiempo jóvenes amantes, y que Prudence Zinn, de soltera Prudence Kiddemaster, había sucumbido en su juventud a los estragos de un éxtasis culpable del que, para su vergüenza y confusión, nunca iba a verse completamente libre.

Esta franca y abierta miss Kiddemaster, ayudante de la directora de la Escuela Cobbett para Señoritas a la edad de veintinueve años, no era ninguna poeta, no jugaba con las palabras y los sentimientos disolutos, y, sin embargo, bajo la influencia de su tempestuosa pasión por John Quincy Zinn recitaba en voz baja ciertos versos de la exuberante «Canción de la dríade», de Margaret Fuller, como si fueran una plegaria secreta, una docena de veces al día:

¡Soy inmortal! ¡Lo sé! ¡Lo percibo!
¡La esperanza llena mi corazón de deleite!
Veloz en el aire, delirante de vida, aturdida,
me elevo: la fe es visión, la vida es sentimiento,
¡la esperanza es el lucero de la noche!

Ven, montemos en las alas del alba
por el simple placer de volar.
Locos de anhelo, ya elevándonos, ya deteniéndonos,
nos fundiremos como el día y la aurora, meciéndonos,
penderemos como una nube en la luz.
¡Soy inmortal! ¡Lo sé! ¡Lo percibo!
¡El amor me infunde coraje, el amor es fuerza!

Pero solo lo hacía si se hallaba a solas, fuera del alcance del oído

de sus jóvenes pupilas o de sus padres.

«¿Puede ser verdaderamente —se preguntaba Prudence Kiddemaster en su diario, escrito en secreto a la luz de una vela, febrilmente, en las aburridas horas de la noche cuando toda la casa dormía—, puede ser verdaderamente que yo, que he hecho mi juramento como hija de Atenea, que he rechazado a tantos pretendientes con esperanzas; yo, Prudence Kiddemaster, hija también de Artemisa, en la que el amor a la independencia es alimentado con tanto orgullo como en cualquier hombre; yo, durante casi treinta años doncella en espíritu, así como en la carne, haya sucumbido a ese vértigo tan aborrecido en las jóvenes mujeres que conozco, es decir, me haya enamorado?»

Se interrumpió, sin aliento, sintiendo que el corazón le latía fuertemente en el pecho, y, mientras un mechón de pelo se liberaba de su confinamiento en su gorro de dormir blanco, siguió escribiendo: «¿Y me haya enamorado contra toda esperanza?».

Transcurrieron unos tumultuosos minutos y, tal vez, la inquieta joven dama se preguntó si debía destruir la página culpable que tenía ante sí o permitirle perdurar, y siguió con su asombrosa protesta. El lector puede imaginar bien cuán destrozado estaba su corazón obstinado de doncella, pues esta hija de la gran casa de Kiddemaster se enorgullecía de ser muy diferente de sus numerosas primas, que no pensaban en nada más que bailes, modas, compromisos y bodas. En realidad, Prudence casi no se consideraba «chica», tan inmersa estaba en actividades diversas de naturaleza intelectual: se había graduado con honores en la Escuela Cobbett y en la Academia de Filadelfia para Señoritas y, en la época de su encuentro fortuito con el joven míster Zinn, el 20 de octubre de 1853, era una de las profesoras de más éxito en la Filadelfia de su época.

«John Quincy Zinn», escribió con mano temblorosa. Y luego, para su propia mortificación y, me veo obligado a decir, para mi considerable sorpresa, añadió: «John Quincy Zinn: TENDRÉ HIJOS CON ÉL O CON NADIE».

Lector, imagine que el tiempo ha ido hacia atrás, aproximadamente un cuarto de siglo antes del desdichado día de septiembre en el que ha empezado nuestra narración: la infeliz Deirdre aún no ha sido raptada, las hermanas Zinn aún no han nacido y, en realidad, sus padres aún no se han conocido.

Ocurrió que, entre todos los habitantes de Filadelfia de la época verdaderamente avanzados, que constituían un círculo de educadores, pensadores, poetas, los jóvenes y más rebeldes miembros del clero y ciertas mujeres independientes, de nadie se hablaba y se discutía con

más vehemencia que de un joven prodigio de veintiséis años llamado John Quincy Zinn. (En realidad, más de una reunión del famoso Club Arcadia, al que Prudence pertenecía, se había dedicado a considerar las ideas educativas de míster Zinn, ¡y muchas fueron las pasiones despertadas!) Este joven maestro de escuela y filósofo, que había llegado procedente de una comunidad rural conocida como Mouth-of-Lebanon, junto al río Brandywine, era calificado de «príncipe bárbaro», «genio nativo americano», «revolucionario del espíritu» y «nuestro Rousseau» entre otros lisonjeros epítetos. ¡Ah!, ¿y no era guapo?

Había triunfado de esta manera: como maestro de una escuela primaria rural, se había visto obligado a presentar un informe al supervisor de Educación Pública de la Comunidad de Pensilvania; este estimable personaje era, en esa época, nada menos que el reverendo Horace Potter Bayard, el padrino de Prudence, franco oponente a todo lo que fuera viejo, hosco y conservador en teoría educativa. (Dado que aquellos años de valiente lucha son objeto de documentación histórica, resulta innecesario señalar que el puesto de Bayard en la Asociación de Pensilvania para la Reforma de las Escuelas Públicas había sido motivo de una considerable controversia y muchos insultos en la prensa, producto de la ignorancia.) Imagine el lector la incrédula alegría de míster Bayard al encontrar con un manuscrito de lo más asombroso escrito por un desconocido, un informe titulado «De la boca de los niños: diario de un profesor», de más de cincuenta páginas y redactado con notable inteligencia.

—Esta es la persona que hemos esperado durante tanto tiempo —anunció tembloroso míster Bayard—, y no creo que sea accidental el que no venga de la academia, ni de Nueva Inglaterra, sino de las bucólicas colinas de nuestro propio estado, destinado, espero, a ser profeta en su propia tierra.

Así sucedió, con rapidez casi milagrosa, que el muy amado maestro de una simple escuela primaria fue invitado —no, convocado— a ir a Filadelfia, para aceptar un puesto en la Asociación para la Reforma (con lo que John Quincy Zinn se convirtió en su miembro más joven), y otro de profesor en una de las mejores escuelas primarias, y para dar una serie de conferencias por suscripción en la iglesia de Cobbett Square sobre «cualquier tema referente al progreso». (Estas seis veladas se llenaron por completo y asistieron a ellas todas las personas importantes de la ciudad. Mistress Retta Bayard, la madrina de Prudence, una de las damas viudas más generosas de su época, admitió que el joven Zinn podía ser el equivalente en Filadelfia de Ralph Waldo Emerson: «Una hora escasa en presencia de ese intelecto

me impulsa a… ¡ah, no sé!, a salir precipitadamente y cambiar el mundo».)

Naturalmente, había individuos que asistían a las conferencias de míster Zinn con la estudiada intención de criticarlo e incluso ridiculizarlo: educadores rivales y oponentes a la Asociación para la Reforma de míster Bayard, y el clero más conservador, y periodistas de integridad dudosa, entre otros varios. Pero, en muchos casos, aun estas personas se marcharon impresionadas por John Quincy Zinn, y algunos que fueron para burlarse se deshicieron en alabanzas. Pues fue una década valiente y tumultuosa de nuestra historia, y hasta los que poseían una imaginación limitada comprendían que era inminente un cambio de todo tipo.

El *Inquirer* de Filadelfia dedicó cuatro columnas al prodigio, que fue saludado como «genio nato de Pensilvania» y «el espíritu andante del trascendentalismo». Su adopción de las causas radicales más nuevas —no solo la reforma de la educación sino el abolicionismo (de la variedad pacifista), el sufragio universal, la sabiduría oriental, el idealismo alemán, el vegetarianismo, la abstinencia del alcohol y la Nueva Ciencia— iba de la mano, decía el *Inquirer*, de una viril fortaleza y un destacado valor, que no siempre se encontraban en los conferenciantes de su clase y raramente en los filósofos. El director de la Academia Brownrrigg (ahora librepensadora, pero antiguamente escuela episcopal) habló de John Quincy Zinn diciendo que era más interesante y, tal vez, aún más valioso para los educadores estadounidenses que Pestalozzi y Rousseau (cuyas ideas de la reforma de la educación estaban en esa época en boca de todos en los círculos intelectuales). Tan impresionado estaba el doctor Brownrrigg con el maestro de escuela de veintiséis años que en público le ofreció un puesto en la prestigiosa academia, con un sueldo respetable (que se calculaba era el triple de lo que el joven cobraba en Mouth-of-Lebanon), y le asignó una clase experimental de chicos y chicas excepcionalmente dotados, hijos e hijas, en casi todos los casos, de ciudadanos distinguidos de Filadelfia en los que la riqueza había sido iluminada por la imaginación.

Se difundió por la ciudad que el Club Arcadia, que gozaba de fama de ser muy selectivo, podía empujar al joven Zinn a ingresar eximiéndolo de las cuotas, un privilegio asombroso que le fue concedido por el voto unánime de todos los miembros. (Aunque Prudence se abstuvo, pues no deseaba formar parte de la estampida común.) El presidente del club, el doctor William Everett Tremblay, educador, editor y filántropo, declaró con osadía que la misión enunciada por míster Zinn («una militancia inspirada y práctica a la

vez para transformar la civilización estadounidense») era tan revolucionaria como el glorioso levantamiento contra la tiranía de los años 1770.

—Vacilo en hacer declaraciones y, por temperamento, evito el exceso de simplicidad de nuestros hermanos periodistas —dijo el doctor Tremblay—. Sin embargo, no me parece exagerado afirmar que John Quincy Zinn puede ser tan importante para el movimiento como lo fue el general George Washington para la Revolución.

Y, como he insinuado, ¡qué atractivo era el joven, tanto de semblante como por su varonil físico!, un factor que puede o no que fuera distinguido por los caballeros, pero sin duda lo fue por las damas.

Fue una fresca tarde de otoño de 1853 cuando miss Prudence Kiddemaster, que disfrutaba, debo decir, de una fama formidable, incluso entre los miembros del Club Arcadia, fue presentada a John Quincy Zinn y su corazón sufrió un golpe tan fuerte que su vida se vio alterada para siempre.

Mas ¿cómo iluminar los contornos del romance, los recovecos secretos, los caminos laberínticos, tan desdeñados por los que no los comprenden pero tan apreciados por los iniciados? De haber sido ella una simple muñeca, mía criatura de sentimientos frívolos y ligeros, o incluso una colegiala o un miembro de las clases más vulgares, uno podría sentir más lástima que compasión por el hecho de que Prudence sucumbiera; pero ella era miss Prudence Kiddemaster, maestra de cierta fama y una joven dama muy abierta, y garabateó así en su diario secreto, no podemos adivinar con qué vergüenza y angustia: «Han hecho diana en mi corazón. Estoy transformada, no sé cómo ni por qué ni dónde. Prudence, ¿eres tú? ¿O ya no existe Prudence? Ay, ni siquiera puede ofenderme el secreto objeto de mi emoción: sondeo mi atormentado corazón pero no encuentro amargura, ni pena, ni obstinación, solo temor reverente… y temor reverente… y más TEMOR REVERENTE».

Prudence Kiddemaster había oído varias conferencias de míster Emerson en la iglesia de Cobbett Square; había comido en su presencia y, sin duda, había sorprendido a aquel digno caballero con el amplio alcance de sus lecturas y la pasión de su entusiasmo. (Conocía las teorías de Rousseau, Godwin, Owen, Fourier y otros muchos, y no tuvo escrúpulos en discutir con el célebre trascendentalista, que la sorprendió, como tuvo ocasión de decir, por su seriedad y su facilidad para expresarse, aunque quizá era un poco

demasiado abstracto, para su intuición femenina.) No había nada de recatada timidez en Prudence, pues igualaba en ingenio, tanto a la mesa del comedor como en el salón, a ciertos cultos caballeros; tampoco la afectaban los cumplidos o las galanterías, y ni siquiera el rumor que corría entre susurros de que Emerson había expresado admiración por ella. Así, no le intimidó en lo más mínimo conocer a John Quincy Zinn, quien era, además, varios años más joven que ella.

Sin embargo, ¡qué impacto tan imprevisto tuvo aquel encuentro!, ¡con qué violencia golpeó el orgullo de nuestra joven mujer y la estabilidad de su ser!

Pues fueron presentados, y se estrecharon la mano y, al cabo de un instante, la pobre Prudence sucumbió —ella no sabía a qué, ¡fue tan repentino!— de un modo sin precedentes en su vida virginal.

—Me alegro de conocerla, miss Kiddemaster —dijo el joven, en un tímido murmullo.

Y Prudence hizo todo lo posible para dominar la agitación de su sangre y hablar con su voz firme habitual al responder:

—Yo me alegro de conocerlo a usted, míster Zinn.

Este histórico encuentro se produjo en el sombrío y digno estudio de míster Bayard, de paredes revestidas de libros, con las estanterías de caoba barnizada que llegaban hasta el techo, majestuosas, y una chimenea redondeada en la que un criado estaba avivando un buen fuego de leña de abedul para combatir la invasión del fresco del anochecer. Cuando conoció al joven caballero que sería su destino, miss Kiddemaster lucía una bella capa de lana y franela, y un sombrero con plumas grande y muy llamativo en su noble cabeza; su voz era firme y su porte decidido, y sonreía. Y al instante fue presa de una recatada ansiedad por si él adivinaba la violencia de sus sentimientos y suponía que era una fatua «muchacha de sociedad» como otras muchas.

Así que le dirigió algunas preguntas difíciles, relativas a sus inclinaciones utópicas y a cierta tendencia emersoniana que había en él que le parecía vulnerable, y fue un placer para ella ver sonrojarse a aquel hombre, y balbucear, ¡y no lograr responder con mucha firmeza!

(Prudence también había hecho descomponer el semblante de John Quincy Zinn al estrecharle la mano, pues en aquella época las personas de distinto sexo no se tocaban innecesariamente; cuando un caballero era presentado a una dama, se limitaba a hacer una leve inclinación de cabeza, con profundo respeto; y una dama mantenía entrelazadas las manos enguantadas, o se entretenía adrede con un abanico, costumbre que creo ha sido imprudente abandonar.)

Al ver la tímida respuesta de míster Zinn, uno de los miembros del

círculo del Club Arcadia reprendió a Prudence por haber sido un poco brusca con el joven, que, al fin y al cabo, acababa de llegar a Filadelfia, a lo que Prudence respondió alegremente que «los trascendentalistas enseñan que todos somos recién llegados a esta tierra y que cada uno debe defenderse solo».

—Tiene razón, miss Kiddemaster —murmuró John Quincy, enrojeciendo aún más, lo que hizo destacar una marca de nacimiento que tenía en la sien—, y ha sido una corrección muy necesaria a la frívola sociabilidad con la que últimamente he sido recibido.

11

Aquel otoño e invierno, el prodigioso John Quincy Zinn fue invitado con frecuencia a los hogares de los miembros del Club Arcadia, y corrió cierto peligro de cambiar (eso temía Prudence) debido a las numerosas invitaciones que recibía para ir a casa de personas menos interesadas por el saber que por la moda social. Y, ¡ay!, pronto fue evidente, al menos para el ojo aguzado de Prudence, que el iluso joven genio estaba siendo perseguido por muchas matronas de la sociedad que tenían una hija casadera.

Prudence no confiaba en ninguna persona viva, pero se sinceraba cada noche a su diario, donde su corazón turbulento se permitía cierto alivio contra la angustia de su impropia pasión. «No hay ningún hombre como míster Zinn —escribió—, erguido como una alta vela ardiendo, humilde aunque orgulloso, abierto aunque reservado, tímido porque se le presta mucha atención y sin embargo no envuelto por una desagradable falsa modestia. Y, ¡ah!, se ha fijado en mí; ha sido incapaz de disimular su forzosa admiración por mi valor al interrogarlo.»

A esta joven dama afligida le molestaba que John Quincy Zinn pareciera tomarla a ella tan en serio como a la hija mayor (y soltera) del doctor Brownrrigg, llamada Parthenope, proclamada en los círculos literarios como la «Margaret Fuller de Filadelfia», apelación que a Prudence le parecía grotescamente inmerecida y desproporcionada para las habilidades poéticas de miss Brownrrigg. (Y cuánto le fastidió que, en su presencia, la afectada Parthenope insistiera en que míster Zinn aceptara su libro de versos *Hypatia's Summons*, encuadernado en papel vitela, una clase de poesía repugnante, a juicio de Prudence.) El hecho de que Prudence y Parthenope hubieran sido compañeras de colegio, unos años atrás, y nunca se hubieran gustado hacía la situación aún más desagradable

para Prudence.

Y la viuda mistress Ferris ¿no estaba insinuando a su Evangeline, una rival un poco más alarmante que Parthenope, pues era más joven y considerablemente más bonita?

Sin embargo, Prudence se sentía frustrada por tener que morderse la lengua, pues hablar de estos asuntos con míster Zinn, para tratar de advertirle, sería revelarle la dirección de su propio corazón.

John Quincy Zinn —murmuraba interiormente, sin importarle sobrepasar los límites de la modestia natural—, tendré hijos con él o con nadie.

Aunque Filadelfia le abrió las puertas a John Quincy Zinn, y tanto los Bayard como los Kiddemaster le ofrecieron el uso de *suites* privadas en sus respectivas casas, el joven de mentalidad independiente no aceptó, sino que insistió en seguir en una espartana habitación en una pensión de la ciudad, frecuentada por trabajadores, estudiantes, caballeros retirados y personas de antecedentes indeterminados. Se mantuvo firme en su afirmación de que no le importaba —no, en realidad le gustaba mucho— su paseo diario de unos veinticinco kilómetros para ir y volver de la Academia Brownrrigg, a través de barrios claramente peligrosos, hiciera el tiempo que hiciera.

Veinticinco kilómetros, treinta kilómetros, cuarenta kilómetros: estas distancias no eran nada para el joven de cuerpo robusto, que alegremente declaraba que nada le gustaba más que una meditación acompañada de una marcha a paso rápido, en lugar de los servicios eclesiásticos del domingo, y como anticipación a una comida ceremonial exagerada en un hogar u otro de Filadelfia a mediodía. (No causará sorpresa saber que míster Zinn era tan buscado por la sociedad, que a menudo tenía que rechazar invitaciones, declarando tener necesidad de trabajar y «los nervios exhaustos», pues, al fin y al cabo, el sencillo ambiente rural en el que había crecido le había proporcionado poca práctica en los intercambios sociales. ¡En verdad, el pobre hombre expresaba, riéndose, el temor de que la exuberante caridad de las familias de Filadelfia agotara su «espíritu»!)

—Seguro que no hay nadie como ustedes en todo el mundo —declaró John Quincy Zinn a Prudence, sonrojado—. Quiero decir usted y su familia, y el reputado círculo del que usted forma parte. ¡Tanta generosidad, tanto apoyo, tan ilimitada hospitalidad! Ahora veo que las dos primeras décadas, y más, de mi vida las pasé en una especie de exilio, en las remotas colinas sobre el Brandywine. Pero supongo que me compadecerá usted, miss Kiddemaster, pues soy muy lento en

adaptarme a este nuevo ritmo de vida.

«¡Qué llamativa es su presencia! —confió Prudence a su diario en la nocturna intimidad de su dormitorio—. Su cabeza alta, orgullosa, anuncia una aristocracia natural, nacida de la naturaleza y no de la costumbre; su pelo rubio, tan espeso y ondulado; su barba rubia y abundante. (¿Y no relucen en ella unos pocos cabellos plateados, que le dan un aspecto noble?) Sus dientes quizá carecen de una blancura perfecta, pero parecen grandes y fuertes, atractivos en su irregularidad, y proclaman, de hecho, una especie de ruda salud animal. Cuando habla su voz es de lo más inusual, y admiradores y detractores han comentado por igual que posee la grave ceremoniosidad de un clérigo, de la clase predicadora; sin embargo, creo que en eso radica su poder y no hay que burlarse de ello. La marca de nacimiento que tiene en la sien, en forma de una daga muy pequeña (¡si uno cede a la fantasía!; por supuesto, la marca no tiene más de dos centímetros de longitud, o menos, y no representa verdaderamente ningún objeto), en realidad es una intensificación de la rojez natural de su piel, y si bien al principio me llamó la atención como algo que lo desfiguraba, ahora no me sorprende en absoluto y me parece una característica agradable.» Se interrumpió para permitir que su tumultuoso corazón se calmara, y hundió la pluma en la tinta, preguntándose si debería anotar en su diario alguna queja de las inclinaciones de míster Zinn en cuanto a la vestimenta, pues su levita de tono oscuro, de edad y moda indeterminadas, y su peculiar sombrero (que tenía la forma de una campana un poco deformada), y su camisa limpia pero mal planchada, y sus botas «de granjero» ajadas —¡y, lo más irritante, su corbata de satén negro, tan ridiculamente «formal» y tan grasienta!— restaban algo de encanto al aspecto saludable de su alta y musculosa figura. Prudence se interrumpió, respiró pesadamente y escribió: «El hecho de que John Quincy Zinn desprecie con orgullo las exigencias de la moda creo que habla completamente en su favor».

Pero ¿cuándo se declararía?

¿Cuándo pediría, balbuceante (Prudence lo imaginaba ruborizado e inseguro), una entrevista privada con el juez Kiddemaster? Pues transcurrían los meses y las estaciones y, aunque Prudence Kiddemaster y John Quincy Zinn se hallaban con mucha frecuencia en compañía el uno del otro, y muchos suponían que en verdad existía alguna clase de cortejo, y lo que sentían el uno por el otro aumentaba de día en día en ambos, pues habían superado la simple estima y

avanzaban hacia la pura pasión, míster Zinn no hablaba.

La infeliz Prudence dormía muy mal y sufría una disminución del apetito tan visible que toda la familia lo advirtió, y tía Edwina en particular hizo comentarios. «Si dudo de John Quincy —pensó Prudence— debo dudar de mí misma; no, de la integridad del universo revelado.»

Estaban juntos más de media docena de veces a la semana, según calculaba Prudence. A menudo paseaban juntos, sin acompañante, por Burlingame Street y Frothingham Square, y hasta por Cobbett Park, y en varias ocasiones asistieron al teatro, e incluso a la ópera. (Estos acontecimientos eran completamente nuevos para míster Zinn, y en realidad deslumbraban sus ojos rústicos, aunque no podía evitar, como decía, calcular el coste de tan lujoso entretenimiento y el innecesario gasto de tiempo por parte del público.) En las veladas del Club Arcadia discutían acaloradamente, y reían amigablemente, y sin duda los demás observaban qué buena pareja hacían, pues ambos tenían una altura poco corriente para sus respectivos sexos y, por supuesto, eran de excepcional inteligencia. «Sin embargo él no habla —escribió Prudence, desdichada—, aunque está claro que me tiene en gran estima, y tal vez me ama. Dice muchísimo (¡y de manera tan elocuente!) y no obstante… no habla.»

¡Ah, aquella época! ¡Aquella turbulenta época! Abolicionistas de todos los matices: algunos refinados, corteses y de buena familia; otros casi fanáticos, en sus rabias asesinas contra el Sur esclavista. Reformadores de la sociedad y mujeres sufragistas (que poseían una vehemencia nada natural y tan poca modestia que poco bien hacían a la causa, y sin duda merecían los insultos que les llovían), y oradores del tipo «Adelante», que predicaban que la nación no debía preocuparse por la esclavitud, «tanto si se vota a favor como en contra», sino que debía seguir expandiéndose por el hemisferio occidental. La causa de la soberanía popular y la causa de la abstinencia del alcohol, y el carismático John Quincy Zinn dando conferencias en el liceo o en la iglesia de Cobbett Square (su serie inicial había sido un éxito tan grande que fue convocado para una segunda temporada), sobre la necesidad de la reforma radical del espíritu en Estados Unidos, reforma o revolución que daría paso a innumerables pequeñas transformaciones que elevarían nuestra civilización a la altura para la que estaba predestinada.

—Lo que percibimos como mal no es sino desorden —instruía John Quincy Zinn a su atento público—, y lo que nuestros ojos perciben

como desorden no es sino orden captado de forma confusa.

El público del liceo, como era educado y de mentalidad literaria y filosófica, quedó muy conmovido por la afirmación del joven maestro de escuela de que sus hijos, que poseían un alma prístina, ya conocían todas las verdades fundamentales, de modo que sus maestros, con toda humildad y empleando el nuevo método socrático, no eran sino hábiles instrumentos que las hacían aflorar. A menudo reiteraba su atrevida declaración, incluida en su informe «De la boca de los niños», que decía: «El niño sabe lo que el profesor debe recuperar». Así pues, el antiguo estilo de enseñar a base de repetición debía ser abolido, así como todos los antiguos libros de texto, repletos de datos, muertos y carentes de espíritu, y todos los maestros que se aferraban a los antiguos métodos y no amaban verdaderamente a sus pupilos ni a la sabiduría misma.

Los alumnos de la clase experimental que daba John Quincy Zinn en la Academia Brownrrigg no permanecían pasivamente sentados en sus asientos, sino que se movían libremente por el aula, y eran estimulados por su profesor a participar en diversas conversaciones y a formular un buen número de preguntas. Estudiaban poesía, no aprendiendo versos de memoria, sino escribiéndola; se disciplinaban en el exigente arte de la percepción dibujando (con resultados muy cómicos, pero sin duda instructivos); se los animaba a inventar nuevas palabras y nuevas maneras de escribir antiguas palabras, pues nuestra gran lengua inglesa, como enseñaba John Quincy, es en sí misma una máquina enorme, un gran invento, en el que todos debemos participar. Aprendían geografía aplicándose al trazado de mapas, y anatomía estudiando el esqueleto de animales reales. Como míster Zinn creía firmemente en el trabajo manual y la destreza, era necesario que sus jóvenes pupilos —las muchachas igual que los chicos— aprendieran el uso de martillos, sierras, limas y planos, y otros instrumentos sencillos, despreciados por las clases refinadas. Individualmente o en pequeños equipos, estos niños asombrosos trabajaban en sus propias máquinas y experimentaban con pesos y medidas, poleas, ruedas, agua, fuego, cambios rápidos de temperatura, luz del sol directa e indirecta y la capacidad de flotación relativa de plumas, piedras, bloques de madera, hierba, nieve y clavos. Diseñaban dirigibles, submarinos, lugares de residencia ideales y ciudades modelo. Pues la invención, enseñaba míster Zinn, es el núcleo del universo y el secreto especial de nuestra gran nación, aunque aún es poco comprendida por el resto del mundo.

Míster Zinn tenía una ardiente fe en que todos los estadounidenses debían desear participar, en la medida de su capacidad, en la

invención de la más notable civilización que jamás iba a aparecer en la tierra; o, mejor dicho: ¿no somos la civilización para la que fue creada la tierra? «Nuestros Estados Unidos no tienen nada que ver con lo viejo, sino solo con lo nuevo —afirmaba con vehemencia John Quincy—, pues, como ha dicho Thoreau: "La eternidad culmina en el momento presente". Nosotros somos un Nuevo Mundo, de preguntas y búsqueda, de visiones, improvisaciones y atrevidos experimentos; en resumen, de una invención viva. Si me declaro ciudadano estadounidense, ¿no soy también inventor?, pues es nuestro destino colectivo y debe ser la voluntad de Dios.»

Así eran el sabor y el contenido general de las alocuciones públicas del joven, que seguía siendo recibido con grandes aplausos y respetuosas notas en la mayoría de periódicos, y un entusiasmo de aspectos tan diversos que no era de sorprender que los hijos de estadounidenses tan ilustres como el comodoro Matthew Perry y Horace Greeley y Edwin Booth ingresaran en la Academia Brownrrigg para ser alumnos, por un tiempo, del radical joven maestro.

«Pero ¿por qué no habla? —se preguntaba la joven—. Ay, ¿no hablará?»

12

¡Cuán atónitas se quedarían las jóvenes hermanas Zinn si supieran que su amada madre —ahora tan robusta y tan gravemente práctica en su experiencia como ama de casa— en otro tiempo había sido una joven lánguida, llorosa y obsesionada, y que la mistress Zinn de rostro serio (que infundía mucho respeto y no poco temor en la Casa Octogonal) había sido una trémula miss Kiddemaster, abrumada, para su vergüenza, por amargos pensamientos dirigidos contra sus rivales!

Pues no solo estaban miss Parthenope Violette Brownrrigg y miss Evangeline Ferris, sino también la bonita hija del vicealmirante Triem, Rachel, y miss Honora LeBeau, y una o dos más que se mencionaban comúnmente como buenos partidos para John Quincy Zinn. ¿Viviré? —se preguntaba Prudence ante la imagen hinchada y humillada que le devolvía el espejo—. No, ¿puedo vivir? Porque, si elige a otra, la vergüenza se adueñará de mí.

En la ciudad volaban los rumores, empujados por el viento invernal y amontonados con la nieve recién caída; y ni siquiera si acudía un fin de semana a la finca rural de la familia en Bloodsmoor podía escapar la triste y afligida miss Kiddemaster a ciertas crueles murmuraciones, algunas de las cuales, lamento decir, llegaban a sus oídos de boca de sus propias primas, con la excusa de la caridad. La estrategia de los Brownrrigg para el joven soltero incluyó una ceremoniosa cena a la que fue invitado un baronet inglés que poseía cierto inteligente interés por la «ciencia estadounidense»; los Mignon Barfield (que eran los padres de la madre viuda de Evangeline Ferris) abrieron su fabuloso comedor, en la austera mansión Barfield, para honrar a John Quincy Zinn, que no podía saber, pensaba Prudence con cierta maliciosa gratificación, cuán raras eran las cenas de los Barfield y cuánto habría valorado toda la sociedad de Filadelfia una invitación.

Los Triem dieron una cena más numerosa y menos formal en la que (eso dijeron a Prudence) John Quincy había dejado atónitos a los presentes al hablar de las importantes diferencias de su empleo en la Academia Brownrrigg y su empleo en Mouth-of-Lebanon, pues, como el joven relató riendo, en su escuela rural no solo lo obligaban a cortar leña y alimentar la estufa, sino que tenía que hacer de carpintero, de hombre para todo y de vigilante de los retretes, los cuales, como explicó, exigían una gran cantidad de ingenio para evitar que apestaran.

La pobre Prudence fue espectadora involuntaria de la representación de miss Honora LeBeau en interés de míster Zinn, así como del grado de éxito de esa representación, pues los LeBeau evidentemente no la consideraban una rival y la invitaron, a ella y a su familia, a la suntuosa recepción que cada año señalaba la exposición de primavera en la Academia de Bellas Artes, ya que el padre de miss LeBeau era el director de la Academia y estimado pintor de retratos por derecho propio. ¡Ah, cuánto hirió a Prudence presenciar a su amado conversando con la esbelta Honora, de piel como el marfil!, ataviada aquella bella joven, para la ocasión, con un nuevo vestido de Worth, de cintura asombrosamente estrecha (no más de cuarenta y cinco centímetros, calculó la desdichada Prudence, mientras que su propia cintura no paraba de crecer en las últimas semanas y cada vez era menos flexible bajo el corsé), un volante de batista alrededor de la garganta con las famosas esmeraldas de mistress LeBeau repartidas por toda su persona, y una sonrisa tan serena y deslumbrante que a Prudence no le asombró el absorto interés que demostraba John Quincy.

(Mas tan temeraria se había vuelto Prudence que hizo caso omiso de su madre y, sola, se acercó a la sonriente pareja para oír su conversación. Y qué absurda conversación era, ¡qué transparente y qué vergonzosa! Pues, al parecer, Honora había logrado enzarzar a míster Zinn en una discusión sobre las ascensiones en globo, en Francia, en particular la de la locomotora aerostática ideada por monsieur Petin, que había llamado la atención de la prensa y de la propia miss LeBeau, que había sido asombrada pasajera. Prudence se sintió enferma al observar que John Quincy, sin distinguir el motivo básico que se escondía tras la conversación de la joven dama, escuchaba con arrebato y aduladora atención y expresaba un gran interés pueril por el notable invento de monsieur Petin, que consistía en tres globos de «venza» —¡hechos con intestino de buey!—, de generosas proporciones, con hélices impulsadas por vapor y ruedas con hojas articuladas, nada de todo lo cual significaba gran cosa para

Prudence, pero sí al parecer para John Quincy Zinn. Pues aquel joven reunió valor suficiente para decir que consideraría un viaje bien empleado ir hasta Francia para vivir semejante experiencia, aunque, en general, no tenía ningún interés por los climas extraños y no podía imaginarse a sí mismo siquiera abandonando sus costas nativas. Con lo cual la coqueta Honora observó, abanicándose con gesto hábil, que como su padre era «conocido íntimo» de monsieur Petin no sería ningún problema disponer un viaje en la locomotora aérea para míster Zinn. ¡Y todo esto sucedió sin que John Quincy se diera cuenta de que estaba siendo osadamente manipulado! Mejor dicho, pensó la sonrojada Prudence —y, para su vergüenza, debo dejar constancia de ello—, de que estaba siendo seducido. ¡Oh, lector, puede usted bien imaginar, y lamentar, la noche insomne que padeció la pobre Prudence después de esta ignominiosa ocasión!)

Unos cinco años atrás, el disoluto hombre de letras Edgar Allan Poe había sido hallado inconsciente en una calle de Baltimore, un frío y gris otoño, y había muerto a la edad de cuarenta años. Así, a pesar de las vociferantes protestas de varios miembros de más edad del Club Arcadia, se programó un tardío homenaje a este «genio» poético, en el que John Quincy Zinn se ofreció voluntariamente a participar.

—Es una lástima, y un escándalo —exclamó con vehemencia miss Parthenope Brownrrigg, con impropia contundencia en la voz—, que un talento poético tan raro, tan extraño y tan único no haya sido valorado debidamente en Filadelfia.

Aunque Poe había residido en la ciudad durante unos años y había editado *Graham's Magazine*, al parecer nadie entre los miembros del Club Arcadia lo había conocido, pues no se había movido en la mejor sociedad. Existía el punto desagradable de la enemistad con Longfellow, y una serie de inquietantes rumores: el hombre era poco caballeroso, morboso y alcohólico, y a menudo llevaba la camisa sucia y el pelo mal arreglado.

Sin embargo, los miembros más jóvenes del club aducían: ¿No era un genio nato? Ah, ¡y piensen en su espantosa muerte!, provocada, tal vez, por el mundo materialista e insensible que despreciaba la poesía.

Incluso el doctor Tremblay, aunque desaprobaba al hombre en sí mismo, y dudaba del valor del conjunto de su obra para la posteridad, reconocía el talento de «Ulalume», «A Elena», «El cuervo» y uno o dos poemas más. John Quincy era, según se reveló, la única persona presente en la reunión que había leído enteras *Las aventuras de A. Gordon Pym* y la notable *Eureka*, y sorprendió a los otros miembros

afirmando que, en su opinión, algún día los científicos del futuro demostrarían que algunas teorías científicas de Poe eran razonables. Sonrojándose de un modo encantador, míster Zinn admitió que, si tuviera suficiente libertad, la cual solo podría adquirir si gozara de independencia económica, él mismo intentaría comprobar las teorías de Poe.

«Cada ley de la naturaleza depende en todos los puntos de todas las otras leyes.» A míster Zinn este teorema de Poe le parecía patente y una expresión de genio.

En la reunión varios de sus admiradores especiales recitaron partes de la obra trágica del poeta. (¡Qué oportuno que la tarde fuera triste, gris y oscura, y que las ventanas emplomadas de la sala de estar fueran azotadas por vientos hostiles!, de modo que Prudence, últimamente fatigada por las noches que pasaba sin dormir, y debido a una grave disminución de su gran apetito natural, sintió que el frío le penetraba hasta el tuétano y medio se preguntó, aunque conocía la respuesta, si el espectro de aquel hombre desgraciado no acechaba en la tierra y buscaba una especie de vulgar venganza, mirando furtivamente a sus superiores, en semejantes ocasiones mal guiadas.) Hacia el final de la larguísima velada, mientras John Quincy Zinn recitaba de un modo hipnotizante «El país de los sueños», le ocurrió a Prudence algo muy impropio: se empezó a sentir mareada y le pareció ver «chispas» en el aire, y se habría desplomado en la alfombra de no haber estado firmemente instalada en un mullido sofá turco con unos brazos de considerable tamaño.

Todos los sentidos le daban vueltas, mientras su amado recitaba el poema, con los ojos cerrados y meciendo su cuerpo de modo apenas perceptible de un lado al otro, siguiendo el ritmo extraño del verso:

Por un camino oscuro y solitario,
frecuentado solo por ángeles perversos,
donde un espectro cuyo nombre es Noche
en un negro trono reina erguido,
ha poco que a estas tierras he llegado
de una sombría y remota Thule,
de una región extraña y yerma que se halla, sublime,
fuera del espacio, fuera del tiempo.

Al oír esto, el corazón de doncella de la pobre Prudence empezó a latir más deprisa y su respiración se hizo tan poco profunda que tuvo miedo de desmayarse, pues de pronto le faltaba el aire y el corsé le apretaba cruelmente, mientras las palabras hipnóticas del que sería su

esposo resonaban con fuerza:

En los grises bosques, en la ciénaga
donde el sapo y el tritón acampan,
en las lúgubres charcas y lagunas
donde moran los demonios,
en el más impío lugar,
en el más melancólico rincón,
allí encuentra el viajero, estremecido,
velados recuerdos del pasado…

Al oír esto Prudence tuvo la sensación de que perdía el conocimiento y se le escapó un suspiro apenas audible (que, por fortuna, nadie oyó, tan arrebatados estaban todos con la actuación de John Quincy Zinn). Se desvaneció ligeramente y tardó unos minutos en recuperarse, hasta que, al finalizar la declamación de su amado, los presentes empezaron a rebullir en las sillas y Prudence recobró las fuerzas y el conocimiento.

¡Ah, la infeliz doncella! La avergonzó tanto esta curiosa manifestación de su debilidad que no se molestó en contársela a su madre, pues creía (erróneamente, como veremos) que no volvería a ocurrirle nunca y que no habría ninguna revelación pública de su ilícito amor por el apuesto y joven míster Zinn.

13

Pero el caso es que los Kiddemaster eran muy conscientes de la obsesión de su hija por John Quincy Zinn y de su creciente turbulencia, tanto de humor como de genio; pero, por numerosas razones, vacilaban en hablarle abiertamente. (Incluso el juez Kiddemaster, cuya reputación en el tribunal había aumentado sobremanera en los últimos años, confesó que no le gustaba «revolver el avispero, es decir, el alma femenina».) Que su única hija se hubiera enamorado, después de tantos años de obstinada resistencia, les parecía algo notable, pues, dando muestras de gran estoicismo, ¿no se habían resignado a la soltería de su hija? (Me veo obligada a dejar constancia aquí de que no era completamente cierto que miss Prudence Kiddemaster hubiera rechazado a numerosos pretendientes, pero sin duda lo era el que, de haber sido más sociable la joven dama, algunos sin duda se habrían acercado a ella, pues la fortuna de los Kiddemaster no era en modo alguno modesta.)

Era notable, e irónica tal vez, la pasión que sentía Prudence, y, de no haber sido correspondida la alta estima que tenía por míster Zinn, muy posiblemente trágica. Así pues, la gente hablaba, y nadie sabía qué pensar. Porque, por un lado, míster Zinn era a todas luces un joven estimable, pero por el otro, si pedía la mano de Prudence, ¿sería tolerable semejante unión en Filadelfia?

Sobre este asunto, como el lector puede muy bien imaginar, existía mucha controversia entre la familia: las mujeres en general eran de una opinión (aunque llegaron a ella tras mucho reflexionar), y los hombres (de forma un tanto contundente), de otra. Pues veamos: los Kiddemaster y los Whitton (mistress Sarah Kiddemaster era una Whitton, de Baltimore) descendían de antiguas familias rurales inglesas, emparentadas por matrimonio con los Lambert de Sussex, los Ashbery-Fox de Warwickshire, los Chuzzlewit de Manchester, los

Gilpin de Rowbothan, los Bayard de Norwich y el duque de Saint Giddings. Un oficial Kiddemaster se había distinguido en el ejército de Cromwell; otro había luchado valientemente en Waterloo; otros habían alcanzado prestigio, a este lado del Atlántico, como consecuencia de un valor fuera de lo común y, sobre todo, por su diligencia en el campo. El célebre Erasmus Kiddemaster, por ejemplo, había dirigido las nobles fuerzas expedicionarias de los años 1660 contra el enemigo holandés por el río Bloodsmoor; este feroz caballero era temido por sus hombres tanto como por sus enemigos, a causa de la naturaleza severa e inflexible de su justicia.

Al joven de diecinueve años Randolph Kiddemaster, teniente del ejército continental, se le atribuía haber salvado la vida del general George Washington en una de las primeras escaramuzas de nuestra gloriosa Revolución; y John Branch Kiddemaster, figura controvertida hasta la actualidad, estaba tan bien instalado como presidente del Tribunal Supremo de Estados Unidos que, durante tres décadas después de la elección de Jefferson, siguió siéndolo, fuera quien fuera presidente, tan decididas eran las simpatías federalistas de este caballero y tan ingeniosa su astucia.

En décadas más recientes, los Kiddemaster habían adquirido una considerable riqueza, gracias a su propiedad de minas de hierro en la región de Chadds Ford, sus varios molinos papeleros (pues los Kiddemaster se habían casado con los Gilpin ya en 1790) y sus negocios de importación (principalmente el comercio con China) e inversiones diversas, demasiado complejas y variadas para enumerarlas aquí. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la conducta social de esta gran familia seguía el dictado de su sentido del decoro y su aborrecimiento de toda exhibición de riqueza material, por lo que jamás habrían consentido erigir ninguna casa con ese esplendor vulgar que pronto sería corriente en la Unión, a medida que transcurría nuestro turbulento siglo.

Godfrey Kiddemaster despreciaba claramente la política, como todos los caballeros cultos de su época, pero sabía que su solemne deber era servir a su país de alguna manera, y en consecuencia ingresó en la abogacía; allí, por méritos propios y por el afectuoso apoyo de algunos de sus parientes, ascendió con envidiable rapidez y durante algunos años fue presidente del Tribunal Supremo de la Comunidad de Pensilvania, cuando el joven míster Zinn lo conoció. Tampoco era imposible que el juez Kiddemaster pronto fuera llamado a Washington, si los Whigs —los liberales— no estuvieran en quiebra, los Free Soilers —los antiesclavistas— no fueran un grupo tan grosero y el futuro de la presidencia no fuera tan incierto.

De esta guisa hacían a diario diversas sabias observaciones a Prudence, como si fueran «accidentales», para que captara la moraleja de que los Kiddemaster no eran, en modo alguno, corrientes, hecho que la orgullosa joven dama bien sabía, pero en el que no pensaba demasiado en aquella época, pues el espectro de John Quincy Zinn siempre merodeaba cerca, en su inflamada imaginación.

Entiendo que soy una Kiddemaster, pensaba Prudence, mordiéndose el labio, pero ¿debo permanecer así para siempre?

Para su vergüenza, empezó a sucumbir a aquellos «hechizos» —mareos, mal genio, llanto, melancolía, «nervios agotados»— que tanto deploraba en las mujeres que conocía; tampoco oponía resistencia a las ayudas de tía Edwina, que le daba dosis de los remedios del doctor Fayer: píldoras para la dispepsia, Essence of Tyre, Woodbridge's Natura y Miss Emmeline's Remedy (esta última medicina era sumamente agradable al gusto, muy dulce, con una pronunciada base de naranja, y casi milagrosa para calmar el corazón afligido).

Durante algún tiempo, Dios se apiadó de la preocupada joven, y los peores rumores se acallaron.

Mas, ay, más tarde resurgieron.

Sin embargo, volvieron a calmarse y Prudence disfrutó de nuevo de la compañía de John Quincy, y, reuniendo todo su orgullo de Kiddemaster, se esforzó por hacer ver que no sabía lo que decían las malas lenguas.

—No me preocuparé por nada salvo por el momento presente —aconsejaba con prudencia a su corazón—, ni me dejaré llevar por las aflicciones provocadas por la simple emoción. Pues, como enseña míster Emerson: «Vivo ahora: soy un ojo transparente abierto a la naturaleza».

Así que John Quincy fue invitado a tomar el té, y a cenar, en el hogar de los Kiddemaster de Cobbett Square, y fueron juntos a una o más conferencias de los abolicionistas más calmados, y a las tardes de los martes en el Club Arcadia, y a la Academia de Arte de Filadelfia, para contemplar con especial deleite una exposición de acuarelas, sobre «Capullos otoñales». Asistieron a aquella noche de estreno de la producción de *Macbeth*, en el nuevo Varieties Theatre, en la que miss Charlotte Cushman realizó una actuación histórica (esto declararon las reseñas, en sus rapsódicas alabanzas), aunque Prudence creía que la actriz que interpretaba a lady Macbeth era un poco demasiado apasionada, y John Quincy expresó ciertas dudas filosóficas, no tanto relativas a las actuaciones en sí mismas como a la violencia general,

tristeza y falta de belleza de la gran tragedia misma.

—Puede ser —concedió el apuesto joven— que, en épocas menos ilustradas que la nuestra, y en regiones considerablemente diferentes de la nuestra, semejante espectáculo de la naturaleza humana no despertara escepticismo entre las personas inteligentes; pero aquí en Estados Unidos, en nuestra civilización más avanzada, creemos otra cosa respecto a la naturaleza humana.

El corazón de Prudence se hinchó tanto cuando, al lado de John Quincy, oyó estas palabras que permaneció muda y solo fue capaz de asentir. ¡Qué juiciosas eran sus opiniones, qué medidas sus palabras!, ¡y cuánto lo adoraba ella!

En este momento estratégico, miss Rachel Triem se hallaba al parecer de visita en casa de unos parientes en Richmond, donde iba a permanecer unas seis semanas o más; la belleza de tez como el marfil, miss Honora LeBeau, era cortejada de forma asidua por René Du Pont de Nemours (tío de Cheyney, que en esta época no era más que un niño de unos seis meses de edad); miss Evangeline Ferris, acompañada por su madre, había partido hacia Londres en un transatlántico; y la pobre Parthenope Brownrrigg, aunque absurdamente enamorada de John Quincy Zinn, intentaba disimular su inútil pasión ausentándose de las reuniones del Club Arcadia.

Míster Zinn últimamente se había declarado un poco agotado, como consecuencia de sus numerosas obligaciones sociales y de las dificultades que habían surgido en la Academia Brownrrigg. (Por lo visto, algunos padres insatisfechos se habían quejado a míster Brownrrigg de que el método socrático, aunque puro en sí mismo, parecía estar conduciendo a sus hijos a áreas notables del conocimiento, que no excluían las agnósticas y las biológicas. Y existía cierta preocupación por que las lecciones de anatomía, aunque realizadas con esqueletos de gorriones, comadrejas, gatos y pequeñas criaturas similares, podían no obstante sugerir, en la mente impresionable, los órganos privados más ordinarios del cuerpo humano.)

—No me importan lo más mínimo, míster Zinn, los rumores que corren sobre usted —declaró abiertamente Prudence—, pues conozco su grado de seriedad como educador, no solo porque he examinado con detenimiento su manuscrito, sino por nuestras numerosas discusiones en privado, y nadie, ni siquiera la estirada miss Brownrrigg, puede disuadirme de su elevada valía moral.

—Es usted muy amable, miss Kiddemaster —dijo el joven con aire

algo distraído, y esbozó una sonrisa que hechizó el corazón de Prudence, pues indicaba mucho afecto y cansancio.

Me ama —exclamó Prudence interiormente— y, sin embargo, ¿no hablará?

Para su aflicción, y prolongada mortificación, las punzadas de los celos no remitieron, aunque algunas de sus rivales se habían retirado del campo, pues había otras áreas de la vida de John Quincy Zinn —oscuras y turbias— que Prudence apenas comprendía y no podía consentir.

Porque en la humilde pensión en la que seguía residiendo (resistiéndose tercamente a las ofertas de un alojamiento más lujoso que le hacían los amigos), John Quincy evidentemente había conocido a numerosas personas; estas eran «personajes» característicos, al parecer, por los que sentía cierto asombroso afecto. Se trataba de un médico retirado, y supuesto frenólogo, llamado Butler (quien, tras haber examinado la leonina cabeza de John Quincy, palpando los bultos, concavidades y surcos con mano práctica, llegó a la asombrosa conclusión de que «un dios y un demonio han peleado por esta alma»); un ferroviario sin empleo, de sangre irlandesa, escocesa, alemana y mohawk, que divertía a sus compañeros de pensión, a la mesa del comedor, con fantásticas historias de grandes ultrajes y crímenes que se producirían con el «triunfo de los magnates del ferrocarril sobre la desventurada doncella, Estados Unidos»; y un hombre muy joven, de nombre Charles Guiteau, que se decía artista pero también ejercía como panfletista, ayudante de impresor y trabajador portuario, y que, según testimonio de míster Zinn, era un joven atractivo y a menudo divertido, aunque inclinado a la excitabilidad.

—Es bastante conmovedor lo solitario que es Charles —le confió míster Zinn a Prudence—, por simple camaradería, creo, y por prudencia.

Prudence se mordió la lengua y no dijo una palabra, pero no pudo menos de preguntarse si, en aquellas frecuentes noches en que John Quincy se ausentaba de los salones distinguidos de Filadelfia, frecuentaba a estas criaturas de poca categoría. «Me desprecio a mí misma por mis celos —anotó Prudence—, pero me resulta casi imposible superar esta terrible emoción.» Y sus sentimientos se hicieron más problemáticos cuando, riendo, John Quincy habló del joven Guiteau como su «prometedor discípulo».

Así ocurrió que, contra su mejor juicio, Prudence invitó a John Quincy y a su amigo Charles a tomar el té, y asistió al teatro con ellos, y efectuaron juntos alguna agradable excursión dominical en uno de los carruajes de los Kiddemaster, y dieron algunos pintorescos paseos

junto al Delaware. Los tres asistieron a una charla en el liceo dada por el controvertido «sagrado socialista» Cyrus Feucht, y a un debate público de muy mala fama entre uno que se oponía al Acta de Kansas y Nebraska, otro que estaba a favor de la esclavitud y un hombre de la Soberanía Popular, debate que acabó en una pelea tan tremenda que llegó la policía e hizo algunos arrestos.

El joven Charles Guiteau era unos buenos treinta centímetros más bajo que John Quincy y tenía una figura de lo más cómica, aunque conmovedora, con su fingida actitud militar y su cabeza erguida. Prudence no podía adivinar su edad, que estaría entre dieciocho y treinta; su complexión era diminuta, su cabeza excesivamente grande, y los ojos un poco pequeños y demasiado húmedos. Su cabello oscuro y ralo olía a brillantina, y lo llevaba peinado de un modo curioso, con rizos como ganchos en cada sien y una parte central sin ondas. Decía que su mira era poseer un día su propia imprenta y entrar en la política; luego, su destino fuera quizá abandonar la ciudad e instalarse en la lejana California, para organizar allí una comunidad utópica, que podría poner en práctica las ideas de John Quincy Zinn en persona.

—¡Ah, cuánta luz echa él sobre lo que durante tanto tiempo ha estado en las tinieblas! ¿No está de acuerdo, miss Kiddemaster? —Así se dirigía a ella la extraña criatura, sin darse cuenta de que, en su voz chillona, el nombre de Prudence resultaba ofensivo.

Formaban un trío excéntrico, me veo obligada a decir: miss Prudence Kiddemaster, con su larga capa negra de piel de foca, que tal vez realzaba, más que disimulaba, la solidez de amazona de su figura; John Quincy Zinn, con su abrigo de predicador que no era de su talla, y su sombrero en forma de campana que daba a su saludable aspecto cierto aire bucólico; y el diminuto Guiteau, que se apresuraba a su lado, casi dando saltitos para poder seguir el paso de esta bella pareja, a la que admiraba sin ambages y no tenía escrúpulos en molestar con sus atenciones. (¡Pobre míster Guiteau! Prudence creía que su sobretodo, que le llegaba de modo irregular hasta los tobillos, resultaba de lo más lamentable a la vista. Y su grasiento bombín —lo peor que se podía llevar— era algo cómico; y sus botas altas y ajadas, que hacían un ruido sordo cuando caminaba apresurado. Era difícil de creer, como afirmaba a menudo Charles Guiteau, que su padre fuera banquero y su madre «de buena familia», aunque Prudence creía bastante probable que, como decía Charles, él y su padre hubieran «discutido seriamente» y hubiera sido «expulsado» del hogar de su infancia, por lo que había elegido vagar por Estados Unidos, residiendo ahora en una ciudad y ahora en otra, con el fin de conocer «todo lo que era maravilloso».)

—Muchos jóvenes estadounidenses vagan para buscar la «fortuna material» —afirmaba John Quincy—, pero mi amigo Charles vaga en busca de su fortuna espiritual.

Cuando los dos jóvenes se habían conocido, Guiteau era un firme creyente en el abolicionismo militante, la carne roja y el determinismo cristiano: los condenados se condenaban, los destinados a salvarse se salvaban, y no se podía decir nada más. Al cabo de unos tres o cuatro meses, sin embargo, como reiteró feliz Guiteau a Prudence, se consideraba un converso total a la sabiduría de John Quincy, y solo deseaba tener la oportunidad de poner en práctica sus ideas.

El joven había adoptado con entusiasmo la teoría de John Quincy del «sagrado empleo de la maquinaria» para la mejora de la vida humana; era maravillosamente entusiasta de la máquina del movimiento perpetuo, aunque, como decía riendo, no podía «decir que entendiera nada de ella ni de nada perteneciente a la ciencia». Como míster Zinn compartía ciertas creencias abolicionistas, la de que los esclavos negros debían ser liberados y las propiedades de las grandes plantaciones redistribuidas, y que el pacifismo, el vegetarianismo y el espíritu algún día armonizarían y lo harían posible, el joven Charles Guiteau también lo creía fervientemente, aunque no comprendía muy bien (lo confesó con una tímida sonrisa) cómo ocurrirían estas cosas, puesto que los propietarios de esclavos eran hombres perversos y poco dados a la discusión tranquila.

—A mí me parece —murmuraba Guiteau con el entrecejo fruncido y un infantil sonrojo, conocedor de su atrevimiento al hablar de esta guisa— que la gran causa del pacifismo mismo, por ejemplo, podría promoverse mejor si uno estuviera armado.

Un trío excéntrico, en verdad. «Sin embargo, no tengo elección —se lamentaba Prudence en su diario secreto—, ni elección ni vergüenza.»

A veces no era desagradable compartir la compañía de míster Zinn con su impetuoso joven amigo, pues John Quincy parecía disfrutar hablando —mejor dicho, sermoneando— a Guiteau, cuyo infantil semblante tan fácilmente revelaba sus pensamientos. Prudence no dejaba de dar sus opiniones. ¿No era despreciable, no era vergonzoso, que el presidente Pierce ahora quisiera anexionarse Cuba?, ¡como un nuevo estado esclavo! Todos los políticos, ya fueran demócratas, Whigs u otros, ¿no estaban motivados por el interés propio y no por la moralidad? ¿No era horrible estar en sus manos?

Dirigidos por John Quincy discutían durante largas y apasionadas horas la irreverencia de la vida pública y la santidad de la vida privada; el mal de los intereses materiales y la bendición del espíritu. Prudence se estremeció visiblemente al recordar ciertos personajes de su propia familia, tan deseosos de recibir dinero en herencia que adulaban a sus supuestos benefactores y en poco más pensaban.

Los tres jóvenes hablaban de la necesidad de un enfrentamiento con el Sur esclavista; sin embargo, también hablaban, con especial calor, de la inminente síntesis del mundo y el ubicuo espíritu del amor (este era el descubrimiento hecho por el inglés James Pierrepont Greaves, no muchos años atrás), y el problema de si el nacimiento de la humanidad en el tiempo era intrínsecamente malo (porque el espíritu se había apartado así de la eternidad) o era en sí mismo neutral (por ser parte del proceso evolutivo del espíritu unificador).

¡Un problema engorroso, sin duda! (Me avergüenza un poco confesar que nunca he sido capaz de comprender sus detalles, y mucho menos su conclusión.)

—Y, no obstante —dijo de pronto John Quincy Zinn con acaloramiento—, no veo ningún problema ante nosotros: solo hay que mirar.

Al decir esto, en uno de aquellos gestos impulsivos que Prudence admiraba, y quizá incluso adoraba, el joven caballero agarró a sus dos compañeros por el brazo y les hizo mirar la espléndida escena que tenían ante sí, pues paseaban por el bosque de abedules, sobre el río Bloodsmoor, una fría y borrascosa tarde de domingo a principios de primavera, un fin de semana en que ambos jóvenes habían sido invitados a la casa de campo Kiddemaster. (Durante algunas décadas, la familia dividía su tiempo, con bastante constancia, entre la ciudad y el campo; poco a poco se fue retirando al campo, con la llegada del declive del juez Kiddemaster como jurista y el creciente odio de sus compañeros.)

—No, mis queridos amigos, yo no veo ningún problema —dijo John Quincy con voz atrevida y trémula— en este paisaje celestial, esta utopía viva en la que, sin merecerlo, nos encontramos situados.

¡Ah, y era cierto! ¡Era cierto!

Prudence se quedó boquiabierta, miró fijamente; ¡y vio que era cierto!

Que este mundo, esta tierra, era el Cielo, y que ellos estaban en él, sin merecerlo, y que, y que… (Pero corría peligro de prorrumpir en llanto de un momento a otro, de pura exultación, y no se atrevió más que a asentir en un murmullo.)

El menudo Charles Guiteau, en cambio, no sufría semejante control

de sí mismo y, con un estallido de pueril placer, se alejó de sus compañeros y, como un travieso monito dado a la expresión inmediata de su alegría, se atrevió a correr y a saltar ¡y a dar una voltereta sobre la hierba!; una voltereta, con su enorme abrigo, tonto bombín y botas que hacían ruido.

¡Qué curioso era este Charles Guiteau! De él dirán más cosas en fecha más tardía.

Sin embargo, no puedo resistirme a dar un salto en mi narración hasta un frío día de primavera de 1865, después de que el pobre míster Zinn por fin hubiera regresado a casa procedente del terrible conflicto (donde había resultado herido en la batalla de Richmond y caído gravemente enfermo, por diversas circunstancias: carne en mal estado, enfermedades infecciosas y condiciones sanitarias incalificables); era una mañana como otra cualquiera, cuando la pequeña Octavia preguntó, de repente brillantes sus ojos castaños: «¿De dónde vino Pip?».

La niña de siete años, una jovencita rolliza, dulce y raras veces inquieta, estaba ocupada en aquellos momentos cosiendo otro encantador atuendo para la querida mascota de su padre; se trataba de un chaleco en miniatura confeccionado con el satén verde de un viejo vestido de la abuela Sarah, al que se añadirían flores bordadas de color escarlata y un ribete de terciopelo negro, además de diminutos botones dorados. Las niñas adoraban a Pip, y Octavia la que más. (Durante los años de la guerra, este monito, dotado de una notable intuición y una rudimentaria inteligencia, había languidecido por su amo, que corría peligro, como si supiera muy bien —mejor en realidad que las hijas de míster Zinn— la gravedad de la situación. Naturalmente, no dejó de hacer sus travesuras habituales, y a veces chillaba y se portaba mal, como si deseara que mistress Zinn o alguno de los sirvientes lo castigara; pero todo el mundo se daba cuenta de que había perdido su energía, la alegría de vivir, ¡como si el alma de la criatura estuviera en otra parte! «Es un momento muy oportuno, me atrevería a decir, para deshacernos de ese estorbo», observó el abuelo Kiddemaster, idea que, por fortuna, los demás rechazaron.)

La pequeña Octavia había empezado a coser el mismo día en que había aprendido a enhebrar una aguja, en su tercer año, y con asombrosa precocidad se ocupaba de numerosas pequeñas tareas, que iban desde el simple remiendo de medias, toallas y pañuelos hasta la creación de guardapolvos para sus hermanas y unos tres o cuatro encantadores trajecitos para Pip.

Con el regreso de míster Zinn procedente de Richmond, y su honorable baja del Ejército de la Unión, el pequeño Pip se animó, y pasaba muchas horas tumbado junto a su débil amo, que, convaleciente, se veía obligado a yacer en la cama o postrado en una silla reclinable (inventada por él mismo) al sol, para recuperar la salud. Ah, era casi un milagro ver cómo el melancólico mono recuperaba su ánimo y su energía y se transformaba de nuevo en un joven monito, dulce, retozón y aun así dócil, y, durante largos períodos de tiempo, bastante tratable. Y cuán turbada se quedó mistress Zinn cuando la pequeña Malvinia, un poco descarada, observó en voz alta:

—¡Qué suerte, mamá, que el abuelo no se deshiciera de Pip!, pues ahora se ha calmado y es muy tolerable.

Y un día Octavia interrumpió su labor y preguntó de dónde había venido Pip, y las otras niñas levantaron la mirada riendo, con expresión de incredulidad, pues naturalmente nunca se les había ocurrido que Pip, el querido Pip, hubiera venido de ninguna parte, igual que ellas no habían venido de ninguna parte, sino que habían residido allí, en la Casa Octogonal, desde siempre.

Al oír esto mistress Zinn lanzó una mirada un tanto reprobadora a Octavia, pues era una pregunta delicada y podía conducir a preguntas más inadecuadas relativas a los orígenes de las niñas mismas; sin embargo, se obligó a reflexionar, con cierta vacilación, pues en el seno de la familia siempre había existido la idea de que el monito había sido un regalo de boda travieso, para la novia y el novio, de una de las varias jóvenes damas de Filadelfia que se habían sentido heridas por el compromiso de John Quincy Zinn con Prudence Kiddemaster, ya fuera miss Evangeline Ferris, miss Rachel Triem o miss Honora LeBeau, o (y esto parecía más probable, a juicio de Prudence) la pobre miss Parthenope Brownrrigg, que estaba destinada a no casarse nunca. ¡Qué conmoción había causado Pip cuando fue entregado en la mansión Kiddemaster la mañana misma de la boda, un monito vestido con una diminuta levita negra de novio y un ramito de flores naranja en la solapa! El regalo iba acompañado de una tarjeta que decía: «De un admirador anónimo», y tan alegres estaban, tanto la novia como el novio, que decidieron no ofenderse por la broma ni interpretarla, como hicieron algunos, como una travesura maliciosa, sino como un feliz presagio, pues el pequeño Pip en aquel entonces apenas era más que un bebé, y en verdad encantador.

Así, Prudence había creído en secreto que la criatura era un regalo de miss Brownrrigg, aunque nunca lo reconoció. Pero ahora, al escuchar la inocente pregunta de su hija, y como tenía en la cabeza

(¡no sabía por qué!) algún vago recuerdo del excéntrico Guiteau, mezclado con melancolía y cierta culpabilidad, Prudence se dio cuenta de que estaba dándole vueltas al asunto, con ceño, y de que le costaba un poco respirar. «¿De dónde vino el pequeño Pip? ¿Y qué significaba ese regalo?»

De pronto, con una certeza que sacudió su ser y la dejó medio desmayada, le vino a la cabeza que quien había gastado la broma sin duda no había sido una de las jóvenes damas de Filadelfia: no había sido otro que Charles J. Guiteau.

¡Ah, sí! ¡Aquel absurdo hombrecillo!, ¡el hombrecillo que parecía un mono!, que había sabido, o percibido, que John Quincy Zinn, una vez casado con Prudence Kiddemaster, desaparecería en la bucólica Bloodsmoor y en la vida doméstica, la sagrada paternidad y su destino: jamás volvería a tener tiempo para su discípulo de la época de alegre y despreocupada soltería.

Por supuesto, pensó Prudence sonrojándose, el regalo era de Guiteau y su intención era insultar.

—Y sin embargo —murmuró, apretándose contra el pecho un pañuelo hecho un nudo—, y sin embargo, como Dios bien sabe, el triunfo fue mío.

14

En el amor toda duda se acalla, y ahora es ella más hermosa
que el propio mar pintado por las diestras manos de un artista;
y su rostro es una rosa matutina que la marea nocturna enmarca,
y el amor largo tiempo en el pecho guardado de sus ojos escapa.

WILLIAM MORRIS

Sepa, oh lector, que después de más de doce meses de congoja, tiempo durante el cual la pobre Prudence a menudo se preguntaba si, en la fiebre de la adulación de su propio corazón, no podría estar imaginándolo todo, se resolvió la terrible situación entre los jóvenes amantes; se resolvió, me alegra decir, del modo más agradable para todos y, como querría la casualidad, en la misma casa en la que Prudence había conocido inicialmente a su «destino».

Y aquella noche Prudence se arrodilló junto a su cama, sollozando, desaliñada, tan impaciente por dar gracias a Nuestro Creador por su repentina misericordia, que apenas podía hablar; mejor dicho, lo único que pudo hacer la sollozante doncella fue susurrar estas palabras:

—¡Oh, Señor! ¡Pensar que a menudo he dudado de Ti, o he dudado de Tu amor por mí!, pues, ay, en mi ignorancia había dudado del suyo. ¿Perdonarás a esta pecadora y bendecirás nuestra inminente unión?

Y no puedo sino pensar que Nuestro Creador oyó esta sentida súplica con oído más que bondadoso.

Profundamente entristecida como consecuencia del exasperante silencio de John Quincy Zinn sobre cualquier asunto que se refiriera al afecto que existía entre ellos, Prudence Kiddemaster tomó la decisión (no estoy segura de si por infantil rencor o por un deseo de ser mártir) de marcharse al campo, para obligar así tal vez a su reacio pretendiente a sentir el dolor de su ausencia. Esta acción se produjo también después de algunas semanas de irascibilidad, letargo y distracción en su clase, y un creciente desagrado por su posición de institutriz de cierta reputación, pues de repente miss Kiddemaster pensó que no le importaba mucho si sus pupilas aprendían latín y hacían sumas, y memorizaban los reyes y reinas ingleses y perfeccionaban su escritura; tampoco era tan evidente ya que la Independencia fuera más valiosa que el Romance.

Así, la orgullosa joven se marchó de Filadelfia durante algún tiempo, acompañada por mistress Kiddemaster (quien, como se sentía algo débil debido a los bruscos cambios de temperatura del otoño, consideró que un retiro al campo podría resultarle saludable); y allí Prudence pasaba unas horas diarias rezando y meditando, y examinando la literatura filosófica: volúmenes tan sombríos como *Anotaciones sobre las estaciones*, del doctor Philipps, y *Trazos de vida por un lápiz libre*, de mistress Wyatt, y el bello ejemplar encuadernado en piel de cabritillo de *Herencia poética de la difunta Lucretia Maria Davidson*, que tenía unas quinientas páginas de letra apretada. Su intención era depurarse de sus malsanos pensamientos de amor hacia John Quincy Zinn, mas, ¡ay!, su presencia la acosaba mientras paseaba en solitario reposo junto al pintoresco río Bloodsmoor, o daba vueltas al cenador, o, con un suspiro involuntario, se inclinaba sobre el borde de granito del pozo de los deseos para contemplar sus sepulcrales profundidades.

(Allí en particular lo veía, cuando miraba, y entonces parpadeaba y se secaba una lágrima furtiva: su bello rostro de huesos fuertes, su espeso cabello rubio y abundante barba, su voz declamatoria, sus gestos apasionados. Detrás del púlpito de la Iglesia Unitaria de Cobbett Square —en compañía del menudo Guiteau—, en una u otra de las salas de estar de Filadelfia, en las que era tan bien recibido, y, ¡ay!, en compañía de miss Honora LeBeau, que levantaba hacia él su sonrosado rostro fingiendo inteligente concentración. La pobre Prudence trataba de evocar una imagen de sí misma al lado de este masculino cuerpo, pero no podía. Lo intentaba, y no podía. John Quincy Zinn se cernía, corpulento, en las oscuras profundidades del viejo pozo de los deseos, pero no había nadie a su lado.)

¡Nunca te perdonaré, John Quincy!, lloraba la desventurada joven.

Prudence supo que míster Zinn había ido a la ciudad y expresado cierta sorpresa al enterarse de que miss Kiddemaster no se hallaba allí. Preguntó por su salud; preguntó por la probable duración de su estancia en Bloodsmoor y, en una ocasión, le dejó una misiva, de considerable longitud; unas siete páginas escritas a mano en papel de carta barato pero de buen gusto. (Este documento fue enviado rápidamente a Prudence mediante un criado a caballo, y ya imaginará el lector la decepción de la joven cuando, al examinarlo, no descubrió palabras de amor, afecto, estima o unión matrimonial, sino solo una especie de queja por el modo en que los Brownrrigg lo trataban, la poco brillante imaginación de sus alumnos y su convicción de que le aguardaba un verdadero destino, si fuera libre para perseguirlo. «Aunque Dios reina en el momento presente —escribió míster Zinn, sin duda torciendo sus bellos labios en un gracioso gesto—, no siempre es evidente entre los altos muros de ladrillo de la Academia Brownrrigg.»)

Prudence leyó y releyó la carta, y se la apretó contra el pecho, y medio se preguntó si, en su lenguaje circunspecto, no contenía una especie de declaración, una confesión, una proposición.

Entonces decidió regresar a la ciudad sin previo aviso y asistir el sábado a una recepción en casa de los Bayard. «Si el destino manda que debemos volver a encontrarnos —escribió Prudence en su diario —, no puedo resistirme. Soy un juguete en manos de Dios.»

La preparación del peinado de Prudence tardó más de dos horas, pues su pelo era un poco grueso y carecía de rizos u ondas naturales, pero, con la ayuda de postizos, trenzas, peinetas y cintas de terciopelo, le hicieron un bello peinado a la nueva moda de París, que le sentaba muy bien a su ancha frente. También fue precisa una considerable cantidad de tiempo para el vestido, pues el de satén a rayas de la temporada anterior, que toda la familia coincidía en que la favorecía muchísimo, ahora le quedaba un poco apretado en la cintura y pecho y una de las criadas tuvo que ayudarla a quitárselo.

Cuando por fin estuvo arreglada, con gratificante éxito y luciendo un sombrero de satén y lana nuevo, con una bonita pluma de garceta y una larga bufanda de armiño que la tía Edwina insistió en que se pusiera (pues tengo razones para creer que conocía bien el corazón agitado que se ocultaba en el pecho de su sobrina), un exquisito abanico japonés, de los tonos del arco iris, y una sombrilla de seda rosa con el mango de marfil, fortalecida nada más que con varias tazas

de té negro de China, una pequeña dosis de Miss Emmeline's Remedy y un escaso desayuno y almuerzo, miss Prudence Kiddemaster dejó su casa para ser llevada por una de sus primas a la mansión de los Bayard… y arrojada a su destino.

Hicieron pasar a Prudence al atestado salón de los Bayard, donde vio, con terrible prontitud, al objeto de su pasión: John Quincy Zinn, tan alto, ancho de espaldas y corpulento y, quizá, tan cohibido por la sociedad, que destacaba entre todos los presentes; mejor dicho, le pareció a Prudence, a la que le faltaba el aliento y cuyo corazón latía con fuerza, que el joven caballero se mantenía un poco apartado de los otros invitados, como si esperara una nueva llegada.

Y, a menos que sus ojos húmedos la engañaran mucho, míster Zinn se había comprado una nueva levita para la ocasión, notable en sí misma, de un azul muy oscuro y muy bien cortada, a diferencia del informe abrigo de predicador que comúnmente llevaba. Y, además, había cambiado su grasiento pañuelo por una nueva corbata, y llevaba un chaleco de color gris pálido, y…

De repente, el caballero volvió la cabeza y sus ojos se posaron en Prudence, con tan veloz e inesperada potencia que la joven, que respiraba con dificultad, no pudo evitar dar un paso atrás y llevarse la mano al pecho, en el que sentía una gran opresión. A través de la habitación, en la que reinaba un agradable murmullo, los amantes intercambiaron una mirada tan compleja, a juicio de Prudence, que en el albor de su triunfo sintió una especie de desesperación por si jamás llegaba a comprenderlo, ni a él ni al ilimitado misterio del romance.

Prudence vio que el rostro de John Quincy enrojecía y aparecían en él, rápidamente, alarma, culpabilidad, aprensión y amor; vio que le brillaban los ojos y que hacía ademán de avanzar para aproximarse a ella, aunque los separaban muchas damas y caballeros. Al ser saludada con aquella expresión de amor manifiesto se quedó demasiado atónita para hacerse a un lado, en confusa modestia, y hay que excusarla si permaneció inmóvil, mirando fijamente a su amado.

Y entonces ocurrió algo de lo más inexplicable: Prudence ahogó un grito y perdió el conocimiento, y, antes de que ningún sobresaltado caballero pudiera impedir su caída, se desplomó sobre la alfombra.

Así sucedió que míster Zinn, con gran apresuramiento, se abrió paso hasta ella, llamándola por su nombre y mesándose el pelo, consternado. Sin importarle que todos los presentes lo miraran boquiabiertos, se arrodilló con atrevimiento junto a ella y la levantó un poco, de modo que la espalda se apoyara en su rodilla, y, ¡ah!,

cómo resonó su varonil voz, con alarma y sobresaltado amor, para que todos lo oyeran:

—¡Mi amada Prudence! ¡Mi amor! ¡Oh, despierta, Prudence! ¡Oh, amada mía!

No comprendo la paradoja del estado mental de la joven: estaba inconsciente y sin embargo, en cierta medida, consciente. Sin resistirse, sin más voluntad muscular que un maniquí, y, no obstante, capaz al mismo tiempo de ver a través de los ojos cerrados y de oír con una agudeza más que corriente.

John Quincy Zinn siguió dirigiéndose a ella en un verdadero paroxismo de ternura, ahora con lágrimas en los ojos y el rostro ceniciento.

—¡Amada mía, mi amor, oh, mi novia! ¡Despierta, querida Prudence! ¡No sufrirás ningún daño!

Así habló el afligido caballero, mientras el bello sombrero con pluma se soltaba y caía lentamente, y con gracia exquisita, de la cabeza de la joven al suelo. Entretanto, Prudence había despertado aunque seguía desvanecida; lo veía y oía todo, pero no podía responder, ni siquiera asegurarle a su amado que se hallaba fuera de peligro, aunque le dolía el corazón al ver su inquietud.

(Espero no provocar en el lector prejuicios contra Prudence si afirmo que fue una suerte para todos los implicados, sin excluir a futuras generaciones de Kiddemaster, que la joven no disfrutara del libre uso de sus brazos en este momento crucial, pues no considero exagerado decir que, a plena vista de los asombrados presentes, habría rodeado con sus brazos el cuello de míster Zinn y se hubiera unido a él en un intencionado éxtasis de amor, ignorante de la vacilación propia de una doncella o de la rectitud moral.)

Por fortuna, Prudence no podía mover los brazos ni los miembros inferiores, por lo que el grave peligro pasó. Mientras su amante se inclinaba sobre ella, le parecía que la escena estaba profusamente iluminada y sonaban un millar de melodiosas voces angelicales entonando una plegaria de triunfo, y, con aquella agudeza visual preternatural que ya he comentado, pudo ver más allá de la cabeza de John Quincy Zinn el exquisito techo estarcido del salón, que nunca había mirado con especial interés hasta entonces, y gozar de la armonía estética de los dibujos de nubes, parras y granadas que, hábilmente añadidos al fondo de fuerte color turquesa, producían el notable efecto de una escena al aire libre y del cielo, como si los amantes se hallaran a solas en algún lugar salvaje y natural, en la Toscana tal vez, o en alguna cañada anónima, o en algún declive de la región más tosca del propio Bloodsmoor.

Sin embargo, se hundió aún más en su indefenso desvanecimiento, mientras su amante le gritaba, ahora desde gran distancia:

—¡Oh, querida… amada mía… mi novia… despierta! ¡Amor mío… novia mía…!

15

El lector ansioso agradecerá saber, estoy segura, que, como era de esperar, poco después de esta tempestuosa escena se celebró el compromiso formal entre Prudence y míster Zinn, y que, transcurridos doce meses, período durante el cual el amor de ambos, como es natural, se hizo más profundo y adquirió un carácter un poco más grave y los Kiddemaster aplacaron en cierto modo sus prejuicios contra míster Zinn (del que hablaré más en fecha más tardía), la bella y joven pareja se unió en matrimonio en una bella y solemne ceremonia, celebrada en nuestra antigua e histórica iglesia de Bloodsmoor por el reverendo Hewett, el 18 de noviembre de 1855 por la mañana.

¡Cuánto halagaba a la vista ver la iglesia de piedra suntuosamente engalanada con hermosas flores de diversas variedades!, y observar lo felizmente llena que estaba la pintoresca vieja iglesia —todos los bancos, todos los asientos— con los Kiddemaster y sus parientes, venidos de varios estados. (Aunque de la familia del novio lamento decir que no había absolutamente nadie.)

III
EL DEMONIO DESATADO

16

Aunque míster Zinn había dado instrucciones a las mujeres de su casa de que expulsaran de su mente todo pensamiento de lo oculto, enseñándoles sabiamente que lo que conocemos como sobrenatural no es sino lo natural comprendido de forma imperfecta, aquel dorado día otoñal en que se llevaron a Deirdre dio la impresión de que algún demonio —¡incorpóreo, pero, ay, muy poderoso!— andaba suelto por Bloodsmoor; en verdad parecía que el sagrado mecanismo del universo había sido gravemente alterado y los valores más elevados de la civilización —no solo el refinamiento y la moralidad cristiana, sino la doncellez misma— arrojados al barro.

Con qué catastróficas consecuencias ya lo veremos, pues no exagero si digo que, a partir de aquel día, la fortuna de la familia Zinn se vio trágicamente alterada.

¡Qué pena! Diminutos capullos rosa aterciopelados (con el más bello interior sedoso) diseminados en la pisoteada hierba de la orilla del río.

El gorro de satén y popelín de color amarillo pálido, con el velo espantosamente desgarrado.

Juncos rotos y hierba marchita aplastada, y una solitaria rama arrancada de un sauce, a causa del violento paso del globo en su apresurado ascenso.

¡Ah, y el espectáculo del globo ascendiendo, con su inconsciente presa a bordo!, un globo de seda negra flotando en el aire sobre el ancho río, sobre la línea de robles, elevándose, a la deriva, haciéndose cada vez más y más pequeño, con la indefensa niña a bordo, oculta a la vista, cautiva y perdida, y sus afligidas hermanas al fin empiezan a chillar pidiendo ayuda, mientras el globo se aleja, ya como un sol negro en el cielo que oscurece, ya como una luna, trémula y confusa, y

ya desaparecido: ¡desvanecido en el aire!

Y, en los confusos días que seguirían, la avalancha de la temible caterva de periodistas, entre ellos los avispados reporteros del *Inquirer* de Filadelfia y el *Globe* de Wilmington (cuyos editores se atrevían a declararse amigos de Godfrey Kiddemaster de mucho tiempo), y el insulto que representaba ver el digno apellido Kiddemaster no solo impreso con profusión en la prensa común, sino acompañado de ilícitos daguerrotipos de la gran mansión y, de vez en cuando, también de toscos dibujos a lápiz de la raptada «miss Zinn», dibujos estos completamente ficticios y fraudulentos de una joven que no se parecía en lo más mínimo a Deirdre.

Pero aunque las odiosas criaturas pinchaban y sondeaban todo lo que podían, sin vacilar siquiera en hacer averiguaciones en las regiones más pobres de Bloodsmoor, siguieron tan ignorantes como las autoridades, que se confesaban completamente desconcertadas: ¿cómo fue raptada la joven dama en la orilla del río a pesar de haberse resistido?; ¿por qué nadie, ni siquiera un criado, se encontraba cerca?; ¿adónde había ido el globo y dónde había aterrizado por fin?; ¿quién era el raptor (pues sin duda se trataba de un experto en el manejo de globos)?; y ¿por qué, después del espectacular rapto, no hizo ningún intento por ponerse en contacto con la afligida familia o las autoridades?

—Es un acto de singular audacia —dijo la tía abuela Edwina—, un ataque de las clases criminales contra sus superiores, porque no puedo creer que, en modo alguno, la infeliz muchacha buscara esta desgracia.

—Es un insulto al apellido Kiddemaster —declaró el juez Kiddemaster, levantando su cabeza leonina de blanca cabellera, aunque sumamente entristecido—, pero no quedará impune, mientras yo tenga fuerzas, aliento y recursos.

—Me temo —murmuró la abuela Kiddemaster, pero muy suavemente, deseando matizar las declaraciones de los otros—, ay, me temo que no volveremos a ver a la pobre Deirdre, pues el globo, como lo han descrito las niñas, seguramente es un globo salido de las regiones más oscuras de la tierra, y su piloto, nadie con quien se pueda tratar sumariamente.

Al oír esto la tía abuela Edwina, el juez Kiddemaster, mistress Zinn y otras varias personas, sobre todo de la generación mayor, la reprendieron, teniendo en cuenta, por supuesto, su estado de invalidez y la debilidad de su mente. Incluso míster Zinn, que por naturaleza

tenía la voz suave y era cortés, no pudo reprimirse de observar a su suegra que el globo y su piloto no eran sino fenómenos naturales, que pronto serían descubiertos por la policía, pues había un buen número de policías empleados en este caso debido a la importancia de los Kiddemaster y la especial escabrosidad del suceso. En realidad, míster Zinn casi se entregó a cierta vehemencia al afirmar:

—No solo el rapto es un fenómeno completamente natural, con lo que quiero decir que no es sobrenatural, sino que mi predicción es que, dentro de muy pocos días, tendremos de nuevo entre nosotros a mi amada hija, ilesa e intacta, igual que antes.

A menudo las cuatro hermanas se reunían en el dormitorio compartido por Malvinia y Octavia o, si no se encontraba cerca ningún adulto o criado, en el agradable salón de abajo, y hablaban con incansable melancolía, y no poco asombro continuo, de la cruda pérdida de su hermana. ¡Ah, y qué extraño era, a medida que transcurrían los días y las semanas, que no se pidiera ningún rescate!

—Recuerdo que se le soltó el pelo, que yo había peinado con tanto amor —dijo Malvinia, temblando visiblemente—, ¡y que le cayó como una maraña por la espalda!, una imagen de lo más repulsiva.

—Recuerdo que se le cayó el gorro, y que las faldas ondeaban a su alrededor —dijo Octavia, secándose los ojos enrojecidos—, pero lo que más recuerdo son sus gritos lastimosos pidiendo ayuda.

—¿Sus gritos pidiendo ayuda? —preguntó Constance Philippa con desconcierto algo sincero, haciendo girar con gesto nervioso su anillo de compromiso en el dedo, pues, ay, en las últimas semanas la mayor de las jovencitas Zinn había perdido un poco de peso y su semblante de nobles facciones exhibía cierta tensión—. Pues yo no recuerdo ningún grito, Octavia; ningún grito, salvo los nuestros al cabo de unos minutos.

Entonces la pequeña Samantha rebulló y frunció su lisa frente pecosa, y estuvo tan cerca de hacer una mueca que Malvinia se sintió obligada a darle un pellizco, como castigo, y dijo, con una voz titubeante muy impropia de ella:

—Yo recuerdo que la pobre Deirdre nos llamaba; recuerdo la fuerza de algunas palabras: «¡Socorro! ¡Ayudadme! ¡Padre! ¡Madre! ¡Hermanas! ¡Por favor! ¡Oh, no dejéis que se me lleve!». Y sin embargo —prosiguió la muchacha, jadeando un poco, mirando fijamente a las otras con ojos atemorizados—, y sin embargo, al mismo tiempo, estoy segura de que Deirdre no pronunció ni una palabra, y de que el rapto se produjo en absoluto y espantoso silencio.

—Es cierto —admitió Constance Philippa con cierta vacilación—. Y me parece que lo has expresado muy bien: un absoluto y espantoso

silencio.

Octavia aspiró con tanta fuerza que el corsé le hizo un poco de daño, y protestó diciendo que estaba segura de que había oído a Deirdre gritar pidiendo ayuda. Entonces se interrumpió y acudió a su rostro una expresión de perplejidad:

—A menos que esté confundida y estos lastimosos gritos de alguna manera se profirieran en silencio, o tal vez en un sueño de aquella noche.

—Yo no recuerdo ningún grito pidiendo ayuda —dijo Malvinia con sequedad—, ni en la realidad, querida Octavia, ni por arte de magia. Constance Philippa no lo recuerda, y yo estoy segura de que, si examina su memoria con atención, Samantha tampoco lo recuerda. Estás muy nerviosa; ahora mismo jadeas de un modo muy desagradable. Lo que recuerdo con toda nitidez es el vergonzoso espectáculo del gorro de nuestra hermana colocado de través, y su pelo soltándose, con desaliñado esplendor, de un modo que no debería verse fuera del tocador.

Estas palabras fueron pronunciadas con tan especial sequedad y tan altiva autoridad que nadie deseó replicar y el asunto quedó zanjado.

17

Al examinar los hechos en retrospectiva, me resulta menos asombroso de lo que me pareció en su momento el que este período particularmente desdichado de la historia de las familias Zinn y Kiddemaster —que en realidad rivalizó con los años de la guerra civil, cuando míster Zinn permaneció lejos durante tanto tiempo y numerosos parientes jóvenes resultaron heridos o murieron— culminara en la pérdida de otras dos hijas Zinn, pues en el transcurso del tiempo hubo señales no solo de que dos de las jóvenes damas estaban contaminadas por la inquietud de la época y eran muy susceptibles a todo lo que corrompía con la apariencia de ser «atractivo», sino de que el idílico Bloodsmoor mismo había quedado teñido por la sombra del globo cuando pasó tan velozmente por encima.

Por ejemplo, casi inmediatamente después de que se hubo dado la voz de alarma y que la noticia del rapto se hubo difundido por el lugar, se presentaron testigos para informar a las autoridades (y en varios casos, con gran impertinencia, al pobre y afligido John Quincy Zinn) de una verdadera mezcolanza de globos, no solo globos meteorológicos de Estados Unidos y dirigibles del Ejército, lo que era completamente natural, sino un adornado globo rojo y verde que se decía era de «cretona», y un gran globo dorado «reluciente» del tipo diseñado, al parecer, por el francés Charles Guillé, pero jamás construido, a principios de los años 1860 por George Hambleton Fussell, el celebrado aeronauta de Boston, globo que había sufrido un trágico accidente en el aire unos años atrás, cuando fue alcanzado por un rayo sobre el río Charles, lo que provocó la muerte de Fussell y de su joven ayudante. También se vio algo parecido a la flotilla aerostática de cinco globos empleada para anunciar la famosa carrera de los 2.000 kilómetros de 1868, y una «esfera roja como de cobre», a

menos, quizá, que fuera una densa nube de humo de una de las fábricas Whitton que había junto al río; y un pequeño globo gravemente silencioso de un tono de marfil con una cesta rectangular de mimbre inusualmente grande, aparición anunciada por el prometido de Constance Philippa, el barón Adolf von Mainz, en modo alguno alguien de temperamento excitable o en quien no se pudiera confiar, que lo vio flotar tranquilamente sobre una pradera junto al Philadelphia Pike en un momento en que, por supuesto, no podía tener conocimiento del desastre que se estaba produciendo en la mansión Kiddemaster. Diversos testigos creían haber visto globos «de tono oscuro», a lo largo de la costa del Atlántico, pero ninguna descripción respondía exactamente al globo en el que, según decían las hermanas, que lo habían visto (y de acuerdo con el meticuloso dibujo que había hecho Samantha), la joven Deirdre había desaparecido.

Míster Zinn, acompañado en ocasiones por su suegro, en otras por alguna prima de su esposa, y a veces solo, recorrió cientos de kilómetros en la segunda mitad de septiembre y durante todo octubre para investigar estas informaciones. Incansable, entrevistaba a personas cuya propensión a la historia y cuya visible falta de inteligencia y criterio habrían desanimado de inmediato a un hombre con menos determinación. Pues él seguía creyendo, incluso a la vista de los repetidos fracasos, que el fenómeno del globo podía explicarse y que la perseverancia lo conduciría a la explicación. En una época en que otros miembros de la familia —mistress Zinn de forma más notable— habían cedido al desánimo y abandonado toda esperanza, y cuando lo atormentaba su propia salud incierta (volvía a tener insomnio, dolores de cabeza y dolor en sus antiguas heridas de guerra), John Quincy Zinn se agotaba con su insistencia en interrogar a fondo a cada testigo, por cuestionable que fuera. («¿No podría un globo de seda negro, que Samantha ha descrito como iridiscente, adquirir de alguna manera otro tono, o tonos, debido a reflejos del suelo o ilusiones ópticas similares a un arco iris?», preguntaba quejoso míster Zinn. «¿Y no podría incluso su forma parecer distendida debido a las vicisitudes de las corrientes de aire y los caprichos de los testigos individuales?»)

Godfrey Kiddemaster, sin embargo, que compulsivamente se designaba a sí mismo con ahogadas exclamaciones, tanto en privado como en público, el «abuelo de la niña violada», creía que se precisaba una acción mucho más directa para llevar al bribón ante la justicia. En resumen, y claramente, el expresidente del Tribunal Supremo de la Comunidad de Pensilvania exigía que los agentes de la ley del estado y

federales, actuando con el ejército de Estados Unidos, arrestaran a todos los pilotos de globo conocidos de la parte oriental del país y los interrogaran sin piedad hasta que confesaran todo lo que supieran del globo fugitivo, pues sin duda los aeronautas constituían un pequeño mundo compacto y todos se conocían. El juez Kiddemaster insistía en que las autoridades debían sentirse autorizadas a emplear cualquier método de interrogatorio que produjera efecto, incluidas ciertas técnicas de tortura adquiridas de los indios iroqueses.

—Debemos luchar contra el mal, me temo, con sus más crueles armas —afirmaba solemnemente el juez.

A medida que las semanas transcurrían sin que se obtuvieran resultados, y se producían otros motivos de irritación domésticos que exacerbaban el humor del juez (entre ellos la noticia, menor pero inquietante, de que John Quincy Zinn, después de todo, había sido rechazado en las elecciones de la Sociedad Filosófica), el anciano caballero se fue volviendo cada vez más irracional. Su alta y noble frente, su espeso cabello blanco, la mirada penetrante de sus graves ojos grises, el vigor de su paso y la actitud vigilante de su postura, así como su timbre de voz bellamente modulado, que había dado tantas opiniones, dictado tantas sentencias y expresado tantas sucintas observaciones en las décadas pasadas en la abogacía, todo reflejaba su tenebroso estado de ánimo y su apasionado deseo de venganza.

—Es usted pusilánime, señor —acusó el juez Kiddemaster al fiscal general del Estado, un hombre veinte años más joven que él—. ¡Sí me hallara en posesión de todas mis fuerzas, si este ultraje no me hubiera debilitado, si no fuera, Dios tenga piedad de mí, un anciano… llevaría a ese sinvergüenza ante la justicia con mis propias manos!

También miss Edwina Kiddemaster se comportaba de un modo un poco extravagante como consecuencia del rapto de la más joven de las Zinn, hacia la que, con el paso de los años, había mostrado una clara frialdad, aunque nunca sin elegante cortesía. (La tía abuela Edwina había dado, creo, numerosos regalitos a Deirdre, de un tipo apropiado a su relación, los más encantadores de los cuales eran un manguito de armiño y una exquisita cajita de música francesa con el motivo *jardiniere* en la tapa, de nácar, para gran envidia de Malvinia.)

Después de la catástrofe del último septiembre, esta sensible dama y estimada autora se retiró a su espacioso dormitorio, tanto por un deseo de convalecer de la extraordinaria conmoción sufrida por sus frágiles nervios como por un deseo de protección de la eterna amenaza de los periodistas, entrometidos y chismosos que plagaron

nuestro Bloodsmoor durante esta infeliz época.

Allí, la inválida se hallaba en un estado de tanta debilidad que su estómago retenía muy poca cosa, salvo sus numerosos elixires (que incluían un nuevo láudano muy prometedor elaborado en parte en el Delaware Water Gap y purificado por aplicación mineral, con un sabor muy agradable a regaliz, menta y licor) y un surtido de diversos dulces, por lo que la fiel cocinera se afanaba por superarse a sí misma en la preparación de pasteles, tartas, bizcochos, dulces de azúcar y merengues diversos que pudieran tentar a la debilitada dama. Durante algunos días cruciales, que casi sumaron una quincena, la tía abuela Edwina temió que su débil estado le impidiera completar a su satisfacción un nuevo libro: *Cien sugerencias para las jóvenes cristianas*.

También temía ser incapaz de seguir acompañando a la joven pareja comprometida, Constance Philippa y el barón, ¡y qué tragedia si la responsabilidad recaía en alguien menos preparado! La pobre Sarah también se hallaba postrada en la cama, con dolencias de una naturaleza discutiblemente más grave que las de Edwina. (El doctor Moffet había diagnosticado a mistress Kiddemaster hipertensión, poliartritis, discopatía y miositis, así como fatiga, histeriopatía y nervios crispados. Estas diversas dolencias, a menudo sufridas al mismo tiempo que otras, atormentaban a la sensible dama desde hacía muchos años, desde el tormentoso invierno de 1824 que siguió al nacimiento de Prudence, un parto difícil que había durado más de veinticuatro horas. El doctor Moffet, que llevaba décadas supervisando las vicisitudes de la salud de los Kiddemaster, declaró en tono solemne que nadie podía esperar que la salud de Sarah Kiddemaster mejorara «de la noche a la mañana», pero admitió que existía «cierta esperanza» de que la inválida pudiera aventurarse a bajar al piso de abajo «la próxima primavera».) Y la sobrina de Edwina, Prudence, no era a su modo de ver completamente digna de confianza en el papel de acompañante de la pareja, pues ¿no se había comportado aquella joven dama con asombrosa inmoralidad cuando John Quincy Zinn la cortejaba a ella?

No obstante, la tía abuela Edwina creyó aconsejable quedarse en la cama. Cuando se sentía con fuerzas suficientes escribía cartas, o trabajaba en su manuscrito (que sus editores esperaban con impaciencia), recostada cómodamente en media docena de almohadas y empleando un práctico escritorio portátil, inventado y montado por míster Zinn. Lo más lejos que su doncella se encontraba siempre era la habitación de al lado, pues Edwina pedía muchas cosas y siempre estaba enviando misivas o llamando a su hermano (ya que, según creía ella, este «impresionable» caballero estaba mucho más

trastornado por el rapto de su nieta de lo que nadie advertía) para preguntar directamente por el estado de la investigación policial o si el afligido John Quincy ya había encontrado a algún auténtico testigo.

Durante un tiempo, a principios de invierno, estuvo sumamente agitada y discutió con el bondadoso doctor Moffet cuando este vaciló en prescribirle una cantidad adicional del tónico primaveral del profesor Forrest (el láudano que al parecer tenía efectos beneficiosos en Edwina y a Sarah); discutió con su hermano, quien, quizá preocupado por la continua sensación de desorden y vergüenza, rechazó, en términos imperdonablemente groseros, la sugerencia de Edwina de que contratara a un pequeño ejército privado —seguramente no más de treinta o cuarenta hombres— y que Steven Bayard, el nieto de Horace y Retta, recién graduado de West Point, podía dirigirlo.

—Esto es impensable, Edwina —dijo Godfrey, de pie en el umbral de la puerta de su dormitorio (pues ella se negó a permitirle la entrada)—. Nuestra ley no permite los ejércitos privados.

—Entonces, viejo y tonto juez, te ruego que me digas de qué nos sirve nuestra preciosa ley. ¿Somos ciudadanos estadounidenses o isleños polinesios? —preguntó airada Edwina.

Edwina se obsesionó con que las otras sobrinas nietas corrían peligro, aunque todos los miembros de la casa le aseguraban lo contrario, o que, sin que ella se hubiera enterado, se las habían llevado y nadie se acordaba de ellas. Fantaseaba sombríamente que hacían carrera en los escenarios de Nueva York y acababan sucumbiendo a los halagos de hombres maquinadores que las conducirían directa y bastante rápidamente a matrimonios desgraciados, vida en chabolas o la trata de blancas en puertos fétidos como Londres, Marsella y Calcuta. (Vaughan Kiddemaster le había hablado de Calcuta y ella al final se había tapado los oídos con las manos. Incluso el río Hooghly —¡qué salvaje y grosero sonaba!— la ofendía gravemente.)

De modo que las hermanas eran enviadas al dormitorio de su tía abuela una a una, a las horas más inoportunas y caprichosas (pues la tía abuela Edwina se enorgullecía de levantarse temprano, a menudo incluso a las cinco de la madrugada), y a todas salvo a la obediente Octavia irritaba sobremanera el ritual, pues era preciso, como cabe imaginar, no solo comportarse con los mejores modales sino ponerse el vestido más limpio y más escrupulosamente planchado, y un gorro de mañana que no mostrara la más mínima mancha de aceite capilar.

—Ah, veo que aún estás con nosotros —dijo la tía abuela Edwina, sin la más mínima ironía, cuando Constance Philippa se presentó junto

al lecho de su tía haciendo una leve reverencia—. Veo que tú y tu prometido no os habéis escapado, no os habéis fugado.

Constance Philippa, que había recibido instrucciones de su madre de morderse la lengua y por nada del mundo «responder» a Edwina, permaneció en hosco silencio, su rostro ardiendo con un calor enfermizo. Le habría gustado contestar que no tenía pensado fugarse, y el barón mucho menos; desde el rapto de Deirdre se había producido una clara disminución del interés de aquel caballero por ella, e incluso su galantería con Malvinia era menos pronunciada.

La querida Octavia entraba en la habitación tímidamente y su tía tenía que animarla a acercarse, y después de cinco o diez minutos iniciales de crítica (pues la anciana, aunque se quejaba de que le lloraban los ojos y de que sufría fatigantes dolores de cabeza, poseía una vista notablemente aguda y raras veces estaba satisfecha con el vestido de Octavia, su postura o su peinado) de pronto se ablandaba y, si era por la mañana, le ofrecía chocolate caliente y naranjas e insistía en que acercara una silla a su cama y le leyera algo de la Biblia (pues Edwina, como la mayoría de las mujeres Kiddemaster, empezaba el día con una hora de examen de la Biblia, por mucho que en secreto la autora se considerara un poco rebelde); si era por la tarde, le ofrecía té, no, insistía, débilmente aunque riendo, en que su sobrina tomara con ella un pequeño refrigerio (en realidad, para ella era el primero del día), una pequeña muestra de *petits fours*, tal vez, o mermelada de grosella sobre bollos, o bocadillos de pepino con mucha mantequilla. Si Edwina se sentía particularmente fuerte, tía y sobrina tal vez jugaban unas cuantas manos de *whist* juntas, y tomaban media docena de bombones de Vantane's de Germantown, llevados a la inválida por alguna visita reciente; tal vez se ponían a coser cada una su labor; por supuesto, cada una hacía algo para el ajuar de Constance Philippa, ya que un ajuar como era debido consistía en doce docenas de todo, realmente de todo, y los Kiddemaster no podían confiar en que Prudence se asegurara de que había de todo. Sábanas, toallas, servilletas, pañitos de adorno…

Aunque Octavia declaraba a sus hermanas que estaba tan cansada de la tía abuela Edwina como ellas, en realidad estas visitas le gustaban y no le importaba que la llamaran de Kiddemaster, a través de algún sirviente, en particular si el que llevaba el mensaje era el hijo de Patrick McInnes, que a veces hacía de chófer en lugar de su padre y entonces llevaba a Octavia por el bosque hasta la mansión Kiddemaster y después la devolvía a casa. (El joven se llamaba Sean y era evidente que había heredado el físico alto de su padre y su buen aspecto irlandés, pero muy poco de su melancolía, pues aunque

pongamos en peligro la alta estima en que tenemos a Octavia, quizá en este punto sea necesario observar que Octavia hacía muchos años que se había fijado en el hijo del cochero y que raras veces lo había visto de un humor que no fuera alegre. La joven no estaba completamente segura de que le gustara el robusto vigor de la actitud de Sean, o su pelo rojo rizado, o su costumbre de silbar mientras conducía el landó por el bosque —una vulgaridad a la que el joven no se habría atrevido a entregarse en presencia de alguno de los adultos —, pero sí le gustaba su sonriente animación y la deferencia que mostraba hacia ella, y esperaba con ganas el día en que heredaría el puesto de su padre a tiempo completo y sería responsable de conducir a los Zinn y a los Kiddemaster a todas partes.)

A Octavia tampoco le importaba el infantil deseo de su tía abuela de tener una compañera para jugar al *whist*, o al ajedrez, o al Pam-Loo, aunque siempre estaba de acuerdo con sus hermanas, en particular con la inteligentísima Samantha, en que tal gasto de energía mental era una intolerable pérdida de tiempo; y no podía sino coincidir con Malvinia en que estos juegos eran maravillosos si uno podía tirar impulsivamente todas las cartas o las piezas al suelo si las cosas iban mal (como hacía esta jovencita malcriada cuando jugaba con sus hermanas), o si, en un contexto completamente diferente, estaban presentes los hombres jóvenes y el ambiente era animado y festivo y no era necesario intentar ganar.

—Pero con tía Edwina —dijo Malvinia con crueldad en una ocasión—, no solo existe el peligro de quedarse dormida de puro aburrimiento, sino de que haga trampas: porque hace algunos juegos de manos notables si cree que uno no se dará cuenta.

Naturalmente, Octavia protestó: nunca en su vida, declaró, había oído una afirmación tan disparatada, y casi la ponía enferma —y en realidad las lágrimas acudieron a sus ojos al instante— oír que calumniaban de ese modo a su devota tía.

—¡Malvinia, te has excedido! —exclamó Octavia.

—¡En realidad, me excedo con demasiada frecuencia! —murmuró Malvinia haciendo un mohín con el labio inferior—, lo que es muy aburrido.

En conjunto, Octavia disfrutaba con estas visitas al dormitorio de su tía abuela, acogedor y caliente por el fuego de la chimenea, y, a pesar de su naturaleza inocente y la devoción que sentía por sus padres, no podía evitar que sus ojos recorrieran la estancia con admiración, tomando nota de las cortinas de damasco carmesí que colgaban de comisas doradas, del papel de las paredes de hilo belga con su diseño floral en tonos rosados, y de la mesa tallada

contrachapada de palo de rosa junto a la cama, en la que estaban dispuestas las medicinas a base de hierbas y los elixires de la tía abuela Edwina, y un montón de revistas y novelas de la biblioteca de Cobbett Square (porque la tía abuela Edwina creía necesario leer a sus rivales, las enérgicas autoras de obras de tanto éxito como *Clemence, la maestra de Waveland, La promesa de boda de Margaret* y *La boda de Jessamyn*).

Arrullada por el consuelo que le proporcionaban estas visitas, que a menudo duraban varias horas, Octavia estuvo precariamente a punto de confiar en su tía abuela, ya que no podía hacerlo en su madre, por supuesto. En realidad, la tía abuela Edwina, que con frecuencia se hallaba en un estado de somnolencia o melancolía como consecuencia de sus elixires, a veces estaba tan relajada como para confiar en ella y aludía a un «infortunado» estado de su corazón, muchos años atrás, y a alguna «dolorosa casualidad», y, lo más enigmático, a una «herencia biológica» que llevaban en secreto los Kiddemaster, que aparecía en raras ocasiones en la familia pero que, cuando lo hacía, «resultaba fatal para todos, culpables e inocentes por igual». (Octavia deseaba ardientemente preguntar a su tía los detalles de esta herencia; podría darse el caso de que su sangre estuviera manchada, y que sus hijos, algún día, llevaran consigo una especie de maldición. Pero era demasiado tímida para atreverse a preguntar.)

Octavia por su parte confesó que la había «herido gravemente» la negligencia en el galanteo mostrada por míster Rumford desde el rapto de Deirdre, y que se sentía muy inquieta porque su madre también estaba preocupada. Sin embargo, era demasiado prudente para confesar a su tía algunos de sus sentimientos, de naturaleza decididamente romántica, mejor dicho, perturbadora, referentes al pelirrojo hijo del cochero, Sean McInnes, cuyos ojos separados eran de un azul tan brillante y cuyo pelo era tan rizado y tan maravillosamente espeso que casi la dejaban sin aliento. ¡Y tenía la costumbre de tararear alegremente para sí, y de silbar, un sonido alegre y despreocupado que tenía el poder de atravesarle el pecho como la hoja de un cuchillo!

Octavia confesó no albergar ningún sentimiento impropio con respecto al hijo del cochero, pero admitió, con voz vacilante, que a menudo se veía «abrumada» por sentimientos de culpabilidad por el crimen que ella y sus hermanas habían cometido contra Deirdre.

—¿Crimen? —preguntó la atónita matrona, clavando una grave mirada en su sobrina—. No te entiendo, Octavia. ¿De qué manera sois tú y tus hermanas culpables de un crimen contra aquella desdichada niña?

Octavia se quedó sentada unos momentos en afligido silencio, mordiéndose el labio y manoseando su húmedo pañuelo. Por fin habló suavemente, titubeante como una niña avergonzada:

—Querida tía, no puedo decirlo; no lo sé. Quizá fue que no la llamé para que volviera, mientras se alejaba corriendo y llorando hacia la orilla del río; quizá fue que no hice callar la lengua de Malvinia, o quizá, ¡ah, no lo sé!, quizá fue que no la quería, como mis padres y Nuestro Señor Jesucristo me mandaban hacer.

Al oír esto la anciana se quedó mirándola un rato, en un peculiar silencio en el que se oía el sombrío tictac del reloj francés de bronce que había sobre la repisa de la chimenea y se veía el sobrio sol invernal parpadeando en una pequeña estatua de bronce de un Orfeo parcialmente vestido que había sobre una mesa. Luego habló por fin, con voz casi tan queda como la de Octavia:

—Querida, que todos somos criaturas pecadoras y sembramos nuestra desdicha como consecuencia de una omisión, así como de una acción, no puede sorprendernos. Pero ¿no crees que Nuestro Señor nos perdona estas cosas, si verdaderamente son fallos?

Pero Octavia no respondió, solo prorrumpió en lágrimas —que brotaron con tan inesperado ímpetu que la joven ocultó el rostro encendido en sus manos y lloró de modo incontrolable, como si se le fuera a partir el corazón—, espectáculo más grave aún, y dado a mayor patetismo, por el hecho de que la estimada autora no pudo soportar semejante torrente y se unió a ella en estas sentidas lágrimas durante más de media hora.

Malvinia también era llamada a la mansión Kiddemaster, también ella era conducida por el bosque por un alegre joven irlandés que silbaba, también ella subía la ancha escalinata oval, precedida por una silenciosa criada. Pero, así como Octavia se apresuraba, sonrojada y sin aliento, y agradecida por haber sido llamada, la malcriada Malvinia seguía con su paso indolente, bostezando, hosca, incluso desafiante, y en absoluto intimidada por Edwina Kiddemaster.

Hacía una leve reverencia con elegancia, los ojos bajos, presentándose a la anciana como una joven dama serena, recatada e incluso remilgada, modestamente ataviada con un vestido de gasa suiza de color azul con el cuerpo ceñido, un chal de cachemira blanco suplicado a Octavia, y una gorra de tarde con no más de media docena de volantes, cintas y tiras de encaje.

—¿Y cómo te encuentras, Malvinia? —preguntaba la tía abuela Edwina, mirándola con aire suspicaz pero sin descubrir ningún defecto —. ¿Estás bien? ¿Pasas las noches en paz? ¿Tu digestión es satisfactoria?

Malvinia respondía a su tía abuela con voz baja y respetuosa, las manos entrelazadas bajo el pecho. Si estaba bien o mal, si pasaba las noches en paz o inquietas por visiones inexpresadas de su hermana perdida, si su digestión era satisfactoria o no… sin duda no se lo confiaría a su tía. De modo que brotaban de sus labios respuestas corteses pero comedidas, y la tía abuela Edwina, aunque seguía mirándola con rudo recelo, parecía creerlas.

—No te he hecho venir —dijo Edwina, jugueteando con el cinturón de su mañanita— para hacerte preguntas sobre la investigación, que evidentemente es inútil, pues estoy resignada al fracaso en este aspecto y a la pérdida de leyes de la naturaleza tales como el honor, la castidad, el valor y la obediencia; al fin y al cabo estamos en 1880, y me temo que algunos, recordando una época más sencilla y más refinada, hemos sobrevivido a nuestro tiempo. (¡Ah!, por favor, no pongas esa cara, Malvinia, te aseguro que esta tarde mi salud es tolerablemente buena, después de unos días en que he tenido un poco de fiebre; pero el doctor Moffet fue tan bueno que me atendió y nos prescribió una sangría a tu abuela y a mí, y creo que las dos estamos mejor, aunque me siento demasiado débil para atreverme a ir hasta su cámara; la pobre no ha podido verme en meses. Pero no te alarmes, mi querida niña, pues medio sospecho que nosotras las viejas sobreviviremos a personas más jóvenes y más sanas.) No, mi niña, no te he hecho venir aquí, arrancándote de compañía mucho más fascinante, para preguntarte por la investigación policial, ni para interrogarte sobre asuntos de la Casa Octogonal, cómo está soportando su pérdida tu querida y valiente madre, y cómo resiste la presión constante de las preocupaciones económicas, si tu padre ha abandonado toda esperanza de recuperar a su hija y ha vuelto a su taller con «renovado celo», expresión piadosa que, te aseguro, no es mía, sino de tu descuidado abuelo, el antiguo presidente del Tribunal Supremo de la Comunidad de Pensilvania, cuya elevada posición, que garantiza cierta inmunidad a las críticas, al parecer también ha garantizado una corrupción del lenguaje y del criterio. No, hija mía —dijo la anciana matrona, ahora sonriendo con placidez y, de pronto, con aspecto infantil e incluso conspirativo—, te he hecho venir a mi retiro de inválida en este día de nieve porque tu presencia resulta maravillosamente alegre para alguien en mi estado, y porque siempre estoy ansiosa por saber que las hijas de mi sobrina gozan de una salud tolerable, y porque a menudo la preocupación me atormenta y necesito ser consolada, querida mía, sabiendo que aún estás entre nosotros y no has desaparecido en el aire.

Malvinia la miró fijamente y no necesitó fingir un mohín de

desconcierto al oír estas palabras. Su actitud era bastante menos refinada de lo habitual cuando balbuceó:

—¿Que… que todavía estoy entre vosotros? ¿Que no he desaparecido en el aire? —Se interrumpió y se apretó un pañuelo contra el pecho, y, recuperando un poco la compostura, prosiguió—: Debes recordar, tía Edwina, que no soy tan perspicaz como Constance Philippa, ni tan lista como Samantha, y carezco del instinto natural de Octavia para comprender la lógica de los mayores sin esfuerzo de raciocinio. ¿De qué modo, tía, podría no estar con vosotros?

En los años venideros, y creo que incluso en una o dos conversaciones con aquel bondadoso caballero que —¡ah, después de cuántas pruebas!— sería su esposo, Malvinia recordaría con cierta afectuosa nostalgia cómo, en este curioso momento, miss Edwina Kiddemaster decidió hablar de una manera despreocupada e incluso superficial, mientras permanecía recostada cómodamente en su cama (hay que observar que sin corsé, pero su encantadora mañanita de brocado y su colcha bordada de seda, importada de China, cubrían el cuerpo de la inválida, que en verdad no ofendía a la vista), entre los lujosos y conocidos olores de la habitación de una enferma, aquella mezcla de carne caliente, medicinas dulces y acres, bálsamo, hisopo, pétalos de rosa, pastelillos y pastel de nuez. Así habló la estimada mujer de letras:

—Bueno, no sé, quizá del modo en que las tercas jóvenes damas a veces desaparecen; tercas y crueles, y condenadas, y muy perversas; en carruaje, en tren, a caballo, que yo sepa… ¡en globo!, o en barco, o… Pero lo cierto, querida mía, es que tu anciana tía no puede saber estas cosas, salvo para sentir repulsión incluso ante la sola idea. Diría que las grandes capitales de nuestra nación están atestadas de criaturas despreciables de nuestro frágil sexo que han caído; sin embargo, tampoco puedo saberlo, y debo insistir en que cambiemos de tema. Mi querida niña, estás un poco paliducha.

De modo que, aunque debilitada por las frecuentes sangrías, Edwina hizo un esfuerzo y se incorporó en la cama para poder coger la tetera de Tiffany y servir a su sorprendida sobrina una porción de pastel, ejercicio excesivo para sus fuerzas y saludado con una exclamación preocupada y leves quejas por parte de Malvinia, que se levantó enseguida para ayudarla.

Así se cambió de tema a la fuerza y no volvió a tocarse nunca, que yo sepa.

Malvinia siempre había estado convencida en secreto, y creo que no estaba muy equivocada, de que ella era la sobrina favorita de Edwina Kiddemaster, favorita no solo por encima de sus propias

hermanas sino de las numerosas parientes jóvenes de la familia de Edwina. Muchas eran las ocasiones en las que la orgullosa anciana la regañaba, con una especie de quisquillosa intimidad, y luego le hacía tomar algún bocado exquisito preparado por la cocinera solo para Edwina —un pastelillo de coco, o una barra de dátiles con pacanas y azúcar, o, a veces, un merengue de chocolate con cerezas al *brandy*— y la invitaba —no, la obligaba— a reclinarse cerca de su lecho de inválida para que le leyera en voz alta una de las nuevas novelas de la temporada, pues le gustaba mucho la voz meliflua de Malvinia y necesitaba, decía ella, «estar al corriente de lo que hacían sus rivales en el campo de las letras». En otras ocasiones, más inquietantes, hacía que Malvinia le dijera lo que pensaba con toda la franqueza posible, situación que desconcertaba un poco a Malvinia, que no estaba completamente segura de saber cómo hacerlo, o de si, en cualquier caso, se atrevería a sucumbir a los halagos de su tía abuela. (Porque, huelga decirlo, existían desacuerdos y disgustos persistentes, y preguntas antiguas y nuevas entre las dos casas: anteriores al nacimiento de las niñas Zinn y relativos, suponían las hermanas, a que su madre eligiera a míster Zinn como esposo. «Aunque cabría pensar —protestaba Malvinia— que, después de más de un cuarto de siglo y con el trabajo ejemplar de padre, los todopoderosos Kiddemaster lo habrían superado.»)

Sin embargo, había ocasiones en que la comedida Malvinia estaba a punto de confesar que, ¡ay!, pensaba demasiado en el joven Cheyney, o en Deirdre con no tan honda emoción como debería (en realidad, me veo obligada a decir que a la despiadada Malvinia le importaba un comino si su hermana regresaba o no a la Casa Octogonal). Pero se mordía la lengua y desviaba el interés de su tía hacia otros temas más ligeros aunque, en verdad, la anciana parecía agradecer e incluso, en ocasiones, tener muchas ganas de oír cualquier chisme: qué divertido «escándalo» había protagonizado la bonita Delphine Martineau en un baile reciente; qué se murmuraba de la salud de la pobre Honora LeBeau Kale, pues esa infeliz dama, que ahora pesaba casi ciento veinte kilos, tenía que ser llevada a la ópera, ataviada con armiño y diamantes, en una silla de ruedas; con quién había bailado Malvinia en un reciente baile; y a quién había rechazado en los últimos quince días, rompiéndole así el corazón.

—Espero que no seas demasiado cruel con tus numerosos jóvenes admiradores. Ni demasiado caprichosa, como se dice. —Así la interrogó la tía abuela Edwina, en un tono meloso y casi coqueto.

Malvinia bajó los ojos y se alisó un volante de la falda que se había arrugado un poco. «¡Demasiado cruel con mis jóvenes hombres! —

pensaba—. ¿Cómo podría ser "demasiado" cruel?» La asaltaron pensamientos espontáneos, al azar: el recuerdo de un caballero olvidado desde hacía tiempo al que, suponía ella, había herido muchos años atrás: el querido y larguirucho Malcolm Kennicott, ayudante del reverendo Hewett y conocido de su padre. Ella lo había herido, lo reconocía, sintiéndose culpable y gratificada, pero por supuesto entonces era demasiado joven para comprender la importancia de su acción; en realidad, no era más que una niña. La culpa, igual que la emoción, era de él, no de ella.

Tras una pausa cortés, dijo:

—Querida tía, no sabría ser cruel, a no ser por instinto de mi naturaleza perdida y no por mi herencia espiritual; en cuanto al vulgar capricho, me parece una característica de opereta cómica.

Este comentario, hecho adrede y atinadamente, condujo a Edwina a preguntar por la vida cultural de Filadelfia que, postrada en la cama como se hallaba, se perdía con infinito pesar. Precisamente el otro día, miss Narcissa Gilpin había escrito una entusiasta carta sobre la notable conferencia «La marcha y la abstinencia» que dio Edward Payson Weston, el campeón de marcha de Estados Unidos, en la iglesia de Cobbett Square; y la célebre poetisa Parthenope Brownrrigg había enviado invitaciones a un grupo reducido y exclusivo de personas para asistir al recital de su largo poema dramático, una obra tan conmovedora, informaba miss Gilpin, que varias damas se pusieron a llorar y ella misma, que había perdido a tantos miembros amados de su familia en los últimos años, aparte de la pérdida de un sobrino nieto favorito en Shiloh y cuatro —¿o tal vez habían sido cinco?— hijos al nacer, se vio vencida por la emoción.

Y, claro está, había conciertos, pantomimas, operetas y óperas (la magnífica soprano Clara Louise Kellogg había interpretado recientemente el papel de Margarita en *Fausto*, que era la ópera preferida de Edwina Kiddemaster ¡ay, haberse perdido esa actuación!); estaban las tragedias de Shakespeare, melodramas nativos, grupos de danza española, alegres farsas. Era una pena, decía Edwina, que se viera obligada a perderse al gran Tommaso Salvini en *Otelo*, pues había leído extraordinarias críticas de su actuación en Nueva York; y el controvertido pero muy dotado Orlando Vandenhoffen llegaría pronto para actuar en el Varieties, en la obra *Bajo la luz de gas*, de Daly, que aún estaba de gira después de muchos años.

—Y, ay, debo perdérmelo todo —dijo con una sonrisa medio amarga—, recluida como me encuentro por mi despiadada sensibilidad, que parece intensificarse con los años, mientras otras de salud más robusta se divierten libremente en el mundo y disfrutan con

lo que les apetece.

Malvinia murmuró que en verdad era una lástima, y, obedeciendo a un ademán casi imperceptible de su tía de ir a cortar otra porción del excelente pastel de nuez para cada una, se inclinó con elegancia hacia adelante mientras la tía abuela Edwina seguía hablando con voz quejosa. Debía contentarse, suponía, con la satisfacción indirecta, a través de las cartas de los numerosos amigos y parientes que tenía en la ciudad, que le escribían cada uno al menos tres veces a la semana (pues todas las mujeres Kiddemaster disfrutaban de una animada correspondencia), y a través de los informes de primera mano de sus queridas sobrinas, que eran lo bastante jóvenes y fuertes para hacer frente a los múltiples tesoros del mundo cultural sin cansarse ni aturdirse demasiado.

—En realidad, querida tía —dijo Malvinia con la mayor cortesía—, ruego por que no se demuestre que está usted muy equivocada.

—¡No lo haré, padre! —gritó Samantha—. ¡Otra vez no! ¡No tan pronto! No puedo.

—Mi querida niña —dijo míster Zinn, atisbando por encima de sus gafas de montura metálica y esbozando su más gentil y delicada sonrisa irónica—, ninguno de nosotros puede, pero la mayoría lo haremos.

Y ella accedió.

(En cualquier caso, como señaló bondadosamente Octavia, sin darse cuenta del dardo que sus inocentes palabras contenían, no era que la tía abuela Edwina la molestara con mucha frecuencia: podían pasar muchos días sin que llegara un mensaje para Samantha, mientras que se esperaba que Octavia y Malvinia la visitaran al menos dos veces a la semana.)

—Padre, estoy haciendo… —empezó a decir Samantha con voz quejosa.

—Hija, siempre estamos haciendo algo, espero —dijo míster Zinn en tono brusco y jocoso al mismo tiempo, volviéndose hacia la tabla de pino elevada en la que estaba trabajando.

El rostro poco agraciado de Samantha se endureció, pero con gesto rápido ya se había quitado el sucio delantal y estaba ordenando su extremo del largo banco de trabajo, guardando en su cajón sus diagramas, papeles y lápices, instrumentos calibradores y tablas de logaritmos para ponerlos a salvo. El taller de míster Zinn, como el taller de cualquier laborioso inventor, no era un modelo de pulcritud, pero Samantha sabía por experiencia que el travieso Pip, al despertar

de su siesta junto a la estufa, podía acercarse corriendo a ver lo que su joven ama había estado haciendo durante la mañana y, a pesar de la presencia de míster Zinn, conseguir causar algún daño, sin querer, a sus dibujos. (El notable e ingenioso monito había adquirido años atrás la costumbre de juguetear con el trabajo de Samantha, alterándolo a veces de forma tan sutil que podían pasar horas hasta que la desconcertada joven lo descubría. Poseía por instinto una astuta habilidad para imitar aquellas misteriosas formas y garabatos que los seres humanos empleaban como cálculos matemáticos, pero, claro está, no podía sino imitarlos, y nunca se atrevía a interferir en el atestado banco de trabajo de su amo, que nadie supiera.)

Samantha era la única de las hermanas que se atrevía a aparecer en el dormitorio de la tía abuela Edwina en traje de paseo de diario, de simple algodón, sin cola, adornado solo con tiras horizontales de pliegues y volantes. Y unas cuantas cintas flojas de tono indefinido. A veces ni siquiera se quitaba el vestido de manga larga que se ponía para estar en el taller, de franela y holgado, que había pertenecido a Malvinia y, debido a los repetidos lavados con jabón, bórax e incluso tintura de benzoína, estaba bastante raído. Llamaba al dormitorio de su tía abuela, se ataba con impaciencia su sencillo gorro de lana, raras veces se molestaba en coger su bolsito de piel de conejo y abalorios, aunque se lo había regalado la propia Edwina Kiddemaster, no se preocupaba de cambiarse los zapatos y se dejaba puestos los mitones de felpa de diario hasta que estaba a punto de apearse del carruaje, cuando, frenética, se ponía los guantes blancos buenos (los cuales, ay, aunque se habían frotado con jabón de Castilla raras veces estaban libres de manchas), gruñendo y quejándose para sí en voz demasiado baja para que el joven cochero irlandés la oyera. (Aunque la impetuosa y menuda Samantha habría preferido ir a pie por el bosque hasta la casa de sus abuelos en los días soleados y apacibles de invierno, su madre necesariamente prohibió semejante locura, y sus desacuerdos con frecuencia provocaban lágrimas de ira en ambas. «No eres un chico —la atacaba mistress Zinn—, y no debes comportarte como si lo fueras.»)

Ella suspiraba en voz alta y se mordía el labio inferior, y miraba alrededor sin ver, como si buscara una improbable vía de escape, mientras era conducida al piso de arriba por una criada muda pasando por delante de los retratos de los antepasados Kiddemaster, en marcos dorados ovalados, todos ellos solemnes, robustos y gotosos a su modo de ver, que, a pesar de la agudeza con que la miraban fijamente, poco tenían que ver con ella. (Y ¿qué había de sus antepasados Zinn, que no estaban representados en ningún retrato ni daguerrotipo? ¿Qué clase

de hombres y mujeres habían sido? Ay, Samantha no sabía nada de ellos salvo el exiguo hecho de que un joven llamado Rudolph Zinn, austríaco de nacimiento, soldado bajo el general Benjamin Lincoln, había resultado gravemente herido en una escaramuza en el río Bloodsmoor y abandonado por el ejército continental en retirada, y poco a poco fue recuperando la salud gracias a una familia granjera cuáquera, pues los cuáqueros de la región habían sido neutrales en lo referente a la Revolución y en general ni los rebeldes ni los británicos los molestaron. Este solitario Zinn se encontraba en el valle de Bloodsmoor aproximadamente en el año 1777 y podía tener tan solo veinte años de edad, y aparte de esto la historia de los Zinn estaba tentadoramente en blanco puesto que John Quincy Zinn, fiel a sus creencias trascendentales, consideraba que la historia de su familia, así como la suya propia, era demasiado «personal» para tener importancia. Y, sin embargo, Samantha se imaginaba a sí misma más como una Zinn que como una Kiddemaster, y le gustaba pensar que, generaciones atrás, había una mujer joven, no distinta de ella, impaciente con el trabajo de la casa y propio de las mujeres y ansiosa por dedicarse a números, artilugios y esquemas para cambiar el mundo. ¡Joven ilusa! Si hubiera prestado una escrupulosa atención a los ejemplos de sus mayores, y no hubiera permitido que su frívola mente vagara de aquí para allá, como nubes empujadas por una brisa caprichosa, su propia historia habría sido menos rebelde y no habría roto el corazón de sus padres.)

Aunque había sido llamada con urgencia a la cámara de su tía abuela, tuvo que esperar en una antesala y de nuevo suspiró ruidosamente, volvió a atarse el lazo del gorro y calculó cuánto rato tendría que permanecer en presencia de Edwina antes de poder efectuar una discreta retirada. En una ocasión, en el mes de enero, Edwina había estado demasiado nerviosa y fatigada para conversar con ella y la había despedido al cabo de media hora, lo que ella agradeció; en otra ocasión, la abuela Kiddemaster estaba de visita, reclinada en una *chaise longue* de estilo imperio, cubierta con una bata de satén acolchada, demasiado débil para hacer algo más que murmurar un amable saludo a la sorprendida Samantha, pues aquella tarde el doctor Moffet había sometido a ambas mujeres a una sangría y, mientras se afanaban en su labor de ganchillo, despedían un aire de virtuosa anemia.

Cuando en esta ocasión Samantha fue acompañada dentro, sintió alivio al ver a la tía abuela Edwina fuera de la cama, sentada en una silla, con un chal de brocado japonés sobre sus rollizos hombros y una manta de cachemira dorada sobre las piernas. Sobre la mesita de palo

de santo había una lámpara encendida, pues, aunque era primera hora de la tarde, como era un día de invierno ya había oscurecido; la pantalla de Tiffany despedía una profusión de cálidos tonos verdes, azules y naranjas. Aunque la escena era agradable, Samantha sonrió levemente e hizo una rígida y leve reverencia a su tía. Inmediatamente esta le pidió que sirviera dos tazas de té, cortara dos trozos de pastel de frutas y los untara con mantequilla lo más generosamente posible, pues era necesario, dijo la tía abuela Edwina, para que una mantuviera las fuerzas en aquel interminable invierno.

Mientras Samantha, nerviosa, servía el té y cortaba el pastel, su tía siguió hablando en un tono de característica ironía:

—Te he apartado a la fuerza del lado de tu padre, mi querida niña, solo porque sospecho que jamás se te ocurriría venir a visitarme, y una vieja inválida como yo puede añorar mucho, muchísimo, a sus sobrinas carnales.

Samantha respondió con un balbuceo, entregando a Edwina su taza de té y su rebanada de pastel de frutas con una gruesa capa de mantequilla, y en el silencio oyó el tranquilo tictac de un reloj. Preguntó, de forma estúpida:

—¿Sobrinas carnales?

La tía abuela Edwina le hizo una seña para que se sentara.

—Cuando se envejece —dijo la anciana, sonriendo con frialdad—, se siente cierta apasionada ternura por los parientes más jóvenes, por cuyas venas corre, por decirlo de alguna manera, la sangre de la juventud. Pero no espero que lo entiendas, querida; no es necesario que pongas esa cara de preocupación.

Samantha miraba fijamente la alfombra y no se le ocurrió ninguna respuesta coherente. Ay, la hábil anciana podía muy bien haber estado hablando en código, y Samantha carecer del ingenio, en este preciso momento, para interpretarlo.

—Lo siento, querida tía —murmuró—, si te ha dado la impresión de que estoy preocupada.

—La preocupación, la inquietud y, en realidad, cualquier forma de ejercicio mental indebido nos desfigura la cara a las de nuestro sexo; y, como ha dicho el doctor Moffet, son tristemente perjudiciales para la salud, para la mía, quiero decir —contestó Edwina, con un plácido gesto ceñudo que dio paso a una melancólica sonrisa—, pues mi trabajo, como muy bien imaginas (aunque raramente hablo de él) exige un considerable gasto de espíritu.

Se interrumpió y procedió a efectuar sus preguntas formales de costumbre sobre la salud de Samantha, su sueño y sus facultades digestivas; y el estado de salud, que Samantha supiera, de los otros

habitantes de la Casa Octogonal. Samantha respondía con infinito tacto y cortesía, y espero no predisponer al lector en contra de esta joven dama si le confío que su mente, mientras hablaba, se trasladaba al barranco y al pequeño taller, y a la visión de su amado padre que, en aquel momento, podía haber hecho una pausa en su trabajo para mirar por la ventana hacia la nevada cañada, de pintorescas rocas, árboles achaparrados y pájaros de vuelo veloz, todo lo cual él no veía, pues aunque John Quincy Zinn a menudo miraba por la ventana, su mente era tan extraordinaria que no veía nada. Pero ¡ah, cuánto amaba Samantha aquel taller! ¡Cuánto ansiaba verse libre de la presencia de su tía abuela y de nuevo al lado de su padre en el taller, donde el pequeño Pip tal vez en aquel momento estaba posado en el hombro de míster Zinn, mordisqueando un terrón de azúcar, sin que su amo se diera cuenta!

Samantha despertó de su agradable ensueño cuando Edwina le preguntó por los progresos del invento en el que estaba trabajando míster Zinn, y respondió lo mejor que pudo, pues sabía cómo juzgaba la familia de su madre, en secreto, el gran esfuerzo que hacía su padre; ¡cuánto bromeaban y reían y meneaban la cabeza a sus espaldas! Así, ¿Edwina quería saberlo de verdad? ¿Cómo podía responder Samantha con la mayor diplomacia?

Unos días atrás, un inventor llamado Hannibal Goodwin había ido a visitarlo inesperadamente, y ambos estuvieron hablando un rato, animados; míster Zinn habló bastante libremente de su trabajo en curso («¡Ay, trabajo parado sería una expresión más exacta!», exclamó el modesto hombre), y mostró a míster Goodwin otros proyectos interrumpidos, algunos de ellos simples esbozos, algunos dibujos medianamente completos, uno o dos modelos a escala… Goodwin, cuya obsesión, según expresó, era la fotografía —la película fotográfica y el movimiento, el movimiento del ojo y el movimiento que excede al del ojo—, estaba particularmente interesado en un viejo juguete en el que míster Zinn había estado trabajando, para entretenimiento de sus hijas principalmente, en los años en que, a mediados de los sesenta, estuvo convaleciente. El juguete se habría llamado «Zinnoscopio», si se hubiera terminado, patentado, fabricado y vendido. («Una secuencia improbable», observó míster Zinn.) Samantha había hecho media docena de bocetos de Pip en pasta de yeso, en el interior de un cilindro de unos setenta y cinco centímetros de longitud, y míster Zinn había dispuesto un polígono de pequeños espejos dentro del cilindro, que se iluminaba por arriba mediante una luz. Cuando cada espejo estaba ante los ojos del observador, reflejaba el dibujo que tenía enfrente, y a medida que el cilindro y el polígono

giraban, cada vez más rápidamente, las imágenes sucesivas de Pip poco a poco y de modo milagroso se fundían una con otra, de modo que, parpadeando y mirando fijamente, el observador fácilmente podía imaginar que estaba mirando por un agujero de alguna clase una realidad viva y móvil. Míster Zinn también había experimentado con la idea de proyectar estas imágenes de alguna manera, quizá con una linterna mágica, aunque probablemente habría precisado más de una, pero no había salido nada de ello: como de costumbre, había perdido bruscamente el interés por el proyecto ya que, en un momento de ensueño, se le había ocurrido una asombrosa idea para un nuevo proyecto y le había parecido mejor no resistirse.

—Como puede usted ver, míster Goodwin —dijo míster Zinn en tono de disculpa, agachándose para limpiar soplando el polvo del modelo (pues las niñas naturalmente habían perdido el interés después de unas cuantas emocionantes veladas, e incluso Pip, al principio fascinado al ver su propia imagen en movimiento, pronto se aburrió de su sencillez y repetitividad)—, como puede ver, el objeto solo es un juguete, y un hombre no se puede contentar con juguetes mientras la gran masa de estadounidenses pasa sus días realizando un trabajo útil.

La tía abuela Edwina profesaba muy poco interés por el olvidado Zinnoscopio, aparte de observar que podría ser un maravilloso pasatiempo, en verdad, para un mono; le interesaban más los experimentos que míster Zinn había estado haciendo con la caja de hielo en el sótano, ya que aquella cosa grande, achaparrada, olorosa y desalentadoramente inútil causaba mucha molestia a los de la casa, en particular en los meses de verano. (¡A medida que avanzaba agosto se percibía un verdadero *crescendo* de olores!, y en más de una espantosa ocasión los olores de lo que podría llamarse «gas de alcantarilla» de alguna manera se habían infiltrado en la cañería y habían llegado hasta la caja de hielo, impregnando la comida.) Pero, lamentablemente, al cabo de unas semanas de trabajar en ello, míster Zinn empezó a tener la absurda idea de que tenía que revisar el concepto completo de la «caja de hielo» y de que, en lugar de confiar en el hielo almacenado en la parte inferior del compartimiento, que inevitablemente se derretía y se escurría en una cacerola, de una manera de lo más ineficaz, debería idear algún método mediante el cual el propio frío de la caja de hielo creara el hielo, lo cual invertiría por completo el actual procedimiento y constituiría, en palabras de míster Zinn, otra «transformación» de la realidad. Cuando los miembros de la casa saludaron esta caprichosa noción sin gran entusiasmo, e incluso Samantha se quedó mirándolo con turbado asombro, míster Zinn perdió el interés por el proyecto.

Samantha hablaba con vacilación, temiendo traicionar a su querido padre, pues la sonrisa algo desdeñosa con que la tía abuela Edwina saludó el informe que le hizo de sus «progresos» solo disimulaba muy levemente una ironía más característica, y no estaba dispuesta a mencionar la culpabilidad que naturalmente sentía con respecto a su infortunada hermana menor.

La tía abuela Edwina se apretó el chal sobre los hombros, como si de repente tuviera frío, y con un elegante gesto de la mano indicó a Samantha que sirviera otra taza de té para cada una. Y que cortara otra ración de pastel, si era tan amable.

—Gracias, tía Edwina —dijo Samantha, realizando el pequeño ritual con mecánica facilidad—, pero creo que rechazaré tu ofrecimiento de otro trozo de pastel. Sin embargo, el té está delicioso.

—Tienes que comer, tienes que engordar —dijo la tía abuela Edwina, casi con malhumor—. Estás demasiado delgada, Samantha, y eso no es atractivo. Que seas menuda por naturaleza es admirable, por supuesto; tu cintura no mide más de cuarenta y tres centímetros, me atrevería a decir, lo cual está muy, pero que muy bien, claro, y sin embargo… como sabes… cierta generosidad de… de presencia corporal… cierta distribución atractiva de la carne… se considera socialmente deseable; de lo contrario tendremos que ponerte relleno, y me asombra que tu madre todavía no haya abordado este problema.

—Sí, tía —dijo Samantha, sonrojándose, de modo que las pecas de la cara se le oscurecieron—, quiero decir, lo lamento muchísimo.

—Una de tus doncellas debería poder hacer algo, diría yo —prosiguió la tía abuela Edwina, tomando un sorbo de té—, y, si no, mi muchacha podría hacerlo. Para empezar, un poco en el pecho y caderas; nada pronunciado, para que los caballeros no lo notaran. Pero poco a poco, poco a poco… No has puesto mantequilla en este trozo de pastel, Samantha.

Samantha se levantó de la silla, se disculpó, volvió a sentarse al ver que la tía abuela Edwina le hacía señas de que no se moviera y se sonrojó más que nunca.

—No eres una caja de sorpresa, mi querida jovencita —dijo la tía abuela Edwina—. Ni una sirvienta común… para enrojecer tan ferozmente. ¿No sabes controlarte?

—Lo siento, tía Edwina —dijo Samantha con desconsuelo—. Yo… yo… no sé qué me pasa en esos momentos.

—No deseamos la delgadez —dijo lentamente la anciana—, porque no nos gustaría verte tan esquelética y poco atractiva como… como tu exhermana. Quiero decir… tu hermana desaparecida.

Samantha parpadeó con seriedad al oír estas palabras.

—Sí —balbuceó—. Quiero decir… no. Gracias, tía Edwina, por… por tu amable consejo.

—Te estás sonrojando más —dijo Edwina, no sin una sonrisa—. Si no recuerdo mal, pues me visita con tan poca frecuencia, estos sonrojos también son una característica de tu padre.

Samantha asintió en un murmullo.

—Y míster Zinn también tiene una marca de nacimiento, que aparece de vez en cuando —dijo la tía abuela Edwina despacio, masticando ahora su trozo de pastel y limpiándose los labios con un pañuelo de encaje—, aunque no es desagradable, en el lugar donde está. El éxito con que extirpó una deformidad similar de tu sien izquierda, cuando eras niña, dice mucho en su favor; fue un gesto valeroso, y creo que necesario.

Samantha tenía la vista fija en la alfombra.

—¿Recuerdas, quizá, la marca de nacimiento? ¿O el procedimiento con el que te la extirpó? —preguntó la tía abuela Edwina.

—Me temo que no, tía —dijo Samantha.

—Pero sabes, por supuesto, que tenías una marca de nacimiento, y que tu padre te la eliminó con una especie de abrasión química, creo.

—No lo sabía —dijo Samantha.

—Tu hermana Malvinia, a pesar de lo orgullosa que está de su belleza, tiene una especie de marca de nacimiento, una marca Kiddemaster —dijo la tía abuela Edwina, sonriendo de un modo extraño; puso otro terrón de azúcar en su té y lo removió.

—Sí, tía —dijo Samantha mirándola fijamente—. Quiero decir, no lo sabía.

—Un defecto mucho menos visible, y quizá, para el ojo caritativo, no sea ningún defecto —declaró la tía abuela Edwina—. Me refiero, por supuesto a las entradas marcadas, que a veces se consideran, a mi modo de ver de forma equivocada, un signo de especial belleza.

Samantha asintió de nuevo en un murmullo. Se había puesto bastante nerviosa y tenía un miedo atroz a derramar el té sobre su vestido.

—Por una de esas extrañas y a veces desagradables coincidencias, tu hermana adoptiva, Deirdre, tenía una marca similar; aunque la suya, lamento decirlo, era mucho más pronunciada y no contribuía a su belleza —dijo la anciana despacio, con una voz extraña y sin inflexión—. A menudo me he preguntado qué finalidad tienen estas grotescas coincidencias. ¿Para qué sirven estas ironías del destino?

—No lo sé, tía Edwina —dijo Samantha.

—¿Pueden tener por objeto que tengamos humildad… o ser humillados?

Samantha se rebulló, incómoda.

—Tampoco lo sé, querida tía —dijo con voz débil.

La anciana, que removía su té con aire distraído, miraba fijamente a Samantha como si viera a través de ella. El recargado gorro de tarde y el delicado tejido del chal japonés contrastaban con su rostro, o con su expresión, que era inusualmente melancólica, y su suave piel, apenas arrugada y generalmente con mucho color, tenía un aspecto pálido, plomizo.

—Ser humildes o humillados —dijo lentamente— en el gran plan de Dios. ¿Crees que podemos confiar plenamente en que Él haga una distinción inteligente entre las dos cosas?

Samantha se estremeció, quizá como consecuencia de una corriente de aire invernal que entró por la ventana, quizá como consecuencia del comentario blasfemo de su tía abuela. Ya no podía confiar en su voz, pero meneó la cabeza, haciendo un gesto de negación, como una niña pequeña descortés, para indicar que no lo sabía.

—¡Ah! —exclamó la tía abuela Edwina, dejando de pronto su taza de té, con tanta brusquedad que se derramó un poco de líquido en la manta de cachemira, y se llevó las manos cubiertas de anillos a la cara para frotarse los ojos con fuerza—, ¡ah, me vengaré… de Él! Si vivo lo suficiente, sí mi ingenio no me falla pronto… ¡ya verás!

Estas palabras asombraron tanto a nuestra joven dama que, durante un largo momento, se quedó sentada con la mirada fija; no tuvo la presencia de ánimo suficiente para levantarse y despedirse, aunque era bastante evidente que la tía abuela Edwina, ya por un exceso de emoción súbita y desacostumbrada, ya como consecuencia de elixires ingeridos antes de la llegada de Samantha, había dejado de ser consciente de su presencia y se hallaba, en realidad, sola: inconfundiblemente sola.

—Si vivo lo suficiente… sí mi ingenio y mi valor y mi rabia no disminuyen… sí… ya verás… sí… necios e idiotas… bribones… hombres… Él… mi amado me fue arrebatado… me vi privada de mi maternidad. Ya verás, ya verás —gritaba la afligida mujer, sin dejar de frotarse los ojos con alarmante energía. Entonces empezó a temblar, ¡no con sollozos sino con silenciosas carcajadas!, lo cual aterrorizó tanto a la pequeña Samantha que, sin pensar, sin importarle el decoro, se levantó al instante de su asiento y dejó la taza de té sobre una mesa (la taza tembló tanto en el platillo, produciendo un fuerte tintineo, que Samantha temió que se rompiera) y, apartándose de la alterada mujer, se marchó con un asustado susurro.

Pero la tía abuela Edwina no lo oyó; gracias a Dios, tampoco se dio

cuenta de la partida de Samantha.

Contaré a todo el mundo esta revelación —pensó Samantha, mientras los caballos arrastraban el carruaje de los Kiddemaster de nuevo a casa; el corazón le latía con alegre embriaguez, y la punta de la nariz se le quedó helada de excitación; y después, cuando la Casa Octogonal apareció a la vista y cierta invernal desolación le inundó el alma, a pesar del atractivo de la casa de míster Zinn y de la amada familiaridad de cada ventana, de cada comisa, de cada pararrayos, pensó—: no le contaré a nadie esta revelación.

Y eso es exactamente lo que hizo.

18

Hubo un tiempo en que había cinco hijas Zinn viviendo en armonía con sus amorosos padres, en la Casa Octogonal junto al río; apenas doce meses más tarde, solo quedaban dos.

La pena sentida al perder a una pronto se hizo más profunda por la comprensible pena que causó perder a tres.

Pues, como si quisieran seguir el desdichado ejemplo de su hermanastra, Constance Philippa y Malvinia pronto huyeron de la sociedad decente, por qué infames rutas, con qué indecibles propósitos, no sé decirlo.

Pero ¿el barón rechazó a su prometida?, puede preguntarse el lector, temiendo lo peor; y ¿la irreflexiva Malvinia se fugó con su más atractivo pretendiente, Cheyney Du Pont de Nemours? Tenemos razones para creer que el barón Adolf von Mainz, aunque leal a Constance Philippa y su familia, y particularmente en deuda con Vaughan Kiddemaster por ciertos éxitos financieros que no poseen interés explícito para nuestra historia, sufrió la angustia de reconsiderar (aunque sin expresarlo) su decisión de unir su ilustre familia con la de su prometida, pues hay que suponer que el barón, a pesar de mostrar una actitud de despreocupada galantería, era un caballero sumamente sensible, y debió de ofender a su sentido estético, así como a su sentido del decoro, ver los apellidos Zinn y Kiddemaster impresos en la prensa sensacionalista y siendo objeto de murmuraciones incluso en la mejor sociedad. (¡Qué persistente es el chismorreo en nuestra época! Asombra su difusión, en una edad de aturdimiento en que fama y notoriedad pronto se desdibujan y logro y pecado a menudo se confunden.) En más de una ocasión ese digno caballero envió un mensaje a miss Zinn para explicar que se hallaba

indispuesto, o que de pronto había tenido que marcharse por un asunto de negocios, y en consecuencia le era imposible ir con ella en una de sus visitas obligadas a casa de algún pariente, pues, acompañados por Prudence Zinn, la orgullosa madre de la futura novia, y, con menos frecuencia, por John Quincy Zinn, se esperaba que la pareja visitara prácticamente a todos los parientes que vivía en el extremo suroriental del estado y en Wilmington, Delaware: los Whitton, Kale, Bayard, Gilpin, Woodruff, Miller.

—Al hombre atrapado le molesta, de forma natural, ser arrastrado como una especie de trofeo —dijo Constance Philippa con una triste sonrisa, tendiéndole a su madre uno de los mensajes de profundo y florido pesar que él le había enviado—. No sería de sorprender, y casi se comprendería, que decidiera huir a su patria.

A mistress Zinn no le divirtió la broma de su hija mayor, ni su reto la desvió del tema.

—Te prohíbo que expreses estos sentimientos —dijo, cogiendo la rígida hoja de papel de la mano de Constance Philippa y observando con irritada satisfacción el escudo de armas de los Von Mainz, en modesto dorado, y los elegantes contornos de la letra del barón—, ni siquiera con disimulo.

Y se dio el caso también de que monsieur de Nemours, quizá empujado por su acaudalado padre Irénée (de la empresa de Du Pont de Nemours, Pere, Fils & Cié. de Nueva York), permaneció lejos de Bloodsmoor durante un incómodo período de tiempo, a pesar de su evidente encaprichamiento con la bella Malvinia. Su silencio, así como su ausencia, afectó profundamente a Malvinia, hiriéndola en su orgullo más que en su corazón; y, como su orgullo era mucho más vulnerable que su corazón, porque estaba más consentido, se puede calibrar la medida de su consternación. («Estoy cansada de esta ronda constante de fiestas, tés, cenas y bailes —se quejó Malvinia a Octavia, arrojándose sobre su cama con dosel y dejando que su adorable cabello se derramara sobre las almohadas de un modo nada femenino —. Esta misma tarde he curioseado en la biblioteca del abuelo Kiddemaster, como hacía, recuerdo, cuando empezaba a dejar de ser niña, y me he quedado asombrada por la alegría con que he cogido ciertos volúmenes de los estantes, una alegría y un hambre juntas, pues la mente busca alimento, igual que el estómago, y ¿qué es más nutritivo que una hora pasada en compañía, no del soso monsieur de Nemours, sino del gran William Shakespeare, o de Platón, o de Oliver Goldsmith?» Y Octavia, aunque no se dejaba engañar respecto a la causa de la apasionada explosión de su hermana, asentía en bondadoso silencio.)

Sin embargo, lo irónico fue que el barón no logró zafarse de las obligaciones con los Kiddemaster, y acabó siendo el más ofendido, el más herido. El hecho de que no fuera rechazada por su prometido constituye una medida de la perversidad de la conducta de Constance Philippa: en realidad, él cumplió su parte del contrato matrimonial y tomó a Constance Philippa Zinn por esposa legal, ante el altar adornado con flores de nuestra pintoresca y antigua Trinity Church, en otoño de 1880, como si nada desafortunado hubiera sucedido en la familia de ella, como si ningún demonio invisible se hubiera desatado. No fue miss Zinn la que abandonó todo lo que era familiar y conocido, sino la baronesa Von Mainz…

Por una ironía similar, al cabo de una semana, la impulsiva Malvinia ligó su destino a un caballero cuyo nombre, aunque conocido en la sociedad, apenas lo era en sentido íntimo para su familia: en resumen, no era el apuesto joven heredero de la fortuna de los Nemours, sino un extraño para todo Bloodsmoor, un extraño para los salones de Filadelfia, salvo por su fama algo superficial.

(Es fácil imaginar el impacto que causó esta doble —no, triple— destrucción en una misma familia cristiana: la desconcertada congoja de los padres, la vergüenza y tristeza de las restantes hermanas. En verdad, la muerte de Constance Philippa y Malvinia habría sido recibida con más agrado, y mucha más compasión, que el destino que sufrieron y la humillación que hizo más profunda la nube de maldición que ya oscurecía el cielo de la mansión Kiddemaster.)

En los largos y ocupados meses de su compromiso, Constance Philippa tuvo oportunidad de conocer, a través de la lectura, los sagrados deberes de una esposa; a menudo se la encontraba escondida en un rincón, sola con el dulce Pip dormido en su regazo, estudiando alguno de los libros que mistress Zinn, la tía abuela Edwina y otros miembros femeninos de su familia le habían recomendado. ¡Con qué diligencia los leía!, ¡cómo se arrugaba su frente mientras volvía atrás una página y la releía, a veces en voz alta! Los vientos traidores de enero y febrero amainaron y dieron paso a los vientos simplemente fríos de marzo, y después, con esa maravillosa brusquedad característica de nuestra parte del mundo, empezó la primavera y luego llegó el verano. Si bien el barón demostrara, mediante una sutil moderación de su pasión, que había reflexionado en la cuestión de casarse con la hermana mayor de una joven dama de sino tan sensacional como el de

Deirdre, naturalmente no habló de ello con su prometida, ni con nadie de la familia; y, para tranquila alegría de los Zinn y los Kiddemaster, pronto se hizo evidente, con el transcurso de los meses y a medida que el invierno daba paso a la primavera y todo el mundo dormido, entumecido, despertaba, que la alta estima que sentía el barón por Constance Philippa y por su familia había triunfado sobre toda indecisión. La joven pareja no solo se casaría según estaba planeado, sino que se dijo que el barón había expresado, con su cosmopolita galantería habitual, y no sin un poco de sincera emoción además, el deseo de que la boda se celebrara antes. (Esta sorprendente observación fue dirigida a Malvinia en una recepción celebrada en la residencia palaciega Main Line del matrimonio Hambleton Kale. Para irritación de Constance Philippa, aunque también para su alivio, el barón hablaba con mucha menos contención con Malvinia, y se lo veía sonreír y reír en su presencia, mientras que se mantenía rígido en presencia de su prometida, igual que ella lo estaba en la de él. Quizá ello era debido a la disparidad de altura de ambos, pues Constance Philippa lo sobrepasaba, como decía él, al menos siete u ocho centímetros; quizá era debido a la formalidad con que la trataba, pues ella, al fin y al cabo, había sido elegida entre todas las mujeres como prometida suya y, por lo tanto, era un ser sagrado. No obstante, el barón Von Mainz dijo a Malvinia que «los compromisos en Estados Unidos son extraordinariamente largos», y lo que significaba esta afirmación era inconfundible: ¡el joven estaba tan enamorado de Constance Philippa que quería casarse enseguida! O eso se apresuró a informar Malvinia a su hermana, que se sonrojó intensamente cuando lo oyó y no supo qué responder. Mistress Zinn, a quien le fue repetido todo esto, solo hizo la observación de que no era adecuado que Malvinia se comportara como una especie de confidente del prometido de su hermana: estos intercambios íntimos debían cesar de inmediato.

—Creía que te complacería la impaciencia del barón —exclamó Malvinia—, pues sin duda indica sinceridad y afecto.

—Indica —replicó tranquila su madre— cierta falta de delicadeza y una ceguera hacia las costumbres de Filadelfia que, como futura suegra del barón, no me gustaría que se conociera.

Fue Constance Philippa quien, con su actitud seca y sin preocuparse del efecto que producirían sus palabras en su madre, señaló:

—¡Ah!, ese pobre hombre solo quiere acabar con la ceremonia lo antes posible, antes de cambiar de opinión de verdad.)

Sin embargo, el barón Von Mainz no había cambiado de opinión, y los preparativos para la boda prosiguieron, adquiriendo impulso a

medida que la estación se hacía más cálida. Constance Philippa ahora pasaba todo el tiempo yendo de un sitio a otro en la bonita berlina de los Kiddemaster, tomando té en casa de un pariente u otro, asistiendo a cenas, almuerzos y bailes (en los que ella y su prometido bailaban con una gracia de marioneta sumamente agradable); o permanecía en su casa para probarse su traje de novia, o para estudiar, con creciente fanatismo, la docena o más de libros que le habían recomendado, entre los que se encontraba *Aspectos físicos de la vida de la mujer*, del doctor Naphey. Oscilaba entre la actividad frenética y la fatigada indolencia, entre la alegría desenfadada, casi estridente, y el abatimiento saturnino. En privado leía en voz alta estas potentes palabras del poeta Shelley:

Viento intenso, que gimes con estrépito
una pena tan honda imposible de cantar;
viento furioso, cuando la nube plomiza
es negro presagio en la larga noche;
pesarosa tormenta, cuyas lágrimas son vanas;
árboles desnudos, que retuercen sus ramas;
profundas cavernas y lúgubre mar,
¡llorad, por el mal del mundo!

Doncella, esposa y madre, de Eliza Leslie North; *La madre cristiana*, de Mary Manderly Ogden; *Consejos sobre la naturaleza y la higiene de la feminidad*, del doctor Elias Riddle; *Carta de recomendaciones a una novia joven*, de Alice C. Dodds, y, por supuesto, los volúmenes de la tía abuela Edwina, que la despreocupada Constance Philippa había dejado de estudiar en el pasado: *El amigo de la joven dama: compendio de las formas correctas* y *Guía de la debida conducta cristiana entre los jóvenes*, y, el más valioso de todos, a medida que se acercaba el umbral del matrimonio y se preparaba para pasar de ser doncella a ser esposa, el éxito de ventas *El hogar cristiano*, que daba, en un tono muy parecido al de la voz de Edwina Kiddemaster cuando hablaba, este valiosísimo consejo:

> La joven esposa cruza el umbral no de una simple casa, sino de un hogar, y su obligación es hacerlo florecer como si fuera un jardín. ¡Qué sagrada misión, ser el calor en torno al cual los corazones se reúnen; reforzar, iluminar y embellecer la existencia; ser la luz del alma de otros y el ángel del bien del sendero de otros! ¡Y qué misión aún más sagrada, ser madre: dar a luz inmortales niños!

La joven leía, se atracaba y sin embargo seguía hambrienta, y proclive a infantiles malos humores que asombraban a toda la casa. Su despotismo con Octavia se hizo inexcusable; su sarcasmo con Samantha, asombroso; la mezquindad y los transparentes celos de las relaciones del barón con Malvinia, enfurecedores, aunque a menudo divertidos, como observó burlona Malvinia. («Teme que su novio enano mire a su cuñada con más afecto que a su novia —dijo Malvinia a la escandalizada Octavia—, y si se transformara en una verdadera dragona, ¿quién podría reprocharle nada a él? El barón es humano, o, en cualquier caso, eso cabe creer.»)

Una tarde, mientras le hacían una prueba del traje de novia, Constance Philippa leía en voz alta el volumen del doctor Riddle, poniendo en un apuro a madame Blanchet y a su joven ayudante, que no sabían qué hacer. Con voz seca y tono gracioso e irónico, impropio de alguien de su posición, y sin duda de alguien ataviado con un encantador vestido de seda china, con vainicas, encaje hecho a mano y puntillas, Constance Philippa leyó:

—«En nuestro acto más unitario, que es el paradigma y el pleroma de la vida, tenemos la más intensa de todas las afirmaciones del amor de Dios por nosotros como criaturas, y su voluntad de que marido y mujer participen en una verdadera pangénesis. La suprema sacralidad del vínculo matrimonial, simbolizada en el solemne intercambio de anillos, es una medida de la sacralidad del vínculo de Dios con su creación.»

En ese instante mistress Zinn entró en la habitación y, enrojeciendo de enojo, arrebató el volumen de la mano de su hija. Pero, cosa sorprendente, dijo muy poco del incidente (aunque su hija mayor se encogió, atemorizada, pues Constance Philippa tenía mucho miedo de la ira de su madre), aparte de observar que era lamentable, conociendo la propensión de madame Blanchet a ir contando historias de una casa a otra, que Constance Philippa se hubiera comportado de aquel modo.

—Lo siento mucho, madre —dijo Constance Philippa, mordiéndose los labios—. De verdad que lo siento mucho.

Una auténtica pangénesis… el paradigma y el pleroma de la vida… la suprema sacralidad del vínculo matrimonial: ¿qué significaba esto?, se preguntaba, torturándose, Constance Philippa. ¿Qué significaban aquellas palabras? A la edad de veintitrés años era lo bastante lista para haber decidido, por sí misma, que el vínculo matrimonial conducía en la mayoría de los casos a tener hijos, y que los hijos

(como recordaba vagamente de los numerosos partos de mistress Zinn, pues por supuesto esta había tenido varios hijos nacidos muertos además de haber dado a luz con éxito a sus cuatro hijas) era evidente que tenían algo que ver con el cuerpo de la madre, y que este fenómeno era un misterio, una bendición, un deber sagrado y al mismo tiempo una cruz que todas las mujeres debían soportar, como parte del mandamiento de Dios. Qué tenía que ver el sexo masculino con todo esto, Constance Philippa aún no lo sabía, pero suponía vagamente y con optimismo, como suponía que llegaría a amar al barón después de casarse con él, que ya lo aprendería: quizá él se lo explicaría.

Quizá, pensaba con un destello de esperanza, la promesa del doctor Riddle de la pangénesis no es ni más ni menos que la revelación de este profundo secreto, que no se confía al sexo femenino hasta después de haber hecho los votos matrimoniales.

Además de los manuales de matrimonio y etiqueta, Constance Philippa también había recibido, de Narcissa Gilpin, un bonito pequeño volumen de Katharine Lee Bates titulado *El libro del día de la boda* o *Las felicitaciones de los poetas*, que leía cuando las otras lecturas, más serias, la fatigaban, o cuando una tarde regresaba de quince o veinte tés, con la cabeza que le zumbaba de agotamiento y aquella antigua melodía «Un zorro salió» resonando en todo su ser. *El libro del día de la boda* era una especie de diario con un poema para cada día del año, y todos los poemas hacían referencia al amor, las bodas y la alegría marital. A mistress Zinn no le importaba que leyera en voz alta este volumen, bellamente forrado en papel maché carmesí espolvoreado con diminutas rosas doradas; en realidad, muchas veladas durante esos meses, antes de que la familia Zinn quedara irrevocablemente destrozada y nunca más volviera a ser una familia completa, todos los Zinn se reunían después de cenar en el acogedor salón, con la chimenea encendida, para leer en voz alta fragmentos de *El libró del día de la boda*; incluso solía estar presente míster Zinn, que sentía un especial amor por la lectura y el recitado de poesía, y que sabía bien que las veladas domésticas, junto al fuego, eran una de las felices características de nuestra vida estadounidense y para él rivalizaban con los atractivos del taller y su solitario y estimulante trabajo.

¡*El libro del día de la boda*, de mistress Bates! ¡Recuerdo bien aquel pequeño volumen compacto, sus páginas cuadradas, sus filos dorados, sus guardas con dibujos florales y su bonita cubierta carmesí! Un regalo para muchas jóvenes damas prometidas en matrimonio de

nuestra época, y, cabe imaginar, apreciado a través de los años como recuerdo continuo del poder del amor, rara vez rechazado y apartado como en el caso de Constance Philippa. (El volumen sería hallado en la basura por una de las criadas de los Zinn, que enseguida lo rescató y, como era de naturaleza sentimental y afectuosa, y estaba muy apegada a la familia Zinn, la afligida muchacha intentó limpiar la manchada cubierta con nafta de petróleo —un disolvente de grasa empleado por los criados para lavar la ropa de trabajo de míster Zinn — y lo estropeó aún más. Pero *El libro del día de la boda* sobrevivió y aún sobrevive.)

Los Zinn se iban pasando el libro y leían en voz alta, a veces con orgullo, a menudo con los ojos rebosantes de lágrimas, pues la inminente boda era un gran acontecimiento en su vida, en el que se mezclaban pesar, alivio, alegría y melancolía. Mistress Zinn abrió el volumen en uno de sus poemas favoritos y leyó estos conmovedores versos de Langhorne:

Si la naturaleza falible una falta ocasional revela
no hieras el pecho que a tu reposo da abrigo;
pues cada pena que ese pecho por ti padezca
es un eslabón roto en la cadena del amor.

Octavia, sonrojadas de placer sus rollizas mejillas, temblándole la voz por el privilegio de la buena poesía, tenía dificultades para elegir, y a menudo pasaba varios minutos hojeando el libro mientras su madre y hermanas la regañaban afectuosamente, sin dejar de coser, y míster Zinn, acariciando a Pip, que se subía perezosamente a sus rodillas, o se posaba en su hombro, decía con su voz bondadosa:

—Estoy seguro, querida Octavia, de que cualquier poema de mistress Bates que elijas nos resultará edificante.

Octavia elegía entonces un poema de mistress Craik, o de Phoebe Cary, o del gran Longfellow:

Navega en el mar de la vida,
oh, tierna, amante y confiada esposa.
Y que el seno de ese mar
tu ir y venir proteja
y te guarde de toda adversidad.

Y lo recitaba con una tímida y húmeda mirada dirigida a Constance Philippa.

Malvinia solía efectuar su selección de antemano, y elegía dos o

tres poemas en lugar de uno, pues esa joven dama leía de un modo espléndido e incluso, en esa época, había empezado a tomar clases de declamación y actuación en la ciudad; de modo que todos los Zinn —incluso Constance Philippa— encontraban sus actuaciones maravillosamente gratificantes y le excusaban la grosería que mostraba cuando recitaba Octavia, pues no paraba quieta. Siempre elegía los fragmentos de Shakespeare que mistress Bates había incluido, sabiamente, en su antología, relucientes gemas de sagacidad de una calidad que en general no se asociaba con el gran bardo (un genio, según todos, pero de un temperamento voluble e incluso descuidado, que a veces dejaba traslucir un carácter bastante irreligioso, mejor dicho, ateo); ella leía estos versos con voz apasionada y melodiosa, como si se hallara en el escenario del Varieties Theatre, encamando a la condenada Ofelia, o a la aún más tristemente condenada Desdémona:

No permitáis que a una unión verdadera
halle yo traba: no es amor el amor
que ante una alteración se altera,
o por distanciamiento se distancia.
¡Oh, no!, es un faro que, siempre fijo,
las tempestades inmutable contempla.

Y en otra ocasión, con una voz declamatoria francamente satisfecha, y una fraternal sonrisa dirigida a Constance, recitó:

Me avergüenza que las mujeres sean tan simples
que solo piensen en mandar, descollar y someter
cuando su deber es amar, servir y obedecer.

Muchas veladas la joven prometida, por timidez, hosquedad o agotamiento, simplemente se negaba a leer, y Malvinia leía más, y empujaba a sus oyentes al caluroso aplauso. (Todos reparaban en el modo mágico en que Malvinia cobraba vida en estas ocasiones, como si obtuviera una poderosa energía de la atención que le prestaban sus oyentes, que quedaban tan absortos por su belleza y su actitud como por las palabras que pronunciaba.)

Samantha leía con algo de entusiasmo, pero además con un aire de vago desconcierto, como si a pesar de sus esfuerzos por complacer a su familia no comprendiera las sutilezas de la poesía. Su voz era clara, aunque apresurada y sin inflexión:

Mi corazón es como un pájaro que canta
y en un húmedo retoño tiene su nido;
mi corazón es como un manzano
con las ramas cargadas de frutos;
mi corazón es como una concha iridiscente
flotando en las aguas del mar de la dicha;
mi corazón tiene más gozo que todo ello
porque mi amor ha venido a mí.

Parecía que las inmortales palabras de mistress Rossetti no poseyeran ningún significado para ella.

Como cabía esperar, míster Zinn leía magníficamente; para ser precisos, no leía sino que recitaba, y no necesitaba más que repasar el poema escrito en la página que tenía ante sí para grabarlo en su memoria. (Hazaña que excede a mi comprensión, y sin embargo míster Zinn la realizaba una y otra vez sin esfuerzo.) Modulaba de un modo sutil la voz, que resultaba casi demasiado sonora para las dimensiones del salón, y, como en los viejos tiempos de su carrera en el liceo, hipnotizante. Recitaba a Browning, recitaba a Tennyson, recitaba a su amado Emerson, y, en una ocasión curiosa, se puso a recitar estos apasionados versos de Margaret Fuller:

¡Soy inmortal! ¡Lo sé! ¡Lo percibo!
¡La esperanza llena mi corazón de deleite!
Veloz en el aire, delirante de vida, aturdida,
me elevo: la fe es visión, la vida es sentimiento,
¡la esperanza es el lucero de la noche!

Ven, montemos en las alas del alba…

De pronto, sin razón aparente, mistress Zinn se levantó de su cómodo asiento, olvidando su labor (estaba trabajando en un complicado dibujo de punto de cruz en un mantel de hilo blanco para Constance Philippa), con actitud distraída y confusa, y, por unos instantes, alarmó a su familia, pues la pobre mujer parecía haber sufrido un ataque de apoplejía, tan repentinamente se había visto embargada por la emoción. Miró fijamente a su esposo como si fuera un extraño; se calmó agarrándose al brazo que le ofrecía Octavia, que había reaccionado de forma instintiva para ayudar a su madre; a medida que los segundos transcurrían con gran dolor, parecía no ser consciente de nada salvo de míster Zinn, que naturalmente había cesado de recitar; ni siquiera reparó en Pip, que aterrorizado se

apresuró a esconderse detrás de la otomana en la que estaba sentado su amo.

Al cabo de un momento, como si despertara con gran dificultad de una especie de sueño o trance, repitió, con voz suave y vacilante:

—Soy inmortal… lo sé… lo percibo… soy inmortal…

El momento pasó, por fortuna, y mistress Zinn se recuperó y volvió a sentarse junto al fuego. Su esposo le preguntó si quería un poco de lavanda y amoníaco, mezclado con agua, para levantarle el ánimo, pero ella le aseguró que no, en absoluto: se encontraba perfectamente bien y estaba impaciente por oír su poema.

Así pues, míster Zinn se puso a declamar de nuevo aquel excelente trabajo con voz tan natural como si no se hubiera producido ninguna interrupción.

—A veces, cuando oigo leer poesía, y en particular cuando yo misma la leo —dijo Malvinia—, tengo la sensación de… de… ¡de no sé qué!, una sensación de saber, por un breve instante, no tan solo que puedo habitar otras vidas y comprender cosas ajenas a Bloodsmoor, sino que ya lo he hecho, que lo estoy haciendo en otro mundo. Espero —dijo la joven dama, osadamente respetuosa, fijando la mirada en el semblante de su hermana mayor— que no lo juzgues una locura por mi parte.

Constance Philippa no respondió de inmediato. Siguió con su labor de ganchillo, que, en los últimos meses, ocupaba cada vez más aquellos períodos de vacío nervioso en los que ni leía ni iba de visita y en los que sus torpes dedos se habían vuelto sorprendentemente hábiles.

—Es extraño en ti, querida hermana —dijo con sequedad—, esperar algo tan modesto.

Desairada, Malvinia se llevó una bonita mano pálida a su esbelto pecho y dijo con voz algo afligida:

—Mi intención era hablar en serio por una vez, querida Constance Philippa. En particular porque pronto nos dejarás, y cuando vayamos a visitarte, nos dirigiremos a una baronesa…

—¿De veras? —preguntó Constance Philippa, en un tono tan vacilante que se habría dicho que formulaba una afirmación dudosa y no una pregunta.

Malvinia, animosa, volvió al tema de antes y habló durante unos minutos con la misma actitud de serio desafío, lo que, por supuesto, no era propio de ella, ni siquiera en los días de su inocente infancia. (En esta época —a finales de primavera y principios de verano de 1880— ya no era un secreto familiar que Constance Philippa y su

bella hermana Malvinia con frecuencia estaban en desacuerdo, y que la hermana mayor, en otro tiempo impermeable a las discusiones domésticas, tenía tanta tendencia a prorrumpir en llanto como Malvinia o incluso Octavia. Pero ni siquiera el criado que menos simpatía sentía por ella en cualquiera de las casas quería murmurar que la mayor de las hijas, y prometida en matrimonio, estaba celosa de la más joven o, más bien, de la atención que su prometido le prestaba, desviándola de ella a la menor, pues de todos los defectos sin duda los celos es el más innoble, y Bloodsmoor esperaba algo mejor de sus importantes habitantes.)

—Muy a menudo —prosiguió Malvinia, sin dejarse desanimar por el silencio de su hermana—, cuando estoy leyendo un libro, o cuando estoy mirando una obra de teatro, sobre todo de Shakespeare, claro, y está Orlando Vandenhoffen en *Bajo la luz de gas* y, bueno, me temo que hablo con demasiada incoherencia, pero mi pregunta es esta: ¿Los demás comparten esta sensación de ansia, y sin embargo de «dualidad», esta sensación de ser espectador y participante al mismo tiempo? ¿Los otros comparten esta… esta…? —Se interrumpió, pero Constance Philippa, mirando con ceño la labor que tenía en el regazo, no levantó la vista para estimularla—. ¡Ah!, es imposible expresar lo que quiero decir. A veces medio pienso que la única persona que habría podido entenderme era Deirdre, y ella ha desaparecido para siempre.

Constance Philippa, que seguía sin levantar la mirada, con los ojos un poco entornados, murmuró en voz baja:

—Sí, a menudo yo también he pensado eso… quiero decir de Deirdre y de mí misma.

—¿De veras? —exclamó Malvinia.

Entonces las hermanas trabajaron durante un rato, en incómodo y tenso silencio. Malvinia después se levantó y, visiblemente nerviosa, intentó distraer a las dos charlando de temas diversos: que Lucius Rumford volvía a cortejar a Octavia, mientras —como si todo Bloodsmoor no lo supiera— la pobre Octavia suspiraba por el hijo del cochero, Sean (quien, al parecer, había sorprendido a todos abandonando Bloodsmoor, «para volar con sus propias alas» en otra parte); y la espléndida boda de Delphine Martineau con uno de los herederos Ormond, prevista para el siguiente sábado, un acontecimiento social del que Constance Philippa tenía intención de ausentarse con la excusa de que ya tenía contraído un compromiso con anterioridad; y el barón, ¡el formidable barón!, sobre el que circulaban tantos rumores, seguro que muy pocos eran ciertos. («Es sumamente interesante —declaró Malvinia— saber que el tío abuelo

Vaughan lo recibe con tanto afecto en Highlands Manor, y le permite montar su semental y utilizar su halcón. También he oído que le prestan la vieja granja holandesa, ya sabes, esa encantadora casita de piedra, cuando lo desea. ¿No será un lugar de retiro encantador para la luna de miel, Constance Philippa? ¡Ah, te envidio! Tu esposo te llevará a cazar a lomos de su corcel, y serás la única de las Zinn que tendrá el placer de notar el peso de un halcón en el brazo. ¡Todo es tan romántico!»)

Constance Philippa se puso tensa al oír estas palabras festivas, en las que se percibía un sutil indicio de burla; sin embargo, se contuvo y no respondió con aspereza, sino que volvió al tema de conversación anterior. Con voz pensativa dijo:

—Esa dualidad de la que hablas, Malvinia, esa ansia y esa dualidad, me resulta familiar, aunque no sé expresar lo que significa para mí. Con los años, he leído en secreto ciertos libros, uno de los cuales es ese poema maravillosamente extraño, eufórico, inspirado por el alcohol, *Hojas de hierba*, de un poeta del que nadie ha oído hablar… no, no pongas ceño, Malvinia, no te lo haré leer. Y otros muchos, que parecen menos inspirar sueños caprichosos que despertarlos. Mientras sueño despierta con ellos, me embarga una convicción tan fuerte de que hay otro mundo, y otra Constance Philippa, que apenas sé dónde estoy o quién soy. Es muy muy extraño. Siento, Malvinia, que hay un indicio, un soplo, un vapor, de la persona que Dios quería que yo fuera.

Malvinia la miraba fijamente, sin comprender.

—¡La persona que Dios quería que fueras! —repitió en voz baja—. Vaya, Constance Philippa, no lo entiendo. Expresado así suena a blasfemia.

—No seas absurda, por favor —dijo Constance Philippa con aspereza—. ¡Blasfemia!

—Es una frase de lo más extraña —dijo Malvinia—. Sumamente impropia.

—Supongo que debería confiar estos asuntos al barón —dijo Constance Philippa despacio—, pero sé que nunca lo haré.

—No, nunca debes hacerlo —dio Malvinia con cierto reproche—. Lo encontraría inquietante; lo encontraría un poco vulgar. —Fijó la mirada y esbozó una media sonrisa, se acarició el cabello trenzado y dijo de nuevo—: Es una frase de lo más extraña: La persona que Dios quería que fueras.

—Cambiemos de tema, querida Malvinia —dijo con sequedad Constance Philippa—, ya que veo que te irrita. Como siempre te irrita cualquier tema que no sea el que a ti te interesa.

—Lo que yo siento es un ansia casi dolorosa, y una curiosa especie de dualidad —musitó Malvinia—, como si fuera yo misma y otra persona al mismo tiempo, en una novela, en el escenario… Julieta, por ejemplo… ¡ah, Julieta!, ¡debería ser ella!, y Cleopatra, y Ofelia, y, ¿sabes?, creo que empezaré a tomar clases de declamación. El primo Basil ha tenido la amabilidad de presentarme a algunas personas muy interesantes en la ciudad: a míster Danby, que es propietario del Varieties, y a Carla Rowbotham, la soprano, y a otros, a los que madre quizá no daría su aprobación, ni tampoco el gran clan de los Kiddemaster; pero no obstante son personas maravillosas. Y cuando esta interminable boda haya pasado, quizá me traslade a vivir a la ciudad, si puedo hacerlo de forma satisfactoria.

Constance Philippa la miró fijamente con frialdad.

—¿Cuando esta interminable boda haya pasado? Mi querida Malvinia, estás hablando de mi vida.

Malvinia siguió cosiendo durante unos segundos sin inmutarse. Luego, sonrió más ampliamente y los ojos azules le brillaron; con un tono bastante descarado, como si ya estuviera en el escenario, dijo:

—Mi querida Constance Philippa, estoy hablando de la mía.

—¡La persona que Dios quería que fuera! —repitió Octavia cuando lo oyó—. Pero ¿cómo es posible, Malvinia? ¿A qué podía referirse? La persona que uno es, necesariamente es la persona que Dios quería que fuera; porque, dime, ¿cómo puede ser de otro modo? La cabeza me da vueltas ante esta idea… Tenemos que ser como somos; si no lo fuéramos, bueno, Dios nos enviaría a otra parte. Su plan sin duda nos incluye a todos, porque ¿cómo iba a ser si no? Constance Philippa sabe muy bien que estamos destinadas a casarnos, y… —(y aquí la joven dama vaciló)— y a dar nietos a nuestros padres, y, si es posible, vivir cerca en Bloodsmoor. Ella sabe estas cosas tan bien como cualquiera de nosotras.

Con una alegre risita Malvinia se inclinó hacia adelante para besar a su hermana en la mejilla.

—¡Claro! ¡Es evidente! ¡Ella sabe estas cosas tan bien como cualquiera de nosotras!

El maniquí que representaba a Constance Philippa empezó a ejercer una curiosa fascinación en ella.

Cuando madame Blanchet y la joven modista francesa que era su ayudante no estaban en la Casa Octogonal, Constance Philippa entraba

con frecuencia en el cuarto de costura, con un libro en la mano, impaciente por hallar soledad. Los miembros de la casa suponían que iba allí a admirar su traje de novia, y la hermosa chaqueta de terciopelo verde con las mangas ahuecadas y puños de hilo que formaría parte de su nuevo traje, y un vestido de paseo de muselina de color gris paloma adornado con encaje de *blonde*; era lógico suponer que, como cualquier joven dama prometida en matrimonio, estaría pensando —no, soñando, ¿y quién iba a regañarla por ello?— en su futuro esposo. Mas no era así. Constance Philippa a veces pensaba en el barón cuando yacía en la cama sin poder dormir; o muy temprano por la mañana, cuando despertaba antes de hora a causa de sueños inquietos; pero en estas ocasiones sus pensamientos eran más bien fragmentos de visión y extraños recuerdos de una naturaleza malévola: la mancha casi imperceptible en la comisura de la boca del barón, que había visto por casualidad mientras bailaba con él en el baile de mitad del verano en casa de los Woodruff; el modo en que tiraba las cartas sobre la mesa con un golpe, al jugar al *whist*, con el blanco de los ojos asomando a veces sobre el iris, la frialdad de su roce (que traspasaba incluso el tejido de sus guantes blancos), la cálida carnosidad de su aliento (que flotaba hasta ella en momentos extraños, incluso mientras paseaban al aire libre), la aspereza teutónica de sus palabras, incluso las más suaves: «Mi querida Constance Philippa», «Mi estimada Constance Philippa», «Mi futura esposa, miss Constance Philippa Zinn» (aunque a ella no le importaba su acento; siempre lo había admirado, cuando gritaba órdenes a su bello semental Lucifer o a su halcón Adonis o al atemorizado joven negro que era su mozo de cuadras).

Y, sin embargo, Constance Philippa no pensaba en su prometido de forma continua, ni soñaba con él como tienen tendencia a soñar despiertas con su amor las alegres jovencitas. En cambio, su cerebro se distraía con toda clase de ideas extrañas y a medio formar, una confusión de frases tomadas de los escritos de Eliza Leslie North, Mary Manderly Ogden, el doctor Elias Riddle, Alice C. Dodds, el doctor Napheys, y su propia tía abuela Edwina Kiddemaster; y pasaba una cantidad inusitada de tiempo en el cuarto de costura, donde no era el traje de novia de seda china, con sus múltiples faldas, lo que atraía su atención, ni siquiera el bonito traje verde, sino el maniquí en sí, sin cabeza ni brazos, bruscamente acabado en las caderas: el maniquí que era ella.

Mientras que en el espacioso cuarto de costura de la mansión Kiddemaster había numerosos maniquíes, muchos de ellos pertenecientes, por así decirlo, a damas que ya no vivían, en el cuarto

de costura de la Casa Octogonal solo había seis; este era de proporciones mucho más modestas y atractivas, pues estaba amueblado con mesas y sillas de «casa de campo» construidas por el propio míster Zinn, y pintado en alegres tonos lila, amarillo y naranja pálido. El maniquí de proporciones más generosas pertenecía, por supuesto, a mistress Zinn, aunque su cintura aún era bastante estrecha; el siguiente en tamaño era el de Octavia, y después el de Constance Philippa (esta figura era bastante desagradable al ojo sensible, por la poco natural anchura de hombros y el torso alargado), y después el de Malvinia, con su ágil cintura, y después los de Samantha y Deirdre, casi del mismo tamaño, aunque el de Deirdre quizá era unos seis o siete centímetros más alto que el de Samantha. (Supongo que el hecho de que no hubieran retirado el maniquí de Deirdre del cuarto de costura, como si algún día pudiera volver a utilizarse, era una prueba del inquebrantable optimismo de los Zinn, así como de su naturaleza compasiva.)

Constance Philippa se entregaba a unas cavilaciones de lo más perniciosas, mordiéndose las uñas y observando su maniquí desde todos los lados. ¡Incluso le quitó la chaqueta verde como si, sin modestia alguna, tuviera intención de examinar el torso desnudo!

Este maniquí era suyo, y, en cierto modo, era ella, pues tenía las proporciones de su cuerpo con el corsé fuertemente atado. Y, sin embargo, con su agradable cintura esbelta (de unos cincuenta centímetros, según se había calculado hacía poco) y su amplio pecho (consecuencia de un relleno estratégico, siguiendo instrucciones de mistress Zinn), se le ocurrió a la joven dama, extremadamente crítica, que no era ella sino una mentira.

—Soy —susurró suavemente Constance Philippa, rozando el frágil hombro del maniquí— y no soy.

Así pasó más de veinte minutos, mirando fijamente y contemplando no sabía qué, y entregándose —¡ah, con cuánta imprudencia!— a pensamientos debilitadores.

—Esto me representa tal como mi forma exterior atrae la vista del que mira —murmuró, rascando con ociosa laboriosidad una tira del papel barnizado que se había aflojado un poco en el hombro—; no obstante, yo, que estoy aquí de pie, no tengo nada que ver con esto, y lo encuentro un enigma de lo más exasperante.

En este período inquieto de su vida, Constance Philippa todavía no había abandonado a tal punto todo viso de decencia como para consultar su espejo sin ir vestida; tampoco se daba licencia para bajar la mirada más de lo necesario a su ser corpóreo mientras la doncella la vestía. (Resulta innecesario señalar que, como todas sus hermanas y,

en realidad, como todas las damas de buena educación, Constance Philippa nunca se encontraba en ese infortunado estado denominado «desnudez»: mientras se aseaba siempre iba parcialmente vestida, y se bañaba ataviada con una bata de muselina, para ahorrarse las exigencias de su propia carne, que sin duda le habrían sorprendido y disgustado.) Incluso cuando era una niña pequeña, a una edad en que por lo general se producen estas anomalías, nunca había intentado tocarse y, en verdad, había demostrado muy poca curiosidad en cuanto a las zonas bajas de su cuerpo: ¡que sea dicho para honor suyo!

Sin embargo, con un instinto perverso, parecía comprender claramente que su «yo» vestido, que era miss Constance Philippa Zinn, no era ella; la figura moldeada por sus corsés no era la suya, y ¿no podía darse el caso (pues así funcionaba su febril cerebro, en la locura de la prolongada soledad) de que, si era así, miss Constance Philippa Zinn, como entidad, no fuera ella misma, a pesar de todas las leyes de la lógica y la costumbre?

—Soy, pero no soy —murmuró la reflexiva joven dama, mientras tironeaba del papel pegado, hasta que, sin darse cuenta, aflojó tanto la tira que la lisa superficie del maniquí quedó estropeada—. Y, no obstante, ¿dónde tengo que situarme, en este rompecabezas? ¡No, es sumamente inquietante, la cabeza me da vueltas, la tortuosidad de mis propios pensamientos me produce vértigo!

A finales de mayo, ambas casas se vieron sumamente complacidas porque, por prescripción del doctor Moffet y por deseo propio, la tía abuela Edwina, que ya se había recuperado lo suficiente de su enfermedad, salía en alguna ocasión de su cámara de convaleciente y bajaba al piso de abajo, y, si el tiempo no lo impedía, por causa de algún cambio brusco de temperatura o del viento, incluso se aventuraba a salir al exterior, pues esta excelente dama amaba la naturaleza y a menudo era tan atrevida en sus deseos de participar de ella que olvidaba lo delicada que era su constitución.

Se mostraba decididamente alegre, animada por un renovado alborozo, difícil de explicar. (Hasta la pobre Sarah Kiddemaster, a pesar de su debilidad, era bajada los días en que se encontraba mejor de salud.) Para empezar, ahora parecía que el escandaloso rapto podía interpretarse como una ausencia voluntaria, ya que no habían pedido ningún rescate, e incluso podía plantearse la hipótesis (aunque no delante de los Zinn mayores, por supuesto) de que era probable que entre el raptor y la víctima hubiera existido una confabulación a la que, un poco más adelante, tal vez podría dársele el nombre de fuga.

De modo que la prolongada pena de alguna manera estaba fuera de lugar, en tan inapropiadas circunstancias.

(Así consolaba a Edwina su círculo de amigas, informándole con diligencia de todo lo que se murmuraba en Filadelfia: la criminalidad de la situación y su desvergonzado aspecto, que permitían una especie de respiro en el duelo.)

También se dio el caso, feliz, de que Edwina se animó a abandonar su lecho de inválida debido al resonante éxito de su nuevo libro, el cual había merecido una gratificante cantidad de atención en los periódicos y había sido objeto de una respetuosa nota en el *Atlantic Monthly*, una publicación para caballeros que, por costumbre, no solía condescender a tomar nota de las empresas literarias de las mujeres. Así, aunque despreciaba la riqueza material y no le importaban la fama ni la posteridad, miss Edwina Kiddemaster admitía estar complacida, pues, como cualquier autor de cualquier sexo, esperaba llegar a multitudes para que fueran instruidas y elevadas de acuerdo con sus capacidades. (En esta época tampoco rehuía las numerosas responsabilidades de naturaleza cultural a las que su posición social y su fama la obligaban; pero, a pesar de sus sensibles nervios, actuaba como una presencia dominante en la delegación de Filadelfia de la Liga Antialcohólica de Mujeres Cristianas y en la Asociación de la Gran Ópera de Filadelfia, y la Sociedad Femenina de la Iglesia Episcopal de la Trinidad, y, como han dejado constancia los libros de historia, la joven asociación Hijas de la Revolución Americana tal vez se habría hundido al principio, y sumido en un olvido trágicamente prematuro, de no haber sido por la incansable entrega de Edwina Kiddemaster.)

Sin embargo, la atención que prestaba a sus deberes familiares era tanta, que la causa principal de la convalecencia de Edwina, y de cierta triste alegría en su actitud, era que reconocía su responsabilidad hacia Constance Philippa, pues hacer de carabina a una pareja, aunque en décadas posteriores fue crudamente despreciado, era un arte como otro cualquiera, y Edwina estaba sumamente ansiosa por que no fallara nada en los meses cruciales que faltaban hasta la boda que iba a celebrarse en otoño.

—¿Y si —dijo Edwina, con una voz cuya seriedad quedaba un poco empañada por una trémula aprensión—, por algún accidente imprevisto, o su propia conducta obstinada, o, Dios no lo quiera, un nuevo ataque del malvado raptor, la mayor de las Zinn no llega a convertirse en la baronesa Von Mainz?

Y así, a veces sola, y a veces en la agradable compañía de miss Narcissa Gilpin o de una u otra de sus amigas, la tía abuela Edwina

vigilaba diligentemente aquellas horas en que miss Zinn y el barón se hallaban en presencia el uno del otro, ya paseando tranquilamente por el sendero del río o por los jardines, prados y bosques de Kiddemaster, ya sentados en el bonito cenador blanco, lejos de los rayos directos del sol, con el fin de observar el tranquilo discurrir del río y los pintorescos cambios producidos en el cielo por la acción del viento en las nubes, de diferentes formas, texturas y tonos. En semejantes ocasiones miss Zinn llevaba uno de sus vestidos de domingo, con una atractiva cola, y su sombrilla de seda más bonita, y hacía esfuerzos para que su velo casi opaco, que rodeaba generosamente el borde de su sombrero y le caía sobre el rostro, no fuera movido por la brisa, y solía verse a su prometido, ataviado de manera más americana ya y menos extravagantemente «extranjera», vestido con una levita gris oscuro y camisa con el frente almidonado, un bonito sombrero cuya pronunciada altura se sumaba agradablemente a la propia y pantalones de color gris perla con la raya impecable. Una pareja de lo más atractiva, en resumen, y con unos modales perfectos.

Sin embargo, hacer de carabina era aconsejable —no, necesario— como sabía bien la tía abuela Edwina, que procuraba escrupulosamente mantener la mirada siempre alerta, y, aunque con frecuencia dirigía su atención hacia su compañera o hacia las complicadas exigencias de su labor de costura, nunca caía en la indolencia ni la indiferencia. Debo apresurarme a explicar que no es que la tía abuela Edwina y las otras carabinas desconfiaran de la modestia de Constance Philippa, ni de la profundidad de su discreción; sabían, y agradecían enormemente ese hecho, que no tenían que vigilar a una obstinada coqueta como miss Malvinia Zinn, y asimismo respetaban la madurez del barón Von Mainz. (Como no era precisamente un hombre joven y ya había estado casado, cabía suponer que había dejado atrás las ardientes pasiones de finales de la adolescencia.) No obstante, las ancianas damas estaban obligadas a respetar las expectativas del caballero de que sería observado y, en realidad, reprimido por su tranquila vigilancia e infatigable preocupación. Edwina Kiddemaster recordaba que, en Filadelfia, más de un hombre profundamente desilusionado había puesto fin a un compromiso cuando, por falta de delicadeza o por la inocencia de su prometida, o por relajación de las carabinas, era libre de coger la mano de su joven dama o, lo que era más desagradable aún, deslizar el brazo en torno a su cintura o rozarle la mejilla con los labios… Por mucho revuelo que siguiera a semejante quebrantamiento de la costumbre, por muchas lágrimas, histeria y arrepentimiento que hubiera, el daño a la reputación de la joven dama era tan grande que

solo los caballeros más liberales (o encaprichados) podían estar dispuestos a conceder el perdón; solo quien desdeñara los asuntos mundanos querría proseguir con el compromiso, como si nada hubiera ocurrido. Así que las carabinas comprendían bien la gravedad de su función y nunca paseaban a más de veinticinco o treinta metros detrás de los jóvenes que estaban a su cargo, ni se sentaban a más de quince metros de distancia, en un ángulo casi perpendicular a la pareja comprometida. Las ancianas observaban a Constance Philippa y al barón sin que diera la impresión de que les veían, y Constance Philippa y el barón, a su vez, aunque eran conscientes de la presencia de sus carabinas, raras veces daban muestras de verlas. De esta manera transcurrieron muchas tardes idílicas en Bloodsmoor, antes de la agradable interrupción para el té, cuando uno de los criados de los Kiddemaster se acercaba a la tía abuela Edwina con deferente elegancia para anunciar el inminente comienzo de ese acontecimiento.

En esas tardes doradas, Edwina Kiddemaster y su compañía se mantenían ocupadas con su labor de costura, pues era la época del muy anunciado regreso del reverendo Hopkins K. Bice de los mares del Sur, con sus historias de pagana infamia, expurgadas para los oídos de las damas pero aun así desconcertantes, y el círculo de Filadelfia se entregaba a la estimulante actividad de confeccionar, antes de que el reverendo regresara a aquella parte del mundo a mediados de septiembre, suficientes camisas, pantalones, chalecos y túnicas para vestir a los nativos que se hallaban bajo su jurisdicción, pues era un gran escándalo y, más que eso, según las comprensivas palabras de la propia Edwina Kiddemaster, una pena, que las islas del mar del Sur, además de ser una zona de vergonzoso paganismo, fueran también una región de desenfrenada desnudez.

Los dedos de las damas, cubiertos con guantes de encaje, se movían con rapidez, entregados a su virtuosa labor de ganchillo, mientras conversaban en tono decoroso, y eran raras las ocasiones en que algún sonido estridente perturbaba la paz de la tarde —y el silencio de los jóvenes a su cargo, pocas veces quebrado—. Hablaban de la familia; de viejos amigos y conocidos; de la sociedad de Filadelfia (que cada vez se estaba volviendo más permisiva, como consecuencia, huelga decirlo, de la gran riqueza acumulada por personas sin educación, en algunos casos de dudoso linaje y aún más dudosa religión); de bodas, funerales y nacimientos (bajando la voz, naturalmente, al hablar de este tema en particular); de giras por Europa, y enfermedades; del método osteopático del doctor Pennington (para curar numerosas dolencias, incluidas la dispepsia nerviosa, la ataxia locomotora, la neuralgia ovárica y la neurastenia

general, que atormentaban de vez en cuando a estas damas); y de la Escuela del Conocimiento del profesor Lupa; y de los rumores de una nueva médium de la que se decía que había efectuado un brillante debut en Boston, conocida solo como «Deirdre de las Sombras». (El lector se pondrá sobre aviso a ver el nombre de Deirdre, y debo informarle enseguida que un grupo de parientes de Boston asistió a una actuación dada por esta joven dama, poco después de su debut, y la propia mistress Zinn, acompañada por Octavia, viajó hasta Boston para verla actuar… con los decepcionantes resultados que el lector conocerá más adelante.) Hablaban de la imponente casa de granito y piedra caliza situada en Rittenhouse Square, a poca distancia de Cobbett Square, que el juez, sin decir nada, tenía intención de regalar al barón Von Mainz y su novia, pues el anciano, como decía con frecuencia Edwina Kiddemaster torciendo los labios, sabía ser generoso cuando quería. Y, lo que provocaba quizá mayor entusiasmo, hablaban del vestido de novia de exquisita seda china y el traje de terciopelo verde, y los vestidos, sombreros y zapatos y otros artículos del ajuar, reconociendo, claro está, que Constance Philippa Zinn era una Zinn, y no una heredera como la mayoría de sus primas, y no podía esperarse que su vestuario para la luna de miel fuera brillante.

—A tu sobrina le ha ido pasablemente bien, dadas las circunstancias —dijo a la tía abuela Edwina una de sus compañeras; y, sin ofenderse (pues estas ancianas se hablaban de un modo impecable), Edwina se limitó a sonreír, frunció los labios y dijo:

—Ya veremos, querida… La boda, por desgracia, aún queda lejos.

Por el contrario, la pareja comprometida pasaba la mayor parte de sus momentos románticos en silencio, aunque eran intensamente conscientes de la presencia del otro. De vez en cuando, Constance Philippa, atisbando con timidez a través de su grueso velo de gasa, se sobresaltaba al ver que el barón la estaba observando con extraordinario interés, lo cual le resultaba inquietante y gratificante al mismo tiempo, pues Constance Philippa sabía que los caballeros debían mirar a las damas de ese modo, con aquella misteriosa urgencia, aunque realmente no comprendía por qué; tampoco sentía la menor inclinación a corresponder a ella. Podía comprender, hasta cierto punto, el veleidoso interés de Malvinia por sus pretendientes, que solían ser jóvenes apuestos, aunque bastante sosos; suponía que podría ser capaz de sentir cierta «atracción» por monsieur de Nemours, por ejemplo, si se diera la situación, pues su buen aspecto convencional, su fuerte risa infantil y su bigote rubio eran razones convincentes. Y estaba Sean McInnes, el muchacho irlandés del que se decía que Octavia estaba enamorada en secreto. (Todo el mundo decía

que Sean era irlandés, aunque había nacido en Bloodsmoor y, por lo tanto, era tan estadounidense como cualquiera de los Kiddemaster, y en general se referían a él llamándolo muchacho, a pesar de que ya contaba más de veinte años y había hecho un intento, posiblemente imprudente, de independizarse, abandonando el empleo en casa del juez Kiddemaster.) Era alto, de anchos hombros, espíritu fuerte, con un sorprendente cabello rubio y ojos azules que brillaban con indefectible buen humor. Constance Philippa suponía que podría sentir un pueril entusiasmo por este joven si perteneciera al mismo rango social que ella; pero, como no era así, la situación era imposible, y suponía que la necia Octavia se engañaba al imaginar un interés que, en realidad, no existía. Y, sin embargo, si se ponía a Sean McInnes al lado del viejo y seco Lucius Rumford…

Entre sus primos, Basil Miller sin duda era merecedor del interés de una dama, y el teniente Steven Bayard, en particular cuando estaba firme en su uniforme de gala, pero estos eran simplemente primos… y Constance Philippa no podía sentir nada por ellos salvo un poco de tenso afecto.

A decir verdad, por extraño que me parezca, la única persona por la que Constance Philippa había sentido mucha emoción, durante su turbulenta adolescencia, era miss Delphine Martineau, la amiga de Malvinia, que tenía la cabeza tan llena de pájaros y era voluble y vanidosa como la propia Malvinia. Miss Martineau tenía exactamente la misma edad que Malvinia, y por lo tanto era dos años menor que Constance Philippa. Era un diablillo en juegos tontos como el «pilla pilla», muy bonita, mimada, dada a la risa tonta… sin un gramo de inteligencia, pensaba Constance Philippa con desprecio; pero todo el mundo la adoraba, en especial los hombres jóvenes, y casi rivalizaba con Malvinia en el papel de belleza del valle de Bloodsmoor. Cabello castaño de aspecto bruñido, con rizos, trenzas y bucles; adorables mejillas en las que el más leve rubor era perceptible; ojos castaño oscuro que parpadeaban de un modo travieso… Ay, la muchacha se había casado unas semanas atrás, y Constance Philippa, a la que toda idea de boda inquietaba, se había ausentado de la ceremonia y de los festejos que la rodearon dando una excusa tan superficial que tanto su padre como su madre reprocharon su conducta. ¿Acaso pretendía ser grosera con los Martineau, o desairar a una amiga de la infancia en el día más feliz de su vida?

—No era amiga mía, sino de Malvinia —replicó con frialdad Constance Philippa.

Mucho tiempo atrás las niñas habían jugado juntas y confeccionado vestiditos para sus muñecas, mucho tiempo atrás las

niñas del valle habían sido muy buenas amigas e iban una a casa de otra, y míster Zinn había hecho una caja de resorte y juguetes de madera con su sierra de marquetería, y Constance Philippa y Malvinia los habían pintado, y en el casino Delphine había puesto sus cartas sobre la mesa con un golpe, ¡una!, ¡dos!, ¡tres!, y las jóvenes Zinn habían lanzado exclamaciones, riendo. Oh, cuánto tiempo había pasado, y las felicitaciones de Navidad para las que habían recortado con esmero papel de colores y espolvoreado polvo de oro, y las tarjetas de San Valentín en papel con perfume de rosa, a veces adornadas con lentejuelas, purpurina, encaje y tiras de galón. Constance Philippa se burlaba de la mayoría de las actividades de las jóvenes, pero había preparado una tarjeta de San Valentín, sí, y era una tarjeta de San Valentín encantadora, grande, de unos dos palmos de alto, pintada con infinito esmero en tonos rojos y rosa, y el verso era propio… o casi:

Cuatro corazones en uno contemplo
uno en el otro encerrado,
en esta noche los recorto
y al deleite de mi alma los envío.
Te elijo a ti, D., como mi Valentín,
entre todo el resto te elijo
pues nadie me gusta más que tú.

Pero, aun con sus catorce años, miss Delphine Martineau había recibido tantas tarjetas de San Valentín de «jóvenes caballeros» así como de sus amigas, que no reparó de modo especial en la de Constance Philippa, de modo que, como esta decía para sí, aquel ridículo y humillante episodio pasó.

Ahora ella iba a casarse en breve, y miss Delphine Martineau ya estaba casada. Y así sucesivamente. Se ajustó el velo, que se había humedecido en el lugar donde le rozaba la boca, y miró con cautela hacia el sol. ¿Qué hora era?, ¿cuándo los llamarían a la mansión para tomar el té? El barón Von Mainz había estado hablando con voz suave de la pintoresca vista que se extendía ante ellos, y de la configuración de las nubes, que resultaba particularmente estética, y de la fragancia de ciertos capullos que la brisa transportaba. Y luego habló, aún con tono ligero, de su trágica historia, su historia personal y la de la familia Von Mainz, en la que aparecían caballeros, las cruzadas, el arzobispo Guillermo IV, la guerra de los Cien Años, la ciudad de Mainz, el gran puerto de Hamburgo, fortunas en trigo ganadas y perdidas y el asesinato, en 1794, del barón Friedrich Ferdinand, su

bisabuelo, por campesinos rebeldes, aunque este quizá no era el momento, admitió el barón, de hablar de estos asuntos tan rudos. (Pues Constance Philippa, despertada de su ensueño, lo había estado mirando de forma bastante abierta.)

Al regresar paseando a la mansión Kiddemaster, ahora precedidos por sus dos amables carabinas, la joven pareja prometida se mantuvo más silenciosa que de costumbre, y al final el barón dijo, en voz quizá teñida de ironía:

—La Rueda de la Fortuna, que ha dirigido la vida de la familia Von Mainz, y la vida de la mayor parte de la nobleza europea que conocemos, quizá no sea un concepto familiar en tu joven país, pero lo será, mi querida Constance Philippa, lo será.

Se sabía muy poco de la historia personal del barón, aparte de un breve resumen de sus actividades comerciales, que habían sido extensas, antes y después de 1861, pues el tío abuelo Vaughan Kiddemaster había advertido a los Zinn —en particular a mistress Zinn, cuya lengua era imprevisible— que no efectuaran preguntas «indiscretas».

—Bastará con que sepáis —dijo el anciano caballero con amabilidad— que a mí me satisface la valía de ese joven, en todos los sentidos de la palabra, y que no vacilo en modo alguno ante la perspectiva de introducir a un extranjero en nuestra familia. Y como no puede decirse —prosiguió el tío abuelo Vaughan, tras una decorosa pausa— que en la Casa Octogonal haya un alud de pretendientes, al menos que vayan tras Constance Philippa, creo que debemos ser de la opinión de que, dadas las circunstancias, un extranjero podría resultar la mejor inversión de todas.

Bastaba con saber, quizá —y con alegrarse de ello—, que era un apellido que tenía novecientos años de antigüedad, respetado en todo el norte de Europa y, durante un tiempo, temido. Y que miss Constance Philippa Zinn se convertiría por matrimonio, como por arte de magia, en la baronesa Von Mainz.

Sin embargo, poco a poco, Constance Philippa se fue enterando de que su prometido había estudiado con los jesuitas en Ruán y de que durante un tiempo había pensado en la posibilidad de ingresar en esa prestigiosa orden. (Por fortuna para los Zinn, y para los hijos no nacidos de Constance Philippa, el barón se había apartado de esa temprana lealtad al papismo y estaba satisfecho de casarse en la iglesia episcopal; ¡qué hombre tan sabio y prudente!) Constance Philippa supo que su padre y hermanos habían estado asociados con la

gran empresa inglesa de almacenaje de Anthony Chuzzlewit & Sons, y que habían mantenido un comercio activo tanto en Inglaterra como en Estados Unidos; y que el propio barón, aunque aún era un hombre joven, había tenido intereses en el carguero estadounidense *Jezebel*, que por regla general atracaba en Nueva Orleans, hasta su destrucción por soldados de la Unión. (No solo el barón se vio obligado a sufrir esta pérdida —pues el seguro era inadecuado, o los aseguradores no pudieron pagar— sino que el vigoroso comercio con la Costa de Marfil de África se interrumpió bruscamente, y los socios estadounidenses del barón, según se decía, le estafaron lo que había invertido.) Era cierto que la «tragedia» lo había perseguido, y a Constance Philippa le inquietó y fascinó al mismo tiempo enterarse de que el barón se había casado con una niña de quince años educada en un convento, una princesa italiana que, según se rumoreaba, era de una belleza angelical y poseía una inocencia infantil; la joven dama había muerto en el séptimo mes de embarazo, que también era el séptimo mes de matrimonio (un feto de tamaño anormal se había «vuelto de piedra» en su seno, mientras el resto de ella, pobre niña condenada, se había marchitado, adquiriendo un enfermizo tono amarillento). Después de doce meses de duelo, el afligido joven esposo se volvió a casar, esta vez con una legendaria belleza inglesa cuya esbelta figura, como de sílfide, era famosa en la sociedad londinense y cuyo padre se había hecho socio comercial del barón; pero también este matrimonio acabó en tragedia: la joven dama inglesa falleció en el primer año por causas misteriosas, pero un examen póstumo reveló una distensión y atrofia sumamente curiosas de los órganos internos, en particular de los de la parte inferior del vientre, y, en la matriz, un feto muy pequeño, apenas del tamaño de una rana, que también se había vuelto de piedra. (Esta joven dama, sometida a las exigencias de la moda, unos años atrás se había sometido a una operación para extirpar las costillas inferiores, con el fin de garantizar una cintura satisfactoriamente esbelta, operación que, me decepciona un poco decir, nuestra propia Octavia rogó que le hicieran, pero que míster Zinn, en su sabiduría, prohibió. Sin embargo, la operación, que era de naturaleza sencilla y mecánica, y también completamente inocua según el cirujano que la llevaba a cabo, resultó que no tenía nada que ver con la muerte de la joven baronesa, cuya causa no se llegó a determinar.)

Y quizá, bueno, quizá (Constance Philippa evitaba hacer preguntas directas y, en consecuencia, dependía de los chismes que le llegaban a través de Malvinia, que los conocía a través de sus primos de Filadelfia, es decir, los primos alegres), hubo otro matrimonio aún, y

otra muerte trágica y prematura; y luego el barón había estado en Nueva York, cenando con los Miller, y había iniciado alguna clase de relación comercial con los Miller y los Bayard, y luego recalaría en Filadelfia, aliado con el tío abuelo Vaughan Kiddemaster, el más rico y más poderoso de todos los Kiddemaster, y en un baile en Highlands le habían presentado a miss Constance Philippa Zinn, y había complacido a toda la familia exclamando, con su marcado acento teutónico:

—¡Ah!, ¿la hija de celebrado inventor John Quincy Zinn?

(Pues, aunque míster Zinn tardó en solicitar patentes para sus numerosos descubrimientos, y en la época de este decisivo baile de Navidad solo había obtenido dos y tenía pendiente una tercera, su fama no paraba de aumentar, y cada vez más inventores —Hannibal Goodwin, como hemos visto, y también George Washington Gale Ferris y el brillante y capaz joven Thomas Alva Edison— viajaban hasta la modesta cabaña del bosque para conocerlo y pedirle consejo sobre problemas propios y, tal vez, simplemente para estrecharle la mano.)

Podemos suponer que Constance Philippa le pareció al barón Von Mainz una joven dama de Filadelfia eminentemente respetable, de hablar suave, reservada, con un porte elegante, guapa más que bonita (pues era Malvinia, la hermana menor, la que en verdad era bonita, encantadoramente bonita); en realidad, a los veintiún años, ya no era precisamente joven. Pero en aquella velada lucía un vestido de organdí blanco y lila, y la complicada manera en que llevaba peinados los bucles, así como las plumas de pavo real en el pelo, suavizaban su frente dura y algo huesuda; y no ofendía al oído del caballero parloteando y charlando nerviosamente como hacían algunas de sus mayores. Cierto que era más alta que él, aunque él usaba tacones de dos centímetros; pero, cuando se encontraban sentados, la diferencia no era evidente.

Constance Philippa, por su parte, vio a un caballero de edad indeterminada —más joven que su padre, mucho más viejo que el primo Basil, que acababa de celebrar su cumpleaños número treinta y cuatro— ataviado con un atuendo que indicaba, tanto por el corte como por el color, una sensibilidad del Viejo Mundo: menos sombrío y contenido que el estadounidense, y mucho más agradable a la vista. En realidad, los bailes incitaban a la mayor de las Zinn al sarcasmo, pues no le iba bien en ellos, y su sarcasmo le quemaba la lengua a medida que la velada transcurría alegremente, y pronto cedía a un silencio dolido, hosco, en el que, en secreto, se burlaba de los vestidos de sus rivales, y de los aburridos negros y grises de sus parejas de

baile, y por eso el barón Von Mainz, con su atrevido atuendo —chaleco de terciopelo azul y levita de color crema forrada de terciopelo del mismo tono, pañuelo de satén azul, guantes franceses blancos, dos alfileres de oro unidos por una cadena de oro y relucientes zapatos de piel—, le llamó la atención. Era un hombre visiblemente bien educado, demostraba poca emoción salvo la de una gentil cortesía, no le hacía pesadas preguntas, y le recordaba —aunque supongo que no de un modo totalmente consciente— al travieso Pip, con sus brillantes ojos oscuros y su nariz chata, y la retorcida cola que se levantaba de un modo tan encantador sobre su espalda encorvada.

Constance Philippa juzgó el encuentro como «un éxito», ya que sucedió que, como por casualidad, aquella misma semana se encontró de nuevo con el barón en casa de su tío abuelo Horace Bayard, en Frothingham Square, donde él se mostró extremadamente gentil, haciéndole una leve reverencia y juntando los tacones con un golpe. Le preguntó por su salud y por la salud de su familia. Y apenas quince días después se vieron en una cena formal en la casa de Rittenhouse Square de los Hambleton Woodruff, de nuevo como por casualidad; la joven no pudo menos que sonrojarse cuando sus ojos volvieron a encontrarse.

Aquella noche, a la mesa, durante la cena, el barón se mostró a sí mismo a la luz más favorable entre sus anfitriones estadounidenses, participando en la conversación en tono liberal y exhibiendo la medida adecuada de curiosidad y comprensión. Los temas de los que se habló eran agradablemente cultos, para alivio de Constance Philippa, e iban desde los méritos de *Indigo*, de Johann Strauss, hasta la más reciente conferencia en el liceo, «Marcha, abstinencia y longevidad», dada por el famoso clérigo atleta el doctor Manning Cuthbert de Cincinnati, o el sorprendente fenómeno de las nuevas sociedades patrióticas, que prácticamente surgían de la noche a la mañana: la Asociación Protectora Americana, creada para «reducir la influencia católica en la política y la educación», y la Sociedad de las Guerras Coloniales a la que uno o dos Kiddemaster ya pertenecían, y la Orden de Fundadores y Patriotas, que el propio barón Von Mainz consideraba un baluarte necesario contra el influjo de irlandeses, judíos, negros y orientales de todas las variedades, que estaba amenazando el aspecto de Estados Unidos. En conjunto, estas organizaciones se consideraban necesarias, aunque quizá se anunciaban con demasiado entusiasmo; el viejo míster Woodruff, adormilado en su silla, opinó que el país se había ido al garete desde la bancarrota federalista, no debida al asesinato de Hamilton (pues sin

duda en ese punto de su carrera Hamilton se merecía la muerte, o algo peor), sino a los graves errores de este, que habían conducido a que los republicanos se hicieran con el poder y, en no muchos años, al triunfo popular de Andrew Jackson… cuyo nombre apenas podía pronunciarse en presencia de ninguna dama.

Se habló de la Asociación de Misioneras, y de Mark Twain, y de la *All-blackface Jim Crow Revue*, que a la sazón se representaba en el Varieties Theatre, llegada directamente del Bowery de Nueva York, con Septimis George a la cabeza del reparto: un entretenimiento absolutamente hilarante. Quizá no era exactamente refinado; quizá era más bien escandaloso y ruidoso, pero, como insistía el barón Von Mainz, sin duda era el más animado, el más ingenioso y —podría decirse— el más estadounidense de los entretenimientos, y por tanto de especial interés para un visitante extranjero.

Entonces míster Hambleton Woodruff sorprendió a sus invitados, y a su sobrina Constance Philippa en particular, efectuando una animada imitación del célebre Septimis George cuando este remedaba a Jim Crow. Sin moverse de su sitio en un extremo de la mesa, míster Woodruff dio unas leves palmadas (pues no era cuestión de llamar a los criados), puso los ojos en blanco, aflojó la boca y sonrió e hizo muecas, subió y bajó sus gordos hombros y cantó con voz de falsete de «negro»:

Venid a escuchar, chicas y chicos.
Soy de Tuckyhoe
y cantaré una cancioncilla.
Mi nombre es Jim… «Croac».

Girar y dar vueltas
una y otra vez
y con cada giro
un salto, Jim… «Croac».

Soy un genio del violín
y allá abajo en Virginia
dicen que tengo la técnica
de monsieur Paganini.

Tal como hacen las crêpes
en Virginia no se cansan:
ponen la masa en el pie
y al fuego la lanzan.

Esto dejó asombrados a todos los comensales e hizo reír incluso a

la reticente Constance Philippa. Uno habría podido preocuparse por si el barón Von Mainz encontraba vulgar la actuación de míster Woodruff (pues ocurría a menudo, para nuestro desconcierto, que los visitantes extranjeros que se habían divertido mucho aquí regresaban a su país y publicaban crueles sátiras de la vida estadounidense); pero, por el contrario, el alemán, muy divertido, inició los aplausos al concluir la canción de míster Woodruff y repitió sus alabanzas de la música de los negros, tan animada e ingeniosa y, de hecho, maravillosamente estadounidense.

Pronto el barón Von Mainz estuvo instalado, al menos de forma temporal, en una lujosa *suite* del hotel de la Paix (dijo que era para corresponder a sus anfitriones estadounidenses ofreciéndoles cenas), tras enviar su semental, su halcón y otras posesiones a la gran finca que Vaughan Kiddemaster tenía en el campo, en el condado de Bucks, adonde había sido invitado a pasar unas semanas para montar a caballo y cazar, todo lo cual, dijeron a Constance Philippa, podía considerarse «inmensamente prometedor». En realidad, al cabo de quince días ella y todos los Zinn fueron invitados a cenar con el barón en su *suite* y a visitarlo en Highlands, donde, montado en su soberbio corcel Lucifer, con su halcón encapuchado Adonis posado en el brazo alzado, constituía una imagen tan llamativa —y tan insólita— que Constance Philippa contuvo el aliento y acudió a su mente el pensamiento: «¡Ah, qué hombre tan envidiable!».

Sus hermanas retrocedieron ante el espectáculo de Adonis cazando sus pequeñas presas (sobre todo gorriones, palomas y arrendajos), y las mujeres mayores del grupo, mistress Zinn, la abuela Kiddemaster y la tía abuela Edwina, se negaron incluso a contemplarlo desde la terraza de la gran casa, a centenares de metros; pero Constance Philippa lo encontró fascinante. Lamentaba, por supuesto, que los pajaritos fueran cogidos en el aire por el cruel pico ganchudo de Adonis, pero, al fin y al cabo, morían enseguida (eso le aseguró el barón) y solo era «la naturaleza», «solo la naturaleza cumpliendo su función, como ha de ser». La gruñona desconfianza del juez Kiddemaster hacia los «extranjeros» y los «nobles privados del derecho al voto» quedó un tanto suavizada, y John Quincy Zinn, aunque el carácter sangriento del deporte lo alteraba, expresó cierta admiración por el dominio que el barón Von Mainz tenía sobre sus criaturas, y el espectáculo lo incitó incluso a esbozar después una o dos ideas: ¿podría existir tal vez un ave de presa mecánica, un muñeco de alguna clase que fuera atraído hacia el blanco en movimiento por magnetismo?, ¿una variación de los cohetes militares desarrollados por sir William Congreve a principios de siglo y caprichosamente

imaginados por Julio Verne?

Constance Philippa se mantenía erguida bajo su parasol mientras el barón cabalgaba —y desmontaba— manteniendo la muñeca alta y firme para que el halcón (ahora con la cabeza cubierta con una capucha) no perdiera el equilibrio; ella lo miraba tímidamente a través de su velo de tul y murmuró, como de forma involuntaria:

—¡Qué extraordinarios, su Adonis, su Lucifer!

El barón hizo una inclinación de cabeza, y ni siquiera entonces perturbó a su ave de presa, cuyas bruñidas plumas se rizaron en la brisa mientras el pico manchado de sangre se abría y cerraba espasmódicamente. Constance Philippa ahogó un jadeo, sintiéndose desmayar de pronto, y vio, o le pareció ver, un imperceptible temblor sensual en el bigote del hombre.

—Mi querida miss Zinn —murmuró el barón, en voz casi inaudible, secándose la boca con una mano enguantada, y volvió a hacer una inclinación de cabeza, con tanta elegancia como antes—, estoy a su servicio.

Y no mucho después efectuó su petición al juez Kiddemaster, y después al matrimonio Zinn, y por último a la propia Constance Philippa, quien, confundida y asustada, incapaz de comprender muy bien lo que estaba ocurriendo, aceptó su proposición de matrimonio con labios entumecidos, y tuvo que contenerse para no apartarse cuando el contentísimo pretendiente, aún de rodillas, le buscó la mano para besársela. Ella no pudo menos que mirar por encima de su cabeza hacia la puerta del salón, pues sin duda sus hermanas se escondían allí y estallarían en carcajadas de un momento a otro. ¿Y no estaba el travieso Pip agazapado detrás del diván?

Como las viudas que les hacían de carabina siempre se hallaban cerca, y concienzudamente atentas, la pareja prometida conversaba de poca cosa salvo de temas muy generales, y, en realidad, a menudo paseaban o permanecían sentados en silencio absoluto, absortos (eso supongo) en la presencia del otro y regocijándose pensando en la armonía que les aguardaba cuando estuvieran casados. En una ocasión insólita, apenas quince días antes de la boda, miss Zinn y el barón Von Mainz paseaban por el sendero sobre el río, acompañados a una discreta distancia por la tía abuela Edwina y miss Narcissa Gilpin, cuando, de repente, el barón dio un evidente traspié y rozó a Constance Philippa, lo cual la sobresaltó tanto que soltó su sombrilla blanca de seda, que fue arrastrada por la brisa, lamentablemente en dirección al río. Se elevó y cayó, no en el río mismo sino en una roca unos metros más

abajo, un lugar al que era difícil acceder, sin duda, y quizá incluso peligroso para cualquiera salvo para un criado. Las mejillas de Constance Philippa se ruborizaron de pena, pues detestaba cualquier clase de alboroto, y la frágil sombrilla blanca con sus cintas de color lila tenía un aspecto muy tonto, atrapada en las rocas. Para su alivio, aunque también para su sorpresa, el barón Von Mainz, en el que la galantería a todas luces no superaba al sentido común, no se ofreció a recuperarlo, como habría podido hacer cualquier joven estadounidense. En cambio, le dijo con su voz digna:

—Adquiriremos otra bonita sombrilla para usted, miss Kiddemaster; hay multitud de estos accesorios femeninos en su país, supongo.

Fue poco antes de esto cuando mistress Zinn y Octavia, acompañadas por un criado de confianza (míster Zinn había declinado ruidosamente ir con ellas), efectuaron su inútil viaje a Boston para asistir a una sesión dada por la nueva médium, «Deirdre de las Sombras».

Mas «Deirdre de las Sombras» no era su Deirdre, como comprendieron en los primeros minutos de su aparición. Aun así, ocultaron su decepción y se quedaron a ver el espectáculo, apesadumbradas y solo superficialmente atentas a los peculiares fenómenos que siguieron.

La actuación, a la que asistieron unas cuarenta personas, como consecuencia de la fama de «Deirdre de las Sombras» en la zona de Boston, fue terriblemente larga. La tía Geraldine Miller se había ocupado de prepararlo todo para mistress Zinn y su hija; desde la muerte de una nieta favorita dos años antes, había efectuado una desordenada exploración (algunos dirían «desesperada») de las actividades espiritistas que se realizaban en el Este, desafiando con valentía el desdén y las críticas de la familia. (Los hombres en particular dudaban de esta nueva «religión» y no tenían sino desprecio por gente sensacionalista y charlatana como las infames hermanas Fox del interior del estado de Nueva York, tristemente célebres, o el coronel McKenzie, desenmascarado muchas veces en la prensa pública pero que, no obstante, arrastraba multitudes y acumulaba fortunas considerables.) Que mistress Zinn efectuara el largo viaje no para participar en fenómenos espiritistas, sino para buscar a su hija perdida, quizá añadía patetismo a la situación; pero hay que admitir que mistress Zinn, que poseía una naturaleza algo impasible e inclinada incluso a una especie de escepticismo, no había esperado verdaderamente encontrar a su Deirdre.

—¿Es…? —susurró Octavia, claramente asustada y agarrándose al brazo de su madre como si fuera una niña pequeña, al ver aparecer a «Deirdre de las Sombras», cuando una muchacha alarmantemente pálida, alta y delgada, con los párpados pesados, fue conducida al escenario, ataviada con una capa de seda negra forrada en color marfil; pero mistress Zinn, que enseguida vio la desgraciada verdad, dijo tan solo:

—No, no lo es.

Aquella noche los invitados eran de dos clases: los que se sentaban alrededor de una gran mesa de roble, y otros que eran observadores, sentados en sillas de respaldo recto adosadas a las paredes. Mistress Zinn y su hija, cubiertas con gruesos velos y bastante turbadas por encontrarse en esta compañía, eran de la última clase, pues mistress Zinn había declinado enérgicamente la oferta de tía Geraldine de asegurarles un lugar a la mesa —mediante un pago tan elevado que constituía un soborno, efectuado al caballero que se ocupaba de los asuntos de «Deirdre de las Sombras»—, y, en consecuencia, en los procedimientos ocultos de la velada.

—Mi interés por esta extraña joven no tiene nada que ver con sus supuestas habilidades espiritistas —había contestado con dignidad mistress Zinn—, sino solo con su identidad; eso y nada más. Si es Deirdre me la llevaré de vuelta a casa conmigo. Si no lo es… me marcharé tal como he venido.

Desde la desaparición de Deirdre, de la que ya hacía casi doce meses, mistress Zinn había ido cayendo poco a poco en un estado mental que podría describirse como «inexpresivo»; ni siquiera las preocupaciones financieras de los Zinn (míster Zinn ya debía 25.000 dólares a su suegro), ni la emoción por los inminentes desposorios de Constance Philippa lograban despertar una expresión natural y espontánea de auténtico sentimiento. Sus frecuentes explosiones de ira iban y venían de forma tan brusca que sugerían una curiosa superficialidad, como si la trastornada dama perdiera interés enseguida por el acceso de genio que se apoderaba de ella. Si exhibía un loable estoicismo de tipo cristiano o si era una escalofriante apatía no puedo juzgarlo; solo puedo decir que, después del nacimiento de su tercera hija, Malvinia, en 1859, que había supuesto cuarenta y dos horas de atroz dificultad, con tan grande pérdida de sangre como para que en el corazón del asustado esposo apareciera el espectro de la muerte, Prudence Zinn nunca había vuelto a ser la misma: la joven franca, abierta, osadamente enérgica, que había sido ascendida al rango de ayudante de la directora de la Escuela Cobbett para Señoritas a la edad de veintinueve años, y que se defendía, como hemos visto,

en los salones de la Filadelfia intelectual de los cincuenta. Podría decirse que su espíritu estaba quebrantado, menos por la agonía de los largos dolores del parto de Malvinia, quizá, pues esa terrible prueba acabó con la bendición de una vida (y desde el principio Malvinia fue una niña hermosa, admirada por todos), que por la repetición de embarazos, abortos, dolores del parto, partos y ocasionales muertes (pues no todos sus embarazos habían terminado en una vida, si bien sería morboso por mi parte, y nos distraería de la narración principal, enumerar estos fracasos). Su amor por su esposo, me apresuro a decir, permanecía firme, como el amor de él por ella; la naturaleza unitaria de su alegría matrimonial no podía verse sacudida, como en realidad no puede verse sacudida, una vez que Dios ha dado su bendición. Y, sin embargo, la mistress Zinn de 1859 —y más aún la de 1880— se hallaba muy distante de la miss Kiddemaster de 1853 y guardaba con ella, ay, solo un vago parecido de familia.

—¿Quién es, mamá? —preguntó Samantha una vez, señalando en el álbum de la familia un daguerrotipo tintado en el que aparecía mistress Zinn con su traje de novia, y mistress Zinn, apartando la mano de la niña para cerrar el libro, respondió:

—Una criatura vanidosa.

Sin embargo amaba a sus hijas, apenas un ápice menos de lo que amaba a su esposo; y, aunque su amor por Deirdre quizá no era tan ardiente como su amor por las otras niñas (esto es suposición mía: al fin y al cabo, no puedo penetrar el inviolable misterio del corazón humano), quería a la desdichada niña y sufría una pena intermitente por ella, y con frecuencia soñaba con ella, sueños inquietos, caóticos, en los que Deirdre, que volvía a tener diez años, tendía en vano sus bracitos hacia ella. «¡Mamá! ¡Mamá!», gritaba la niña, como raras veces había gritado en la vida real; pero mistress Zinn, paralizada, no podía acercarse a ella, y se despertaba muy alterada, sin saber apenas dónde estaba, salvo que, viendo a su esposo profundamente dormido y roncando a su lado, se encontraba muy sola.

—Deirdre, mi Deirdre perdida —murmuraba—, ¡qué injustos fuimos contigo! Mas ¿cómo podemos enmendarlo?

Además de la tía Geraldine Miller, ahora una viuda algo alegre de sesenta y tantos años, hubo varias parientas que se interesaron, por así decirlo, por el espiritismo; e incluso, Prudence Zinn había experimentado en su juventud y en compañía de varias amigas con un tablero de Ouija (que ellas afirmaban encontrar intensamente aburrido, mucho menos interesante que un libro, por ejemplo, de míster Emerson); pero aquella nueva rama de la ciencia o la religión, tan estadounidense, era rechazada con vehemencia por la mayor parte

de la familia, que era nominalmente episcopalista o cómodamente agnóstica, y se burlaba del entusiasmo religioso de tipo primitivo. El propio John Quincy Zinn, que solía ser tolerante, consideraba el espiritismo «un vergonzoso engaño de los crédulos y un gasto de tiempo aún más vergonzoso».

Después de la trágica muerte de Annie Miller, de diecinueve años, en Roma, como consecuencia de la malaria (o eso dijeron: la familia comentaba entre susurros que Annie tal vez había sido asesinada por italianos, quizá envenenada; otros murmuraban con crueldad que tal vez había muerto como consecuencia de alguna conducta «ilícita» con italianos de una naturaleza indeterminada), la tía Geraldine y la madre de Annie y una o dos damas mayores intentaron contactar con ella a través de un médium, en Nueva York, Schenectady y Boston; pero fue en vano. Gastaron una considerable suma de dinero y corrió el rumor de que la tía Geraldine había regalado al compañero y discípulo de la celebrada madame Blavatsky, el joven indio Hassan Agha, un costoso broche de perlas y zafiros que había pertenecido a la familia desde el reinado de Guillermo y María, aunque no sirvió de nada: el broche fue aceptado como honorable contribución a la causa de la teosofía y, en particular, a la erección de una nueva lamasería en Adyar, Madras; pero no se prometió ningún contacto con la muchacha muerta, ni, en realidad, dieron ninguna explicación. Más dolida que desanimada, la afligida mistress Miller recurrió a continuación a la popular médium Johnette Witthaker, exesposa de un tabernero de Pike's Falls, en Nueva York; y después a la ubicua Theodora Guilford, cuyas sesiones siempre se caracterizaban por lo que algunos observadores llamaban un exceso de piedad cristiana (pues la ansiosa mistress Guilford temía, de un modo no del todo irrazonable, que en algunos lugares pudieran condenarla por bruja; en la Boston católica romana, por ejemplo). Mas no sirvió de nada: la fallecida Annie, o Daisy, como a menudo la llamaban, era en la muerte tan extrañamente reservada como locuaz había sido en vida.

Es un indicativo de la desesperación de mistress Miller el que enviara cartas y telegramas al gran médium Daniel Dunglas Home, ahora en suntuoso retiro en la Riviera. Home era sin lugar a dudas el más grande médium de la historia; nacido en las Highlands (de un largo linaje de «videntes») pero educado en Estados Unidos, y por lo tanto, como deseaba creer la pobre mistress Miller, dispuesto a ayudarla en su búsqueda. A estas sentidas solicitudes el temible Home solo respondió con el silencio, ¡hombre descortés!

No obstante, aunque la tía Geraldine y sus compañeras no se pusieron en contacto con la fallecida Annie, sí experimentaron, en el

curso de una docena de sesiones, ciertos fenómenos que desafiaban a toda lógica, así como el sentido común, y, para disgusto de los hombres de la familia, se volvieron fervientes espiritistas y pasaron a contribuir a la causa con regalos y con dinero en efectivo.

Deirdre de las Sombras empezó a celebrar sesiones en la zona de Boston-Quincy-Providence a finales de la primavera de 1880, y efectuó un debut en Nueva York pocos meses después, en la casa de la parte baja de la Quinta Avenida de una viuda sumamente respetable llamada Strong, bajo los auspicios de la Sociedad Teosófica, aunque su relación con los teosofistas y con madame Blavatsky no estaba clara. Como consecuencia de su clientela bien nacida y adinerada, esta joven mujer pronto disfrutó de una floreciente reputación, y aparecía debidamente en los periódicos, e incluso fue investigada por el «azote de los ocultistas», el coronel Lynes, que escribía para el *New York Daily Graphic*, el cual admitía que la joven médium tal vez poseía poderes; en cualquier caso, él había sido testigo de muchas cosas que no podían ser explicadas ni por el sentido común ni por una sospecha de fraude.

Al llegar a la sesión, mistress Zinn vio de inmediato, para su alivio, que Deirdre de las Sombras no era su hija, e interiormente dio gracias (pues ¡qué extraños eran todos estos disparates espiritistas!, qué poco delicado, qué morboso, qué vulgar), aunque, por supuesto, al mismo tiempo se sentía decepcionada por tener que regresar a Bloodsmoor sin Deirdre.

—Mi pobre niña perdida —murmuraba para sí—, perdida en la cruel vastedad de nuestro siglo…

Aunque Deirdre de las Sombras no era Deirdre Louisa Zinn, mistress Zinn admitió después haber quedado impresionada tanto por el aire de inocencia y objetividad de la joven médium como por sus supuestas habilidades. (Estas incluían voces, golpes más o menos fuertes y rostros ectoplásmicos, que asombraron a la crédula Octavia; una mesa de sólida caoba que se levantó; el tamborileo de dados o huesos; un horripilante cuerno de cazador y una horripilante arpa; «espíritus de contacto» que balbuceaban en lenguas extranjeras y no se los podía hacer callar; y súbitas revelaciones que significaban mucho para los participantes en la mesa, procedentes, evidentemente, del «mundo del espíritu», pero que para los observadores que no tenían nada que ver sonaban como tristes y simples tonterías.)

Mientras la joven médium permanecía sentada a la cabecera de la mesa, con la capa susurrando en torno a su cuerpo, mistress Zinn se levantó el oscuro velo con el fin de ver con la mayor claridad posible. La médium parecía hallarse ya en un trance parcial… o causado por alguna droga. Tenía la cara menuda, estrecha, extremadamente

pálida, unas entradas marcadas, el cabello negro como el azabache asombrosamente suelto, la boca pequeña, delgada y contraída en un mohín. En realidad, esta joven mujer se parecía a la Deirdre perdida (como susurró la impresionable Octavia al oído de su madre), pero, de hecho, desdichada e irrevocablemente, no era Deirdre sino una extraña.

Mistress Zinn miraba abiertamente, prestando poca atención a las extrañas palabras de la médium o al aire de nerviosa expectación que reinaba en la sala. Al fin y al cabo, ella no era una clienta, no había acudido allí para comunicarse con sus muertos ni con ningún muerto; se enorgullecía de ser una firme episcopalista, de actitud al menos, si no totalmente de doctrina (pues había elementos de la Trinidad y del papel de María que le resultaban sumamente difíciles de aceptar). El espiritismo podía ser adoptado por los nuevos ricos de la ciudad, e incluso por la nobleza europea e inglesa, pero a una Kiddemaster le parecía algo claramente de poca categoría, y a ella no le servía para nada. Y así pues observaba, mirando fijamente, y evaluaba lo que veía, con bastante frialdad, y se preguntaba si la joven mujer verdaderamente se hallaba en trance o fingía, ¿o quizá estaba hipnotizada, o bajo el influjo de un potente narcótico? Ah, allí había tragedia, si uno tuviera tiempo para investigar y la necesaria compasión.

Era una irónica coincidencia, pensó mistress Zinn, bajándose el velo, que esta joven hubiera adoptado el nombre de «Deirdre de las Sombras». Sin duda no había nada en su rostro sombrío que sugiriera niñez, y mistress Zinn no pudo menos que recordar las bonitas facciones de su hija menor y las rosas que a menudo florecían levemente en sus mejillas, y el destello que tenían sus ojos grises. ¡Estaba perdida, perdida! ¡Y jamás sería recuperada!

Octavia se inclinó hacia su madre para susurrarle algo al oído, y de nuevo mistress Zinn la apartó suavemente. Deirdre de las Sombras sin duda carecía de todo sentido del decoro y la decencia, para aparecer ante un público que pagaba por verla, ataviada con aquella llamativa capa y un vestido de seda negro que parecía un camisón y no un verdadero vestido, ya que no se ceñía a la cintura sino que caía en elegantes pliegues sueltos como una túnica de pagano; tampoco llevaba un peinado normal, sino que el cabello le caía sobre los hombros en un estilo indeciblemente vulgar, latino quizá o incluso gitano, mistress Zinn no lo sabía… ¡Deirdre de las Sombras! Y la gente que la atendía, qué extraños eran: una doncella con ojos del color del ágata y la falda tan corta que casi se le veían los tobillos, y un hombre joven de piel oscura, delgado como una anguila, de las Indias

Occidentales por su aspecto y decididamente siniestro, con un turbante negro sujeto con un broche y una túnica de seda negra que se le ceñía al cuerpo en exceso. Detrás del escenario, una mujer muy obesa envuelta en chales, con una mata de pelo rizado y la cabeza descubierta, iba de un lado a otro haciendo Dios sabía qué y dando instrucciones en susurros a la doncella y al joven del turbante. ¡Qué vergonzoso, qué despreciable era todo aquello!

Mistress Zinn se secó las lágrimas de los ojos, que habían empezado a empapar el velo. De pronto sintió un odio físico no solo por la mujer y sus grotescos camaradas, sino también por los clientes. ¡Necios! ¡Estafadores! Tan crédulos eran, tan infantiles en su ingenuidad, que se inclinaban hacia adelante con impaciencia para captar cada movimiento de la médium, por convulsivos y espasmódicos que fueran, y cada una de sus palabras y gemidos semiaudibles, ¡como si toda la actuación no fuera fraudulenta!

—Madre —susurró Octavia—, ¿te mareas? ¿Quieres que salgamos a tomar un poco el aire?

—Estoy bien —dijo mistress Zinn lacónica, apartando la mano de su hija—. Solo tengo un poco de calor. Aquí dentro se está muy incómodo.

—He traído unas sales de oler por si acaso…

—Estoy bien, te lo aseguro.

—Después de todo, no es Deirdre, ¿verdad? —susurró Octavia, entrecerrando los ojos para ver mejor a través del velo.

—Sin duda alguna no lo es.

—Es mucho mayor, mucho mayor que mi hermana pequeña —dijo Octavia—. Qué extraña y pálida, e imbuida de tristeza; ya no es una niña… No, estoy segura, no es nuestra Deirdre.

—No es nuestra Deirdre —repitió en voz baja su madre.

En su viaje de regreso a Filadelfia, en la intimidad de su lujoso compartimiento, mistress Zinn y Octavia hablaron poco de su aventura en Boston y se ocuparon con su labor de costura. (Cada una estaba trabajando en un mantelito para la casa de Constance Philippa.) De vez en cuando Octavia suspiraba pesadamente, pero mistress Zinn, con su impasible desapego, no se molestaba en disciplinarla.

Antes de retirarse para dormir, Octavia murmuró soñolienta:

—¡Qué extraña, esa infeliz joven!, y daba la impresión de que no se daba cuenta de nuestra presencia.

Hizo este comentario de forma tan casual, y mistress Zinn lo oyó tan semiconscientemente, que no le pareció necesario responder, y a la mañana siguiente, cuando el tren se detuvo con triunfante estruendo en Filadelfia, ninguna de las dos lo recordaba ya.

19

Miss Constance Philippa Zinn y el barón Adolf von Mainz se unieron en santo matrimonio el 15 de noviembre de 1880, en la Trinity Church de Bloodsmoor, ceremonia celebrada por el reverendo Silas Hewett. La novia llevaba un vestido de extraordinaria belleza, de la mejor seda china, con una falda múltiple y cola, y un largo velo de encaje de Bruselas; el novio iba impecablemente ataviado con chaqué, con un ramito de azahar en la solapa. Solo hubo un momento de confusión cuando, al parecer, el anillo de boda resultó demasiado pequeño para el dedo de la novia y el novio, quizá turbado por su papel, dio muestras de impaciencia y se lo puso a la fuerza; pero un instante después, y aunque un poco sonrojada, la pareja nupcial prosiguió con la ceremonia y el reverendo Hewett los declaró marido y mujer y sonó el órgano.

Los invitados a la boda fueron trasladados a la mansión Kiddemaster en carruajes especiales y recibidos en la sala de recepciones en el extremo oriental de la casa, que estaba suntuosamente decorada con adornos florales de todas clases y nunca había tenido un aspecto más elegante. Sobre una plataforma elevada se encontraba una orquesta de cámara compuesta por seis miembros, que tocaron durante toda la velada; en un rincón, una exposición de regalos de boda (un gran número de los cuales eran ejemplares sumamente bellos de cristal tallado, porcelana, plata, acuarelas y óleos, ropa de casa, etc.), que todos los invitados examinaban con placer y felicitaciones a los novios.

El banquete de boda se sirvió en el más grande de los dos comedores, al que se le había dado un maravilloso aspecto rosado mediante una concienzuda selección de ramos de rosas, pasteles, servilletas y cristalería de ese tono, para gran admiración de los invitados, que se deshacían en exclamaciones. La mesa de la novia era

circular, con un generoso montón de tul en el que estaba esparcido un número incontable de rosas entremezcladas con lacitos de cinta a rayas rosa y blancas, con un resultado sumamente bello. Ante la novia estaba colocado el pan de azúcar nupcial, magníficamente glaseado, y en cada uno de los doce lugares alrededor de esta mesa, ocupados por el grupo nupcial, había ramos de rosas de color rosa y crema, grandes para las damas y más pequeñas para los caballeros. (La vivaz Malvinia montó una escena al ofrecer a su hermana mayor Constance Philippa un marchito ramillete de rosas de broma, mezcladas con flores silvestres de un vulgar y espantoso tono blancuzco, ramo que la novia aceptó sin hacer ningún comentario y dejó junto a su plato.)

La larga mesa de comedor estaba adornada con rosas de color rosa y crema también, y despertó muchas exclamaciones de placer, igual que la deliciosa comida de diez platos, que, como era tradición en Kiddemaster, no decepcionó ni en calidad ni en cantidad. Después de la fiesta se oyó a los invitados hacer comentarios elogiosos. «Ha sido el acontecimiento social más brillante de la temporada de Bloodsmoor», fue el veredicto general; y yo no puedo sino coincidir con esta opinión.

Se consumió una buena cantidad de champán, que inspiró al primo Basil Miller a efectuar un impúdico pero animado brindis, pronunciado a modo de divertida canción:

Somos dos, somos dos por siempre jamás,
el mundo entero y nosotros dos, y el cielo por morada.
Cual alondra que alza el vuelo, ¡canta, oh, bella novia!
¡Antaño el mundo entero fue Adán, con Eva a su lado!

¡Antaño el mundo entero fue Adán, con Eva a su lado!

El viaje de luna de miel iba a ser ambicioso, con visitas a Washington, Richmond, Atlanta y Nueva Orleans, y posiblemente también a las Indias Occidentales, donde se decía que la plantación de caña de azúcar del barón últimamente se veía amenazada por dificultades con la mano de obra. Así que la pareja se subió a su carruaje y partió hacia Filadelfia, donde tenían previsto pasar la noche en la bella *suite* que el barón tenía alquilada en el hotel de la Paix, que daba a Logan Square.

Resulta innecesario decir que formaban una pareja nada efusiva, pues Constance Philippa en particular era extremadamente tímida, y ni siquiera el champán que les sirvió el callado criado del barón le soltó la lengua, aunque bebió, por inimaginable que parezca, varias copas en rápida sucesión. De vez en cuando tanto el novio como la

novia miraban alrededor, como si esperaran ver, en los distantes rincones de la sala, una visita o un testigo no anunciado. Pero, por supuesto, estaban solos, completamente solos.

—¿Tienes frío, querida? —le preguntó el barón, solícito, al observar que su esposa temblaba, y antes de que ella tuviera tiempo de responder él ya se había levantado para ir a buscar un encantador chal de cachemira blanco, que le puso sobre los hombros—. Quizá, mi querida Constance Philippa —murmuró—, podemos aspirar a entrar en calor juntos.

Constance Philippa murmuró una respuesta inaudible, sin duda asintiendo.

Él volvió a ocupar su asiento y, en silencio, terminaron su ligera colación a base de jamón, veneras y tostadas con caviar, y se bebieron el resto del champán, mirando ahora el barón abiertamente a su esposa, con una mirada seria animada por cierto humor (hay que recordar que, a pesar del romanticismo de su galanteo, el hombre ya había estado casado antes), y, de vez en cuando, un ligero temblor de su bigote; las mejillas de la novia parecían haber adquirido un rubor permanente, que proporcionaba a su tez habitualmente mediocre una delicadeza de doncella. Que la novia estaba nerviosa era evidente por el temblor de su mano cuando se llevaba la copa a la boca y por su respiración un poco acelerada; que el novio se hallaba afectado de forma similar era evidente por su respiración también acelerada, que pronto se hizo audible.

—Querida —dijo el barón, con voz seca y gentil—, tal vez es hora de retirarnos.

La joven se levantó enseguida de la silla, tan deprisa que su esposo no tuvo tiempo de ayudarla, y en tono suave y apresurado se excusó y entró en el dormitorio sin mostrar ninguna vacilación, y cerró la puerta tras de sí en silencio. El barón, que era un esposo considerado y, en realidad, práctico, se entretuvo, comiendo sin prisas lo que quedaba del jamón, y, al cabo de unos minutos, se sirvió dos dedos de *brandy*, cuyos vapores inhaló con evidente placer. Pasó el tiempo: consultó su reloj de bolsillo y decidió dar a la nueva baronesa uno o dos minutos más para prepararse. Ella se había llevado para su luna de miel una cantidad tan grande de maletas, baúles y cajas que no le habría sorprendido que estuviera buscando en vano algún camisón, y sonrió al pensar en su creciente desesperación si no lo encontraba.

Tras un discreto intervalo de tiempo, el barón se acercó a la puerta, llamó con unos leves golpes y, haciendo girar el pomo (casi temiendo que la puerta estuviera cerrada con llave, pues ya le había ocurrido en otra ocasión), llamó a su esposa con la voz tan controlada

como pudo:

—¿Tienes alguna objeción, mi querida Constance Philippa, a que me reúna contigo ya? —Y, como no obtuvo respuesta, añadió en broma—: La delicadeza de las doncellas, incluso la tuya, mi querida esposa, posee un encanto limitado… y es tarde.

Creía que ella lo oía, y, como no oyó que le pidiera que esperara, el barón entró sin hacer ruido en la habitación iluminada con velas, cerrando la puerta tras de sí con llave; ahora empezaba a temblar con un necesario y completamente natural deseo masculino, lascivo solo si uno suscribe los escrúpulos de nuestros antepasados puritanos, pero completamente normal si uno recuerda la recomendación de que el hombre y la mujer se reproduzcan y pueblen la tierra siguiendo el mandato de Dios. El lector debe tener en cuenta que el deseo de reproducir la especie humana es natural en el sexo masculino y en modo alguno una tendencia aberrante, y aún menos una inclinación de repugnante perversidad, de lo contrario la conducta de nuestra Constance Philippa no parecerá tan blasfema como en realidad fue.

La novia ya se había retirado y yacía inmóvil en la oscuridad de la bella cama con dosel, casi perdida en la sombra y a la fantasmagórica luz arrojada por el candelabro, en el que ardían doce velas produciendo un gran efecto. El barón se aflojó el pañuelo y, procurando esquivar sin hacer ruido los diversos bultos que formaban el equipaje, para no molestar a su esposa, cerró con llave las restantes puertas de la cámara nupcial, pues en la ocasión de su primer matrimonio, muchos años atrás, se había producido un lamentable incidente debido a la inoportunidad de una puerta no cerrada con llave. Se retiró entonces a su vestidor, donde, despojándose rápidamente de sus numerosas prendas de vestir, sintió crecer una masculina lujuria y no pudo resistirse a mirarse en el espejo, el cual, pese a la poca luz, le ofreció un semblante de facciones menudas pero regulares y un bigote de asombrosa abundancia, maravillosamente negro.

La experiencia le había enseñado que era mucho más pragmático actuar con osadía que seguir fingiendo modales de salón, y así pues, el barón se acercó con grandes pasos a la cama y apartó la gruesa colcha, y, ahora completamente vencido por su inclinación masculina natural y por la penosa dificultad para respirar, se deslizó tan ágilmente como pudo bajo las sábanas, abrazó a su esposa, que no se resistió, la montó y, con un gesto único de gran fuerza y autoridad, la hizo su esposa en carne, igual que el reverendo Hewett la había hecho su esposa en espíritu.

Gimiendo, se separó de ella y yació, jadeante, junto a ella, con un

brazo sobre la cara y los ojos entrecerrados, en un esfuerzo por recuperarse; y puede ser que, en el palpitante tumulto de esos minutos, el barón murmurara palabras de consuelo o incluso de amor a su esposa, pero no ha quedado constancia de ello. Tras un breve intervalo de tiempo, la respiración del caballero se fue regularizando y a este se le ocurrió mirar a su esposa, que, con infinito tacto, durante todo este tiempo había permanecido inmóvil para no perturbar la santidad del rito gimiendo o sollozando como en el pasado otras habían hecho, y me resulta difícil revelar lo que el barón Von Mainz vio: no el rostro de su amada esposa, y ni siquiera su cabeza, sino solo la almohada vacía.

Ahogando una exclamación apartó la sábana y descubrió, para su completo asombro —ay, ¿alguna vez ha existido un esposo cristiano tan maltratado?— que a su lado no yacía ninguna mujer, no estaba allí la temblorosa Constance Philippa, no, ni siquiera un ser humano, sino un maniquí de modista: ¡sin cabeza, sin brazos y sin extremidades inferiores!

20

No habían transcurrido dos días desde que el furioso barón Von Mainz había enviado recado, por mensajero especial, a míster y mistress Zinn de que su esposa había desaparecido del hotel de la Paix la misma noche de la boda, y de que tenía intención no solo de solicitar la anulación del matrimonio sino de reclamar una compensación económica en la forma en que sus consejeros legales consideraran justa, cuando llegó la siguiente misiva a la Casa Octogonal, dirigida asimismo al matrimonio Zinn y escrita a toda prisa en la poco elegante letra de Malvinia:

> Queridísimos madre y padre:
> Perdonadme; cuando leáis esto, yo me habré marchado de Filadelfia, ¡quizá para siempre! No quería trastornar los planes de la boda y ahora estoy satisfecha de que mi acción no implique a nadie salvo a mí misma, pero me he enamorado del hombre más prodigioso y con más talento de nuestra época, que me ha convencido de que abandone Filadelfia bajo su protección y trate de hacer carrera en los escenarios, lo que he deseado toda mi vida aunque no me atrevía a expresar mis secretos deseos, ya que sé que a mi querido padre le desagrada el placer de la diversión y toda la familia desaprueba a los actores y actrices. No sé cómo continuar, queridos madre y padre, excepto para decir que estoy enamorada y que soy muy, muy feliz, por primera vez en mi inquieta vida, y mi alma de actriz ahora me pide que haga lo que deseo; pues no es otro que el gran Orlando Vandenhoffen aquel bajo cuya protección estoy viajando ahora mismo (pues deseamos que nuestra alianza sea un hecho conocido por todo el mundo y no un secreto despreciable). Sé

que aún es pronto para que os alegréis de mi felicidad, queridos padres, pero os pido que no penséis mal de mí ni de míster Vandenhoffen, y os ruego que no intentéis disuadirme de mi destino, que reside, aunque me apena ser tan franca, no en Bloodsmoor, sino en el gran mundo que hay más allá.
Vuestra hija que os quiere,

MALVINIA

Un cronista menos sensible tal vez intentara transmitir al lector la angustia y congoja que experimentaron los padres de estas dos perversas criaturas, pero me confieso incapaz de hacerlo. ¡Constance Philippa y Malvinia! ¡Apenas puedo pronunciar sus nombres!, pero debo contentarme con una reflexión sobre la naturaleza del paradójico plan de Dios y la transitoriedad de todas las cosas que existen bajo el sol, y la sabiduría de este poema del gran Emerson, que míster Zinn, en ocasión de esta doble aflicción que sufrían él y su familia, recitó en voz de resonante claridad para que su llorosa familia meditara:

En su impenetrable labor
teje la ilusión un sinfín de redes
con alegres imágenes que cautivan
una sobre otra, velo sobre velo,
embrujo que convencerá por entero
al hombre que ansia… ser engañado.

IV
EL HIJO DEL BUHONERO YANQUI

21

Por mucho que el propio John Quincy Zinn fuera ejemplar y un ciudadano de nuestra nación tan destacado como cualquier otro, hay que señalar que sus antecedentes eran muy poco gloriosos y que, cuando era un joven recién llegado a Filadelfia en los años 1850, ligeramente ajeno a toda la entusiasta atención que recibía, quizá de forma instintiva había evitado revelar toda la verdad sobre su familia y sobre sí mismo.

El John Quincy Zinn de veintiséis años, que fue llamado a la ciudad por míster Bayard, el supervisor estatal de Educación Pública, admitido en el Club Arcadia, objeto de artículos en los periódicos, invitado frecuente de los Bayard, los Brownrrigg y los Kiddemaster, había evitado efectuar revelaciones personales, con la modestia del trascendentalista nato, pues uno debe pensar en lo universal y no en lo particular.

—Zinn, como cualquiera de nosotros, habría podido nacer anteayer —decía con su pueril sonrisa que desarmaba a todos— en el jardín del Edén mismo, que nos rodea y nunca resulta nuevo.

Ni siquiera la abierta miss Prudence Kiddemaster logró arrancarle nada parecido a una historia completa, lo que con frecuencia la exasperaba y moderaba el tono entusiasta con que lo alababa; y luego mientras hacía volar su fantasía, abogaba por su inviolable misterio y su integridad.

—No puedes esperar casarte con un hombre del que se sabe tan poco —dijo el padre de ella, gravemente alterado por la conversación que mantuvo Prudence con él después de la espectacular ocasión en que se desmayó en casa de los Bayard—, aunque, como dices, ha hecho pública su intención de «pedirte». ¡Aquí en Filadelfia no somos bárbaros, espero!

—Y sin embargo, querido padre —dijo Prudence—, yo sí espero, y

mucho. Pero ya veremos.

La familia Zinn estaba diseminada, según explicó John Quincy con un aire de tristeza poco característico; quizá incluso se había extinguido y él era el último de su linaje. Sin duda sus padres habían muerto, y su único hermano, marinero en uno de los grandes buques de guerra del comodoro Perry, había muerto de unas fiebres misteriosas en Esmirna y estaba enterrado en el mar.

¿La granja en Christiana? ¡Ah!, se había vendido hacía mucho tiempo para pagar impuestos. En cualquier caso, nunca había sido muy productiva y el joven John Quincy no había tenido grandes deseos de hacerse cargo de ella.

El primer Zinn de la región, el abuelo de John Quincy, era un tal Rudolph Zinn, inmigrante austríaco, que, como consecuencia de una grave herida sufrida durante un ataque dirigido por el general Benjamin Lincoln contra los británicos, se quedó en el valle, donde una familia granjera de cuáqueros lo cuidó hasta que recuperó la salud. El joven soldado se casó entonces con una hija de la familia y se dedicó a las labores del campo. Romántico desenlace, creía miss Kiddemaster, de una historia posiblemente trágica.

—A mí no me parece romántico, miss Kiddemaster —dijo lentamente John Quincy Zinn, acariciándose la barba—, sino más bien necesario, pues todo ocurre como ha de ocurrir, en un universo de partes que se entrelazan con fluidez.

—Entiendo —dijo Prudence, mirándolo fijamente y sonrojándose, aunque en realidad no lo entendía.

¡Mas la vaga historia que contó John Quincy Zinn de sus antecedentes no era cierta!, y ello permite calibrar la profundidad de sus sentimientos hacia Prudence Kiddemaster, y su ansiedad por no decepcionar a sus protectores de Filadelfia, porque sabemos cuánto aborrecía la falsedad. Es posible también que la inmersión de nuestro joven hombre en los libros y sus especulaciones, frecuentemente obsesivas, sobre la «naturaleza del universo» hubieran confundido los detalles en su memoria, en especial en lo que se referían al mal. (Porque, como hemos visto, míster Zinn se resistía con pasión al concepto mismo del mal, considerando que no podía tener cabida en la benevolente maquinaria de Dios.)

En verdad había existido un tal Rudolph Zinn, soldado de la infantería del general Lincoln, y abuelo de John Quincy Zinn; pero su relación con el apellido «Zinn» era menos legal de lo que a uno le gustaría, con lo que quiero decir que en los antecedentes de John Quincy existía la ilegitimidad. Zinn era el apellido del joven soldado, pero, ay, nunca se convirtió en el apellido oficial de la muchacha de

diecisiete años que llevaba en su seno al hijo de él cuando huyó, al ser ejecutado Zinn en la primavera de 1786. (Pues Zinn fue ejecutado, junto con otros once amotinados, en una plaza de armas de Morristown, New Jersey; una muerte ignominiosa, aunque apropiada para un rebelde, en especial en tiempos peligrosos como aquellos.)

No se sabe, y seguramente carece de importancia, cuál era el nombre de la joven mujer que era la abuela paterna de John Quincy Zinn; basta decir que Zinn era el apellido del que se apropió, igual que se apropió de una alianza de boda de oro muy delgada y algo fea, con lo que se consideraba «desposada» e igual a cualquier mujer casada que pasara por la calle. Como su amante había sido fusilado, se marchó de Morristown y se fue a vivir con unos parientes al pueblo de Shaheen Falls, en Nueva York, donde su hijo ilegítimo, aunque no fuera bautizado en ninguna iglesia, fue conocido con el digno nombre de John Jay Zinn, un nombre que constituye una indicación del impetuoso optimismo de la joven madre, o de su simple ignorancia, más que de su patriótica consideración por el ilustre John Jay, pues míster Jay, igual que George Washington, Alexander Hamilton, Henry Knox y el propio general Benjamin Lincoln (que, después de todo, había ordenado la ejecución sumaria de Zinn) y otros muchos caballeros del gran partido federalista, sin duda no era amigo de bandidos, vagabundos y obreros holgazanes de lugares extranjeros como debían de serlo ella y su familia, y habría tenido poca paciencia con sus quejas o con las incesantes demandas de los de su clase. (¡Y pensar que el traidor Daniel Shays y sus rebeldes aún tenían que aparecer, al año siguiente! En realidad, es extraño que la joven nación no expirara en aquellos primeros años, como tanto temía George Washington, acosada por todos lados por agitadores y supuestos «republicanos».)

El descontento de Rudolph Zinn y de los otros amotinados en parte estaba justificado, sin duda, pues se hallaban en la lamentable situación, como soldados del ejército continental, de recibir sus veintidós chelines de salario diario en moneda continental, emitida por primera vez en 1775, moneda que se había depreciado unas cuarenta veces a medida que la guerra proseguía, de modo que en 1786 casi no valía nada, por lo que se produjeron diversos motines aislados y los soldados se negaban a aceptar el pago en semejante moneda, y en algunos casos (puede deducirse que en el de Zinn) incitaban a los otros a no aceptarlo. Esta clase de descontento junto con las penalidades de los largos inviernos y las provisiones insuficientes, y los rumores de rentables especulaciones federalistas, son quizá comprensibles, pero de ningún modo pueden excusar los

alzamientos traidores en el seno del ejército continental, en una época en que la unidad era tan necesaria. Así que el joven Zinn fue fusilado, junto con once camaradas, y enterrado en una tumba de pobre, sin duda una fosa común, en algún lugar de Morristown, New Jersey, y no se puede culpar a John Quincy por decidir no hablar del destino de su abuelo. Era mucho más bondadoso, mucho más idealista, imaginarlo como soldado herido al servicio de su joven país, y cuidado hasta recuperar la salud por una familia cuáquera en el sudeste de Pensilvania.

Así pues, el abuelo murió a la edad de veintinueve años, y el padre, aunque vivió hasta los cincuenta, estaba destinado a sufrir una muerte particularmente horrible, una especie de ejecución también: fue embreado, emplumado, colgado y quemado por una turba ebria en las estribaciones de los Montes Azules, en la Pensilvania meridional.

Porque el padre, John Jay Zinn, no era granjero, como sugería John Quincy, sino buhonero, miembro de esa problemática tribu itinerante comúnmente conocida como «buhoneros yanquis», sobre los que han circulado tantas historias, que en general están muy lejos de ser placenteras.

John Jay Zinn, el buhonero de mala fama, cuyo comercio lo llevó tan al norte como Bangor, en Maine, y tan al sur como Raleigh, en Carolina del Norte. Pero solo se atrevía a visitar a los aldeanos, solo a asentamientos rurales aislados, o granjas, o chabolas en las colinas, lejos de todas partes. A pie o montado en una yegua de lomo hundido adquirida en el mercado, o conduciendo un burro cargado de mercancía. Solo o con su hijo. O con su amante mulata de Carolina, ¿o era de Baltimore?, ¿o la había encontrado en una calle de Nueva York…? Acarreando su pesada mochila de cuero, bajo la fría lluvia, en el fango de la primavera, a través de Maine, New Hampshire y Massachusetts, con bastón, cojeando, a través de Connecticut, con los bigotes de color gris metal. Aquel maldito maleante yanqui, que cruzaba Rhode Island con una mula enferma, la cabeza baja para protegerse del sol, los ojos entrecerrados de forma permanente, Nueva York, Pensilvania, New Jersey y Maryland, tantas esposas para un hombre tan feo, alto, larguirucho, de rostro cetrino, la expresión dura, los ojos negros tan aguzados que captaban el brillo de una moneda a un centenar de metros… en la oscuridad; Shaheen atrás y los Catskills, y los glaciales Pocono, y el pueblo de Delaware donde un hombre lo apuñaló en el pecho por hacer trampas en las cartas, y nadie intervino, «No te atrevas a volver a mostrar aquí tu feo rostro»,

vociferando para anunciar su mercancía, a través de zonas pantanosas donde los mosquitos no lo tocaban porque su sangre sabía a latón, por caminos donde las lechuzas se escondían de él, para que no las estafara, Virginia y Carolina; Cape Hatteras, donde tenía una mujer; las afueras de Lynchburg, donde vendió sus servicios como zahorí y se marchó con 200 dólares en efectivo en sus profundos bolsillos secretos, «¡Mirad esa sangre!, ¿realmente es sangre suya?», pero el pozo se secó a la mañana siguiente, porque solo era un pozo embrujado, no real.

John Jay Zinn, el buhonero. Aunque era conocido por otros nombres. Solo, o con una gorda muchacha de ojos estrábicos y sonrisa floja, que se tambaleaba bajo una mochila llena de utensilios de cocina y remedios caseros y ron ilegal (libre de impuestos), o con el muchachito que debía de ser su hijo: rubio, quemado por el sol y fornido para su edad, pero muy callado. Pantanales, tierras de cultivo, caminos llenos de barro negro donde los buitres se alejaban volando lentamente de cadáveres de caballos tumbados en la cuneta, Prince George County, Blackstone, Hungry Mother Mountain, East Stone Gap, Manassas, una levita negra de predicador golpeándole las rodillas al andar, las mangas flojas de modo que asomaban sus huesudas muñecas, «No se atreverá a volver aquí otra vez, sabe lo que le ocurrirá», pregonando dentaduras postizas para hombres y mujeres, para jóvenes y viejos, limpiadores de cera para las orejas, los pantalones abolsados en el trasero y las rodillas como si pertenecieran a un hombre más corpulento, solitario, cantando y riendo para sí, contando su dinero en la oscuridad, dedos largos, vendiendo Biblias y gafas con montura de alambre, las serpientes de cascabel no se acercaban a él por miedo a que les estafara los cascabeles, las culebras azules huían a los árboles, sobre su cabeza un sombrero blanco en forma de campana, mellado en la corona, pesado por las monedas de oro que llevaba cosidas en su interior, los bosques de pinos de Carolina, las estribaciones de arcilla roja de Virginia, ni un atisbo de expresión en su rostro moreno, ni alarma, ni aprensión, ni miedo, ni terror, jamás una sonrisa salvo aquella amplia mueca astuta, señora, me permite que le muestre, señor, me permite que le enseñe, el rostro inexpresivo, los ojos de cristal, «¿Cómo se llamaba, Zinn?, ¿o ese era el otro?». Solo y a pie, y fingiendo no tener un céntimo. Una tos seca. Flema entremezclada con sangre en la palma de la mano, rezumando por entre los dedos. Solo o con una mujer india. O con su hijo. «El maldito maleante yanqui, ¿cómo se marchó tan deprisa?», desapareciendo tras la curva del camino, evaporándose como la neblina, la mitad de las monedas de oro de la población en sus

bolsillos y la otra mitad en la corona de su sombrero. «¡Yanqui!»

John Jay Zinn, el buhonero de Maine. ¿O era de Nueva York? Zinn, que una húmeda primavera propagó el tifus por toda la costa de la bahía de Delaware. Zinn, que había dejado una esposa en Shaheen Falls. Y otra esposa en Front Royal, en las Blue Ridge Mountains. Medía dos metros cinco centímetros; era un gigante delgaducho y ágil. Caminaba encorvado hacia adelante, utilizando su bastón como si odiara la tierra y quisiera causarle dolor. Un invierno, vestido con pieles de castor, las mejillas sonrojadas, gafas con simple cristal para esconder sus ojos burlones entrecerrados; el invierno siguiente, delgado de nuevo, con botas de cuero hasta las rodillas, tiesas por el barro, el abrigo de predicador de velarte que no habría sido lo bastante cálido para un hombre normal, el viejo sombrero manchado, mellado en la corona: «¿Ese vuelve a ser Zinn?, ¿o es aquel otro maleante yanqui?». Solo y tosiendo en la mano. Solo y cantando canciones, borracho, en la taberna de la bahía de Fayette. Era un espía para Jackson en las Carolinas, un espía para Calhoun en Nueva Inglaterra, tenía el poder de atraer a cualquiera que fuera lo bastante necio para comprarle su ron libre de impuestos, vendía las píldoras purgantes del doctor Bolto que iban en la cajita verde con la leyenda en un lado: «Precaución: Las mujeres no deben utilizarlo ya que puede provocar aborto»; los aldeanos acudían a él en tropel, atraídos por un imán que llevaba en la corona de su sombrero que atraía sus monedas de oro y de plata e incluso los empastes de sus muelas. Cuadrantes en venta, conchas de las profundidades del océano que predecían el futuro si se apretaban contra la oreja, pelucas de todos los tamaños hechas con pelo humano tieso como pelo de caballo, el láudano portugués del profesor Dobson, una poción aceitosa secreta «solo para hombres», petardos, bengalas y pólvora, ni siquiera las más perezosas marmotas y zarigüeyas se podían resistir, el ciervo de cola blanca intercambiaba su cornamenta, la ardilla intercambiaba el penacho de su cola, «¿Ese chico suyo está tocado del ala?, qué pena», los llanos de Maryland, las tierras áridas de New Jersey, los días de diciembre cuando el sol no se levantaba y el cielo era como una tenebrosa sopa negra. «Maldito espía yanqui.»

Anunciando a voces sus mercancías. Solo o con una de sus esposas o con su chico, el pequeño John Quincy. De tal palo, tal astilla. Cinco años tenía. Obediente, rápido en esquivar el puño de su padre, tambaleante bajo el peso de la mochila como una pequeña mula enfermiza. Cinturones de cuero, pendientes, anillos de boda, perfume «francés», velas de cera, candeleros, huevos para remendar, campanillas, grillos de hojalata, lupas, navajas y cuchillos de mondar,

y plumas de ave y tinta india. La medicina para la tortícolis de Jacob, la Hombría de Curtis. Los empastes de oro se salían de las muelas en cuanto se oía pregonar a John Jay en la carretera. Dio una medicina que sabía a naranja dulce a la hija de trece años del herrero, detrás del cementerio, y salió impune, desapareciendo tras la curva. Leía en voz alta, riendo y resollando, *The Rip Snorter*, para los clientes que no sabían leer. Una cara tallada en madera de nogal, un aliento húmedo y mohoso como una bodega, ojos entrecerrados que no parpadeaban, cejas entrecanas, «ese maldito yanqui, estafador y mentiroso», diseminó la gripe desde Quakertown hasta Penns Grave junto al Delaware y hasta Cape May junto al Atlántico. Cabello blanco tieso como alambre brotándole de las orejas. Tocaba la armónica. Bajaba la mochila al suelo con un gemido, la levita negra de predicador pálida por el polvo, «¡Maldita sea si no es él otra vez! ¡Cerrad las puertas con llave, corred el cerrojo a las persianas y tapad la chimenea!». Las estribaciones de los Montes Azules, los empinados caminos de arcilla roja de los Catskills, el crepúsculo en los Pocono, el olor de la nieve, el olor del invierno, una ampolla en el tobillo izquierdo del niño, John Jay Zinn tratando a todos los hombres de la fábrica de pólvora, John Jay Zinn arrastrando al niño (dormido de pie) al rincón de la taberna, John Jay Zinn abofeteando a la mujer histérica en ambas mejillas, recibiendo golpe por golpe cuando ella lo abofeteó a él: «Hay que admirar a Zinn, que actúa como si tuviera que salvar su vida».

Caprichosas navajas con cinco hojas, rollos de percal, sombreros de señora tan bonitos como los que se llevan en Boston, ollas y sartenes con la garantía de que nunca se deslustran, las píldoras del doctor Elton para el riñón que nunca fallan, cuellos de camisa de papel, zapatos de piel, cepillos para el pelo, peines de carey. Aquashicola en el camino de los Apalaches, Geneva en el lago Seneca, Chazy Landing en el lago Champlain, aquella fría e inconfundible sonrisa astuta, con manchas de tabaco y mellas en la dentadura, sus propios dientes postizos, dentaduras hechas de madera. A veces con el niño silencioso que no protestaba, pese a su fatiga, a veces solo, con sus botas de pescador hasta la rodilla, caminando con grandes pasos por la colina mientras silbaba una canción poco melodiosa, o durmiendo en una zanja inmóvil como un muerto. (Cerca había tres águilas ratoneras en una valla, no mirando a Zinn sino vigilándolo.) «Pero ¿está muerto? ¿Es sangre de verdad?, maldito yanqui.»

Neblina de primavera, un inclemente sol de agosto, la tierra negra resquebrajada, *The Old Farmer* en venta, barato, Rhode Island y Connecticut, jarras de peltre con bocas sonrientes y orejas por asas, el niño de cinco años, seis años, fornido de hombros, tímido, una curiosa

marca de nacimiento en la sien, la señal del Diablo, New Hampshire y aguanieve y perros que lo mordían en las piernas, Maine y fiebre, guantes a los que les faltan dedos, zapatos con suelas delgadas como el papel, hojas de afeitar que cortan la cara y dejan una docena de heriditas sangrantes, «John Jay Zinn el buhonero, el maleante yanqui». Hacía trampas en las cartas pero nadie veía cómo. Se largaba con tantas monedas de oro y de plata que caminaba arrastrando los talones. Y tras la curva… ¡nada! Desaparecía en el aire. Como un cuervo graznando y gritando en lo alto. Y el niño… se convertía en un estornino. Se alejaban volando, muy alto, gritando y graznando. Los perdigones no podían tocarlos.

Muchas veces bígamo. Esposas en Portland, Concord, Hartford, Shaheen, Wilmington, New Hope y Shenandoah. Remedio casero del doctor Petersham para trastornos del sistema digestivo, dolores del corazón, nervios destrozados, molestias de la mujer, una cura segura para los carbunclos, las verrugas, los lunares, los cánceres de la piel. Un espía del rey Andrés. El pecho vacío como un tambor, nada detrás de las gafas, las orejas resecas y resquebrajadas como loza, propagando la sífilis, propagando la tisis, dedos amputados por congelación, relojes de cuco que se rompen al cabo de una semana, hojas de afeitar que cortan los dedos en cuanto se las coge, gorros de dormir manchados de sangre, la amplia y lenta sonrisa burlona, los dientes manchados de tabaco. Sí, señora, no, señora, tengo esto, señora, permítame que se lo enseñe, señora, rollos de pura seda de China, recién bajados del barco, botones de todos los tamaños y tipos —de nácar, de hueso, de carey, de jade—, vendía dientes postizos a los tontos de Christiana que nunca los necesitarían, vendía cruces de hojalata a los tontos de Portsmouth para que se curaran la gripe, recorría quince kilómetros para vender tinte de alheña a tres viejas solteronas calvas, se casó con la vieja viuda que dirigía el Three Bells, y ella murió y él heredó, lo mismo ocurrió en West Almond Creek, y en Laurel, Delaware, pero sus hijos se enteraron y lo persiguieron como endemoniados, lo habrían atravesado con una pica si lo hubieran pillado, eso fue solo un año atrás. De cuarenta años, cuarenta y siete años, cincuenta, bastardos a lo largo de la costa, mocosos negros, los ricos valles de Carolina, lluvia en los Adirondack, ron de contrabando, tabaco para mascar, carretes de hilo, abalorios, lentejuelas, perlas y diamantes de imitación para las señoras, el líquido brasileño para rizar el pelo del doctor Roley, vociferando a pleno pulmón, tosiendo, resollando, escupiendo flemas sanguinolentas en el suelo de polvo, Agua Lustral de Guerlain, Esencia de Tiro de Rowland, Aceite de Coral de Circasia de Jone, Bálsamo de Columbia,

Crema de Azucenas, pomada del doctor Kiely, Verbena de Ring, Crema China de Henry, jabón Windsor de Brown, Esprit de Cédrat para el cutis, jarabe de Boubie, Blanc de Neige, loción para eliminar las pecas de Micheaux. Cucharas medidoras que no medían, cerillas que no encendían, pomos de puerta que no giraban, agujas que no atravesarían la tela más diáfana, veneno para chinches con el que las chinches se hinchaban como gachas. Nunca parpadeaba cuando un cuchillo de pesca de acero se clavaba en la pared junto a su cabeza, nunca hacía más que toser y escupir cuando le rompían la nariz y le sangraba, estiraba sus dos metros cinco centímetros, que pesarían poco más de cincuenta kilos, y se dirigía hacia la puerta y salía a la noche y desaparecía: simplemente, desaparecía en el aire dejando atrás un rastro de sangre.

Tomaba pedidos de casas prefabricadas portátiles (estilo francés de Luisiana), diez dólares de depósito, leía fragmentos del *Manual de formas sociales y negocios* de mistress Unger para las señoras que no sabían leer, tocaba la armónica, tocaba el violín, siguiendo el ritmo con el pie, los bailarines pasaban junto a él, las gafas le centelleaban. Arrestado por vender ron libre de impuestos y apaleado brutalmente en la carretera y abandonado en la cuneta, y al año siguiente allí estaba de nuevo, caminando con grandes pasos por la colina, levantando polvo, apoyado en su bastón, «Cerrad con llave las puertas y corred los cerrojos de las ventanas, es el buhonero yanqui otra vez», perchas para sombreros en venta, pañuelos de satén solo un poco manchados, hule con estampados florales, el calendario del año pasado, *El almanaque del ama de casa frugal*, recipientes para agua sucia, botas para niños, campanas de cristal, tintura de benzoína, pastillas de jengibre para la tos, carbonato de magnesio, aceite de grano de anís, píldoras de cáscara sagrada, elixir paregórico, quinina amoniacada, ácido oxálico en polvo, esencia de poleo, aceite de eucalipto, belladona, regaliz, jarabe Buckthorn, flor de sulfuro, calientacamas, borra de lana, ámbar gris para la fertilidad, raíz de lirio de Florencia para el dolor de muelas, chalecos bordados para caballeros, penachos de plumas teñidas para las damas, chales de piel de conejo español, bolsos de felpa negra, cuellos y puños de encaje, sí, señora, no, señora, tengo esto, señora, permítame que cierre la puerta, señora, no tiene pupilas en los ojos, no le late el corazón, el chico no es su hijo, no se parecen, debe de haberlo raptado, se lo ha llevado en alguna parte del camino, los perdigones no pueden tocarlos.

En Shinnecock, Virginia, el *sheriff* lo arrestó y lo encerró en la cárcel y por la mañana el buhonero le había ganado tanto a las cartas que fue despojado de todo, incluso del colchón de cáscara de maíz,

incluso del ojo de cristal, y en Oriskany, junto al Hudson, pensaron gastarle una broma pesada, le pusieron un nudo corredizo al cuello y lo arrastraron fuera de la taberna, y cuando estaban a medio camino del lugar adonde se dirigían él los convenció de que le dieran todas las monedas que llevaban en los bolsillos y le quitaran el nudo, y no ha vuelto allí desde entonces.

El niño lloraba y las lágrimas parecían reales pero la marca de nacimiento que tenía a un lado de la cara lo delataba. Era el propio diablo. Un trabuco de chispa le estalló en la cara, hundió la cabeza en el montón de estiércol del ganado, «¿Es sangre de verdad?, eso nunca ha sido sangre auténtica», y el siguiente abril dobló la curva del camino, en septiembre anunciaba a voz en grito Biblias y pisapapeles de cristal y péndulos para encontrar agua a lo largo de Trenton Pike, a través del valle de Delaware con una mula achacosa, en los pantanales de Virginia, donde los mosquitos que le picaban caían muertos a sus pies, en el condado de Allegheny, en Stowe Creek Landing, a lo largo del Schuylkill, el niño lo ayudaba a caminar, el niño llevaba la mochila más pesada, las mejillas relucientes por las lágrimas, de tal palo tal astilla, nunca han sido padre e hijo, «No puedes hacerles daño, no puedes tocarlos, yanqui, ¿cómo escaparon tan deprisa adónde fueron…?».

22

En las tumultuosas semanas y meses anteriores al anuncio oficial de su compromiso, antes, en realidad, de que John Quincy Zinn la hubiera reclamado públicamente para sí, miss Prudence Kiddemaster se vio perturbada por rumores referentes no solo al interés de su pretendiente por otras jóvenes herederas, sino por los antecedentes del joven; los detractores murmuraban que la famosa escuela experimental en las colinas tenía menos éxito de lo que los educadores radicales sabían, y que los Zinn se hallaban envueltos en la ignominia, ya que uno de ellos había sido ejecutado como delincuente común, y John Quincy Zinn, huérfano de madre y de padre, fue enviado a un orfanato, un orfanato católico, en Baltimore, quizá, o en Wilmington, o Nueva York.

El orgullo contendía con la curiosidad en nuestra inquieta joven dama, que durante un período de tiempo considerable no quiso honrar semejantes rumores anotándolos en su diario. «No sé qué pensar —escribió Prudence Kiddemaster—, pero sé, ¡ah, eso sí!, qué sentir.» Podría haber seguido el ejemplo de Horace Bayard, tan seguro de sí mismo, quien, en su papel de educador público, investido de una gran autoridad, durante décadas había disipado todas las dudas y muchos datos que iban en contra de su interpretación del mundo; podía haber investigado la fuente de los rumores, para descubrir, sin duda, que habían sido inventados por hombres celosos del rápido ascenso del joven Zinn como popular conferenciante, muy admirado por las damas, miembro de la Asociación para la Reforma de las Escuelas Públicas, del doctor Bayard, y una especie de hombre de mundo, que era tratado como una celebridad en los círculos más elegantes. La joven dama fantaseaba casi sin cesar con que la fama de ella —en realidad, su vida— algún día estaría ligada a la de él, y su corazón se veía atormentado por las dudas. Pues, aunque lo amaba y sus palabras

la emocionaban, no siempre estaba segura de comprender esas palabras, o de poder creerlas sin correr peligro.

Sin embargo, discretamente, planteó el tema del catolicismo a John Quincy (mediante un afectuoso interrogatorio sobre los antecedentes de aquel conocido suyo de la pensión, míster Guiteau, que se declaraba católico aunque ya no practicaba sus macabros ritos) y se enteró, para su satisfacción, de que sabía muy poco de ello, y muy poco le parecía estimulante, y su sensible pretendiente nunca adivinó que ella lo estaba interrogando; asimismo, discretamente, le preguntó por sus padres, pero solo se enteró de que su querida madre había fallecido de tuberculosis poco después de nacer John Quincy, y de que su padre había sufrido la muerte de un mártir en una concentración de abolicionistas, con ocasión de la aprobación de aquella incalificable ley de 1850, pero que, por muchas razones, no deseaba hacer publicidad del hecho.

—¡Ah, sí, sí, entiendo! —exclamó Prudence, afligida—. No quiere… no debe… no desea capitalizar, o dar la impresión de que capitaliza semejante tragedia.

—Miss Kiddemaster —dijo John Quincy, enrojeciendo y bajando los ojos—, me entiende perfectamente.

Espero que el lector se muestre paciente y comprensivo si, como cronista fiel de los destinos de los Zinn, con frecuencia me muestro algo turbada por la tarea que tengo ante mí y me torturo —como el glorioso Milton debió de torturarse con frecuencia, así como el gran bardo y nuestra valiente Harriet Beecher Stowe, por mencionar a alguien próximo a nosotros y de mi humilde sexo— con la pregunta de si el mal puede fundirse en el arte moral. Si, al esforzarme por señalar los frutos aun de los actos más desalentadores y egoístas entre estas personas, en algunos momentos —no, horas y días—, dudo, espero que el lector tenga paciencia conmigo y un poco de comprensión. Porque si el mal que con toda sinceridad debo transcribir (sin compartir del todo la admirable creencia trascendentalista de míster Zinn de que el mal por su naturaleza misma no tiene cabida en el universo de Dios) ha de ser verdaderamente comprendido y, por lo tanto, puesto al servicio de un arte moral, ¿cómo puede proceder el cronista si no es relatando escrupulosamente todo lo sucedido… por espantoso que sea? Porque no puedo creer que el mal, a pesar de todo su poder, sea definitivamente imborrable, ni en el arte ni en la vida.

Pero aquí está el gran Cowper, que expresa este sentimiento en verso:

Mas, aunque esta vida sea un valle de lágrimas,
más allá del valle un paisaje luminoso se vislumbra,
cuya gloria, cual luz inextinguible,
brota entre las rocas y las sombras atraviesa.

Una fría noche de octubre, a la pálida luz de la luna llena, en las afueras de una aldehuela sin nombre en los Montes Azules de Pensilvania, el buhonero John Jay Zinn conoció su triste destino, y el joven John Quincy, de ocho años de edad, se quedó realmente huérfano, aunque el lector sentirá alivio al saber que no fue enviado a un orfanato católico, ni de Baltimore ni de ningún otro sitio, sino que fue educado en un hogar cristiano, entre buena gente de campo que se apiadó de él y no lo manchó con los pecados de su padre.

Puede que en verdad fuera consecuencia de las disputas por el abolicionismo, o del falso rumor calenturiento de que el buhonero yanqui en realidad era un espía masónico (pues estos eran los curiosos años de los antimasones, conducidos por el vehemente Thaddeus Stevens de Gettysburg), aunque es más razonable sospechar que los asesinos de John Jay Zinn simplemente deseaban castigarlo porque doce meses atrás los había engañado, él u otro buhonero yanqui que se le parecía mucho y vestía de forma similar una levita negra y un sombrero deformado (ya blanco, ya gris, ya negro, ya adornado con una pluma de faisán en la banda, ya sencillo como el de un predicador baptista) e iba acompañado por un niño tan callado que se lo creía mudo. Asimismo, es razonable sospechar que, dado el grado de embriaguez de los asesinos, y la tortura incalificablemente cruel a la que sometieron a su víctima antes de que la misericordiosa muerte lo liberara de su sufrimiento, el alcohol mismo fuera el auténtico culpable y que, por tanto, hay que conceder una mayor autoridad a los alegatos del Movimiento Antialcohólico, aunque a menudo sea ridiculizado en la prensa popular y aun por caballeros cultos y de buena posición social.

En realidad, puede que el infortunado fallecimiento de John Jay Zinn tuviera su origen en el hecho de haber entrado en un establecimiento de mala muerte que servía bebidas alcohólicas, incluidas ginebra barata y cerveza, y haberse unido imprudentemente a un grupo de juerguistas que lo acogieron en su grupo montando un gran escándalo. (Este grupo al principio no debió de mostrarse hostil, y mucho menos peligroso, si creemos en la astucia por la que el buhonero era tan ampliamente conocido.) Pronto se sumó a su camaradería, aunque, con cincuenta años, tenía unos veinte más que el mayor de ellos, y los invitó a una ronda, como es costumbre, creo,

en semejantes establecimientos, y después a otra y aún a otra, una estratagema quizá para ganarse su buena disposición o por simple vanidad. (Pues John Jay Zinn se tenía en muy alta estima y no podía resistirse, en semejantes ocasiones, a despilfarrar su dinero, ¡y qué imprudente fue hacerlo en esta ocasión en particular!)

Y, entretanto, el pequeño John Quincy dormía en un frío granero, a doscientos metros, protegido por el profundo sueño del niño que es puro de corazón y ha agotado las fuerzas debido al reciente ejercicio físico, pues su padre lo había obligado a caminar muchos kilómetros aquel día, cargado con una mochila con más peso del habitual porque llevaba utensilios de cocina de hierro. Tan exhausto estaba el niño que se había quedado dormido mientras comía un plato de estofado de cordero con patatas, y su padre lo había despertado dándole unas bofetadas, pues no era de los que miman a los débiles y estaba ansioso por recompensarse por una jornada de trabajo bebiendo alcohol en compañía. (Duerme, pobre niño, pues pronto te despertarán bestiales voces y gritos que te perseguirán durante mucho tiempo en tu vida.)

El hecho de que John Jay Zinn entrara voluntariamente en una tosca taberna rural y se uniera a un grupo de rufianes borrachos, de la caterva que empujó al poder a Andrew Jackson, y se regocijara con la destrucción del banco de míster Biddle, da fe de que había algo raro en su naturaleza; que bebiera durante cinco o seis horas, olvidándose de su hijo y descuidando su propia necesidad de sueño, indica una falta de sensatez que debemos considerar ominosa. No es de sorprender que el talante del grupo se fuera alterando poco a poco a medida que los participantes se iban embriagando y que empezaran a atormentar al buhonero con diversas acusaciones, algunas de las cuales son demasiado vergonzosas para dejar constancia de ellas; tampoco es de sorprender que el necio hombre, tan saturado de alcohol que se tambaleaba y acabó desplomándose en el polvoriento y sucio suelo, intentara defenderse gritando y agitando los puños, y tratara de superar a sus oponentes con puro ingenio vituperativo. Ellos lo abucheaban, se burlaban y se impacientaban, y otros gamberros se unieron a ellos y, cuando cerraron la taberna, aún se acercaron otros, pues se corrió la voz de que habían atrapado a aquel buhonero yanqui maleante que, anteriormente, había perpetrado un fraude con ciertos miembros de la aldea «adivinando» dónde había un manantial de agua a cambio de un pago considerable (aunque la suma variaba mucho y se hacía cada vez mayor a medida que el rumor iba circulando). Les había prometido un pozo —un pozo de la más dulce y pura agua de manantial—; había caminado con su varita en alto y una expresión de experto en el rostro, y al cabo de algunas horas, tras haber cruzado la

aldea haciendo gran alarde del procedimiento, lo había encontrado, permitiéndoles ver cómo la varita casi le había saltado de las manos para señalar hacia abajo. Y ellos habían excavado en aquel lugar en busca de agua, y la habían hallado, y agradecidos habían pagado generosamente al buhonero por sus servicios.

¡Pero el pozo se había secado al cabo de pocos días! Su agua dulce y pura se había vuelto arenosa y después fangosa, y después el pozo se había secado. Algunos decían que era un «pozo embrujado» y que nunca había contenido agua, solo la ilusión de que había agua. Pero para entonces, naturalmente, el deshonesto yanqui ya había huido, y nadie podía adivinar dónde se lo podría encontrar.

Un hombre más prudente que John Jay Zinn habría admitido que el incidente en realidad había sido perpetrado por otro buhonero, pero que él, por un sentido de la obligación, o por simpatía hacia los aldeanos, los compensaría de forma adecuada. Un hombre más prudente, sin duda alguna, se habría contenido y no habría replicado a gritos a los que, borrachos, lo atormentaban, ni los habría llamado necios y bellacos. Pero John Jay Zinn no era un hombre prudente ni, me temo, un hombre en cuyo corazón se hubiera cultivado ningún sentido moral, y así pues discutió con aquellos rufianes y tuvo una refriega con ellos, y pronto se agolpó toda la chusma mientras se calentaba un cubo de brea en la herrería próxima, y se oían gritos de guerra y no había ningún representante de la ley al alcance del oído al que le importara un comino el sino del buhonero, y así sucedió que John Jay Zinn sufrió aquella espantosa tortura de ser embreado y emplumado, una costumbre popular estadounidense que los que no son conscientes de su brutalidad aún consideran ligeramente risible. La brea le fue aplicada con cepillo y vertida sobre él, humeante, en grandes cantidades, y pronto la calma otoñal iluminada por la luna se vio quebrada por sus gritos de dolor, y el pobre niño que dormía en el granero despertó aterrorizado, y la bestial gamberrada, una vez iniciada, no podía detenerse. Para empezar, los aldeanos expresaron sorpresa y placer porque el buhonero podía sentir algún dolor: ¡habían imaginado que era diferente de ellos, alguien a quien nadie podía herir gravemente!

Criaturas ignorantes y subhumanas, concluirá el lector; gente tan bestial como para dar crédito a las declaraciones de estadounidenses como John Randolph y Alexander Hamilton, que dudaban desde el principio del valor de la democracia y mucho más de su posibilidad. En cuanto a su infortunada víctima, John Jay Zinn, me resulta muy difícil hablar. Lo veo, creo, con la misma claridad con que veo a cualquier persona viva, aunque en realidad nunca puse los ojos en él,

pero poseo el poder, por así decirlo, de imaginarlo a través de los recuerdos de su hijo; soy capaz también de «oír» su voz, pregonando sus mercancías en una aldehuela tras otra, a lo largo de los interminables caminos que constituyen nuestra nación, enteramente solitario y eludiendo la bendición de Dios. Su levita de predicador, su excéntrico sombrero, su rostro inexpresivo y sus ojos sin parpadeo, el modo en que se apoyaba en su bastón cuando nadie salvo John Quincy lo veía, gimiendo por el dolor artrítico… su soledad, su escalofriante e implacable laboriosidad, con tan poca ambición y sin la evidencia de un alma… Veo, oigo, tiemblo de miedo por su destino, y comparto con su desgraciado hijo el terror de aquella noche; y, sin embargo, no lo conozco.

Ni deseo conocerlo, a pesar de mi natural piedad cristiana por el sufrimiento que soportó, una especie de muerte de «mártir», tal vez, y la probabilidad de un justo castigo divino después.

(Que fuera el padre de nuestro héroe sin duda es un enigma; mas, como no lo creo edificante, no me entretendré con él. Es una lástima que lo repulsivo de su muerte se desintegre frente al profundo desagrado instintivo que suscita su ser y un rechazo reacio pero incontestable a la vida inmoral que llevaba. ¡Pobre hombre!, ¡pobre pecador! El hecho de que existiera y de que fuera el padre de John Quincy Zinn da fe de que los caminos de Dios son inescrutables, y, tal vez, de su gran amor que a todos alcanza.)

El chiquillo de ocho años, precozmente sabio, pareció saber en el instante en que despertó no solo lo que estaba ocurriendo en la aldea, sino a quién le estaba ocurriendo; y, aunque comprendió plenamente la naturaleza del peligro que él mismo corría (como hijo del buhonero y como testigo desde el mundo exterior al crimen) y se puso a temblar y a gemir de puro miedo animal, no obstante corrió tras la ruidosa multitud, gritando «¡Padre! ¡Padre!», dando un espectáculo más lastimoso y desgarrador de lo que uno desearía imaginar.

Ay, el niño presenció la ignominiosa muerte de su padre, la pesadilla del embreado y el emplumado, que incluyó un torpe intento de ahorcamiento, y el fuego que prendieron al cuerpo inerte (y quizá para entonces ya sin vida), para ruidosa satisfacción de la multitud. Oyó, vio, gritó: «¡Padre!»; pero no hubo ayuda para el hombre condenado, y no hubo ayuda para el niño, que escapó por poco con vida cuando ciertos miembros de la multitud volvieron su atención hacia él y rápidamente calcularon, a pesar de su ebriedad, la amenaza que representaba.

Hay una historia de mi ilustré compatriota Hawthorne, ambientada en los remotos tiempos coloniales, en la que un joven busca a un rico pariente solo para descubrir que el anciano ha sido embreado y emplumado, como protesta de la autoridad británica, y arrastrado en un carro descubierto en procesión iluminada por antorchas; míster Hawthorne describe al anciano perseguido mostrando, aun en su humillación, una actitud de «dignidad embreada y emplumada». Y tan absurdo es el espectáculo, tan contagiosamente alegre, que el ingenuo joven pariente se une a la multitud en sus carcajadas. No se puede culpar a míster Hawthorne por la precisión de su prosa, en esta historia como en todas las demás, ni por la grave sabiduría de su visión, pero uno debe cuestionar si queda «dignidad» de alguna clase cuando uno sufre terribles dolores debido a quemaduras en la carne, o si la risa, por contagiosamente colectiva que sea, es una respuesta humana apropiada a una visión tan escabrosa.

Seguramente pocos entre aquella multitud de desgraciados se rieron con auténtica alegría de los estertores de la muerte de su víctima, una visión extraña en las llamas, tan extravagantemente cubierta de plumas blancas de oca, el rostro de aspecto apenas humano. Y al joven hijo de la víctima, sobrecogido de terror, no se le ocurrió más que huir con vida, ya que la vida de su padre estaba perdida ya.

Y así, perseguido por varios fornidos gamberros, incluido un joven imberbe no mucho mayor que él que iba borracho, John Quincy corrió al bosque, corrió y corrió y corrió, se adentró entre los árboles, en la fría y espeluznante penumbra, donde la luz de la luna no podía penetrar, mientras detrás de él resonaban gritos y alaridos, como si todo fuera un juego. Corrió hasta que se quedó sin aliento y su pequeño corazón latía con desesperación en su pecho; y al fin, después de un intervalo de tiempo muy confuso, los gritos detrás de él se hicieron más débiles y se disolvieron en la noche, y un melancólico sonido que debió de ser la llamada de una lechuza fue lo único que se oyó.

El pobre niño, presa de convulsiones de frío y de terror, se arrastró para esconderse en un arbusto y, cuando le pareció que había controlado sus temblores, salió y trepó a un árbol —un roble de muchas ramas—, torpemente pero con gran denuedo, trepó y trepó hasta que sus manos, aunque estaban llenas de callos, empezaron a sangrar, y siguió encaramándose al gran roble, dejando atrás la visión de su ultrajado padre, y el inicio de las llamas y los gritos y alaridos de sus atormentadores, y siguió trepando, jadeando, casi sollozando, hasta que, como un niño de cuento de hadas, salió al fin de la

penumbra del bosque y penetró una vez más en el reino de la luz de la luna, confuso y exhausto, y sin embargo no sin una sensación de alivio animal, considerándose (aunque de forma prematura) a salvo de los asesinos de su padre.

Así John Quincy Zinn se encaramó al gran roble, rotas las uñas y sangrándole los dedos, y consiguió salvarse, tan valerosa era la chispa de vida que había en él. En lo alto del árbol se instaló en una especie de cuna y, aferrándose al tronco de áspera corteza, se sumió en un sueño ligero y caótico, para despertar un rato después: —cuánto tiempo había transcurrido no esperaba poder calcularlo— al oír de nuevo un alboroto de voces y ruido de pasos, y algún que otro crujido en la maleza. Se alzó una voz aguda, la voz de un extraño:

—Pequeño John Quincy —gritó la voz—, tu padre pide por ti, tu padre te quiere a su lado, ¿dónde te escondes? —La voz se acercó y luego se alejó—. ¿Estás en estos arbustos?, ¿estás en un árbol? Baja, pequeño John Quincy. —De pronto la voz estuvo más cerca—. Baja, te digo, sal de tu escondite, ¿no sabes que tu padre te quiere? Tu padre está muy enfadado, quiere que estés a su lado. Baja, muchacho, ven…

Pero el clarividente niño, aferrado al gran tronco, se quedó exactamente donde estaba.

23

Así son los incalificables males de la bebida y la disipación, y el impropio comportamiento fue tan extremo que hace superfluo todo juicio moral. No es de extrañar que el joven John Quincy Zinn se convirtiera en devoto abstemio y entusiasta partidario del Movimiento Antialcohólico, y que, muchos años más tarde —¡ah, es un milagro contar cuántos!— se reuniera con frecuencia con las mujeres en el salón, en torno al piano (que tocaban mistress Zinn, Malvinia o Octavia, pues estaban más dotadas que Samantha y Constance Philippa), y cantara con ellas, con una voz que nunca vacilaba, una u otra de las magníficas canciones en pro de la abstinencia. Aunque muchas estaban publicadas en forma de partitura, e incluso la menos inspirada poseía sabiduría, la soberbia «Ven a casa, padre», de Henry Clay Work, es la que mejor expresaba el espíritu del movimiento y el patetismo del niño que era víctima de la negligencia parental. Esta historia melancólica pero bellamente melódica de una joven enviada a buscar a su padre a la taberna, para que diera el beso de buenas noches a su hijo moribundo, debía de despertar desgraciados recuerdos en míster Zinn; pero, por supuesto, no daba muestras de ello, aunque alguna vez se secara disimuladamenteuna lágrima de los ojos mientras el quejumbroso coro repetía, una y otra vez:

¡Oíd la dulce voz del niño,
que el viento nocturno repite en su errar!
Oh, ¿quién resistir podría a tan acuciante súplica?
«Por favor, padre, querido padre, ¡ven a casa!»

Me atrevería a decir que tal lágrima no parecía más que un desbordamiento del sentimiento del momento, y no podía despertar

ninguna curiosidad indebida en mistress Zinn o las hijas, porque lo desconocían todo de la infancia de míster Zinn, y era prudente que así fuera.

Diecinueve años después de los acontecimientos de aquella horrible noche, cuando se vio obligado a ofrecer los detalles de sus antecedentes al honorable Godfrey F. Kiddemaster, que lo había hecho llamar a la mansión Kiddemaster, en Bloodsmoor, para una entrevista privada, John Quincy Zinn miró a su futuro suegro directamente a los ojos y habló de la tragedia de su hogar, debida en parte a enfermedades familiares y en parte al empobrecimiento; contó brevemente que había pasado un período de tiempo intermitente, de muchacho, contratado por unos granjeros en la región de los Montes Azules, alemanes, holandeses, cuáqueros. Eran buena gente, afirmó, y le trataban bien, aunque naturalmente esperaban que trabajara duro.

Siempre había tenido una mentalidad mecánica, y estaba dotado para el trabajo manual; pero fue en el cuarenta y cinco, o el cuarenta y seis, dijo al juez Kiddemaster, con un débil rubor en las mejillas debido a la confusión y, en realidad, al desagrado por hablar tanto de sí mismo, cuando consideraba que había nacido; nacido en el sentido no solo del milagroso entramado del espíritu que constituye el universo visible, sino en el sentido del lugar que él ocupaba allí y, podía decirse, su propio destino.

Este feliz despertar tuvo lugar cuando, en un puesto de libros de Allentown, tropezó con los escritos de Ralph Waldo Emerson, un nombre completamente nuevo para él (pues a la sazón no tenía más que diecisiete o dieciocho años, y, aunque le gustaban mucho los libros para ser un joven de campo y se distinguía por una inteligencia muy peculiar, sin duda alguna era un campesino), un nombre y una voz, y una visión a la que no se pudo resistir. De pie en el puesto de libros, examinó el gran ensayo *La naturaleza* con manos temblorosas y se emocionó con la sabiduría que el libro contenía, con la idea de que el Ser Supremo no crea naturaleza a nuestro alrededor, sino que la extiende a través de nosotros; que somos inmortales, pues aprendemos que el tiempo y el espacio son relaciones de materia y que, con una percepción de la verdad o una voluntad virtuosa, no poseen afinidad.

Un hombre, se atrevió a afirmar John Quincy Zinn al juez Kiddemaster (de quien sospechaba que deseaba interrumpirlo, pues el padre de Prudence contenía el aliento y miraba fijamente, con gran atención, a John Quincy), un hombre a fin de cuentas es moldeado por la naturaleza, y está en deuda con la cultura del pasado solo como

su dueño, y debe expresarse mediante la acción con el fin de influir en la sociedad, no esconderse en su estudio, o en el bosque, o en algún confortable lugar de retiro rehuyendo toda responsabilidad. Desde luego, la ambición de John Quincy Zinn —a la que vacilaba en dar el nombre de destino— era influir en su nación mediante el trabajo de su cerebro y de sus manos, uniéndose a ese destino estadounidense como un individuo entre muchos, agradeciendo la oportunidad aunque tuviera que sacrificarse a sí mismo si fuera necesario.

El anciano lo miraba con ojos pálidos y un poco fríos, y durante un largo momento no respondió. Detrás y por encima de él, a la izquierda, había seis bellos vasos de plata (de Paul Revere, aunque el joven John Quincy entonces no lo sabía); a la derecha, en regias encuadernaciones en piel, con el título estampado en oro, las obras completas de Hobbes, Maquiavelo y lord Macaulay. Ninguna sonrisa suavizaba la grave expresión del juez (aunque el joven había estado sonriendo mucho y sudando profusamente); puede incluso que se diera el caso de que su orgullosa postura se hiciera más rígida. Y sin embargo sus palabras fueron amables, y pronunciadas con amabilidad. Dijo, mientras John Quincy Zinn se inclinaba hacia adelante con impaciencia, como para oír un veredicto emitido desde el tribunal:

—Mi querido muchacho, es usted joven, pero no siempre lo será.

Es posible que el lector, pese al desagrado que le produzcan los detalles que me veo obligada a relatar en relación con el problemático asunto de la orfandad de John Quincy, albergue cierta curiosidad por la pesadilla que fue la huida del niño, pues ahora recuerdo que lo he dejado en la copa de un roble de muchas ramas y sin ningún socorro a la vista.

Extraña lo fue, esta pesadilla, aunque no más extraña que gran parte de lo que ha aparecido, y aparecerá, en mi crónica. Pues en la fresca luz del amanecer el joven John Quincy despertó al oír una voz de mujer abajo, y aunque siguió aferrado al tronco del árbol con una astucia instintiva, y durante un rato no se permitió siquiera mirar abajo (como si temiera que un movimiento tan sutil pudiera llamar la atención), pareció comprender enseguida que el calor de esta voz, aunque le era desconocida, prometía ayuda auténtica.

—Buenos días, muchacho, ¿me oyes? ¿Estás ahí arriba? ¿Sí? ¿Bajarás? ¡Hazlo rápido!, no hay tiempo que perder.

Así le llegó la voz, y tras vacilar no más de un minuto, durante el cual cerró con fuerza los ojos enrojecidos, el corazón del niño se relajó y tomó la decisión de confiar en la voz y descender del árbol, decisión

que alteró el curso de su notable vida.

Y eso hizo. Con la precisión cauta y algo torpe de un gato, descendió de una altura que había escalado con gran presteza.

John Quincy bajó en silenció al suelo, donde había una mujer a la que nunca había visto, aunque de alguna maneta parecía conocerla: de altura modesta, aunque robusta y fuerte, con la mandíbula firme y mejillas rubicundas, y unos ojos brillantes que contrastaban con el severo gesto ceñudo de su frente. Lo instó a que se diera prisa, chasqueando la lengua con impaciencia, y lo habría cogido en sus fuertes brazos y habría tirado de él desde una altura de un metro y medio, de no haber saltado él al suelo. La mujer vestía una capa de tosca lana de color ciruela, con una calucha que casi le cubría el pelo trenzado, y tendría unos treinta y cinco años, o menos; llevaba en la mano una manta de lana que de inmediato echó sobre los hombros de John Quincy.

—Ven conmigo. No te quedes atrás, pues nos espera un largo viaje —dijo, cogiéndolo de la mano y tirando de él para que la siguiera.

El niño no se resistió, sino que la obedeció sin vacilar. En realidad, no tenía ninguna intención de huir de ella, sino que tuvo que contener un repentino impulso de hundirse en sus brazos y estallar en lágrimas, lo que indicaba la confianza que el huérfano de ocho años tenía en esa mujer, así como la situación desesperada en que se hallaba.

—Vamos —murmuró la mujer sin mirarlo, frotándole los dedos magullados y rígidos por el frío con los suyos—, ya está amaneciendo, y debes ponerte en camino. Dios tiene planes para ti, hijo; pero debemos darnos prisa.

La mujer avanzaba con decisión y el niño la seguía, jadeando, y su aliento se convertía en vapor. ¡Deprisa!, ¡tenían que darse prisa! Tras unos extenuantes minutos, al niño se le doblaron las rodillas y se habría derrumbado si su capaz benefactora no lo hubiera cogido en brazos. Lo sacó de las profundidades del bosque y lo llevó hasta un lugar abierto, una pradera con colinas, y después descendió una empinada pendiente, y finalmente llegaron a un sendero, donde esperaba un carro tirado por un caballo; y el conductor, ahogando una exclamación, bajó de un salto para ofrecer ayuda. John Quincy ahora solo estaba parcialmente consciente: tuvo la confusa impresión de un rostro tosco pero amable, y de un par de ojos oscuros, pequeños, cuando unos brazos más fuertes lo subieron al carro y lo escondieron bajo la manta y una capa de heno húmedo.

Y entonces partieron, galopando, en la fresca neblina de un amanecer de otoño en las montañas. Parecía que el diablo mismo los estuviera persiguiendo, tanto arreaba el conductor a su caballo, y el

viejo carro gemía y crujía.

Así fue rescatado el hijo del buhonero, y trasladado unos cincuenta kilómetros, a una zona de cultivo al norte de Germantown, junto al río Granitehill, distancia que bien podría haber sido de mil kilómetros de distancia de la aldea en la que su padre había sido embreado y emplumado, pues en aquella época los valles tenían poco que ver uno con otro, y cada aldea miraba con no poco recelo a las demás. La noticia se difundió lentamente, si es que se difundió; el hecho de que un chiquillo sin padres fuera tomado a cargo por una familia granjera holandesa cerca de Germantown era un hecho que prácticamente no tenía interés para nadie.

Cómo fue que John Quincy fue llevado a los Van Dusen y por qué la mujer de la capa de color ciruela lo rescató no eran preguntas que el muchacho se hiciera en aquella época; tampoco daba muestras de mucha curiosidad por el pasado, a medida que transcurrían los años. Se adaptó con bastante facilidad a la nueva familia, donde pasó a ser el menor de cinco hijos, y tan entusiasta como el chico mayor (de unos nueve años más que él) cuando se trataba de trabajar en los campos y en los graneros. Estaba tan profundamente agradecido por haber sido rescatado, y los años pasados en la carretera como hijo de un buhonero lo habían acostumbrado tanto a imprevistos de toda clase, que demostró poca sorpresa por su destino; y quizá incluso pasaba las noches sin soñar, pues trabajaba muy duro y su trabajo le producía una evidente satisfacción.

Nunca preguntaba por las circunstancias de su rescate. Pero con los años reunió las piezas de una explicación muy simple: la mujer de la capa de color ciruela y su esposo se habían enterado de la atrocidad cometida contra su padre y contra él; se habían apiadado de él y lo habían buscado, y lo habían llevado a los Van Dusen de Germantown, pues la mujer era prima de mistress Van Dusen y confiaba en la bondad cristiana de la familia.

John Quincy no se torturaba con preguntas como: ¿sus hermanos Van Dusen conocían el destino de su padre?, ¿lo miraban con lástima?, pues pensaba poco en el pasado y con decisión volvía sus pensamientos hacia otra parte. Pronto fue alabado por su rápido ingenio, la destreza de sus manos y su alegre disposición. Le gustaban mucho los libros, por lo que bromeaban cariñosamente con él por ser un «erudito»; le gustaba trabajar con herramientas, reparando y mejorando los instrumentos del campo, y por eso se burlaban de él por ser «chapucero». Si su familia adoptiva a veces le parecía un invento de los sueños, una burbuja que la malévola luz del día podía hacer desaparecer, podía darse el caso de que el propio John Jay Zinn

hubiera sido, para su hijo, algo como un sueño; y en un niño tan joven podía aceptarse tan fácilmente una cosa como la otra. Si el chiquillo sufría visiones de un cuerpo que se retorcía, si veía de nuevo aquella espantosa cara contraída, ennegrecida por la brea, cubierta de plumas blancas, salpicada de brillante sangre roja en los ojos, no daba muestras de ello; poseía un temperamento fuerte y francamente «práctico», y se sentía muy a gusto entre los Van Dusen.

Así fue el espectacular rescate del pequeño John Quincy y la forma radical en que cambió su vida.

En cuanto al asesinado John Jay, sin duda su cuerpo simplemente fue arrastrado, enterrado en una tumba sin señalar y rápidamente olvidado. ¡Ni una palabra sobre él, ni un murmullo!, y seguro que nadie en la aldea se atrevió a informar del crimen. A no dudar, muchos se convencieron a sí mismos de que el buhonero yanqui, siendo lo que era, merecía cualquier destino que le tocara en suerte; en verdad, pocos eran los que no opinaban que, aunque de forma muy cruda, se había hecho justicia con él. Para que el lector no piense que estas personas eran bárbaras, y no aldeanos de nuestros Estados Unidos en aquellos años, le aconsejo que consulte las crónicas de historia local si lo desea… y se atreve a hacerlo.

24

¿Era un rumbo ineludible, o lo guiaba con displicencia la casualidad? Así debía de reflexionar a menudo el maestro John Quincy Zinn sobre el misterio de su vida, mientras contemplaba las cabezas inclinadas de sus veinte alumnos; así debía de reflexionar mientras barría con vigor el suelo de la escuela, y cuando serraba y cortaba leña para la vieja estufa Franklin, y cuando hacía un heroico esfuerzo, cada pocos días, para mantener la dudosa limpieza de los anexos, a cierta distancia de la escuela, en la orilla de un estrecho y serpenteante riachuelo.

Que su destino era enigmático, no lo dudaba. Que existía —y relucía trémulo ante él—, no se atrevía a dudarlo. Porque, ¿no lo habían hecho maestro de la escuela elemental de Mouth-of-Lebanon por casualidad? Su antecesor, un joven no mucho mayor que John Quincy, se había marchado de pronto. (John Quincy había sido contratado para este puesto gracias a la entusiasta recomendación de la familia Van Dusen y de otras familias de la zona, que lo conocían y admiraban como «erudito» y sin embargo no dudaban de su capacidad —evidenciada por sus fornidos hombros y cierta tranquila resolución en su rostro— de mantener a raya a los muchachos más corpulentos y menos disciplinados.)

Y así, desde los dieciocho años de edad hasta los veinticinco, John Quincy Zinn enseñó durante ocho cursos en la escuela de Mouth-of-Lebanon, a unos veinte kilómetros al sur de Germantown, y, aunque en años posteriores con frecuencia hablaba de su «época de maestro de escuela» con aire de afectuoso pesar, y se preguntaba en voz alta si la educación, después de todo, no le había chupado la mayor parte de su considerable energía, no puede decirse —como el lector sabrá en breve— que John Quincy partiera de Mouth-of-Lebanon con mucha más desgana, quizá, de la que podríamos atribuir a su predecesor, del

que tan poco se dijo salvo que «no se adaptó» a los rigores de la enseñanza en una escuela elemental en general y a Mouth-of-Lebanon en particular.

Su mayor prueba llegó, como cabría esperar, casi inmediatamente después de su llegada a Mouth-of-Lebanon, pues fue entonces cuando los chicos mayores lo pusieron a prueba, midiendo con astucia hasta dónde podían llegar sentándose en postura desgarbada ante sus pupitres en la parte posterior del aula, cruzando sus largas piernas en el pasillo, respondiendo con un murmullo o arrastrando las palabras cuando se les preguntaba y absteniéndose de decir «señor»; e intimidando a los más pequeños, algunos de los cuales eran sus propios hermanos. Buck, Homer, Carleton: estos eran los muchachos «mayores», aunque solo tenían catorce y quince años; no eran verdaderamente rebeldes, en opinión de John Quincy, y seguramente no eran malos, sino inquietos por naturaleza, y estaban enojados por la facilidad con la que los alumnos más jóvenes aprendían algunas lecciones. John Quincy vio —y sintió lástima por él— la cara de perplejidad y vergüenza de Homer cuando una de sus hermanas menores daba la respuesta que él había estado buscando sin éxito; y la clase, aunque advertida por su maestro contra semejantes exhibiciones, estalló en carcajadas. Desde el principio John Quincy tenía intención de ahorrar a los niños la humillación de la competencia, aunque naturalmente no había elaborado sus pensamientos, y mucho menos una teoría educativa que se acercara a la profundidad del largo informe que con el tiempo compondría y enviaría al supervisor de Educación Pública de la Comunidad de Pensilvania, a muchos kilómetros de distancia, en la gran ciudad de Filadelfia. Solo sabía, y lo supo enseguida, con una emoción que le hizo asomar lágrimas a los ojos, que la educación podía equipararse con el amor, y que no se podía triunfar en la educación si se fracasaba en el amor.

(De acuerdo, la talla física de John Quincy Zinn, su actitud risueña y razonable y cierta impasible crueldad en el rostro daban fe de su autoridad. Quizá apenas importaba, para la mayoría de sus alumnos, qué palabras pronunciaba y escribía en la pizarra con su mano grande y cuidadosa, pues lo respetaban y lo temían, y no habrían ni soñado en desobedecerle, y puede que lo «amaran» también, pues ¿en la clase de míster Zinn el miedo y el amor no eran reversibles? De acuerdo en todo esto; sin embargo, ante la evidencia de estos éxitos de que disfrutó John Quincy, uno debe sacar la conclusión de que era un

pedagogo tan original y brillante como el doctor Bayard posteriormente afirmó. Y que su precipitada marcha de Mouth-of-Lebanon, en el séptimo año de trabajar allí, no debería empañar el recuerdo de aquellos años anteriores y más felices.)

El escrupuloso informe de John Quincy Zinn, «De la boca de los niños: diario de un profesor», que creó tanta inquietud en los círculos educativos de Filadelfia, sin duda era auténtico en cuanto a sus detalles, pero por supuesto no podía transmitir la complejidad siempre cambiante de la clase, en particular de una clase presidida por míster Zinn. Porque la enseñanza de semejante calidad era una ciencia y un arte al mismo tiempo, y dependía mucho de la espontaneidad. Apenas resulta necesario que señale cuánto diferían los métodos del joven maestro de los de la mayoría de sus colegas en Estados Unidos, en aquellos años poco ilustrados, cuando el método pedagógico se basaba en recitar de memoria, aceptar los datos sin cuestionarlos y un aburrimiento pasmoso, así como una sorprendente cantidad de castigos físicos.

Miss Prudence Kiddemaster, que había obtenido el documento de manos de su padrino, míster Bayard, lo examinó con extremo interés, pues, al fin y al cabo, ella misma era una devota profesora y tenía intención de dedicar su vida a la enseñanza y no casarse nunca. Leyó, pues, el informe de míster Zinn con más concentración de la habitual, disfrutando con la extraordinaria atención que este prestaba a sus alumnos, como si más que alumnos fueran seres humanos completamente formados.

«¡De la boca y el corazón de simples niños —escribió John Quincy Zinn—, una verdadera fuente de sabiduría!»

El «diario» transmitía una sensación del entusiasmo de la revolucionaria enseñanza de John Quincy, pero a Prudence le pareció que no transmitía una adecuada imagen de su autor. (En esta época aún no se conocían bien, pues habían conversado en menos de media docena de ocasiones.) Y así, mientras leía y releía el documento, Prudence con frecuencia cerraba los ojos con el fin de que John Quincy acudiera a ella: el rostro rubicundo y animado salpicado de pecas, y su curiosa marca de nacimiento; la mirada fija, exigente, penetrante; la profunda voz autoritaria, resonante. Se preguntaba si míster Zinn tenía la costumbre de permanecer de pie o de sentarse ante su mesa; se preguntaba si, inquieto como un león enjaulado, paseaba por la parte delantera del aula. ¿Y qué clase de ropa vestía? No el abrigo de predicador, seguro. ¿Y sonreía? ¿Y regañaba? ¿Y utilizaba el bastón con mucha fuerza? (Porque John Quincy, a pesar de su actitud amable, creía firmemente en que el castigo era una

especie de acompañamiento natural del afecto y una parte intrínseca de la educación.)

A decir verdad, John Quincy raras veces se sentaba ante la mesa: paseaba arriba y abajo por los pasillos, con las manos en los bolsillos, los brazos alegremente en jarras —una conducta de lo más asombrosa para un maestro— y a menudo observaba: «Debería haberme gustado bailar entre ellos; no, bailar con ellos». Como todas las verdades primarias naturales residían en el alma del niño, John Quincy Zinn solo tenía que hacerlas salir, una a una, mediante un juicioso interrogatorio: «¿Qué era Dios? ¿Dónde estaba Dios? ¿Cómo amaba Dios? ¿Cómo deseaba Dios que se comportaran? ¿Cuándo eran buenos? ¿Cuándo eran malos? ¿Cómo podían complacer más a Dios? ¿Dios hizo la Tierra plana o redonda? ¿Dios haría que los números se terminaran… o que siguieran eternamente?». Animaba a los del primer curso, que apenas sabían coger la pluma y cuyos padres en gran parte eran analfabetos, a que «escribieran», a que hicieran líneas y garabatos y falsas letras, exactamente como si fueran reales; y, lejos de regañarlos o de corregirlos, John Quincy les alababa sus confusos esfuerzos, insistiendo en que debían empezar, y todo principio era excelente. Solo tenían que lanzarse, no debían vacilar, ni demostrar miedo. «Todo esfuerzo en un niño es creativo —escribió—, y toda creatividad es buena.»

El predecesor de John Quincy había insistido en que memorizaran y repitieran, una y otra vez, contra lo cual los alumnos al final se rebelaron; y se quedaron atónitos y encantados al ver que el nuevo maestro les prohibía la memorización y les daba un leve golpe en la cabeza, o les apretaba los hombros, si sospechaba que citaban de memoria y no estaban pensando por sí mismos. La aritmética se convirtió en un animado juego, con pequeños premios —plumas, gomas de borrar, libros— para los mejores estudiantes y los que demostraban el mayor progreso; así pues hacían certámenes de ortografía con gran entusiasmo, y los más pequeños apenas podían contenerse. Míster Zinn les recitaba poesía y les leía *El progreso del peregrino* y alguna historia de Edgar Allan Poe, que les gustaba muchísimo aunque no la entendían del todo. Los niños representaban escenas de *Macbeth* y de *Julio César*, colocando los pupitres alrededor de la clase para formar un gran círculo. Tan absorbentes eran estas «lecciones» que, a la hora del recreo y del almuerzo, muchos de los alumnos insistían en continuar, e incluso los mayores se entretenían en la clase como si no quisieran perderse nada.

¿Cómo va el nuevo maestro?, preguntaba la gente.

Los niños lo adoran, y al parecer están aprendiendo mucho, era la

respuesta usual.

Si John Quincy hubiera continuado con estos métodos pedagógicos experimentales, no obstante, no radicales, su carrera quizá habría sido menos turbulenta; es muy probable que se hubiera instalado para siempre en Mouth-of-Lebanon, se hubiera casado y hubiera formado una familia, sin pretender siquiera ascender a una escuela mejor en un distrito más rico. Pero su mente era tan inquieta, y tan insaciable su curiosidad, que siguió experimentando con sus alumnos, haciendo hincapié una temporada en las habilidades manuales y la gimnasia (que jamás se habían enseñado en ninguna escuela, ni siquiera en las más radicales de Boston), y a la siguiente en la historia natural y el dibujo al natural. La geografía implicaba hacer mapas del terreno mismo que los niños solían recorrer; la poesía implicaba escribir poemas y recitarlos ante la clase. Mariposas, ranas y pequeñas criaturas como ratones y musarañas se examinaban de cerca, sin matarlas. Una primavera en que míster Zinn había quedado hechizado con las enseñanzas de Sylvester Graham pasaron mucho tiempo tratando la nutrición humana, con el resultado de que se ensalzaron el vegetarianismo y la abstinencia y se condenaron los placeres «ordinarios» del paladar. Tan enamorados estaban los alumnos, niños y niñas por igual, de su apuesto y joven maestro que no era infrecuente que muchos de ellos se entretuvieran después de las clases, o que volvieran el sábado, para ayudarlo en las tareas de mantenimiento de la escuela, que también se convertían en un animado juego: barrer, limpiar el polvo y pulir, cortar leña, limpiar ventanas, fregar el suelo después de una tormenta (porque, naturalmente, había goteras, pues las tablillas estaban podridas), ocuparse de la vieja estufa y sacar la ceniza, e incluso mantener los anexos. Las niñas cosieron alegres cortinas para las ventanas, los niños ayudaron a pintar las paredes de vivos y atrevidos colores verde y oro. Uno de los chicos mayores rediseñó la bomba de mano del fregadero para que fuera más eficaz, siguiendo instrucciones de míster Zinn; y construyeron un ingenioso perchero giratorio, y pequeñas pizarras con goznes clavadas a los pupitres, y una «mano mecánica» al final de un largo palo para llegar a los estantes más altos. «¿Cómo va el nuevo maestro?», preguntaban (pues a John Quincy Zinn lo llamaron «el nuevo» durante los siete años que pasó en Mouth-of-Lebanon), pero ahora la respuesta podía ser: «Bueno, a los niños les gusta. Y parece que aprenden».

Las quejas surgían principalmente de padres que creían que sus hijos lo pasaban demasiado bien y que se les pegaba con poca frecuencia. Los profesores de los distritos vecinos acudían a visitarlo,

pues habían oído hablar de una escuela «radical» en aquella improbable región, y eran sorprendentemente severos en sus críticas. El reverendo Tidewell, de la iglesia metodista del pueblo, expresó preocupación y dudas, y cierto enfado, con respecto a la naturaleza «cristiana» de algunos comentarios que habían llegado a sus oídos. Qué pretendía John Quincy Zinn con catequizar a sus alumnos y hacerles preguntas como: «¿Dios es uno o muchos?».

Es natural que hubiera quejas, siempre las había; y este emprendedor joven estaba dispuesto a trabajar por una miseria, sin ofrecer ninguna queja. Y, en realidad, prácticamente había caído una lluvia de acusaciones sobre su predecesor (que pasaba gran parte del tiempo destinado a la enseñanza a mirar por la ventana, mirando y mirando, sin expresión, con el rostro pálido y los ojos vidriosos), y sobre el predecesor de este (que, según se rumoreaba, era un ministro de la Iglesia unitaria apartado del sacerdocio, que se había retirado a Mouth-of-Lebanon para lamerse las heridas y al que la bebida había llevado a la tumba). Los métodos de míster Zinn, que al principio fueron tolerados, empezaron a desagradar, pues sus compañeros ¿no decían que eran «demasiado radicales»? Y todos tenían alguna cosa que decir, aunque no lo expresaban, sobre lo que «predicaba» (respecto a asuntos tan oportunos y controvertidos como la esclavitud, el Sur, los republicanos antiesclavistas y la agitación abolicionista, y *La cabaña del tío Tom*, de la que leía párrafos a sus atónitos alumnos); pero esta personalidad vivaz y sencilla era tan encantadora, y su sonrisa tan rápida y franca, que, ¿cómo se le podían encontrar defectos? Nada le gustaba más que hablar con los padres de sus alumnos, y durante estas conversaciones les proporcionaba una extraña sensación de privilegio; era incansable en los deberes de tutoría que asumía, sin recibir ningún pago, cuando terminaba la escuela y los domingos; y, como observaban sus jefes una y otra vez, estaba dispuesto a trabajar por nada… como no cabría esperar en nadie más. Y sin duda sus alumnos aprendían mucho. Los niños catalogados como «lentos» progresaban, e incluso los rebeldes chicos mayores raras veces causaban problemas. Qué extraño, decían todos, que Homer Feucht, sobresaliera como estudiante, ¡Homer Feucht nada menos! «Zinn opera alguna clase de hechizo en ellos —se decía, de forma neutra al principio—. Les hace hacer lo que quiere, para que aprendan rápido.»

La actitud de John Quincy Zinn en la escuela de Mouth-of-Lebanon no hizo presentir la llegada de un brusco fin a su estancia, pero John

Quincy sin duda preveía algo parecido, pues, a pesar de la sonriente ecuanimidad con que afrontaba el mundo, el joven no era insensible a la hostilidad, por cautelosa que esta fuera. Conocía las dudas que expresaba en voz alta el ministro metodista, pues tenía sus espías, espías que lo adoraban, entre los estudiantes. Sabía que los padres de una de sus alumnas ponían objeciones a las peculiaridades que su hija exhibía con respecto a la dieta, que estaban muy relacionadas con el idealismo sobre la naturaleza y el espíritu y la necesidad de liberar a todos los esclavos de la Unión. Sabía que los Griswold estaban celosos de los Feucht, y los Hynes enfadados porque su hijo de doce años se entretenía al terminar la escuela para realizar tareas para el maestro, en lugar de las considerables faenas de la granja que le esperaban en casa. Y estaba Eliza, que le dejaba regalitos sobre el pupitre —un ramillete de campanillas, un poema escrito en media docena de colores pastel— y Clara, que estaba celosa de Eliza; y Hannelore, de trece años, tan dotada de curvas como una mujer joven e inquietantemente bonita, que insistía en decir que en sueños míster Zinn y Jesucristo se dirigían a ella «con la misma voz». Y los chicos mayores, como ocurría año tras año, resultaba difícil ganárselos, pues también ellos podían estar absurdamente celosos de la atención de su maestro y ser tan infantiles como los alumnos más jóvenes.

Y poco a poco dejó de formularse la pregunta de «¿Cómo va el nuevo maestro?».

Es irónico, y sin embargo significativo, que la creciente fascinación de John Quincy por los inventos pusiera fin a su estancia en Mouth-of-Lebanon, pues sus dificultades como hombre de veinticinco años apenas prefiguraban las dificultades que afrontaría más adelante en su vida, pues la desconfianza que siente el mundo hacia el genio en todas partes es la misma, ya se exprese en términos de pura agresividad o de forma insidiosamente sutil.

Hablaba con gran entusiasmo a sus alumnos sobre los inventos que se habían hecho, y sobre los inventos aún más notables que les aguardaban. «¡Estados Unidos —señalaba— y los inventos son casi sinónimos!» Apenas una década antes, Samuel Finley Morse, con la ayuda del brillante Joseph Henry, había montado una práctica línea de telégrafos y había enviado el profético mensaje de Washington a Baltimore: «¿Qué ha hecho Dios?». Peter Cooper había construido su famoso Tom Thumb —un maravilloso artilugio con una máquina de vapor en el centro— a pocos kilómetros de Mouth-of-Lebanon, y en todas partes las fábricas textiles estaban mejorando sus telares para obtener la mayor eficacia. Había buques de vapor, potentes locomotoras, el «sistema americano» de Eli Whitney de piezas

intercambiables, una nueva pistola de repetición, una segadera perfeccionada por Cyrus McCormick que, según apasionadas palabras de John Quincy, «cambiaría la faz del continente norteamericano para siempre». Algún día no lejano habría submarinos, que explorarían las profundidades más insondables de todos los océanos, y carruajes sin caballos impulsados por electricidad o vapor. Y sin duda los globos pilotados del siglo anterior mejorarían inmensamente, accionados por alguna clase de hélice y levantados en el aire por gases que no explotarían.

—Y este es el mundo, niños y niñas —anunció con orgullo John Quincy— en el que vosotros habéis nacido: un nuevo jardín del Edén.

Convirtió su habitación larga y rectangular de la parte posterior de la escuela en un paraíso del inventor, lleno de extraños artilugios hechos con alambre, cristal, imanes, tiras de cobre y madera. Sus alumnos se hicieron sus ayudantes, no solo los chicos, sino también las chicas. Experimentaban con la electricidad frotando varas de cristal con pieles, para producir una carga de electricidad estática. Experimentaban con calor radiante colocando con gran cuidado, sobre un banco de nieve, cuadrados de tela de diferentes colores, demostrando con ello, a su entera satisfacción, que los colores oscuros absorben el calor del sol más fácilmente que los colores claros. Trabajaron con la estufa de la escuela, construyeron su propio pararrayos, desmontaron relojes y construyeron un complicado planetario, que era un modelo mecánico del universo y al mismo tiempo un calendario que indicaba la hora, el día y el mes. Tan intenso era el interés de míster Zinn por sus inventos, y con tanta vehemencia lo transmitía a sus alumnos más sensibles, que estos estaban distraídos y nerviosos cuando se hallaban fuera de la escuela, y a menudo por la noche se despertaban agitados, gritando que su maestro corría peligro, la escuela se estaba incendiando o había sido alcanzada por un rayo. Tenían la cabeza llena del movimiento de poleas, ruedas, dientes de rueda dentada y pistones. Hablaban de telescopios, cohetes, *auto-wagens* que algún día volarían a la Luna, máquinas que se impulsarían a sí mismas, túneles bajo los ríos y lagos, edificios que se elevarían kilómetros en el cielo, ciudades subterráneas impermeables a toda clase de clima, la colonización de estrellas distantes, máquinas para hacer desaparecer el tiempo, máquinas que podrían funcionar eternamente. Un chiquillo de once años, delgado y menudo, de nombre Nahum, el menor de seis hijos, se obsesionó particularmente con dos ideas de su maestro. La máquina del tiempo y la máquina del movimiento perpetuo.

Soñaba con ellas cada noche, dijo a John Quincy.

Se descuidaban las clases de naturaleza más convencional —lectura, escritura y matemáticas simples—, mientras míster Zinn, paseando excitado por la clase, monologando y sin darse apenas cuenta de si los más jóvenes de sus alumnos lo seguían o no, especulaba en voz alta sobre la naturaleza de la invención y la naturaleza de la evolución, y el destino de Estados Unidos de América. De vez en cuando un chiquillo sonreía disimuladamente tapándose la boca con la mano, o una niña, turbada de pronto por los interrogantes de su maestro —«Pero ¿cómo puedo imaginar yo, John Quincy Zinn, este gran destino? ¿Cómo se declarará Mouth-of-Lebanon al mundo y a la posteridad?»—, se sonrojaba intensamente y desviaba la mirada para garabatear en su cuaderno. Pero la mayoría de los alumnos, de todas las edades y capacidades, observaban a su profesor con arrebatada fascinación, comprendieran o no todas sus palabras.

Se diría que John Quincy, que aún era muy joven y algo temerario en sus expectativas, sobrestimaba la inteligencia de sus alumnos, así como la predisposición de sus padres a ser tolerantes con aquella metodología algo excéntrica durante un período de tiempo prolongado, Su estancia en la Academia Brownrrigg, aunque en modo alguno exenta de dificultades, iba a estar señalada por un relativo conservadurismo, y esto en un contexto social mucho más liberal, como hemos visto. Pero en Mouth-of-Lebanon, precisamente, a veces parecía ser totalmente ajeno a la presencia de los demás y de su responsabilidad hacia ellos.

El reverendo Tidewell siguió poniendo objeciones, que ejercieron cierta influencia en la comunidad, pues el «universo mecánico» (que muy pocos adultos habían visto) ¿no hablaba de una creación atea, sin Dios y sin leyes? ¿El maestro míster Zinn no predicaba una herejía, en el seno mismo de una tierra cristiana? Convocado a una reunión con la Junta de Educación del distrito, John Quincy fue llamado a defenderse, a responder a ciertas acusaciones, pero lo alarmó poco que le hicieran estas preguntas y se negó a responderlas, ya que nadie que no estuviera familiarizado con la «vitalidad» de su clase podría atreverse a juzgarlo.

—Caballeros —dijo con voz temblorosa—, de la boca de los niños brota mi sabiduría: yo no hago sino tirar de ella y recoger mi humilde cosecha.

Así pues, regresó a su pequeño reino que era la escuela y prosiguió con sus clases como antes, con la firme convicción de que su método era correcto y de que sus alumnos, a los que por costumbre consideraba «suyos», se beneficiaban en gran medida del atrevimiento de su empresa. Él se consideraba inmune a todo ataque exterior, una

vez a salvo en casa, pues se sabía maravillosamente privilegiado; al mismo tiempo, una parte de su imaginación consideraba con frialdad si su vida podía hallarse en peligro, y por eso decidió preparar un documento que explicaría, con incansable detalle, sus teorías educativas, y preparó un diario con las notas que había estado garabateando de manera desordenada durante años, para exhibir ante el mundo la absoluta corrección de su método, que llegaba a su apogeo en sesiones con alumnos que tenían nombre y voz, lo que en sí mismo ya era un método revolucionario.

—Así consumo el trabajo de siete años —declaró en la última página del documento.

Y se lo envió por correo al supervisor estatal de Educación Pública.

El niño Nahum, aunque solo estaba en sexto curso, se había vuelto tan experto en matemáticas que John Quincy, sentándose ostentosamente en uno de los pupitres más grandes, en la parte trasera de la clase, le permitía «dar una clase, cualquier clase» en la pizarra, utilizando tizas de colores. Estas sesiones resultaban animadas, pero la timidez de Nahum provocaba en él un extraño torrente de palabras, que los otros niños, incapaces de seguirlo, empezaron a encontrar claramente divertido. Y por ello míster Zinn se vio obligado a «disciplinarlos» mediante una curiosa estratagema: ordenó a los que armaban más barullo que le pegaran con bastón.

Por supuesto, no pudieron hacerlo; simplemente, no pudieron. El chico mayor de la escuela, de quince años, que medía un metro ochenta y debía de pesar unos ochenta kilos, no pudo más que levantar el bastón por encima de las manos extendidas de su maestro, y entonces, enrojeciendo y a punto de prorrumpir en lágrimas, el chico dejó caer el bastón al suelo y salió corriendo de la clase.

De manera que John Quincy había triunfado y, creía él, había roto toda oposición.

A medida que transcurrían las semanas y no se presentaba ningún reto del mundo exterior —«el mundo de inactivos adultos», como él lo expresaba, aunque no con desdén—, John Quincy se sumergió con más osadía —podría decirse que con temeridad— en su enseñanza de la ciencia. Leía en voz alta a Newton y Galileo, a William Blake, Ralph Waldo Emerson y Edgar Allan Poe, cuya fantástica *Eureka* acababa de aparecer. Había ido a pie a Baltimore, donde había examinado las más recientes locomotoras a vapor de Baltimore y Ohio, de las que hizo un diagrama en la pizarra para que sus alumnos las admiraran. Fuego, vapor, gas expansor, un cilindro cerrado, pistones, energía y…

¡glorioso movimiento!

—Y de esta manera, niños y niñas —dijo John Quincy con pasión —, el gran continente norteamericano quedará al alcance del ser humano.

Montaron sobre el pupitre del maestro toscos modelos «provisionales» de las máquinas del movimiento perpetuo y del tiempo, cada una de noventa centímetros de altura, junto con el controvertido planetario, que seguía registrando fielmente el paso de las horas, los días y los meses, mientras los pequeñísimos planetas de cobre giraban alrededor de su sol de cobre. Por supuesto, los modelos despertaban interés, pero, al fin y al cabo, no eran máquinas auténticas.

—No funcionan —murmuraban muchos alumnos con desánimo o pesar.

—Nunca funcionarán —podía responder un alumno atrevido.

Míster Zinn los instruía sobre las máquinas y sobre los inventos en general.

—Lo que se llama un invento, niños y niñas, no es sino la espectacular culminación de una gran cantidad de detalles, introducidos, en realidad, en el tiempo por la gracia de la eternidad. Un invento es una evolución, que se parece muchísimo a un proceso biológico y geológico, así como al proceso de la mentalidad humana, ¿lo entendéis?

Borraba la pizarra e intentaba hacer diagramas de la máquina del tiempo y de la del movimiento perpetuo, mucho más detallados que los modelos que había sobre el pupitre, y en algunos casos radicalmente diferentes. En semejantes ocasiones el pequeño Nahum quedaba absorto en el monólogo de su profesor; rebullía ante su pupitre, agitaba la mano frenéticamente en el aire y, si no se le llamaba la atención (pues míster Zinn a su vez estaba absorto en sus propias teorías), se atrevía a interrumpir y a hablar haciendo sus propias sugerencias, lo cual míster Zinn, haciendo gala de su naturaleza caritativa y de su modestia innata, aceptaba con todo respeto, como si las hubiera ofrecido un igual. Los diagramas se hacían cada vez más complejos y de pronto eran borrados con grandes gestos de la manaza de míster Zinn. Y volvían a aparecer, quizá con ayuda de Nahum, para durar uno o dos días; y entonces eran borrados de nuevo, por ser «inviables».

En semejantes ocasiones, John Quincy no daba muestras de que le importara que algunos de sus alumnos bostezaran groseramente, o se pasaran notas a escondidas, o se dieran golpes unos a otros con la pluma, o que una rolliza niña alemana, cuyo asiento estaba cerca de la

estufa, se hubiera quedado dormida y roncara levemente, para gran diversión de sus compañeros, o que uno de los hermanos mayores de Nahum se arrancara perezosamente el barro de sus botas con un cortaplumas.

(Era una pena que durante estas últimas semanas John Quincy no volviera a sus primeras clases, con el fin de restablecer pautas de aprendizaje en sus alumnos, pues los niños olvidan con rapidez las habilidades adquiridas también con rapidez y, como son indisciplinados, tienden a volver a sus actitudes animales, tal vez encantadoras, hasta cierto punto, pero en verdad rebeldes. Así ocurrió que su sustituto en la escuela, una viuda de antecedentes holandeses e ingleses, no demasiado sensible y de voluntad fuerte, que había sido durante muchos años maestra de escuela dominical, descubrió, para su asombro y gradual enojo, que los supuestos alumnos estrella de míster Zinn no sabían sino una serie de datos inconexos y confusas teorías, y que el resto de la clase —de todas las edades, tallas, temperamentos y capacidades— eran «ignorantes como salvajes y se comportaban como tales».)

Puede que John Quincy Zinn percibiera que estaba perdiendo terreno con la mayoría de sus alumnos, aunque lo ganaba con el precoz pequeño Nahum, al que, en realidad, trataba como a un hermano menor, frotándole a veces la cabeza en gesto juguetón o acariciándole el hombro; puede que se convenciera de que la apasionada persecución, día tras día y semana tras semana, de las esquivas máquinas al final se justificaría brillantemente y acallaría la oposición local, a los miembros de la junta de educación, y sobre todo, al problemático reverendo Tldewell. Puede que también se dijera que la «impresión» de ciertas verdades en mentes sensibles quizá era lo máximo que podía esperar en aquella comunidad remota donde, al fin y al cabo, el máximo valor eran las habilidades para las faenas agrícolas y aprender con los libros era mirado con recelo. Así pues paseaba por la clase, una figura alta y un poco desgarbada, acariciándose la barba, entrelazando las manos con suavidad, interrumpiendo su propio monólogo sobre la historia de la ciencia y la invención desde Galileo (observaciones que, menos de un año más tarde, sacudirían a la intelectual Filadelfia, que las consideraría sencillamente brillantes, merecedoras de una serie de conferencias) para arrojar pequeñas gemas relucientes, que los que estaban alerta a su valor recogían:

—Debemos recordar que el perfeccionamiento de un tipo de objeto se pone de manifiesto mecánicamente cuando alcanza la belleza.

Y:

—La masa del universo es materia viva que crece sin cesar desde dentro, aumentando necesariamente su gravedad espiritual, hasta el momento en que debe implosionar, pues no tiene otro recurso, y revertir en la bola de fuego original que es la vida, el espíritu que impregna todas las cosas.

A media tarde, cuando los alumnos ya se habían marchado, John Quincy y Nahum trabajaban en la máquina del tiempo, casi siempre en silencio, casi sin necesitar consultarse. La máquina ahora medía aproximadamente metro cincuenta por noventa centímetros; estaba montada en el suelo, con un diseño parecido a una caja, y vista por fuera era engañosamente sencilla. Sin embargo, su interior era un verdadero conglomerado de alambres, tornillos, imanes, tuercas y ruedas y pequeños martillos y espejos cilíndricos. Si el principio del tiempo era fluido, como creía John Quincy, y tenía mucho que ver con las energías radiantes invisibles de la atmósfera, contenidas en el movimiento de la Tierra cuando esta gira sin cesar sobre su eje, el principio del viaje en el tiempo implicaría una resistencia a este movimiento, o una aceleración de este, dentro, claro está, de límites muy bien definidos. (Pues John Quincy y Nahum no podían razonar cómo hacer viajar un objeto a una gran distancia en el tiempo, al menos con el modelo de que disponían, ni preveían que ningún ser vivo pudiera ser enviado a un viaje en el tiempo, y mucho menos un ser humano.)

Así que trabajaban, corregían el diagrama original y añadían cosas, y podían pasar horas hasta que oían que arrojaban una piedra al tejado, que rodaba ruidosamente por las tablillas: una señal, primitiva, de que habían enviado a uno de los hermanos de Nahum a buscarlo, y de que debía marcharse enseguida. Su rostro enjuto en algunos momentos mostraba un pesar verdaderamente adulto, y a menudo se retiraba de su trabajo con gran desgana, mientras John Quincy lo despedía con aire distraído pero afectuoso.

Era a principios de la época del barro, la menos receptiva de las estaciones, cuando ocurrió el accidente, que tuvo lamentables consecuencias. Me parece amargamente irónico que John Quincy hubiera empezado a despertarse muchas noches, traspasado su sueño por una duda poco característica… y sin embargo nunca hubiera previsto lo que ocurriría. Sus pensamientos, como siempre, tendían hacia lo abstracto, pues lo preocupaba el hecho de que, al construir una máquina del tiempo, aunque con modestas expectativas, estaba manipulando una ley de la naturaleza absoluta y con ello violando sus propios principios. De vez en cuando su ansiedad afectaba a sus relaciones con sus alumnos y la comunidad, y en su mente el rostro

pálido e intenso de Nahum se cernía sobre él, pero hacía todos los esfuerzos posibles para ahogar sus dudas, pues, como sabemos, las actividades mentales negativas no conducen a nada productivo y son fatalmente agotadoras. La fe de míster Zinn en el Ser Supremo era tanta que creía que su intuición sería guiada sin ambigüedad si, de forma inadvertida, violaba alguna ley de la naturaleza, en cuyo caso no vacilaría en destrozar su preciosa máquina y todos los diagramas. Con ello partiría el corazón de Nahum, mas, ay, sería inevitable.

También es irónico que la conducta irreflexiva del niño precipitara la crisis, tras las repetidas advertencias de John Quincy y el ejemplo de su propia cautela. Pues a medida que progresaba el trabajo con la máquina del tiempo y aumentaba, como es natural, el nerviosismo, el niño precoz —que acababa de celebrar su duodécimo cumpleaños— empezó a hablar de «fama», «riquezas» y de «cambiar el mundo para siempre», con una voz jocosa y entrecortada que no poseía el tono de la de un niño normal. John Quincy o no prestó atención a estos comentarios o los contrarrestó con una visión más práctica, pues los resultados pragmáticos de cualquier invento, por ingenioso que fuera, no podían preverse, y la historia de la invención estaba sembrada de ideas brillantes pero finalmente imposibles. Al fin y al cabo, uno debe interesar a un mecenas, o al Congreso de Estados Unidos, con el fin de ver financiada la fabricación sistemática de un nuevo invento. Nahum haría bien, asimismo, en recordar el desánimo experimentado por heroicos visionarios como Robert Fulton y Charles Goodyear, cuyo genio a menudo invitaba al ridículo y al desprecio, con apenas un buen deseo, y cuya vida seguramente vio acelerado su fin debido a la cruel indiferencia del público. La estrategia más prudente, afirmaba John Quincy, era el viejo consejo de: «¡Date prisa y anda despacio!».

No obstante, mientras John Quincy hablaba, inclinado sobre el diagrama con una pluma en la mano, el precoz Nahum quiso ver realizado su antojo y, tras poner el indicador situado en la parte exterior de la máquina a una fecha del futuro próximo, procedió a introducirse dentro.

John Quincy trabajó unos minutos en silencio, efectuando enmiendas en el diagrama que ahora era alarmantemente complejo, y solo una sutil alteración del ambiente —la percepción de un escalofrío repentino y una súbita soledad— lo alertó y lo hizo mirar alrededor, sobresaltado al ver que Nahum no se encontraba presente. El atónito John Quincy Zinn se quedó parado con la pluma en la mano, la mirada fija. Al fin murmuró débilmente:

—¿Nahum? ¿Nahum?

Mientras la superficie de su mente seguía con el pretexto de que el

niño aún se encontraba en la clase, pero inexplicablemente oculto a él, el núcleo más profundo de su inteligencia supo de inmediato que Nahum se había lanzado de cabeza al experimento, con aquella terca irreflexión de la que solo los dotados son capaces: se había introducido en la máquina del tiempo, en un espacio en el que parecía que solo podía caber un niño mucho más pequeño, y de alguna manera, sin saber cómo, se había hecho desaparecer. John Quincy tuvo la sensación, mejor dicho, una tremenda certeza, de que tenía que ser verdad que había traspasado la cortina del tiempo y viajado realmente al futuro, y sin embargo la posibilidad de una acción tan extrema le parecía impensable.

El lector sensible puede imaginar con cuánta ansiedad soportó la siguiente hora. El desdichado maestro temía por el bienestar de su alumno; en realidad, temía por su vida misma. No pasó por su mente un solo pensamiento del inevitable peligro mismo que supondría para él el que Nahum no volviera a aparecer, pues nuestro héroe estaba hecho de materia noble, aunque es muy posible que considerara su propia situación: ¡un maestro que había perdido a uno de sus alumnos en la misma clase! Pero no prestó atención a sus propias perspectivas y dio vueltas alrededor de la máquina llamando al niño a gritos y tirándose del pelo, deteniéndose de vez en cuando para atisbar en el interior de la caja el brillante revoltijo de alambres y espejos cilíndricos, todo lo cual (me sorprende decir) de pronto le pareció indescifrable, como si hubiera sido construido por otra persona. ¡Indescifrable, ay, y una locura!

Entonces despertó de pronto y se dispuso a manipular el indicador, que funcionaba más o menos como un despertador, aunque necesariamente era más complicado. Por entonces se había hecho ya tarde y la clase se había quedado a oscuras; con gran esfuerzo se obligó a interrumpir su tarea para encender una lámpara, que colocó sobre la mesa, a su lado. Se inclinó de nuevo para atisbar en la máquina, y de nuevo vio que estaba vacía. Volvió a cruzar por su mente la idea de que Nahum estaba gastándole una broma —quizá compinchado con algún otro niño— y reaparecería de un momento a otro, riendo y bromeando, detrás de la estufa o debajo de un pupitre o en un rincón en sombras. ¡Ah, cuánto se habría alegrado! Con gusto habría sufrido la amargura que razonablemente sentiría ante la desobediencia de su más querido alumno, con tal de saber que el niño estaba bien y presente en marzo de 1853.

Quizá como respuesta a sus desesperados ajustes, quizá por casualidad, la máquina empezó a zumbar y cobró vida de forma espasmódica, y el incrédulo John Quincy vio que una forma —una

figura humana de alguna clase— parecía empezar a adquirir consistencia en el oscuro interior de la máquina. Los segundos transcurrían con lentitud, como si la figura fuera reacia a adquirir sustancia, o como si ocurriera algo.

—¿Nahum? —murmuró John Quincy.

Pero, antes de que la figura se solidificara y se convirtiera, no en el muchacho de doce años que había desaparecido, sino en un ser mucho más pequeño, John Quincy comprendió la naturaleza del problema y, sintiendo como una descarga eléctrica, tuvo la certeza de que, sin querer, había violado una ley de la naturaleza. Y el clarividente joven supo que la esencia de semejante violación era que jamás podría enmendarse.

Y sin embargo, claro está, debía intentarlo. Debía intentar «salvar» a Nahum, ahora completamente materializado pero retorciéndose, dando patadas y gimiendo… con todo el vigor de un niño de seis meses.

Y, en ese preciso instante, una piedra se estrelló contra el tejado de la escuela e inició su ruidoso descenso hasta el suelo.

(Que John Quincy Zinn permaneciera tan distante de sus desiguales emociones como para razonar rápidamente sobre las probabilidades que habían conducido a la extraordinaria materialización de un niño de pecho donde se esperaba a un niño de doce años da fe de su genio; en realidad, uno se pregunta cómo se habría comportado un hombre de menor valía en una situación tan horrible. La natural agitación que míster Zinn experimentaría un día mientras su esposa yacía gritando en medio de los dolores del parto, en otra parte de la casa, por fortuna iría unida a su mismo desapego mental: único, puede ser, en los de su género, y que quizá da cuenta de la superioridad general del sexo masculino, en los que la emoción y la racionalidad están en pugna. Así pues, aunque su ser físico exhibía muchos de los síntomas del pánico extremo, tales como palpitaciones del corazón, sudor y escalofríos, junto con una terrible flojera del vientre y un instinto paternal o fraternal de coger al niño en brazos, como para rescatarlo —¡pues la carne, que Dios nos ampare, llama a la sangre!—, al mismo tiempo sus procesos mentales, actuando con una exactitud casi preternatural, le dictaban el firme imperativo: «No lo toques». Pues comprendía la delicada situación en que se encontraba, aunque el sistemático razonamiento que había detrás aún no era asequible, es decir, el fatal error de la máquina del tiempo no solo era su actual forma primitiva —aunque es indicativo de la capacidad de John Quincy Zinn el que hubiera construido una máquina del tiempo capaz de funcionar, en 1853, con materiales tan

caseros—, sino un cálculo erróneo en cuanto a la naturaleza —o, mejor dicho, la posibilidad misma— de los viajes en el tiempo. Porque no había razonado por completo las contingencias que podían surgir a un viajero en el tiempo, dando por supuesto que ninguna criatura viva, y mucho menos el propio Nahum, estaría sumergida en el abismo del tiempo durante muchos años; había planeado vagamente enviar objetos inanimados al futuro o al pasado, tan solo para probar si podían recuperarse sanos y salvos o no. Al trabajar con un tosco modelo, experimentando incansablemente con lo físico, había dejado a un lado de momento ciertos problemas metafísicos… como por ejemplo la cuestión de si algo, animado o inanimado, envejecería si era enviado al futuro o si conservaría su integridad, por así decirlo, mientras soles y lunas giraban en lo alto, y la cuestión de cómo podría recuperarse el objeto una vez lanzado al tiempo. Este espinoso asunto iba a aparecer de nuevo en la carrera de John Quincy, pero solo después de un considerable intervalo de años, casi al final de su vida, en realidad cuando se sintió llamado a corregir ciertas aspiraciones contemporáneas referentes a los «viajes en el tiempo», y solo en teoría. Pues después del fracaso de 1853 iba a destruir su máquina y todos sus diagramas, y a rechazar la idea misma de viajar en el tiempo considerándolo una locura científica, si no una tentación diabólica. En realidad, la publicación en Estados Unidos del libro *La máquina del tiempo*, de H. G. Wells, y su popular acogida, en 1895, fue lo que empujó a J. Q. Z., a la sazón de sesenta y ocho años de edad, a denunciar abiertamente la premisa básica de Wells, que él sostenía que era peligrosa porque podía tentar a inventores y a chapuceros a experimentar con los viajes en el tiempo como si se tratara de un juego. Su ensayo, titulado «Sobre la probabilidad de viajar en el tiempo», era de ambición modesta y tono comedido, y en consecuencia estaba condenado a ser leído por un grupo muy limitado de gente, a diferencia de la novela de Wells, con su romántico atractivo sobre todo para el temperamento adolescente. Porque el estimado J. Q. Z., a pesar de su amnesia referente a los factores específicos de su propio fracaso, comprendía muy bien las imposibilidades físicas y metafísicas de los viajes en el tiempo, como sin duda no hacía el literato inglés de ideas elaboradas a medias. Pero basta: soy culpable de una inexcusable digresión, ¡y precisamente hacia el futuro!)

Lo esencial del apuro en que se hallaba John Quincy, como el lector ya habrá deducido, residía en la susceptibilidad al tiempo del desgraciado Nahum y a la naturaleza tosca del indicador de la máquina del tiempo. Al zambullirse unos años en el futuro, el niño

debía de haber envejecido rápidamente, no, instantáneamente; el dial había sido colocado a diez años, pero era imposible decir si en realidad se recorría la distancia de diez años o más o menos. Al invertir el movimiento de la máquina, John Quincy, naturalmente, había vuelto a señalar diez años, pero con los asombrosos resultados que hemos visto: la máquina se sobrepasó a sí misma, por decirlo de alguna manera, y el pobre Nahum fue devuelto como un niño de medio año, y en su «auténtica» forma. El sonido aterrador de la piedra en el tejado de la escuela señaló un innoble fin de la carrera del maestro, porque, naturalmente, al haber aparecido el hermano de Nahum en un momento tan inoportuno, John Quincy no tendría más remedio que confesarle lo que había ocurrido y asumir toda la responsabilidad del extraño accidente. No existía el Nahum de doce años, sino un niño de pecho que daba patadas, se revolvía y gemía; ¡el mismo niño que había surgido en el tiempo unos doce años antes había vuelto, de forma asombrosa! Sería totalmente inverosímil, pensó John Quincy. En realidad, él mismo no lo entendía.

La piedra rodó por el tejado de tablillas y cayó al suelo, y, si aquella tarde no resultaba ser una excepción, el hermano de Nahum probablemente le concedería unos minutos de gracia antes de arrojar otra piedra o de gritar su nombre. (La rudeza del método, y el insulto que representaba para él, John Quincy no lo había comprendido por completo hasta este momento. Pero sin duda estos modales en presencia de un maestro de escuela denotaban una singular falta de respeto.) Aprovechando este respiro temporal, John Quincy decidió efectuar otro intento de rescatar al niño, y con gesto decidido giró de nuevo el dial, con el resultado imprevisto de que el bebé, con toda su cálida carne, empezó a licuarse y se deshizo ante los ojos de John Quincy… para convertirse en vapor y después en sombra y después en nada. Y el eco de los gemidos, meciéndose por un instante en el aire a la luz de la lámpara, entre las calladas filas de pupitres y las altas ventanas en las que bailaban fantasmales reflejos del maestro, poco a poco cesó; y entonces no se oyó ningún sonido. Y, de pronto, John Quincy se encontró mirando fijamente su mecanismo vacío, sin tener ni idea de lo que estaba haciendo, o por qué el corazón le latía con tanta fuerza y su cuerpo estaba bañado en frío sudor.

Recordaba bien la máquina del tiempo, pues había estado trabajando en ella toda la tarde, solo. Pero no comprendía por qué estaba tan agitado. O por qué, encorvado, miraba fijamente su espacio vacío en sombras.

¿Me estoy volviendo excéntrico en mi soledad? —se preguntaría John Quincy aquella noche—. Quizá es hora de que me aventure a salir de estas colinas y busque la compañía de mis iguales; quizá es hora de tomar esposa y dejar a un lado, por la salud de mi alma, estos malditos problemas.

Otra piedra cayó por el tejado, y John Quincy, secándose la enfebrecida frente con un pañuelo, fue a la puerta a preguntar qué demonios ocurría, a qué venía tanto alboroto, ¿a quién habían asesinado? Un muchacho salió de las sombras del anochecer de finales de invierno y se acercó a él, uno de los Hindley, exalumno, en realidad, que ahora lo miraba con una expresión que reflejaba arrogancia y turbación. Tras un largo momento tenso se hizo evidente que el muchacho no tenía ni idea de lo que quería; alguna idea lo había hecho ir a la escuela, pero ahora se le había ido de la cabeza: simplemente no lo recordaba.

John Quincy, tironeándose nervioso la barba, volvió a preguntar qué demonios quería el muchacho, ¡y cómo se atrevía a hacer tanto ruido, tirando rocas al tejado para que cayeran rodando!

El muchacho no se acercó más. Se detuvo, con la vista fija, y no se le ocurrió nada que decir, nada en absoluto. Lo que lo había llevado a la escuela a aquella hora se había esfumado… y la pobre criatura, sonrojada, ni siquiera pudo balbucear una disculpa antes de darse media vuelta y salir corriendo.

25

La singular ironía era que John Quincy, en su desesperación, debió de girar el dial más a la izquierda, es decir, hacia el pasado, y no a la derecha, para hacer avanzar a Nahum hacia el presente. Con ello, la infortunada criatura desapareció para siempre en aquel abismo sin fondo del tiempo que precedió a su nacimiento, arrastrando consigo al olvido todo lo que le había pertenecido. Como si nunca hubiera nacido; pues, en realidad, en estas circunstancias, nunca había nacido.

Tal vez había una ironía aún mayor en el hecho de que la expulsión de John Quincy Zinn de Mouth-of-Lebanon tuvo poco que ver con la máquina del tiempo y la desaparición de Nahum (al que, por supuesto, nadie recordaba), y sí mucho que ver con el universo mecánico, cuyo artilugio (en palabras despreciativas del reverendo Tidewell) aboga por el ateísmo, la inmoralidad y la blasfemia, lo cual no podía consentirse en una comunidad cristiana.

De modo que se pusieron objeciones al maestro, hasta que se desató una auténtica tormenta en torno a él. No tuvo valor para defenderse; en los últimos tiempos se había sentido inexplicablemente cansado, como si tuviera mucho más de veinticinco años, y ni siquiera sus máquinas lo fascinaban ya. Una locura, afirmaba que eran; vanidad; ¡y además inviables! Así que las desmontó y rompió los diagramas, y los quemó en la estufa.

Debo buscar la compañía de mis iguales, se dijo John Quincy.

Una tarde de abril ocurrió, por casualidad, que John Quincy, que estaba mirando por la ventana, vislumbró en el camino lleno de barro un grupito de hombres a pie que se acercaban a la escuela. Siendo la hora que era, sin duda no se trataba de una visita social. Por su modo de andar, con grave parsimonia, tampoco había duda de que su intención no era buena.

De manera que John Quincy se fue a su pequeña habitación de la parte posterior de la escuela y se apresuró a empaquetar unas cuantas cosas que encontró a mano. Algunos libros preciados; su diario; la maravillosa carta del doctor Horace P. Bayard de Filadelfia, que había llegado unos días antes… No pensó en su defensa, pues sabía que las simples palabras no lo protegerían, y que, en cualquier caso, era demasiado tarde: Mouth-of-Lebanon lo había expulsado y debía marcharse.

Mientras los hombres se acercaban a la escuela por el camino, John Quincy se deslizó en silencio por una ventana trasera y se marchó. Porque, al fin y al cabo, a pesar del transcurso de tantos años fructíferos, él era el hijo de un buhonero yanqui.

26

Cuando aquella tempestuosa y soleada mañana de noviembre John Quincy Zinn recibió un mensaje del honorable Godfrey Kiddemaster, escrito de su puño y letra, convocándole a la mansión Kiddemaster a su conveniencia, lanzó una exclamación por la evidente «sincronicidad» de la operación, pues llevaba días y semanas haciendo acopio de valor para escribir a míster Kiddemaster y solicitarle una audiencia con el fin de hablar de un asunto delicado.

¿Existe alguna ley de las coincidencias? —se preguntó, sosteniendo la pluma en el aire, sin atreverse a confiar en su mano temblorosa—, ¿una lógica invisible a la que debemos rendirnos?

El carruaje de los Kiddemaster fue a recogerlo a su humilde pensión, cerca del distrito de los almacenes, y muchos ojos admirativos (y envidiosos) acompañaron su partida, pues ¿no era esto prueba positiva, al fin, de que John Quincy, tan popular entre sus compañeros de pensión y el favorito de su casera, era una especie de príncipe disfrazado, que ahora se veía elevado a la posición que le correspondía por derecho? Había un poco de envidia, desde luego, pero mucha admiración; y se alegraban por él, sobre todo su amigo Charles, quien quizá pensara con inocencia que, si John Quincy Zinn fuera elevado a otra posición social por matrimonio, él, Charles Guiteau, algún día podría seguirlo. El pueril Guiteau se veía montando algún día con su amigo John Quincy en aquel mismo carruaje, una berlina en la que fácilmente cabrían ocho personas sentadas, de reluciente cobre con regios adornos de caoba, tirado por cuatro elegantes caballos bayos con las crines trenzadas y cascos negros como el azabache. ¡Y qué gloriosa imagen, el orgulloso escudo de armas de los Kiddemaster blasonado en el costado: un león rampante de expresión fiera, agarrando con sus garras una rama de olivo!

La seda carmesí con que estaba tapizado el interior del carruaje,

así como la inevitable soledad del largo viaje, pronto pusieron nervioso a John Quincy, y por eso dio unos golpecitos para que el cochero se detuviera, y asombró al hombre al insistir en que quería montar arriba con él… para poder charlar.

En realidad, una vez que el joven cochero se recuperó de su natural asombro y disipó ciertos recelos en cuanto a la sinceridad de la propuesta, el viaje resultó sumamente agradable; John Quincy reconoció que había aprendido mucho del cochero, Patrick McInnes, oriundo de Cork, Irlanda (cuyos lamentos por su madre patria, que aún sufría las consecuencias de la gran hambruna de 1845, se vieron aligerados por el placer de cantar baladas para deleite de John Quincy; una de las baladas, por una coincidencia preternatural, era «Deidru la rugiente»). Y McInnes reconoció que nunca había conocido a un caballero tan amistoso, brillante y hablador, que deseaba de un modo tan evidente no hacer distinción alguna entre un cochero irlandés y sus superiores, o no era consciente de que existiera una distinción significativa, al explicar con pasión sus planes futuros (en aquellos momentos, John Quincy estaba absorto en la propuesta que deseaba efectuar al acaudalado míster Kiddemaster para que financiara ciertos experimentos de una naturaleza eminentemente práctica).

En la mansión Kiddemaster, el lacayo de librea, al acercarse para abrir la puerta del carruaje, se sorprendió al ver que míster Zinn estrechaba la mano a Patrick McInnes y bajaba de un salto. No podría haberlo asombrado más, y quizá también ofenderlo, que los dos hombres no solo se separaran del modo más amistoso, sino que se dirigieran el uno al otro como «Patrick» y «John Quincy», y que expresaran la esperanza de que el viaje de regreso resultara igual de ameno y de que proseguirían su animada conversación.

(Así fue la llegada de John Quincy Zinn a la mansión Kiddemaster; pero, me alegra poder observar, ningún Kiddemaster fue testigo de esta curiosa conducta.)

John Quincy tuvo poco tiempo para ser intimidado por la imponente fachada neoclásica de la gran casa, con sus altas columnas blancas y su elegante pórtico; tampoco su mirada sobrecogida pudo hacer más que examinar con rapidez el interior dorado del vestíbulo y alzarse hasta el techo artesonado que se elevaba unos nueve metros. Fue acompañado de inmediato a la biblioteca particular del juez Kiddemaster, vacía de momento, donde le ofrecieron asiento; y, sentado, por fortuna a solas, pudo recuperarse y ensayar una vez más las palabras exactas que emplearía, mientras recorría lentamente con la mirada la bella estancia, posándola de vez en cuando en algo de

especial belleza o encanto: el panelado de cerezo, las altas ventanas con sus cristales emplomados que absorbían con tanta energía la luz del sol, los vasos de plata a juego sobre un aparador de frente abombado, los libros encuadernados en piel de cabritillo de clásicos de la literatura inglesa, francesa y estadounidense (donde los ojos de John Quincy se entretuvieron ansiosos: ¡cuánto le habría gustado tener una biblioteca igual, y con cuánta frecuencia la habría consultado!). Un caballero con peluca de la época colonial, con chaqueta de terciopelo dorado y una generosa cantidad de encaje en la garganta, de expresión sombría, miraba con ceño a John Quincy desde un cuadro al óleo sobre la repisa de la chimenea, como si sospechara que era de sangre vulgar, no, un proscrito; sobre la repisa misma yacía de forma ostentosa una larga espada de gala en una vaina dorada, la empuñadura decorada con estrellas estadounidenses y con la diosa Atenea, también en oro.

Un criado abrió sin hacer ruido las puertas de roble tallado y el juez Kiddemaster entró en la sala con grandes pasos, una figura bastante más frágil de lo que John Quincy recordaba, y un poco más entrecana en las cejas, pero imperiosa no obstante, y con un brusco gesto de la mano señaló al hombre más joven que permaneciera sentado. Se intercambiaron saludos, de naturaleza formal; el criado recibió instrucciones en voz baja con respecto al té y una ligera colación, y el estimable Godfrey Kiddemaster se sentó pesadamente en una mecedora de palisandro con cojines de tela de crin negra y clavó su mirada grave y escéptica en John Quincy Zinn.

Tras una pausa hecha para producir efecto, durante la cual el hombre más joven sintió que el rostro se le acaloraba implacablemente, el juez Kiddemaster observó con aristocrática altivez, fría y seca, aunque no sin gentileza:

—Bien, mi querido y joven míster Zinn, creo que tiene usted asuntos urgentes que tratar conmigo.

La presciencia del juez hizo parpadear a John Quincy, quien, por un confuso instante, pensó que había escrito la carta que había tenido intención de escribir y que se había atrevido a enviarla a la mansión Kiddemaster. (Esta misiva tan debatida, que esperaba discutir de antemano con miss Kiddemaster, con el fin de obtener su sagaz consejo, era para exponer con detalle las ideas de John Quincy para una operación de perforación en la parte occidental de Pensilvania, cerca de Titusville, donde iba a encontrarse «aceite de roca» en abundancia. Este «aceite de roca» —que un día se llamaría «petróleo»— en la actualidad se conseguía excavando laboriosamente agujeros y zanjas, y mediante un método aún más laborioso que

consistía en recoger el aceite que flotaba en ensenadas; y se le ocurrió a John Quincy de pronto, mientras leía las propiedades del aceite de roca en un periódico de Filadelfia, que se podría perforar un pozo para extraerlo, precisamente del mismo modo en que se extrae el agua a la superficie de la Tierra, pues seguramente los principios físicos eran los mismos. Las desventajas evidentes de John Quincy eran su falta de conocimiento directo de la zona de Titusville en particular y de las cualidades reales del aceite de roca en general; pero, impulsado por un optimismo natural, se había apresurado a trazar una serie de diagramas referentes a la mecánica de la operación de perforación, con el fin de que el juez los examinara a su satisfacción.) Se había quedado tan desconcertado que no pudo más que asentir rápidamente en un murmullo, y enseguida lo distrajo el silencioso criado, que había vuelto a entrar en la biblioteca, ahora con una cargada bandeja de plata.

—Yo… no sé por dónde empezar, señoría, mi humilde súplica —dijo, mientras se sonrojaba con más intensidad—. Mi misión… la audacia de mi esperanza…

El té fue servido con gran ceremonia y le ofrecieron pequeños bocadillos sin corteza, y mientras John Quincy hablaba —¡con cuánta menor firmeza de la que deseaba!—, el caballero mayor frunció su alta y noble frente, que las prominentes entradas hacían más notoria, arrugó sus cejas blancas, generosamente pobladas, e hizo gestos de asentimiento murmurando «Sí, sí» mientras dejaba su taza de té y cogía un bocadillo de finas lonchas de carne de buey; y cuando John Quincy reunió valor para preguntar, nervioso, si a su señoría le gustaría examinar los diagramas —pues los llevaba, cuidadosamente doblados, en el bolsillo del abrigo—, el anciano pareció no oír, pero, mirando con seriedad el bocadillo a medio comer que tenía en la mano, murmuró una vez un impaciente: «Sí».

Esto, como es natural, sorprendió a John Quincy, pero no lo desanimó, y se puso a hablar más libremente de inventos pasados, estadounidenses y otros, que se habían creado a partir de principios «obvios»: el cronómetro, el rotor, la segadora, el globo lleno de gas, las viles armas cohete que los británicos habían empleado de forma tan degradante en Bladensburg en 1814. Le pareció extraño, y rozando la grosería, que en medio de su discurso míster Kiddemaster sacara su reloj de bolsillo y lo consultara; pero, razonó, el tiempo del anciano era de inestimable valor y alguien de su humilde condición debía agradecerle cualquier atención que le prestara.

—Espero, señor, que mi atrevimiento no lo ofenda —dijo, aunque con mucha más inseguridad de la que sus palabras sugerían—. Quizá

debería haber comentado la propuesta resumida, si no con detalles, con miss Kiddemaster, quien con su sabiduría femenina instintiva me habría podido guiar. Pero hace ahora algún tiempo que no tengo la fortuna de hablar con Prudence, debido a… bueno, no sé muy bien a qué, y en cualquier caso…

El pobre joven hablaba con nerviosismo y desorientado, y pronto se hizo evidente que míster Kiddemaster, a pesar de su aire de autoridad y la regia naturaleza de su porte, estaba un poco sordo del oído izquierdo, o, muy posiblemente, de ambos oídos; y que los leves gestos de asentimiento de su distinguida cabeza y los *síes* que murmuraba no inspiraban auténtica confianza. Interrumpió los comentarios de John Quincy sobre la probabilidad de desarrollar cohetes y torpedos (en la línea que Robert Fulton había imaginado), de modo que, disponiendo de tan terribles armas, dejarían de librarse guerras, para declarar divertido:

—Sí, sí, estas proposiciones siempre son difíciles, para el papá y el posible esposo por igual.

En este punto ambos hombres se quedaron callados varios minutos, míster Kiddemaster removiendo con impaciencia el azúcar en su té y John Quincy masticando sin apetito un húmedo bocadillo. Todo hacía suponer que, en la imponente santidad del refugio revestido de madera de cerezo de míster Kiddemaster, se había producido un profundo malentendido cuyas consecuencias tendrían un gran alcance, y sin embargo John Quincy Zinn, en su pueril inocencia, no lograba comprender de qué se trataba. «¿Papá, esposo…?» ¿Se trataba de términos arcanos, jerga profesional relativa al aceite de roca o a la financiación de experimentos radicales por parte de acaudalados mecenas como míster Kiddemaster…? John Quincy razonó que no podía preguntar, y, en cualquier caso, si su anfitrión padecía una sordera parcial, no cabía esperar recibir respuesta.

¡Cuánto más astuto habría sido, ahora lo comprendía, haber hablado antes del delicado asunto con Prudence! Pues ella a menudo bromeaba sobre la terquedad de su padre e insinuaba que sabía bien «cómo engatusarlo» y cuál era su lado más accesible. Pero hacía muchos días que no veía a Prudence. Por mucho que me duela tener que decirlo, no la había visto aquel fatídico día en casa de los Bayard en que ella se había desmayado, por la sencilla razón de que no lo habían invitado y no sabía nada de la fiesta. Me veo obligada a suponer que fue la calentura de la pasión de miss Kiddemaster por él la que provocó tanto el desmayo como la visión de que John Quincy Zinn estaba ahí; que John Quincy supiera algo del apego amoroso de su amiga Prudence hacia él. En cualquier caso, hacía algún tiempo que

sus ojos no se posaban en ella y había empezado a sentir su ausencia, pero no le daba mucha importancia.

El anciano interrumpió unos comentarios de John Quincy referentes a las actividades de los Know Nothings de Filadelfia, y una insegura pregunta respecto a la opinión que tenía míster Kiddemaster de ellos, al llamar de modo irritable a su criado y darle la orden de que le llevara dos copas de jerez, a pesar de las objeciones de John Quincy, a lo que siguió una pregunta expresada en el mismo tono pidiendo detalles de los antecedentes de John Quincy.

—Al fin y al cabo, es hora de que hablemos de estas cosas —dijo con franqueza míster Kiddemaster.

Así que John Quincy lo miró directamente a los ojos y, sin amilanarse por la altanería un tanto desdeñosa que vio en ellos, habló de «tragedia doméstica» en su infancia: tuberculosos, gripe, el pedregoso suelo de la granja de su abuelo y de su padre, una serie de cosechas fracasadas. Vaciló y, luego, se lanzó a confesar que había pasado algunos años «contratado» por familias de la zona de Germantown, junto al río Granitehill, y que estaba acostumbrado a trabajar duramente y a esforzarse. Y un día, curioseando en un puesto de libros de Allentown, adonde había acudido con la familia de la granja para pasar el día, había tropezado por casualidad con un librito de un hombre que le era desconocido hasta aquel momento: el gran Ralph Waldo Emerson. Y ese libro —aseguró a míster Kiddemaster que no exageraba— había cambiado su vida.

—¿De veras? —comentó míster Kiddemaster, oliscando su jerez—. ¿Emerson, dice?

La conversación prosiguió y consistió en su mayor parte en una tímida presentación que el joven hizo de sí mismo, interrumpida por «ejem» y «ah» por parte de míster Kiddemaster y por la confusa observación:

—Mi querido muchacho, es usted joven, pero no siempre lo será.

Hubo una pausa, mientras John Quincy se preguntaba si debía responder a aquel comentario o permanecer sentado en silencio; y entonces míster Kiddemaster volvió a sacar su bello reloj de oro, lo abrió y, mirándolo medio enojado, dijo con una voz tan rotunda que habría hecho honor al antepasado con peluca del cuadro de encima de la chimenea:

—Los rodeos, mi querido muchacho, tal vez nos llevarían al asunto si dispusiéramos de una cantidad ilimitada de tiempo; mas, ay, no es este el caso, ni para mi amada hija, si me permite el atrevimiento, ni para mi esposa o para mí mismo. Así que… para ser franco: me parece que nos hemos entendido, míster Zinn, aunque no dé la impresión de

que hablamos la misma lengua. Mi amada Prudence me lo ha confesado todo, y, tras mi alarma inicial, comprendí la esencia de su declaración y vi cierto mérito, aunque excéntrico, en ello. Que mi hija, a su edad, haya atraído el afecto de un caballero tan franco, y, si me permite decirlo, tan tosco en su masculinidad como usted, no puede sino hacer feliz el corazón de un padre que adora a su hija, pues los Kiddemaster, al fin y al cabo, somos humanos: si nos pinchan, a veces nos dignamos sangrar. Que mi hija, a su edad algo avanzada y, tal vez, con la seguridad de una carrera profesional ante ella y unos ingresos considerables procedentes de numerosas inversiones hechas en depósito expresamente para ella, se vea atraída, a su vez, hacia algún caballero, cualquier caballero, no puede sino alegrar el corazón de un padre que adora a su hija, pues deseo tanto tener nietos como cualquier hombre, y no se me ocurre (por mucho que consienta a la pequeña Prudence y a mi querida hermana Edwina) que el lugar de una mujer pueda estar en ninguna parte que no sea el hogar, si ha de ser, en el sentido más pleno de la palabra, femenina. Como el sexo más débil necesariamente es más débil, menos por decreto divino que por simple accidente biológico, de ello se desprende, naturalmente, que el sexo más fuerte debe proporcionar, si no en todos los casos apoyo económico, sin duda fuerza, guía y protección. No puse ninguna objeción, señor, a que mi hija estudiara todos los libros que caían en sus manos, o a que encargara material de lectura aún más radical, o a que se codease con todos los bobos trascendentalistas, abolicionistas y librepensadores de la Unión; pero sí puse objeciones, señor, y mi esposa se disgustó amargamente, porque demostraba no solo indiferencia, sino franco desprecio —y aquí al anciano caballero le falló la voz y se puso a temblar— por las sagradas obligaciones de la maternidad: ¡sí, señor, ahí puse objeciones!, ¡sí!, realmente las puse, y puede decir que lo he dicho. Porque igual que uno se ve obligado a mirar con desprecio al soldado traidor que huye de su puesto en el campo de batalla, uno se ve obligado a mirar con aún mayor desprecio a la mujer que, al negarse a contraer matrimonio, se niega a tener hijos y a continuar su linaje. Sí, mi querido señor, le aseguro que esta es mi postura y no cambiaré, y puede decir que lo he dicho para que quede constancia, ¡y publicarlo en los malditos periodicuchos si quiere!

En este punto se interrumpió, respirando pesadamente, y llamó para pedir otra copa de jerez. Sus ojos vidriosos se clavaron en el asombrado John Quincy Zinn, y, aunque durante un largo momento no cruzaron palabra alguna, al hombre joven le dio la impresión de que se había expresado algo importante y de que no tenía más

alternativa que consentir diplomáticamente.

Un profundo malentendido, pensó John Quincy. ¡Ah, ya lo creo!, la aspiración de proporcionar medios mecánicos ingeniosos para extraer aceite de roca a la superficie de la Tierra había sido remplazada —¿es posible?— por la perspectiva de casarse con la hija del presidente del Tribunal Supremo Godfrey Kiddemaster, de la mansión Kiddemaster. No podía ni soñar con adivinar cómo había echado por la borda aquella osada aspiración para sustituirla por la otra: a esto lo había llevado, con mudo asombro, la maquinaria del universo, benévola, en movimiento perpetuo, con sus infinitas ruedas, muelles, ruedas dentadas y pistones en perfecta armonía (aunque inescrutable).

Y, tal vez, sonrojándose, el hombre joven vio de nuevo aquella figura cubierta de alquitrán ardiendo, transportada por una multitud vociferante, y vio lo ridículo de sus plumas blancas, y olió la enormidad del alquitrán encendido, el pelo quemado, la carne quemada. El buhonero yanqui que ya no está, el hijo del hombre rico que sí está y conseguirá, para la familia de su esposa y para sí mismo, y para todo el mundo, el resultado más glorioso.

John Quincy Zinn había pensado poco en el matrimonio, y aún menos en el amor: tanta era su inocencia que solo había pensado de manera ocasional en cualquier curso de acción futura que no fuera su trabajo, el trabajo que era su destino, y que estaba unido al destino de su gran nación. Miss Prudence Kiddemaster, con su rostro ancho, audaz, franco y su aspecto imperturbable, era su querida amiga, una especie de hermana y una conciencia también. La otra joven heredera de Filadelfia que se había mostrado particularmente atenta con él, miss Parthenope Brownrrigg, con su verso etéreo, le había causado una gran impresión, pues la consideraba merecedora —si es que él podía juzgar semejantes asuntos— de residir en el propio Concord, con sus especiales dotes poéticas. Y estaba miss Rachel Triem, de edad más próxima a la de John Quincy, quizá, con sus veintitrés años, que miss Kiddemaster o miss Brownrrigg, por formidables que fueran las cualidades de estas, y la esbelta miss Honora LeBeau, con su piel asombrosamente pálida, su cabello rizado y sus faldas ondulantes —¡ah, de repente miss LeBeau le pareció una mujer muy atractiva!— pero ¿tal vez era demasiado tarde?

Míster Kiddemaster, mientras se tomaba el jerez, se había lanzado a hablar amigablemente de una dote y de una «parcela bastante grande» de terreno, en Bloodsmoor, con una vista excelente del río y del pintoresco cañón, para la casa que algún día John Quincy y Prudence desearían construir. Habló de otros asuntos —rozó el tema «económico»— mientras su futuro yerno, con la cabeza zumbándole,

tenía la mirada fija y hacía grandes esfuerzos por seguirle. Tan agitado estaba el joven que sin querer alargó el brazo para coger su copa de jerez, pero apartó la mano a tiempo, como si hubiera estado a punto de tocar una serpiente.

El buhonero yanqui que ya no está, el hijo del hombre rico que sí está.

Nietos, estaba murmurando con aire afectuoso míster Kiddemaster. Hijos.

—Lo importante no es que mi hija se convierta en una Zinn —concluyó míster Kiddemaster, ligeramente fruncidos sus nobles labios al pronunciar ese nombre—, sino que usted, mi querido John Quincy, se convierta en un Kiddemaster. Lo expresaremos así; pensaremos en ello así. Y puede usted citarme.

V
EL ANCHO MUNDO

27

Tan escandalosos fueron los ochenta, y tan ajenos a la decencia cristiana y a la justicia, que no resulta sorprendente saber que la perdida Malvinia Zinn —rebautizada por vulgar magia como «Malvinia Morloch»— no fuera despreciada por todos, sino ascendida a la categoría de celebridad teatral de Nueva York al cabo de pocos años de su debut (en sí mismo absurdamente prematuro) en el flamante teatro Fanshawe de Union Square, tan celebrada en la prensa como la infame Lola Montez de otra época y la mucho más dotada Ada Rehan de la suya.

Se afirmaba de «Malvinia Morloch» que, cuando actuaba, era audaz y tierna, angelical y no obstante provocativa, coqueta, noble, encantadora, picante, sutil, irresistible e inolvidable. Era una Rosalinda verdaderamente inspirada en *Como gustéis*, y una taimada, mimada, escandalosa y absolutamente seductora condesa en la *Condesa Fifine*. Provocaba lágrimas en el público con su retrato lleno de vida y aun así profundamente trágico de Julieta (en una producción en la que su protector Orlando Vandenhoffen, aunque bastante maduro para el papel, evocaba a un apasionado y convincente Romeo); arrancaba carcajadas en *Dólares y sensatez* y despertaba admiración por su energía, así como por su belleza, en aquella curiosa y basta *Ah, pecado. Una obra sobre la vida en el Oeste*, imaginada para el escenario por Bret Harte y Mark Twain. («La adorable Malvinia es lo mejor de la obra —admitió el propio Mark Twain en su divertido discurso la noche del estreno—, pero no os pediré que votéis a mano alzada si la pobre chica triunfa o se hunde con todos nosotros.») William Winter, que solía ser juicioso, se comportaba como si se hubiera enamorado de ella, y con ocasión de su debut en el bobo melodrama *El destello de un rayo* escribió en el *Tribune*—. «La presencia de la joven Malvinia Morloch en el escenario

es nada menos que extraordinaria. Sus encantos femeninos resultan electrizantes, su belleza hipnotizante, el patetismo de su sufrimiento brillante, sus destellos de desprecio, valor, desafío y sacrificio femenino desgarradores. Señoras y señores, en los próximos años oiremos hablar mucho de Malvinia Morloch», todo esto en alabanza de una actuación que la inexperta actriz se limitó a aprender de memoria, con su maravillosa capacidad para la imitación y la mímica.

Sin embargo, la anarquía de la década era tanta que ¿a quién le importaba saberlo? ¿A quién le preocupaba juzgar el verdadero mérito entre la basura de la superficialidad?

(«Me temo que no soy tan buena como dicen», dijo Malvinia a Orlando Vandenhoffen, repasando por cuarta o quinta vez las críticas y riendo con perplejidad, aunque también con aire de desafío, pues la vanidosa joven en realidad no dudaba de su talento para merecer tanta aclamación o incluso más. Vandenhoffen se rio sinceramente y la besó en los labios, y, tirando los recortes de periódico al suelo, dijo: «Entonces, querida, lo que tenemos que superar es tu miedo».)

John Singer Sargent iba a pintar su retrato, en el que lucía un indecoroso traje carmesí con un gran escote que dejaba al descubierto sus pálidos hombros y gran parte de su pecho blanco como la leche. Mark Twain, haciendo el tonto, le hacía obsequios, aunque nunca le propuso matrimonio; el desvergonzado epicúreo Diamond Jim Brady hacía lo mismo, como desafío a la petición preferente de Vandenhoffen; el magnate del ferrocarril Nicholas Drew solicitó ser su «guardián» y le rogó que aceptara de él no solo un coche-salón que rivalizaba en vulgar esplendor con el de la soprano Adelina Patti (pues las paredes del dormitorio de miss Patti estaban revestidas con madera satinada de las Indias con incrustaciones de caoba, oro y amaranto y las de miss Morloch iban a estar repujadas en cuero y oro, con piel de leopardo, en un diseño que prometía ser «memorable» para el ojo con gusto por la estética), sino también un mausoleo de mármol, de diseño moro, con el interior de jade y alabastro; mausoleo que, idéntico al que él tenía en Annandale-on-Hudson, Nueva York, estaba considerado un «adecuado futuro santuario» para la bella joven actriz. Muchos, variados y relucientes eran los cuestionables honores derramados sobre ella: cenas con champán en Delmonico's, una cena con baile en el Plaza, la atención, durante un tiempo, de caballeros tan dispares como Jay Gould y Grover Cleveland (aquel prodigio de inmoralidad y pura glotonería animal) y el propio Mark Twain. Este reinado duró algunos años, con la exigente y veleidosa ciudad de

Nueva York a sus pies y todo el deslumbrante botín del mundo material; su sencilla infancia en Bloodsmoor, en la Casa Octogonal, había quedado muy atrás. Y, sin embargo, uno se siente inclinado —no, impulsado— a preguntar: ¿Malvinia Morloch disfrutó de un día de felicidad comparable con la que en otro tiempo tan libre e inocentemente había disfrutado Malvinia Zinn…?

Tan desordenados eran también los ochenta que apenas se sabía si el sol se pondría por el oeste como debía, y mucho menos si saldría; uno apenas sabía si escandalizarse o reírse de personajes destacados tan blasfemos como madame Blavatsky, y las revelaciones casi semanales de las acciones de timadores tan infames como Ferdinand Ward, cuya empresa de corretaje quebró por 16 millones de dólares y mancilló el nombre ya contaminado de Ulysses S. Grant. El darwinismo y la evolución se introducían en la cultura estadounidense, el divorcio empezaba a ser corriente, ocho valientes policías fueron asesinados por dinamita anarquista en Haymarket Square, los jóvenes discutían sobre utopías paganas con todo el fervor del Club Arcadia de una época pasada y nada de su moralismo moderador. Las barreras sociales estaban tan amenazadas en todos los hogares, salvo los más distinguidos, que, al entrar en un salón, no se podía confiar en que no estuviera presente un acaudalado «príncipe» del comercio detallista (en resumen, un vulgar tendero), o incluso que fuera el invitado de honor. Había mujeres tan locas por las ideas modernas de la igualdad que hacían el ridículo pretendiendo ocupar un cargo público, cuando ni siquiera podían votar; había distinguidos hombres de letras que se tomaban en serio los verbosos desvaríos hedonísticos de Walt Whitman, presentados como poesía, e incluso los fomentaban. Que la indecorosa década empezara con el asesinato del presidente Garfield nada menos que por Charles Guiteau —ay, un Guiteau muy alterado y que poco se parecía al viejo conocido de John Quincy Zinn— y que fugitivos, bandidos y asesinos comunes de la calaña de Jesse James aparecieran en los periódicos sugiere los feculentos aires que asaltaban a los inocentes —aunque no puede describirlos verdaderamente—, aires que pronto conducirían, en las proféticas palabras del reverendo Tobias Strong, a una «crisis espiritual de la raza anglosajona» en esta nación, crisis que sigue sintiéndose en nuestra época.

Y seguramente no es ningún misterio que, dado un ambiente tan desordenado, Constance Philippa simplemente desapareciera; o eso supuso su afligida familia. Si se tropezó con algún mal que era probable que visitara a una mujer desprotegida o si en realidad encontró protección nadie podía saberlo. El barón Von Mainz,

profundamente insultado, expuso las deficiencias de su educación europea solicitando públicamente la anulación de su matrimonio, alegando deserción y fraude, y conservó la escritura de propiedad de la casa de Rittenhouse Square, el espléndido regalo de boda de los Kiddemaster a la joven pareja. (La familia se enfadó al enterarse de que, menos de un mes después de la anulación, el astuto barón vendió esta atractiva propiedad de Filadelfia por una bonita suma.)

Tampoco es un misterio que una sociedad tan ansiosa de novedades se divirtiera con los excesos del esplritualismo, igual que con los excesos del tabaco y el alcohol, de lo que era prueba el éxito económico de médiums como los gemelos Van Hoestenberghe, el «Mahatma» Lotos Bey, mistress Daisy Olcott y Deirdre de las Sombras, así como el controvertido renombre de madame Helena Petrovna Blavatsky, fundadora de la Sociedad Teosófica. Los periódicos sensacíonalístas medraban con los escándalos, y publicaban entrevistas con criaturas tales como el infame asesino de esposas Brockden Smith, que, en el juicio celebrado en Ipswich, había declarado en su defensa: «Cuando están muertas, se acabó con ellas», declaración adoptada de inmediato por las multitudes, como si el asesinato fuera motivo de hilaridad y la muerte de cinco esposas cristianas no tuviera gran importancia.

¡Qué grande es el mundo, en verdad! Completamente extraño a la tranquilidad de Bloodsmoor, y a la sencillez, la inocencia y bondad natural de que disfrutaban las cinco hijas Zinn en su infancia.

—Quizá es mejor que sepa tan poco —dijo más de un afligido miembro de la familia refiriéndose a la debilitada mistress Kiddemaster quien después del rapto de Deirdre se había quedado postrada en cama y jamás recuperó la salud.

—Y también, quizá, que abandone este valle de lágrimas con tanta serenidad —observó el propio míster Kiddemaster junto al lecho de su esposa, cuando, unos cinco meses después de la semana de noviembre en la que Constance Philippa huyó de su esposo y Malvinia se fugó bajo la protección de Orlando Vandenhoffen, la santa dama exhaló su último respiro.

Con cierta sorpresa y no pocas murmuraciones, Bloodsmoor observó que, tras un colapso inicial en noviembre, miss Edwina Kiddemaster lograba no solo recuperar el ánimo sino aprestarse tanto para la lucha que, al publicarse su nuevo éxito de ventas, *Cien sugerencias para las jóvenes cristianas. Manual de la etiqueta moderna*, pudo dirigirse a numerosas organizaciones religiosas y cívicas de la zona de Filadelfia

y aceptar un premio, el de Autora del Año, otorgado por la Asociación Protectora Cristiana de Baltimore. El doctor Moffet, que conocía muy bien la historia de su enfermedad y la caprichosa naturaleza de su hipersensibilidad, comentó que la noble dama parecía casi recuperarse como respuesta a ciertos retos, a diferencia de la pobre Sarah Kiddemaster, que no solo se había vuelto de cara a la pared —por decirlo de alguna manera— después de la indigna conducta de sus nietas, sino que, ay, se había desentendido de la medicina misma y se había rendido a la influencia (o a las garras, según palabras del doctor Moffet) de los diversos practicantes de la nueva y controvertida doctrina de la ciencia cristiana de Bloodsmoor, una religión que no tenía muchas décadas (pues la obra *Ciencia y salud con la clave de las Escrituras*, de mistress Eddy, había aparecido por primera vez en 1875).

La tía abuela Edwina casi se sentía gratificada porque lo peor que podía sucederles a las jóvenes Zinn había sucedido y ella podía dejar de sentir congoja por ellas y de amarlas, pues se mostraba curiosamente distante de, Octavia y Samantha y bastante frugal en sus condolencias hacia Prudence, e, inmediatamente después de recuperarse, llamó a su abogado particular a la mansión Kiddemaster, evidentemente para rehacer su testamento, así como para realizar varias nuevas inversiones, que mantenía ocultas a su hermano Godfrey, en especulaciones tan disparatadas como el ferrocarril de Little Rock y Fort Smith, la Standard Oil de John Rockefeller de Ohio, y Wanamaker's.

—No me dejaré aplastar por la adversidad —declaró la tía abuela Edwina en tono de fría compostura—, simplemente porque otros tengan mal criterio.

Lloró, por supuesto, por la muerte de su cuñada, pues habían sido compañeras de invalidez durante muchos años y habían compartido muchas medicinas, pero no lograba sentir, como otros, que Sarah Whitton Kiddemaster había muerto santa y mártir. Que mistress Kiddemaster hubiera caído bajo el influjo de Mary Baker Eddy ofendió a Edwina, pues el estilo de la prosa de mistress Eddy, comparado con el suyo, era deficiente en sentido y en poder estético.

Sin embargo, aparte de Edwina, todo Bloodsmoor lloró a la etérea anciana, quien de una manera tan clara era víctima de la falta de delicadeza de la joven generación, y de algo tosco y terrible presente en el aire mismo, lo cual, aunque mistress Kiddemaster no leía ningún periódico ni libro, su extrema sensibilidad le permitía calibrar. Valiente inválida desde la década de 1820, cuando la enfermedad la obligó por primera vez a permanecer en la cama, con los años había

logrado triunfar de modo intermitente sobre multitud de enfermedades que, en palabras del doctor Moffet, habrían «derribado a cualquier caballero»: poliartritis, discopatía, miositis, entre otras, y, desde el invierno de 1879-1880, una nueva enfermedad inexplorada hasta entonces, que empezaba a predominar en la región del medio Atlántico, conocida como «neuralgia ovárica», en la que el doctor Moffet se había convertido en algo así como un experto, antes de que los practicantes de la ciencia cristiana ocuparan su lugar en los afectos de la anciana.

De no haber tenido el testimonio de sus mayores y el de un antiguo retrato pintado en la época de la boda de su abuela —en aquella lejana época, Monroe era presidente y Daniel Webster un apuesto joven, ídolo de la moda para la mujer, en realidad—, a Octavia y a Samantha les habría costado mucho creer que Sarah Kiddemaster en su juventud había sido una de las muchachas más encantadoras de la región, y que había «elegido» entre todos los jóvenes solteros de allí. Con los años se habían reforzado sus cualidades espirituales, mientras sus cualidades físicas se disipaban, y, como mujer de edad madura incluso, había sido admirada por la extraordinaria esbeltez de su cintura (solo cuarenta y tres centímetros, rivalizando con la de cualquier jovencita) y por la delicada palidez de su tez, que los inoportunos sonrojos nunca hacían desaparecer. Quizá como consecuencia de la devoción religiosa, o por una natural inclinación constitucional, esta buena señora había dominado poco a poco el apetito en todas sus insidiosas formas. Solo permitía que le pusieran delante dos comidas al día, y cada una era de una agradable ligereza, pescado y caza mejor que carne roja, sin nada de ricas salsas francesas o innecesarias especias, que estimulan la sangre y la agitan de forma innecesaria. Huelga decir que Sarah Kiddemaster era una decidida abstemia, tan impaciente como la propia Edwina con los que regularmente sucumbían a la bebida. (Ay, esto incluía a su esposo, Godfrey, y muchas veces salía de la habitación dando un portazo cuando cenaban juntos a solas, antes de que la invalidez de Sarah la recluyera en sus aposentos. La familia consideraba también una pena que el tío abuelo Vaughan, que en su juventud había estado tan unido a Sarah, fuera uno de los hombres de la familia a los que la buena señora había prohibido la entrada a su dormitorio, en su última enfermedad, porque, según afirmaba ella con incontestable exactitud, los hombres apestaban a alcohol sin que fueran conscientes de ello, pues la sustancia venenosa acababa impregnando su corriente sanguínea y una abstemia de la sensibilidad de Sarah no podía soportarlo.)

Que Sarah Kiddemaster era una santa nadie en la casa podía dudarlo, ni siquiera los criados, que a menudo sentían el poder de su diminuta voluntad y respondían con prontitud a sus frecuentes llamadas. Antes de que la enfermedad se apoderara de ella era activa en numerosas funciones de la iglesia, tanto en Filadelfia como en Bloodsmoor, y, en Bloodsmoor, como «primera dama», por así decirlo, había asumido sus obligaciones sociales con elegancia resignada, y condescendía a visitar los cinco o seis hogares de la aldea que la tradición había considerado merecedores de la atención de los Kiddemaster. «Absolutamente buena», «muy generosa», «angelical», «el paradigma de la mujer cristiana», «inmune a los pensamientos desmedidos»; así eran las alabanzas que se susurraban refiriéndose a mistress Kiddemaster, mucho antes de su muerte a la edad de setenta y nueve años. Sus actividades Consistían en leer tres veces al día la Biblia, que en todo momento conservaba en su mesilla de noche, y su labor de ganchillo, a la que dedicaba sus menguantes energías con piadosa aplicación, aun la víspera misma de su fallecimiento, y la plegaria casi constante, en la que miss Narcissa Gilpin, Como nueva conversa a la ciencia cristiana, la guiaba. La maldad, el pecado y la mala salud no existían, y el alma acosada por confusiones demoníacas de «mala salud» solo tiene que rezar con redoblada intensidad para recuperar la bendición de Dios que es la buena salud. (Durante una época de excitación se creyó que la propia mistress Eddy podría viajar a Bloodsmoor, para guiar más expertamente las plegarias de la habitación de la enferma; peto, como la distancia existente entre Lynn, Massachusetts, y Bloodsmoor era descorazonara y la salud de la propia mistress Eddy incierta, estos planes no llegaron a buen fin. Mas ¡cuán feliz habría sido la pobre Sarah si hubiera visto a la gran Mary Baker Eddy en carne y hueso!, y tal vez poder estrecharle la mano y presenciar cómo se entregaba a la plegaria para que la maldad, el pecado y la mala salud fueran desterradas cómo los engaños que eran:)

Durante muchos años mistress Kiddemaster se había dedicado a las artes femeninas con agradables resultados: pintar porcelana, decorar huevos, la Construcción de hermosas flores de papel maché y música de todos tipos. En su reclusión, se limitaba a hacer ganchillo, tricotar, bordar y coser, a veces para los pobres de la aldea —que necesitaban, cabe imaginar, prendas cálidas para nuestros rigurosos meses de invierno— y a veces para los ajuares de sus jóvenes sobrinas y nietas. Colchas, alfombras, cubrecamas, toallas, servilletas, pañuelos, muñecas, antimacasares… Incluso en su lecho de muerte se apresuraba a terminar un tapete empezado muchos meses atrás para el

ajuar de Octavia, insistiendo con su voz suave que debía darse prisa, pues no le quedaba mucho tiempo en esta tierra, y aquella pequeñez era para su más dulce nieta, Octavia; la nieta a la que amaba por encima de todas las demás. Nadie le había hablado, claro está, de la fuga de Malvinia y de Constance Philippa; sin embargo, aquella astuta dama parecía saberlo y haberse resignado. No hablaba mal de nadie, pero, como todos observaron, reiteraba su amor de abuela por Octavia, la más dulce, la más dócil y la más valiosa de la muchachas; puede ser que, en la modorra de su gradual declive, se olvidara por completo de la pobre Samantha, una posibilidad que inquietaba a la chiquilla más de lo que yo habría previsto. En cualquier caso, la abuela Kiddemaster hacía ganchillo para el ajuar de Octavia en su lecho de muerte, por mucho que la joven dama se sintiera obligada a decirle que, en aquellos momentos, no estaba prometida en matrimonio y que tenía muy pocas perspectivas.

—Tonterías —decía con suavidad la abuela Kiddemaster, volviendo por un instante hacia su nieta el semblante pálido, curiosamente desprovisto de arrugas y etéreamente encantador—, todas nos casamos, ya lo verás.

Con tanta suavidad entró la muerte en el dormitorio, y la envolvió en su misericordioso abrazo, que ni siquiera Narcissa Gilpin, absorta en la plegaria a un metro de la dama que expiraba, reparó en el instante en que se produjo realmente la defunción. Que su muerte fue hermosa, de acuerdo con su vida, nadie lo podía poner en duda: ni siquiera el hosco doctor Moffet, que durante semanas había merodeado en el piso de abajo e insistido ante todo el que quería escucharlo que si le daban permiso para sangrar a mistress Kiddemaster y a darle medicinas para la neuralgia ovárica «la tendría en pie en un abrir y cerrar de ojos».

El anciano juez lloró apasionadamente por ella, ocultando el rostro en las manos. Durante un tiempo la familia creyó que no habría forma de consolarlo, pues no paraba de gemir:

—Amada mía, ángel mío, mi querida niña… —Y ni siquiera su hija Prudence podía calmarlo—. Mi Sarah, mi perfecta, nunca volveremos a ver a otra igual que tú en Bloodsmoor… —Hasta que el pobre caballero se derrumbó y tuvo que ser llevado a su dormitorio y atendido por el doctor Moffet.

Tras una breve consulta se decidió que podría ser beneficioso realizar la autopsia, en interés de la ciencia médica, porque, al fin y al cabo, mistress Kiddemaster no había muerto de ninguna enfermedad evidente; sus numerosas dolencias eran de naturaleza menor, molestas y debilitantes, pero no fatales. Así pues, se llevó a cabo la terrible pero

necesaria operación, con los asombrosos resultados que me cuesta poner por escrito: se descubrió que mistress Kiddemaster poseía muy pocos órganos internos, y que los que tenía eran de una naturaleza muy reducida o atrofiada. El torso, el estómago, las regiones abdominal y genital estaban en gran parte vacías, y en esas cavidades, entre charcos de sangre aguada de un color rosa pálido, había unos cuatro o cinco órganos de un tamaño y calidad tales que incluso el director de pompas fúnebres, con sus ojos expertos, experimentó cierta dificultad para identificarlos. Un corazón diminuto, un hígado diminuto, de un tono desconcertantemente blanco grisáceo, riñones del tamaño de un guijarro, un estómago de unos ocho centímetros de diámetro, nada de intestinos, una bolsa delgada como el papel que podía ser el útero, o un canal genitourinario de alguna clase, cuya función era demasiado ordinaria para explorarla. Habiendo sido durante toda su vida poseedora envidiable de un esqueleto de la más refinada delicadeza, resultó que mistress Kiddemaster después de muerta solo pesaba veinte kilos. El director de pompas fúnebres consideró que su figura era de lo más extraordinaria, un tributo tanto a las prácticas ascéticas cristianas de la dama como a la constitución física que Dios le había dado.

Después de recibir el antimacasar de ganchillo de la abuela Kiddemaster, la pobre Octavia sucumbió a ataques de llanto, pues amaba mucho a su abuela y nunca se había sentido merecedora del especial afecto de la dama.

—Samantha, ¿qué voy a hacer?, ¿cómo soportaré tanta pena? —lloraba Octavia—. Quizá soy culpable de haber dejado que la abuela se engañara a sí misma con respecto a la naturaleza de mis perspectivas matrimoniales.

Samantha la consolaba lo mejor que podía, y juntas examinaron la labor de ganchillo. Era una obra maravillosamente delicada, que no dejaba entrever las fuerzas menguantes de la dama, salvo por su excepcional longitud. Porque, cuando míster Zinn midió con su cinta métrica el antimacasar, vieron que medía mil doscientos metros, lo que presentaba problemas de tipo práctico.

—Me temo que no merezco el amor de la abuela, o su bendición final —dijo Octavia, secándose las lágrimas de los ojos.

La pobre Samantha, mirando fijamente la labor de ganchillo y acariciando con los dedos su delicada textura, suspiró y dijo:

—Lo mereces más que yo.

28

El meteórico ascenso a la fama de «Malvinia Morloch» en los escenarios de Nueva York, como una de las principales atracciones del popular grupo del Fanshawe Theatre, nunca fue comentado por sus parientes de Bloodsmoor, pues mistress Zinn, prudente, prohibió mencionar en la Casa Octogonal el nombre de la hija renegada, ya que el simple hecho de pronunciar «Malvinia» perturbaría a míster Zinn e interferiría gravemente en su trabajo; y el anciano juez Kiddemaster, amargado, cansado y dado al sarcasmo, consideró más útil en sus años crepusculares mantener los ojos cerrados a las locuras de su época —los «fieles» republicanos que querían que Grant volviera a la presidencia, la maquinaria demócrata con sus jactanciosos maleantes, las idioteces de los bárbaros como William Henry Vanderbilt, «el hombre más rico del mundo»—, dictar sus memorias a un amanuense y concentrar su amor de abuelo (el poco que le quedaba) en Octavia y Samantha, las hermanas virtuosas. Con una sonrisa comedida y una voz ligeramente teñida de caballerosa ironía reconocía que «aguardaba con tenues esperanzas» la próxima generación, y que estaba preparado para disfrutar de sus bisnietos cuando llegaran.

Las fotografías de Malvinia y de Constance Philippa se guardaron envueltas con esmero en papel de plata, junto con la mayor parte de su ropa y efectos personales, pues era mejor así, que su traición se sintiera como una muerte y se observara un período adecuado de luto. Mistress Zinn, dirigiendo un buen día a los criados en una limpieza general de la casa, se deshizo de los maniquíes que habían pertenecido a Malvinia y a Deirdre, pues el que correspondía a Constance Philippa ya había desaparecido. Algunas prendas de ropa de Malvinia —pañuelos, fajines, velos, guantes, cuellos de encaje— se los dieron a Octavia, con tal de que no alteraran a míster Zinn si por casualidad los veía. Samantha los había rechazado, con un gesto desdeñoso de los

labios. En cuanto a algunos bonitos objetos, como uno o dos abanicos, un gorro de mañana de encaje, una sombrilla de seda de color carmesí y un estuche de tafilete turco con los broches de oro que —¡ay, tanto tiempo atrás!— el apuesto Cheyney Du Pont de Nemours había regalado a escondidas a Malvinia, Octavia los conservó, menos por su valor que como recuerdo de la despiadada Malvinia. Se ató las cintas del gorro de mañana bajo la barbilla y se examinó en el espejo, preguntándose: ¿Malvinia se reiría con crueldad si la viera así?

Al fondo de uno de los cajones del guardarropa de Malvinia, escondido bajo una hoja de papel de plata, había una pequeña tarjeta de San Valentín amarillenta por el tiempo —en tonos rosa, rojo y crema, adornada con tiras de encaje (también muy amarillento)—, no una tarjeta hecha en casa, pero encantadora no obstante: la firma «M. K.» resultaba un enigma para Octavia. ¿M. K.? ¿Quién era M. K.? ¿Un joven?, ¿una chica?, ¿un pariente mayor? La tarjeta de San Valentín le pareció a Octavia muy antigua; Malvinia debía de haberla recibido muchos años atrás, y o bien la guardó como un tesoro o simplemente la había olvidado.

Octavia también se la guardó, en secreto, escondiéndola bajo el papel de uno de sus cajones del guardarropa.

A veces, sola en el salón, cuando estaba segura de que nadie la oía, tocaba torpemente al piano las melodías que Malvinia había interpretado con tanta habilidad, y cantaba por lo bajo las canciones favoritas de Malvinia: «Cuando las golondrinas vuelan a casa», «¿Hay algún corazón que nunca haya amado?», «Rayo de sol estival», «Es mejor reír que suspirar», de la muy admirada producción de *Lucrecia Borgia* a la que Malvinia y varias de sus primas de Filadelfia habían asistido, en el Stadt Opera House, y a menudo las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Examinaba de nuevo el viejo libro de la Madre Oca, de páginas desvencijadas, aunque sabía que su acción era inútil y con ello corría el peligro de despertar la ira de mistress Zinn si entraba en el salón sin avisar.

—Es un pecado confesarlo, como si desafiara los deseos de madre —confió Octavia a Samantha—, pero echo mucho de menos a Malvinia, mucho… y creo que, si apareciera por esa puerta en este instante, se lo perdonaría todo, y la abrazaría y la besaría hasta dejarla sin aliento.

Samantha, que nunca había sido parlanchína, se había vuelto aún más reticente, y a menudo no respondía al parloteo nervioso de Octavia como si, tal vez, no la estuviera escuchando en serio. Guardaba sus pensamientos para sí, protegidos; incluso su pequeño rostro pecoso, que aparentemente era tan franco, raras veces

demostraba emoción alguna salvo la de una inocente y amigable atención. Que no era la hermana infantil que parecía, a los ojos de Octavia, lo demostraba la resistencia, y finalmente la vehemencia, que expresó cuando Octavia y mistress Zinn intentaron forzarla a trasladarse al dormitorio de Octavia, pues Octavia se sentía extremadamente sola y le costaba dormirse por la noche, sin compañía alguna. Pero ella se mantuvo firme: se resistió, se negó. Al final, mistress Zinn cedió, aunque enojada, pues Samantha insistió en que por las noches tenía necesidad de silencio, con el fin de trabajar en los problemas matemáticos que míster Zinn le asignaba. Y Octavia, aunque herida, admitió que la comprendía, pues ella era una inveterada charlatana.

—¿Está mal que eche tanto de menos a Malvinia, viendo que ella nos ha abandonado? —preguntó Octavia a Samantha en un susurro.

Sin apenas molestarse en levantar la vista de una hoja de papel en la que había garabateado cifras y formas de lo más desconcertantes, Samantha respondió con aire distraído:

—No es que esté mal, sino que es inútil.

Que «Malvinia Morloch» se convirtiera en una actriz de teatro de tanto éxito en Nueva York, al cabo de pocos meses de su debut, y que sus brillantes talentos siguieran recibiendo alabanzas de los críticos más hastiados no sorprendió realmente a Octavia, quien recordaba con afecto lo mucho que a su hermana le gustaba cantar, bailar, «disfrazarse», actuar y hacer imitaciones. En ocasiones el deseo de la niña de actuar había sido un poco frenético, por escaso que fuera el público (a menudo solo Octavia y Pip; Pip adoraba a Malvinia), y había demostrado un inquietante deseo de recibir alabanzas y aplausos; pero la mayor parte del tiempo Malvinia se había mostrado maravillosamente encantadora, imaginativa y divertida, y había merecido la atención que le prestaban. Era imposible tener celos de ella, le parecía a Octavia guapa y animosa como era. Octavia solo tenía que mirar disimuladamente el semblante de su padre durante una de las actuaciones de Malvinia en el salón, para ver el orgullo paterno reflejado en él, y saber que ella jamás inspiraría semejante orgullo; sin embargo, su dulzura y generosidad eran tantas, que solo sentía una pequeñísima punzada de envidia, que luego olvidaba en una explosión de aplausos, cuando aplaudía junto con los demás. (Es cierto que habría podido desear los numerosos pretendientes de Malvinia para sí, y sobre todo a míster Du Pont de Nemours, pero solo desde que Malvinia había dicho con descuido, en muchas ocasiones,

que no le importaba ninguno de ellos, y que sin duda no amaba a ninguno, significara lo que significase aquella irritante palabra, «amor». Y ni siquiera entonces estaba celosa Octavia.)

En los viejos tiempos, cuando el pobre míster Zinn se hallaba lejos en la guerra y su familia lo echaba terriblemente de menos, las niñas y su madre a menudo se distraían en el salón cantando, jugando y haciendo pantomimas, e incluso a esa tierna edad (no podía tener más de cuatro años) Malvinia había exhibido un considerable talento… y considerable energía. Era impetuosa, era atrevida, era tonta, divertida y temeraria; y sus ojos centelleantes, su bonito rostro sonrojado y su cabello lacio y negro como el azabache (con sus delicadas entradas) solían ser suficientes para desviar la exasperación de mistress Zinn. Pero ¡qué inventiva!, ¡qué imaginación! En una ocasión memorable, la descarada señorita entró corriendo en el salón con el mejor sombrero de domingo de mistress Zinn en la cabeza, todo plumas y tul, y un largo paño de adorno de encaje sobre sus hombros a modo de chal, y con voz aguda y estridente cantó con fervor su canción preferida de la Madre Oca, «Niñas y niños, salid a jugar», con tanta insistencia que su madre, riendo, al final cedió y la acompañó al piano:

Niñas y niños, salid a jugar,
la luna brilla como si fuera de día;
dejad la cena y olvidad el sueño
y reuníos en la calle con los amigos.
Gritad de alegría,
gritad de entusiasmo,
venid bien dispuestos…
o no vengáis.

En otra ocasión, Malvinia creó una especie de pantomima con Pip (al que vistió con el trajecito de marinero que Octavia le había confeccionado), y tuvo tanto éxito que se la hicieron repetir en casa de sus abuelos, ante un grupo de parientes que la contemplaron con admiración; y qué orgullosa estaba mistress Zinn, aunque intentaba no demostrarlo. En otra ocasión, de naturaleza más escandalosa, dos o tres años más tarde (pues míster Zinn ya había regresado de la guerra y poco a poco iba volviendo a ser el que era antes), la descarada pequeña Malvinia había robado de un armario de la mansión Kiddemaster un viejo corsé de los años 1780 que había pertenecido a la madre del juez Kiddemaster, y había retozado con la prenda puesta, poniendo los ojos en blanco y sacando la lengüecita rosada y, en resumen, haciendo el tonto, hasta que su madre puso fin a la

actuación de forma brusca y mandó a la niña a la cama. (El antiguo corsé de bucarán, aunque muy ridiculizado en los tiempos modernos, sin duda poseía sus cualidades ventajosas y, en mi opinión, era más resistente, más de fiar y en general más efectivo que los corsés «aerodinámicos» que llevaban las damas de las décadas de 1870 y 1880. Su construcción era sencilla: entre una cubierta exterior de firme tela de estambre y un forro de fuerte hilo blanco, atadas en los bordes con piel de cabritilla blanca, había un número de rígidos huesos de ballena —una vez conté un centenar, antes de abandonar la tarea— colocados muy juntos uno al lado del otro. Siete segmentos dividían el corsé de arriba abajo y le daban su forma única, por la que eran valorados por nuestros antepasados. El corsé de bucarán, tieso, grueso y agradablemente sustancial, aunque un poco pesado, se ataba detrás con una tira de cuero, que se pasaba por unos ojales, mientras una ancha ballena de madera mantenía el largo frontal lo más recto e imponente posible. Solo hay que consultar las pinturas de Copley y las pocas obras de nuestro «Hogarth americano», el brillante John Lewis Krimmel, para observar el asombroso efecto que producía, en particular en el canesú.) Saltando dentro de esta tiesa prenda, la audaz pequeña Malvinia había intentado cantar «¿Qué hay para cenar, mistress Bond?», pero solo consiguió cantar una estrofa:

Mistress Bond fue presurosa a la charca de los patos
cargada de cebollas, romero, albahaca y ajos.
«¡Venid aquí, tunantes —gritó—, que os mataré!
Pues, una vez rellenos, a mis clientes alimentaré.»

Y en este punto su airada madre la hizo marchar.

—¡Habrase visto qué jovencita tan traviesa! —exclamó mistress Zinn—. Casi se diría que no eres de nuestra sangre, sino que te cambiaron por otra.

¡Qué deliciosas e inolvidables eran las viejas canciones infantiles! En aquella época pasada, sus alegres melodías y versos sencillos hacían desaparecer los pensamientos tristes de muchas noches. Si aguzo el oído las oigo de nuevo; si cierro los ojos veo otra vez a las niñas en el antiguo salón, agolpadas alrededor del piano mientras mistress Zinn tocaba. Constance Philippa cuando era una jovencita, y Malvinia, y Octavia, y la pequeña Samantha… y la propia Deirdre, quien a pesar de toda su tristeza era capaz de esbozar una desconcertada sonrisa de vez en cuando y alguna melodía hacía que su delgado cuerpo temblara

de alegría.

La canción preferida de Octavia era «El moral», pues le gustaba el ritmo sincopado y el modo en que todos daban vueltas una y otra vez; ¡qué encantadora era! En secreto imaginaba que algún día se parecería a la tímida y coqueta señorita que ilustraba la parte superior de la página, de pie con las manos en la cintura y los ojos bajos, mientras dos fornidos muchachos bailaban a su alrededor.

La canción favorita de Samantha no tenía ni un ápice de sentimiento, pero era tan rápida que no duraba más que tres exhalaciones (lo había contado): «Tom, el hijo del flautista». Compacta como una máquina pequeña y de funcionamiento perfecto, sin ningún impedimento; sin embargo, qué mundo tan extraño debía de ser aquel en el que un cerdo —¿vivo?, ¿o muerto y asado?; en la ilustración parecía vivo— era robado en la calle y comido enseguida, como si el pequeño Tom estuviera extremadamente hambriento. Pero Samantha no pensaba mucho en el misterio de la canción; se limitaba a sentarse en el taburete ante el piano, con sus cortas piernas colgándole, y machacar la melodía, que se había aprendido de memoria y podía interpretar con impecable habilidad mecánica.

A Malvinia le gustaba «Dulce lavanda», por la inocente promesa de sus palabras («Algunos cortan heno, *ole, ole*. Algunos cortan maíz; mientras tú y yo, *ole, ole*, conservamos el calor») y por su atractiva ilustración, en la que un apuesto joven, con la gorra en la mano, se inclinaba ante una bella señorita. Y «Pequeña Bo-Peep», que, a pesar de su sosa letra, tenía una ilustración muy atractiva que resecaba la boca de Malvinia cuando la examinaba en secreto: una espléndida Bo-Peep con larga cabellera roja rizada y expresión afligida, y una elegante túnica blanca al estilo griego, toda pliegues y ondulaciones, que sacaba el máximo partido de su adorable figura, como si debajo estuviera desnuda, como nadie podía estar —Malvinia lo sabía— en la vida real.

Constance Philippa admiraba al cuervo de esa alegre canción, en particular tal como estaba ilustrado en la parte inferior de la página, con botas altas y sombrero de pirata, un sable de aspecto amenazador bajo su ala. Mejor aún era «El barco de las hadas», en el que Constance Philippa soñaba con navegar algún día (aunque los marineros eran ratones y el capitán un pato); la mejor de todas era «Un zorro salió», que Constance Philippa encontraba deliciosamente traviesa, aunque a sus hermanas les desagradaba profundamente.

«Al fin a su madriguera llegó / y a sus diez zorritos llamó: “Mirad lo que traigo / con las patas colgando”.»

Malvinia se tapaba las orejas con las manos y gritaba:

—No es bonito, es una canción mala. ¡Tú eres mala, que siempre quieres cantarla!

Y Constance Philippa gritaba a su vez:

—¡Está en el libro con las otras canciones, y la cantaré siempre que quiera! —y hacía pucheritos con el labio inferior.

Los Zinn eran pobres, pero sus parientes acomodados siempre se apiadaban de ellos, y, como las hermanas eran tan encantadoras y agradecidas, con los años recibieron muchos regalos. En la época en que Deirdre fue a vivir con ellos, habían adquirido los elementos de una pequeña orquesta: pequeños violines, un minúsculo acordeón, una armónica, tambores y címbalos e incluso una flauta (de diseño muy sencillo), y, por supuesto, tenían el piano de espineta, que formaba parte de la dote de mistress Zinn y era un buen piano, con teclas de marfil y robustas patas octogonales de sólida caoba. Samantha había ideado un ingenioso método mediante el cual una sola persona podía tocar simultáneamente media docena de instrumentos, con el empleo de cuerdas, palos y alambres atados a los pies.

—¿No es ingenioso? —exclamó la familia, aunque dio un respingo al oír el terrible ruido que siguió—. Sigue los pasos de su padre, ¿verdad? ¡Qué hábil es!

Cuando Deirdre fue adoptada por el matrimonio Zinn tenía trece años, y era el año 1873. Míster Zinn se había dejado convencer por su esposa para someterse a la molestia de solicitar una patente, con el fin de asegurarse los derechos de ciertos métodos que había descubierto para impermeabilizar superficies (los cuales, pese a ser un tanto burdos a la luz de los métodos actuales y a haberse visto pronto superados por otras mejoras, resultaron muy valiosos), y después de dejarse convencer asimismo por sus enérgicos parientes Kiddemaster para dejarles «hablar» de su invento a los fabricantes de botas e impermeables que se hallaban entre sus conocidos, los Zinn disfrutaron de una deliciosa, aunque temporal, riqueza, y la niña podía parecer un signo de esa riqueza, o una de sus manifestaciones literales. Si bien despertaba su afecto lleno de piedad con su mirada triste y las lágrimas que siempre parecían asomar a sus ojos, les sorprendió no obstante su espontáneo talento para el piano, el cual iba a alterar por completo la naturaleza de las veladas musicales y a avergonzar a las otras niñas, en particular a Malvinia, que se las daba de musical.

Ocurrió por casualidad una noche, cinco o seis meses después de la llegada de Deirdre, cuando todos se encontraban reunidos en el salón, incluido míster Zinn —que había tenido un día agitado en el taller, revisando diagramas para su «horno de sol», el cual, a su juicio,

revolucionaría por completo la calefacción de Estados Unidos si conseguía llevarlo a la práctica— y el pequeño Pip, soñoliento después de cenar, que yacía en el regazo de su amo. Mistress Zinn se acercó al piano e interpretó algunas canciones a petición de las niñas. «¡Leñador, no tales ese árbol!» era una de las favoritas, y «Jeannie, la del cabello castaño claro», que Malvinia cantaba con voz soñolienta; y después tocó Malvinia, durante una media hora; y después Octavia, acomodándose con sus ondulantes faldas en el taburete, con muchas disculpas; y después Samantha aporreó con fiereza una o dos piezas conocidas. Animaron entonces a la pequeña Deirdre a que se acercara y se sentara con mistress Zinn al piano, simplemente por el placer de hacerlo, para explorar los sonidos y para sentir la exquisita suavidad de las teclas de marfil. La niña accedió de mala gana, pues era tímida por naturaleza y, al mismo tiempo, no captaba la sinceridad del afecto que su nueva familia sentía por ella.

—La mano se pone así —instruyó mistress Zinn, cogiendo la manita de Deirdre y animándola a apretar las teclas, lo cual la niña hizo, aunque con mucha suavidad. Malvinia, que se hallaba cerca, no pudo resistirse a efectuar una demostración y recorrió las teclas de los agudos de arriba abajo produciendo un sonido disonante.

Mistress Zinn apartó a Malvinia y siguió dándole a Deirdre instrucciones básicas como las que se darían a un niño muy pequeño, y poco a poco Deirdre fue cogiendo confianza y apretando las teclas con más firmeza, produciendo un sonido de cristalina claridad e inesperada belleza, como si, para su propio asombro, de sus dedos brotara una fuerza extraña. Tocó con la mano derecha y después con la izquierda, y después con las dos, débilmente, con vacilación, y luego con súbita fuerza, que de inmediato menguó, y volvió de nuevo, para perplejidad de todos los presentes en el salón, incluido el pequeño Pip.

—¡Pero si sabe tocar!, ¡sabía hacerlo! —exclamó Malvinia con aire de reproche.

—No sabe tocar —dijo con gravedad mistress Zinn—, simplemente, le surge espontáneamente.

Y eso parecía, pues la frágil niñita, enormes en el rostro sus ojos grises, formaba acordes y efectuaba brillantes escalas rápidas, e «interpretó» melodías durante uno o dos minutos, antes de perder el hilo e interrumpirse. Samantha reconoció un eco —un extraño eco— de «Jeannie, la del cabello castaño claro» y Octavia creyó oír, en la cascada de notas desconocidas, la sencilla melodía de «Hey Diddle Diddle». Míster Zinn declaró, con cierto nerviosismo, que percibía sentido musical en todas las piezas, aunque él era un aficionado y

estaba seguro de que tenía mal oído; y Constance Philippa expresó su conformidad con gran énfasis, pero añadió que no creía que Deirdre no hubiera recibido nunca clases de música, o que los Bonner no le hubieran enseñado, al menos de manera casual. Esta afirmación, realizada sin tacto alguno, hizo que la niñita dejara de tocar al instante y se quedara sentada con las manos quietas sobre el teclado y la mirada fija al frente, como si no viera nada.

Ya fuera por la duda expresada respecto a su inocencia musical, ya fuera por la simple mención del nombre «Bonner», la nueva hermana de las niñas se quedó callada y no respondía a nadie; y tras unos momentos de tensión, al observar mistress Zinn lo agitada que se encontraba, se la llevaron al cuarto de los niños para que se acostara, y allí la llenaron de besos y abrazos y le prometieron que si quería recibiría clases de piano.

La niña se aferró al cuello de mistress Zinn y le susurró al oído, con voz quejumbrosa, que nunca había recibido clases, que no mentía. Y mistress Zinn la consoló y se quedó con ella hasta que se durmió. ¡Pobrecita niña!, era la viva imagen de una huerfanita.

Deirdre se mantuvo alejada del piano algunos días, y después volvió, y le salieron los mismos sonidos, aunque una agradable interpretación de «¡Ah!, que viva siempre la rosa roja» fue interrumpida por una repentina explosión de acordes y una escala rápida arriba y abajo del teclado, con ambas manos, que perforó los oídos de todos los presentes y asustó bastante a la propia niña. Prueba de la sensibilidad de las hermanas hacia los sentimientos de Deirdre es que reprimieron los comentarios y las risas burlonas que de forma espontánea habrían hecho si una de ellas hubiera sido responsable de semejante ruido, aunque Malvinia no pudo resistirse a dejar escapar una risita y preguntar en un murmullo si «padre distinguiría algún sentido musical en eso».

A veces tocaba débilmente, como cualquier niña de diez años, sencillas melodías infantiles; en otras ocasiones, con una brillantez de lo más desconcertante, interpretaba fragmentos de piezas que, para el oído moderadamente educado de mistress Zinn, pertenecían al repertorio clásico y en verdad podrían haber estado compuestas por Mozart o Bach. En semejantes ocasiones la pálida piel de la niña parecía relucir y sus ojos se volvían más grandes aún, y más intensos; y Octavia, sentada con ella en el taburete del piano, afirmaba que se ponía fría, que emanaba de ella algo sutil como el aliento pero decididamente frío, y la temperatura de su cuerpo descendía de modo alarmante, quedando amoratadas sus pequeñas uñas. Interpretaba estos fragmentos de música «seria» durante uno o dos minutos, pero

entonces alguna otra música interfería, en general alguna melodía estadounidense sencilla (hubo un período de algunas semanas en que «Ojalá estuviera en Dixieland» aparecía con demasiada frecuencia, dados los sentimientos de míster Zinn hacia la guerra; y «¡Caminemos! ¡Caminemos! o La esperanza del prisionero», que con sus palpitantes acordes despertó recuerdos que míster Zinn había esperado enterrar); pero a veces las enloquecidas escalas y acordes discordantes se imponían diabólicamente, para disgusto de toda la casa, incluidos los criados, y la pobre niña era incapaz de parar el agitado movimiento de sus manos, hasta que una de sus hermanas las detenía. Ella protestaba diciendo que no era culpa suya, las teclas bajaban, simplemente, y sus dedos tenían que seguir.

—Esa que toca no es una niña pequeña —observó una vez la doncella Vanda en la cocina, en presencia de Octavia—; es un hombre adulto, un espíritu.

Era verdad que a menudo parecía, no que Deirdre poseyera el don en sí misma, sino que el don la poseía a ella y recorría sus brazos y dedos en los momentos más imprevisibles. Esto la dejaba exhausta, la alarmaba y, con menos frecuencia, le provocaba fuertes ataques de risa, pero no era ella, y no lo controlaba. Aunque mistress Zinn prohibió toda clase de conversación supersticiosa, por inadecuada en un hogar de mediados del siglo XIX, en el que se honraban los principios de la razón y de la evolución científica, las niñas susurraban entre sí que era muy probable que las interpretaciones de Deirdre al piano vinieran de otro mundo. («Pero ¿dónde está ese otro mundo? —preguntaba Samantha con escepticismo—, ¿y por qué Deirdre no puede hablar de él? ¡A veces no tiene más sentido de sí misma que Pip!»)

Pronto fue evidente que estos inquietantes arrebatos de «música» eran nocivos para el equilibrio de las niñas y para la armonía natural de la Casa Octogonal, y no la animaban a practicar mucho ante el piano, o solo la dejaban acercarse si mistress Zinn se encontraba cerca; pero la curiosidad natural por el fenómeno era tanta, y los fragmentos intermitentes de música de verdad tan verdaderamente encantadores, que con frecuencia una u otra de sus hermanas la empujaba a tocar, «¡solo un minuto, mientras madre está fuera!» Y, percibiendo que era una manera de complacerlas, Deirdre raras veces se negaba.

(Al parecer, deseaba caer bien —incluso ser amada— por sus hermanas, aunque a menudo cuando se acercaban a ella con cariño las rechazaba, por ignorancia o por vergüenza o por un irracional terror a caerles bien y verse obligada a que ellas le cayeran bien asimismo. ¡Infeliz niña! Una de cal y otra de arena; un día se colgaba de

Malvinia como una marioneta, al día siguiente se apartaba decidida cuando Malvinia se dirigía a ella; un día lloraba y era consolada en brazos de Octavia, porque «algo malo» había intentado cogerla por la noche, «un gran pájaro negro», como el pájaro de una de las canciones de la Madre Oca, y tenía los brazos y piernas inmovilizados en algo como barro, y aunque gritaba y gritaba nadie acudía en su ayuda, y otro día se deshacía de la pobre Octavia cuando intentaba consolarla después de que una avispa le hubiera picado en el brazo. Claro que era más joven que sus hermanas, a una edad en que cada año era crucial: diez años, frente a los dieciséis de Constance Philippa, los quince de Octavia, los catorce de Malvinia y los once de Samantha. Aunque compartía el dormitorio de Samantha, y aunque Samantha se esforzaba todo lo posible por hacerse amiga suya, ocurría que su pesadumbre, sus grandes ojos oscuros brillantes por las lágrimas y su costumbre de quedarse callada durante horas no le hacían granjearse las simpatías de la hermana más próxima a ella en edad, y la que más admiraba —la bonita y caprichosa Malvinia— no obtendría nada de ella.)

La asombrosa habilidad de Deirdre al piano tal vez habría disminuido por sí sola, como los inquietantes fenómenos sobrenaturales de uno o dos años después, de no haber llamado la tía abuela Edwina a los Zinn a la mansión Kiddemaster, con el fin de oír tocar a su sobrina, pues las historias de lo bien que tocaba Deirdre habían cruzado el parque y llegado a la gran mansión, a pesar de que los Zinn mayores creían que estas informaciones debían callarse. (Porque, con gran prudencia, el matrimonio Zinn comprendía que todo lo que servía para distinguir a la pequeña Deirdre a los ojos de sus nuevos parientes también le impediría integrarse de forma natural a la familia.) Pero la tía abuela Edwina, que hasta entonces había dado muestras de muy poco interés por la niña, y que en realidad había sorprendido a los Zinn mayores y al juez y a mistress Kiddemaster con su poca amabilidad en el tema de la adopción, de repente había cambiado. Y así pues Deirdre y los Zinn fueron llevados a la mansión, e hicieron tocar a Deirdre «lo que deseara» en el piano de la sala de música del primer piso, mientras, por alguna razón que solo ella conocía, la tía abuela Edwina insistía en escuchar desde una habitación contigua, a través de una puerta entreabierta. Dijo que no quería molestar a la niña con su presencia, y también que deseaba estar sola.

Dadas las circunstancias, Deirdre se sentía incómoda, y a su incomodidad se sumaba el hecho de que el piano de los Kiddemaster, de reluciente madera satinada de las Indias, le resultaba extraño, y sus

teclas, dijo en un murmullo a mistress Zinn, eran «afiladas» para sus dedos. No obstante, la valerosa niña se sentó en el taburete e interpretó unos débiles acordes y empezó «Looby-Loo», una de las canciones infantiles más tontas, sin experimentar ninguna dificultad importante, aunque tocaba sin distinción y, en realidad, con menos habilidad que cualquiera de sus hermanas. Esto siguió durante unos minutos, que se hicieron bastante largos. Los Zinn no paraban de mirar hacia la puerta, esperando ver aparecer a Edwina, aunque solo fuera para liberar a Deirdre de su obligación, pero la regia figura de la dama no apareció, ni sonó su altanera voz.

Las insípidas notas de «Looby-Loo» dieron paso a una poco inspirada interpretación de «Ojalá estuviera en Dixieland» y después a un intento casi inaudible de «Tom, el hijo del flautista», interpretada muy poco al gusto de Samantha y sin su rapidísima habilidad técnica. Sin embargo, cuando la familia preveía el final del embarazoso recital, Deirdre se irguió ante el teclado y empezó a tocar como una maníaca: sus manitas volaban sobre el teclado, arriba y abajo, interpretando arabescos de notas, traviesas y tintineantes como riachuelos entre montañas, o como cascadas de hielo destrozadas; guturales y pesadas; y burlonas; y de nuevo enérgicas, e incluso hermosas. Mistress Zinn se puso en pie, con intención de agarrar las manos de Deirdre y poner fin a aquel ruido, pero por alguna razón le resultó extremadamente difícil moverse: cruzar un espacio que no medía más de diez metros le llevó (según calculó Samantha) unos cuarenta y cinco segundos, y, como explicó más tarde, le pareció que iba andando por un elemento denso y frío, parecido a fango. Cuando llegó junto a Deirdre, la música había variado mucho y era música de verdad, en realidad, una melodía extraordinariamente agradable que más tarde identificó como «*Adieu!* Es el último saludo del amor», de Schubert, que no quiso interrumpir; así que lo escuchó hasta el final, palpitándole el corazón por la exquisita emoción de la pieza y con los ojos anegados en lágrimas.

Cuando se apagaron las últimas notas, Deirdre permaneció sentada ante el teclado con las manos paralizadas, su mirada soñolienta fija en un punto de la pared, como si se hallara en trance, pero un trance agradable. Los Zinn prorrumpieron en aplausos, pues la música había sido maravillosa, e incluso Malvinia se apresuró a alabarla; pero la tía abuela Edwina no apareció en el umbral de la puerta, como todos esperaban, sino que la puerta —¡qué grosería increíble!— se cerró desde dentro.

Por fortuna, Deirdre se hallaba en un estado de sonambulismo que le impidió darse cuenta de ello, y como los Zinn procuraron no llamar la atención hacia la grosería de la tía abuela, es probable que la niña

no se enterara nunca.

Muchos años más tarde, después de que Deirdre fue raptada en el globo, sus hermanas afirmaban oír, muy a lo lejos, las delicadas notas de aquella pieza de Schubert, en particular cuando cruzaban cierta parte del pequeño vestíbulo de la Casa Octogonal, al dirigirse hacia la escalera. Míster Zinn no negaba que en aquel punto se oía algún sonido, pero dudaba que pudiera considerarse música, y mucho menos que pudiera ser identificado con precisión como «*Adieu!* Es el último saludo del amor». (Uno de los defectos de su casa experimental —como admitía míster Zinn— era que por las habitaciones del piso de abajo soplaban extraños vientos que gemían, ya estuvieran las ventanas abiertas o cerradas, y que se producían emanaciones frías, incluso en los días más cálidos. Murmullos y zumbidos y leves gemidos, y fantasmal música de piano; todo explicable científicamente, por supuesto, si uno tuviera la información necesaria.)

Pocas semanas después de la partida de Deirdre, las hermanas estaban a punto de entrar en el comedor cuando sonó el piano… a una gran distancia.

—Es esa infernal composición de Schubert —dijo Constance Philippa, palideciendo—. ¿Nunca nos libraremos de ella?

—Se burla de nosotras, nos acosa —murmuró Malvinia.

—No es Deirdre —dijo Samantha, sorprendida—. Solo es el viento. No es más que el viento.

Las hermanas se quedaron quietas un rato. Octavia tenía la cabeza baja y los ojos cerrados, y, cuando el piano dejó de oírse y regresaron los ruidos corrientes de la casa —el fuerte tictac del reloj del abuelo, el ruido de los criados charlando—, dijo, en tono de pesar semidivertido:

—Pero qué agradable es pensar, ¡imaginar!, que nuestra hermana piensa en nosotras, que siente suficiente emoción por nosotras para interpretar de nuevo esa bonita melodía y despertar nuestros recuerdos.

—No es ninguna melodía —dijo Samantha con énfasis—. No es un piano, no es Deirdre. Solo es el viento, como padre ha dicho.

29

Con cierta vacilación, y no poca repugnancia, debo describir ahora cómo se enamoró miss Malvinia Zinn —violenta y ciegamente— durante los primeros diez minutos de la tumultuosa *Bajo la luz de gas*, cuando la viril figura de Orlando Vandenhoffen entró con grandes zancadas en el escenario y sus feroces ojos oscuros recorrieron el público, y su voz resonó con una pasión que ella jamás había experimentado… salvo en sus más secretas y vergonzosas fantasías.

¡Ah, así que este es el gran Vandenhoffen! Tiene que ser para mí —se juró la irreflexiva joven dama—. ¡Tiene que serlo y lo será! De lo contrario no habrá ningún placer para mí en la vida y el camposanto me hace señas…

Así pensaba la atontada Malvinia, mientras miraba con fijeza el bello rostro de Vandenhoffen, en el que una pomposa calma contendía con la ferocidad del momento anterior, y una altiva y torturada dignidad intentaba exhibirse; así, mirando fijamente a Vandenhoffen y siguiéndolo mientras se desplazaba con rapidez por el escenario, era ajena a los otros actores y no apreció el decorado (una reproducción notablemente realista del interior de un hogar refinado), y ni siquiera captó la esencia del discurso de Vandenhoffen.

Estaba sentada al lado de su primo Basil Miller, en el confortable palco de los Miller, y aunque tenía la costumbre, con Basil, de susurrar y ahogar risitas en la mayoría de las producciones teatrales, e incluso durante la ópera, permaneció misteriosamente callada durante todo el primer acto de la obra de Daly, sentada muy erguida, con el abanico cogido con las manos enguantadas, su bella cabeza alta, como por si acaso Orlando Vandenhoffen levantara la mirada hacia ella.

Hombre extraordinario, actor de genio discutible, atrevido, atractivo e impetuoso, capaz de un patetismo viril raras veces visto en la escena estadounidense, y una pasión profunda y violenta,

aristócrata en cada centímetro de su alto y masculino cuerpo, poseedor de una frente noble y pálida y un perfil altivo, y aquellos notables ojos fieros que habían conquistado tantos corazones femeninos; así era el famoso Orlando Vandenhoffen, en el segundo año de su gira por Estados Unidos, reciente su éxito popular en *Bajo la luz de gas* en el Fanshawe de Nueva York, y tomando ahora por asalto al público de Filadelfia. «¡Nunca ha habido otro hombre igual! —se decía la pobre Malvinia, mirándolo con tanta intensidad que los ojos empezaron a dolerle, como si hubiera estado mirando mucho rato una llama—. Cada uno de sus gestos, la vistosidad de su paso, la resonancia de su voz, los oscuros rizos en las sienes y su espeso bigote, y la perfección de su mandíbula, el hipnótico encanto de su presencia misma…»

El corazón le latía tempestuosamente, pero con regularidad, bajo el ceñido corpiño de su vestido de brocado de color marfil, y los angelicales tirabuzones que le caían sobre la frente quedaron un poco húmedos por una fina capa de sudor, debida al exceso de calor que reinaba en el teatro y a la casi insoportable tensión de la obra. Tan encaprichada estaba Malvinia con el protagonista, y tan convencida de que en cualquier momento él podía mirar hacia el bello palco de los Miller, que apenas prestaba atención a los otros actores a medida que se desarrollaba la función, e incluso sentía un poco de celos de la protagonista (cuyo rostro de atractivo convencional y figura anodina le pareció indigna de la admiración de Vandenhoffen); sin embargo captó el sentido general del argumento y se emocionó junto con los otros miembros del público, hombres y mujeres por igual, que se inclinaban hacia adelante en sus asientos y contenían el aliento como niños, cuando, en el acto final, el villano enemigo de Vandenhoffen ataba al inconsciente protagonista a una vía de ferrocarril (que sorprendió a Malvinia por su realismo) mientras, a lo lejos (de nuevo mostrada con gran realismo), una locomotora se acercaba a él. Aunque Malvinia, experta asistente al teatro, sabía sin lugar a dudas que la situación no era sino una ilusión —melodramática y forzada, y sumamente improbable—, y aunque sabía que, como espectadora, estaba siendo crudamente manipulada para que sintiera semejante tensión, no obstante no podía resistirse a las exigencias del momento: dejó escapar una serie de leves gritos y miraba a través de los dedos enguantados, exactamente igual que los más crédulos miembros del público. El héroe era tan apuesto, y tan noble, ¡y tan bueno! ¿Y si, por algún espantoso cambio del destino, no era desatado a tiempo por su acosada protagonista femenina? ¿Y si el autor, como un malévolo Dios burlón, había conspirado para aterrorizar a su público, enviando a

Vandenhoffen a la muerte?

«No podré soportarlo si se muere —pensó Malvinia llena de ansiedad, inclinándose tanto hacia adelante que las ballenas del corsé se le clavaron en la carne—. Dios mío, juro que no podré soportarlo…»

(Casi todo esto se lo confesó a Vandenhoffen cuando tuvieron ocasión de gozar de intimidad por primera vez, riendo y sonrojándose bajo la malévola influencia del champán, en una época en que una mujer de fibra moral más normal se habría sentido aplastada por la vergüenza.)

Pero la heroína corrió en su rescate gritando, y aunque la enorme locomotora se acercaba ruidosamente a ellos, y no pocas damas del público se desvanecieron a causa del terror, Vandenhoffen fue desatado y rescatado a tiempo, y el villano detenido. Y Malvinia, la temblorosa Malvinia, no pudo evitar derramar pueriles lágrimas de gratitud, aunque sabía que no era más que una obra de teatro y un decorado ingenioso, y que Vandenhoffen era un actor: es decir, alguien al que no podían matar.

Después de que los actores salieron cinco veces a saludar y el pesado telón de terciopelo bajó triunfante por última vez, el primo Basil se volvió con indiferencia a Malvinia y le preguntó, con una leve sonrisa:

—¿Te gustaría, querida Malvinia, pasar por casa de mistress Broome esta noche?, pues tengo invitación permanente.

Malvinia aún se estaba secando los ojos y le costó escuchar a su primo, y mucho más responderle con cortesía. Pero logró decir, con voz débil:

—¿Mistress Broome, la viuda de Horatio Broome? Vaya, ¿por qué lo preguntas? Sabes que no me permiten, y creo que no desearía que me permitieran…

Míster Miller esperó a que Malvinia dejara la frase en suspenso, y que el silencio se impusiera con dramatismo, antes de decir, ahora sonriendo ampliamente (pues el pícaro joven no había sido ajeno a la agitación de Malvinia durante toda la obra y creía que conocía la causa):

—Bueno, saco el tema solo porque algunos miembros del reparto de esta noche han sido invitados; ya conoces el salón de mistress Broome, claro, y cómo echará la red la pobre criatura, y he pensado, quizá con un poco de ingenuidad, que tal vez te gustaría que te presentara a míster Vandenhoffen, si se digna aparecer.

Malvinia, que aún temblaba debido a la tensión emocional de la velada, ligeramente sonrosadas ahora sus encantadoras mejillas como

con un virginal rubor y brillantes los ojos por las lágrimas, sorprendida se sintió impulsada a pedir al primo Basil que repitiera lo que había dicho, aunque le había oído perfectamente y el nombre Vandenhoffen le había traspasado el pecho como un cuchillo al rojo vivo.

(Sin que su familia lo supiera, Malvinia se había precipitado a rechazar la mano del joven Cheyney. Actuando de forma irresponsable lo había despreciado, al parecer, porque poseía demasiado de Bloodsmoor para complacerla. En verdad, la veleidosa joven dama se daba tantos aires en la cuestión de Cheyney que, tras una de las frecuentes explosiones en la fábrica de pólvora, lamentable accidente en el que, según se dijo, se vieron implicados más de una docena de obreros de habla francesa, de los que regularmente eran traídos al país a trabajar para la empresa de Du Pont de Nemours, y después de que se difundieron por todo el valle, de casa en casa, desconsiderados rumores referentes al hecho de que en las proximidades de la fábrica había fragmentos de carne humana y trozos de hueso adornando los árboles desprovistos de ramas, nuestra altiva miss Zinn se enfrentó con el desventurado Cheyney con una declaración algo histriónica, afirmando que ella jamás podría consentir semejante explotación de hombres, ya fueran campesinos franceses o no, pues lo consideraba muy poco cristiano y muy grosero. Y sus sofisticados primos de la ciudad, al enterarse, lo aplaudieron calurosamente y no demostraron el más mínimo interés por el perplejo Cheyney.)

Que una suerte, en verdad, que mistress Zinn no supiera nada de esto, sino que siguiera con su ilusión de que a Malvinia le gustaba Cheyney y de que, algún día no muy lejano, accedería a ser su esposa.

En el curso de los años, Malvinia había adquirido cierta notoriedad en el seno de su familia, pues siempre estaba exigiendo favores especiales: hacía pucheritos, lloraba, engatusaba, suplicaba, lloriqueaba e insistía hasta que conseguía lo que quería. En consecuencia, sus padres se vieron obligados a hacer ciertas concesiones: más lecciones de piano (pues le irritaba que Deirdre pudiera tocar con tanta versatilidad); tomar clases de teatro y de declamación, en la Academia para Señoritas de Filadelfia (pues afirmaba que estas clases la ayudarían inmensamente en los bailes y en otras situaciones sociales difíciles); clases de francés (porque algún día, con toda seguridad, visitaría Francia, ¡y qué vergüenza, no ser

capaz de conversar con los nativos!); clases de canto (porque, después de haber quedado fascinada por la magnífica Adelina Patti en *La sonámbula*, de Bellini, estaba convencida de que tenía una voz de soprano que podía educar). Sus padres le concedieron algunas de estas peticiones porque Malvinia era tan persistente que en general era más fácil ceder a sus demandas que resistirse a ellas; pero la petición de clases de teatro especiales, con el profesor Fulano de Tal, en otoño de 1880, se la negaron por razones económicas, provocando así la ira de su hija. (En realidad, Malvinia había discutido con su amado padre por culpa de estas clases, pues su madre se las había negado claramente por ser un gasto inútil. «Te aseguro, padre, que debo asistir a estas clases —exclamó Malvinia, con el rostro muy pálido—, pues todas mis amigas, casi todas mis amigas, asistirán a ellas, y yo me sentiré como una tonta provinciana.» Míster Zinn se tragó su regocijo, o tal vez su irritación, y dijo con amabilidad: «Ah, y yo, mi querida niña, me sentiré como un tonto provinciano si asistes a ellas».)

Pocas semanas después la intrépida muchacha se fugó, y alardeó ante todo el mundo de que estaba enamorada del que la había seducido. Y míster Zinn, con gran sorpresa, preguntó a su esposa cómo había sido que su inocente hija había conocido a un actor, y cómo era que nadie en la familia conocía los peligrosos círculos que había estado frecuentando.

—Es mala —gritó mistress Zinn, tapándose los oídos—, está marcada por la maldad. Es inevitable, y no se nos puede echar la culpa a nosotros.

Su respuesta fue tan imprevista y tan excéntrica que míster Zinn apenas supo qué responder.

—¿Marcada por la maldad? —repitió.

Su esposa se volvió con obstinación y no quiso mirarlo a la cara. Y dijo, con un murmullo bajo complacido:

—Y no se nos puede echar la culpa a nosotros.

30

En los meses que siguieron al funeral de Sarah Kiddemaster —acto al que asistieron tantas personas llorosas que la antigua iglesia de la aldea se llenó hasta los topes—, se produjo un sutil cambio en Bloodsmoor, y se sucedieron días terribles, espantosos, sombríos. Raros fueron los momentos luminosos, pero sí sumamente valorados, y la familia consideraba una bendición el que les ocurriera algo feliz: el éxito de varias conferencias de la tía abuela Edwina en Filadelfia, la aceptación de la solicitud de una patente del laboratorio Zinn (para una mejora secundaria, desarrollada en realidad por Samantha, en la prensa de copiar con teclas para los ciegos, un invento inglés de principios de la década de 1850: se trataba de un artilugio fascinante que había llamado la atención de padre e hija por igual, que habían leído sobre él, y estudiaron sus cianotipos, en los diarios de un inventor estadounidense).

Mas hasta Bloodsmoor llegaban informes de la creciente fama de Malvinia Morloch, que había interpretado a Rosalinda en *Como gustéis*, en Nueva York, con Orlando Vandenhoffen como protagonista masculino; y de la fama —o notoriedad— de la controvertida médium Deirdre de las Sombras, de la que ahora se decía que se había asociado, de maneras no claras, con la temible «condesa» rusa madame Helena Petrovna Blavatsky. Pero no llegaban noticias de Constance Philippa, salvo informaciones cruelmente confusas: habían visto a una mujer solitaria que respondía a su descripción general (de inusuales altura y anchura de hombros), cubierta de velos, en un vagón de segunda que se dirigía a Saint Louis, Missouri; habían visto a una mujer solitaria de similares atributos intercambiando ásperas palabras con el *maître* del comedor del exclusivo hotel Saint Nicklaus en Park Avenue, Nueva York, pues a las mujeres solas no les estaba permitido el acceso a tales establecimientos más tarde de las seis y en

general no se las animaba a comer allí a ninguna hora del día.

—¡Qué absurdo —dijo Octavia a Samantha, encolerizada—, este chisme! Constance Philippa no tiene ningún motivo para viajar a Saint Louis; nadie lo tiene. Y ¿por qué iba ella, nada menos, a intentar comer en el Saint Nicklaus, cuando es precisamente el tipo de lugar que ella aborrecía, pues la formalidad y la elegancia tanto la turbaban?

Samantha dijo con voz suave:

—No puedo especular sobre los motivos de Constance Philippa más de lo que puedo especular sobre su paradero. He de confesar que mientras vivió en esta casa, como hermana mía, apenas la conocí.

Octavia se irguió en toda su altura, que superaba en unos seis o siete centímetros la de Samantha, y se apretó una mano contra el pecho.

—¡Es extraordinario, eso que acabas de decir, Samantha!, pero, por supuesto, solo es una broma.

Puede que fuera como consecuencia directa del funeral de Sarah Kiddemaster (pues allí volvieron a encontrarse, aunque brevemente), o puede que fuera un accidente sin fundamento, pero de pronto míster Lucius Rumford reanudó sus visitas a la Casa Octogonal, con la intención evidente de seguir cortejando a Octavia, cuya sorpresa fue contrarrestada solo por el placer que cabe imaginar le producía. Pues míster Rumford, de la mansión Rumford, era uno de los caballeros más distinguidos de todo Bloodsmoor, aunque viudo de edad indeterminada y ministro luterano retirado, con un rostro largo y estrecho como de caballo y una tos seca crónica.

«¿Puedo tener esperanzas? —escribió la temblorosa Octavia en su diario—. ¿Puedo tener esperanzas… después de tanto tiempo, y de tanta aflicción?»

Se examinó durante largos e intensos minutos ante el espejo, en el secreto de su dormitorio, y se sintió desesperada y animada alternativamente, pues su rostro carecía de belleza de cualquier clase, aunque sus ojos castaños eran cálidos y atractivos; pero su tez… ¿no se había vuelto cetrina en los últimos meses y había perdido su lozanía de juventud? «Me temo que no merezco la admiración de ningún caballero —escribió, con tímida letra apretada—, y sin embargo, he de tener esperanzas.»

Es cierto que Octavia había amado en otro tiempo al pelirrojo hijo del cochero, Sean (que había partido para hacer fortuna… quién sabía dónde), y era cierto también que en otro tiempo había amado al

apuesto pretendiente de Malvinia, Cheyney Du Pont de Nemours (según los rumores, recientemente comprometido con una heredera de Charlottesville, Virginia); pero ahora sus pensamientos se aferraban a míster Rumford, a quien, imaginaba ella, gustaba desde hacía tiempo… pero razones que escapaban a su control le habían impedido seguir cortejándola. (Se decía que la mansión Rumford había pasado apuros económicos durante algún tiempo. Los edificios estaban hipotecados y se había vendido parte de la tierra, y el hijo mayor —un joven de la edad de Octavia o mayor— había acumulado considerables deudas de juego, antes de abandonarlo todo y huir al mar.) Había llegado a oídos de Octavia a través de mistress Zinn, quien la había oído de labios de la tía abuela Edwina, que a su vez la había oído contar a una de las Butterfield de Filadelfia, la vaga historia de que Lucius Rumford había «probado suerte» con la joven viuda Backus, una heredera Butterfield, pero esta le había «dado calabazas», por qué razón Octavia no se había enterado.

—Esta clase de rumores son invención de mentes ociosas —dijo categóricamente mistress Zinn—, y no vas a tomártelos en serio. Que sepamos, hay otro Lucius Rumford, no de Bloodsmoor, un completo extraño, y es inútil preocuparse. En mi juventud —añadió mistress Zinn, fallándole la voz unos instantes, cosa extraña—, en mi juventud, mi querida Octavia, estuve a punto de sucumbir a la desesperación al oír rumores sobre tu padre que, en el fondo, yo sabía que no eran ciertos, y ¡qué lamentable habría sido para todos nosotros si yo no hubiera entrado en razón!

Madre e hija de pronto se emocionaron tanto que se abrazaron, y Octavia, pura de corazón como una niña, lloró sobre el ancho hombro de su madre.

—Vamos, vamos —dijo mistress Zinn consolándola—. Míster Rumford es un hombre honorable, se le nota en los ojos. Y creo que el abuelo Kiddemaster ya ha hablado con él.

Y así era, en efecto. Pero los términos precisos del trato que había hecho el abuelo Kiddemaster, y si era él o míster Rumford quien se llevaba la mejor parte, Octavia jamás lo sabría.

«La austeridad y dignidad de su rostro —anotó Octavia con esmero, al escribir en su diario secreto cuando toda la casa dormía—, la paciencia que demuestra su sonrisa, ese aire de sobriedad de quien teme a Dios, la virilidad madura, una fuerza forjada por el sufrimiento, la sagacidad de sus ojos, que son grises o de un azul muy pálido…» Le alarmaba y le hacía latir con fuerza su pobre corazoncito

necio el hecho de que este honorable caballero la amara, que se hubiera comprometido con ella y deseara que fuera su esposa.

¿Cómo podré hacerme merecedora de ello? —se preguntaba—. Solo a través del consejo de Nuestro Señor Jesucristo. Y la tía abuela Edwina me ha regalado algunos de sus libros, un recurso que no tiene precio.

La conversación con míster Rumford normalmente era bastante tensa, pues no solo los temas eran escasos, y las intervenciones de Octavia inseguras, sino que el caballero se veía perturbado por una tos seca y ronca y la necesidad de sonarse la nariz con frecuencia. Él le preguntaba por su salud y por la salud de sus padres; le preguntaba su opinión particular sobre el tiempo: ¿le parecía demasiado cálido o demasiado frío, demasiado borrascoso, demasiado húmedo, destemplado en demasía? Hablaba muy brevemente de su propia salud y del tiempo que hacía a seis kilómetros de distancia, en la mansión Rumford. Por supuesto, no aludía jamás a su primera esposa (fallecida hacía ahora algunos años), ni hablaba, salvo de forma vaga, de sus hijos, y su única explosión, relacionada con su mala fortuna en una inversión en canalizaciones como consecuencia de la monopolización «delictiva» por parte de John D. Rockefeller, terminó en un feroz ataque de tos y el tema no fue retomado.

La ocasión en que míster Rumford ofreció a su prometida un anillo con una ágata, pequeña pero bonita, engarzada en plata fue solemne y digna, y la timidez nerviosa de la joven dama era tanta que apenas podía hablar y no paraba de mirar hacia la puerta, como si, por alguna razón, imaginara que detrás había figuras escuchando a escondidas, apretándose los nudillos contra la boca para no reír; solo era una de sus invenciones, excéntricas pero inofensivas, de sus últimos días de soltería.

Se imaginaba que se levantaba de la cama para encender una luz y veía el anillo con unas iniciales grabadas que no eran las suyas; porque, por supuesto, era un anillo antiguo, había sido utilizado antes, ¡no podía pedir ser la primera mujer que lo llevara!; así consolaba a su pobre corazón.

Pero la vacilante luz de la lámpara no revelaba nada: no había ninguna inicial. Examinó el estrecho aro y le pasó el dedo suavemente, y estaba segura de que notaba una inscripción; pero, por mucho que lo intentaba, no veía nada. «Una extraña fantasmagoría me atenaza el corazón —escribió en su diario—, ¿acaso son celos?; señal de mi naciente amor por mi futuro esposo.»

Tampoco pudo ver nada a la luz del día. Aunque a la luz del día le parecía que sí podía notar mejor la inscripción con la yema de los dedos.

—Madre —dijo Octavia unos días más tarde, cuando mistress Zinn y ella estaban sentadas amigablemente en el salón, haciendo labor de aguja, y un viento hostil pero romántico aullaba fuera de la Casa Octogonal—, madre, ¿debo enterarme de muchas cosas de la anterior mistress Rumford, o sugieres que no haga preguntas para no perturbar a míster Rumford?

Mistress Zinn tardó tanto en responder que a su hija le pareció que quizá no la había oído. Sus fuertes dedos siguieron realizando con vigor su mecánico trabajo; la aguja relucía; su mirada era inescrutable. Octavia la miraba con amor e inquietud, como la guardiana de ciertos graves secretos: una mujer robusta de edad madura avanzada, los labios fruncidos firmemente enmarcados en carne, el color bastante rubicundo, la mirada fría y desafiante o extrañamente evasiva. En estas veladas familiares en casa, mistress Zinn llevaba un sencillo vestido de popelín y lana, de un tono neutro próximo al gris oscuro, con un pulcro delantal blanco de muselina y un corpiño de encaje; y el cabello castaño, ahora generosamente salpicado de plata, cubierto por un gorro de algodón guarnecido con volantes. Había sido la querida madre de Octavia durante una benévola eternidad, o eso parecía, y Octavia a veces sentía que se apoderaba de ella el pánico a que algún día, pronto, tendría que abandonar aquel cálido rincón de costura y a su madre e irse a residir… ¡quién sabía dónde!

Mistress Zinn al fin respondió, con cierta desgana:

—En mi opinión, esta pregunta indica una malsana introspección… no, una verdadera obsesión, sobre lo que ha de venir, en lugar de un compromiso activo con lo que es. En cuestión de relaciones matrimoniales, mi querida hija —dijo mistress Zinn, mirando con ceño sus rápidos dedos mientras la aguja relucía y centelleaba—, siempre es mejor no pensar; no pensar en el futuro ni en el pasado, y ni siquiera en el presente mismo, si es posible. Porque, como nos indica la sabiduría del Antiguo Testamento: «También esto pasará».

En este punto mistress Zinn levantó la vista hacia Octavia, que la miraba fijamente con expresión llena de esperanzas. Pero no le sostuvo la mirada: solo fue una especie de puntuación.

—«También esto pasará» —murmuró Octavia—. Sí, lo recordaré. Gracias, querida madre.

La prima Rowena Kale y sus dos hijos menores fueron a la mansión

Kiddemaster a pasar quince días, y así Octavia disfrutó de la compañía de una joven que no tenía muchos más años que ella. Dado que el hecho evidente de que la prima Rowena estuviera esperando otro hijo, y el hecho aparente de que tuviera ciertas dificultades con su esposo, eran temas que no se tocaban pues eran asuntos demasiado delicados para ser abordados, Octavia y Rowena charlaban principalmente de detalles de la inminente boda y de las necesidades del ajuar de Octavia. El enorme armario guardarropa de palisandro de la abuela Kiddemaster iba a ser de Octavia —herencia de gran valor, tanto sentimental como práctico— y así las jóvenes mujeres se dispusieron a trabajar haciendo inscripciones para los muchos cajones, sacando el papel de plata del año anterior, con el fin de sustituirlo por otro nuevo, y preparando «bolsitas de olor» con macis en polvo, hojas secas de abrótano, extracto de ámbar gris, mejorana dulce, hisopo, rosas, habas de Tonquin, raíz de lirio florentino, almizcle y algalia, pues el magnífico armario era muy viejo y necesitaba muchísimo perfume.

Cuando, como ocurría de vez en cuando, las dos jóvenes se encontraban solas, a salvo, sin siquiera un criado cerca, a menudo hablaban en voz baja de temas de una naturaleza un poco basta: si, en su «estado actual», Rowena a veces tenía antojo de comidas extrañas y exóticas, de una clase que no se encontraba en Bloodsmoor (pues, tímidamente, Octavia había oído hablar de estos antojos y se preguntaba si pronto podría experimentarlos ella misma); si conocía detalles de la supuesta vileza del esposo de Delphine Martineau, míster Ormond (de quien se rumoreaba, ¡ay!, que jugaba en secreto y que bebía mucho alcohol); si Bloodsmoor sabía de la mujer «solitaria, cubierta de velos, de anchos hombros» que había asistido a todas las sesiones del juicio de aquel infame asesino Charles Guiteau, y se había reído con ronco entusiasmo de las frecuentes explosiones de «ingenio» del acusado; si —y aquí la prima Rowena bajaba apreciablemente la voz— los Zinn alguna vez hablaban de «Malvinia Morloch».

Sin embargo, en su mayor parte, las jóvenes, vestidas con traje y gorro de mañana, se afanaban con el guardarropa de palisandro, prestando especial atención a las inscripciones para los bonitos cajoncitos, ya que no estaría bien, recalcó Rowena, que Octavia, como joven esposa, demostrara a su esposo, aunque fuera de modo inocente e inconsecuente, una inclinación natural hacia el desaliño. Debajo del pomo de hueso y marfil de cada uno de los cajones insertaron un trocito de papel blanco de cinco por diez centímetros, con las siguientes inscripciones escritas en perfecta letra:

Medias (seda)	Encaje (blanco)

Medias (algodón)	Encaje (dorado)
Medias (hilo de Escocia)	Tocados
Medias (lana)	Delantales
Zapatillas (satén)	Cuellos (seda)
Gorros (mañana)	Enaguas (hilo)
Gorros (tarde)	Enaguas (algodón)
Gorros (atardecer)	Pañuelos (algodón)
Gorros (noche)	Pañuelos (hilo)
Velos (encaje)	Pañoletas (seda)
Velos (tul)	Pañoletas (algodón)
Bandas (terciopelo y satén)	Cintas
Bandas (algodón y popelín)	Flecos
Flores (domingo)	Manguitos (piel)
Flores (diario)	Manguitos (lana)
Zapatos (domingo)	Camisas (algodón)
Zapatos (diario)	Camisas (percal)
Plumas	Volantes
Bordados (domingo)	Lazos
Bordados (diario)	Lentejuelas y abalorios

Y había otros muchos cajoncitos, y Octavia y Rowena disfrutaban del ocio necesario para realizar su tarea y pasaron muchas horas felices trabajando laboriosa y amigablemente. De vez en cuando, Octavia oía las tranquilizadoras palabras de su madre: «También esto pasará», pero no podía dejar de exclamar por dentro, como una niña mimada: «¡Ah, pero tiene que pasar!».

31

«Los estadounidenses son grandes adoradores de héroes, y siempre los toman de las clases criminales —observó el poetastro y defensor de la inmoralidad Oscar Wilde, con ocasión de su visita a nuestras costas, demasiado hospitalarias, en 1882—. A sus heroínas las eligen con más ambición: una combinación de criminales y diosas.»

Por una inquietante casualidad, la clase de casualidad que reafirma las creencias supersticiosas de los que poseen una mente débil, este petimetre irlandés husmeó tanto en nuestras diversiones que, junto con visitas a las cataratas del Niágara, Salt Lake City, Leadville (Colorado), Saint Joseph (Missouri), Camden (New Jersey, donde encontró un espíritu afín en el réprobo Walt Whitman), y otros sitios, no solo consiguió ver a Malvinia Morloch y a Orlando Vandenhoffen en *Como gustéis* («una transcripción tediosamente divertida del peor Bardo») y a la médium de Boston «Deirdre de las Sombras» («una aventura en verdad "sombría", divertida y estremecedora»), sino que, de pasada y con un aire de distraída probidad, comentó que la actriz de teatro «casi demasiado bella» guardaba un peculiar parecido familiar, en particular la frente, con la médium Deirdre.

Pero Wilde estaba demasiado ocupado pavoneándose, alardeando y timando a sus bobos anfitriones estadounidenses, y ofreciéndose a la publicidad como exhibición viva de Dios sabe qué (con su ceñida chaqueta de terciopelo de color ciruela, con mangas a flores y un volante de batista, y su infame abrigo de piel de nutria verde botella), para hacer ningún otro comentario sobre las dos jóvenes estadounidenses, salvo observar, en una carta a un amigo de Inglaterra, que «como la nueva religión estadounidense es el espiritismo, sería aconsejable que los estadounidenses eligieran para la santidad a la hábil pequeña embaucadora "Deirdre de las Sombras"» y señalar, en numerosas ocasiones, hasta que olvidó su nombre, que «lo

más deslumbrante del Nuevo Mundo, y casi igualando a Bernhardt, salvo en talento, es Malvinia Morloch».

Aparte de esto, el superficial joven no hizo ningún comentario de nuestra gran nación ni de nuestra magnífica geografía del que valga la pena dejar constancia, y sí muchos que exigen censura.

«¡Lo más deslumbrante del Nuevo Mundo!» Cuánto se habría henchido Malvinia si hubiera sabido que un observador tan sofisticado, y tan crítico, como Oscar Wilde había caído bajo su influjo, pues la joven mujer era de esas criaturas, hombre o mujer, que solo son capaces de medir el valor de su alma por la fingida adulación de los demás.

Que el historial de seducción de Malvinia era largo no sorprenderá a nadie que conozca el personaje y sus defectos. Ya de muy niña, en el cuarto de los niños, acaparaba sin cesar la atención completa de su padre y tutor, para consternación de sus hermanas, en particular de Constance Philippa, que creía que ella, por ser la mayor, debía ser la más brillante. (¡Algo lamentable, el espectro de los celos acosando a una niña de siete u ocho años de edad!) Tal vez la culpa era en parte de míster Zinn, pues, en su ambicioso proyecto de educar a sus hijas «de acuerdo con la sagacidad y la sabiduría del alma interior», se mostraba entusiasmado de forma intermitente, y, aunque sabía captar de inmediato el interés por prácticamente cualquier tema —geometría, poesía, historia egipcia, dibujo y pintura, elocución—, la inmediatez del interés y la necesidad de una respuesta rápida por parte de la alumna constituían un gran inconveniente para las hermanas más lentas, y hacía que la brillante, lista y voluble Malvinia fuera la estrella escolar de las niñas. Los largos diálogos socráticos de míster Zinn, buscando la verdad a través de un meticuloso examen de la mente de la niña (o de su memoria), agotaban a Constance Philippa, y a Octavia, y a la joven Samantha (que, incluso a la edad de tres o cuatro años, se tomaba en verdad muy en serio el dominio de la ciencia y la sabiduría de su padre); sin embargo, proporcionaban a la bonita Malvinia la oportunidad de actuar, ya que respondía sin evidente dificultad (como si, como hemos especulado anteriormente, la precoz niña leyera la mente de su padre).

En aquellos primeros años, míster Zinn no solo dividía su tiempo más equitativamente entre su taller y la Casa Octogonal, pues sentía una profunda responsabilidad por la educación de sus hijas, sino que consintió, en dos ocasiones diferentes (de siete meses y tres meses cada una), en aceptar un puesto sin título en una de las fábricas que eran propiedad de la familia, junto al río, pues los Zinn ya habían

contraído deudas que provocaban una pesada tensión en la vida doméstica. (John Quincy, como es natural, despreciaba la fábrica, tanto en sí misma como por lo que representaba de craso materialismo de la nueva era de la posguerra, y su puesto —que combinaba los deberes de director y las habilidades técnicas de ingeniero— no le permitía la autonomía que tanto precisaba con el fin de que su espíritu pudiera florecer.) Estaba, pues, ausente de su casa durante numerosas horas, o incluso un día entero, lo que preocupaba a su familia, en particular a la pequeña Samantha. (Era divertido, y conmovedor, ver a Samantha y a Pip languidecer cuando míster Zinn se hallaba ausente; se quedaban mirando las musarañas sentados en una silla en el salón, o revisaban sus papeles, y cada cinco minutos corrían a la ventana para ver si había regresado.) Estas prolongadas ausencias, sin embargo, iban acompañadas de exhaustivas clases a sus hijas, pues míster Zinn creía que debía compensar el tiempo perdido y tenía vagos planes, que nunca llegó a materializar, de transcribir sus clases basadas en preguntas y respuestas al estilo de *De la boca de los niños*, lo que podría proporcionar alguna modesta recompensa económica. Ocurría, pues, que mientras sus hijas se torturaban con el tonto terror de que no regresara a casa, también temían que regresara demasiado repentinamente, antes de que hubieran terminado sus tareas. Su amor por él era tan intenso que el más mínimo asomo de decepción en su rostro las alteraba en grado sumo. No necesitaba castigarlas, nunca. No necesitaba exclamar: «Tu ignorancia me ha herido», pues ellas podían leerlo en su expresión: mejor dicho, en el calmado dolor y desconcierto que reflejaban sus ojos.

En este febril ambiente, Malvinia brillaba de forma natural y era la preferida de su padre, y no puede sorprendernos mucho que, apenas una década más tarde, al ser presentada al célebre Orlando Vandenhoffen, en el salón de Filadelfia de una dama de reputación menos que admirable (mistress Broome era la bella viuda de un caballero en otro tiempo destacado que, sucumbiendo a alguna clase de locura, en su edad madura, decidió, tras la muerte de su esposa, no solo casarse con una modelo a la que había estado manteniendo en secreto durante años, sino vivir en el extranjero con ella, en París, Roma y Venecia), reprimiera hábilmente su temor reverente, sonriera con atrevimiento y le tendiera la mano para estrecharle la suya, como si no fuera una joven dama estadounidense sino una cortesana europea. Y también dio la impresión, que naturalmente despertó la curiosidad del actor, de estar familiarizada de algún modo con él y de saber, de forma instintiva, cómo complacerlo, adularlo y seducirlo, y ganarse su corazón.

Que Malvinia Morloch poseyera, y ejerciera tan cruelmente, cierto poder fatal sobre el sexo masculino en general (aunque no sobre todos los miembros de ese sexo, como veremos), tal vez sea más fácil de comprender si sabemos que había heredado una predisposición a la maldad, que llevaba en la sangre, y que de forma semiconsciente cultivaba este poder desde la infancia, aunque siempre de la manera más inocente. No sabía lo que hacía, y sin embargo lo sabía plenamente, ni sabía cómo sus atractivos cautivaban a los demás.

Por ejemplo, en el caso del joven Malcolm Kennicott, el ayudante del reverendo Hewett a finales de los años sesenta, cuando Malvinia apenas contaba ocho años de edad y a los ojos de todos era una niña normal, aunque extraordinariamente bonita y dada a enérgicas rabietas…

Míster Kennicott debía de tener unos veintiún años cuando llegó a la Trinity Church, procedente del Seminario Teológico de Princeton. Aunque se declaraba cristiano, y sin duda el reverendo Hewett, que le confió muchas responsabilidades eclesiásticas, lo consideraba como tal, el joven larguirucho, soñoliento y distraído era más bien poeta y se pasaba horas garabateando versos en francés, lengua en la que expresaba confusamente sus sentimientos religiosos y románticos. Como vivía solo en Bloodsmoor y era un soltero de buena familia, era natural que muchas familias de la localidad lo acogieran, incluidos los Kiddemaster y los Zinn, y pasó muchas horas en la Casa Octogonal, discutiendo felizmente con John Quincy uno u otro plan para el utopismo, o sus propios planes para el «mayor himno de Estados Unidos» (un gran poema épico en tres partes que trataría del descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón, la conquista de Perú por Pizarro y la expedición de Cortés a México), o las nociones más nuevas y más radicales de educación, reforma social y el fin de la «peculiar institución» del Sur. Cenaba con frecuencia con los Zinn, y no le molestaba la presencia de las niñas sino que le gustaba, pues Constance Philippa, que era una seria jovencita de diez u once años, intentaba entablar auténtica conversación con él, declarando a menudo que querría que fuera su hermano mayor, pues ¡se encontraba tan sola entre tantas niñas!, y la vivaz pequeña Malvinia se ganó su corazón, con su alegre parloteo y sus bromas.

La lamentable historia de cómo este joven agradable, aunque un tanto retraído, al parecer se enamoró no de una mujer de su edad y capacidades, sino de la pequeña Malvinia, de ocho años, ha de truncarse necesariamente, pues, como mucho, es una historia antinatural que dice poco de ambos sexos y pone en duda la institución teológica que envió a míster Kennicott a Bloodsmoor con

tan excelentes recomendaciones. Baste señalar que los ojos castaños del joven se posaban con demasiada obsesión en la pequeña Malvinia, y su conducta al jugar con ella, sus hermanas y Pip, al volante o al croquet, o incluso a las cartas, pronto llamó la atención.

—Es un muchacho solitario, y nosotros debemos ser su segunda familia —observó míster Zinn acariciándose la barba, a lo que su esposa respondió con calma:

—Quizá es demasiado solitario, y no es ningún muchacho.

En aquella época, Malcolm Kennicott iba bien afeitado, tenía la barbilla un poco débil y la boca blanda, dulce; el cabello castaño claro le caía en finas ondas hasta el cuello. Aunque su ropa era a todas luces de corte superior, vestía con descuido, y sus gafas de montura de alambre rectangulares le daban un aspecto de lechuza. Visto con simpatía, podría haber resultado una figura atractiva, incluso apuesta; visto con distancia, o con el capricho a menudo cruel de los niños, ofrecía una figura torpe, y sus formales gafas se prestaban a bromas infantiles a su costa. (El día de San Valentín, por ejemplo, las hermanas le enviaron una enorme tarjeta hecha en casa, construida con tieso papel de color, flores secas y lentejuelas, en cuyo centro Malvinia había dibujado una cara de monigote sonriente con unas gafas de enorme tamaño, y la alegría ante tal obsequio tal vez no le dejó ver cierta crueldad de la ejecución.)

Míster Kennicott se dedicaba a dar largos paseos solitarios por los bosques de Kiddemaster, cuando en verdad debería haber estado trabajando en la rectoría, y en uno de estos paseos se encontró con la pequeña Malvinia, quien, en compañía de Pip, bailaba en el escenario de piedra que el juez Kiddemaster había hecho construir unos años antes, con una decoración que simulaba ruinas griegas. Tan absorta estaba la niña de ocho años con su juego, y tan asombrosamente bella, que míster Kennicott sucumbió a una especie de trance sentado en un banco de piedra y se quedó contemplándola, no puedo decir durante cuánto rato. Malvinia cantaba, saltaba y hacía cabriolas, efectuando una imitación pasable de alguna de las danzas de «Los siete castillos del lago Diamond», hasta que incluso el animado Pip se cansó. Aunque es seguro que Malvinia era muy consciente de que tenía público —en realidad, su presencia la estimulaba de un modo maravilloso—, levantó la mirada con fingida sorpresa al oír sus fuertes aplausos, como si no lo hubiera visto hasta entonces y su intrusión la ofendiera. También Pip se puso a parlotear y a chillar e hizo una absurda exhibición de miedo.

—¡Malvinia! —exclamó míster Kennicott, apresurándose a ponerse en pie—, soy yo, tu amigo Malcolm.

Pero la diabólica niña le lanzó una fría mirada, como una parodia de las miradas reprobadoras que las mujeres Kiddemaster mayores lanzaban a las niñitas Zinn cuando no se portaban bien.

—Váyase —gritó Malvinia con toda la caprichosa crueldad de la que es capaz una niña—. Váyase, es usted malo, escondiéndose ahí, ¡no nos gusta usted!

Y, tras cierta vacilación, el pobre Kennicott, tembloroso, se marchó, cabizbajo, con lágrimas en los ojos.

Poco después de este incidente desapareció de Bloodsmoor, y las niñas no supieron nada de él salvo que había «trabajado demasiado» al servicio de míster Hewett y que, como se había interesado de forma obsesiva por la causa abolicionista, había partido para unirse a sus fuerzas. Asimismo, se dijo que su familia lo había enviado a Europa por motivos de salud; sus sensibles nervios habían quedado «destrozados» debido a un exceso de esfuerzo político. El Club Belles Lettres de Filadelfia, del que había sido miembro, publicó un delgado volumen de sus versos en francés, y míster Zinn, al leer el libro, declaró que, por mucho que lo intentara, era incapaz de encontrarle sentido del ritmo, y mucho menos sentimiento.

—Todo son neblinas perfumadas, y danzas de hadas y la risa de niños invisibles —dijo con una sonrisa perpleja.

Sin embargo, fue tanta la indiferencia de Malvinia Zinn que nunca volvió a pensar en su pretendiente de veintidós años, hasta que alcanzó esa edad y se enamoró locamente. Entonces, por alguna razón, acudieron a su imaginación pensamientos inconexos sobre el desgraciado míster Kennicott, y sintió —aunque brevemente— una punzada de culpabilidad poco característica en ella.

—No es posible que supiera lo que hacía.

32

El gran Orlando Vandenhoffen era de estatura menos imponente en la vida real que detrás de las candilejas; pero era tanta la autoridad aristocrática de su rostro y la confusa suficiencia de su sonrisa (la cual dejaba al descubierto unos dientes que casi parecían demasiado blancos) que todo el que se acercaba a él quedaba hechizado o se veía empujado instintivamente a resistirse a él.

Tenía la tez más bien oscura, bigote negro ancho y abundante y la mandíbula fuerte, imperial. No era exagerado el misterioso poder de sus ojos negros, ni la potencia de su voz baja, sonora y de elegante modulación. Los rumores de su sibaritismo, su manera desdeñosa de tratar a las mujeres, su espíritu inquieto y la orgullosa melancolía que en ocasiones estallaba con furia no disuadían a sus admiradoras, entre las que se contaba Malvinia Zinn, ¡ah, con cuánta temeridad! En verdad, es probable que la gran reputación de Vandenhoffen atrajera a las víctimas, pues cada mujer se imaginaba que era capaz de triunfar donde las otras habían fracasado vergonzosamente.

Cuando se encontraron por primera vez, en el salón de la viuda de Horatio Broome, entre una gran cantidad de insípida alegría y charla, Orlando Vandenhoffen no pudo menos que quedar sorprendido por la belleza de miss Malvinia Zinn, por su vivacidad y por cierto atrevimiento en su actitud, pues, aunque reconocía el genio dramático de Vandenhoffen (con algunos calificativos aduladores respecto a su interpretación de Ray Trafford en *Bajo la luz de gas*), la descarada joven dama se presentó como perteneciente también al gremio de los actores, aunque, en el momento actual, su situación era la de aficionada. Vandenhoffen, divertido, no pudo resistirse a preguntarle qué papeles había interpretado en el teatro como aficionada, y la ruborizada Malvinia se vio obligada a admitir que su experiencia aún no era tan amplia como para incluir actuaciones de verdad, de las que

sabía muchas de memoria.

—¡Ah, entiendo! ¡Declamaciones de escolar! —contestó Vandenhoffen riendo, sumamente divertido—. Bueno, querida, algún día debe hacer alguna para mí, una especie de audición.

Otra joven dama, viéndose desairada tan alegremente, se habría retirado enseguida; pero no Malvinia, quien logró, aunque débilmente, unirse a las risas, mientras le ardían las mejillas y sus ojos azules también parecían arder, con turbación infantil y rebeldía al mismo tiempo. Que aquella noche estuviera más bella de lo habitual, luciendo un vestido de brocado de color marfil adornado con cintas de terciopelo rosa, rosas de terciopelo del mismo color y unos setenta metros de encaje, y con su reluciente cabello negro peinado con angelicales bucles que le caían sobre la frente y las mejillas y cubierto en parte con encaje, rosas de terciopelo y plumas de avestruz, y con su piel fina como el reluciente satén, la cohibida joven dama sabía, naturalmente (pues no paraba de comprobar su imagen en los espejos, para lo que poseía un arte tan refinado, una manera tan diestra de hacer uso de la mirada, que pocos observadores sabían lo que hacía o con cuánta frecuencia lo hacía), que debía —era absolutamente necesario— aprovechar la oportunidad del momento, ya que tal vez jamás se repetiría. Así que no se dejó intimidar por la cruel risa de Vandenhoffen, ni fue en busca del primo Basil para pedirle que la acompañara a su casa; esperó a que disminuyera la hilaridad y dijo, con admirable frialdad:

—Con gusto lo haré, míster Vandenhoffen, cuando le venga bien, pero por simple diversión, no como una audición.

El malvado caballero, sorprendido por el reto que le lanzaba Malvinia, le concedió el honor de una mirada de evidente admiración y, cogiéndole la mano, se la besó, fijando la vista en su rostro con tan burlona gravedad que Malvinia notó las palpitaciones de su corazón y, por un momento —¡solo, ay, por un momento!— pensó que había hablado con demasiada temeridad y que habría sido mejor retirarse. Pero Vandenhoffen dijo, con una voz meliflua que contrastaba vivamente con sus facciones toscamente bellas y la ferocidad de sus ojos oscuros:

—Mi querida miss Zinn… es miss Zinn, espero… Que sea, pues, en cuanto usted tenga a bien, una especie de actuación a medida, en la que exhiba todos los esplendores de su repertorio, sin duda amplio; no la liberaré de su compromiso, ya que tan cruelmente ha despertado mi interés.

¿Qué clase de hombre es este —se preguntó Malvinia, cuando se encontró a solas— que despierta semejantes fantasías?

Sabía, y se negaba a saber, que se rendiría a él; y, para su vergüenza, se rendiría con tan poca resistencia que su seductor se quedaría atónito al ver que era virgen: una virgen de lo más inocente y protegida, además de una heredera Kiddemaster.

Malvinia comprendía, por supuesto, sin necesidad de preguntarle a Basil Miller, que Orlando Vandenhoffen había conquistado el corazón de muchas damas estadounidenses, aunque es probable que la temeraria e inexperta muchacha no supiera con exactitud qué significaba esa expresión. «Conquistar» un corazón; triunfar; pisotear; despojar, mancillar, avergonzar… Ella no sabía, y sin embargo sabía: y sabía que no se resistiría.

Si se hiciera, cuando se haga —pensó la desdichada Malvinia con cierto cinismo—, ¡ojalá sea rápido!

Basil Miller, comprendiendo demasiado tarde que había actuado con temeridad al presentar a su joven prima al notorio conquistador Orlando Vandenhoffen, intentó verla en privado para hablarle de los «infernales encantos» de Vandenhoffen, y para señalar, con una voz menos despreocupadamente divertida de lo que le habría gustado, que como era natural ella jamás consentiría en encontrarse con Vandenhoffen sin ir acompañada, en ninguna circunstancia, y se quedó absolutamente perplejo al oír la alegre respuesta de Malvinia de que, como era natural, jamás acudiría sin ir acompañada al hotel de la Paix (donde Vandenhoffen había alquilado una lujosa *suite*), ni consentiría siquiera en acudir al teatro sin ir acompañada (pues Vandenhoffen le había enviado entradas para cada una de las sesiones de toda una semana, junto con un mensaje escrito a mano en el que decía que, la noche en que asistiera, lo visitara entre bastidores); no iría sin acompañante, en verdad, sino con el primo Basil, es decir, estaría con él la primera parte de la tarde.

—Tras haber prestado tus servicios —dijo Malvinia, exhibiendo su perfecta y blanca dentadura al reír abiertamente—, quedarás libre y nos dejarás, para proseguir las aventuras nocturnas solo.

—¡Te acompañaré! ¡Semejante plan…! —exclamó el primo Basil.

Y, sin dejarlo seguir, Malvinia lo interrumpió:

—Claro que me acompañarás en este plan. De lo contrario, me veré obligada a quejarme ante todo el que me escuche… mis queridos padres, el abuelo Kiddemaster y tus padres, y todo el que acuda a mi mente, en el contexto adecuado… me quejaré de que me has traído al salón de la Broome, desafiando todo decoro, y de que me has presentado a Orlando Vandenhoffen, creo, para divertirte. —Se

interrumpió y volvió a esbozar su radiante sonrisa, y tuvo el impulso de despeinar el pelo de su primo, como si de pronto él fuera un niño pequeño asustado y ella una joven dama sofisticada y madura—. ¿Acaso te inquieta, querido Basil, que esto ya no sea tu diversión sino la nuestra?

Y así, ni cinco noches después del desafortunado encuentro en casa de mistress Broome, y al finalizar la temporada de diez semanas de *Bajo la luz de gas* en Filadelfia, se produjo la locura: los amantes se fugaron en carruaje privado a la ciudad de Nueva York, donde Vandenhoffen había alquilado, preparada, una de las inmensas *suites* del hotel Plaza destinadas a luna de miel. La despiadada crueldad de la carta que Malvinia envió a sus padres, con sus declaraciones de amor y sus alardes de que le aguardaba una gran carrera en el teatro, ya ha sido descrita; que la traidora hija de tan devotos padres se declarara no simplemente «enamorada» sino «muy, muy feliz, por primera vez en mi inquieta vida» sorprenderá al lector que sea padre o que, tal vez, en un sentido más amplio, haya experimentado la punzada de la ingratitud en los jóvenes, que no saben y no les preocupa el grado de sacrificio que a menudo se ha hecho por ellos, sino que solo aprovechan los placeres hedonistas del momento, así como la turbulenta multitud que, tras la conclusión de la guerra, exigía su «jornada de ocho horas» y paralizaba la nación con sus infernales huelgas, su violencia en el trabajo y sus anárquicas exigencias imposibles de satisfacer. Locura de una clase y locura de otra; y no me avergüenza confesarme tan agitada, tan asqueada con la impureza de Malvinia Zinn, que apenas puedo obligarme a continuar. No, no continuaré, salvo para decir que miss Malvinia Zinn perdió la virginidad tanto por el champán, la adulación verbal y promesas de cuya verosimilitud cualquier niño habría dudado, como por el poder de la virilidad de Orlando Vandenhoffen, y que se profirieron las exclamaciones y declaraciones de costumbre, que siguieron efectuándose durante algunas semanas: «Te amaré siempre. Me has robado el corazón. Jamás ha existido nadie como tú. Te adoro. Haré cualquier cosa por ti. Preciosa mía. Adorable mía. Infinitamente preciosa mía…».

Pero esta cronista está tan angustiada que ni siquiera un valiente gesto de divertido cinismo puede animarla. Que una dama de buena posición se rebaje a la locura es lamentable; que una muchacha como Malvinia Zinn se rebajara a la locura es incalificable. «Soy muy, muy feliz, por primera vez en mi vida»: esto se sintió impulsada a decir, con jactancia, la ilusa muchacha, y sin duda se nos ha de excusar si creemos otra cosa.

33

Voy al encuentro del Señor, qué alegría,
voy al encuentro del Señor, qué alegría,
voy al encuentro del Señor, ¡aleluya!
Amo al Señor con toda mi alma, ¡aleluya!,
y por eso voy al encuentro del Señor.

¡Aleluya! Voy al encuentro del Señor.
He salvado a mi partido y mi país, ¡aleluya!,
pero me asesinan por ello
y por eso voy al encuentro del Señor.
¡Aleluya, aleluya!

Esto cantaba en el patíbulo el asesino del presidente James Garfield, con voz declamatoria y temblorosa, en Washington, a mediodía del 30 de junio de 1882. Y el verdugo colocó la capucha negra en su pequeña y lustrosa cabeza, y ajustó el nudo corredizo en su cuello e hizo saltar la trampilla; y, ante una silenciosa multitud de unos doscientos cincuenta espectadores (algunos de los cuales habían pagado trescientos dólares por el privilegio de presenciar la ejecución), Charles Jules Guiteau se precipitó en el agujero del suelo, su cuello hizo un chasquido y murió, estrangulado, después de varios minutos de agonía: una muerte apropiada para el asesino de un presidente.

Su esqueleto se envió al Museo Médico del Ejército, para su exhibición.

El revólver que había usado —un British Bulldog de calibre 44 con mango de hueso blanco— fue al Museo Nacional, a pesar de los esfuerzos de muchos coleccionistas por adquirirlo. (Guiteau había comprado un modelo muy caro, según dijo, porque quedaría más

impresionante en una vitrina de museo.)

Su autógrafo, que él había estado vendiendo a un dólar la tarjeta, estaba muy extendido, tanta era la avidez del público en aquella época por las reliquias, incluso por las de un asesino condenado y un piadoso loco.

John Quincy Zinn, al leer sobre la ejecución, en el salón de la Casa Octogonal iluminado por el sol, suspiró, se pasó la mano por el pelo canoso y, dejando el periódico a un lado, salió sin decir una sola palabra y se dirigió hacia el sendero que conducía a su taller. Porque el 30 de junio de 1882 ha de ser interpretado como un día cualquiera: una faceta de la eternidad atrapada en el tiempo.

John Quincy Zinn no sabía, pues a mistress Zinn le había parecido mejor no informarle de ello, que en varias ocasiones su antiguo conocido y compañero de pensión, el peculiar pequeño Guiteau, había acudido a los Kiddemaster y a los Zinn en busca de «compensación económica», con el argumento de que John Quincy Zinn le había robado algunas ideas de la reforma educativa que habían sido «explotadas» en *El espíritu del futuro en Estados Unidos*. En una larga carta, escrita con una letra desastrosa, afirmaba que era él quien había proporcionado a John Quincy Zinn los «fundamentos básicos» de la ciencia y la invención; en otra, afirmaba que era él quien, explicando con detalle la doctrina perfeccionista de John H. Noyes, había proporcionado a míster Zinn su filosofía básica de la vida, sin la cual no habría podido realizar nada que valiera la pena. (John Quincy Zinn, aunque en modo alguno era tan famoso como algunos otros inventores —Whitney, Fulton y Morse entre otros— por aquel entonces había alcanzado cierta fama, más por sus generosas aportaciones a las teorías de otros que por la conclusión y comercialización de las suyas.) En la carta más descarada, el ingrato Guiteau afirmaba que había «reunido» a John Quincy Zinn y a Prudence Kiddemaster, el «cazafortunas» y la «fortuna», según sus crudos términos burlones, sin lo cual John Quincy Zinn «no habría conseguido nada en absoluto».

Es una desdichada historia de la que, ay, en verdad no se puede sacar ningún imperativo moral ni ninguna conclusión: las irregulares etapas de la cuestionable «madurez» de Charles J. Guiteau, desde el joven entusiasta e irresponsable de Filadelfia del que John Quincy, en su generosidad, se había hecho amigo, hasta el demente asesino del presidente James Garfield, que durante su juicio había insistido, entre absurdas risitas, que el asesinato de míster Garfield había sido ¡un

mandato divino!

Esta era la pauta de delirio en la que el infortunado hombre poco a poco fue cayendo, y el día en que fue expulsado definitivamente (por los criados) de la mansión Kiddemaster, adonde había ido a ofrecer su panfleto de lecturas religiosas «La verdad: manual de la Biblia», de forma inesperada invirtió su anterior reclamación, insistiendo en que John Quincy Zinn le había inculcado las numerosas ideas que guiaban su vida y que le había inundado el cerebro durante más de veinte años.

—¡No podrán hacerme callar! —gritó desde la carretera, agitando su sombrero negro de ala ancha a los varios criados que, recurriendo a la coacción física, desesperados, se lo habían llevado de la puerta principal por el largo sendero de grava y lo habían dejado en la carretera—. ¿Cómo podrán silenciarme? ¡Conozco a John Quincy desde hace mucho tiempo! ¡Somos amigos… somos hermanos… somos gemelos desde hace mucho tiempo!

Pero aquel día se marchó y no regresó a Bloodsmoor. Y mistress Zinn, que tembló al enterarse de los cargos de que le acusaban, y de su proximidad, hizo todo lo posible para quitárselo de la cabeza. Durante todo aquel día, y gran parte del siguiente, apenas toleró la presencia del pequeño Pip, con su rostro de anciano, sabio y arrugado, y sus ojitos como botones, picaros y parpadeantes, y su hocico sonrosado y sus períodos de elocuente silencio melancólico. A veces mistress Zinn sentía con inquietud que, si pudiera hablar, Pip podría decirles muchas cosas de su origen y de su destino.

34

Fue en un día frío y gris de otoño, cuando en el cañón se levantaba la niebla formando estrechas volutas y en el pequeño taller se respiraba cierto abatimiento (pues, aunque míster Zinn había complacido enormemente a su esposa al aceptar otro encargo de un fabricante, que iba a recompensarlo con la bonita suma de 10.000 dólares, ni él ni Samantha consideraban que el intento valiera la pena, sino que quizá era más bien vulgar). En esta monótona tarde de noviembre, mientras Pip dormía inquieto junto a la estufa y míster Zinn, en su banco de trabajo, suspiraba con frecuencia, y Samantha perdió un importante diagrama entre sus planos y lo encontró, y volvió a perderlo por puro descuido y el efecto de los nervios tensos (pues su madre y la tía abuela Edwina últimamente la estaban atormentando en cuanto a sus «esperanzas de futuro»), fue en esa hora vacilante —mejor dicho, somnolienta— del día en que ya no es de día ni aún de noche, cuando la agitada Samantha vislumbró algo en el cañón, una figura humana, quizá, aunque confusa, e inmediatamente desdibujada por los jirones de niebla, y de pie, inmóvil durante muchos segundos, conteniendo el aliento, la joven dama de aguzada vista esperó a que reapareciera y se explicara por sí misma como fenómeno natural; sin duda se trataba de un espejismo producido por la niebla, la luz natural menguante y su propia fatiga nerviosa.

Tras un breve intervalo la figura reapareció, a cierta distancia, definiéndose como de proporciones demasiado extrañas para ser humana, o incluso animal; y después, antes de que Samantha pudiera llamar la atención de su padre, por fortuna volvió a desaparecer; y digo por fortuna porque Samantha era bastante reacia a interrumpir a míster Zinn cuando estaba trabajando, en particular por capricho. (En realidad, la extraña forma simplemente desapareció, por lo que tal vez nunca había existido más que como momentánea ilusión.) «¿Los ojos

—se dijo Samantha, frotándoselos dolorosamente— me están gastando jugarretas?»

—Pareces alterada, Samantha —observó míster Zinn desde su lado de la habitación—. Espero que no haya nada que te preocupe.

—Nada, padre —se apresuró a responder Samantha—. Espero no haberte molestado.

Por una coincidencia de tipo puramente temporal, con bastante poca importancia narrativa (aunque hay que señalar la proximidad en el tiempo, dada mi humilde pretensión de que mi crónica de la familia Zinn posee autenticidad histórica), ocurrió que, ni tres horas más tarde, casi hacia la hora en que míster Zinn y Samantha se preparaban para cerrar su laboratorio y retirarse a la Casa Octogonal para disfrutar de los placeres domésticos de la cena y el fuego de la chimenea, se oyó que llamaban a la puerta, al principio de forma tan leve que resultó casi inaudible, y el asustadizo Pip despertó de su sueño y saltó al hombro de míster Zinn con aquella exagerada alarma que con tanta frecuencia irritaba a su amo.

Volvieron a llamar, y padre e hija intercambiaron una mirada de extrañeza (pues ¿quién podía llamar a la puerta de su laboratorio, escondido en el bosque, en la primera hora del anochecer de un día singularmente espantoso de noviembre?). Míster Zinn se dispuso a abrir la puerta y, mientras se secaba las manos manchadas en su ropa de trabajo, comentó a su hija que la interrupción debía de ser simplemente la de un criado de la mansión que iba a darles algún recado sin importancia, y que no debía causarles irritación alguna, pues, al fin y al cabo, estaban a punto de cerrar para la noche.

Y así míster Zinn abrió la puerta esperando ver un rostro conocido y se encontró ante un extraño envuelto en una capa de hule, rezumando humedad, con un desvencijado sombrero de lluvia de ala ancha calado hasta los ojos y unas toscas botas de granjero sucias de barro que le llegaban a media pierna.

Se intercambiaron saludos, expresados por ambas partes con cierta sorpresa y no poca turbación (pues, aunque el joven parecía conocer a míster Zinn o al menos estar familiarizado con su reputación, míster Zinn no lo conocía), y el visitante explicó que se llamaba Nahum Hareton, que no era de Bloodsmoor y que había ido a pie, hasta allí, como peregrino, simplemente para estrecharle la mano a John Quincy Zinn y quizá solicitarle (enrojeciendo con pueril temor reverente y confusión) un puesto de trabajo en el taller.

Míster Zinn se echó a reír, sinceramente, y le indicó con

amabilidad que entrara y se quitara la ropa mojada.

—¡Un puesto de trabajo en mi taller! Ay, nuestra situación económica aquí es tal, que mi hija y yo apenas podemos justificar nuestro propio puesto. Pero vamos a charlar un rato y a conocernos. Espero que no esté fatigado.

Reparando entonces en la presencia de Samantha (a cuyo delgado hombro acababa de saltar el asustado Pip), el visitante se sintió aún más confuso y empezó a balbucear unas disculpas. Explicó que, por supuesto, no esperaba remuneración de ninguna clase.

—Me gustaría ser solo aprendiz suyo —dijo, su pálido rostro salpicado de manchas de rubor—, durante el período de tiempo que usted desee, largo o breve.

—Primero hemos de conocernos —dijo animado míster Zinn—, y después, espero, lo disuadiré de su propósito. Samantha, querida, ven aquí; ¿has oído el nombre de nuestro visitante? Nahum Hareton, creo. —Instó a la reticente joven a acercarse y la presentó como su hija menor y la única ayudante que jamás había tenido o jamás precisaría —. Samantha es una científica de tanto ingenio, míster Hareton, que algún día, sin duda, eclipsará mis torpezas y ofrecerá al mundo notables obsequios. En la actualidad me temo que está un poco abrumada con tareas de toda clase, pero algún día su espíritu emprenderá el vuelo… ¡y ya veremos, ya veremos!

—Me siento muy honrado de conocerla —dijo el joven, haciendo una torpe inclinación de cabeza. Su sonrisa era nerviosa pero atractiva; sus ojos eran castaños, claros y vivos, y a todas luces los de una persona de inteligencia especial—. Pido disculpas por mi intromisión, míster Zinn, y espero que me perdone.

Samantha, haciendo una leve reverencia, murmuró algo a modo de vaga respuesta, sin mostrar ni asomo de la irritación y recelos que sentía (no solo le molestaban aquellas menciones directas a la bondad de su padre, sino que corrían los odiosos días de los espías de Thomas Edison; el muy notorio Mago de Menlo Park había montado su laboratorio con el fin de realizar «inventos por encargo», pocos años antes); se esforzó todo lo que pudo para unirse a la sociabilidad de su padre e invitó al cohibido joven a tomar asiento junto a la estufa y a aceptar una taza de té, si le permitía cinco minutos para recalentar el agua.

Míster Hareton cedió a sus deseos, con muchas muestras de gratitud e insistiendo reiteradamente en su esperanza de no resultar entrometido; míster Zinn acercó una silla para él y los dos hombres se sentaron amigablemente junto al fuego mientras Samantha preparaba té, regañando en voz baja al tembloroso monito y fijándose,

disimuladamente, en Nahum Hareton, quien podía muy bien ser un espía (eso razonaba la astuta Samantha), o tal vez el inocente peregrino que parecía.

Míster Hareton era un joven delgado, con la mandíbula angulosa, de unos veinticinco años de edad; iba bien afeitado y su altura y corpulencia eran considerablemente inferiores a las de míster Zinn, aunque poseía cierto aire de tranquila seguridad en sí mismo. Tenía las facciones pequeñas y era dado a una franca, sencilla y agradable llaneza, y aunque su actitud sugería un origen algo rústico, y su inglés sin duda no era el de un residente en la ciudad, demostró, al ojo crítico de Samantha, una agradable contención y una personalidad sutil que sugería un carácter formal.

Los hombres se cayeron bien, como se dice, y después de un rato incluso Pip se relajó y se acercó a míster Hareton, quien dio muestras de pueril satisfacción al acariciar el pelaje de la cabecita de la criatura y rascarle detrás de las orejas. Esto exasperó a Samantha, aunque en verdad no le sorprendió que míster Zinn, al cabo de una hora, empezara a hablar de sus proyectos y de sus planes para el futuro, tocando solo por encima el encargo que le habían hecho (una mejora en el proceso neumático Dumont-Santos para la conversión del acero, que él y Samantha esperaban presentar al cabo de un mes y por el que, naturalmente, no percibirían derechos), y se entretuvo con sus esperanzas especulativas en su máquina del movimiento perpetuo, y un *auto-wagen* eléctrico para sustituir al carruaje tirado por caballos, y «aerolocomotoras» de diversos tamaños, y un acompañamiento visual para las ondas de luz de Morse, y un dispositivo para grabar y conservar el sonido, y «película fotográfica», y un dirigible eléctrico, de un tamaño aproximado de dos mil metros cúbicos, con un armazón de aluminio, numerosas hélices y un revolucionario motor a propulsión. (Este dirigible de ensueño había sido realizado toscamente en los más recientes experimentos parisinos, que míster Zinn y Samantha habían estudiado con atención en la publicación francesa *Patrie*.)

Ay, si es uno de los espías contratados por el Mago, pensó Samantha, mordiéndose el labio inferior y mirando al joven con su mirada fija, solemne, que tanto desconcertaba a los pocos hombres de sociedad que conocía y mucho irritaba a su familia. «Pero no hay forma de cambiar la naturaleza generosa de padre, y ni siquiera la amarga experiencia puede endurecerle.»

Míster Hareton estaba demasiado absorto en las cálidas y atropelladas palabras de míster Zinn para remover el azúcar en su té; miraba fijamente, con ojos ardientes, el bello semblante del hombre

mayor, y en algunos momentos parecía estar a punto de interrumpirlo, por curiosidad y excitación. Pero se mordía la lengua y se desenvolvió bien, y a pesar de su fascinación por los inventos soñados por míster Zinn (que Samantha temía pudieran ser demasiado quijotescos, en aquel abarrotado y algo desvencijado pequeño taller, que olía a hojas de té, a ropa húmeda y al acre pelaje de Pip) no se olvidó de levantarse cuando Samantha se reunió con ellos y sé sentó en silencio junto a la estufa.

Samantha, que conocía muy bien a su padre, comprendió —mucho antes de que a él se le ocurriera la idea— que, por supuesto, por lo menos invitarían al joven Nahum Hareton a quedarse a cenar en la Casa Octogonal y posiblemente incluso a que pasara allí la noche, en la habitación que había pertenecido a Constance Philippa y ahora se destinaba a cuarto de invitados, aunque pocos invitados acudían, pues el presupuesto doméstico de los Zinn era modesto. También sabía, con el corazón nervioso y no pocos recelos, que lo más probable era que míster Zinn accediera a permitir al ávido joven que fuera su ayudante, su aprendiz, en realidad, sin cobrar ningún salario; porque, desde luego, no podía haber ningún salario.

(Después, al ser interrogado por su esposa en cuanto a si era práctico, y seguro por añadidura, aceptar a un extraño en la intimidad de su taller, míster Zinn respondería con el aire de un hombre para el que ciertas verdades son evidentes y accesibles a todos: «Mi querida Prudence, ¿no has visto los ojos del joven Nahum?, ¿el fervor que arde en ellos y el probable genio? Y también Samantha confía en él, y Pip, ¿y qué mejores recomendaciones podría tener un aprendiz?».)

Así fue como Nahum Hareton llegó al laboratorio Zinn, como peregrino, a pie, exactamente tal como él dijo, sin auténticas esperanzas de que el gran inventor lo admitiera, pero con muchas infantiles expectativas y un auténtico celo que resultaba encantador. Lo que no podía prever aquella noche neblinosa de hace tanto tiempo —tres semanas después de cumplir Samantha veintiún años— era que acabaría siendo una figura tan central en la vida de John Quincy Zinn, y mucho más en la de Samantha.

Si últimamente hemos descuidado a Samantha para ocuparnos del mayor ajetreo y las actividades de las hermanas huidas de Bloodsmoor, que tanta vergüenza y escarnio trajeron así para ellas y, ay, para sus inocentes parientes, no es por la relativa insignificancia

de la muchacha, pues ella y Octavia, en este punto de nuestra historia, aún son jóvenes damas virtuosas y modelos de conducta fraternal. Aunque la ferviente devoción de Samantha hacia su padre y su casi obsesivo interés por el trabajo disgustaban a los miembros femeninos de su familia —no solo a mistress Zinn y a la tía abuela Edwina, sino también a Octavia y a las primas Rowena, Flora y Odille, y a todas las tías de Filadelfia que opinaban sobre el tema— su lealtad sin duda complacía a su padre, y su ayuda en el laboratorio, siempre diligente y con frecuencia inspirada, era muy valiosa para él.

Samantha le hacía todos los cálculos (pues él nunca había dominado las matemáticas); le copiaba los diagramas y cuadros, a menudo aumentando su escala, para que fueran más claros; atravesaba el bosque sola para ir a la biblioteca del juez Kiddemaster, con el fin de comprobar referencias que no aparecían en los delgados volúmenes enciclopédicos de que disponían en el laboratorio. En los últimos años había librado a míster Zinn de la carga de conversar con la mayoría de los visitantes, incluidos los fabricantes que viajaban hasta Bloodsmoor para ofrecerle encargos de investigación (furiosos y desanimados en muchos casos, por los honorarios prohibitivos y los intereses que exigía el megalomaníaco Mago de Menlo Park, exsocio de los notorios bandidos Jay Gould y James Fisk, cosa que en general no se conoce, y por temperamento muy afín a ellos); como era una joven dueña de sí misma, y en modo alguno la simple niña que su figura menuda, rostro pecoso poco atractivo y facciones pequeñas daban a entender, era capaz de hablar con admirable compostura a estos caballeros e inducirlos —en la mayoría de los casos— a aumentar sus ofertas al menos en varios centenares de dólares, proeza que míster Zinn habría sido incapaz de hacer, tanto por su innata modestia como por un desproporcionado sentido de su propio valor de mercado.

A la edad de veinte años, esta notable joven dama había adquirido su primera patente, por una mejora insignificante en la prensa de copiar con teclas de Foucault (un artilugio mediante el cual se creía que los ciegos podían aprender a escribir); y, de no ser por la caridad, o el descuido, de míster Zinn al discutir esta mejora con un tal Christopher Latham Sholes, de Mooresburg, Pensilvania, se habría podido dar el caso de que Samantha hubiera continuado el experimento, hasta dar con la máquina de escribir misma, invento patentado, en muchas etapas, por Sholes y a la larga vendido por una suma tristemente baja (12.000 dólares) a Eliphalet Remington & Sons de Ilion, Nueva York, de cuyos extraordinarios resultados comerciales, en años posteriores, el lector no precisa ser informado. No mucho antes de que Nahum Hareton llamara a la puerta del taller habían

concedido a Samantha una segunda patente, para un método de impermeabilización que constituía una considerable mejora respecto al anterior método de míster Zinn, aunque aún se hallaba lejos de ser ideal (eso vendría con los tejidos cauchutados), y de ella cobraba unos pequeños honorarios —en realidad, una miseria— cada seis meses. A decir verdad, Samantha pensaba poco en estos pequeños logros, pues consideraba que su auténtico trabajo residía en el futuro, con el desarrollo de inventos como el dirigible de armazón de aluminio; pero su cariñosa hermana Octavia les daba mucha importancia e insistía en enmarcar las patentes en marcos de castaño, pintados de color morado y dorado, para colocar sobre el banco de trabajo de Samantha… para turbación de la joven.

En otras ocasiones, sin embargo, Octavia, como sus numerosas parientas, declaraba estar preocupada por las perspectivas de matrimonio de Samantha. Su propio compromiso con míster Rumford le había infundido cierta cantidad de confianza en sí misma y de generosidad y siempre estaba pinchando a Samantha para que se peinara de forma más atractiva (pues, en verdad, el moño sin brillo con el que cada mañana se peinaba no hacía justicia al bello cabello pelirrojo de Samantha), para que hiciera que los criados le descosieran alguno de sus vestidos de andar por casa para lavarlos (pues la ropa de Samantha tenía tendencia a perder su frescura, en parte como consecuencia del fervor con que solía trabajar y a su negligencia en aplicarse en las axilas cloruro de cal desodorizante, o ácido salicílico y talco) y para que intentara adoptar una actitud más conscientemente agradable, propia de una joven dama que, al fin y al cabo, había sido «presentada» en sociedad y no desconocía las obligaciones y responsabilidades sociales.

—¿Quieres ser una solterona? —preguntó Octavia a Samantha, exasperada, en más de una ocasión—. ¿Quieres asustar a todos los caballeros solteros y que todo Bloodsmoor te tenga lástima?

—Una solterona es una soltera vieja y solitaria que ha querido casarse y no lo ha conseguido —decía Samantha, con un aire de descarada dignidad que traicionaba el acaloramiento que sentía por la persecución de su hermana—, y, como yo no tengo el menor deseo de casarme y la soledad no me produce terror, no puedo ser una solterona, y debo rogarte que me dejes en paz.

(Samantha sentía una fraternal felicidad por que Octavia se casara al cabo de un año, y por que, como la mansión Rumford no se hallaba a gran distancia, se verían con frecuencia; Pero no podía engañarse en cuanto al atractivo masculino de Lucius Rumford, que le hacía pensar, maliciosamente, en Gnasher, un caballo retirado de los que tiraban de

los carruajes de los Kiddemaster, y se negaba a compartir la alegría que demostraban sus primas y mistress Zinn, a las que consideraba un poco histéricas, pues ¿no tenían estas mujeres una opinión despreciable del estado de soltería y de su propio valor innato?, ¿tanto habían temido que Octavia se quedara soltera?)

Samantha consideraba a Octavia superior a su futuro marido en todos los aspectos concebibles, y tomó nota, para su propia satisfacción, de que desde el anuncio de las amonestaciones por el reverendo Hewett, desde el púlpito de la iglesia de la aldea, Octavia parecía más bonita que nunca en sus veinticuatro años. Sus cálidos ojos castaños brillaban, sanos, su frente era lisa y sus mejillas redondeadas estaban ligeramente teñidas de un rubor rosa pálido. Si bien Octavia no poseía el extravagante encanto de Malvinia, o el altivo atractivo de Constance Philippa, o incluso la misteriosa y enigmática belleza de Deirdre, se daba el caso de que, no obstante, su calidez y su buen corazón la convertían en una compañía mucho más deseable para cualquier hombre; esto pensaba Samantha, en apasionada defensa de su hermana, aunque Octavia la pinchaba respecto a sus propias perspectivas.

Cuando Octavia volvió a plantear la irritante pregunta de: «¿Quieres ser una solterona, Samantha?», Samantha respondió sin vacilar:

—Prefiero ser una solterona y responder solo ante mí misma que ser aprendiz de otra persona, alguien a quien, sin duda, apenas conocería.

Para que el lector no sospeche que John Quincy Zinn, bajo presión, quizá, del agotador trabajo, se vio empujado a imaginar que Thomas Alva Edison intentaba espiarlo con el fin de robarle sus secretos, habría que señalar que Edison se apropió de ciertos esbozos para una lámpara incandescente, realizada por primera vez por John Quincy Zinn a principios de los años setenta, y los ofreció al mundo —firmados por Edison, naturalmente— en 1879. Otro tanto ocurrió con numerosas mejoras secundarias en el telégrafo de Morse y, posteriormente aquel mismo siglo, con el fonógrafo de cilindro de cera, en el que el sonido era grabado, conservado y reproducido, «descubierto» por el mismo Edison, el que se autoproclamaba Mago de Menlo Park, que no prestaba más tributo a los honrados inventores a los que robaba del que prestaba a la remuneración económica.

Si John Quincy albergaba pensamientos amargos y guardaba rencor por la aclamación pública derramada tan generosamente sobre

su rival, no decía ni una palabra; igual que tampoco hablaba, ni siquiera con su querida esposa, de su decepción porque cada primavera no era elegido para la Sociedad Filosófica de Estados Unidos. (Que su suegro, el juez Kiddemaster, sintiera ira por este inconveniente y hablara de ello con todo el que quisiera escucharlo no es de sorprender, dado el temperamento impulsivo del juez; pero el rencor del anciano causaba cierta pena a John Quincy Zinn.)

—Al parecer, soy uno de esos cuyo deber es resistir y esperar —dijo John Quincy en broma; pero a su esposa no le hizo gracia.

—Algún día esta nación se arrodillará para rendirte tributo —afirmó mistress Zinn, temblándole el labio inferior—; no, me gustaría que la nación se encogiera de miedo ante ti.

—Mi querida Prudence —dijo John Quincy, sorprendido—, ¿cómo puedes querer que Estados Unidos de América se encoja de miedo ante nadie?

Se entregó con más obsesión que nunca a su trabajo, ayudado ahora por Samantha y por el joven Nahum Hareton: y ahora solo soñaba con el dirigible gigantesco y la máquina del movimiento perpetuo (revisada), y una máquina trituradora eléctrica para deshacerse de las plumas de pollo, pavo, pato y oca (pues la médula de estas plumas es traidoramente difícil de triturar, como saben todos los granjeros), y un traje térmico, para los inviernos del norte, que se ajustaría a comodidad del que lo llevara, y realizó un nuevo esbozo, aún vago, para un artilugio llamado solo «El ojo», que estaría formado por muchos espejos electrificados, para la comunicación instantánea con un foco central o autoridad, con la esperanza de que algún día pudiera eliminarse el crimen de las naciones civilizadas.

Dudo mucho que un caballero de tan buen temperamento y tan trabajador cediera a ataques de celos o de amargura, pero, si alguna vez sucedía, míster Zinn no daba muestras de ello, igual que no manifestaba la decepción que tan profundamente sentía con respecto a sus tres hijas perdidas. (Cuyos nombres, ay, no deseaba oír pronunciar en su casa.)

—¿Alguna vez te permites pensar en ellas —preguntaba a veces mistress Zinn, cuando, sin dormir aún, marido y mujer yacían en la cama—, pensar e imaginar su probable destino?

Por toda respuesta míster Zinn suspiraba pesadamente, inmóvil en su lado de la amplia cama, fingiendo dormir, tal vez, hasta que realmente el sueño los vencía a los dos.

Un día despertaré y descubriré que he ido dormida por la vida —

pensaba Samantha—, pero ¿cómo voy a impedirlo? Aparte de nuestro amigable trabajo en el taller y el placer de la presencia de padre y de las travesuras de Pip, ¿hay algo en este mundo que obstaculice mi huida precipitada?

Así se interrogaba la pálida jovencita desprovista de atractivo, de pestañas incoloras, labios delgados y ojos verdes burlones, sin saber qué significaba su premonición, ni por qué, en momentos imprevistos del día, la embargaban extrañas emociones que la hacían estremecer de frío. Un día despertaré —pensaba, mirando fijamente el banco de trabajo que tenía ante ella y el desorden que tanto le gustaba—, pero ¿a qué despertaré… y cómo?

No entiendo muy bien el motivo de semejantes pensamientos ociosos. Sin embargo, no sería completamente sincera si no los presentara con sobriedad en mi crónica para que el lector juzgue por sí mismo. Pues ¿por qué una hija tan querida y en la que se confiaba tanto, que sabía que era infinitamente privilegiada por trabajar en el laboratorio de un genio y que sabía que destacaba entre las mujeres jóvenes corrientes, iba a tener pensamientos de esta índole?

Los meses transcurrían ocupados y felices, así como las estaciones; y, poco después de su vigésimo segundo cumpleaños, miss Samantha Zinn obtuvo su tercera patente, que Octavia, lamentablemente, no enmarcó debido a su actividad, como esposa reciente y dueña de la austera mansión Rumford. Míster Zinn, Samantha y el humilde joven aprendiz Nahum Hareton, que trabajaban juntos, aunque a menudo en silencio, en la rústica cabaña sobre el cañón, pasaban muchas jornadas, cansadas pero gratificantes, persiguiendo diversos sueños, principalmente el del dirigible con armazón de aluminio, el cual presentaba algunos problemas de poca importancia pero fastidiosos derivados de su gran peso. Samantha en general se defendía admirablemente al servicio de su padre, y, como vivía absorta en la tarea del momento, raras veces sucumbía a la ociosidad de la que acabo de hablar y raras veces a pensamientos de pesar, o remordimientos, o asombro con respecto a sus hermanas renegadas.

En realidad, como había nacido en 1862, se sentía hija de su época, inmersa en los tiempos acelerados de los años de la posguerra, en los que era tan corriente creer que uno debía darse prisa o de lo contrario se perdería el destino, y los codiciosos rivales triunfarían. ¡Ah, qué pena, qué tragedia, pensaba a menudo Samantha, si otros inventores —menos escrupulosos, más delictivos— se apresuraran a descubrir, patentar y hacerse millonarios con las grandes máquinas que ella y John Quincy Zinn habían nacido para perfeccionar!

35

Malvinia Morloch alcanzó su primer auténtico gran éxito comercial en el papel de la astutamente manipuladora e irresistiblemente encantadora condesa en la obra *La condesa Fifine*, de la que se hicieron más de doscientas representaciones en el Fanshawe, y así logró introducirse en el medio cultural, por casualidad más que por méritos, y durante un tiempo fue un objeto de adoración cuyo nombre e imagen era probable que aparecieran en todos los periódicos, semana tras semana, y cuyos pretendientes —entre ellos numerosos hombres muy acaudalados, casados y no casados— eran tan persistentes que en el hotel Plaza tuvieron que contratar a porteros especiales solo para tratar con ellos. El peinado que lucía en *La condesa Fifine* creó una moda entre las damas más elegantes de Nueva York, y durante un tiempo se vieron «condesas» por todas partes, aunque ninguna poseía los atractivos de la original. (En el papel de condesa Fifine, Malvinia llevaba su magnífico pelo oscuro recogido en un pesado moño que le colgaba a la altura de los hombros, cubierto con una redecilla, y adornado con una diadema de terciopelo púrpura bordeado de perlas, cuyo propósito era recalcar, irónicamente, la belleza angelical de sus facciones.)

Coqueta… encantadora… inolvidable… simplemente maravillosa: así se expresaban los críticos de forma unánime. Malvinia leía todas las reseñas de sus actuaciones y guardaba todos los recortes de periódico que mencionaban su nombre, ambiciosa y encantada como una niña. Si en ocasiones su relación con Orlando Vandenhoffen le daba motivos de pesar e incluso ganas de llorar, si la frecuente mención en los mismos periódicos de «Deirdre de las Sombras» (que también se estaba haciendo famosa, por una clase de actuación muy diferente) le causaba una considerable agitación, y si, aunque raramente, la imprudente muchacha se acordaba de Bloodsmoor y de

la familia que tanto la había amado, solo tenía que revolver su montón de recortes, cada vez mayor, y releer las cartas de alabanza y adoración que recibía a diario, y abrir otro lujoso regalo para calmarse y olvidar quién era.

«Soy muy feliz —escribió distraídamente en el reverso de una hoja arrugada de papel de envolver dorado—, jamás en mi vida he sido más feliz… En realidad, no puedo recordar mi vida hasta ahora.»

(Sin embargo, aun entonces, en lo que podría denominarse los días más felices de su existencia como «Malvinia Morloch», o incluso su lima de miel, en su ser se estaba imponiendo un mal inconfundible: un mal al que llamaré «La señal de la bestia», ya que en estos términos se referían a él ciertos miembros de la familia Kiddemaster… pues la aflicción era un rasgo hereditario, del que escribiré en detalle más adelante, tan desagradable y humanamente infame es la perspectiva.)

El que Malvinia Zinn se transformara tan rápidamente, en «Malvinia Morloch» y con tan inmediata gratificación, tuvo mucho que ver con la arrogancia de Orlando Vandenhoffen (que alardeaba de que podía «crear» una actriz de la noche a la mañana, y que tanto amenazó al director del teatro Fanshawe con pasarse al rival de Broadway que el desventurado hombre se rindió, con amargura, y puso a Malvinia frente a Vandenhoffen en *Un relámpago*), y poco, en realidad, con las dotes naturales de Malvinia para la escena. No pertenezco a la panda de serviles que atribuyen a la profesión de actor la honorable condición de «artista» (pues esta debe reservarse para los que se han entregado a un idealismo espiritual y moral); sin embargo, estoy de acuerdo con la creencia general de que puede existir cierto genio entre los que se dedican a actuar, como demuestran estrellas de la escena estadounidense como Charlotte Cushman, Edwin Booth, Charles Coghlan y Maurice Barrymore. Esto Malvinia no lo poseía. No conocía el genio más de lo que conocía la virtud; aunque durante un tiempo fue suficiente cierta astucia y sagacidad para deslumbrar al público e incluso a sus compañeros actores.

Que Malvinia pudiera entrar y salir, ataviada con caros y ostentosos vestidos y el rostro maquillado de forma chillona para que hasta desde los asientos más baratos de la sala pudieran verla; que pudiera parlotear, y balbucear y llorar y reír y patalear y hacer bonitos mohines y fingir que se clavaba las uñas en las mejillas de forma que el público, que la admiraba, se estremeciera; que pudiera recitar a la perfección cualquier texto que le presentaran, con tan gran parecido a la sinceridad que incluso su director y sus compañeros

llegaran a creer que sabía lo que hacía; todo esto era capaz de hacerlo, y si esto es «talento», entonces Malvinia Morloch poseía «talento».

—¿No es un monito encantador? —exclamó Orlando Vandenhoffen en voz baja a su buena amiga y confidente mistress Agnes Foote, la actriz que se había retirado de los escenarios de forma tan notoria una década atrás, con el fin de establecerse, como dirían en Nueva York, en el papel de «anfitriona» del anciano financiero Hiram DeHorne—. Mírala cómo recita de memoria el texto que le di anoche mismo, y observa cómo se le ilumina el rostro, ¡y cómo emplea sus bellas manitas! Y es una actriz que empieza; cualquier escolar podría alardear de tener tanta experiencia como ella.

—Es buena —reconoció mistress Foote, abanicándose con aire perezoso—, y tú eres maravillosamente afortunado; porque, si puedo preguntarlo, ¿qué más le has enseñado que haga de memoria?

Orlando Vandenhoffen, locamente enamorado de su bella joven pupila y regocijándose, sin duda, con el fulgor del encaprichamiento de ella con él, no descansaría hasta haber presentado a Malvinia a todos sus amigos y socios, y se jactaba de ella incluso ante la prensa, denominándola «la próxima Adelaide Neilson», comentario en verdad carente de tacto, ya que la bella miss Neilson había muerto recientemente, en 1880, y aún era recordada con cariño e incluso adorada por no pocos entre el público.

—Igual que miss Neilson —dijo Vandenhoffen—, miss Morloch tiene un pasado sumamente romántico, cuyos detalles no poseo el privilegio de poder revelar de momento.

Con un descarado desprecio por las costumbres de la sociedad, Vandenhoffen instaló a Malvinia en su *suite* del Plaza y la exhibió en Sherry's, Delmonico's y Park Lane, en el Saint Nicklaus, el Astor y el hotel Marie Antoinette, y en la vulgarmente suntuosa residencia de los W. K. Vanderbilt en la Quinta Avenida (donde, en un baile de disfraces de 1883, Vandenhoffen y su joven amante aparecieron como Romeo y Julieta, en medio de una multitud de «personajes históricos», incluidas figuras bíblicas, déspotas del Renacimiento, personajes de la nobleza europea derrocados y decapitados y el general Ulysses S. Grant, que apareció, no totalmente sobrio, como él mismo); le enorgulleció llevar a Malvinia del brazo en el banquete anual de la caza celebrado en el Waldorf, para el cual el comedor principal se transformaba en un bosque en miniatura repleto de animales disecados, donde ruiseñores en libertad cantaban en bosquecillos de rosales e hibiscos y uvas de invernadero colgaban generosamente en cenadores artificiales, y se servía toda clase de carne, pescado y aves —desde filete de morsa hasta lengua de colibrí— en platos de oro,

para frenético placer de los centenares de invitados.

No veía ningún daño en presentarla a Jay Gould, y a Russell Sage, y a Edward Daly (que en su mansión de Park Avenue había instalado un grifo que dispensaba champán), y a James Brady (el escandaloso Diamond Jim, cuyas atenciones en aquella época hacia una corista «portuguesa» eran tantas que su interés por Malvinia necesariamente era modesto: le envió, al Plaza, un caprichoso regalo que consistía en un caballito balancín tachonado de pequeñísimos diamantes, zafiros, rubíes y esmeraldas, y una silla de amazona de piel de armiño para que la «condesa Fifine monte en ella, desnuda»). Tan seguro estaba Vandenhoffen en su vanidad, y tan convencido de lo mucho que su apasionada joven amante dependía de él, que ni siquiera vaciló en presentar a Malvinia al notorio conquistador Nicholas Drew, en aquella época asiduo asistente al teatro y a salas de baile de dudosa reputación. (Drew, el millonario hombre del ferrocarril, pronto iba a ser blanco de las iras de los demócratas por haber sobornado con más de 200.000 dólares al «Caballero del penacho de plumas» —es decir, al despreciable James G. Blaine— para obtener numerosos favores.)

De vez en cuando, claro está, en particular a medida que transcurrían los meses, Vandenhoffen sucumbía a ataques de celos masculinos, aunque no creía en serio que Malvinia tuviera interés por ningún otro hombre, por insistente que fuera. Y también se daba el caso de que sus propios ataques de ira, imprevisibles, y las protestas y lágrimas de Malvinia añadían cierto sabor a su relación amorosa.

—No puedo creer, Orlando, que dudaras… que se te pasara por la cabeza dudar… de mi amor por ti. —A la afligida joven le temblaba la voz—. Esos regalos… estos perifollos… son simples muestras de interés pasajero; sabes cuán poco valor les doy, y con qué rapidez los desecharía si creyera que tú no lo entendías.

—No es necesario, no es necesario —dijo Vandenhoffen con frialdad, aunque con cierta prisa pragmática, por si su llorosa amante hacía el tonto y tiraba un brazalete de esmeraldas por la ventana, como si estuvieran en el escenario del Fanshawe—. Me has entendido mal, me temo.

—Pero ¿dudas de mi amor por ti? —preguntó Malvinia, mirándolo fijamente; sus ojos azules se hicieron enormes y su adorable piel se puso mortalmente pálida—, ¿de mi lealtad hacia ti?, ¿de mi sacrificio por ti?

—Dudo de todo y de nada —respondió Vandenhoffen, tironeándose con impaciencia del bigote y captando su viril reflejo en un espejo de marco dorado que colgaba en la pared—. Sin embargo, debes recordar, mi querida Malvinia, con qué rapidez huiste conmigo

de tu ciudad natal, con qué brusquedad dejaste atrás tu vida anterior. Como el astuto Brabantio observó a Otelo: «Mírala, moro, si tienes ojos para ver: ha engañado a su padre, y tal vez a ti».

Con lo que la apenada Malvinia perdió todo el control y prorrumpió en lágrimas de ira, y se habría clavado las uñas en las mejillas de no haberle agarrado su amante las muñecas para calmarla.

—¡Oh, qué cruel, qué cruel y despiadado! —exclamó y lloró con tanta pasión como si sus lágrimas y su tristeza no fueran más que una estratagema.

Así discutían Malvinia Morloch y Orlando Vandenhoffen, y en la habitación del hotel resonaban sus voces airadas, y muchos objetos inocentes eran arrojados al suelo, incluso jarrones con rosas de tallo largo y botellas de cristal llenas de vino, y los «perifollos» enviados por los numerosos admiradores de Malvinia. Discutían, se reconciliaban y volvían a discutir, con más violencia, y volvían a reconciliarse. Se presentaron quejas a la dirección del hotel, y Vandenhoffen dio generosas propinas a modo de disculpa. Hubo cenas a altas horas de la noche en Delmonico's, para Malvinia, por la que brindaban todos en la mesa, en las que bebía demasiado y se habría tumbado en el regazo de su amante para dormir, como una niña pequeña, si él no la hubiera apartado, riendo.

—¡Ah!, pero ¿me quieres? —murmuraba ella—. ¡No! ¡No me quieres! —Y se hundía de nuevo en los cojines de cuero, con media docena de zafiros reluciendo en su cabello.

Malvinia interpretaba el papel de Pauline en *La dama de Lyon*, pero Vandenhoffen insistió en que la acompañara a la costa Oeste, adonde iba de gira con *Los dos huérfanos* (una obra preferida infalible, en la que Vandenhoffen interpretaba a un villano lanzador de cuchillos, al que el público silbaba con vigor, pero que tenía el defecto de que no había ningún papel adecuado para miss Morloch). Ella accedió, pero su ociosidad la amargaba, lo que hacía que los amantes discutieran con más frecuencia que antes, por lo que acabaron expulsados de su lujoso alojamiento en el gran hotel Palace; se mudaron, con gran pompa y ceremonia, a la competencia, el Baldwin, que se jactaba de tener la barra más larga de San Francisco, una sala de billar exclusivamente para mujeres, doscientos kilómetros de cables eléctricos y carpintería interior de caoba, teca de las Indias Orientales, palisandro, ébano y palo blanco de México.

Al final de la gira de Vandenhoffen regresaron a Nueva York, a una *suite* en el Saint Regis, y circularon rumores de que pronto iban a casarse, o de que ya lo habían hecho. (¿Pero Orlando no tiene esposa e hijos en algún lugar de Europa?, se preguntaba la gente.) A pesar de

su penosa reputación, convencieron al director de la compañía del Fanshawe de que los incluyera en el reparto de una nueva versión de *Ricardo III*, en la que Vandenhoffen repitió un antiguo éxito seguro interpretando el papel del siniestro rey jorobado, odiado y sin embargo adorado por su público, y Malvinia tuvo un éxito algo menor, aunque importante también, como Ana, la viuda a la que Ricardo corteja en presencia del cadáver de su esposo.

Muchas noches los amantes discutían tras los bastidores y llevaban sus nervios crispados al escenario, de modo que el teatro se emocionaba con la pasión no disimulada —ya fuera amor, ya fuera odio intenso— que sentían el uno por el otro. Ricardo era un villano diabólico, y Ana una víctima atrapada, que lo igualaba en veneno:

> ANA: Tú fuiste la causa y el más aciago efecto.
> GLOUCESTER: Tu belleza fue la causa de ese efecto… Tu belleza, que en sueños me acosaba para que al mundo entero yo matara y así una hora reposar en tu dulce seno.
> ANA: Si eso creyera, homicida, te aseguro que estas uñas la belleza de mi rostro arrancarían.
> GLOUCESTER: No podrían mis ojos soportar tal desatino. No dañes tu belleza en mi presencia pues, así como al mundo el sol anima, ella es para mí mi luz y mi vida.
> ANA: ¡Que la noche eclipse tu luz, y la muerte tu vida!
> GLOUCESTER: No te maldigas, bella criatura: tú eres ambas.
> ANA: Ojalá lo fuera. Así de ti me vengaría.

En más de una ocasión la descarada Malvinia Morloch, fortalecida tal vez por media botella de champán francés consumida antes de la actuación, se desenvolvía tan bien en esa escena tan cercana a la realidad, que el protagonista —mascullando una maldición como si fuera realmente el rey asesino y no un actor que lo representaba— tenía que hacer una pausa para secarse la cara con un pañuelo.

—«¡Para ti mortal veneno sería!» —exclamaba Malvinia.

—«Jamás veneno alguno tan dulce origen tuvo» —replicaba Vandenhoffen… pero no siempre con la mayor sinceridad.

Y así discutían, y se reconciliaban; y Malvinia perdonaba a su amante su crueldad, y Vandenhoffen le perdonaba a ella su mal genio y la llevaba en carruaje a los grandes almacenes Thames de la calle Veintiocho, donde, como una niña, ella podía elegir lo que deseara:

guantes de piel de cabritillo, abanicos japoneses y chales de la más fina lana de Cachemira, y peines de carey con bordes de oro y espejos de mano con el reverso de oro y bombones franceses y bolsos de piel de cocodrilo.

—¡Es mi lugar favorito de todo el mundo! —exclamaba Malvinia con codicia, entrecerrados sus ojos azules, respirando con inspiraciones cortas y rápidas, mientras, con su amante junto a ella, iba en los elegantes ascensores y avanzaba, entre una multitud de compradores, por los anchos pasillos de los mayores grandes almacenes del mundo, un paraíso de costosas chucherías. (El Thames tenía ocho plantas, era una reproducción en hierro fundido de un *palazzo* veneciano con estrechas columnas, arcos y pequeñas ventanas ornamentadas, en un diseño extremadamente agradable a los ojos estadounidenses. Que P. J. Thames en otro tiempo hubiera sido un simple buhonero yanqui llenaba de asombro a Malvinia, pues era un milagro, y una hazaña muy propia del país, el que «los mayores grandes almacenes del mundo» hubieran surgido de la desvencijada mochila de un buhonero.)

—Sin duda es mi lugar favorito de todo el mundo —murmuró Malvinia, estudiando un abanico japonés de madera de sándalo—. Exceptuando, claro está, nuestra cámara privada.

Como todas las personas de corazón frío, pese a lo angelical de su rostro, Malvinia Morloch no solía reflexionar sobre la tristeza que había provocado en épocas pasadas, aunque de vez en cuando, cuando Orlando Vandenhoffen era causa de su aflicción, o se sentía furiosa por algún desaire, real o imaginario, que él le hacía en el teatro, recordaba con una punzada de emoción la Casa Octogonal y el acogedor dormitorio que había compartido con la dulce y sencilla Octavia, y el salón donde, por la noche, la familia se reunía para tocar y cantar, y jugar y leer, y disfrutar de los cálidos placeres infantiles ante la chimenea. Sentía emoción, pero nunca remordimientos o culpabilidad. Pensaba con nostalgia en sí misma cuando era niña (¡qué niña tan bonita!, exclamaban los parientes), y en Constance Philippa cuando era una joven desgarbada, tan huesuda que el corsé le bailaba; y en Octavia, que la adoraba y la mimaba y se preocupaba por ella, calentándole los pies con sus manos, o cepillándole el pelo después de lavárselo, en un largo y solemne ritual. Y allí estaba Samantha, claro está, la fea y pequeña Samantha, con aquel cabello tan hermoso que a menudo Malvinia envidiaba; y en mistress Zinn, que nunca le había perdonado, quizá, las horas terriblemente dolorosas que había tenido

que soportar al nacer Malvinia. («¡Ay, querida madre!, ¿en qué fallé?», murmuraba Malvinia en voz alta en el frío y ostentoso tocador del Saint Regis, muy por encima de la calle en la que traqueteaban los carruajes y cabriolés. «Habría sido más justo que le echaras la culpa a la providencia, o a padre mismo.»)

Con muchos suspiros, y una o dos falsas lágrimas en los ojos, Malvinia pensaba en míster Zinn; no como era en la época presente (pues no sabía cómo era entonces), sino como había sido muchos años atrás, cuando ella era una niña, ah, muchos, muchos años atrás, cuando ella era su favorita y actuaba para su gran placer. La joven naturalmente no pensaba en que míster Zinn hubiera podido sufrir una gran agonía por su culpa, o incluso que la hubiera apartado violentamente de sus afectos, pues ¿no era la favorita de su padre, la hija de la que estaba más orgulloso?

Y entonces sonaba un tímido golpe en la puerta y era su doncella francesa, que le comunicaba que un caballero había ido a visitarla, o que míster Vandenhoffen la estaba esperando en el salón, o que su agua para el baño estaba preparada, con abundante espuma generosamente perfumada con aceites Fleur de Lis y Blanc de Neige; y naturalmente olvidaba todo lo que había estado pensando, pues los pensamientos entraban y salían de la cabeza de Malvinia Morloch sin permanecer en ella mucho rato.

—¡Estoy tan asediada!, ¡tan acosada! —exclamaba Malvinia para sí, con una leve sonrisa satisfecha.

Es significativo que Malvinia sufriera una especie de amnesia y no recordara jamás los ojitos del pequeño Pip (salvo a veces en sueños, en los que estaban fijos en ella con gran seriedad y de forma sumamente humana) y no recordara jamás el pálido rostro de su hermana menor Deirdre.

En realidad, llamaba la atención por la forma en que se burlaba de la «tontería espiritista» en la que tantos parecían creer; a ella le parecía «ridículo» y «consecuencia de sobornos delictivos» que el coronel Lynes, célebre periodista que escribía para el *Daily Graphic* de Nueva York, tuviera palabras moderadas para las cualidades de médium de «Deirdre de las Sombras», después de haber puesto al descubierto con su inimitable estilo jocoso a tantas otras médiums populares.

Sin embargo, la mayoría de las veces hacía caso omiso de las historias que aparecían en los periódicos sobre esta misteriosa «Deirdre», y volvía la página con impaciencia, como si temiera que la contaminara; y cuando Vandenhoffen propuso en una cena en Park Lane:

—¿Vamos a una sesión de espiritismo en el centro, solo por curiosidad? «Deirdre de las Sombras» actúa en una elegante casa en la parte baja de la Quinta Avenida, y podría ser divertido.

Malvinia respondió con tono sarcástico, antes de que nadie pudiera responder:

—Mi querido Orlando, los espiritistas nos hacen la competencia en el teatro: no son sino actores y actrices que fingen ser otra cosa.

Y se acabó el asunto, para gran alivio de Malvinia.

No obstante, una noche lluviosa de la última semana de *Ricardo III*, cuando los asistentes al teatro acudían al Fanshawe en carruajes cerrados y las fuertes ráfagas de viento hacían vacilar la luz de gas, ocurrió algo muy inquietante que hizo ver a nuestra altiva dama que el asunto no podía pasarse por alto tan a la ligera.

La actuación de aquella noche transcurrió como siempre, quizá con un poco menos de energía, lo cual es natural después de una temporada de muchas semanas de duración. Pero, aunque Malvinia se esforzaba todo lo que podía para darle un poco de vida a su Ana, tenía la sensación —y tal vez también la tenía Vandenhoffen, que recitaba su papel de forma un tanto inexpresiva— que algo no iba bien en el teatro: se percibía una presencia extraña, fría, incómoda. Como cualquier actriz competente, Malvinia se esforzó por superar esa sensación pronunciando sus frases menos mecánicamente que de costumbre, a pesar de su desconcierto, pues percibía un par de ojos implacables entre el público, ojos que, sin dejarse atrapar por la ilusión del escenario, la veían con toda claridad.

Así que recitó sus frases, mostró ira y odio y una resignación casi coqueta, y, mientras Vandenhoffen se entregaba a uno de sus discursos más largos, su protagonista femenina aprovechó, con vacilación, para recorrer con la vista las filas de espectadores, sin encontrar nada, hasta que por casualidad levantó la vista hacia el palco que solía estar reservado para la acaudalada familia Vander Elst, donde vio algo que la traspasó hasta las raíces de su ser y, por un instante, le hizo dudar de si podría continuar con la farsa de Shakespeare, pues captó una auténtica malevolencia.

No había confusión posible: la presencia fría, plomiza, paralizante que había percibido desde el inicio de su escena podía atribuirse a dos personas que se hallaban sentadas en la primera fila del palco.

Una era una mujer de edad madura que la miraba a través de unos impertinentes, en una actitud de afectado refinamiento que contrastaba ridiculamente con su figura rechoncha y su rostro rollizo;

aquella mujer, ataviada con un vestido de seda *grande toilette* con multitud de cintas y un sombrero con una pluma de avestruz de forma y tamaño airosos, con innumerables cadenas y abalorios en torno al cuello, miraba a Malvinia con más que moderado interés, aunque no con expresión carente por completo de simpatía.

Era de la otra persona —de estatura menuda, inmóvil como una estatua y cubierta con muchos velos—, que miraba fijamente a Malvinia, de la que parecía emanar la atmósfera extraña, fría, implacable.

De haber aparecido esta presencia maligna muchos meses antes, al principio de la carrera de Malvinia Morloch; de haberse manifestado —¡suerte que no ocurrió!— la misma noche de su debut, la ascensión de Malvinia Morloch a las alturas estelares de la fama habría quedado espantosamente interrumpida; mejor dicho, habría sido anulada por completo. Pero Malvinia se había vuelto tan práctica como actriz, y tal vez tan hábil, que la siniestra presencia de la extraña persona cubierta de velos no la incapacitó, a pesar de la agitación inicial que le había producido.

Debo terminar esta escena —pensó Malvinia, presa del pánico—. No puedo permitir que me domine.

Y continuó interpretando el papel de Ana, hablando con animación, con tanto control de su expresión facial y su actitud en el escenario como pudo para disimular la inquietud que sentía. Experimentaba un curioso desapego, una insensibilidad, como si fuera simultáneamente lady Ana y la actriz Malvinia Morloch, y Malvinia estuviera separada de ambas, a pesar de que respiraba con rapidez y el corazón le latía con fuerza, e, involuntariamente, su mirada se dirigía hacia la dama cubierta de velos que estaba sentada en el palco de los Vander Elst, con la que le pareció que intercambiaba una mirada dura, directa, a pesar del velo negro con que se cubría la extraña.

Y entonces —¡gracias a Dios!— su escena con Ricardo terminó y pudo escapar del escenario, jadeante y medio desmayado.

Así que Deirdre ha venido a reclamarme —pensó en su camerino, mientras le arreglaban el peinado y ponían en jarrones unos ramos de flores—, pero ¿soy suya para que me «reclame»?

En cualquier caso, su premonición era equivocada. Después del primer acto, el palco de los Vander Elst quedó vacío. Y la presencia fría y misteriosa —la atmósfera de amenaza sobrenatural— había desaparecido.

—¡Criatura odiosa!, ¡ah, odiosa! —exclamó rabiosa Malvinia en privado, golpeando los puños—. No la conozco, no es hermana mía, no llevamos la misma sangre; ¡es intolerable que se inmiscuya en mi vida!

No le dijo nada a Vandenhoffen de lo que había percibido, pues temía su sorpresa y su curiosidad, y sus inevitables preguntas. Y seguramente querría que le presentara a Deirdre, seguramente le pediría que le concertara una entrevista…

No le habló a su amante de la inquietud que le roía el corazón, ni de la imagen de aquella siniestra figura cubierta de velos que la acosó durante muchos días y noches.

—¡Odiosa! ¡Odiosa! —murmuraba—. ¡Ah, es intolerable! ¡No lo consentiré!

Tampoco le habló del asombroso incidente que ocurrió unos días más tarde, la última noche en que se representaba la obra; un incidente más asombroso, tal vez, que el primero.

Aquella última noche, cuando el telón había bajado por última vez, los actores sintieron un gran alivio y Malvinia se encaminó hacia su camerino, deshaciendo con pericia su peinado, cuando un extraño —un apuesto joven caballero— se le acercó para entregarle un ramo de flores.

—Mi querida miss Morloch —dijo con voz fría y cultivada, mirándola con evidente satisfacción y no poca ironía—, ha sido una lady Ana soberbia; es un papel carente de sustancia, pero conmovedor. ¿Puedo felicitarla? ¿Y aceptará este pequeño tributo?

Era raro que un admirador, incluso tan bien vestido y tan evidentemente culto, pudiera abrirse paso tras los bastidores; a menos, claro está, que el director de la compañía lo conociera o tuviera alguna función especial. Este apuesto joven caballero era un extraño total. Malvinia aceptó el ramo a ciegas, con cierta confusión, y estaba a punto de preguntarle al joven quién era y cómo había llegado hasta allí, cuando él se inclinó y murmuró una despedida antes de marcharse apresurado.

—Espere —gritó Malvinia—, señor, por favor…

Lo miró fijamente mientras se alejaba. Era un extraño, y sin embargo le había resultado familiar. Y su voz, aunque era la voz de un extraño, también le resultaba familiar.

Era un joven atractivo, de unos veinticinco años tal vez, no mayor, con el pelo oscuro espeso y ondulado, partido con una recta raya en el lado izquierdo; y cejas gruesas muy definidas; la barbilla fuerte; labios bellamente delineados y suaves; una figura ágil; un aire de… ¿cómo expresarlo?, sutileza, humor, encanto, ironía: de «sapiencia». Iba

elegantemente vestido con frac, pantalones y chaleco (el chaleco de terciopelo color vino, con un estampado en hilo dorado agradable y no recargado); debía de llevar chistera y guantes. Entregó el ramo a Malvinia con tanta rapidez, la transacción terminó con tanta prontitud, que Malvinia se sintió consternada… y bastante estafada. ¡Ah, le habría gustado detener al misterioso joven unos minutos, preguntarle y conocerlo!

Entonces la nerviosa joven examinó el ramo y el lector puede imaginar su asombro cuando descubrió que no eran las rosas de tallo largo a las que estaba acostumbrada, sino un ramo de lo más curioso y sorprendente, de una clase que nunca había recibido (aunque recordaba claramente haberlo regalado): un surtido de ajadas rosas de té y flores silvestres que se distinguían por su fea palidez.

—¡Dios mío! —exclamó Malvinia en voz alta; y, en su alarma, dejó que el inusitado ramo cayera al suelo.

VI
NEGRO DE MARFIL O EL MUNDO DE LOS ESPÍRITUS

36

Pocos meses después de aquella agorera visita de Deirdre de las Sombras y de su compañera, la temible condesa Helena Petrovna Blavatsky, al teatro Fanshawe, la joven médium fue abordada por un representante de la Sociedad de Investigación Psíquica, de Gramercy Park, con la propuesta de que solicitara entrar a formar parte de la sociedad, de modo que quedara registrada como médium practicante; es decir, la sociedad quería investigarla y publicar los resultados, y le aseguraba una evaluación «objetiva» y «justa»

Madame Blavatsky, naturalmente, advirtió a su joven camarada contra semejante intromisión en la intimidad de su trabajo, explicándole con voz ronca y tono florido, con muchos abrazos impulsivos a su pequeña «Lolo» —pues este era el apodo con que llamaba a Deirdre, por razones particularmente sensibleras y desagradables—, que la famosa Sociedad de Investigación Psíquica, en otro tiempo Sociedad Fantasmalógica Inglesa, no pensaba en el bienestar de Deirdre, ni siquiera en el supuesto bienestar de sus futuros clientes, sino que simplemente quería perseguirla, acosarla, ponerla en ridículo, «crucificarla». Estaba constituida por científicos escépticos, ateos, agnósticos fanfarrones de cepa darwiniana y solo algunos miembros imparciales y muy pocos que creyeran en el mundo del espíritu y su acción en este mundo, y eran particularmente crueles con el sexo femenino, le advirtió madame Blavatsky, por razones que no quería averiguar.

—Escribirán sobre ti en los periódicos y arrojarán dudas sobre todos tus logros, y en especial sobre tus motivos —le dijo.

Madame Blavatsky era una mujer imponente, aunque muy gorda; vestía una miscelánea de faldas y esclavinas y gruesos medallones, y desprendía un olor no del todo desagradable, pero único en ella, a ajo, carne de mamífero caliente y fláccida, la fuerte acritud del tabaco

turco y ropa interior no demasiado limpia, pero no obstante resultaba imponente y no estaba acostumbrada a que le llevaran la contraria.

—Haciendo ver que desea ayudar, Lolo, la sociedad solo desea efectuar una exhibición, y disfruta en particular con el espectáculo de una atractiva joven dama atormentada en público. Lo sé, querida; lo sé muy bien. ¡Deberías haber visto cómo me persiguieron esos caballeros estadounidenses!

Deirdre no respondió; siguió mirando con ceño —¿por miedo, aprensión o simple obstinación?— la hoja de papel que tenía en el regazo, con el membrete de la sociedad en letras doradas; y madame Blavatsky, suspirando con impaciencia, lio un cigarrillo, moviendo sus regordetes dedos con experiencia y de modo mecánico.

—Pienso únicamente en lo que te interesa, hija, no solo para cumplir con mi deber, pues, al fin y al cabo, los espíritus te han confiado a mí, sino porque el vínculo que nos une es inconfundible. Recuerda que este es el país, esta es la gente que quemó brujas no hace tanto tiempo, y que alberga un fuerte odio hacia los que deseamos salvarlos y hacia las que, no puedo menos que observar, somos del género femenino. En los últimos meses, mis leales *chelas* y personas desinteresadas que desean solo que la teosofía sea tratada con respeto me han informado del grado y magnitud de la conspiración contra la fe en los *mahatmas*, y la pasión con la que se lanzan a su campaña de crucifixión contra mí. Aunque tú no eres un *chela*, querida Lolo, ni siquiera miembro de mi sociedad en el momento presente, es imposible que hayas escapado a la contaminación de Blavatsky. —Aquí prorrumpió en carcajadas, sacudiendo su enorme cabeza con tanza fuerza que se le soltaron algunos mechones de la cabellera grisácea y rizada, y el broche que le sujetaba el pañuelo escarlata del cuello desgarró el fino tejido.

Deirdre levantó sus grandes ojos oscuros al rostro de madame y dijo con voz suave:

—¿Pero la contaminación no…?

—Solo era una broma, una broma —dijo madame, inhalando humo de su largo cigarrillo marrón y alargando el brazo para dar un apretón al de Deirdre, con tanta energía que los muchos brazaletes que lucía tintinearon—. Solo les estoy leyendo la mente, querida. Pues creo que sé exactamente cómo funciona su mente.

Calmada su alegría, madame se instaló más cómodamente en su silla y fumó el cigarrillo con airado placer, y habló de nuevo de los males de la investigación científica «objetiva», de la conspiración darwiniana-luciferina para «aniquilar» la fe en lo sobrenatural y de la insistencia por parte de los *mahatmas* (en contacto cada hora con

madame, aunque escondidos en el Tíbet, en los más remotos santuarios de las montañas) en que la joven pupila de madame evitara a la célebre sociedad, o de lo contrario lo lamentaría. Exhalando el humo, tosiendo y agitando sus manos llenas de anillos, madame habló en particular de la perversidad de un tal Percy Dodd, presidente de la delegación de Nueva York de la Sociedad de Investigación Psíquica, y, por supuesto, aunque esto había ocurrido unos meses antes de la llegada de Deirdre, lo calumnioso del infame coronel Lynes, que se había atrevido a expresar en letras de imprenta en el *Graphic* (un periódico en sí mismo difamatorio) que la condesa Helena Petrovna Blavatsky era una impostora… e incluso había puesto en duda sus antecedentes aristocráticos.

—El más grave, el más imperdonable de los insultos —dijo madame con voz baja y fiera—. ¡Ah, los rusos sabemos lo que es buscar una justa venganza sobre nuestros enemigos!, ¡lo hemos conocido durante muchos siglos! Mi padre, como te he dicho, era capitán de la artillería montada en el ejército del zar, y no escatimaba el castigo a los que se amotinaban entre sus filas, o a cualquier enemigo de la madre patria, fueran cuales fueran los sentimientos de su corazón. La menor infracción de las reglas podía suponer para un joven cadete mil golpes con la vara ante el cuerpo entero reunido, tras asegurarse mi padre de que el médico de la compañía se hallaba cerca, atento, dispuesto a intervenir cuando pareciera que el corazón del muchacho estaba a punto de pararse. Azotes, latigazos, muertes por pelotones de fusilamiento… Cruel, dirás tal vez, con tus ideas del Nuevo Mundo, pero no obstante necesario, como siempre han sabido los zares. En realidad, si un soldado moría al ser castigado, los golpes proseguían hasta terminar el castigo que había sido impuesto. Pero me estoy yendo por las ramas; estoy soñando —dijo madame con una leve sonrisa. Fijó sus grandes ojos de reptil en el rostro de la muchacha y recitó con voz de falsete un fragmento de la difamatoria pieza de Lynes—: «No consideramos a esta “condesa” rusa ni portavoz de videntes tibetanos escondidos, como ella y sus compañeros teósofos afirman, ni simple y vulgar aventurera: creemos que Blavatsky tiene derecho a ser recordada como una de las más redomadas e ingeniosas impostoras de la historia».

Madame se estremeció, con lo que su formidable corsé crujió y la carne del cuello le tembló. La expresión de sus grandes ojos con bolsas era de verdadero desprecio; sin embargo, su actitud traslucía cierta orgullosa satisfacción, pues ser anunciada, en letras de imprenta, como «redomada», «ingeniosa» y «única en la historia» sin duda era una hazaña notable para una empobrecida inmigrante rusa que había

llegado en 1873 a nuestras tolerantes costas viajando en tercera clase, con otros miles de variopintos europeos. En realidad, madame citaba con tanta frecuencia al coronel Lynes a todo el que quisiera escuchar, que uno no puede menos que sacar la conclusión de que disfrutaba con sus palabras, aunque la enfurecieran.

Exhaló el humo azul en una gran nube y lo apartó con gesto mecánico, pues a Deirdre le lloraban los ojos y le escocía la garganta en presencia de los fuertes cigarrillos de madame, si bien la joven era reacia a revelar su incomodidad.

—Sí, sí, conocer a los propios enemigos…, conocerlos y guardarse de ellos…, prever, planear la estrategia y las armas… es un rasgo ruso, y noble; pero me temo que es algo ajeno a ti y te pone tensa de desagrado —dijo con afable despreocupación, haciendo un guiño en dirección a Deirdre—. Pero yo soy mucho mayor, mucho más tristemente sabia, con la sabiduría que proporcionan muchas vidas, de las cuales no hablaré de momento, pues es inadecuado y solo nos inquietaría a las dos. Pero debes tener presente, hija, que tu carrera como médium se encuentra en sus primeras etapas, por mucho que te hayan aclamado los que creen en ti, y por mucho que el interés aumente día tras día entre los que no creen; tampoco importan los honorarios, regalos y ofertas de hospitalidad que derramen sobre ti, sin que tú des señal de advertirlo (¡ay, eres tan encantadora!, ojalá no cambies nunca). Sin embargo, tu carrera aún está en las primeras fases y puede muy bien incluir, en su madurez, una esfera de influencia de naturaleza internacional, que no dudo en pronosticar que te proporcionará una buena cantidad de riqueza. En realidad, si yo no estuviera totalmente entregada a mi propia carrera, a la sabiduría de mis *mahatmas*, me inclinaría a ponerte más a salvo bajo mi protección y a ser tu madre terrenal; no, mejor, tu padre y tu madre… pues eres tan inocente, querida Deirdre, y estás tan sola…

Otra joven dama, de constitución más normal, por no decir más delicada, se habría ruborizado ante tan florido estallido, pero la pequeña Deirdre se limitó a seguir mirando fijamente a la mujer mayor, con el rostro tan inexpresivo como una máscara de yeso y casi igual de pálida. Era cierto que desde el modesto comienzo de las actuaciones de Deirdre de las Sombras como médium, unos años atrás, en Boston, había reunido una buena cantidad de recompensas materiales, incluidos regalos de dinero en efectivo (en envoltorios tan variados como bolsas de piel de cocodrilo y monederos de hilo de oro, y conmovedores pequeños volúmenes que contenían fotografías de niños muertos en sus ataúdes, niños cuyas almas, ahora debidamente situadas en el mundo del espíritu, podían hablar con sus

desconsolados padres gracias a la facultad de la médium); era cierto que había recibido una gran cantidad de regalos, algunos mucho más valiosos que otros, aunque todos honorables; ¡y cuántas invitaciones! En la actualidad, por ejemplo, Deirdre vivía en Nueva York como invitada de la viuda de Holtman Strong, una mujer con intereses más que corrientes por lo oculto y recursos económicos más que corrientes (su esposo, el difunto Holtman Strong, había sido uno de los primeros que invirtieron en el ferrocarril de Little Rock y Fort Smith y socio de los Du Pont, quienes, últimamente, habían decidido eliminar el «de Nemours» de su apellido); mistress Strong había cedido a Deirdre para su uso la primera planta de su suntuosa mansión, en el número 2 de la Quinta Avenida, junto con un pequeño séquito de criados y su propia berlina de dos asientos. (Mistress Strong era una mujer con la apariencia de una anciana, aunque en realidad no era mucho mayor que madame Blavatsky, que tenía cincuenta y tres años; sus pérdidas por fallecimiento en los últimos tiempos —esposo, hija, nuera, nieto pequeño— la habían afligido tanto que su salud, tanto psíquica como física, se había visto amenazada. Es fácil imaginar la gratitud de la viuda porque Deirdre de las Sombras había podido ponerla en contacto con algunos de sus seres queridos fallecidos, y, en dos ocasiones distintas, invocar la forma ectoplásmica de míster Strong.) Era cierto, como observó madame Blavatsky, que la carrera de Deirdre se hallaba todavía en sus primeras etapas y que prometía una buena cosecha en los años venideros; pero no era completamente cierto que la inescrutable joven dama no reparara en estos hechos mundanos, por no decir materialistas.

Examinó el rostro de madame, tosco y deteriorado aunque aún bastante bello, con sus pómulos mongoles y sus ojos casi ostentosamente «hipnóticos».

Transcurrió un largo momento; la sonrisa de madame se volvió algo forzada y las arrugas de la comisura de la boca bastante más pronunciadas.

—El hecho de que la Sociedad de Investigación Psíquica haya sido poco amistosa con su causa sin duda es de lamentar —dijo Deirdre lentamente, con voz tan suave que madame tuvo que esforzarse para oírla—, y el ataque del coronel Lynes en particular es odioso; pero la curiosidad de la sociedad por mí es algo muy distinto, porque, como explica en su carta míster Dodd, una investigación juiciosa me despejaría el terreno para que me invitaran a ingresar en la sociedad como médium practicante y, en realidad, con licencia. Me volvería respetable, aunque el caballero no lo diga así. Y, como solo el tres por ciento de las médiums investigadas por la sociedad son consideradas

legítimas y se les concede la aprobación de la sociedad, no puedo sino pensar que se trata de una feliz oportunidad, que me ayudaría en gran medida en lo que usted llama, madame, tan amablemente, aunque quizá con demasiada ambición, mi carrera. Y por tanto…

—¡Cuidado, Lolo, cuidado! —la interrumpió madame, agitada, haciendo caer ceniza sobre su regazo—. Capto la dirección de tus pensamientos y debo advertirte: la sociedad se compone en su mayor parte de individuos celosos y codiciosos, almas en un plano de encarnación muy bajo, y ateos en el sentido más extremo. Son hombres de ciencia, a la que han convertido en su religión, una religión opuesta a todo aquello en lo que nosotras creemos, y que se dedican a erradicar tu influencia. No, no y no —dijo madame, meneando con énfasis su gran cabeza—. No puedo permitir que pienses en esta locura. Creía que te había explicado que estas personas son tus enemigos naturales, y cómo disfruta mi sangre rusa peleando con enemigos jurados, con el espíritu del zar; pero según nuestros términos, querida Lolo, no los suyos. ¡Pelear en el refugio mismo del enemigo, en el propio cuartel general de la sociedad! Locura, orgullo, temeridad luciferina…

Deirdre permanecía sentada sin moverse, mirando fijamente la punta de la bota de madame, y una leve sonrisa asomó a sus labios, evanescente como una luciérnaga. Quizá porque ella y madame hablaban en el salón de la casa de mistress Strong y no en el de madame, en la lamasería de la calle Cuarenta y siete, disfrutaba de cierta calma y de cierta obstinada fuerza; quizá debido a que la decisión en realidad no era suya, sino que estaba guiada por el mundo del espíritu, podía soportar la avalancha de palabras de madame y su aún más tempestuoso derroche de emoción. ¿O era simplemente una manifestación retardada de la tozudez de Deirdre, observada muchas páginas atrás en esta crónica, en la ocasión, recordará el lector, en que fue raptada en el globo hacia un destino que nadie podía haber previsto? Mucho tiempo atrás, los Zinn y los Kiddemaster decían entre susurros: «Deirdre hace lo que quiere» y «Deirdre es una joven con problemas» e incluso, ¡con qué inquietante visión!, «Deirdre está hechizada»; sin embargo, ni siquiera los más atrevidos entre ellos (Malvinia, puede ser, o la tía abuela Edwina) habrían podido pronosticar a qué extremos podía llevarla aquella tozudez, o a qué fugitiva compañía.

Madame había estado hablando rápidamente durante unos minutos, con sus ojos abolsados resplandecientes de humedad (producto más de la ira que de la tristeza), esparcida generosamente sobre su gran pecho la ceniza de su cigarrillo turco; luego se

interrumpió, respirando roncamente, esperando a que Deirdre hablara y le respondiera. No habría hecho falta ser un observador muy agudo para darse cuenta de que la mirada de la joven dama se había vuelto vidriosa y que su respiración era muy reducida; parecía más una estatua de cera que un ser vivo, caliente y con sentimientos.

«¡Qué amargado está tu corazón!, ¡tu corazón!», eso dijo una débil voz argentina que brotó del rincón más oscuro del salón, donde una gruesa cortina de brocado se movió apenas perceptiblemente, como impulsada por una brisa estival; pero no era verano, y las ventanas estaban cerradas.

Madame no oyó, o, como era veterana de semejantes fenómenos, decidió no dejarse distraer. Siguió mirando fijamente a su joven pupila, aguardando una respuesta.

Y la respuesta llegó, aunque lenta, vacilante, grave y astutamente enérgica.

—Es el deseo de los espíritus, querida madame —dijo Deirdre, sin apenas mover sus pálidos labios y con la mirada aún vidriosa e imperturbable— y no el mío, que acepte la propuesta de míster Dodd, que siga adelante sin miedo, segura de la amorosa protección de ellos y de mi propia capacidad; que me dedique a acercar más los dos mundos. No es mi deseo, madame, sino el de los espíritus, y no puedo más que acceder.

37

Cuando Deirdre Bonner no tenía más que cuatro años de edad, contrajo una cepa de sarampión especialmente virulenta y se vio obligada a guardar cama con una fiebre de cuarenta grados. Sus afligidos padres la velaban por la noche, día tras día, temiendo que pudieran arrebatarles su pequeño ángel, pues muchos niños han muerto de una enfermedad tan insignificante como el sarampión, y la piel de la pobre Deirdre casi ardía al tacto.

Una noche, cuando sonaban las doce campanadas de medianoche en la vieja Trinity Church, a menos de un kilómetro de distancia, al matrimonio Bonner les pareció que en la habitación de su niñita flotaba algo muy extraño. Mistress Bonner, dejando la Biblia (pues ella y su esposo la habían estado leyendo por turnos, sobre todo los Evangelios), susurró:

—¿Quién está ahí? ¿Hay alguien presente?

Deirdre, inquieta, movió la cabeza en la almohada, temblándole los párpados de oscuras pestañas, y apretó y aflojó sus pequeños puños; emitía un leve calor radiante debido a la fiebre.

—¿Quién es? —preguntó la asustada mujer—. ¿Qué quieres?

Su esposo intentó calmarla, cogiéndole la mano con fuerza, y después ambas manos. No había nada presente, le aseguró en un susurro; nada; debía calmarse, o de lo contrario Deirdre se inquietaría.

A pesar de la valiente afirmación de míster Bonner, pronto fue evidente que en la habitación, con ellos, había algo: una neblina, un resplandor, una presencia vacilante, pulsátil. Sonaron las grandes campanas de la vieja Trinity Church y se hizo el silencio, salvo por el leve eco de su sonoridad, que pareció quedar retenido en la habitación de la enferma, como si de pronto el tiempo se hubiera detenido.

—¡Oh, Dios mío!, ¿qué es, quién eres, qué quieres? —preguntó la aterrada mistress Bonner, mirando como loca alrededor, sin ver nada

salvo sombras ondulantes que saltaban hasta el techo y se fundían una con otra, arrojadas por las varias velas que ardían y la lámpara de queroseno de la mesilla de noche—. ¡No habrás venido, ¿verdad?, a buscar a mi niñita!

Durante unos largos instantes el resplandor pulsátil recorrió la estancia, ya rondando en un rincón, sobre un viejo armario de nogal, ya arrastrándose con indolencia por el techo, ya temblando al pie de la cama de la niña enferma. Míster Bonner, tan aterrorizado como su esposa, siguió aferrándole las manos, pero no decía una palabra; después, afirmaría que habría sido incapaz de hablar aunque hubiera querido hacerlo, pues tenía la garganta atenazada y los dientes apretados con fuerza. (¡Ay, cómo se podría dirigir una plegaria a nuestro Padre Celestial en semejantes circunstancias!, porque, al parecer, la proximidad de espíritus, ya bendecidos por Dios o abiertamente condenados, desorienta incluso a los buenos cristianos y desata toda clase de terrores infantiles de forma que uno no puede actuar, y solo con el tiempo uno puede decir. Ah, sí, debería haber hecho esto, ¿por qué me quedé paralizado e impotente?) Las preguntas de mistress Bonner también dejaron de oírse, quizá por miedo, y la mujer se quedó en silencio y en una inmovilidad que coincidía con lo que más tarde dijo su esposo de sí mismo; como si una voz silenciosa que surgía de la memoria la instruyera, parecía comprender que transmitiría su agitación a la pequeña Deirdre e interferiría en su proceso de curación.

Y así transcurrieron unos minutos, entre quince y veinte, según calculó después míster Bonner, y la temblorosa y sombreada neblina se cernió sobre la cama, y el sueño agitado de Deirdre se calmó y el movimiento de sus ojos tras sus párpados febriles cesó y su respiración se hizo suave y rítmica, y el olor leve pero claro de la fiebre y la enfermedad se suavizó, y mientras los Bonner seguían cogidos de la mano con fuerza, su hija de pronto abrió los ojos y, sonriendo, les aseguró con voz nítida:

—Querida madre, querido padre, id a dormir y estad tranquilos: no moriré.

Y la niña se hundió de nuevo en su almohada de plumas de oca y se sumió en un pacífico sueño.

—¿Quién te ha venido a visitar, Deirdre, durante la noche? —le preguntó su madre, con cautela por la mañana, mientras le enjuagaba la cara con agua tibia—. ¿Recuerdas si alguien, o algo, te ha visitado mientras dormías?

Deirdre parpadeó y sonrió a su madre, y bostezó con más energía de la que había demostrado en muchos días; y se le formaron hoyuelos en las mejillas, en un gesto —¡ay, qué bien recibido!— de simple travesura.

—Tú y padre habéis estado conmigo toda la noche —dijo—. Lo habríais visto, ¿no?, si hubiera venido alguien.

Mistress Bonner pensó unos instantes, pues, hay que decirlo, era un alma no muy compleja, y solo pudo reiterar su pregunta: si Deirdre recordaba que algo o alguien la había visitado mientras dormía.

Deirdre ahogó una risita y se removió bajo la colcha como una pequeña anguila y dijo, exactamente con el espíritu travieso que se espera de una criatura sana de cuatro años:

—Si estaba dormida, ¿cómo podía verlo? ¡Si tuve los ojos cerrados todo el rato!

Y se rio y se escondió bajo la almohada, y estaba tan encantadora que el corazón de mistress Bonner se hinchó de amor por ella y de simple gratitud, y abrazó el cuerpecito cálido de su hija y le llenó de besos las mejillas aún sonrojadas, y el asunto quedó zanjado.

¡Cuánto se habrían asombrado los Bonner, gente sencilla temerosa de Dios, si hubieran visto el futuro y sabido que su hija se convertiría en una de las más celebradas médiums de los años ochenta!, comparada por los espiritistas aficionados (ya devotos creyentes u observadores objetivos) con el mayor médium de todos los tiempos, Daniel Dunglas Home, y grandemente preferida a sus rivales mistress Whittaker, mistress Guilford y Ambrose Tollers. Pues, aunque la pequeña Deirdre en su infancia exhibía una serie de extraños talentos y parecía ser el centro, y quizá incluso la causa, de fenómenos inexplicables, nunca fue una presencia tan inquietante como Home de niño (que alteraba tanto la casa en la que residía que fue acusado de traer el demonio a ella y lo expulsaron), o mistress Guilford niña (de soltera Parshall, de la que se decía que, en la cuna adornada con cintas, un verdadero coro de ángeles le cantaba para que se durmiera y era mecida por manos invisibles, e incluso se alimentaba por medios invisibles); tampoco había leyendas sobre ella como sobre Helena Petrovna Hahn niña (de la que se decía que había causado la muerte a un siervo de catorce años cuando ella solo contaba cuatro: invocó contra él a las *russalkas* o ninfas hadas rusas, y el muchacho se ahogó en un río).

Deirdre era una niña tímida, excitable y sensible, del tipo denominado «muy nervioso»; inteligencia claramente por encima de lo normal; como un hada, melancólica y seria; a veces notablemente

madura, y en otras ocasiones infantil y caprichosa. La maestra de la escuela de Bloodsmoor la alababa diciendo que era su mejor alumna, e incluso se preocupaba porque pasaba mucho tiempo enterrada entre libros y recopilando largas listas de vocabulario y ortografía (pues a la niña le gustaban sobremanera las palabras, tanto su sonido como su significado); pero no informó a los Bonner que en ocasiones podía ser «diabólicamente» traviesa. Por ejemplo, mentía. Inventaba historias complicadas y completamente falsas. Y, si bien no robaba nada, escondía cosas, y jamás admitía lo que había hecho.

Los Bonner querían tanto a Deirdre que eran reacios a castigarla, o incluso a disciplinarla con dureza. Era una niña proclive a sueños turbulentos y pesadillas, y a súbitos pensamientos (o visiones auténticas) terribles; y, durante un tiempo, los Bonner temieron que pudiera estar tísica. (Es interesante recordar que D. D. Home era tísico, y declaraba abiertamente que los espíritus acudían a él fácilmente cuando el lado físico de su naturaleza estaba limitado.) La niña veía cosas, oía cosas, incluso parecía oler, tocar y degustar cosas que no eran evidentes para nadie más; sin embargo, no estaba claro si entendía que estas cosas habitaban solo en un mundo invisible o interno, pues los niños confían tanto en la experiencia que raras veces se cuestionan sobre la realidad que los rodea. Y muchos son los niños normales que mantienen diálogos espirituales con compañeros de juegos invisibles, y retozan y se divierten en reinos imaginarios.

Una vez, a los siete años, Deirdre acudió corriendo a mistress Bonner y balbuceó, con gran excitación, que había visto una figura «brillante» vestida con una larga túnica blanca, con un «círculo de luz» en torno a la cabeza y «alas como de halcón»: un arcángel, al parecer, y mucho más alto que míster Bonner. Poco después dejó perpleja a una vecina de Bloodsmoor al observar con indiferencia que su hijo se hallaba en un «barco en llamas», lo cual resultó que se refería al hecho de que el joven, marinero en la Armada, en ruta hacia la América rusa (Alaska), yacía en cama con fiebre alta, si bien posteriormente se recuperó. En más de una inquietante ocasión la niña, hablando siempre con voz espontánea y lúcida, dijo con seguridad que en un breve plazo alguien moriría. (Y nunca se equivocaba, aunque los Bonner deliberadamente no le hacían mucho caso, pues no querían estimular a Deirdre ni que sus poderes llamaran la atención entre los aldeanos, que podrían malinterpretarlos.)

Podía encontrar objetos perdidos en la casa, y, si le llevaban un objeto que habían encontrado (un anillo de mujer, por ejemplo, descubierto en la calle), podía describir a su propietario e incluso balbucear un nombre probable. Una vez, volviendo las ajadas páginas

de un viejo ejemplar de *El progreso del peregrino*, que míster Bonner poseía desde siempre, que él recordara, la niña cerró los ojos y describió, con una sonrisa angelical, al hombre de cabello blanco con el bastón nudoso y la extraña mancha roja en el ojo izquierdo que había sido el abuelo de míster Bonner y que había muerto veinte años antes. Dejó perplejos a sus padres al decirles, una tarde de invierno, que había conocido junto al río a un «amable anciano», y a continuación describió un personaje vestido con lo que debía de ser un traje holandés que se remontaba por lo menos a la década de 1660, cuando los Kiddemaster habían conquistado la zona para la corona británica; en otra ocasión, más inquietante, corrió a ellos bañada en lágrimas y les habló de un «capitán Furioso» cuyo uniforme estaba empapado en sangre y que le gritaba desde lo alto de una colina que fuera junto a él enseguida, de lo contrario los castigaría a ella y a los Bonner. «¡Pequeña Deirdre! —le gritaba—, ¡hijita, ven conmigo enseguida!»

A diferencia de las otras presencias, este «capitán Furioso» era horrible y Deirdre huyó de él llorando, aunque al parecer no reconoció que no tenía sustancia, sino que era lo que vulgarmente se llama un «fantasma».

—No vuelvas a venir de la escuela por ese camino —la previno su madre, calmándola—; has de ir con los demás y no pasear sola.

—¿Me cogerá si voy sola? —preguntó la temblorosa niña.

—No te cogerá —respondió mistress Bonner—. Nadie te cogerá, pues tu Padre Celestial vela por ti; pero es más prudente que permanezcas con los otros niños, y que no atajes por los campos o por el cementerio.

—¿Vive en el cementerio? —preguntó dudosa la niña—. Lo veo en lo alto de la colina. Su caballo está muerto a su lado.

—Vive en numerosos sitios —dijo su madre—. Pero debes obedecerme, Deirdre, y venir directamente a casa al salir de la escuela. ¿Me oyes?

—¿El capitán me cogerá si soy mala? —preguntó Deirdre, mirando a su madre con enormes ojos implorantes—, ¿si desobedezco?

—Te he dicho que el capitán no te cogerá, ni a ti ni a nadie —respondió mistress Bonner, abrazando a la asustada niña—, pero debes obedecerme, Deirdre, ¿lo entiendes? De lo contrario… de lo contrario… no puedo prometerte nada, no sé lo que ocurrirá.

Mas resultó que los Bonner iban a morir en la epidemia de tifus de 1873, junto con otras treinta personas de Bloodsmoor, y Deirdre, que

tenía nueve años, en quince días iba a quedarse huérfana, atraque bajo la protección del reverendo Hewett y de su esposa, que juraron a la moribunda mistress Bonner (una visión patética, con la boca convertida en una masa llena de ampollas producidas por la fiebre y los ojos hundidos en sus oscuras cuencas, y el cuerpo reducido a piel y huesos por la implacable fiebre y las hemorragias intestinales) que no permitirían que las autoridades civiles internaran a Deirdre en un orfanato.

—Hay que cuidar de ella… Es de sangre noble… no puede… no puede ser arrojada al abismo —deliraba la moribunda, y fue lo único que las enfermeras pudieron hacer para calmarla y para que su alma recuperara algo parecido a la calma y muriera en paz.

¡Pobre Deirdre! ¡Pobre niña!

Sin embargo, no muchas semanas antes, tras un largo paseo dominical con sus padres, cuando los tres se encontraron por casualidad con John Quincy Zinn, Deirdre había visto, en un ensueño de naturaleza particularmente nítida, el vasto mundo de las sombras envolviendo a sus amados padres, aunque por supuesto en ese momento la inocente niña no podía conocer la importancia de la visión ni el terrible sufrimiento y pesar que significaría para todos.

Su alegre paseo dominical los había llevado junto al río, un poco más lejos de lo que era habitual (pues el aire de marzo resultaba agradablemente templado y el sol estimulante, y la pequeña Deirdre corría delante, gritando y riendo, obligando a sus padres a seguirla), de modo que, sin saberlo, se encontraron en la zona llamada campo de Kiddemaster, no muy lejos del cañón de Bloodsmoor; un terreno particular, hablando en sentido estricto, aunque abierto al público para semejantes paseos y excursiones dominicales. (La caza de cualquier tipo estaba, naturalmente, prohibida, y los diversos guardabosques del juez podían expulsar del territorio a cualquier persona que les pareciera indeseable, pues en el curso de muchas décadas se habían producido numerosos lamentables accidentes con armas de fuego, ya que los guardabosques de los Kiddemaster se excedían un poco en su deseo de proteger la propiedad y los animales de sus dueños contra las incursiones de extraños.)

Deirdre corría delante, hermosa de ver con su bonito abrigo amarillo, gorro de lana y botitas marrones, y sus padres la seguían, mistress Bonner cogida firmemente del brazo de míster Bonner: la viva imagen de la familia feliz. En realidad, Herman y Catherine Bonner, de los que se sabe relativamente poco, salvo su edad (cuarenta y treinta y siete años, respectivamente) y su devoción religiosa y amor por su hija, sorprendían a los aldeanos que por casualidad se cruzaban

con ellos en semejantes ocasiones, haciendo alarde de inocente felicidad familiar, cristianos notables y excelentes, no bellos físicamente, quizá (pues míster Bonner sin duda era corto de talla y tenía el semblante muy estrecho, y mistress Bonner era corpulenta y fuerte, con el rostro redondo y la tez salpicada de manchas, muy diferente, no se puede menos que observar, de la pequeña Deirdre), ni lo que podría llamarse, en términos vulgares, de mente aguda o ingeniosos. No obstante, eran cristianos temerosos de Dios y fieles miembros de la parroquia de Trinity, y se decía que míster Bonner había desempeñado plenamente, y sin quejas, sus responsabilidades directivas en la fábrica Kiddemaster, por lo que había recibido una inusual cantidad de alabanzas de sus superiores, que eran muy exigentes, y, con ocasión de su temprana muerte, la expresión de profundo pesar y la observación de que «sería en verdad difícil sustituir a un empleado tan cumplidor y tan leal».

El cañón de Bloodsmoor, como el lector tal vez sepa, es una región de terreno notoriamente escarpado, donde son frecuentes las nieblas repentinas, los vientos fríos y los descensos inexplicables de temperatura. Hay sobrecogedoras simas que parecen abrirse a las entrañas mismas de la Tierra, y abruptos riscos y salientes, y contrafuertes naturales de granito y sílex, atractivos a la vista pero temibles y a menudo inquietantes. En resumen, no es un lugar tan pintoresco como uno, movido por románticas expectativas, podría desear: demasiado pintoresco, en realidad, para alguien cuya sensibilidad se inclina hacia lo moderado y lo civilizado y se aleja de lo atrevidamente salvaje.

Deirdre, una chiquilla de nueve años, corría con despreocupación hacia este lugar escabroso, y sus padres, que la llamaban inútilmente, se veían obligados a seguirla. Su talante era alegre y bondadoso, pues el día de marzo era notablemente cálido, y no veían ningún peligro en que su impetuosa niñita desahogara sus energías, pues a menudo caminaban y paseaban por campos accidentados y, en más de una ocasión, se habían creído perdidos —o casi— en los bosques de robles, arces y fresnos que rodeaban la aldea de Bloodsmoor.

De manera que seguían su camino, mistress Bonner aún cogida del brazo de su esposo, en un gesto de marital dependencia e inofensiva muestra de afecto en público, sin pensar en serio que Deirdre pudiera perderse, hasta que se dieron cuenta de que el alegre abrigo amarillo no se hallaba a la vista y de que, cuando gritaban: «¡Deirdre! ¡Deirdre!», sus voces quedaban ahogadas por el rugido sordo de agua que caía.

Naturalmente, los padres de Deirdre enseguida se preocuparon, y

mistress Bonner, que era de temperamento algo excitable, inclinado, tal vez, a la histeria cuando ocurría lo que ella concebía como una amenaza física para su hija, gritaba a pleno pulmón, porque ¿y si Deirdre resbalaba y se torcía el tobillo o se rompía una pierna en algún saliente de roca?, ¿y si —¡Dios no lo quisiera!— perdía pie y caía de cabeza a uno de los cavernosos túneles en los que se derramaba el agua, formando espuma, y desaparecía de la vista?

Los Bonner se apresuraron a ir en busca de su impetuosa hija, llamándola una y otra vez, imaginando a menudo que la vislumbraban delante —su abrigo amarillo, su bonito gorro blanco— y luego se quedaban amargamente decepcionados y redoblaban sus esfuerzos.

—¡Deirdre! ¡Deirdre! ¿Nos oyes? ¿Dónde estás? Querida hija, ¿nos oyes? ¿Estás escondida? Deirdre…

En el cañón y a ambos lados crecía la vegetación más extraña —nudosos árboles sin nombre, grandes arbustos y matorrales espinosos, y juncos y hierbas marchitas de toda clase, de aspecto afilado como espadas—, vegetación que, al menos para el ojo no acostumbrado a la botánica, parecía de tamaño extrañamente grande, como si asomara amenazadoramente de un paisaje de sueño. Sin embargo, me veo obligado a decir, para no confundir al lector, que el paisaje era de una gran belleza: una belleza exuberante de cascadas, simas profundas y arrecifes de granito, y enormes hayas que parecían poseer, en sus innumerables ramas y robustos troncos, la mágica autoridad de criaturas míticas como antiguos gigantes o dioses de alguna clase, puramente paganos e imposibles de imaginar…

Cuando la preocupación de los Bonner amenazaba con alcanzar el nivel del pánico, salieron del terreno sembrado de piedras para entrar en una especie de meseta, formada por rocas de granito planas, y allí, para su inmenso alivio, vieron el abrigo amarillo de su hija, podemos imaginar con qué exclamaciones de alegría, seamos o no padres. Mas, al instante siguiente, se alarmaron al ver que la niña no se encontraba sola, sino conversando con un extraño: un hombre extraordinariamente alto y de complexión muy robusta, con el cabello rubio y larga barba, no reconocible de inmediato por su atuendo como un caballero. (Pues este personaje no solo iba vestido de un modo algo rústico, con chaqueta de cuero y pantalones no ahusados, sino que no llevaba sombrero; en realidad, su cabello rubio brillaba bajo el sol y, de pronto, dio la impresión de ser preternatural.)

La pequeña Deirdre y el alto extraño hablaban con evidente animación; la niña charlaba feliz, sin duda como solía hacer, y el extraño se inclinaba hacia ella, con los dedos extendidos sobre los muslos, haciendo gestos de asentimiento con aire de satisfacción. Una

escena cálida, que proporcionó a los Bonner un gran alivio y no poca alegría; y, sin embargo, en cuestión de instantes, se apoderó de los Bonner un repentino terror… pues aquella figura masculina poseía una cualidad que no era completamente normal.

Puede que fuera debido a la brillante luz, o consecuencia de los nervios crispados de los Bonner, pero el extraño que se inclinaba sobre su hija parecía poseer una altura no natural —quizá tres metros o más — y daba la impresión de que su semblante sonriente sonreía demasiado, lo que producía el efecto, o casi, de un rayo o faro. Los rubios bucles, ondulándose movidos por una brisa imperceptible, relucían con extraordinaria intensidad. ¿Era aquella criatura alguna clase de mago?, ¿un brujo, un hombre que parecía la encamación misma de la siniestra atmósfera del cañón? No obstante, tan robusto y ancho de hombros era el hombre, y tan generosa sonaba su profunda risa, que sin duda no podía ser nada tan insustancial, tan lastimosamente exiguo como un fantasma.

Cuando se acercaron valientemente, los temblorosos Bonner vieron, sin duda con enorme alivio, que el hombre en verdad no era un extraño, sino un caballero de primera: nada menos que John Quincy Zinn.

Un final feliz, pues, a un episodio teñido de bastante alarma: el corazón se llena de alegría al ver de nuevo a los Bonner acercándose presurosos a su traviesa niña y envolviéndola en un abrazo, profiriendo exclamaciones y amonestando, y jadeando de alivio y simple gratitud, y expresando disculpas a míster Zinn… pues el momento era muy emotivo, y hay que perdonar a los Bonner si su corazón latía salvajemente y las lágrimas acudieron a sus ojos, con una mezcla de alegría, alivio y reprensión paterna.

Sin embargo, en un instante todo quedó aclarado. Deirdre había llegado a la meseta de rocas planas y míster Zinn, cautivado por el silencio y completamente absorto —como él lo expresó— en la «soledad del Ojo Divino», se volvió para verla… con cierta sorpresa al principio (pues naturalmente no esperaba ver a una niña en aquel lugar, ni ninguna figura humana, en realidad), y después estuvo encantado y divertido. Porque ¡qué encantadora jovencita era Deirdre, con su gorro de lana y sus elegantes botitas de piel de becerro, nuevas de la anterior Navidad!

Los Bonner, conscientes de su intrusión en el ensueño de míster Zinn (era evidente que el célebre inventor había visto interrumpida de pronto su profunda meditación, no un simple ensueño ocioso), y

conscientes aún más dolorosamente de la posición social tan diferente que ocupaban, se habrían apresurado a regresar a casa de inmediato, arrastrando consigo a su hijita, de no haber sido porque el apuesto míster Zinn, con la aristocrática caridad de su familia política, los Kiddemaster, y la aún más impresionante espontaneidad de la afabilidad de su propia naturaleza alegre, los invitó a todos a visitar su taller; compartir allí una taza de té y una colación ligera, y unos minutos de muy necesario descanso, antes de iniciar su paseo de vuelta a casa.

Los Bonner declinaron esta amable invitación, sonrojándose y protestando, pero míster Zinn insistió tanto y Deirdre se animó de tal modo ante su insistencia que, al cabo de unos minutos, los Bonner accedieron y, llevando míster Bonner a la agotada niña en brazos, se encaminaron hacia la cabaña, que se hallaba a menos de cien metros de distancia, en un promontorio de granito que daba a la sima más profunda del cañón.

La cabaña estaba hecha de simples troncos de abedul, con ese estilo de construcción especialmente resistente a la intemperie propio de los pioneros suecos y finlandeses que llegaron al Nuevo Mundo a mediados del siglo XVII, y desconocido —si la historia legendaria dice la verdad— por los colonos ingleses y alemanes e incluso por los holandeses. Los Bonner, sumamente complacidos con la hospitalidad de míster Zinn, dieron menos muestras de disfrutar la visita que la pequeña Deirdre, pero no obstante se sintieron complacidos cuando les ofreció té de Ceilán fresco y deliciosos pastelillos de dátil y nuez confeccionados (como mencionó de pasada míster Zinn) por la propia mistress Zinn, es decir, por miss Prudence Kiddemaster, la hija del famoso juez y de Sarah Whitton Kiddemaster, la rica heredera de Wilmington.

Míster Zinn indicó a los Bonner que se sentaran junto al fuego, pequeño pero acogedor, y les presentó a su monito, Pip, aquel «travieso diablillo peludo», como lo llamó míster Zinn, y los hizo sentir como en casa, a pesar de su nerviosismo y su temor, quizá justificado, de que Deirdre estropeara algo en el atestado taller mientras iba de un lado a otro; pero míster Zinn no le hacía el menor caso, o más bien la alentaba. ¡Ah, qué adorable visita!, memorable; en realidad, histórica en la vida de los Bonner, pues al iniciar su paseo no se habrían atrevido a imaginar que tendría un final tan asombroso. Sin embargo, allí estaba el yerno del juez Kiddemaster hablándoles calurosamente, como si fueran iguales, ofreciéndoles más té, y sin que le importara que Deirdre jugara y brincara con Pip (que enseguida se había encariñado con ella con la vivacidad de un cachorro y algo de la

inteligente reserva de un adulto humano), e incluso charlando con ellos sobre temas diversos sumamente intrigantes que quedaban muy fuera del alcance de sus conocimientos: la probabilidad de que, al cabo de una generación, existiera un *auto-wagen* que sustituiría al carruaje tirado por caballos; la posibilidad de que, al menos en el siguiente siglo, existiera una fuente revolucionaria de energía, ya fuera solar, lunar o extraída del átomo por la energía principal, y la lástima (aunque por qué era una lástima los Bonner no lo entendían) de que la perforación para extraer petróleo en la cadena montañosa de Titusville se desarrollara con tanta rapidez y tanto éxito comercial, bajo la supervisión de un tal Edwin L. Drake de la Seneca Oil Company, del que míster Zinn confesó saber muy poco, ¡salvo que sentía envidia por lo que aquel hombre había conseguido!

(Los Bonner habrían intercambiado una mirada de sorpresa porque el célebre John Quincy Zinn, que seguramente era un caballero acaudalado por derecho propio, mostrara envidia hacia alguien; pero, por supuesto eran demasiado corteses para hacerlo en presencia de míster Zinn.)

John Quincy Zinn enseñó entonces a Deirdre un curioso juguete inventado por él: un Zinnoscopio, como alegremente lo llamó. Era un cilindro hecho de alguna sustancia parecida al papel maché que, cuando se sostenía pegado al ojo, proporcionaba una maravillosa historia caleidoscópica: el propio monito Pip haciendo cabriolas y retozando. (Los Bonner mayores, así como Deirdre, quedaron fascinados con esta creación y no podían ni imaginar cómo funcionaba. Diminutos espejitos que giraban y daban vueltas; dibujos de Pip hechos a pastel supuestamente por una de las hijas de míster Zinn —¡y cuánto talento debía de tener!— que superaban la imaginación.) La generosidad de míster Zinn era tanta que intentó regalar el juguete a los Bonner, alegando que sus hijas estaban «cansadas» de él y ya no mostraban el más mínimo interés; pero los Bonner eran lo bastante bien educados para declinar esta oferta, lo que hicieron con abundantes expresiones de gratitud.

—Se lo ruego, acéptenlo —insistió míster Zinn—. Deirdre, querida, ¿lo quieres? Como regalo de… bueno, digamos… un domingo corriente; un domingo corriente de marzo, maravillosamente interrumpido por una visita mágica.

Pero, a pesar de que la niña expresó en voz alta el deseo de aceptarlo, los Bonner declinaron con determinación.

Sin embargo, míster Zinn les rogó que aceptaran, como «simple juguete corriente», una ingeniosa caja de sorpresas que había realizado en madera de nogal americano con su sierra de marquetería;

y esto los Bonner se vieron obligados a aceptarlo para Deirdre, que naturalmente se puso muy contenta y expresó su entusiasmada gratitud cogiendo los fuertes y regordetes dedos del caballero, en un gesto poco característico de exuberancia infantil, y sacudiéndolos arriba y abajo como si fuera un apretón de manos de un adulto.

En conjunto, para Herman y Catherine Bonner fue un episodio inolvidable de su corta vida, un domingo memorable, conservado en este mundo y el siguiente.

Aquella misma noche, al meterse en la cama, Deirdre murmuró, soñolienta y con un poco de aprensión, que veía «una gran nube oscura, una nube en llamas», que se acercaba a la casa: pero su madre le aseguró que no pasaba nada, salvo que era muy tarde para que las niñas pequeñas estuvieran despiertas.

Deirdre se removió inquieta bajo las mantas y buscó la cálida mano de su madre, y, medio dormida, dijo que «una niña pequeña» saldría corriendo por la puerta y la puerta se cerraría con un golpe tras ella, y «la mamá y el papá» se quedarían encerrados dentro, y la gran nube oscura envolvería la casa y la haría estallar en llamas.

Estos comentarios habrían inquietado a mistress Bonner si hubieran sido hechos con más alarma, pero Deirdre tenía tanto sueño tras el agotador paseo y estaba tan dulcemente arrebujada en su cama, con su reluciente cabello oscuro derramado sobre la almohada bordada y los párpados tan pesados que no podía mantenerlos abiertos, que solo un individuo tristemente familiarizado con lo oculto, o predispuesto a sentir alarma, habría tomado nota; y mistress Bonner, que depositaba su fe en nuestro Padre Celestial, no era ninguna de las dos cosas.

De modo que Deirdre se arrebujó en la cama y su madre se inclinó sobre ella, le dio uno o dos besos en la cálida mejilla y susurró, con voz trémula de amorosa solicitud maternal:

—Que Dios te bendiga y te guarde, hija mía.

La niña, aturdida por el sueño, fue incapaz de devolver el beso de su madre, pero logró acariciarle la mejilla con la manita y coger, por un instante, el medallón de oro que mistress Bonner llevaba colgado al cuello: un legado que algún día sería suyo y, ¡oh!, mucho antes de lo que nadie podía saber.

38

Aunque los años en que Deirdre permaneció en la Casa Octogonal como una de las hermanas Zinn —¡tan célebres y tan envidiadas en el pueblo!— estuvieron iluminados por momentos de satisfacción e incluso felicidad (en ocasiones, de cierta duración y derivados en su mayor parte de la adoración que sentía Deirdre por su padrastro), hay que decir que sus hermanas no eran injustamente severas al juzgar su corazón duro, su duelo perpetuo y su escandalosa ingratitud (esta última, una expresión de Malvinia).

La gran nube negra que, en su inocencia, veía la niña de nueve años se hinchó hasta incluir todo el cielo, o eso pareció; ella no escapó a su sombra, aunque sus nuevas hermanas la mimaron y la quisieron mucho… durante un tiempo. La escasez de sus sentimientos hacia ellas y, tal vez, hacia la vida misma pronto desanimaron a todas salvo a Octavia. (Pues ¿no es nuestro deber cristiano, preguntaba Octavia, amar a los que no merecen o no desean ser amados?)

Durante algunos meses, hasta bien entrado el verano del primer año que pasó con los Zinn, Deirdre permaneció muda; no por ninguna dolencia física que el doctor Moffet pudiera determinar, sino por pura pena o, quizá, por pura terquedad, aunque al buen doctor naturalmente no le gustó hacer este diagnóstico. La niña rechazaba las muestras de cariño de los Zinn —manteniéndose anormalmente rígida cuando la abrazaban— y ponía cara de la mayor pena, incluso un bello día de verano en que el encantador Pip jugueteaba con una ardilla negra y todos los Zinn se reían y el mundo era un lugar de serenidad y belleza; la niña se resistía a amar, como si la actividad de amar, por sí misma, fuera una posibilidad traidora a la que había que resistirse.

—Mamá —susurraba a veces—, papá… ¿estáis cerca?

Adquirió la extraordinaria habilidad —esto decían en broma sus

hermanas, fuera del alcance del oído de los Zinn mayores— de hacer que sus mejillas se pusieran frías y húmedas cuando alguien le daba un beso; también poseía la habilidad —¡nada envidiable!— de alterar la fragancia de la lavanda dulce, o del polvo de rosas, o del ámbar gris (metidos en «bolsas olorosas» para los cajones del armario guardarropa) y convertirla en un olor rancio, que recordaba los recovecos del sótano o la tumba misma. Veían cómo sonreía casi con dolor y cómo se le iluminaba la cara de un modo casi imperceptible cuando míster Zinn se dirigía a ella, o se ponía en cuclillas ante ella para conversar; ella a veces respondía tímidamente al cariñoso abrazo de mistress Zinn, o a una de las valientes propuestas de Octavia. La actitud altiva y bastante brusca de Constance Philippa, así como su poco convincente interés por ella, le resultaban claramente inquietantes, igual que la actitud imprevisible de Malvinia, ya vivaz, afectuosa y acogedora, ya malhumorada, altiva y cruel. Samantha, que era la que tenía una edad más próxima a la suya y era una niña «madura» no muy diferente de ella, se esforzaba por amar a su hermanastra más de lo que su familia apreciaba, aunque la carga nerviosa que le representaba compartir su dormitorio con una extraña la afectaba muchísimo y le producía cierto resentimiento hacia las caprichosas ideas de sus padres sobre la vida familiar y la caridad cristiana en general. (Muchos años más tarde, cuando ya era una mujer mayor, al reflexionar sobre los años en que había sido la hija favorita de John Quincy Zinn —pues con el paso de las décadas se convirtió inocentemente en la favorita—, Samantha iba a hablar con laconismo de este asunto doméstico, observando solo que su genial padre no tuvo reparos en introducir el método experimental en la vida familiar, con sus ambiguas consecuencias. Pero que sus intenciones eran buenas, sumamente buenas y ejemplares, nunca se puso en duda.)

Decir que Deirdre era un «pequeño cuco marchito que ha caído en nuestro nido», como Malvinia observó con perversidad, sin duda era injusto, pues la desdichada huérfana no había deseado ser huérfana, y no habría deseado que la muerte se llevara a nadie y mucho menos a sus amados padres, de haber podido comprender la naturaleza de ello y las inconmensurables pérdidas que suponían para los vivos.

—Mamá —susurraba—, papá, ¿estáis cerca? ¿Me oís? ¿Me veis? ¿Me habéis abandonado para siempre?

Pero durante muchos años el mundo de los espíritus estuvo lejos de ella, pues este opera según una lógica que desconocemos, y los Bonner

eran inaccesibles, perdidos en esa tenebrosa confusión que acompaña a los espíritus que cruzan al otro lado en medio de una agitación emocional extrema o un gran padecimiento físico. Y cuando el mundo de los espíritus se manifestó, después del duodécimo año de Deirdre, lo hizo en un ambiente de tal estrépito, en forma de golpes, crujidos y ruidos de toda clase, y frecuentemente con tan vulgares travesuras, que no cabía esperar que la pobre niña distinguiera, en semejante caos, ninguna dirección personal o humana; tampoco en aquella época estaba entrenada en cuestiones de naturaleza psíquica y, por tanto, no intentaba ejercer ningún control sobre este caos.

De las numerosas y escalofriantes manifestaciones de fenómenos de fantasmas que la Casa Octogonal sufrió, durante un período de muchos meses, y de las diversas reacciones que tuvieron a ellos los diferentes miembros de la familia (que iban desde el inmediato reconocimiento de espíritus por parte de los asustados sirvientes hasta la firme denuncia de todas las cosas sobrenaturales por parte de John Quincy Zinn), soy reacia a hablar con detalle, por miedo a caer en el sensacionalismo, si no en la franca crudeza o incluso la grosería. El lector recordará la extraña habilidad musical de Deirdre al piano, que con tanta frecuencia se convertía en puro ruido, habilidad que al principio intrigaba a la tía abuela Edwina y después evidentemente le desagradó (puesto que cerró la puerta con gesto exagerado después de oírle ejecutar el adorable «*Adieu*…» de Schubert); pero no habíamos revelado que, en presencia de la tía abuela Edwina, la niña invariablemente era presa de un ataque de temblores y se veía acosada por un auténtico aluvión de voces de espíritus, incluidos los de sus padres fallecidos, que insistían en el hecho de que Edwina Kiddemaster la odiaba y la rechazaba como a una hija bastarda y en secreto albergaba el deseo de que muriera. (Naturalmente, Deirdre no podía determinar si estas voces en realidad eran voces de espíritus o si simplemente las imaginaba, o si, de alguna manera inexplicable, a veces era capaz de leer los pensamientos de su tía abuela. Huelga decir que era incapaz de determinar el verdadero sentido de los susurros —por qué, por ejemplo, debía ser considerada como una bastarda, y por qué miss Kiddemaster deseaba que ella muriera—, y tampoco la desdichada niña hacía grandes esfuerzos por interpretar estas cosas, abandonando todo sentido y toda lógica e incluso su paz mental, pues deseaba tan solo hallarse a salvo fuera de la presencia de Edwina, en su cama, tal vez, bajo sus cálidas mantas, donde podría llorar hasta quedarse dormida, o fingir dormir, con el fin de eludir las tímidas muestras de preocupación de Samantha. «Mamá», susurraba tal vez para sí. O «papá», o incluso «Padre Celestial», o bien

mascullaba entre dientes: «Amado Jesús, ayúdame, te lo ruego, oh, por favor, ¡no dejes que me vuelva loca!».)

Sus relaciones con otros miembros de la familia, aunque menos penosas, eran igualmente desconcertantes y a menudo hacían que la atormentada niña se preguntara si lo que «parecía ser» en realidad «era», o si, con toda indefensión, lo soñaba todo. Durante el primer mes de residir con los Zinn, como era lo bastante perspicaz, comprendió que debía expresar a su nueva familia la gratitud que sentía (pues ¿no la habían salvado del orfanato, de la desdicha segura en alguna institución de caridad de Filadelfia?). No obstante, Deirdre observaba que sus palabras, pronunciadas con sinceridad, no eran escuchadas, como si, por algún motivo extraño, todos los Zinn fueran sordos solo a ella.

Daba las gracias con voz suave a mistress Zinn por algún pequeño favor especial (una cucharadita de más de crema de leche en sus gachas, un chal de lana colocado sobre sus delgados hombros, un abrazo impulsivo cuando no había nadie cerca), pero no recibía respuesta, como si no hubiera dicho nada, y solo veía una sonrisa dolida, perpleja, en el rostro de la mujer mayor, que arrugaba un poco más la frente. Murmuraba algunas palabras a míster Zinn, quien de vez en cuando la metía en la cama, junto con Samantha, para dirigir a las niñas en sus oraciones nocturnas, y bromeaba alegre con ellas antes de apagar la luz; sin embargo, él parecía no oír, aunque oía perfectamente a Samantha.

—Míster Zinn —dijo (pues transcurrieron muchos meses hasta que pudo llamarlo «padre», y nunca lo llamó «papá»)—, míster Zinn, muchísimas gracias, es usted muy bueno, gracias, oh, muchas gracias.

—Pero estas sentidas palabras no fueron recibidas, y fue como si no hubiera hablado.

—Te quiero —intentó decir—. Estoy muy agradecida. Estoy muy contenta de estar aquí. Por favor, no me eches, por favor, te lo ruego.

Pero, por el efecto que producían sus palabras, era como si hubiera permanecido callada, como si fuera muda.

Por fortuna, a medida que transcurría el tiempo su comunicación con los Zinn se hizo más satisfactoria: al menos oían lo que decía, aunque a menudo su significado se distorsionaba.

Una apacible tarde de mitad del verano, Constance Philippa le preguntó, de pronto, si no le gustaría bajar corriendo hasta el río, quitarse el gorro, los zapatos y las medias y correr descalza por la hierba. (Mistress Zinn había salido a hacer un recado con la doncella

Vanda, y sabía que los criados más jóvenes no dirían nada.)

—Podríamos meternos en el agua poco profunda, asustar a los patos y ahuyentarlos… ¡Qué divertido será!, y allí hará tanto frío… y nadie tiene que saberlo… —dijo la traviesa niña con una sonrisa tentadora, desatándose ya la cinta del gorro de muselina.

Pero Deirdre debió de transmitirle sorpresa y desaprobación (lo cual, en verdad, no sentía, pues la sugerencia le había llenado el corazón de gratitud), y Constance Philippa se sonrojó, como si estuviera dolida y enfadada, y se volvió, mascullando un comentario sobre las «jovencitas caprichosas con sus preciosas faldas y zapatos de piel y aires delicados de damisela».

Y así perdió la oportunidad de hacerse amiga de Constance Philippa, oportunidad que jamás volvería a presentarse.

Y hubo muchos intercambios con Octavia, que en secreto le ofrecía pequeños regalos: caramelos, cerezas dulces, tostadas generosamente untadas de mermelada, y a la que nada le gustaba más que darle instrucciones para coser, bordar, hacer ganchillo o punto de cruz; o peinarla, o vestirla; o leerle la Biblia, o el *Manual del hogar para niños* o *El Niño Jesús*; la dulce e infatigable Octavia, que también parecía dolida por las respuestas que Deirdre daba en un murmullo, como si confundiera tímida gratitud con hosca indiferencia. Deirdre mascullaba «Gracias», con los ojos bajos, tímidamente, y su hermana daba un brinco como si le hubiera dicho: «¡Déjame en paz! ¡Te odio!».

¡Qué extraño y agotador resultaba ser malinterpretada siempre!

(Octavia, al menos, no se alejaba de ella enojada y desairada; parecía más bien que la bondadosa joven redoblaba gravemente sus esfuerzos con su nueva hermana, aunque cada ocasión era un evidente fracaso.)

Como Deirdre era particularmente propensa a estallidos incontrolables de lágrimas en su dormitorio, cuando se hallaba fuera de la vista de la familia completa, Samantha siempre se apartaba de ella, con indefensa perplejidad, o con hastío.

—Oh, cariño, ¿por qué lloras ahora? —preguntaba tal vez—. ¿He dicho algo malo? ¿Te he molestado? ¿Te he alterado? Deirdre, querida, deja de llorar, tendrás dolor de cabeza, ¡me darás dolor de cabeza a mí!

Pero la gran nube oscura de la desesperación se había apoderado de ella y casi podía oír las voces de los espíritus llamándola, atormentándola, seduciéndola, tentándola: «Deirdre, Deirdre, ven con nosotros, eres nuestra». Hay que decir en su favor que Samantha intentaba acercarse a ella de nuevo cada mañana, como si nada serio hubiera ocurrido, y las lágrimas de la noche anterior pronto se

olvidaban. La peinaba, con una torpeza conmovedora; la ayudaba a vestirse, la ayudaba a abrocharse los zapatos. Si Deirdre sorbía por las narices, no suspiraba de exasperación (como quizá le habría gustado hacer, pues en esta época era una muchacha muy joven), sino que amablemente le ofrecía un pañuelo.

A medida que transcurrían los días, las semanas y los meses, y en realidad los años, Deirdre aprendió a tener la sabiduría —mejor dicho, el placer— de hacerse amiga de Samantha, de ser una verdadera hermana para ella como, quizá, no podía hacer con Constance Philippa, Octavia y Malvinia. Reconocía las estimables cualidades de la delgada niña, disfrutaba con su inteligencia e incluso su precocidad, le agradecía sin duda su ayuda con las tareas escolares (a Deirdre las matemáticas le resultaban especialmente difíciles, e incluso la ortografía, que en otra época le había gustado tanto, a veces le causaba problemas, pues las letras de palabras antiguas y familiares se le mezclaban perversamente en la cabeza); incluso creía, contradiciendo la opinión general de la familia, que los ojos verdes y pequeños de Samantha, y su pálida piel pecosa y nariz respingona eran rasgos atractivos, que quizá auguraban una belleza madura.

Y sin embargo, a pesar de estas admirables convicciones, no lograba obligarse a que Samantha le gustara.

—Tu corazón, querida Deirdre —le susurró un día al oído—, tu corazón, ¡cuánta amargura hay en él, y qué sabio es!

Cuando tenía trece años ocurrió un episodio doloroso, que recordaría toda su vida y que acudió a su mente, con gran dolor, muchos años más tarde, mientras miraba a su hermana mayor en el papel de lady Ana, en *Ricardo III*.

Porque odiaba a Malvinia, a la bella Malvinia.

Odiaba a Malvinia y la adoraba, y a menudo deseaba su muerte; no obstante deseaba —¡ah, cuán desesperadamente!— ser ella. Tragársela, hundirse dentro de ella, contemplar el mundo a través de aquellos alegres ojos azules.

—Querida Malvinia —susurraba con la boca pegada a la almohada —, ¿cómo puedes ser tan cruel?, ¿tan encantadora y tan cruel?

Al principio Malvinia había intentado hacerse amiga suya, con menos insistencia, quizá, que Octavia, pero con mucha más energía y encanto. La abrazaba, la besaba, le arreglaba el pelo, le hacía regalitos: un abanico de madera de sándalo que era casi nuevo, una bolsita de romero que había cosido ella misma. Porque a Malvinia le había parecido divertido tener una nueva hermana tan de repente.

Y luego, ante el silencio de Deirdre, el reproche de su pálida piel fría y sus ojos llorosos había perdido interés.

—¡Qué granuja es! —susurraba a las demás, sin preocuparse apenas de si Deirdre la oía.

Así transcurrieron los meses y los años, y una tarde ocurrió algo fuera de lo común: las hermanas estaban sentadas alrededor de una mesa redonda de roble en una espaciosa habitación del piso de abajo de la mansión Kiddemaster, recibiendo instrucciones de la abuela Kiddemaster sobre el laborioso arte de pintar porcelana, y de pronto Malvinia quiso uno de los pinceles de piel de camello más finos de Deirdre, porque el suyo estaba estropeado, y Deirdre se inclinó más sobre la pequeña taza de Limoges que estaba decorando, como si no oyera a Malvinia, y Malvinia expresó de nuevo su petición, con voz malhumorada e irrazonable, y Deirdre siguió fingiendo que no oía, y la abuela Kiddemaster dijo a Malvinia que se callara, y Octavia le ofreció su pincel, pero Malvinia lo apartó y fue a coger el de Deirdre alargando el brazo por encima de la mesa, y, cuando Deirdre levantó la cabeza, sorprendida, dijo en voz alta:

—¿Qué te pasa? ¡No es tu pincel, ni tu taza de porcelana, ni este es tu sitio, aquí entre nosotras!

Y Deirdre se levantó y se marchó a toda prisa, y corrió a esconderse en la parte trasera de la casa, en la zona de los criados, bajo una escalera; y Malvinia se apresuró a ir tras ella a buscarla, y la encontró y se rio de forma entrecortada y dejó escapar un sollozo medio enojada, y la abrazó, y hundió su cara en el cuello de Deirdre y la besó salvajemente y murmuró:

—¡Oh, Deirdre, perdóname! No sé qué me pasa, se me introducen demonios en el cuerpo y galopan por mis venas, y no sé por qué digo las cosas que digo, a ti y a los demás, pero a ti en particular. Déjame que lo remedie, sí, déjame hacerlo, Deirdre, no te apartes de mí… Podríamos compartir el mismo dormitorio, Octavia puede irse, puede compartir la habitación de Samantha. Podríamos compartir el dormitorio y querernos como hermanas… no es demasiado tarde. Tú estás creciendo… y yo intentaría ser buena… porque soy buena, de verdad, en el fondo… Oh, Deirdre, pobre hermana, he sido injusta, perdóname, te lo ruego…

Era el momento tanto tiempo esperado, el momento que Deirdre no se había atrevido a soñar: la bella Malvinia con su reluciente cabello oscuro y su piel perlina, y la fragancia de su delgado y joven cuerpo; Malvinia, que era la favorita de todos, incluso cuando el diablo mismo brillaba en sus ojos, ahora suplicaba a su hermana despreciada no solo que la perdonara, sino que la amara. Deirdre le

devolvió levemente sus caricias e hizo un esfuerzo para apretar su fría y húmeda mejilla contra la de Malvinia, que estaba caliente, mejor dicho, ardía, y le habría expresado entre sollozos su amor y la adoración que en verdad sentía por ella de no haber intervenido, en aquel trémulo instante, un espíritu que pellizcó a la pobre Malvinia en la vulnerable carne de la parte superior del brazo, justo debajo de la almidonada manga, y que, en una voz de falsete que era una maliciosa imitación de la voz de Deirdre, gritó:

—¡Qué! ¿Compartir el dormitorio contigo? ¡Nunca! ¡Ni lo sueñes! ¡Ni hablar!

39

Aquella voz traviesa pertenecía a Zachariah, uno de los espíritus menos civilizados que asediaban a la joven Deirdre, cuando estaba en un estado mental debilitado o fluctuante, aunque en aquella época, a la edad de trece años, no comprendía la asombrosa naturaleza del asaltante y mucho menos su identidad específica. Sabía —¡aunque no podía decirlo!— que el pellizco y las perversas palabras no eran suyas.

Zachariah, al que Deirdre llegó a temer. Y mistress Dodd, en la que más confiaba. El padre Darien, con su voz grave aunque bondadosa. Y la pequeña Bianca, una niña de cuatro años que había muerto de meningitis en 1867. Y, en ocasiones, la propia mistress Bonner.

Y el capitán Burlingame —el capitán Furioso, como lo llamaba la pobre Deirdre—, que se le aparecía siempre en sueños nocturnos, gritando, reprendiéndola y amenazándola, con una autenticidad irresistible que los otros espíritus, que a menudo no eran más que simples fantasmas, no podían poseer.

Sin embargo, había una verdadera multitud de espíritus menos diferenciados y mucho menos humanos, ruidosos, una Babel de voces protestonas, exigentes, tentadoras, furiosas, como los que corrientemente perjudican al bienestar de la médium no entrenada y arrojan confusión en cualquier hogar que tenga la mala fortuna de alojarla. (Eran espíritus de esta índole, hay que suponer, los que tanto trastornaban a la familia de D. D. Home y cometían las travesuras más diabólicas atribuidas a las hermanas Fox; en realidad, sin duda los espíritus que interrumpían a Deirdre cuando tocaba el piano eran de esta especie, celosos de la habilidad musical auténtica de otro espíritu. Golpes y luces que se apagaban —toda clase de «acosos» ruidosos— son característicos de los niveles inferiores del mundo de los espíritus, cómo creo comprender.)

Pero Deirdre no sabía nada de esto; no sabía nada en absoluto.

Tan inocente era que al principio pensaba, con una leve sonrisa de asombro: «¡Ah! Así estaré menos sola».

Mucho más adelante iba a pensar, apretándose con fuerza las palmas de sus frías manos contra los ojos: «¿Nunca seré libre?».

Pero este pensamiento, ay, residía en el futuro, y en el momento presente tenemos que ocuparnos, aunque de manera sumaria, de la Deirdre de catorce, quince y dieciséis años de edad: la huérfana amargada y solitaria que, por el orgullo de su corazón y su gran angustia, jamás consentiría en considerarse, en secreto, una hermana.

A pesar de su miedo natural a los espíritus malignos y perversos como Zachariah y a los diablillos sin nombre y traviesos querubines que lo ayudaban, Deirdre respondía con cierto afecto y no poca gratitud a la solicitud de mistress Dodd, una mujer de edad indeterminada, ya extremadamente anciana, ya de cordial edad madura, contemporánea de Washington y, en verdad, asidua del elegante salón de Elizabeth Schuyler Hamilton en la época del poder y la gloria de Hamilton, y de nuevo, con una lógica que Deirdre no comprendía y no se atrevía a desafiar, una joven contemporánea de Ulysses S. Grant, el «más injustamente calumniado de los presidentes», en su opinión.

En cualquier caso, mistress, Dodd era una presencia admirablemente maternal, no diferente, en realidad, de mistress Zinn, si bien se veía libre del incesante esfuerzo —dolorosamente obvio— de aquella buena mujer por amar a su hija adoptiva como si fuera propia. (Un asunto forzado que la joven Deirdre, con su perspicacia a veces cruel, comprendió desde el principio.) A Deirdre no le importaban las frecuentes reprimendas de mistress Dodd, y disfrutaba mucho cuando esta «invalidaba» los comentarios de mistress Zinn, aunque habría preferido a su propia madre; pero mistress Bonner venía del mundo de los espíritus con su robustez y su habilidad para pensar con lógica misteriosamente alteradas, y raras veces era accesible a Deirdre cuando ella más deseaba tenerla cerca. (Qué extraño era, se atormentaba Deirdre, que míster Bonner no se le apareciera, ni como forma ectoplásmica ni como voz. En realidad, este bondadoso hombre no iba a aparecer nunca en todos los años en que Deirdre disfrutó de una vida activa como médium, como si las zonas más recónditas del vacío se lo hubieran tragado, se podría pensar tristemente.)

El padre Darien era el espíritu de un jesuita mártir, espantosamente torturado por indios iroqueses en la región del lago Seneca, en la zona interior de Nueva York, muchísimo tiempo atrás, en los años 1600; era de nacionalidad francesa y, como es natural,

hablaba inglés con un marcado acento extranjero que solía dificultar la comprensión por parte de Deirdre.

Y estaba la pequeña Bianca. Terca y traviesa a veces, aunque de naturaleza dulce, tierna y en verdad fraternal otras, como respuesta a la necesidad no expresada de Deirdre. No podía engañarse, como hacían las otras niñas, pensando que abrazar una simple muñeca, una muñeca de madera tontamente inerte, era un auténtico consuelo cuando una lloraba o sentía que el mundo era verdaderamente un lugar horrible; y así, la pequeña Bianca, aunque era una niña fantasma y el menos sustancial de todos los espíritus, a menudo se introducía en el abrazo de Deirdre y nada le gustaba más que meterse allí y acurrucarse y quedarse dormida escuchando una nana humana cantada por Deirdre: «Duérmete, niña… tu padre vigila las ovejas…».

Lamentablemente, cuando Deirdre dormía, en ocasiones se le aparecía el estridente capitán Burlingame, y la niña se despertaba aterrorizada, con el corazón latiéndole con fuerza y los ojos, que no veían, tan abiertos que Samantha, a pesar de su sensatez, creía que había algo agazapado en alguno de los oscuros rincones del dormitorio, y las dos niñas sentían miedo por igual.

—¿Qué quiere de mí? —decía Deirdre llorando y golpeando con los puños el edredón de algodón—. Oh, ¿por qué me acosa?

Y lo único que podía hacer la temblorosa Samantha era reiterar, con voz apenas convencida, a pesar de su ecuanimidad:

—No hay nadie, Deirdre, solo un fragmento de sueño, solo un vapor de mero pensamiento, mera fantasía, en tu imaginación, ¿no lo ves? Vamos, vamos, deja de llorar; sabes perfectamente bien que nadie, ni nada, puede hacerte daño en casa de padre.

Pero tenía otros sueños. Igualmente fantasiosos, quizá; aunque muy próximos al corazón de Deirdre. Sueños que no eran vapores nocturnos, sino que dominaban sus pensamientos incluso en pleno día, cuando, sentada a la mesa del comedor con los Zinn (pues, ay, la ingrata niña fríamente pensaba en ellos así, y, con los años, se reprendía si lo hacía de una manera más cálida); se veía obligada a compartir su conversación corriente y animada; o cuando, en aquella hora íntima después de la comida de la noche, la familia se reunía en el salón y se veía obligada a dedicarse a la costura en su presencia, o a cantar mientras mistress Zinn o Malvinia tocaban, o, con lamentable torpeza, a participar en un bobo juego de salón.

En semejantes ocasiones, Deirdre fijaba los ojos en el rostro de míster Zinn, que permanecía sentado, la mayoría de las veladas,

descansando en su silla, leyendo o garabateando notas para sí mismo, o contemplando el fuego de la chimenea (pues mistress Zinn insistía con terquedad en que se quedara con su familia por la noche y no se marchara a su taller después de cenar, como él deseaba, y el buen hombre accedía y llegó a creer que sus «horas en el salón» no solo eran «sacrosantas» por lo que se refería a su amor paterno, sino positivamente «útiles» para su preparación para el trabajo del día siguiente). En estas ocasiones la silenciosa, melancólica y pálida Deirdre mantenía la mirada fija en el rostro de su padre adoptivo, como hipnotizada, y apenas se habría dado cuenta, o alarmado, si el resto del salón y sus habitantes se hubieran convertido en mero vapor y hubieran desaparecido por completo de la tierra. La lectura de la Biblia, que a veces realizaban mistress Zinn y Octavia —sobre todo los Salmos y los Evangelios, y las tres Epístolas de Juan—, tenía el poder de despertar su interés, pero solo de forma esporádica, y el resto del tiempo su mente vagaba, simplemente, mientras sus ojos grises permanecían fijos en el rostro de míster Zinn, en actitud de malhumorado reproche.

Oh padre soñé que mis hermanas estaban junto a mi cama mientras yo dormía y aunque estaba dormida las veía claramente y oía sus crueles susurros y risitas oh padre Malvinia sacaba de su corpiño unas tijeritas de plata como las tijeras del costurero de madre pero mucho, mucho más brillantes y más afiladas. Oh padre te ruego que me escuches oh te ruego que no te marches no sonrías simplemente no te inclines a besarme la frente como besas a las demás. Yo no soy una de ellas, yo no soy una de los vuestros, oh padre por favor escucha cómo Malvinia tu favorita se inclinó sobre mi cama y me clavó las tijeras en el pecho y yo le grité que parara y ella no me hizo caso yo estaba despierta pero era incapaz de mover un solo dedo ni siquiera los párpados, padre querido no reniegues de mí le rogué que parara pero ella me traspasó la carne me levantó la piel tocó mi corazón oh oh oh oh padre.

40

Aquel aciago día de septiembre, del decimoséptimo año de Deirdre, las hermanas se dirigieron al cenador sobre el río, con el fin de esperar la partida algo retrasada de mistress Zinn hacia casa; los numerosos invitados al fin se habían marchado, con ruidosas despedidas y reiteradas expresiones de gratitud por la extrema hospitalidad y cortesía del juez y mistress Kiddemaster. Como el futuro —¡ah, qué felicidad!— era opaco para la visión normal, nadie podía haber previsto la doble —no, triple— pena que, de la forma más irónica, se asociaría, en el corazón y en la mente de los Zinn y los Kiddemaster, a este día de otoño particular. El secuestro y desaparición de la joven Deirdre; la amarga pesadilla del compromiso de Constance Philippa con el barón Adolf von Mainz; y, en tercer lugar, un problema menor, aunque no menos irritante para el honrado orgullo de los Zinn y los Kiddemaster: la inexplicable falta de disposición de los reputados caballeros de la Sociedad Filosófica de Estados Unidos a apoyar la nominación de John Quincy Zinn como miembro de ella, y después de que «los pesados viejos necios comieron y bebieron tanto», en palabras del anciano juez.

Sin embargo, estas decepciones formaban parte del futuro, y, en el momento presente, las jóvenes damas, tras retirarse al delicioso cenador, emprendieron sus diversas labores de costura y suspiraron con una mezcla de placer, alivio y simple cansancio corporal, pues la fiesta en el jardín había sido un acontecimiento magnífico y realmente un poco cansado para la delicada constitución de las jóvenes damas.

Deirdre, a la que la cabeza le zumbaba llena de voces y cuyo corazón latía peligrosamente, descubrió que, sin saberlo, había cogido la labor de ganchillo que había decidido hacer para sustituir el antimacasar del sofá del salón, que estaba escandalosamente sucio. («Escandalosamente sucio», a juicio de Malvinia; esto había declarado

la enérgica joven, después de un sábado en que el barón Von Mainz y Lucius Rumford habían ido a visitar a sus respectivas novias. Ambas hermanas enrojecieron al oír que Malvinia se burlaba de sus pretendientes, y aunque mistress Zinn insistió enojada en que Malvinia se disculpara enseguida, al parecer el antimacasar de encaje estaba irremediablemente manchado de pomada para el pelo de textura grasienta; y Deirdre, tanto para evitar una discusión como para ayudar de verdad, se ofreció voluntaria a confeccionar otro enseguida.)

Al principio el corazón de Deirdre se había resistido mucho a la creación de semejantes artículos corrientes para el hogar —como, tal vez, nos hemos resistido todas las mujeres en algún momento—; pero con el transcurso de los años la testaruda muchacha había llegado a comprender que en verdad podía ser saludable para ella entregarse a semejante actividad manual tan mecánica, como medio de orientar o incluso reprimir energías nerviosas inútiles e incontrolables. Así también se ocupaban las otras jóvenes Zinn: Constance Philippa confeccionaba una bata rosa para una primita; *Octavia* realizaba un panda de retales; Malvinia se dedicaba, aunque sin una cantidad excesiva de concentración, a bordar una funda de almohada que mostraba el valle del río Bloodsmoor, en la que tenía que haber sobreimpresiones en hilo de oro de un águila americana de cabeza blanca con lanzas en las garras; y Samantha decoraba una toalla blanca con punto de cruz naranja para la boda de su hermana.

Como he dicho, Deirdre estaba inusualmente agitada, como consecuencia de la larga tarde (en la que la habían hecho sentir —o había insistido en sentirse— como un patito feo en medio del esplendor de sus parientes, y como la huérfana adoptada en el pensamiento imaginado de los invitados). Y como consecuencia de pequeños desaires sufridos por ella, principalmente por parte de Malvinia, pero también de Samantha (quien, en el tumulto de la noche anterior, durante el cual Deirdre había hablado quizá con demasiada desesperación y demasiada franqueza de su pesadilla del capitán Furioso, había mostrado una actitud claramente fría hacia Deirdre, como si estuviera completamente harta de ella y asimismo la despreciara). Además, había tomado varias tazas de té indio muy negro y no había comido nada, salvo un único bocadillo de pepino y un bocado de tarta de dulce de membrillo, y apenas un trocito de ostra, y se sentía peligrosamente como otra persona.

(Peligrosamente, pues, como he explicado, en semejantes ocasiones los peores espíritus se abrían paso a través del delgado tejido que separa su mundo del nuestro y nos protege de ellos.)

Sus dedos trabajaban rápidamente, aunque de forma mecánica; sus pensamientos no querían calmarse; oía, más allá de la complaciente cháchara de sus hermanas, la risa tintineante de un espíritu perverso, posiblemente el del propio Zachariah.

Malvinia charlaba y Constance Philippa hablaba alargando las palabras, y Octavia hacía sus observaciones de costumbre: piadosas, alegres y animadas; y Samantha, que sentía cierta culpabilidad, interrumpía el curso de la conversación para preguntar a su compañera de cuarto su opinión sobre alguna cosa u otra, pero Deirdre apenas se dignaba responder.

La risa del espíritu se hizo más profunda y en las hierbas marchitas que crecían tan bellas alrededor del cenador se oyó una risa que le hacía eco, un extraño sonido como un gorjeo que puso de punta el pelo de la delicada nuca de Deirdre y le hizo perder un punto de la labor, de puro horror de que sus hermanas lo oyeran.

Sonrojándose, clavó la mirada en la labor que tenía en el regazo, pues sabía —¡ay, con cuánto dolor lo sabía!— que sus rudas hermanas estaban intercambiando significativas miradas entre ellas.

Las muy necias se creían protegidas en el cenador, que era como la idea que un niño pequeño tiene de una fortaleza, ¡incluso con pararrayos en el tejado!

Se creían inmunes a los espíritus, que amenazaban con acercarse en tropel.

El ganchillo de Deirdre iba rápido y centelleaba. Ella sabía que pronto iba a ocurrir algo, quizá al cabo de una hora, seguramente antes de que el sol se hundiera tras las colinas del oeste.

Los espíritus sin nombre ahogaron la risa, muy cerca de ella, a su lado.

Bianca tironeó del ganchillo que Deirdre sujetaba en sus fríos dedos.

Pero Deirdre se mantuvo firme, pues el ganchillo era afilado y constituiría una cruel arma.

La dulce frente baja y los labios curvados del perfil griego, la intemporal belleza clásica: ¡ah, Malvinia! Y, sin embargo, un solo impacto de aquel ganchillo destruiría para siempre el nítido azul de aquel ojo.

Bianca tironeaba. Deirdre se mantenía firme. Zachariah se acercó.

Constance Philippa empezó a parlotear nerviosamente sobre miss Delphine Martineau, a la que los espíritus, esto susurró al oído de Deirdre una voz traviesa, habían señalado para sufrir mucha aflicción. Delphine era esto, Delphine era aquello, ojos castaños oscuros y tiernos, cabello en tirabuzones irregulares, rizos pronunciados,

demasiadas tarjetas de San Valentín para la jactanciosa joven dama, pero con cuánta pasión deseaba Constance Philippa fugarse con ella… por ejemplo en un enorme globo de seda.

«Todas surcaréis el firmamento —prometió el padre Darien con una melancolía nada característica— con el tiempo. Ah, mis queridas niñas, con el tiempo.»

«Quítale las tijeras de la mano», aconsejó una voz, pinchando a Deirdre para que mirara hacia Malvinia. (Y las brillantes tijeras plateadas centelleaban con tanto brillo que no era extraño que Malvinia se cubriera con el velo la nariz, la bella boca, un poco la barbilla.)

No —dijo Deirdre para sus adentros—, no lo haré.

Mistress Bonner habló con voz suave; quizá había estado hablando todo el rato, más bajo que los otros espíritus. Su misión era explicar que Deirdre debía dejar de llorarlos… «pues el alma es inmortal… en Dios, que es inmortal… y allá el alma vuela, con la disolución de su envoltura terrenal… de una eternidad a otra. Dios no tiene principio ni tiene fin. No te aflijas más. No llores más. Ten paciencia y sé buena. ¡Todo ha terminado! Todo ha terminado. Esta vida no es sino un sueño. No existe la muerte. Todo lo que ha vivido, vive. No devores tu propio corazón lleno de amargura. Los espíritus guardianes se ciernen cerca en todo momento. El ángel de la muerte no se halla lejos. Vendrá a ti en una gran nube oscura, a rescatarte, cuando tu sufrimiento terrenal sea demasiado extremo. Confía en mí. Confía en Dios. No te rindas a los espíritus perversos. Ama a tus enemigos, Deirdre, ama a tus hermanas, pues ellas son la prueba por la que has de pasar, igual que tú eres la suya. ¡Que Dios te bendiga!».

Las hermanas, que nada sospechaban del terror de Deirdre, siguieron hablando de sus sosas primas y amigas: Delphine, Felicity, Odille, Rowena.

«Si no el ganchillo, las tijeritas», murmuró una voz de espíritu al oído de Deirdre. Tan cerca estaba que los finos pelos de la nuca temblaron con su aliento. La mirada viva y atrevida de Malvinia, su sonrisa descarada. Se acabó para siempre. Y ningún pretendiente que contemplara extasiado su belleza: imagina, ¡miss Malvinia Zinn con un ojo de cristal!

En la forma de un abejorro anormalmente gordo el malicioso Zachariah revoloteó alrededor de ellas, listo para aterrizar en el gorro de Constance Philippa, para picarle en el cuero cabelludo; el veneno fluiría enseguida al cerebro. «No quiere casarse con su prometido —informó Zachariah a Deirdre con calma— ni con ningún hombre. ¿Le evito la desdicha? ¿La elimino aquí mismo?»

«Ni el ganchillo ni las tijeras», rogó mistress Bonner.

Deirdre contempló a sus hermanas a través de sus espesas pestañas oscuras. Ellas sabían de su rabia, pero no la conocían. Seguramente sentían temblar el aire con su deseo de herir, y aun así siguieron charlando como si no pasara nada.

Uno, dos, tres rápidos golpes con las tijeras.

Y después… huir.

El pozo de los deseos, en el que uno podría caer, hundirse, ahogarse, en el completo olvido. Los brazos de Zachariah extendidos; Bianca gimiendo, quejumbrosa: «Me siento tan sola, Deirdre, te lo ruego, ven, por favor».

El abejorro desapareció. Pero una mano de espíritu se materializó cerca del techo del cenador, a unos pasos de la cabecita de Samantha. ¿Y qué sostenían sus dedos? ¿Alguna clase de pincho? ¿Un clavo grande y gordo?

Samantha había intentado calmarla, en la cama: «Deirdre, por favor, Deirdre, te lo ruego, solo es un sueño, solo es una fantasía de tu cabeza». Y entonces se había apartado de Deirdre, rechazada.

Pobrecita, pobrecita huérfana.

El pozo de los deseos, y una muerte indolora. O el río. ¡Ah, sí, el río! Nadar, patear, agitar los brazos, hasta que tus faldas y enaguas te hundan. Dulce oscuro e ingrávido olvido. Donde incluso los espíritus te dejarán dormir en paz.

Y sin embargo… ¡dejar ilesa a la tía abuela Edwina Kiddemaster!

¡Dejar indemne a la mansión Kiddemaster!

«Moras entre asesinas y bestias —dijo el astuto Zachariah—. ¡Sería mucho mejor para ti que vinieras a morar entre nosotros! Porque no podemos pecar en carne y hueso: ahora estamos desprovistos de carne.»

La risa del espíritu era tal —baja, ronca e irreverente— que todas las hermanas levantaron la mirada, incómodas. Malvinia había dejado a un lado su labor.

Samantha preguntó en voz alta:

—¿Dónde está madre? ¿Por qué alarga tanto su visita?

La débil voz de mistress Bonner se hizo más fuerte. Deirdre, muy asustada ahora, abrió la tapa de su medallón, y al instante la voz del espíritu de su amada madre, o de la mujer que se hacía pasar por su madre, la aconsejó.

«No escuches a los espíritus perversos. No hagas daño a tus hermanas, igual que no desearías que te hicieran daño a ti. Ama a Dios y mora en Dios. Deja el instrumento que te tienta. No lastimarás a Malvinia, a la que adoras. No te ahogarás en el pozo, ni te meterás

en el río para sufrir una muerte ridícula. Despierta de tu sueño; ponte en pie; despeja tu cabeza de malos pensamientos.»

Deirdre miró los daguerrotipos de su madre y de su padre que estaban en el interior del medallón de oro. ¿Los conocía? ¿Eran sus padres? De pronto la asaltó la convicción de que ellos no eran sus padres. Al fin y al cabo, habían muerto. Habían sido débiles y habían muerto. Pero John Quincy Zinn era fuerte. Incluso el capitán Furioso era fuerte.

«No te ahogarás —dijo obstinada mistress Bonner—. No morirás.»

«El suicidio es pecado», dijo el padre Darien.

«Es pecado», coincidió mistress Bonner.

Deirdre siguió mirando fijamente las viejas y descoloridas imágenes. Una mujer, un hombre. ¿Qué relación tenían con ella? La habían traicionado al morir. «Una gran nube oscura. Una nube llameante.» Que se apoderaba de la modesta casa de los Bonner en el pueblo y la hacía estallar en llamas.

«Es pecado, es pecado —insistió mistress Bonner—. El suicidio es pecado.»

«¡Pero el asesinato es una delicia!», dijo el travieso Zachariah con temblorosa voz de falsete, como si imitara en tono burlón a la pobre mistress Bonner.

Algo ocurrirá antes de una hora, pensó Deirdre con claridad. El pulso le latía con fuerza, una arteria de la garganta palpitaba con pasión. Hacer daño, herir, clavar un cuchillo, ultrajar. Uno, dos, tres salvajes golpes con el pequeño ganchillo.

«Un hacha», aconsejó Zachariah, ahora con su propia voz. Acarició los hombros de Deirdre, sopló en las cintas que le caían del sombrero, de modo que ondearon alegres como si soplara una inocente brisa. «Un hacha.»

No tengo ningún hacha, protestó Deirdre.

«Un hacha. Incluso una delicada joven dama puede empuñar un hacha.»

Pero no tengo ninguna. No sé de ninguna.

«Detrás de la mansión Kiddemaster, donde el terreno baja bruscamente en pendiente, ocultos por aquel grupo de píceas, hay edificios anexos que nunca has visto; antiguamente eran alojamientos para esclavos, el lavadero, la panadería, la carnicería, los criaderos de perros, los gallineros, los corrales, los cobertizos de los jardineros —¿no lo has adivinado nunca?— y allí, si miras con cuidado, encontrarás…»

No puedo —susurró Deirdre interiormente—. No lo haré.

«En el lavadero, por ejemplo, una joven señorita de buena vista

encontrará azúcar de plomo, ácido hipoclórico, amoníaco y negro de marfil, todo para limpiar y todo venenoso, y ¡está tan maravillosamente a mano!», se relamió Zachariah.

No puedo —suplicó Deirdre.

«Muchas hermanas, o un esposo o un padre odioso o, para el caso, una madre odiosa, han muerto con agonía como consecuencia de mi delicioso negro de marfil», insistió Zachariah.

Con todo descaro, su mano de espíritu cerró con un chasquido el medallón de Deirdre.

Deirdre intentó abrirlo, pero él lo apretaba con fuerza.

«Negro de marfil —susurró Zachariah—. Si el hacha pesa demasiado para una joven dama con aspiraciones refinadas. Si el ganchillo y las tijeras le dan demasiado miedo.»

No puedo —dijo Deirdre, latiéndole con fuerza el pulso de la garganta—, porque… verás… no las odio lo suficiente…, no deseo del todo verlas muertas…

Levantó la mirada, parpadeando para apartar las lágrimas de sus ojos, y tan deslumbrada estaba, y tanta repulsión sentía por el odio que encerraba el consejo del espíritu, así como por su detestable proximidad masculina, que durante mucho rato no pudo concentrarse en las palabras de sus hermanas. ¿Hablaban de míster Zinn?, ¿de una de sus nuevas máquinas?

—Su finalidad —estaba diciendo Samantha con gran dignidad— es funcionar para siempre.

Este inocente comentario impresionó tanto a Deirdre, como si un cuchillo le hubiera atravesado el corazón, que, sin saber lo que hacía, igual que una sonámbula, se puso en pie, asombrando a sus hermanas… y dejó caer su labor de ganchillo y salió apresurada del cenador… por la pendiente de césped, medio corriendo, a pesar de su larga falda y pesada cola… dando traspiés, jadeando y resollando y sollozando, dejando a sus hermanas sin habla tras de sí.

«Sí —dijo mistress Dodd, con voz más fuerte de lo que Deirdre jamás le había oído—, sí, ven aquí, sal de este valle de tentaciones, con nosotros estarás a salvo, ven a casa, dulce Deirdre, ¡ven!»

41

A pesar de los muchos miles de espíritus que han merodeado por la tierra, es una información curiosa el hecho de que no empezaron a comunicarse, y a desear enérgicamente hacerlo, hasta mediados de nuestro temible siglo XIX, y que su punto de entrada, en realidad, en el plano terrenal, fue la ciudad que lleva el acertado nombre de Arcadia, en Nueva York, el lugar de residencia de la familia Fox en el año 1848.

Así como la infeliz familia Zinn, durante un tiempo, fue testigo de inexplicables golpes, crujidos y «presencias» desconcertantes en su hogar, también la familia Fox comunicó que sufrieron molestias que poco a poco aumentaron de intensidad hasta que, una noche memorable (el 31 de marzo de 1848), un caballero atinó a preguntarle a la «presencia» su identidad y lo que buscaba en el hogar de los Fox, con el asombroso resultado de que, comunicándose únicamente con golpes, en una laboriosa sesión que duró casi toda la noche, el espíritu contó la historia de que había sido buhonero, asesinado por dinero, ¡y que estaba enterrado en el sótano de aquella casa!

(El lector perdonará mi leve escalofrío de excitación cuando diga que al excavar en el sótano se halló realmente un esqueleto, muy fragmentado, pero que se creía había sido humano: sin duda los restos del buhonero asesinado.)

Así el mundo de los espíritus entró en el mundo terrenal, con profundas consecuencias, como veremos.

Aunque en años posteriores las hermanas Fox, por entonces muy célebres, iban a ser denunciadas por un pariente malintencionado como farsantes, y sus poderes de médiums explicados como simple magia de salón, ocurrió no obstante que, como su fama se extendió

más allá de Arcadia y pronto por toda la bucólica zona interior del estado de Nueva York, se unieron a ellas otras médiums de talentos y habilidades diversos. Al principio solo una, en Ebenezer, y después otra, en Brockport, y luego —¡he aquí el resultado!— unas cinco o seis, solo en la población de Pendleton, y varias más en Ithaca; y, en Syracuse, un poni Shedand sumamente extraordinario del que se decía que poseía «segunda visión». En Buffalo, los hermanos Davenport pronto resultaron tener dotes más prodigiosas y ser incluso más expertos en la manipulación de periodistas simplones que las hermanas Fox. Y en las idílicas y onduladas colinas de Morah, al sur del gran canal, adquirieron importancia no uno, sino dos, canes con dotes de médium: la linda aunque tímida Lupa y su hijo Remus, más atrevido y siempre complaciente con la multitud; eran perros labradores, de origen incierto, que ganaban para su perspicaz amo una gratificante recompensa económica. (No debo dejar de mencionar, por cierto, que Joseph Smith, el reputado fundador de la Iglesia mormona, había residido en la tranquila ciudad de Palmyra, también en la zona interior del estado de Nueva York; las visiones y voces de míster Smith en algunos lugares fueron motivo de documento histórico y seguramente no deberían pasarse por alto ni despreciarse como balbuceos de una mente perturbada.)

Así, durante los asombrosos años cincuenta, los habitantes del mundo de los espíritus no solo aumentaron en gran cantidad, comunicándose a través de médiums de todas las edades, sexos, clases sociales y especies, sino que aumentaron también su variedad de manifestaciones, pues, muy pronto, los simples golpes y arañazos fueron sustituidos por débiles pero inconfundibles voces y el vigoroso sonido de instrumentos musicales y garabatos en pizarras espirituales, y, en ocasiones, en las condiciones crepusculares adecuadas, ¡incluso veladas figuras ectoplásmicas! (Sin que lo supiera Deirdre, que lo desconocía casi todo de los fenómenos más grandes, de los que ella era una parte tan desventurada, el espíritu que se ponía en contacto con ella llamado Zachariah se manifestaba a incontables médiums del estado de Nueva York y al formidable Jonathan Koons, de Ohio; este espíritu se quejaba de malos tratos en vida, como consecuencia de condiciones sanitarias indecibles en un hospital de campo, en New Jersey norte, donde murió de gangrena tras una prolongada agonía, como soldado raso del ejército del general Washington. Si bien este infortunado destino sirve para explicar gran parte del malhumor de Zachariah, no cabe esperar que explique su perversidad intrínseca, la cual, lamento decir, ocultaba muy hábilmente a la mayoría de sus médiums.)

Muy pronto, en el breve intervalo de meses, este asombroso fenómeno fue conocido en la prensa como espiritismo, y el interés por él se hizo tan popular, y asimismo tan ingeniosos los médiums y sus consortes, que, a finales de los años sesenta, una considerable cantidad de dinero había cambiado de manos, y el dotado Daniel Dunglas Home había recorrido toda la escéptica Europa, conquistando a todos y recogiendo una asombrosa cosecha con sus insólitos poderes, los cuales incluían no solo toda la conocida serie de manifestaciones espiritistas, sino variaciones tan caprichosas como que se levantaran pesadas mesas a las que se hallaban sentados observadores e investigadores. Era de conocimiento privado, aunque en modo alguno un secreto, que nuestro gran presidente, el propio Abraham Lincoln, recibía consejos de espíritus conjurados por Nellie Colburn, la famosa médium; Daniel Webster, el cardenal Wolsey, Julio César y otros muchos le daban consejos de forma rutinaria, y fue gracias a los esfuerzos de miss Colburn que la Proclamación de la Emancipación se hizo a finales de 1863, y no se retrasó como aconsejaban vivamente los ayudantes de Lincoln. (Algunos dicen que la misma guerra entre los estados fue consecuencia de los fervientes deseos de los espíritus, que presionaron a un Lincoln al principio reacio, pero me resulta imposible decir si semejante afirmación es cierta.)

A finales de los años setenta, cuando madame Blavatsky se hizo famosa en círculos ocultos, el fenómeno de los médiums, aunque en modo alguno corriente, y atacado con enojo desde el púlpito, se había asentado con admirable prontitud como fuente respetable de sabiduría, pues se comprendían de forma implícita sus poderes para entretener y consolar a los desposeídos. Espero que no sorprenderá al lector saber que muchos racionalistas cayeron bajo el influjo de los espiritistas, y un caballero tan eminente como Nathaniel Hawthorne, al observar las extravagantes manifestaciones de míster Home, en Florencia, dejó constancia de que quedaba demostrado a su escéptica satisfacción que «los hechos increíbles sobriamente atestiguados son hechos serios». Estadistas y políticos consultaron a los espíritus de Napoleón, Alejandro Magno y Gengis Kan; Conan Doyle se volvió proselitista, con turbador entusiasmo; se descubrió que lord Alfred Tennyson, poeta laureado de Inglaterra, había estado leyendo el poema místico de madame Blavatsky «La voz del silencio» en su lecho de muerte. Científicos tan eminentes como Alfred Russel Wallace y William Crookes eran creyentes activos. La conferenciante, panfletista y militante socialista fabianista Annie Besant no solo se convirtió a la teosofía sino que, con gran determinación, emprendió la santa causa en los años de declive de madame Blavatsky. Y Thomas Alva Edison,

nuestro Mago, era miembro entusiasta de la Sociedad Teosófica… ¡Que se sepa, para su vergüenza!

En un ambiente tan peculiar y morboso, pues, en el que las solemnes verdades del cristianismo protestante se juzgaban, tal vez, no lo bastante exóticas o no lo suficientemente entretenidas para mantener la concentración de personalidades poco profundas, no hay que considerar inverosímil que una muchacha de menos de veinte años de edad, conocida por el público solo como «Deirdre de las Sombras», surgiera de la absoluta oscuridad y, al cabo de unos pocos años febriles, a principios de los ochenta, se ganara la aclamación de una población espiritista tan amplia y diversa que —durante un tiempo al menos— la consideró igual a D. D. Home y verdadera «princesa del mundo de las sombras».

(«Cuanto más fantástica es una creencia —confiaría madame Blavatsky a su Lolo, con voz ronca y muchos pellizcos con los dedos manchados de nicotina—, más se apresuran a creerla. Es una ley de la naturaleza, mi querida niña —afirmaba madame—. No hay que maravillarse de ello, solo hay que utilizarlo.»)

El recuerdo que tenía Deirdre del inmenso globo de seda negra, y del personaje con atuendo oscuro que lo pilotaba, iba a permanecer siempre turbio, sin duda confuso entre los sueños y visiones que con tanta frecuencia experimentaba de joven. Un fragmento de memoria podía hacerle creer que había sido transportada por su novio a través del océano Atlántico, tras despedirse amorosamente de sus hermanas, las damas de honor, vestidas de gasa en color pastel, que lloraban porque la perdían; en otro el propio capitán Furioso, con el pecho herido milagrosamente curado y desaparecidos cada rasgón, jirón y mancha de su bello uniforme, no solo se la había llevado de aquel lugar de tentación, sino que le había hablado amablemente y le había dado un casto beso en la frente, que le ardía.

Precisamente cómo fue transportada, sin sentido, fuera del valle de Bloodsmoor para despertar por la mañana a cientos de kilómetros de distancia en las pintorescas tierras salvajes del noroeste de Massachusetts, ilesa, pero sumamente fatigada, en un otero cubierto de hierba de un parque perteneciente a la finca del difunto millonario F. Holtman Strong; cómo el supuesto resplandor violeta de su aura llamó enseguida la atención de la condesa Helena Petrovna Blavatsky (que a la sazón residía, con su compañero *chela* Hassan Agha, en la casa solariega de los Strong), y cómo, tras asegurarle todos que poseía dotes de médium y tras un debut cuidadosamente preparado en

Cambridge, Massachusetts, ante un pequeño círculo elegido de creyentes, Deirdre se convirtió poco a poco en una médium tan segura de sí misma como para no sentir aprensión alguna de la formidable Sociedad de Investigación Psíquica; cómo ocurrieron estos hechos extraordinarios, lo sé de forma somera, de segunda mano, pero temo cargar mi crónica con un exceso de detalles históricos y que resulte excesivamente larga.

Ocurrió que el *chela* de madame Blavatsky de mayor confianza, el joven de piel morena llamado Hassan Agha (de Madrás, India, o eso decía; los detractores en el seno de la sociedad situaban sus orígenes firmemente en Occidente, en Sicilia o Atenas, o incluso Liverpool), meditando al amanecer, en el parque, tropezó por casualidad con la joven inconsciente, y naturalmente dio la alarma para pedir ayuda, observando, incluso en la confusión del momento —como pronto confirmaría madame— que la extraña muchacha de cabello oscuro, incluso en su estado de inconsciencia, poseía un aura de tan magnífica luminosidad, violeta y azul iridiscente, y todos los tonos más bellos del arco iris, que sugería que poseía unos poderes psíquicos que, según reconoció madame, superaban los suyos propios.

Así pues, llevaron a Deirdre, apenas consciente de lo que la rodeaba, al hogar de los Strong y la pusieron al cuidado de un eminente médico de Boston cuyas simpatías espiritistas no se ponían en duda, y disfrutó de una pacífica convalecencia de más de cuatro semanas, cuidada gran parte del tiempo por la propia madame, quien declaró que un milagro «había caído del cielo» y que había recuperado a su propia Lolo. E incluso antes de levantarse de la cama y bajar a reunirse con los demás, Deirdre fue capaz, con muy poca dirección consciente propia, de hacer aparecer en su dormitorio la forma ectoplásmica velada del difundo esposo de mistress Strong y de ser el medio por el que —a través de su ser físico, pero no mediante su voz — este digno caballero fallecido habló a su esposa, dándole toda clase de consejos, tanto financieros como domésticos, y consuelo en cuanto a la realidad del mundo de los espíritus y de su propio bienestar continuo, con qué gratitud y con cuántas lágrimas por parte de la viuda el lector puede imaginarlo.

—Hemos estado esperando a esta joven milagrosa —dijo madame Blavatsky—, sin saber que vendría a nosotros de la nada, ¡materializada como un espíritu!

En aquella época, en la finca rural de ochocientas hectáreas de los Strong, en el valle de Landsdowne, residían no solo la carismática madame Blavatsky y varios *chelas*, sino varias personas de mente similar que compartían no la fe común en la teosofía y ni siquiera en

la existencia de los maestros tibetanos, sino una ambigua creencia general en los asuntos ocultos que, a su juicio, sería la religión del futuro, la cual fructificaría de forma espectacular en el siglo XX. (Un grupo de individuos diversos, en realidad, aunque no merecían, en conjunto, la condena de los parientes de míster Strong, quienes consideraban la colección de la viuda un «enjambre» que zumbaba alrededor de un «panal de miel», siendo la miel, por supuesto, la considerable fortuna de míster Strong.)

Mistress Strong, que había leído aquel gran tomo *Isis descubierta*, recopilado por madame Blavatsky en un verdadero frenesí de inspiración unos años atrás, tras la muerte de su esposo había buscado a la célebre condesa rusa y, ofreciéndole muchos regalos, no cejó en sus proposiciones para que madame y tantos *chelas* como deseara fueran a Landsdowne House (pues así se llamaba su enorme casa solariega) a pasar una estancia tan breve o tan prolongada como ella deseara. Madame aceptó de mala gana su generosa invitación, después de que la hubo repetido varias veces, pues, aunque estaba extraordinariamente ocupada con las delegaciones teosóficas de Boston y Nueva York, y absorta en planes para un largo peregrinaje a la India a fin de ponerse en contacto con el celebrado *swami* Dayanand Saraswati, se apiadó de la angustia de la viuda, que era considerable, y no vio razón para no aliviar su pena, en la medida en que ella fuera capaz. Pero no fue hasta la llegada de Deirdre —pronto bautizada por madame como «Deirdre de las Sombras»— que mistress Strong inició una comunicación plenamente satisfactoria con su fallecido esposo.

—Un milagro —exclamaba madame una docena de veces al día—, mi Lolo recuperada. Y en forma de una bonita chica estadounidense.

(En este punto hay que observar que Lolo no era, en realidad, el nombre de ninguna hija de madame, sino el apodo de la propia madame puesto por su madre, muerta mucho tiempo atrás, cuando era niña; una excentricidad entre las muchas que constituían el desconcertante fenómeno de la Blavatsky.)

De manera que «Deirdre de las Sombras» fue introducida en la comunidad espiritista, a la sazón mucho más numerosa que ahora, aunque similarmente unida, y dominada por un ansia de creer, cosa que algunos observadores encontraban loable y otros despreciable. Financiada por la generosa mistress Strong, y protegida con fiereza por madame Blavatsky, Deirdre se desenvolvía de forma admirable como médium —una profesión que hoy se hace necesario explicar— y nunca echó una mirada atrás hacia los años pasados en Bloodsmoor y

la caritativa familia cristiana que le había ofrecido socorro cuando lo había necesitado. En Cambridge, en Boston, en Quincy, Massachusetts, y sobre todo en Nueva York; en habitaciones de hotel cuya opulencia apenas debía de compensar la extrañeza y la soledad; en casas particulares como la de mistress Strong, «acosada» por una obsesión enfermiza y morbosa por los muertos; ¡cuánta pena habría sentido su joven corazón por todo lo que había rechazado y, oh, cuántas lágrimas habrían brotado de aquel duro caparazón de belleza joven y en verdad de bruja, de haberse parado la muchacha a reflexionar sobre su situación: la amorosa familia que había dejado atrás y los dudosos personajes entre los que ahora residía!

A pesar de su llegada como inmigrante sin un céntimo en el verano de 1873, para entonces a madame Blavatsky le había ido muy bien: era conocida como espiritista que había dedicado su vida, durante los últimos quince años, a «purificar» la «sagrada llamada» para convertirse en médium —llamada, lamento decir, plagada de fraude— y constantemente atacada por los racionalistas y los cristianos, que vivían con el terror de sus «verdades revolucionarias». Se hizo amiga de otros médiums, celebraba sesiones propias, frecuentaba personas con tanta influencia como el abogado de Nueva York Thomas Olcott, cuya posición en el tolerante *Tribune* de Nueva York le permitía escribir largamente, y con entusiasmo no contenido, en nombre de los médiums inocentes de todo fraude con los que se tropezaba; y había creado su hermandad secreta, la Sociedad Teosófica, mediante la cual la antigua sabiduría de los *mahatmas* tibetanos iba a ser comunicada al mundo, a través de la persona de la propia madame. Reconociendo en Deirdre a un espíritu afín, y como no se dejaba desanimar por cierta contención del afecto por parte de la joven, era muy bulliciosa en sus alabanzas de la nueva médium y estaba segura de que «ascendería los muros» de la «fortaleza» de la ignorancia y la indiferencia que caracterizaban a Estados Unidos.

—Una tierra de gran riqueza material, en la que se encuentra el más asombroso empobrecimiento espiritual —decía a menudo madame— y en los hogares de los ricos más que en ningún otro sitio.

En esta época ayudaban a madame un número de *chelas* o discípulos, y su favorito era Hassan Agha, alto, escuálido y de piel oscura, con el rostro extremadamente enjuto aunque atractivo y ojos negros, vestido al estilo indio, con una túnica que se le ceñía al cuerpo, de seda negra, pantalones como de pijama y un bello turbante negro en cuyo centro llevaba un gran broche en forma de escarabajo, de origen egipcio, que relucía con extraño poder. (El broche era un «tótem sagrado», en palabras de madame, regalo no de ella sino de

uno de los Maestros, que había hecho que se materializara en su mano, para poder regalárselo a su más fiel *chela*. Madame a menudo insistía en que Deirdre aceptara de este maestro un medallón similar en forma de escarabajo, para llevarlo al cuello en lugar de «ese chabacano medallón de oro», pero Deirdre se resistía, prudente, pues aunque en esos años iba a perder casi todo sentido de la decencia y de la conducta respetable, no sucumbió a los halagos y ruegos de madame, lo cual aliviará al lector.)

Incluso cuando hacía frío, Hassan Agha iba descalzo dentro de casa, como correspondía a un *chela* indio. Tenía unos veintiún años y hablaba poco, como si desconfiara de su capacidad de emplear nuestra lengua. Su entrega a madame era absoluta, y se consideraba conmovedora; los observadores se emocionaban al ver al joven postrarse ante madame cada vez que se acercaba a ella y cuando se despedía.

—Es un discípulo lleno de adoración —confió madame a Deirdre, cuando Hassan Agha se hallaba ausente— y adorable, pero estoy mortalmente harta de los muchachos.

Después de los primeros éxitos en Landsdowne, Brattle Street y Beacon Hill, madame le aseguró a Deirdre que no solo llegaría a ser una médium famosa, sino magnífica, y que con sus notables habilidades naturales ayudaría a incontables almas a ambos lados, en el plano terrenal y en el mundo espiritual. (Pues muchas almas, habiéndose librado del tumulto de la vida en un estado de emoción extrema, apenas saben lo que les ha ocurrido; de ahí la frecuencia de las «apariciones», la obsesión de una mente espiritual perturbada.)

—Y estamos avanzando con asombrosa rapidez hacia el siglo veinte —decía madame—, en el que, según me aseguran los maestros, tendré un pequeño papel como guía. El materialismo de nuestra época, reforzado sin duda por los darwinistas, ofrece un espectáculo tan desolador y poco imaginativo del universo que uno apenas sabe si llorar de tristeza o de pura fatiga, pues ese universo en cualquier caso es pesadamente masculino, en su aspecto físico, mientras nuestro universo es esplendorosamente femenino. ¿Me sigues, mi querida niña? ¿Estás de acuerdo?

Deirdre tomó unos sorbitos de té, que bebía, como siempre, sin azúcar ni crema de leche, a menudo en lugar de una comida más copiosa y en posible detrimento de sus frágiles nervios; tomó unos sorbitos de té, sin prisa, sin molestarse en evitar la mirada cálida y, en realidad, obsequiosa de madame.

—No sé nada, madame, de las abstracciones de las que habla usted con tanta naturalidad —dijo nuestra joven dama, en un tono tan altivo

y la mirada tan fría que habrían hecho honor a la propia Malvinia Morloch—, ni me molestaré en formarme una opinión. Mi vida, como usted y otros muchos me han hecho saber, por lo cual estoy sumamente en deuda, mi vida es mi trabajo. No soy una espiritista teórica, como las que se puede encontrar prácticamente en todas partes, sino espiritista practicante, y no debo distraerme con las exhibiciones poéticas, pero tergiversadas y retóricas, que sin duda los maestros le han inspirado a usted.

Madame se sintió censurada por este frío discurso, aunque no estaba completamente segura de lo que la joven dama quería decir. (Es muy divertido, como observará el lector, que esta repulsiva inmigrante rusa, la autoproclamada profetisa de una nueva religión, se enorgulleciera de su inglés y sin embargo no conociera palabras nuestras de lo más corrientes.) Para disimular su confusión, y para dominar ese exceso de energía que todos los biógrafos han señalado como una característica particular suya, por no decir patológica, madame buscó consuelo en el tabaco y sacó unos pellizcos de una pestilente hierba turca de la extraña bolsa de piel que llevaba colgada al cuello (la cual tenía forma de cabeza de animal, si bien no era ningún animal conocido por el hombre), que envolvió en papel de cigarrillo de color marrón hasta formar un cilindro irregular. Sus dedos regordetes le temblaron un poco, como si las frías palabras de Deirdre, y el peso aún más frío de su mirada, la intimidaran; aun así, cuando habló había recuperado su habitual entusiasmo y declaró, con una amplia sonrisa que casi alegró toda la cámara en la que estaban sentadas:

—No obstante, Lolo mía, serás famosa, y serás magnífica; y serás rica, si tengo algo que ver en tu destino. Si esta perspectiva te desagrada, pequeña, te ruego que se lo hagas saber a tu más devota defensora.

Pero Deirdre tomó unos sorbos más de su fuerte té indio y no dijo una sola palabra, ni de asentimiento ni de protesta.

42

La carrera pública de «Deirdre de las Sombras» progresó con gratificante prontitud en los años 1880, y llevó a la ambiciosa joven mujer tan lejos como Milwaukee al oeste y Atlanta al sur, mientras se hacía acreedora no solo de cierta fama en los círculos espiritistas, sino de unos ingresos más o menos satisfactorios, aunque madame Blavatsky, sumamente protectora con su joven pupila y dada a la exageración, creía, naturalmente, y no se reprimía de decírselo a los periodistas, que esta «milagrosa criatura» tenía sin embargo que recibir honores «de acuerdo con sus méritos», para lo cual, amenazaba vagamente madame, tal vez tendría que abandonar su tierra natal y partir hacia climas europeos o incluso orientales.

La propia Deirdre raras veces hablaba de un tema tan externo y tan materialista como su carrera, y mucho menos de sus ingresos, pero es posible que en silencio coincidiera con la ferviente opinión de madame de que estaba infravalorada, a pesar de la atención continua que recibía y del incontestable misterio de sus poderes (pues, como todos los médiums auténticos, Deirdre no comprendía en absoluto esos poderes y tenía muy poco control sobre ellos); no obstante, no tenía el más mínimo deseo de abandonar su tierra natal: la simple idea de zarpar hacia Europa y dejar atrás su idioma la llenaba de secreta inquietud. Pues no solo se adentraría en un mundo no estadounidense y por lo tanto, para ella, imposible de imaginar, sino que se vería obligada a depender aún más de madame Blavatsky, quien hablaba con facilidad (o de ello alardeaba) «todas las lenguas europeas importantes». Y esto nuestra hábil joven dama sin duda no lo deseaba, por muchas razones, sobre todo por su creciente deseo de librarse de la mujer mayor, cuya actitud mandona y activa, y sus hábitos de limpieza personal, irritaban a su Lolo.

Un día en que madame se hallaba temporalmente fuera de la casa

por un asunto teosófico, Deirdre murmuró a Hassan Agha:

—¿Cómo puedes soportarla? ¿Es fingimiento?, ¿es una penitencia católica?

Esto desconcertó tanto al joven de piel oscura que se quedó mirándola fijamente, como si nunca en la vida la hubiera visto. Se cruzaron una mirada, oscura y gravemente desaprobadora por parte de él, gris y fría por la de ella, y, con una inclinación inusualmente torpe, el *chela* se despidió de la joven en silencio y salió de la habitación.

Deirdre se preguntó, un poco agitada, si el joven repetiría sus palabras a madame, si se aprovecharía de esta explosión y la traicionaría. Pero, en días posteriores, madame no dio muestras de que su Lolo la hubiera molestado en modo alguno, así que Deirdre sintió alivio y un poco de decepción al mismo tiempo. Sin embargo, en presencia de Hassan Agha se mostraba cauta y, para su irritación, no pudo menos que observar que el *chela* asimismo se mostraba cauto con ella y, en realidad, no se dignaba mirarla. (Aunque ella a veces se divertía examinándolo, observando su rostro huesudo, más bien hosco, y su cuerpo escuálido, y su exótico traje de seda que, extrañamente, insinuaba una atractiva masculinidad, así como el turbante negro que siempre llevaba en la cabeza, ocultando por completo el cabello. Observaba sus manos estrechas, pálidas y delgadas, sus larguísimos dedos, el vello negro de los nudillos, el gran anillo con un ónice que madame le había regalado, con su indescifrable inscripción en sánscrito, la gracia extrañamente desconcertante de su forma de andar y el silencio absoluto al que se entregaba satisfecho —¡qué diferente de madame y de la mayoría de espiritistas!—, como si reflexionara sobre un profundo e insondable misterio, sin duda alguna predilección de su antigua alma india.) No puedo sino especular que la repulsión que Deirdre sentía por el *chela* de más confianza tenía mucho que ver con el hecho de que, a pesar de su excéntrico modo de vestir y de comportarse, este irradiaba un aura que no dejaba de resultar atractiva para el sexo femenino, y también con la repulsión disimulada pero inconfundible que él sentía por ella, manifestada, como veía la joven para su enojada diversión, con una estudiada negativa a mirarla a los ojos a veces bastante absurda, o incluso a reconocer su presencia física. ¡Como si yo fuera todo espíritu! —se reía Deirdre interiormente —. ¡Como si yo fuera solo espíritu!

Aunque la carrera pública de Deirdre de las Sombras había progresado, como he indicado, con satisfactoria rapidez, y las

gratificaciones económicas, en su mayor parte, no eran decepcionantes, ocurrió no obstante que nadie —ni siquiera la propia médium tímidamente atrevida— habría podido predecir el triunfo —y el escándalo—, que derivaría de la investigación que la Sociedad de Investigación Psíquica iba a realizar de su capacidad como médium, aunque la calculadora joven estaba en lo cierto al suponer que, al atreverse a dejarse investigar por la sociedad, crearía una brecha con la Blavatsky y los teósofos y obtendría ese grado de independencia que con tanta ansia, y tanta imprudencia, deseaban ciertas mujeres estadounidenses de la segunda mitad de nuestro siglo.

—Si accedes a este examen —dijo madame, ronca y tristemente, sus ojos con bolsas fijos en los de Deirdre con poco de su antiguo poder—, interpretaré tu acción como impetuosa e ingrata, ¡mi cruel Lolo!

Y Deirdre dijo con ecuanimidad, apartándose del acre olor del cigarrillo de madame y la apenas menos acre fragancia que rodeaba su persona, con reminiscencias de ajo, incienso indio y carne de mamífero lavada solo de forma esporádica:

—Madame, debe realizar sus interpretaciones como le parezca adecuado; quizá los *mahatmas* puedan guiarla.

En esa época Deirdre residía en un bello apartamento en el hogar que la viuda Strong, cuyo altruismo no había disminuido con los años, tenía en la Quinta Avenida; mientras que madame, con un contingente variable de *chelas*, teósofos y devotos de lo oculto, mantenía un hogar un poco más destartalado —en realidad, la famosa lamasería, cuyos exóticos muebles pronto se venderían en la sala de subastas— que daba al norte y al oeste, en la calle Cuarenta y siete y la Octava Avenida. Este desagradable desacuerdo surgió entre ellas cuando cenaban a solas, y a la mujer mayor no le quedó más remedio que despedirse de inmediato, con el rostro enrojecido, y aquella dignidad de la que a veces son capaces las personas muy corpulentas y las muy avergonzadas.

—Te digo *adieu*, mi vanidosa señorita americana —dijo madame.

Y Deirdre, fijando la mirada en la alfombra y manifestando la misma calma y la misma obstinación que tanto habían irritado a sus hermanas años atrás, se limitó a murmurar:

—Y yo, madame, le digo adiós.

Las primeras sesiones ofrecidas por Deirdre de las Sombras se habían celebrado en casas particulares, como Landsdowne House, con muy poca publicidad, y todos los que participaban juraban guardar el

secreto, porque madame sentía predilección por el secreto, ya que creía que era la mejor fuente de autopromoción. ¿Las religiones más importantes del mundo no nacieron del misterio?, ¿de discípulos que habían jurado guardar silencio?

—Tampoco debemos ofrecerte demasiado barata —aconsejó madame—. La gente democrática valora solo lo que tiene un precio elevado.

Los primeros clientes de Deirdre, reunidos por madame Blavatsky junto con la viuda Strong, en su mayor parte fueron mujeres, indudablemente acomodadas, y refinadas incluso en su aflicción. Tan deseosas estaban de comunicarse con sus muertos, y tan deseosos estaban los muertos de comunicarse con ellas, que apenas la joven e inexperta médium se sentaba a la mesa, y no bien Hassan Agha y los otros ayudantes instalaban a los clientes —«invitados», se los llamaba — y se rebajaba la intensidad de las luces, cuando los espíritus de los parientes fallecidos se precipitaban hacia ellos, a menudo empujando violentamente a los espíritus de contacto de Deirdre, mistress Dodd y el padre Darien, lo que causaba un considerable alboroto en la habitación. ¡Ah, qué confusión!, ¡qué emoción, el absoluto terror que se transmitía de una persona a otra en torno a la mesa ovalada! Un estruendo como de porcelana y cubertería, y en ocasiones algún cristal roto, golpes maníacos, como si fuera la víspera de Todos los Santos; voces alegres, ebrias, inoportunas que se interrumpían unas a otras, y un clamor, una algarabía en la que se alzaban gritos aislados de auténtica y desgarradora desesperación: «¡Madre!», gritaba una voz, e «¡Hija!», y «¡Oh, hijo mío, hijo mío!».

La joven médium, vestida gravemente de negro, con un gorro de encaje negro en la cabeza y el pequeño medallón de oro al cuello, enseguida entraba en trance, y después el trance se hacía más profundo; con los ojos parcialmente abiertos, parpadeando, y a veces en blanco, era una visión espantosa que, junto con la extraordinaria palidez de la piel de la médium en este momento y el extraño chisporroteo y encrespamiento de su cabello, como si poseyera electricidad estática, producía un efecto de lo más desconcertante en torno a la mesa, aunque sumamente satisfactorio. A medida que el trance se iba haciendo más profundo, los espíritus maduros podían restablecer la calma y el alarmante pandemónium de los minutos iniciales disminuía.

De la garganta de Deirdre brotaba la voz de mistress Dodd —seria, perentoria y sutilmente divertida—, que aseguraba a los invitados que sus seres queridos se hallaban presentes y hablarían con ellos por turnos; no había motivo para estar ansioso por el tiempo o la

secuencia, ni vestigio alguno de protocolo terrenal, pues en el mundo de los espíritus todo era simultáneo. «Los que los han amado siguen amándolos, y aquellos a los que ustedes han amado siguen necesitando su amor para sentirse menos solos, pues incluso en el Paraíso se puede uno sentir solo, cuando las familias han quedado destrozadas.»

Esto aseguraba la voz de la estimable mistress Dodd al reducido círculo de personas, a través del frágil receptáculo que era el cuerpo de Deirdre; una voz que no era la suya, como se daría cuenta incluso el más indiferente y escéptico de los observadores.

(En realidad, en semejantes extrañas ocasiones, la mente de Deirdre se hacía jirones y ella experimentaba imágenes oníricas de tan convincente viveza y autenticidad que le habría costado darse cuenta de que no eran reales, sino solo fantasmas visuales, sin sonido ni pensamiento; una vez se encontró —sin cuerpo, nada más que un nervio óptico que temblaba de mudo asombro— en las ruinas de una gran ciudad maya, en la jungla de América Central, los altos edificios de adobe con sus estrechas ventanas absolutamente vacíos —vacíos de todo habitante humano—, y sin embargo con un inquietante aire de haber quedado vacíos recientemente; en otra ocasión se encontró en el taller de su padre adoptivo sobre el cañón de Bloodsmoor, y allí estaba el propio míster Zinn, absorto como siempre en su trabajo, pero ¡ah, qué cambiado!, pues se había vuelto arrugado y calvo, y su piel había adquirido una extraña textura metálica, plateada y metálica, maravillosa de contemplar, y él no era consciente de la presencia de Deirdre, ni, en realidad, de nada de lo que lo rodeaba, tan fanáticamente encorvado sobre su máquina estaba, un hombre máquina encorvado sobre una máquina, apenas de metro y medio de altura. Y en otra ocasión, durante una de sus sesiones de más éxito, dirigida en realidad por mistress Dodd, el padre Darien y una Bianca sorprendentemente sobria, Deirdre se encontró de nuevo sin cuerpo, en un lugar remoto y crudamente frío donde la Tierra, envuelta en hielo, se curvaba de forma anormal y no presentaba vegetación alguna y ni siquiera una formación rocosa, y por encima del hielo volaban pájaros solitarios, perfectos sus largos cuellos sinuosos y picos cruelmente curvados —¡y sus ojitos relucientes, invulnerables como la roca!— y el corazón de Deirdre pedía a gritos con arrebatado anhelo ser una de ellos, sola, en absoluto aislamiento, donde ningún espíritu pudiera seguirla, ya que allí jamás había existido vida alguna, pues ¿qué necesidad de vida tenía el casquete polar, envuelto en semejante belleza? Los solitarios pájaros blancos, los grandes pájaros de un blanco deslumbrante, sus picos, sus largos cuellos sinuosos, sus ojos

fijos…)

«No hay muerte —aseguraba mistress Dodd a las inquietas personas sentadas alrededor de la mesa—. Sus seres queridos los aguardan; siempre están presentes.»

«No hay muerte», decía el padre Darien. Su voz era firme y masculina; el molesto acento francés, apenas perceptible.

«No hay muerte», balbuceaba la pequeña Bianca, con tan sentida alegría como si la noticia fuera feliz.

(¿Y cómo se realizaba el truco, los innumerables trucos? ¿Cómo es que simples muchachas como Deirdre de las Sombras no solo se presentaban, a finales del siglo XIX, como intermediarias entre los mundos visible e invisible, sino que efectuaban atrevidas incursiones en el terreno religioso, que por la costumbre y por la ley natural eran terreno de la autoridad masculina? ¿Cómo es que no solo se presentaban como conductos por los cuales los muertos podían dirigirse a los vivos y viceversa, sino que a través de algún inexpresable sortilegio lograban convencer a otros, incluidos muchos observadores objetivos, de que la suya era una misión desprovista de fraude, embustes y demencia? ¿Cómo es que, como Deirdre, se entregaban a espíritus que, a su vez, traían a otros espíritus, ansiosos de comunicarse con los vivos y enteramente convincentes tanto en el contenido como en la forma en que lo ofrecían? Mi respuesta —y casi me avergüenza confesarlo— es que, sencillamente, no lo sé.)

Lo hiciera como lo hiciere, con qué inocentes o no tan inocentes estrategias, Deirdre parecía ponerse en contacto con muchos que habían sido separados por la muerte: ocupaba su lugar con muy poca conciencia de que era un punto focal, una unión, un simple receptáculo —en resumen, una médium, un medio— por el que los hijos hablaban con sus padres muertos mucho tiempo atrás y las viudas se comunicaban con sus esposos muertos, y se revelaban secretos, se contaban historias y se daban explicaciones póstumas a conductas inexplicables, de una manera que, en casi todos los casos, nadie vivo habría podido saber de antemano.

La sesión a la que asistieron en secreto mistress Zinn y Octavia, en el número 2 de la Quinta Avenida, fue típica de los primeros éxitos de Deirdre; aunque al principio, como hemos visto, el ambiente se vio alterado por las travesuras de un espíritu malévolo, sin duda Zachariah (pues este espíritu se había liberado como consecuencia de la tensión emocional que emanaba de mistress Zinn y de su hija, por mucho que la propia Deirdre ignorara su presencia); de ahí los golpes,

luces flotantes, música y otras tonterías. El espíritu perverso, sin embargo, fue dirigido por los espíritus maduros mistress Dodd y el padre Darien y se alcanzó un período de relativa calma, y la sesión resultó maravillosamente gratificante, como todos declararon después. Entre los que disfrutaron del privilegio de hablar con miembros de la familia fallecidos, algunos hacía más de cincuenta años, se encontraba una descendiente de Aaron Burr, a la que ese caballero le aseguró que, si bien era culpable, como había sido acusado, de ciertas maquinaciones políticas, era completamente inocente de las declaraciones difamatorias publicadas por los federalistas de Nueva York en cuanto a sus ardides como seductor; en realidad, su estancia en el mundo de los espíritus lo había convencido de que el celibato es el estado más elevado conocido por hombre o ángel. Otro distinguido participante era el congresista Wallace G. Tunstall, un caballero con cuerpo rollizo, relucientes mejillas coloradas y ojos brillantes, que no se avergonzó de llorar abiertamente cuando se dirigió a él el espíritu de su primo inglés J. H. Tunstall, asesinado en 1878 en su rancho del río Felix, en el célebre condado de Lincoln, Nuevo México; el mismo Tunstall que posteriormente iba a ser vengado, cien veces más, por las acciones de su leal joven empleado William Bonney (es decir, *Billy el Niño*). J. H. Tunstall comunicó al congresista Tunstall que había una considerable fortuna en oro y plata enterrada en cierta bifurcación del río Felix, intacta hasta aquel mismo día, y que esta fortuna solo le pertenecía a él y a nadie más que a él, tanto por derecho moral como por derecho legal. Después de dar instrucciones detalladas para la localización del tesoro, que el congresista Tunstall, con el llanto, apenas pudo transcribir, el primo fallecido siguió hablando del terreno de Nuevo México con su encantador acento británico, con tanta vehemencia y tan grande amor que las brillantes salidas del sol, las frescas neblinas, las flores de cactus de principios de abril y el aire mismo, ¡tan diáfano, tan límpido!, se hallaban milagrosa y convincentemente presentes en la parte baja de la Quinta Avenida de esta bulliciosa ciudad.

El apasionado espíritu no se detuvo aquí, sino que siguió hablando de su estado, transformado extrañamente.

—Verás, mi querido Wally, no se trata más que de pasar al otro lado. No puedo expresarlo de forma más sucinta, ni más exacta: pasar al otro lado. Cuando tu hora sea inminente, Wally, no tendrás que hacer nada más que extender la mano, y yo estaré allí para ayudarte, y la venda caerá de tus ojos con prontitud, ¡te lo prometo! Piensa solo que ahora yo estoy aquí, aunque tal vez no sea visible para ti a causa de la intrínseca debilidad de la visión entre los mortales; sin embargo

estoy aquí, te lo aseguro, y soy capaz de comunicarme contigo sin gran dificultad, y tú puedes comunicarte conmigo, y no hay en ello nada misterioso ni repugnante, ni de lo que debas tener miedo, pues no se trata más que de pasar al otro lado…

Entonces la voz, que desprendía tan gratificante confianza, de pronto empezó a desvanecerse y, en un instante, se perdió, dejando tras de sí un silencio lleno de asombro y el sonido de diversos sollozos, entre los que se contaban los del muy experto *chela* Hassan Agha, tan conmovedor había sido el testimonio del inglés fallecido.

Quizá no resultara asombroso para los creyentes y practicantes espiritistas que el tesoro de Tunstall se hallara situado precisamente en el lugar que el espíritu había indicado; pero me veo obligada a decir que sí lo fue para otros de naturaleza más escéptica; y sigue asombrando y dejando perpleja —e inquietando en verdad— a esta fiel cronista.

Pues semejantes curiosas coincidencias, si así se las puede denominar, en modo alguno fueron extraordinarias en el curso de la práctica de Deirdre como médium, sino bastante habituales.

—¿Cómo lo consigue, si puedo preguntarlo, su encantadora amiga?

Esto preguntaban, a menudo con un burdo guiño de complicidad, a madame Blavatsky, quien, hay que decirlo, disfrutaba inmensamente de una relación *de hombre a hombre* con los más mundanos y más escépticos caballeros, de los que no quedaban excluidos los periodistas.

—Puede confiar en mí, madame —solían decirle—, pues le juro, le doy mi palabra, que no revelaré su secreto. Simplemente es que me pica tanto la curiosidad que no puedo dormir por la noche, pues me acosa un tumulto de pensamientos y especulaciones respecto a cómo usted y la encantadora joven dama consiguen poner en práctica su arte, pues así lo llamo yo, no trucos, como otros afirman.

Con lo cual madame esbozaba una enigmática sonrisa y decía, con una dignidad desprovista de altivez:

—Mi querido caballero, su pregunta de «cómo» no puedo responderla yo, pues el «cómo», en este caso, reside en Dios.

Aun así la acosaban a preguntas, le rogaban que confiara en ellos, si quisiera revelarles el secreto solo a ellos, pues era un complejo enigma cómo Deirdre de las Sombras conseguía hacer todo lo que hacía: las voces, las apariciones ectoplásmicas, las revelaciones de ciertas verdades que no podían conocer ni ella ni nadie en la sala, porque seguro que había un truco sumamente ingenioso, no, diabólico, que tenía una explicación racional.

Pero madame Blavatsky se limitaba a menear la cabeza, de modo

que le temblaban los carrillos y, con un aire afectado de humildad, decía:

—Mi querido caballero, el «cómo» siempre y para siempre reside en Dios, y no en el hombre.

43

La famosa investigación de Deirdre de las Sombras por parte de la delegación de Nueva York de la Sociedad de Investigación Psíquica, con sus escandalosos resultados, mejor dicho, trágicos, y sus sombrías consecuencias para todos los que examinaran demasiado de cerca las maquinaciones del mundo del espíritu, tuvo lugar una apacible tarde de abril de 1886, en las antiguas oficinas de la sociedad de 11 Gramercy Park, una casa de ladrillo rojo y piedra caliza con adornos de granito imperial, y esfinges gemelas, también de granito, que miraban hacia el parque con plácidos ojos ciegos. Deirdre fue acompañada al examen por dos caballeros, el doctor Percy Dodd y su joven ayudante, el doctor Lionel Stoughton, y una dama, mistress Minnie Cunningham, que no solo era miembro de la Sociedad de Investigación Psíquica, en la que había muy pocas plazas reservadas para el sexo femenino, sino de la poderosa Asociación de Misioneras, que recientemente se había pronunciado con gran reserva y cierta animosidad contra el «fenómeno pagano del espiritismo»; mistress Cunningham, como se dignó informar a Deirdre, no estaba del todo convencida de que el criterio de sus hermanas fuera correcto:

—Mantendré una mente completamente abierta en el proceso de esta noche —aseguró mistress Cunningham.

Tal vez se esperara que en este punto Deirdre le diera las gracias a mistress Cunningham, pues ambos caballeros la miraron, el doctor Dodd con gran intensidad; pero Deirdre, sentada en un rincón del carruaje elegantemente tapizado, y tan envuelta en chales negros de cachemira, puntilla española y brocado sutilmente adornado con plumón negro que uno habría creído que la tarde era fría y no desacostumbradamente apacible, decidió interpretar la declaración de la buena señora como completa en sí misma y que no necesitaba más comentarios. De manera que permaneció callada, con la mirada fija en

un rincón del carruaje, unos centímetros a la izquierda del hombro del doctor Stoughton, y con actitud serena; solo el hecho de que acariciaba un medallón de oro que llevaba colgado de una cadena al cuello —un adorno de calidad nada excepcional, como no pudieron dejar de notar los que la observaban— dejaba traslucir cierta aprensión.

(Con el fin de impedir una condena prematura de los jueces de Deirdre, debo apresurarme a informar al lector que habían aparecido ciertos chismes vulgares en el *Graphic* y en algunos periódicos de mala fama, en el sentido de que «Deirdre de las Sombras» había recibido un brazalete tachonado de diamantes y rubíes, de unos treinta centímetros de longitud, que costaba más de 20.000 dólares, obsequio del propio Diamond Jim Brady, sin duda como gesto de extrema gratitud por los servicios de la joven médium, o de especial interés por ella a un nivel más personal. Por supuesto, no se dio a conocer que Deirdre, actuando según impulsos inescrutables pero sin duda dignos de alabanza, había devuelto el superficial artículo a míster Brady con una única palabra —«No»—, y fue una lástima que no se supiera, pues la joven comprendía poco que semejante publicidad amarilla despertaba desprecio y envidia hacia ella y el deseo general de que fracasara.)

—Todos los reunidos, mistress Cunningham —dijo con calma el doctor Dodd—, han declarado la necesidad de tener la mente abierta; suponemos, naturalmente, que usted no es ninguna excepción.

Es natural que la investigación de la capacidad de Deirdre como médium —o, dicho claramente, de su autenticidad o falsedad— por parte de la sociedad justificara ciertas muestras de ansiedad o, al menos, de preocupación en ella; lo que no resulta natural quizá era su extraña serenidad, que casi bordeaba el trance ligero, a medida que se acercaba la hora. Consintió sin protestar en que varios miembros del Comité de Damas efectuaran un examen de su persona en privado, lo que le supuso tener que desvestirse parcialmente; una concesión a la escrupulosidad de la sociedad que muy bien habría podido ofender el gusto de una delicada joven dama (en realidad, enojaba en gran medida a muchas médiums, que declaraban que no podían y no querían someterse a este examen); ella pareció contemplar con ecuanimidad, y con un ligero humor irónico, la estrecha vigilancia a que la sometieron mistress Cunningham y otras dos señoras después de acompañarla al gran salón de la sociedad, en el piso de arriba. Tampoco le produjo alarma la gran asamblea que la aguardaba —unas

setenta y cinco personas al menos— y los semblantes serios de los ocho caballeros que formaban el comité examinador, sentados en la parte delantera de la sala, ante una larga mesa cubierta de terciopelo carmesí oscuro. «No perciben más que tu forma exterior —le aseguró la sabia voz de un espíritu—; tu yo más verdadero, que reside entre nosotros, a salvo, los necios no pueden comprenderlo.»

Sin embargo, la madurez de la joven dama era tal, o al menos tenía tanta práctica de su habilidad, que no necesitaba ni el consuelo del espíritu; sin duda sabía, sin que nadie se lo dijera, que los necios jamás la comprenderían. En realidad, su mente ya se estaba separando del salón de alto techo y de las damas y caballeros reunidos, con su gran variedad de expresiones, algunas de las cuales, a pesar de lo que le había asegurado el doctor Dodd, francamente comunicaban recelos e incluso desprecio, y no poco apetito inquisitorial. Su mente, sumiéndose en la pasividad, se retiró de la discordante diversidad del mundo visible y buscó consuelo, por decirlo de alguna manera, en lo invisible, donde podría pensar y soñar y evocar toda clase de recuerdos, mientras los espíritus avanzaban para reunirse a su alrededor. En este estado de trance ligero, que la médium haría sistemáticamente más profundo, mediante una misteriosa voluntad sin voluntad propia, sería libre de albergar pensamientos como los provocados por su visita al teatro Fanshawe un tiempo atrás, y por el frecuente accidente de compartir una página en el *Tribune* o el *Graphic* con la aclamada actriz de teatro Malvinia Morloch, que ahora disfrutaba de otro gran éxito en una presentación espléndidamente producida de *Se rebaja para conquistadora*—, podría contemplar desapasionadamente la despedida airada y llena de lágrimas entre ella y madame Blavatsky que se había producido ni una semana atrás, justo antes del traslado de madame y sus más queridos *chelas* a Bombay, aunque la ira y las lágrimas habían sido exclusivas de madame, así como las impropias acusaciones de «traición», «crueldad desenfrenada» y «orgullo luciferino». En verdad, tan impenetrable era el trance en el que Deirdre de las Sombras se sumió mientras sus inquisidores observaban su forma exterior y material, que visitó libremente el salón de la Casa Octogonal, donde, en aquel mismo momento, sus padres adoptivos, su hermanastra Samantha y Pip se hallaban reunidos; míster Zinn en su silla de costumbre, mistress Zinn en la suya, tricotando una prenda para el «pequeño Godfrey» —pero ¿quién era «el pequeño Godfrey»?—, y charlando amigablemente sobre «Nahum» y «míster Watkins» —pero ¿quiénes eran?—, totalmente ajenos a la presencia en espíritu de Deirdre. Hay que decir en favor de Deirdre que, imperturbable, contemplaba esta cálida

escena doméstica casi con añoranza, y pensó que, de haber tenido su ser físico, le habría gustado mucho dar un leve beso —se lo habría dado— no solo en la frente del apuesto míster Zinn, sino en la frente algo arrugada de mistress Zinn y la mejilla pálida y pecosa de Samantha, y luego marcharse, al instante siguiente.

Estas eran las desconcertantes habilidades de la mente de la médium en el momento en que se inició el examen y cuando, aún con su propia voz, respondió clara aunque mecánicamente a las preguntas que le formulaban los caballeros del comité. Permanecía en una plataforma un poco elevada, sentada en una robusta silla con el respaldo rematado en volutas y cojín y reposabrazos de terciopelo, con aparente comodidad aunque bien erguida, como debía; no se mostraba alarmada por la multitud de ojos fijos en ella, una mujer joven de semblante decididamente exótico, con sus marcadas entradas y el cabello negro suelto que parecía estropeado y tieso por la electricidad, y los misteriosos ojos grises que relucían con autoridad impersonal, como la mica (qué diferente de aquella niña de trece años, furtiva, fiera, asustadiza, que era cuando la llevaron a vivir con los Zinn); permanecía sentada, repito, con calma, respondiendo a las preguntas que le hacían el doctor Dodd, el doctor Stoughton, el profesor Crosby, míster Sinnett, el doctor Eglinton, sir Patrick Koones, míster Oakley-Hume y el profesor Bey, mientras su mente se hallaba totalmente ocupada en otra parte y los espíritus, sin que los otros lo supieran, se reunían en silencio.

(Cómo se las arregló Deirdre de las Sombras con la siguiente arlequinada no lo sé, no más de lo que el perplejo Nathaniel Hawthorne comprendía cómo Daniel Dunglas Home invocaba a sus espíritus y hacía que en la habitación las luces destellaran y flotaran y que muebles enormes danzaran, mientras era observado atentamente. Como la investigación oficial de Deirdre de las Sombras del 21 de abril de 1886 está incluida en el undécimo volumen del compendio histórico de quince volúmenes *Actas de la Sociedad Americana para la Investigación Psíquica*, es un asunto público y uno no se atreve a dudar de su veracidad, por inquietante que resulte para la mentalidad cristiana y para los niveles corrientes de la decencia y la cordura.)

El doctor Dodd, como presidente de la sociedad, empezó haciendo algunas preguntas formales a Deirdre —su nombre completo, lugar de nacimiento, historial, etcétera— y la joven, con actitud seria,

respondía sucintamente que no era más que «Deirdre de las Sombras» y no podía explicarse más.

—Los espíritus así me han bautizado —dijo— y no puedo contrariar sus deseos.

Tras una pausa llena de desconcierto, el doctor Dodd procedió a preguntarle por su historial profesional, y recibió esta respuesta:

—Mi primera sesión se llevó a cabo en Landsdowne House, a finales de otoño de 1879, como sin duda la sociedad ya sabe, si sus archivos son completos.

—Y este debut —dijo el doctor Dodd—, ¿no fue bajo los auspicios de mistress Helena Petrovna Blavatsky, la fundadora de la teosofía?

—No fue bajo los auspicios de nadie —dijo Deirdre—, salvo quizá de la viuda de Holtman Strong… o de los propios espíritus amistosos.

—Pero mistress Blavatsky se hallaba presente, creo —insistió el doctor Dodd.

—Se hallaba presente —dijo con calma Deirdre—, junto con otras varias personas cuyos nombres me temo que he olvidado.

—¿Y dónde se encuentra mistress Blavatsky en la actualidad?

—Supuestamente ha partido hacia la India —respondió Deirdre, arrugando un poco el labio superior— y dudo, dudo mucho, que nuestros caminos vuelvan a cruzarse en esta vida.

Aquí el profesor Crosby intercaló algunas preguntas, y también sir Patrick Koones, quien deseaba saber más de la asociación de la médium con mistress Blavatsky y con la «desacreditada» Sociedad Teosófica en general; y después el doctor Stoughton (que resultó ser el caballero más joven del comité, con un bello semblante y una voz fuerte pero cortés) observó que mistress Blavatsky no se hallaba esa noche sometida a investigación, pues su caso había sido decidido hacía algún tiempo, y que el interrogatorio debía proseguir «en una línea más moderada».

A pesar del sensato consejo del doctor Stoughton, el profesor Crosby prosiguió con su línea de interrogatorio, preguntando a la médium si estaba familiarizada con un tal «conde Youry», un médium que había residido durante una época en Boston y hacía tiempo había sido puesto al descubierto como un fraude y arrestado como delincuente común, habiendo sido uno de los primeros protegidos de mistress Blavatsky. La médium hizo una pausa de unos instantes y respondió con gran dignidad:

—Si desea llevar a juicio a la condesa Blavatsky, deberá usted traerla aquí con sus propios esfuerzos, pues mis espíritus me han asegurado que ellos no son capaces de hacerlo.

Esta respuesta fue dada con tanta fluidez que los presentes

tardaron un momento en comprender su ingenio, y los caballeros del comité, en particular el profesor Crosby, desviaron la vista, molestos, al oír un murmullo de risas. También el doctor Dodd frunció el entrecejo en gesto de evidente irritación, y las risas callaron al instante.

A continuación, el doctor Eglinton, un caballero de toscas facciones, vestido con una levita gris que no le quedaba muy bien a su corpulento cuerpo, preguntó a la médium, con voz imperiosa, si reconsideraría informar a la sociedad de sus antecedentes, pues «no causaría problema alguno, en una carrera honrada y observante de la ley», el hecho de que esta información se hiciera pública.

A lo cual la médium replicó.

—Yo solo sé que me bautizaron como «Deirdre de las Sombras» y que mi vida anterior a este bautismo no tiene importancia. Los espíritus me han elegido, según me han hecho comprender, como la portadora de buenas noticias, para proclamar el Nuevo Designio.

—¿El «Nuevo Designio»? —preguntó con aspereza el doctor Eglinton.

—Así es. La Resurrección del espíritu se entenderá como es debido —dijo Deirdre sin vacilar— y el mundo material se transformará.

—Pero ¿exactamente cómo, mi querida niña —preguntó míster Sinnett con una sonrisa cariñosa aunque perentoria—, se transformará el mundo material?

Deirdre hizo una pausa, y se habría podido observar que sus grandes ojos grises se habían vuelto un poco vidriosos. Después de un plácido momento dijo:

—Míster Sinnett… creo que ese es su nombre… no me trate con paternalismo ni con familiaridad, pues eso desagradaría a los espíritus, y no puedo responder de las capacidades punitivas de los menos maduros de entre ellos.

—¡Ah! ¡La joven dama nos amenaza! —exclamó el doctor Eglinton con una carcajada llena de desconcierto.

—No era una amenaza, no exactamente una amenaza —repuso míster Sinnett—. Yo lo interpreto más bien como una encantadora crítica, ¡que probablemente merezco! Le ruego me disculpe, mademoiselle.

El doctor Dodd se aclaró la garganta y volvió brevemente al asunto de los antecedentes de la médium, preguntándole si, que ella supiera, existía un historial hereditario de poderes psíquicos en su familia; esta información siempre era valiosa para los archivos, pero la médium recibió esta pregunta con un silencio imperturbable, como si fuera indigno de ella responder.

Tras un incómodo momento, sir Patrick Koones dijo al doctor Dodd:

—¿Ya está en trance? Debo decir que es una muchacha sumamente peculiar.

—Tal vez solo desea indicar que no responderá a las preguntas referentes a su historia personal —señaló míster Oakley-Hume con cierta inquietud.

—Pero —intervino el profesor Crosby—, ¿por qué no puede responderlas? Me resulta claramente sospechoso.

—Profesor Crosby —dijo el doctor Dodd—, se está usted extralimitando.

—¿Está en trance la médium? —preguntó míster Sinnett, inclinándose hacia adelante—. ¿Los espíritus están presentes?

—Los espíritus siempre están presentes —dijo lentamente Deirdre con voz sepulcral—. Por lo tanto no hay que jugar con ellos.

—¡Ah, nadie quiere jugar con ellos, claro! —exclamó el profesor Bey.

—¡Ni jugar con una jovencita tan altiva! —observó el doctor Eglinton.

—Doctor Eglinton, usted también se está extralimitando —dijo el doctor Dodd, y hubo un murmullo de aprobación por parte del público —. Debo pedirles que mantengan el orden.

Las preguntas que después se formularon se referían más exclusivamente a la comprensión de la médium de su papel exacto como intermediaria entre los «dos mundos», y las respuestas de Deirdre fueron francas, aunque dadas despacio y en tono glacial, hasta que míster Sinnett (el «lego» del comité y, en realidad, periodista del *Journal* de Boston) no pudo contenerse y exclamó:

—Caballeros, ¿esta joven está en trance? Tiene un aspecto francamente horrible, quizá deberíamos parar. Todo es muy extraño…

El doctor Dodd aseguró a míster Sinnett, con impaciencia apenas disimulada, que la médium podía muy bien haber entrado en un trance ligero, preparándose para la sesión, y que era prerrogativa suya hacerlo si lo deseaba.

Míster Sinnett, turbado, respondió que si los otros caballeros no se alarmaban, y estaban presentes varios médicos, suponía que la joven dama no corría ningún peligro, pero, murmuró, tenía un aspecto claramente extraño.

—Una tez tan mortalmente pálida en una criatura viva —dijo—, juro que no la había visto nunca.

Los otros caballeros lo reconvinieron e incluso el joven doctor Stoughton puso reparos, declarando que semejantes observaciones

personales no eran pertinentes en la investigación y, además, resultaban una distracción. Tras lo cual el profesor Crosby dijo con determinación:

—Es la fuerza od lo que la hace estar tan pálida, caballeros. La extrae de los órganos femeninos, mediante un proceso apenas comprendido. Cuando esté en plena floración, por decirlo de alguna manera, la utilizará, ¡ya lo verán!, para leer nuestra mente.

—Profesor Crosby, eso es muy poco sensato —dijo el doctor Stoughton, enrojeciendo—. Es… sumamente injusto.

—¿La fuerza od? —preguntó míster Sinnett al profesor Crosby, inclinándose en su dirección—. ¿Qué es eso, caballero? ¡Estoy en la más absoluta ignorancia!

Antes de que el doctor Dodd pudiera llamarlo al orden, el profesor Crosby dijo, como si diera una conferencia a una asamblea:

—Od. Fuerza od. Una forma de electricidad, míster Sinnett, magnetismo. Mediante el cual la médium penetra en la mente de los demás, levanta muebles, causa una consternación general del aire. Fue propuesta por primera vez por el barón Reichenbach, deduciéndola indirectamente del magnetismo animal de Mesme, y una hipótesis bastante viable. En realidad en otoño voy a publicar una pequeña monografía sobre el tema…

—Profesor Crosby, se está extralimitando —espetó el doctor Dodd.

Aunque el caballero se negó a disculparse, el examen continuó en una línea más convencional; no solo los miembros del comité, sino también varios miembros del público formularon preguntas a la médium con respecto a su comprensión de los «poderes» y de su valor para el mundo. Estas preguntas las respondió la joven en voz lenta y vacilante, aunque sus palabras eran lo bastante claras.

—Los muertos no están muertos… los vivos no están separados de los muertos… los mundos están inmensamente poblados… nuestros muertos… nuestros amados muertos… tan cerca como el aire que inhalamos.

(A lo que el profesor Crosby no pudo resistirse a interponer, dirigiéndose a Oakley-Hume: «La excitación química en las mujeres jóvenes surge de los órganos reproductores, e inunda el cerebro. Puede ser también una disfunción epileptoide; lo he visto a menudo en médiums “psíquicas”».)

Aunque la médium estaba sin duda en trance, con la cabeza alta y los ojos vidriosos fijos en un punto indefinido en el espacio, oyó no obstante este comentario y dijo con voz calmada, aunque enérgica:

—Si sigue burlándose, señor, los buenos espíritus serán vencidos por los maliciosos, y no puedo prometer suficiente control sobre ellos

para protegerlo plenamente.

Sir Patrick Koones murmuró a sus colegas que debían mostrar respeto, por mucho desprecio que verdaderamente sintieran, y el profesor Bey, rebullendo incómodo en su silla, observó que le gustaría mucho examinar el cráneo de la médium —le habían prometido que podría disfrutar de este privilegio— pues era sumamente probable que Deirdre de las Sombras sufriera de la clásica espondilosis psicopatológica, cuyos síntomas eran una clara protuberancia ósea en la coronilla del cráneo y numerosos bultitos en la base.

Míster Sinnett lo interrumpió con nerviosismo para decir que había visto algo —¡un espíritu, tal vez!— deslizándose por debajo de la puerta.

Al oír esto todos los caballeros se volvieron para mirar en la dirección que él señalaba, pero declararon no ver nada. El doctor Eglinton hizo gala de cierta diversión impaciente, y declaró con voz baja que la profesión de periodista sin duda se adaptaba a ciertos excesos de la imaginación, de los que no disfrutaba la mentalidad científica. Sir Patrick Koones se ajustó los quevedos, que llevaba sujetos a su chaleco mediante una cadena de plata, y dijo, después de un momento de tensión, que le parecía ver algo en la habitación, ya en aquel rincón, sobre la cornisa dorada, ya enroscado en la araña del techo.

—Puede ser una manifestación —añadió—. Ectoplasma en un estado muy amorfo.

—¡Tonterías! —exclamó el profesor Crosby—. Y, sin embargo, es muy extraño, de pronto siento mucho frío.

—Yo también estoy helado, sobre todo en las piernas —dijo Oakley-Hume con cierta agitación—. Parece que hay una corriente de aire.

Míster Sinnett se puso en pie, sonriendo con gran perplejidad.

—¿Y miss Deirdre también tiene frío? ¿Hay una comente de aire? ¿Compruebo las ventanas y la puerta?

El profesor Bey también se levantó, aunque despacio. Había sacado de una cartera de piel un instrumento extraño, algo como un tocado pero de metal, con varias bandas curvadas juntas.

—Quizá no funciona, quizá sea prematuro, pero me gustaría… me gustaría mucho… asegurarme de que… que me permitieran… —dijo, con una sonrisa no menos perpleja que la de míster Sinnett, pero mucho más amplia.

El doctor Dodd y los otros lo miraron fijamente con asombro y lo instaron a que se sentara.

—Es eso… esa cosa de la araña del techo —susurró sir Patrick

Koones—. ¿No puede alguien hacerlo marchar?

—Ahí no hay nada —dijo con irritación el profesor Crosby—. Yo no veo nada.

—Yo tampoco. ¿Dónde está? —preguntó el doctor Eglinton, divertido.

—Ahora se está expandiendo, y se está haciendo muy fino —dijo con voz suave sir Patrick Koones—. Tiene intención de envolver, me temo, toda la habitación.

—Tiene un ligero olor acre, ¿verdad? —dijo Oakley-Hume.

El profesor Bey siguió en pie, aunque temblaba un poco, inclinados hacia adelante sus huesudos hombros y con el bigote mojado de saliva reluciente. Era un caballero de cierta edad, aunque poseía fama de disfrutar de una juvenil determinación; después de esta velada se diría de él que algo se le metió dentro y que, en cualquier caso, no era él. Pues de pronto dejó caer su instrumento de medición y empezó a hablar con voz de gran urgencia:

—D… d… debo saber, y saber ahora mismo, ¿me está aguardando el Salvador? ¿En ese otro mundo? ¿Son legítimas sus promesas?

—Vaya, está balbuceando —dijo el doctor Eglinton.

—Profesor Bey, ¿qué le ocurre? —preguntó el doctor Dodd, atónito.

—Debo saber esto, y después estaré satisfecho —dijo el profesor Bey con voz temblorosa—. Todo lo demás… todas estas tonterías… —y aquí señaló, con un gesto descuidado de la mano, el instrumento metálico, la cartera de piel y a sus colegas sentados a la larga mesa—. Toda esta vanidad es simplemente una pérdida de tiempo, y nuestro tiempo, ay, se está agotando rápidamente.

—Querido Rodney —dijo el doctor Eglinton, tirándole del brazo—, siéntate, este no es lugar para bromas.

—¡No estoy bromeando, sir! ¡Cómo se atreve!

—No se encuentra bien —susurró el profesor Crosby al doctor Dodd—. Quizá ha sufrido un leve ataque… un acceso de demencia senil…

(Y entretanto Deirdre de las Sombras permanecía imperturbable, ajena al drama. No me atrevo a especular sobre adonde había ido su alma, pero aquellas «ventanas del alma» —los ojos— ahora reflejaban muy poco calor de vida, y mucho menos humano.)

La angustia del profesor Bey duró unos minutos, y los miembros del comité eran incapaces de ponerse de acuerdo sobre si persuadir al infortunado caballero de que se marchara o permitirle quedarse, o si aplazar la sesión para otro momento, una solución muy poco práctica, dadas las circunstancias. Siguió dirigiéndose a Deirdre de las Sombras

con una voz estridente y melancólica, que no encajaba con su amplia sonrisa.

—¿Me está aguardando mi Salvador? ¿Está cerca? De repente tengo mucho, mucho miedo; creo que todos estamos asustados… cuando se acerca el temible año mil novecientos… el temible e inimaginable año mil novecientos… y de pronto me embarga este terror… de que Él haya partido… y de que no podamos ni siquiera burlamos de Él nunca más. Porque ¿de qué nos burlaremos, colegas míos, sino de Él?

—No bromea, se ha vuelto loco —dijo el doctor Eglinton, enjugándose la frente, cubierta de sudor a pesar del frío que hacía en la sala, con un gran pañuelo blanco.

—No veo más que una gran, gran extensión de agua… serena y tranquila… todas las olas calmadas, todas las tormentas… miles y miles de toneladas de pura presión de la muerte… millones de toneladas… miles de millones…

El doctor Dodd, el doctor Stoughton y míster Sinnett trataron de calmar al crispado hombre y sacarlo de la habitación, y se unió a su esfuerzo un joven miembro de la sociedad, nieto del profesor Bey, que era médico. Al verse atrapado, el anciano caballero se precipitó hacia Deirdre, gritando con irritación:

—¿Por qué está tan raramente presente, incluso cuando abusamos de Él? ¡Tienes que decírmelo! ¡Tienes que terminar esta charada! Porque nada, nada, nada importa salvo saber si Jesucristo es un engaño o no es un engaño…

En este turbador contratiempo se cayó al suelo una botella de agua y míster Oakley-Hume recibió un golpe en la cara propinado por el brazo del profesor Bey, que no paraba de agitarse. En este momento tan inoportuno las llamas de las luces de gas de toda la gran sala vacilaron y volvieron a brillar, y de nuevo vacilaron, como si estuvieran a punto de extinguirse, lo cual, huelga decirlo, aumentó la alarma del profesor Bey e inquietó a todos los presentes.

Durante todo este tiempo la joven médium permaneció inmóvil en su silla, con las manos blancas como la cera entrelazadas con fuerza sobre el regazo y la mirada fija, sin ver, en el espacio. Una voz sepulcral que no era la suya (era la de una mujer anciana, cansada) resonó en el aire:

—Jesús eres tú y tú eres Jesús, y Él está en ti y en todas partes, y en ninguna parte. Prepárate para su venida.

Mas estas graves palabras, lejos de calmar al profesor Bey, lo inquietaron tanto que todos consideraron aconsejable que fuera sacado de la habitación y conducido a casa, y a ello accedió

agradecido.

—Me prepararé… me prepararé… ¡ah, sí!, me prepararé esta misma noche —se le oyó decir, y su nieto lo acompañó fuera de la habitación y por el corredor.

Después de este lamentable episodio hubo un breve respiro, mientras los miembros del comité conferenciaban entre ellos en voz baja. Sin embargo, de pronto se manifestó un creciente malestar entre los presentes en forma de pregunta no autorizada formulada directamente a la médium por una robusta dama cubierta de velos que se hallaba sentada en la parte posterior de la sala:

—¿Hay esperanza? ¿Hay esperanza? Como ha preguntado el anciano caballero, ¿hay esperanza? —pero hicieron callar de inmediato esta inoportuna intervención.

Ahora sonaron simultáneamente muchas voces, que brotaban del aire mismo y fueron percibidas como voces de espíritus. Y las llamas de las luces de gas vacilaron una vez más. La araña del techo osciló, o, tal vez (según declararon muchos después) el salón osciló, meciéndose suavemente de un lado a otro mientras la araña del techo permanecía fija. Una o dos damas profirieron exclamaciones, en una voz que traslucía miedo y emocionada aprensión, y fueron respondidas por una serie de golpes —fuertes golpes— que también venían del aire vacío.

(Los golpes son un fenómeno corriente en los círculos espiritistas, y estos desagradables ruidos produjeron un efecto saludable en los reunidos, imponiendo silencio y respeto en damas y caballeros.)

No obstante, el cáustico doctor Eglinton no pudo resistirse a observar, en una voz en la que se mezclaban la justa ira y la diversión:

—Mis queridos colegas, ¿no lo ven? Son los golpes clásicos de cualquier sesión. Las hermanas Fox lo inventaron, para un público rural crédulo; los Davenport taimadamente lo patentaron, y esta aplicada joven dama simplemente lo difunde, haciendo chasquear las articulaciones de las rodillas en secreto, o las de los dedos de los pies, y emitiendo el sonido. Así parece que el sonido viene de la nada, ¡del mundo de los espíritus!

—¿Las articulaciones de la rodilla? —preguntó, atónito, míster Sinnett.

—O las articulaciones de los dedos de los pies —dijo el doctor Eglinton.

—En verdad —dijo con aspereza el profesor Crosby—, es una práctica corriente que todo médium sabe hacer. Y también la

ventriloquia. Todos son maestros, ¡maestras!, de esa vil habilidad.

Los golpes ahora se acercaban a los caballeros desde numerosas direcciones y se mezclaban con un tamborileo más uniforme, o un zumbido, que incluso al recordarlo con tranquilidad resulta escalofriante para esta cronista; no su sonido real, sino la persistencia y la presión que poseía, que parecía amenazar con la locura. Varios caballeros creían que el tamborileo estaba en sus propias cabezas, y míster Oakley-Hume, que sufría de una leve dolencia de corazón, creía que el sonido era el de los latidos de su propio corazón extrañamente ampliados.

Al cabo de unos minutos este ataque tan inquietante disminuyó y las llamas de las luces de gas dejaron de vacilar, y, tras haberse marchado unos doce o quince miembros del público (en realidad, una decisión sabia, como veremos), se restauró un poco el orden, y el doctor Dodd insistió, con voz estridente, que debía proseguirse con la investigación según las líneas tradicionales, o habría que darla por terminada.

Una ligera risa sofocada, traviesa, acompañó a su declaración, que él no se dignó oír.

El doctor Stoughton observó entonces, con cierta solicitud, que Deirdre de las Sombras no solo estaba excesivamente pálida, sino sentada en su silla con tanta rigidez y en una postura de tan extraordinaria tensión, que su delgado cuerpo temblaba.

—Me pregunto, doctor Dodd, si no sería aconsejable despertarla de su trance, antes de que ocurra algo lamentable. Tiene los ojos parcialmente en blanco —observó el joven.

—En absoluto, en absoluto, es una práctica corriente, es charlatanería barata —dijo el profesor Crosby—. Seguiremos adelante, ¡la descubriremos! Estas jóvenes damas pueden ganar miles de dólares en una sola sesión. ¡Impostura y fraude! ¡Impertinencia!

Con esto el espíritu Zachariah, invisible, hizo que la mesa a la que los caballeros estaban sentados se levantara de pronto y violentamente por un extremo.

De nuevo se restauró la calma, y el profesor Crosby dijo, sin poder contenerse:

—Telequinesia.

Míster Sinnett preguntó con voz trémula:

—¿Qué ha dicho? ¿Tele…?

Y entonces la araña del techo osciló con ímpetu y el aire volvió a zumbar, y el doctor Eglinton dijo con una extraña voz cambiada:

—La examinaré… penetraré hasta el núcleo del misterio… haré una autopsia de sus órganos internos… las partes femeninas y el

cerebro. ¡De lo contrario no descansaré! ¡Esa pequeña advenediza!

—Doctor Dodd —repitió el doctor Stoughton, con una voz que también parecía alterada—, la joven está bajo una tremenda tensión; ¡temo que se le pueda partir el espinazo! Mire cómo se arquea, cómo se curva…

—Se notan las vibraciones en el aire —dijo Oakley-Hume, temblando—. Emanan de la bruja, no lo dudo… creo firmemente que tienen algo que ver con los muertos… y sin embargo… sin embargo… estoy tan consternado que me temo que debo marcharme… Ah, caballeros, ¿sienten la intensidad de la presión? ¿No nos hará daño?

—Es la fuerza od —dijo el profesor Crosby—. La telequinesia… simple magnetismo animal.

—Aun así, temo por mi corazón —murmuró Oakley-Hume.

—¡Tonterías, señor! Puras tonterías —exclamó el profesor Crosby.

—Debo excusarme… creo que corro peligro… y sin embargo, y sin embargo… —dijo el acongojado hombre—, no me atrevo a moverme por miedo a excitar más a la bruja.

La voz de un hombre maduro (probablemente el padre Darien, el jesuita mártir) resonó directamente desde arriba, protestando.

—¡Caballeros, cuidado!

Pero fue interrumpido de inmediato por un estridente rebuzno, como de un adolescente imitando a un burro; esto a su vez fue interrumpido por las graves amonestaciones de una mujer, cuyas palabras, en el alboroto, fueron ininteligibles.

El doctor Dodd, impaciente, dio unos golpes en la mesa para restablecer el orden e intentó seguir el procedimiento acostumbrado de una sesión dirigiéndose directamente a los espíritus. Con voz temblorosa les pidió que se identificaran —que explicaran su presencia— y que hablaran de uno en uno y de la forma más coherente posible. Los espíritus se calmaron al instante. Después se produjo un estallido de risitas y se oyó la voz de la mujer, al parecer procedente de las tablas del suelo, bajo la alfombra. Su tono era cariñosamente regañón.

—¡Willy!

El doctor Dodd se puso en pie, tambaleante, y miró el suelo, parpadeando. Durante un largo momento no habló, y luego dijo con voz débil:

—¿Mamá? ¿Eres… mamá?

La voz del espíritu empezó a hablar, en una mezcla de regañina y canturreo; aunque para los otros oídos no eran más que balbuceos, produjo un efecto notable en el doctor Dodd. El profesor Crosby le tiró de la manga, diciéndole con voz suave:

—Ventriloquia, William, pura ventriloquia de salón.

Pero el agitado doctor Dodd, un caballero de cabello blanco de más de setenta años, se arrodilló en el suelo y empezó a dar zarpazos frenéticos en la alfombra, diciendo con voz lastimera:

—Mamá, ¿eres tú? ¿Mamá? ¡Mamá! Oh, querida alma… mamá…

La voz entonces sonó desde el techo, por lo que el anciano caballero se vio obligado a ponerse en pie; volviéndose con torpeza, miró hacia lo alto y siguió dirigiéndose a su madre, lo que constituía una imagen desgarradora. Y aunque el profesor Crosby, ahora ayudado por el doctor Eglinton, lo agarró e insistió en que la «voz del espíritu» no era más que la de la médium, proyectada mediante hábil magia en toda la habitación, el doctor Dodd no les prestaba atención; en realidad, los apartó y se libró de ellos.

Este patético espectáculo prosiguió durante unos minutos, en los que el doctor Dodd se volvía dando vueltas como un loco, gritando: «¡Mamá! ¡Mamá!» mientras los otros caballeros hacían todos los esfuerzos posibles por calmarlo y explicar el fenómeno con términos racionalistas verosímiles: telepatía, hipnosis y ventriloquia. El doctor Eglinton insistía en que casi se veía que los labios de la médium se movían, si uno se fijaba bien; sir Patrick Koones comentó que había estado presente en un incidente similar, en Londres, durante la investigación de Florence Cook, una médium de mala reputación cuyos trucos nunca se habían puesto al descubierto por completo.

En un rincón del salón, cerca del techo, apareció una vaga emanación espectral, que provocó muchos comentarios; y, lamento decirlo, el doctor Dodd se puso tan nervioso que se tambaleó y perdió el conocimiento, desplomándose al suelo. Sus colegas acudieron de inmediato junto a él, pero fue inútil: el pobre hombre no se despertó, y se consideró mejor sacarlo de la habitación e intentar proseguir con la sesión, tan pronto como se restableciera el orden.

—¡Un truco muy hábil, señorita! —dijo el doctor Eglinton, agitando el puño ante la insensible médium (que durante unos minutos no se había movido y no daba señales ni de respirar), con tanta ira que las mejillas y la barbilla le temblaban y los ojos casi se le salían de las órbitas—. Un truco muy hábil, pero, como verá, solo puede ponerlo en práctica con un viejo tonto que ya casi ha perdido el juicio.

Que esta voz extraña y la manifestación ectoplásmica que apareció para acompañarla pertenecieran al espíritu de la mistress Dodd de Deirdre, y que mistress Dodd era en realidad la madre del doctor William Dodd, simplemente no puedo verificarlo, pues no tengo manera de saberlo. En cualquier caso, el infortunado caballero creía

con tanta fuerza que su madre se le había aparecido que su mente quedó trastornada para siempre; y después de numerosos episodios en círculos espiritistas de la más baja y más sospechosa naturaleza, vergonzosos en su calidad de presidente de la Sociedad de Investigación Psíquica, no solo fue desposeído de su cargo sino que, mediante una acción judicial de sus hijos y herederos, fue declarado *non compos mentis* e ingresado en un sanatorio privado de Newport, donde murió no poco después. Como estos lamentables acontecimientos aún residían en el futuro, y la tarde en que se celebró la investigación nadie los podía adivinar, la sesión prosiguió, asumiendo el mando, incómodo, el doctor Stoughton.

Como si hasta los espíritus se hubieran vuelto serios, una vez superado el espectáculo dado por un caballero tan distinguido que hubo de ser sacado de la sala durante bastante rato —más de una hora, según la mayoría de los cálculos— la sesión, hábil aunque cortésmente guiada por el joven médico, adoptó el perfil de una sesión más tradicional, en la que hablaron los espíritus de ciertos parientes fallecidos de miembros del público, moderados por el padre Darien (que se presentó con brevedad y modestia, decidiendo no entretenerse, como hacía a veces, en la horripilante naturaleza de los métodos iroqueses de tortura). El bisabuelo del doctor Phineas O'Shea, miembro de la sociedad desde hacía muchos años, que siempre se había enorgullecido entre su amplio círculo de conocidos de su capacidad para comprender tanto a los racionalistas como a los espiritistas, se dirigió a él con voz cordial y jubilosa y aludió a información tan privada referente a los O'Shea en general y al doctor Phineas en particular que el respetado caballero no tuvo «ninguna duda» respecto a la autenticidad del espíritu y las dotes milagrosas de la médium. El esposo de Minnie Cunningham se dirigió a ella en una voz en la que se mezclaban la preocupación y la impaciencia divertida; al principio sobresaltó en gran medida a la dama y después la consoló, cuando le habló de su «apremiante preocupación», los disgustos que estaba sufriendo en su hogar como consecuencia de una vieja ama de llaves que había adquirido una dentadura floja y ruidosa, y a la que, según pensaba mistress Cunningham, no se la podía despedir ni se le podía «hablar», dado lo delicado de la situación. (El fallecido míster Cunningham prometió a su esposa que por la mañana el problema estaría resuelto, pues se ocuparía de que la irritante criatura fuera visitada por la noche por un espíritu, sin duda un pariente suyo, que le daría la tan necesaria información de que debía ocuparse de la dentadura de inmediato.) Siguió un momento de gran emoción, cuando el espíritu de mistress Jane Clemens apareció, en

temblorosa y luminosa forma ectoplásmica, llamando a su amado hijo Sam, con el resultado de que el disfrazado Samuel Clemens (nuestro Mark Twain) se arrancó la falsa barba de ensortijado bigote negro y, balbuceante, anunció que se hallaba presente y estaba sumamente impaciente por oír lo que su madre tenía que decir. La fallecida Jane Clemens informó a su famoso hijo que pasaba casi todo el tiempo rezando por él e intentando supervisar su vida, en la medida en que le era posible, y que encontraba «cierta resistencia», que él sin duda comprendería, pues, en ciertos manuscritos de él, aún se encontraban algunas atroces maldiciones e incalificables expresiones inoportunas relativas a prendas de naturaleza privada («bombachos», «bragas» y «calzones», entre las más ofensivas), todo lo cual, debo decir para mi alivio, el autor prometió eliminar de sus escritos en el futuro. Mistress Clemens lo regañó asimismo por la imprudencia de sus costumbres —su inclinación al teatro, la buena comida y el alcohol, los disfraces y el billar— y el arrepentido caballero, con lágrimas en los ojos, se apresuró a arrodillarse en el pasillo para recibir la bendición de su madre y prometió que a partir de aquel día viviría de forma más honorable. (Lamento decir que esto Mark Twain no lo cumplió, pues sabemos que lo atraía la vida de lujo, y la pereza espiritual del sibaritismo y la aún mayor pereza del puro pesimismo. Tampoco rindió a Deirdre de las Sombras nada parecido al respeto; en realidad, este cínico hombre de letras despreciaría el espiritismo ante la propia Malvinia Morloch diciendo que era «dispepsia mental», y que las «apariciones eran una forma más elevada de flatulencia».)

Sin embargo, este ínterin pasó con creciente excitación, y las pruebas de la autenticidad de la médium eran tales que, por consenso común entre los miembros de la sociedad, sin duda se habría ganado el voto de la mayoría en su favor; gran parte del mérito hay que atribuirlo a la cortesía y eficiencia del joven doctor Stoughton, que templó sus preguntas al espíritu de contacto del padre Darien con una consideración constante por el estado físico de la médium, quien, hay que decirlo, tenía un aspecto tan etéreo, con sus ojos fijos sin ver y la piel como la cera, que parecía ser apenas algo más que un espíritu. Quizá porque la sesión avanzaba con tan poca dificultad, y el público estaba tan claramente dispuesto en favor de Deirdre, los caballeros del comité que albergaban un odio secreto hacia todo lo sobrenatural —sobre todo el doctor Eglinton y el profesor Crosby— interrumpían al doctor Stoughton insistiendo en que el control era demasiado chapucero: lo corriente era que un comité investigador controlara más atentamente el estado físico de la médium, verificando la presión sanguínea, el pulso, la temperatura, etcétera, y determinara si las

«voces de los espíritus» eran en realidad trucos de ventrílocuo.

—Por mi parte, no puedo emitir ningún juicio cercano a lo favorable —dijo el doctor Eglinton—, si se me prohíbe examinar a la candidata más atentamente. Al fin y al cabo, estas cosas, que son entretenimiento, no poseen el riguroso control del laboratorio científico, donde la verdad se investiga sin sentimiento.

—Y yo estoy de acuerdo —dijo el profesor Crosby enseguida, medio levantándose de la silla para mirar fijamente a la insensible médium—. Nada de esto es científico. Todo es sumamente chapucero y sentimental.

El doctor Stoughton objetó con calma que era tarde, Deirdre de las Sombras se hallaba visiblemente exhausta y quizá corría peligro de sufrir un colapso, e incluso el público, a pesar de su arrebatada atención, sin duda sufría fatiga. Aunque el joven médico hablaba con la necesaria deferencia a sus mayores, no se contuvo de sugerir que, como aquella velada había estado plena de sucesos sobre los que todos los testigos debían reflexionar, tal vez fuera mejor aplazar la sesión.

—Pues no creo que el doctor Dodd permitiera que la joven sufriera mucha más presión —dijo.

—Tonterías —exclamó el doctor Eglinton—. La médium siempre está orgullosa de sus «trances»; no quiere que la despierten y cese el carnaval.

—La examinaré —dijo el profesor Crosby, levantándose de la silla —. Tengo aquí, como pueden ver, uno o dos instrumentos pertinentes.

—La examinaré yo —dijo el doctor Eglinton—; el doctor Dodd ha indicado claramente que yo, como internista y ginecólogo de cierta modesta reputación, examinara a la joven, bajo los auspicios de la sociedad.

—Sin embargo —dijo sir Patrick Koones, en voz baja y rápida—, no lo podemos hacer en público. Debemos hacer que los espectadores abandonen la sala, o suspender la sesión e ir a un lugar más adecuado.

—Si el doctor Dodd estuviera presente… —empezó a decir el doctor Stoughton, pero fue interrumpido por el doctor Eglinton, que dijo en tono de burla y desprecio:

—Pero el anciano no está presente, ¿verdad?, y ahora nosotros estamos a cargo de esto.

No hay modo de saber si los tres caballeros habrían logrado despejar el salón de invitados, o si el propuesto examen habría tenido lugar en otra parte del edificio; también es probable que el doctor Stoughton, y uno o dos más, sintiendo profundamente la injusticia del método,

hubieran insistido en aplazar la sesión, y con ello hubieran impedido el desastre.

Pero, en cuanto el doctor Eglinton hubo expresado su abominable comentario, las llamas de las lámparas de gas vacilaron de nuevo y Oakley-Hume sufrió otro fuerte escalofrío que pareció subirle por las piernas desde las tablas del suelo, y míster Sinnett intentó agarrar su bloc de notas, que de pronto se levantó de la mesa y se alejó de la vista.

—¡Qué demonios! —exclamó míster Sinnett—. ¿Qué ha ocurrido?

El doctor Stoughton señalaría más tarde, al efectuar su declaración al magistrado jefe del condado de Nueva York, que había sabido de inmediato que se había producido algo irreversible, por una sutil alteración de la temperatura y por su inquieto recuerdo de las palabras de advertencia que había pronunciado la médium, en el sentido de que si se soltaban los espíritus perversos, tal vez ella se viera incapaz de reprimirlos. («En realidad —explicó el doctor Stoughton a las autoridades, y con su testimonio casi exoneró a la propia médium de toda posibilidad de maldad—, habría sido un milagro que la pobre joven hubiera influido en el curso de los acontecimientos, ya que el examen había constituido una prueba tan dura para su delicada constitución que se hallaba a punto de desmayarse y debía de ser completamente insensible a lo que ocurría a su alrededor.»)

El profesor Crosby había cogido varios instrumentos quirúrgicos relucientes y, tras apartar su silla, estaba a punto de acercarse a la médium para, como lo expresó él, «examinarla por la fuerza y poner al descubierto el vergonzoso fraude que tenía lugar ante la reunión de inocentes»; pero Oakley-Hume lo contuvo, murmurando con gran compasión y aflicción que era «un método muy poco caballeroso, en el que él no podía intervenir». Míster Sinnett se había dirigido a un lado del salón ovalado en busca de su bloc de notas (que parecía haber desaparecido, aunque iba a ser hallado, por la mañana, en uno de los comederos de los caballos, en el lado norte de Gramercy Park), actividad en la que lo ayudaron varios miembros comprensivos del público. Sir Patrick Koones se quejó en voz alta, con cierta alarma, del frío verdaderamente intenso que no solo surgía de la alfombra, sino que descendía del techo, produciéndole un desconcertante efecto en su cabeza calva, y el doctor Eglinton empezó a hacer gestos con la mano como si ahuyentara moscas, pues de pronto algo invisible, pero sumamente persistente, lo mordía y besaba en la cara.

—¡Qué es esto! ¡Quién es…! ¡Cómo se atreve! —exclamaba el atónito caballero.

Ahora la atención se volvió hacia el doctor Eglinton, quien se puso en pie torpemente y siguió murmurando, nervioso, y dando golpes en el aire. De pronto se oyó la voz de una niña —cantando y arrullando— estridente, traviesa, y sin embargo de una dulzura casi inquietante, extraña al oído. Pero el doctor Eglinton no encontró dulce esta presencia, sino que gritó enojado:

—¡El Diablo! ¡Es el Diablo mismo! ¡Maldita criatura!, ¡vete! ¡No me hagas nada!, ¿me oyes? ¡Soy el doctor Percival Eglinton!

Del aire vacío llegó la voz melodiosa:

—Amor amor amor amor amor —seguido por una tintineante risita.

—¡Te digo que cómo te atreves! ¡Basta ya! —protestó el doctor Eglinton, enrojeciendo.

—¡Amor doctor! ¡Amor doctor! ¡Beso beso beso beso! —gritó el travieso espíritu.

Era, por supuesto, la niña Bianca, y en ninguna sesión anterior había poseído nunca un encanto tan extraordinario. En realidad, soy incapaz de evocar para el lector escéptico la casi insoportable belleza de su voz, su cautivadora dulzura, su prístina inocencia y, al mismo tiempo, su burlón carácter infantil. Pero todos los testigos del colapso del doctor Eglinton iban a declarar después que la voz de la niña —a quienquiera que perteneciera— debía de tener un origen celestial, tan angelical era, y que los golpes furiosos que el médico daba al aire parecían ser exagerados en exceso dada la situación.

—Labios que rozan los míos… brazos que rodean mi cuello… dientecitos asesinos… ¡para ya! ¡Maldita guarra! ¡Te haré encadenar! ¡Te haré azotar!, ¡apalear!, ¡diseccionar!

La encantadora niñita simplemente arrullaba y bromeaba, invisible a los reunidos salvo por el notable efecto que producía en el doctor Eglinton.

Este contratiempo duró unos diez minutos nada más, aunque, a juicio de la mayoría de los testigos, el tiempo parecía prolongarse, pues los testigos raras veces pueden calibrar la duración del tiempo sin recurrir a medios mecánicos. El espectáculo del digno caballero dando traspiés por la sala, encolerizado primero y luego aterrorizado, no provocaba mucha compasión, pues en general se creía que las bromas de la niña eran completamente inocentes y los besos simples besos. (Esto habría sido sorprendente en un espíritu femenino maduro, pero, sin duda, no era más que una señal de infantil afecto por parte de Bianca.) El doctor Eglinton gritó, rogó, gimió, lloriqueó, y los otros miembros del comité hicieron todos los esfuerzos posibles para calmarlo, aunque corrían el peligro (del que el pobre sir Patrick

Koones no escapó por completo) de recibir un golpe debido a sus frenéticos aspavientos. Como para dejar al doctor Eglinton claramente expuesto, las llamas de gas no solo recuperaron su potencia sino que parecieron brillar algo más de lo normal, y, como he dicho, el pobre caballero no despertó la compasión del público, e incluso, es lamentable decirlo, se produjo cierta diversión a su costa, pues parecía un loco dando tumbos por la sala, como si lo hubiera atacado un enjambre de avispones y no los besos de un espíritu niño.

El doctor Stoughton reconvino al doctor Eglinton, sin adivinar la gravedad de la situación y creyendo tal vez, en su propia confusión, que el doctor Eglinton estaba imaginando el ataque y que con argumentos podría sacarlo de su engaño. El profesor Crosby permanecía de pie con sus instrumentos quirúrgicos preparados, la boca torcida en una extraña mueca, pues su viejo rival Eglinton estaba siendo humillado y no veía razón para no disfrutar del espectáculo. Oakley-Hume, con la mano apretada contra el corazón, suplicó en voz baja al asustado míster Sinnett que lo ayudara a salir de la «cámara maldita» antes de que fuera «demasiado tarde y todos acabaran destruidos», para lo que míster Sinnett no necesitó mayor estímulo, con lo que ambos caballeros salieron del salón, ocultos entre la confusión general. (Al redactar su famoso relato de la velada para el *Journal* de Boston, míster Sinnett declaró que solo la debilidad de la constitución de su compañero les había salvado la vida a los dos, lo cual, estoy convencida, era una gran exageración. «En cualquier caso —declaró míster Sinnett a los miles de fascinados lectores del *Journal* —, desde ese día no puede existir ninguna duda: El mundo de los espíritus existe y no hay que jugar con él, ni siquiera los más distinguidos científicos.»)

Ahora el doctor Eglinton daba zarpazos y manotazos a su ropa, de forma que al retorcerse su levita gris se desgarró debajo de un brazo, imagen que causó repulsión en las damas y muchos caballeros. Como el doctor Stoughton y sir Patrick Koones estaban temporalmente derrotados, el profesor Crosby dejó a un lado sus instrumentos y, cogiendo a su colega por los hombros, declaró que «esta charada está a punto de terminar», con lo que, para asombro de todos, también él empezó a dar golpes en el aire y a frotarse la cara con fuerza, mascullando:

—¡Vete!, ¿me oyes? ¡Vete! ¡Qué es esto! ¡Quién…!

Tal vez debería haber observado que durante este tiempo la médium en trance permanecía sentada como antes, rígida como una estatua, sin ver, en su plataforma elevada, discretamente apartada de las dificultades que padecían los caballeros. Por dónde vagaba su

cuerpo etérico, dónde residía su imaginación, no puedo decirlo, ni tampoco la propia Deirdre lo recordaba cuando despertó. Y durante este tiempo los miembros del público se habían puesto en pie, divertidos, alarmados o por simple interés, agolpándose en la parte delantera de la sala, aunque no demasiado cerca, temiendo, con prudencia, que se les contagiara el ataque del espíritu niño.

(Varios miembros de la sociedad, sobre todo señoras, salieron de la estancia, sintiendo una gran tensión y fatiga y no poco temor de que quizá —aunque no eran papistas en su miedo al espiritismo— el Diablo tuviera algo que ver con ello y no se tratara simplemente de espíritus particulares desinteresados.)

Ahora el doctor Eglinton y el profesor Crosby estaban siendo atacados por el espíritu invisible Bianca, quizá con ayuda de otros espíritus, pues eso pareció después, a juzgar por el alcance de sus heridas, y la situación, aunque ridícula, pronto se ensombreció y reveló su aspecto siniestro cuando el doctor Eglinton cayó pesadamente al suelo y empezó a rodar. El pobre doctor Stoughton no tenía ni idea de qué hacer, por su relativa juventud e inexperiencia y carácter un poco reservado, mal preparado para hacer frente a semejantes emergencias; lo agarró y le tiró del pelo, corrió hasta Deirdre de las Sombras y le rogó que despertara y detuviera la persecución de los espíritus. Luego, corrió de nuevo hacia los caballeros que forcejeaban y los reconvino, casi sollozando de inquietud, pues qué lamentable era que su primera experiencia como controlador de una sesión de espiritismo terminara en semejante caos.

—¡Caballeros! ¡Caballeros! ¡Deben entrar en razón! —gritaba el joven como un loco, con lo cual un gran grupo de espíritus se rio a carcajadas y las llamas de las luces de gas relucieron más que nunca.

El estudio de la Sociedad de Investigación Psíquica sobre la capacidad de Deirdre de las Sombras como médium se convirtió en un hito en la investigación del espiritismo estadounidense, y, como casi no es necesario señalar, adquirió notoriedad fuera de los círculos espiritistas. Que dos examinadores fueran atormentados por espíritus hasta morir, y un tercer examinador quedara tan perturbado que sus parientes pronto tuvieron que hospitalizarlo, hizo comprender a la comunidad científica la gravedad de tomarse demasiado a la ligera las afirmaciones de los espiritistas, e hizo comprender al público en general los formidables poderes del mundo de los espíritus. No hay ni que decir que Deirdre de las Sombras se hizo tan famosa, y después fue tan buscada, que durante unos meses se vio obligada a recluirse y

luego a aceptar como clientes solo a un grupo elegido de damas y caballeros, cuya fidelidad al espiritismo y cuyo fervor para financiar sus necesidades mundanas eran ejemplares.

—¡Qué extraordinario! —iba a observar Orlando Vandenhoffen al mediodía siguiente, cuando, desayunando tarde, vio la primera página del *Tribune*, con sus morbosas fotografías, sus grandes titulares rojos y sus comentarios—. ¡Qué extraordinario!

Malvinia, percibiendo que la noticia debía de referirse a su hermana despreciada, se puso mortalmente pálida pero no dijo una sola palabra; en realidad, se volvió inocentemente y se dispuso a arreglar un ramo de orquídeas blancas y rosa que le habían entregado unos minutos atrás.

—¡Ah, esa médium!, ¡esa tal Deirdre de las Sombras! Te agradezco, querida Malvinia —dijo Vandenhoffen—, que me disuadieras de asistir a una de sus sesiones, porque resulta que no solo es una auténtica médium, sino que también resulta letal.

Sin darse cuenta de que su amante permanecía callada, dándole la espalda, siguió leyendo el artículo, murmurando en voz alta y chupándose y tironeándose del bigote, interrumpiéndose con exclamaciones de alarma y horrorizada diversión.

—¡Dios mío, cómo es posible! Y sin embargo, sin embargo, parece que es posible, pues el *Tribune* no mentiría —dijo.

Malvinia logró permanecer callada, aunque el corazón le palpitaba con fuerza y el pulso de la garganta le latía con violencia, y estuvo a punto de hacerse sangre, tan fuerte se mordió el labio inferior. «No preguntaré, no quiero saber, ella no es nada para mí, no siento curiosidad, no me conmueve…»

Y finalmente, después de mucho mascullar, Vandenhoffen alivió su curiosidad llena de incertidumbre diciendo, con voz asombrada:

—Al parecer, cariño, dos caballeros… un tal doctor Eglinton y un tal profesor Crosby, de los que, debo decir, jamás había oído hablar, anoche, en esta ciudad, murieron atormentados por espíritus ante unos cincuenta testigos. Evidentemente, es el primer caso en la historia y tuvo lugar apenas a un kilómetro y medio al sur, ¡en Gramercy Park! ¡Asombroso! Dos caballeros que, según dicen, gozaban de excelente salud y estaban en la flor de la vida, fueron atormentados por espíritus hasta que murieron; ¿has oído alguna vez algo más asombroso? Se descubrió que en la cara y la garganta, y en gran parte de su cuerpo, tenían miles de diminutas señales de dientes, que se habían llenado de sangre. Qué extraordinario. —Vandenhoffen reflexionaba, incómodo—. Aceptando la existencia de espíritus, para empezar, cabría suponer que podrían haber asustado tanto a los

hombres que estos murieron, ¡pero matarlos a mordiscos, con dientes tan diminutos! Cada una de las víctimas, dicen, perdió menos de medio litro de sangre, y las heridas eran superficiales. ¿No crees, Malvinia —preguntó Vandenhoffen, volviéndose a ella— que es de lo más extraordinario? Y quizá incluso histórico, por decirlo de alguna manera.

Pero Malvinia miraba sin ver las espléndidas orquídeas, que revelaban, en su centro —¿o la aterrada joven lo imaginó?— diminutos puntitos, casi imperceptibles, de color rojo. Durante un largo momento quedó tan transfigurada que no pudo hablar; en realidad, no podía moverse.

—He dicho, Malvinia —repitió Vandenhoffen, la voz teñida de una frialdad que, ay, en los últimos meses se había vuelto demasiado familiar—, he dicho, ¿no te parece que es de lo más extraordinario? Esta Deirdre de las Sombras y sus espíritus carnívoros, y el hecho de que dos hombres fueran asesinados a la vista de todos no muy lejos de esta habitación.

Malvinia reunió la falsa, brillante y valiente fuerza del escenario para responder, y consiguió incluso volver un semblante pálido, pero sereno, al caballero que tan decididamente se dirigía a ella.

—¿Extraordinario? ¿Semejante monstruosidad? Yo habría dicho —murmuró, haciendo una pausa para producir un efecto dramático— que no esperaba menos de alguien tan bajo y vulgar.

VII
«ESTADOUNIDENSES NO RECONOCIDOS»

44

¡Obediencia ciega, amorosa! ¡Dependencia! ¡Alegre resignación! ¿Qué puede ser más dulce? Someterse completamente y con satisfacción a otro, renunciar a todo apetito de la crudeza del yo; dejar de pensar en uno mismo y descansar en puerto seguro, al menos, feliz de saber que en las grandes cosas y en las pequeñas seremos guiados y amados, protegidos y ayudados… ¡Ah, qué delicia!, ¡qué cosa tan preciosa! Incluso el poeta Alexander Pope, que en otros casos revela un alma vil, tosca, burlona bajo sus versos de expresión suave, habló con rara sabiduría cuando escribió:

Ella, que nunca replica hasta que su esposo se aplaca,
o, si lo domina, nunca muestra su dominio,
seduce aceptando, sometiéndose convence,
mas da lo mejor de sí cuando obedece.

El asunto que nos ocupa, por supuesto, es el matrimonio cristiano, ese tesoro desdeñado con tanta ignorancia por tres de nuestras jóvenes damas Zinn, en su frenética búsqueda de su propia fortuna en el ancho mundo y, durante un largo período, despreciado por una cuarta, pero jamás puesto en duda por la quinta, nuestra querida Octavia.

Octavia Theodora Zinn, bendecida como la esposa de Lucius Rumford, de la histórica mansión Rumford. Esposa, madre y ama de casa, y tan ejemplar en todos sus cometidos como lo había sido cuando residía en la Casa Octogonal como hija amorosa de unos padres excelentes.

Que una fiel y devota esposa cristiana aceptara con gratitud las vicisitudes de la vida matrimonial, procurando más realizarse como amada compañera de su esposo que perseguir sus propias vanidades,

era algo que la dulce Octavia jamás dudó y explica en gran medida la placidez, aplicación y piadoso contento de su naturaleza, incluso durante los peligrosos años de esta crónica. De temperamento dócil, confiado e incondicional, esta joven dama bien educada no suspiraba por una impropia independencia, ya de fortuna o de espíritu; tampoco requería verdaderamente instrucción por parte de su mentor religioso, el reverendo Hewett, o de las damas mayores de la familia, o de manuales concienzudos como los escritos por miss Edwina Kiddemaster, para comprender el hecho de que el esposo es el cabeza natural del hogar y que nuestro Padre Celestial nunca está más satisfecho que cuando se honra su autoridad, aunque en el plano humilde y terrenal, en la ferviente sumisión de la esposa al esposo. Amar, honrar y obedecer; nunca estas sagradas palabras fueron susurradas con más gravedad que por Octavia cuando, temblorosa, estaba arrodillada ante el altar de la Trinity Church, al lado del novio que Dios le había elegido: míster Rumford.

(Si en este punto me siento obligada a comentar el lamentable hecho de que, apenas catorce años después de casarse, la valiente Octavia iba a llorar nada menos que tres muertes no es con la burda intención de desanimar al lector, sino solo para asegurar, acto seguido, que estas diversas tragedias no hicieron sino reforzar la fe cristiana de Octavia e impulsaron a la inocente joven a asumir una dignidad estoica y madura que todos los observadores iban a encontrar de lo más ejemplar. «¡Querida niña! —iba a exclamar la propia tía abuela Edwina con el rostro bañado en lágrimas, cuando se produjo la tercera de estas muertes inesperadas, aferrando con fuerza las frías manos de su sobrina—, ¡qué lejos has ido en tan breve espacio de tiempo!, ¡y con qué valentía, igual a la que ha demostrado todo Kiddemaster, hombre o mujer, en toda nuestra larga historia!» A lo que Octavia, que lloraba en silencio, respondió con dignidad y, tal vez, un poco de lástima por su anciana parienta, quien, en estos años finales, era cada vez más susceptible a arranques emocionales: «¡Ah, querida tía! Nuestro Padre Celestial es quien nos guía, y Jesucristo quien me da fuerza a cada momento. No puedo decir que mi valor proceda de ninguna fuente mortal, ni siquiera de mi preciada sangre Kiddemaster; tampoco tengo la menor esperanza de haber heredado esta fortaleza de mi amado padre». La piedad de semejante respuesta revelaba espléndidamente, incluso para el más escéptico de los observadores, la excelencia cristiana de la que he hablado.)

Así transcurría la vida de Octavia, mientras sus libertinas hermanas se

sumergían en las peligrosas aguas que las alejaban cada vez más de Bloodsmoor.

Que Octavia no obstante albergara un prolongado interés por sus destinos, aunque este fuera disimulado e incluso prohibido, y buscara noticias de «Malvinia Morloch» y «Deirdre de las Sombras» siempre que podía (normalmente poniendo las manos en periódicos y revistas de Filadelfia llevados al campo por parientes que iban a visitarlos), y con impaciencia, aunque en vano, buscara noticias de Constance Philippa, seguramente no hay que reprochárselo, sino atribuirlo, insisto, a una blandura crónica de sentimiento que había en su naturaleza, así como a su terco «sentido de hermana», que mantenía prudentemente oculto a míster Rumford (al que habría puesto muy furioso), como durante años lo había ocultado a sus padres. (Ambos Zinn mayores seguían prohibiendo en la Casa Octogonal toda mención de sus hijas renegadas, lo que a veces causaba confusión en el leal ayudante de míster Zinn, Nahum, quien tenía razones para «adivinar» que Samantha tenía otras hermanas además de Octavia, pese a lo cual dudaba en preguntar, por miedo a parecer impertinente o despertar una antigua pena. Sin embargo, en la época de la boda de Octavia con míster Rumford, todo rastro visible de Malvinia, Deirdre y Constance Philippa había desaparecido de la casa, e incluso las melodías al piano preferidas de Malvinia estaban permanentemente prohibidas. Tan grande era el dolor de John Quincy Zinn y, tal vez, también su orgullo masculino, que se contentaba creyendo que sus hijas habían muerto, además de haber sido deshonradas, y la obediente Prudence coincidía sin protestar en su forma de pensar.)

No obstante, el ama de la mansión Rumford conocía en secreto los triunfos en los escenarios de Malvinia Morloch y guardaba todos los recortes de revistas que podía, escondiéndolos debajo del papel de plata de algunos cajones del armario ropero de la abuela Kiddemaster. Se enteró, aunque no se atrevía a hablar de ello con nadie, del primer éxito de Malvinia como una Rosalinda «picante y fascinante» en *Como gustéis*; se enteró de la fama de Malvinia en Broadway como «inspirada comediante» en *Dólares y sensatez*; supo del relativo fracaso de *Ah, pecado* y de la generosa loa de Malvinia que hizo Mark Twain antes de la noche del estreno, como iba a enterarse, para su incrédulo desaliento, unos años más tarde, de los vulgares chismes que señalaban una relación entre su hermana y ese famoso hombre de letras. Supo de una triunfante gira a la costa Oeste, con la compañía itinerante del popular melodrama *Lo amaba tiernamente*, de la que Orlando Vandenhoffen iba a retirarse de forma sorprendentemente repentina. No hay ni que decir que Octavia nunca hablaba de Malvinia

con su esposo ni con los numerosos parientes de este, igual que jamás habría expresado el deseo de viajar a Nueva York para asistir a una obra de teatro, pues semejantes vanidades superficiales ahora habían quedado excluidas para siempre de su vida.

Octavia también seguía, y asimismo lo hacía con gran secreto, la carrera paralela de su hermana Deirdre, en la que la ayudaba la casualidad de que el ama de llaves de la mansión Rumford, una anciana viuda alemana, recibía por correo publicaciones espiritistas como *The Seer, The Far Shore, The Spiritist* y *The Theosophist*, que regularmente daban noticias de Deirdre de las Sombras, pronto proclamada la «incuestionable vidente del siglo». Octavia las leía con avidez, aunque con necesaria repugnancia, pues sabía que el espiritismo era fraudulento y que su hermana había perdido todo sentido de la civilización y la decencia; sabía que Nuestro Salvador nos redime y nos asegura la inmortalidad en su seno, y que el Cielo está presidido por Padre, Hijo y Espíritu Santo, y que, de acuerdo con la doctrina episcopal, las médiums no podían tener papel alguno en nada de esto, pues el mecanismo de la Iglesia es el de la autoridad masculina, que estaba más allá de toda usurpación y excedía toda comprensión por parte de los miembros del sexo más débil. No obstante, Octavia seguía la carrera de Deirdre y sabía de los elogios que desde el principio había recibido y de la cobertura en general respetable que le daba el coronel Lynes, espiritista «escarbador de vidas ajenas», en el *Daily Graphic* de Nueva York; y, por supuesto, conocía la célebre investigación llevada a cabo por la Sociedad de Investigación Psíquica, que había terminado con la muerte de dos, no, tres caballeros por causas que jamás fueron explicadas satisfactoriamente en la prensa pública. ¡Cuánto le habría gustado a Octavia hablar de estas cosas con su ama de llaves, cuánto le habría gustado plantear el tema del mundo de los espíritus en general y de Deirdre de las Sombras en particular! Pero, por fortuna, la crédula joven ama de la mansión Rumford se ahorró semejante locura gracias al sobrio conocimiento de la necesaria distancia que debía guardar entre ella y la servidumbre. «No se ha de hablar *con* los criados, sino *a* ellos», eso había aconsejado a menudo miss Edwina Kiddemaster en manuales como *El hogar cristiano* y *Almanaque de la joven esposa*, y, aunque a veces la soledad la abrumaba (pues míster Rumford era de naturaleza taciturna), Octavia lograba resistir y no tratar con su ama de llaves más que de asuntos estrictamente referentes a la casa.

¡Y habría planteado a míster Rumford el tema del espiritismo de tan buena gana como el de asistir al teatro!, pero sabía con qué asombrado desprecio y con cuánta cólera aquel sombrío caballero

cristiano lo habría recibido. (Porque, a pesar del interés que como esposo mostraba por el debilitamiento físico de Octavia con motivo de su primer aborto, míster Rumford se había puesto furioso al oír la delirante afirmación de Octavia de que había tenido una premonición de la catástrofe, pues para él esto indicaba una superstición pagana y «la clase más ordinaria de cháchara femenina».)

Así transcurrieron los años, y la nueva ama de la mansión Rumford no compartía con nadie sus secretos, pues se había alejado de Samantha (quien, inmersa fanáticamente en los numerosos proyectos de míster Zinn, no sentía el menor interés por la vida de casada de Octavia ni por sus hijos, y no lo disimulaba); y veía en raras ocasiones a sus primas más jóvenes de Filadelfia, que visitaban Bloodsmoor con frecuencia pero encontraban que la mansión Rumford se hallaba «demasiado lejos» y a míster Rumford posiblemente demasiado intimidante. Por supuesto, Octavia visitaba a menudo a su madre y disfrutaba de visitas de esta, pero como es natural no hablaba de Malvinia ni de Deirdre con ella, pues ni siquiera se atrevía a mencionarlas. (Salvo para decir, con un suspiro, que a veces echaba de menos su antiguo dormitorio, ¡su acogedor antiguo cuarto y la acogedora cama doble!, pero sabía que era simple tontería, un sentimiento muy infantil.)

Sin embargo, una oscura tarde de invierno se produjo un incidente muy peculiar, cuando mistress Zinn y Octavia se hallaban tejiendo juntas amigablemente en el frío salón de la mansión Rumford, y Octavia vio por casualidad un ejemplar del *Ledger* de Filadelfia que había examinado con detenimiento y que estaba a punto de ser tirado, y no pudo contener su lengua, como a menudo le ocurría, y sin pensarlo espetó que le gustaría mucho que mistress Zinn mirara una fotografía que aparecía en el periódico y diera su opinión.

Mistress Zinn, sin decir una palabra, cogió el ajado periódico de su hija y en silencio se ajustó las gafas de leer, mientras Octavia se inclinaba sobre su labor de punto, el rostro enrojecido por la excitación y un poco de miedo. (¡Pobrecita niña! ¡Qué impetuosos podían ser considerados sus caprichos, qué mal vistos! En aquella época existía la costumbre de que madre e hija casada tejieran y cosieran prendas infantiles, mes tras mes, y, en realidad, año tras año, en previsión de un inminente nacimiento, sin rebajarse ni una sola vez a la vulgaridad de sentir la necesidad de expresar la finalidad con que lo hacían: cosas tan carentes de delicadeza como «el embarazo», «estar esperando un hijo» y «estar encinta» estaban totalmente fuera de lugar en los ambientes refinados. Sin embargo, el pueril entusiasmo de Octavia con ocasión de su primer embarazo, en el primer año de

matrimonio con míster Rumford, había sido tan grande que, de repente, en cuanto ella y su madre se encontraron a solas espetó: «¡Oh, mamá! ¡Creo que ha ocurrido! ¡Quiero decir… creo que ocurrirá! ¡Míster Rumford tendrá otro hijo!». Pronunció estas palabras con tanta incredulidad que mistress Zinn apenas tuvo valor para regañar a Octavia por lo inoportuno de su lenguaje y comportamiento.)

Ahora mistress Zinn miró el *Ledger* con ceño y las arrugas de las comisuras de la boca se hicieron más profundas. ¿Qué tenía que ver con ella la fotografía de un extraño? Un caballero de menos de treinta años, con gruesas cejas oscuras y ojos que miraban con calma en los que se observaba cierta ironía; rostro anguloso bien afeitado, mandíbula que indicaba terquedad, boca firme de labios finos. Era quizá, con dificultad, apuesto; pero su actitud, que denotaba cierta arrogancia, ofendía a la vista. «Philippe Fox» de la Rock Bluff Mining and Milling Company, del valle de San Pedro en Arizona, recientemente nombrado viceayudante del jefe de policía en la zona sudoriental de Arizona. La singularidad de este nombramiento, indicaba el *Ledger*, radicaba en que el telegrama se recibió apenas cinco minutos antes de que Fox fuera ahorcado en Tombstone por las autoridades locales, «una casualidad no muy irregular en el Oeste —proseguía el *Ledger*—, aunque la precisión del momento sin duda ha de ser observada».

Durante largo rato contempló mistress Zinn al joven caballero de la fotografía, y luego, sin darse prisa, expulsando el aliento con aire cansado, como si se tratara de un maternal suspiro, levantó de la silla el considerable bulto que constituía su cuerpo y arrojó el ofensivo periódico a la chimenea, donde al instante se convirtió en vivas llamas y en un momento se extinguió. Octavia miraba sin ver su labor de punto, sentía que el pulso le latía con violencia y se atrevió a murmurar:

—Ese caballero… sea quien sea… me ha llamado la atención… Sé que ha sido una tontería… pero sus facciones guardaban un lejano parecido con las de… de… Ah, sé que ha sido una tontería, y espero que no me regañes, madre.

Mistress Zinn cogió su labor de punto y nadie habría podido decir, por la mecánica rapidez con que sus expertos dedos trabajaban y por su postura rígida, si estaba disgustada con su hija o no. Al cabo de unos minutos dijo:

—No estás en un momento de tu vida, hija mía, en el que puedas dar rienda suelta a tu imaginación. Si te acosan pensamientos descabellados, dispersos e improductivos, insistiré en que dediques más tiempo a la plegaria, por la mañana y antes de retirarte por la

noche. Y te dejaré, hoy mismo, una botellita del remedio de miss Emmeline, que, como sabes, el doctor Moffet receta enérgicamente para mis sensibles nervios, y que, me alegra decir, posee algún efecto. En estos momentos de tu vida, mi querida Octavia —prosiguió mistress Zinn, espaciando adrede sus palabras para hacer explícito, con gran sutileza, lo que no debía expresarse entre ellas, con lo que la dulce Octavia se sonrojó de vergüenza y placer—, en este sagrado momento de tu vida, en el que, ay, la sangre a menudo corre con turbulencia debido a ideas caprichosas originadas Dios sabe dónde, y en que uno conjetura ideas necias, tan exóticas e incalificables como un súbito apetito voraz de fruta fuera de temporada, es prudente, mi querida hija, que te entregues plenamente a nuestro Padre Celestial para que todo vaya bien; nuestro Padre Celestial y el remedio de miss Emmeline, que, si no permites que me olvide, te dejaré hoy mismo.

Amonestada, aunque gratificada, Octavia levantó la mirada tímidamente de su labor, pero mistress Zinn no la vio, pues estaba tejiendo con placidez, como si no se hubiera producido ningún intercambio problemático. El repentino estallido de llamas en la chimenea se había apagado y los trozos de leña ardían con la regularidad de antes; quizá en verdad nada había ocurrido.

—El remedio de miss Emmeline, ¡ah, sí! Te lo agradezco mucho, madre; te lo agradezco de veras, pero el doctor Moffet ya me ha recetado esa medicina, y la encuentro saludable —murmuró Octavia.

Como no había nada más que decir sobre el tema, madre e hija siguieron tejiendo amigablemente, hasta la hora del té, en agradable silencio.

45

Los padecimientos de Octavia Zinn en su nuevo estado como mistress Rumford, esposa, madre y dueña de la antigua mansión Rumford son de un carácter tan sombrío, y recuerdan tanto la desesperación, que si yo, como narradora, no confiara en que la fortaleza de la joven dama a la hora de enfrentarse a ellos y su ejemplar conducta cristiana iban a inspirar y no a horrorizar al lector, dejaría de inmediato mi pluma, pues ¿qué valor posee un libro, o cualquier manifestación del arte o, en realidad, cualquier experiencia humana, si no contribuye a la mejora moral de la humanidad y al fortalecimiento —mejor dicho, a la universalización— de la religión cristiana? Que esta sagrada misión está inexorablemente unida a la crónica del progreso en nuestra gran nación, y que la moralidad cristiana, el progreso y el pueblo de Estados Unidos han de ser comprendidos como un sonoro himno, que suena indudablemente en el cielo incluso ahora, no puede afirmarse con grandes alharacas, en especial en una época en la que todas las normas de conducta e incluso, ay, todas las normas del discurso gramatical se hallan en desorden; que la sagrada obligación del autor, sea cual sea el tema sobre el que escribe, es adaptarse a estos requisitos y presentar además un semblante sonriente, frente a toda adversidad, me parece incontestable. No es negligencia citar una soberana alocución realizada en el Senado en la época del segundo parto de Octavia (el primero había bendecido a míster Rumford con un fuerte pequeño heredero, espléndidamente formado y de salud perfecta: Godfrey II, llamado así por su amado bisabuelo, quien sostenía a ese sagrado niño con manos paralizadas y lo miraba con ojos legañosos insistentes y algo saltones). La alocución fue pronunciada por el mismo Albert J. Beveridge que, años más tarde, se convertiría en uno de los más fuertes defensores de John Quincy Zinn en el Congreso y en un

vociferante partidario de la investigación científica financiada por el gobierno. (Ay, confío en que el lector me perdonará si salto en el tiempo, pues, impulsada por mi deber de transcribir la historia de Octavia, y medio trémula por el reto, descubro que mis nervios esta mañana están hechos pedazos y apenas sé la fecha del calendario, y mucho menos la fecha de mi narración.) En cualquier caso, el discurso del senador Beveridge en el Senado es de espíritu muy afín al sentido que tiene esta autora de su sacrosanta misión, aunque, cosa sorprendente, saliera del tosco Medio Oeste y no de los portales de la antigua Filadelfia o Boston.

> De toda nuestra raza, Dios ha señalado al pueblo estadounidense como su nación elegida para dirigir finalmente la regeneración del mundo. Esta es la divina misión de Estados Unidos, y guarda para nosotros todos los beneficios, toda la gloria, toda la felicidad posibles al hombre. ¡Somos los humildes depositarios del progreso del mundo y guardianes de su justa paz!

Esa era la misión proclamada por el buen senador de Indiana, y también, es de esperar, la de esta aún más humilde depositaría, la narradora de esta historia.

Las vicisitudes del destino derramadas sobre la piadosa cabeza de nuestra pobre Octavia son tales que casi ponen en duda la soberana justicia del universo; sin embargo, la felicidad final de Octavia fue tan profunda y duradera que uno debe aceptar, como hizo Job, que los caminos de Dios no son nuestros caminos, y que hay que comprenderlos aunque sea de un modo vago. Que esta joven esposa dulcemente dócil, decididamente resignada y perfectamente obediente experimentara no solo el padecimiento de varios abortos (no poco infrecuentes en nuestra época), sino la muerte de su hermosa hijita Sarah, su segundo hijo, a la edad de nueve meses, cuando yacía durmiendo en su cuna sin que se viera perturbada por ningún síntoma previo; que —¡ay, mis ojos se llenan de lágrimas solo de recordar semejante aflicción!— se viera obligada a presenciar cómo su primogénito, el pequeño Godfrey, se ahogaba a la edad de siete años en un bello y sereno día de verano; y que sufriera la terrible pérdida de su amado esposo, precisamente en el acto unitario de su gozo conyugal, apenas en el decimocuarto año de matrimonio, todo esto pintaría un cuadro de aspecto tan tétrico como para ser inadecuado para su examen, salvo por el hecho de que nuestra heroína triunfó sobre la desesperación en cada caso y, a los cuarenta y un años, aceptó con tanta serenidad la voluntad de su creador como lo había hecho en

su estado virginal cuando era niña. Tanta era la piedad de Octavia en su sufrimiento y su decidida negativa a llorar sus penas en voz alta, como hacían otras criaturas de mente débil de su sexo, que incluso el caballero que iba a convertirse en su segundo esposo prometió redimirse de su «naturaleza irreligiosa» y «dar algún posible crédito» a la fe cristiana, a la que, me inquieta decir, el hombre había vuelto la espalda en su juventud por razones más de ignorancia que de maldad congénita. (Este segundo matrimonio, que me alegra ver como un acontecimiento feliz, a pesar de la condición de librepensador del novio, tendrá lugar fuera de los límites temporales de esta narración, y ruego al lector que no piense más en él.)

«Se recomienda encarecidamente que la novia no sucumba a inoportunas emociones en el lecho conyugal, ni a una explosión de lágrimas ni a una brusca expresión de miedo.» Esto leyó Octavia, y se quedó debidamente perpleja, en *El matrimonio y la familia cristiana* del doctor Mudrick, que la prima Rowena Kale había puesto en sus manos, con una silenciosa sonrisa, unas semanas antes de la boda de Octavia. «¡Inoportunas emociones! ¡Ni lágrimas, ni miedo!» La impresionable jovencita atormentaba su curiosidad durante muchas horas, pensando en el significado exacto de estas palabras en una época en que debería haberse ocupado de tareas más fructíferas, como finalizar su ajuar y bordar sus iniciales en su ropa. No podía solicitar audiencia con mistress Zinn, quien en esta época estaba muy ocupada, y felizmente, con mil y un detalles relativos a la boda; tampoco se habría atrevido a acercarse a míster Zinn, quien, durante toda esa difícil década, los años ochenta, trabajaba lastimeramente en su dirigible de costados de aluminio, para el que, ¡ay!, tenía muy nobles esperanzas, solo para verlas estrellarse y convertirse en un millón de fragmentos cuando, en 1888, el aeronauta alemán Wolfert efectuó una ascensión en un gran dirigible de construcción similar, provisto de un motor a gasolina Daimler, un avance que el pobre John Quincy Zinn se vio obligado a aceptar como verdaderamente revolucionario, aunque procedía del extranjero y no de su país natal.

—Sé que no debería sucumbir a la innoble autocompasión —murmuró Octavia a la única hermana que le quedaba—, pero me gustaría muchísimo, Samantha, hablar con alguien, quiero decir, con alguien que haya pasado por esto antes que yo y pudiera ofrecerme algún consejo. Pero madre ahora no tiene tiempo para mí, ni padre, y la tía abuela Edwina se limita a pasarme sus libros que, reconozco, ya he leído una docena de veces y casi me los sé de memoria.

Samantha se quedó mirando fijamente a su hermana con ojos adustos, como si la irritara que Octavia la detuviera de esta manera, en el corredor de sus dormitorios, cuando la mañana era tan fresca y halagüeña y el taller le hacía señas en el cañón. Llevaba su vestido de percal más feo, con un delantal no excesivamente limpio; el bonito cabello pelirrojo, recogido apresuradamente en un moño que tenía más de práctico que de gracia femenina, estaba cubierto por un gorro de mañana desprovisto de encaje y adornado solo con media docena de cintas que no poseían elegancia alguna. Aunque últimamente, por alguna insondable razón, Samantha parecía estar madurando casi a diario y volviéndose, a los ojos de la sorprendida Octavia, cada vez más ágil y bonita, su actitud con respecto a Octavia era con mucha frecuencia impaciente y, como mucho, paternalista, a pesar del hecho significativo de que Octavia era varios años mayor que Samantha y debería haberle mostrado respeto y afecto.

Ahora la joven atrevida dijo, en respuesta a la sincera declaración de Octavia:

—Querida Octavia, madre no tiene tiempo para nadie más que para ti. Va de una casa a otra a toda prisa, dando órdenes a todos los criados, enviándolos a la ciudad en busca de toda clase de fruslerías y adornos, y preocupándose en voz alta por si todos sus planes se van a pique, si el tiempo no colaborará el día de tu boda, o si míster Rumford se evapora en el aire, lo cual, considerando la sequedad y gravedad de ese excelente caballero, me parece una posibilidad improbable. Y padre, nuestro querido padre, naturalmente no tiene tiempo para ti, pues no tiene tiempo ni para él mismo. ¿Has observado últimamente la sobreabundancia de su barba y su asimetría, la fatiga que subraya su más cariñosa sonrisa, el nerviosismo y la distracción de su actitud? El John Quincy Zinn que reside con nosotras, Octavia, es nuestro padre solo por una casualidad de la naturaleza, de lo cual debemos estar agradecidas y no ser codiciosas; su verdadera lealtad, igual que su verdadera identidad, reside en otra parte, en el panteón de la historia, donde algún día ocupará el lugar que le corresponde junto a Da Vinci, Miguel Ángel, Newton y Franklin. ¡Y tú quieres —murmuró Samantha, con una cruel sonrisa de lástima—, tú quieres hablar con él de tonterías del día de la boda!

Tan avergonzada quedó Octavia por este discurso y tan intimidada por la fría mirada de su hermana que, encogida, ofreció abundantes disculpas y dejó pasar a su impaciente hermana.

¡Pobre Octavia! Una indicación de su soledad en el seno de su propia familia, y del estado algo desordenado de sus emociones en aquellas semanas anteriores a la boda, es que sucumbió a muchos

estallidos de lágrimas y le habría gustado mucho ser de nuevo una niña libre de preocupaciones, compartiendo su dormitorio con la bonita Malvinia.

—¡Cómo me abandonaste, mi cruel hermana! —murmuraba Octavia, viendo de nuevo la encantadora imagen de su hermana menor y el brillo travieso de sus ojos—. ¡Pero me vengaré de ti, pues dentro de unos días seré una mujer casada, mientras que tú, lastimosa criatura, no eres más que una mujer caída, despreciada por todas las personas decentes, en el camino a la perdición!

Esta exclamación agradó tan poco a la infeliz muchacha que cedió a un nuevo ataque de llanto y se escondió en su dormitorio, tras la puerta cerrada, de donde salió solo por las repetidas demandas y protestas de mistress Zinn, pues madame Blanchet y su joven modista francesa habían llegado y debían empezar las pruebas del día.

Los cambios emocionales de miss Octavia Zinn, en esos días confusos antes de convertirse en la esposa de Lucius Rumford, suscitarán quizá un interés morboso en aquellos que alberguen curiosidad respecto a semejantes estados mentales extremos, pero no poseen un interés general, ni, me atrevo a asegurar, la propia Octavia les habría concedido ningún valor, después de haberse iniciado en las honorables obligaciones como esposa. Que alternara vuelos extáticos de fantasía y momentos de auténtico temor; que fuera por la casa apresurada, tarareando y cantando por lo bajo, como una niña pequeña antes de Navidad y se parara en seco y se pusiera a temblar y a llorar, como si supiera que le esperaba algo espantoso; que se entretuviera demasiado tiempo junto a la tumba de su querida abuela Kiddemaster (cuyo espíritu la impresionable joven dama medio creía que residía en el enorme armario guardarropa de palisandro con su feliz abundancia de cajones), para comunicarse interiormente con ella, o que, en una impetuosa reacción contra tales pensamientos, se dedicara a dar largos paseos no autorizados por el agreste bosque sobre el cañón (con lo que alarmó a míster Zinn, Samantha y Nahum en una turbadora ocasión en la que los inventores creyeron haber visto un auténtico fantasma en el bosque, una tambaleante figura sin rumbo ataviada con una túnica de color claro, con un gorro blanco en la cabeza que casi le tapaba la cara); que continuamente estuviera saltándose puntos en la labor que tejía, o pinchándose los dedos con la aguja, con lo que la fina tela de hilo irlandés se manchaba de sangre, todo esto no otorga ningún mérito a Octavia; sin embargo, posee veracidad histórica y sugiere un sorprendente paralelo, inexacto en otros aspectos, con Constance Philippa, en las semanas y los días que precedieron a su boda. En realidad, la mente de Octavia se

desequilibró tanto y quedó tan confusa por falsos sentimientos que se encontró deseando la compañía de su hermana mayor perdida, cuyo purificante ingenio y desprecio por frivolidades tales como pruebas de vestido ella creía que sería de lo más refrescante. ¡Pero qué desalentador, qué horrible el delito de Constance Philippa!, haber roto el sagrado vínculo del matrimonio la noche misma de su boda, y haber llevado semejante desgracia sobre su familia, pues nunca podría ser perdonada, salvo quizá en el otro mundo. (Y Octavia incluso se encontró pensando, con melancolía, que no le habría importado buscar consuelo en Deirdre; habría podido subirse a su cama y las dos habrían podido temblar, abrazarse y llorar, y Octavia entonces habría podido hablar del terror que sentía a quedarse huérfana: de todos los destinos imaginables, el más cruel.)

Cabría esperar que la prima Rowena le resultara de alguna ayuda, pero su ánimo se hallaba un poco deprimido como consecuencia de un aparente nuevo embarazo, poco después de un desgraciado aborto y varios meses de difícil convalecencia; y así, aparte de entregarle a Octavia el valiosísimo libro del doctor Mudrick, se comportaba de un modo más bien evasivo y le ofrecía consejos de una naturaleza agradablemente alegre, pero más bien general, declarando que Octavia, como joven esposa, debía recordar en todo momento que el vínculo matrimonial es sagrado y la descendencia que surge de él es algo bendito, y que Jesucristo jamás estaría lejos de Octavia, en caso de que precisara su guía. (Siguió diciendo, con una extraña vehemencia satisfecha, que Delphine Martineau, que en otra época había ido con la cabeza tan alta, en verdad se hallaba en una situación comprometida, pues se había casado con un «auténtico» bruto que bebía, jugaba y, según se rumoreaba, se relacionaba con mujeres de «cierta categoría».)

La víspera de la boda, a Octavia le costó dormir y se agotó escribiendo febrilmente en su diario, de una manera muy poco natural y, de hecho, infrecuente en ella. «¡Me asaltan pensamientos de tal índole —escribió la joven dama— que no sé cómo valorarlos!: una súbita imagen espantosa de un conejo despellejado sobre la chimenea, manchado de sangre, el pobrecito; la abuela Kiddemaster en su ataúd; un confuso recuerdo del hijo de aquel cochero irlandés del abuelo (no ensuciaré la página con su nombre, pues es de poca importancia) como un niño de unos doce o trece años, en compañía de toscos muchachos como él, hijos de obreros, quizá, retozando a cierta distancia río abajo, bañándose y salpicándose unos a otros, y nuestra pequeña clase de dibujo, dirigida por la institutriz francesa que el abuelo nos había asignado durante un breve período, pillándolos a

todos desprevenidos, y muy asustados, y… y olvido…» Y lo cierto es que la crispada muchacha parecía haber olvidado no solo qué imagen las había asombrado tanto a ella y a sus hermanas, en la orilla del río, tantos años atrás, sino por qué, en realidad, estaba intentando dejarlo por escrito.

Así que arrancó de su diario la página ofensiva y, acordándose del proyecto completo, el de anotar sus pensamientos íntimos durante un período de varios años, decidió categóricamente que debía destruir todo el diario antes de que amaneciera, y pasó una hora o más arrojando las hojas a la chimenea, para que no quedara ninguna evidencia de Octavia Theodora Zinn cuando ocupara el lugar que le correspondería como esposa de Lucius Rumford.

46

Al lector maduro no le sorprenderá que la aprensión de nuestra afligida heroína con respecto al ritual de la boda y el lecho matrimonial, y al propio míster Rumford, resultara totalmente infundada.

En realidad, la soleada mañana de su primer día como mistress Rumford, Octavia, profundamente satisfecha, pasó una hora de rodillas, en la intimidad de su vestidor, dando gracias a nuestro Padre Celestial y a su amado Hijo porque al fin era esposa y estaría para siempre bajo la protección de un esposo que la amaba.

Octavia se entretuvo tanto en el arrobamiento de la plegaria, lleno de lágrimas, y procurando que su doncella no viera una pequeña herida que tenía en el hombro derecho (pues, aunque era una herida de poca importancia y que apenas sangraba, ofrecía un alarmante aspecto enrojecido), que al bajar por fin al comedor de desayuno, cuando dieron las siete, se encontró con que míster Rumford ya se había marchado y tuvo que contentarse con comer sola. Tal vez fue porque no estaba familiarizada con la estancia, con su alto techo, anodinas paredes y revestimientos algo mugrientos; puede que fuera por la actitud seca de la anciana doncella, cuyo reiterado «señorita» resultaba singularmente sibilante; tal vez Octavia echaba muchísimo de menos la presencia de su marido, en una ocasión tan importante como su primer desayuno en la mansión Rumford, pero la cuestión es que tenía poco apetito y tuvo que hacer esfuerzos para tomar dos o tres sorbos de café y media tostada fría con mantequilla.

El corazón le latía con fuerza y cerró de nuevo sus húmedos ojos, evocando el amado semblante de míster Rumford y el seco y acre olor de su bigote y cabello y las varias palabras de afecto y estima que había pronunciado la noche anterior, en medio de sus extraños y prolongados ejercicios. Esperaba haber resultado digna de la santidad

del lecho matrimonial, del que sus mayores le habían hablado con tanto énfasis y sin embargo tan evasivamente, y se atrevía a esperar que algún día —no sabía muy bien cómo— de aquel acto unitario en el que míster Rumford la había iniciado surgiría aquella bendita descendencia.

(Gracias a la asidua aplicación de las palabras de advertencia del doctor Mudrick a su propia situación, Octavia había triunfado por completo sobre una gran inclinación a «sucumbir a emociones inoportunas» y, a través de una estratagema en general voluntaria que había descubierto por sí misma, había logrado vencer una infantil propensión a las lágrimas y al miedo. Esto lo consiguió así: al principio mismo de las atenciones físicas más vigorosas de míster Rumford a su cuerpo, Octavia se había metido en la boca una considerable cantidad de tela de la funda de la almohada bordeada de puntillas para ahogar sus gritos de sorpresa, y cuando ese recurso resultó insuficiente volvió la cabeza con el fin de morderse su propio tierno hombro, por fortuna sin causarse tanta sangre como para llamar la atención de míster Rumford o para apartarlo del enérgico esfuerzo procreativo al que aquel digno caballero se había aplicado.)

La recompensa más valorada de la novia, al cesar los prolongados resuellos, embestidas y jadeos de míster Rumford, fue una apenas audible pero inconfundible bendición: «… esposa».

La mansión Rumford era una residencia histórica como la mansión Kiddemaster, aunque no tan grandiosa y ostentosa como esta, y tal vez algo envuelta en una hosca tristeza que emanaba de los empinados tejados con torreones en los que crecía con profusión el moho o musgo de color apagado, y las altas y estrechas ventanas, muchas de las cuales permanecían cerradas contra el frío, y el duro granito oscuro con el que estaba construido el edificio, que indicaba impasibilidad y no elegancia, y sombría dignidad y no encanto. La mansión constaba de tres pisos, con sótano y desván, y no disfrutaba de ninguna vista extraordinaria, pues no había sido construida en lo alto de una colina, como la de los Kiddemaster, sino en una especie de claro hundido, en el que el terreno siempre estaba un poco esponjoso y, en primavera, lleno de charcos. Alrededor de la propiedad principal habían construido un muro de ladrillo de cinco metros de alto, con una estrecha puerta y una generosa cantidad de barrotes de hierro y púas, no demasiado afiladas, observó enseguida Octavia, oxidadas con los años y sin duda bastante romas.

—¡La mansión Rumford! —murmuró la joven esposa por lo bajo

cuando, junto a su esposo, atravesó en carruaje la puerta principal, aún con su bonito vestido de boda y la cabeza cubierta con el fino velo —. ¡Y yo… señora!

Como míster Rumford era caballero de pocas palabras, elegidas juiciosamente, sin instinto para las exhibiciones superficiales o la galantería de salón, perdió poco tiempo presentando a la nueva mistress Rumford a los miembros mayores del personal de la casa, mientras se acariciaba la rubia barba (no por nerviosismo, me apresuro a decir, pues míster Rumford era de temperamento serio y reposado), y le dijo, con una voz que ella habría deseado fuera más baja, que sus deberes no le resultarían gravosos en exceso, pero que exigían mucho y requerían levantarse muy temprano y una vigilancia constante, así como disciplina extrema, porque los criados, que son holgazanes por naturaleza (y allí algunos eran irlandeses), eran muy perspicaces con respecto a toda falta de rigor en la señora de la casa, y mucho más al descuido, ya de naturaleza corporal o espiritual.

—Y sin embargo —dijo míster Rumford, haciendo una mueca con sus pálidos labios que parecía una sonrisa de esposo, mientras su mirada del color de las piedras conservaba la necesaria dignidad—, y sin embargo, mi querida mistress Rumford, no dudo de ti, no dudo que cumplirás tus deberes más que satisfactoriamente.

Palabras amables a las que la joven no se atrevió a responder, por falta de confianza en sí misma, y, con lágrimas asomando en sus ojos, se limitó a bajar la cabeza con modestia.

Si bien durante los románticos días de su galanteo Lucius Rumford había sido para Octavia un fenómeno apenas comprendido, al que se acercó principalmente a través de sus elementos (una chistera de seda gris y algodón colocada correctamente sobre una mesa, o sobre la alfombra, con un par de guantes oscuros correctamente depositados en el ala; una tarjeta de visita del peso y calidad del papel exactamente correctos, con la inscripción realizada por Rilker & Sons de Filadelfia, en el tipo de letra empleado por todas las mejores familias; un bigote con patillas en el que los tonos rubios se mezclaban con el blanco y plateado de forma irregular y daban a su rostro envejecido un toque casi juvenil, y un olor distintivo, como de hojas secas o ceniza), ahora que era su esposo, legalmente casado y dueño de la mansión, Rumford resultaba una experiencia completamente distinta, no menos temible, quizá, y sin duda no menos impersonal, pero mucho más inmediata, por la necesidad de retirarse juntos a su dormitorio cada noche.

—Mi querida mistress Rumford —decía míster Rumford con tono

no carente de amabilidad, levantándose de su silla junto a la chimenea (en la que, para ahorrar combustible, ardía un modesto fuego de troncos de roble un poco húmedos)—, creo que es hora de retirarse, ¿no?

Tras lo cual Octavia dejaba caer su labor de punto, como sobresaltada, y decía con prontitud:

—Sí, míster Rumford, estoy segura de que lo es.

Y llamaban a los criados necesarios y la pareja casada subía la escalera para ir a su dormitorio, situado en el segundo piso de la vieja casa, y cada uno se retiraba a un vestidor, asistido por un criado, y realizaba las necesarias abluciones, y un criado les ayudaba a vestirse para la noche; cada paso era seguido por Octavia sin decir nada, aunque al principio, solo al principio (Octavia no tenía una mente inquieta o escéptica), la desconcertó que, después de haberse bañado, tuviera que ponerse de nuevo no solo la camisa interior y las enaguas, sino también su rígido corsé de huesos de ballena, atraque para pasar la noche le permitían quitarse el ancho miriñaque, lo cual agradecía dócilmente, y, por supuesto, el polisón de alambre y crin, que estaba fuera de toda cuestión en semejantes circunstancias nocturnas.

Es un atuendo nocturno completamente distinto del que llevaba en mi infantil soltería, pensaba Octavia, vistiéndose apresurada, pero debo recordar que ahora mi elevada posición en la vida es radicalmente distinta de todo lo que la ha precedido.

A veces míster Rumford hacía saber a Octavia, a través de su doncella, que el amo deseaba que se pusiera también «su gorro de mañana más bonito», o «su papalina más bonita», lo cual descartaba la posibilidad, para la pobre Octavia, de deshacer su complicado peinado y extraer los postizos y otras piezas falsas que tanto la molestaban durante el día y por la noche constituían algo horrible. Pero comprendía que al caballero le desagradara verse obligado a contemplar una cabeza desnuda, e interiormente agradecía, por su parte, que siempre, que en la intimidad del dormitorio ella vislumbraba por casualidad a su esposo, este llevaba firmemente calado en la cabeza el gorro de dormir y no le asomaba ni un solo cabello que pudiera resultar ofensivo.

Míster Rumford tenía también una evidente debilidad por toda clase de atractivos adornos —cintas de seda, lazos, volantes, plumas, abalorios, lentejuelas, puntillas, encajes, bordados e incluso el brocado dorado—, algunos de los cuales, que eran sacados de un gran armario ropero de madera de cerezo que había en un rincón del dormitorio, debían de haber pertenecido a la esposa fallecida de míster Rumford. (O esposas, pues Octavia no había sido informada, y no quería

preguntar, si míster Rumford era viudo por dos veces o solo una; de forma similar, no estaba completamente segura del número de hijos que tenía ni de sus edades concretas.)

—Y tenga, señora, de la propia mano del amo —a lo mejor susurraba la doncella, colocando en torno al cuello de Octavia una boa de las más suaves plumas, o poniendo sobre su voluminoso pecho una sarta de capullos de rosa de satén, lo cual nuestra Octavia aceptaba sin hacer preguntas, e incluso con cierto alivio nervioso, pues la habría avergonzado mucho sentirse expuesta físicamente, incluso en el lecho marital, ya que el rigor puritano de la fe calvinista de míster Rumford no toleraría ningún descuido en estos asuntos.

Muchas noches, entonces, y en particular durante los primeros meses de su matrimonio, antes de que el primer embarazo de Octavia resultara demasiado evidente, la joven mistress Rumford era conducida por su doncella personal a la enorme cama de columnas, con el sombrío dosel de seda y el alto y duro colchón de crin, para esperar a su esposo ataviada con un atuendo de lo más extraordinario, pero sin duda atractivo, de un tipo que, en su virginal ignorancia, no había imaginado que las mujeres casadas llevaran; este atuendo consistía, en su mayor parte (aunque, naturalmente, variaba de una noche a otra según instrucciones de míster Rumford), en una camisa interior de algodón, una «cubierta» de percal, corsé de huesos de ballena (tan apretado como, ¡ay!, sus cintas permitían) y otra cubierta ligera, y media docena o más de enaguas de seda o de satén, o de algodón, o de muselina, o de popelín, todo volantes y frunces y pliegues drapeados, sobre los que la apresurada esposa y su silenciosa doncella arreglaban hasta cincuenta o sesenta o incluso setenta metros de adorno, hay que deducir que para impedir que la mirada de míster Rumford tropezara por la noche con alguna innecesaria exhibición de carne femenina, lo que sin duda le habría resultado repugnante, a pesar de que nuestro Padre Celestial bendecía el lecho matrimonial y pese a su enfático mandato de que Adán y Eva, y toda su progenie, crecieran y se multiplicaran para que la Tierra fuera habitada y cristianizada.

La esposa se situaba cuidadosamente en su lado de la cama, a cierta distancia del cordón con borlas con el que se llamaba a los criados, la doncella apagaba sin hacer ruido todas las velas salvo una y salía de la habitación; y, al cabo de un minuto, portando su propia vela, el esposo hacía su entrada procedente de su vestidor, calzando lo que podían haber sido zapatillas o incluso descalzo, a juzgar por el silencio con que se acercaba a la cama. El grado de oscuridad en el dormitorio variaba considerablemente de una noche a otra, como

observó Octavia, que no hacía ningún esfuerzo deliberado por recordar —y todo énfasis en esto es poco—, o comparar, o analizar, o evaluar una noche matrimonial en relación con otra, o ninguna noche matrimonial en relación con una noche virginal de los días pasados; en cualquier caso, el grado exacto de oscuridad era problemático, ya que Octavia no se hallaba invariablemente en posición de conocerlo, pues míster Rumford o le pedía directamente o le hacía saber sin palabras que accediera a ponerse una capucha, de un material ligero y muy agradable (podía ser muselina, o la más fina seda, pero nunca lana, hilo o satén, que le habrían dificultado mucho la respiración y provocado un incómodo calor), prenda que en general el amo le ponía por la cabeza, cubriéndole el pelo y la cara, sin prisas y sin duda sin brusquedad ni impaciencia. Cegada así, la joven no podía determinar con certeza si míster Rumford apagaba ambas velas o una o ninguna, o si, como su humor variaba mucho de una noche a otra, también variaba el grado de iluminación, e incluso podía ser, sin que mistress Rumford lo supiera, que encendiera para sus propios fines una vela o dos y hasta la lámpara de queroseno. (Tan escrupulosamente desprovista de toda inoportuna curiosidad estaba la nueva esposa de míster Rumford que por la mañana, hallándose a menudo sola en su dormitorio —pues míster Rumford se había marchado con el fin de dirigir a los criados elegidos para las plegarias y la lectura diaria de la Biblia— llamaba enseguida a su doncella y no permitía que su frívola mirada recorriera la habitación para determinar si había a la vista alguna curiosidad de la noche anterior, o si la mecha de la lámpara de queroseno estaba mucho más quemada de lo que ella recordaba. Pues las lecciones que tan impaciente había aprendido de los muchos libros de miss Edwina Kiddemaster, junto con las diplomáticas insinuaciones de su querida madre a este respecto, y, huelga decirlo, con su propia delicadeza intrínseca y femenina reticencia, le advertían que no prestara necia atención a asuntos que no eran de su incumbencia y que podían provocar, en su amado esposo, alguna acre réplica, o —aunque raramente llegaba a ello, como me veo obligada a señalar— alguna exageración de fuerza masculina durante el acto unitario, que pudiera dar como resultado un dolor grave y punitivo en las regiones bajas o en otras partes de mistress Rumford. Pero debo apresurarme a explicar al lector ecuánime que la alarma y el terror de la noche nupcial, y, en verdad, el atroz dolor que padeció nuestra infantil virgen, quien se vio obligada a morderse el tierno hombro pálido para soportarlo, rara vez se repitieron y, aun entonces, cabe suponer que con la mayor renuencia por parte de míster Rumford, y más por un sentido de la disciplina de castigo que por cualquier pasión animal,

placer o lujuria corporal. No puede ser un miembro humano, ni siquiera un objeto viril, masculino, de reproducción —pensaba la asustada virgen, en su padecimiento, durante la laboriosa consumación del amor por parte de su esposo aquella primera noche —, tiene que ser, ¡ah!, no sé, ¡Dios mío!, de madera, o de piedra, o cera endurecida, o alguna sustancia innombrable. Estas mismas palabras, casi pecaminosas en lo que sugerían de rebeldía y carácter poco delicado, quedaron borradas para siempre de los pensamientos de la esposa al amanecer y al iniciar el nuevo día puro e impoluto, en el que volvía a ser mistress Rumford, la nueva señora de la mansión Rumford.)

Colocada la esposa, como he dicho, modestamente en su lado de la cama, el procedimiento usual era que su esposo se reuniera con ella sin pronunciar ni una sola palabra innecesaria, y desde luego sin cháchara amorosa alguna, y le colocara en su dócil cabeza una capucha de suficiente grosor para que no presenciara ningún incidente ni la exposición de alguna parte del cuerpo o trozo de piel que pudiera ofender sus púdicos ojos, o bien apagara totalmente la llama, de modo que esta precaución se hacía innecesaria, lo cual ella agradecía sin falta, a pesar de su intranquilidad, aunque nunca había dudado de las afirmaciones de sus mayores de que Lucius Rumford era un caballero de la mayor calidad y una excelente pareja para cualquier joven dama. (También esto es muy diferente de todo lo que he conocido como joven ignorante, murmuraba para sí Octavia con respecto a la capucha que míster Rumford solía ponerle en la cabeza, cuyo cordón le ataba a veces con tanta fuerza que le provocaba problemas de inhalación, de los que la joven esposa no se quejaba, debo apresurarme a decir.)

La metodología real de la unión conyugal, por lo que puedo juzgar (pues soy doncella y completamente inocente de conocimiento por experiencia o por burda especulación), puede variar mucho de un marido a otro, dentro de ciertos límites, aunque la procreación, por supuesto, es el principal y único fin. Sin embargo, en todos los casos de matrimonio cristiano constituye una sagrada comunión, si bien poco comprendida incluso por los benditos participantes, que se someten al mandato de Dios, y, sin duda alguna, es una verdadera pangénesis, en la que el paradigma y el pleroma de la vida se celebran como es debido. Todo esto es un misterio, lo sé, y sus secretos permanecerán ocultos para siempre a alguien que vive en el estado del celibato como yo. No obstante, comprendo plenamente la grave obligación, libre del menor tinte de pecado, que el hombre y la mujer cristianos cumplen en la pangénesis de su sagrada unión.

En la absoluta oscuridad en la que yacía, Octavia solía oír ruidos

diversos: un prolongado y a veces muy ruidoso crujir de tejido; una actividad respiratoria acelerada y laboriosa; la propia voz de míster Rumford, aunque escasamente reconocible como suya, que prorrumpía en gemidos, gruñidos y exclamaciones. Una indicación de la meticulosidad intrínseca de este caballero es que empleaba una gran moderación al dirigirse a su esposa directamente, percibiendo sin duda que tan franca intimidad la desconcertaría, ya en la intimidad de su dormitorio, ya en las estancias públicas de la mansión.

También era indicación de la buena educación de míster Rumford el que, a pesar de tanto hurgar y manosear y tironear de las enaguas de Octavia, y pese al creciente frenesí de su pasión, con sus curiosos y a menudo alarmantes resultados, en raras ocasiones había observado Octavia que sus prendas estuvieran seriamente desgarradas ni su gorro mal colocado, aunque, habría que confesar, la ropa interior solía quedar muy manchada y requería ser lavada de inmediato por la mañana, y con frecuencia las medias de Octavia estaban tan estropeadas que no valía la pena remendarlas.

Cegada así, la joven esposa solo podía conjeturar, en el curso de los meses, y de los años, la metodología de las atenciones de su esposo hacia ella, si bien comprendía que, de vez en cuando, empleaba nuevos instrumentos. Mientras yacía obedientemente inmóvil, podía ser golpeada (¡ligeramente!) con guantes (suponía que eran los suyos propios, o pertenecientes a una anterior mistress Rumford); tal vez recibía golpecitos en el pecho y zonas bajas con un abanico, o con una sombrilla de seda, o con un objeto no identificado de construcción ligera, con el acompañamiento de la estentórea respiración de míster Rumford, que a veces se transformaba en breves y estridentes silbidos, antes de la explosión cataclísmica final. Variando también según alguna lógica que ella no podía determinar, míster Rumford podía decidir emplear plumas para hacerle cosquillas (aunque, ay, la dócil y asustada joven quizá no respondía como él habría deseado); o tal vez la untaba con una medicina o linimento odorífero, o, también, mermelada, miel o confitura, que entonces él lamía y chupaba con glotonería, emitiendo una gran variedad de ruidos, que iban desde jadeos y gemidos bajos hasta gritos como gárgaras, de tan fuerte volumen que causaban terror en Octavia, por miedo a que los criados los oyeran, y por la natural preocupación de la esposa por la salud de su esposo, ya que míster Rumford, ay, ya no era precisamente joven.

Todo esto la nueva mistress Rumford lo soportaba con santa diligencia y dulce aquiescencia, y ni una sola vez, en los muchos años de su matrimonio, se escapó un murmullo de queja de sus labios apretados con fuerza, ni siquiera en los extremos de temor, o dolor, o

infantil desconcierto, o el delirio de la enfermedad. Comprendía que el deber de una mujer casada es únicamente para con su marido, quien por derecho es su amo y señor, y haber jurado ante el altar de Dios amar, honrar y obedecer a esta persona elegida no es ninguna carga sino un privilegio de lo más elevado. También comprendía el hecho de que, según las frecuentes palabras de mistress Zinn, el estado matrimonial «no ha de ser explicado ni se ha de dudar de él», y debemos perdonarle alguna que otra expresión de orgullo, entremezclada con su afecto de hermana, al dirigirse a la pobre Samantha, que no estaba casada. (¡Ay!, no estaba casada a la edad de veintiséis años, y no tenía ninguna perspectiva entre los caballeros socialmente aceptables; la culpa no era de su familia y parientes, sino únicamente suya.)

Que el intrépido cumplimiento de las obligaciones matrimoniales de míster Rumford diera como resultado la sagrada descendencia —Godfrey II, Sarah y Lucius Quincy, entre los que sobrevivieron a la infancia— es una manifestación externa de la satisfacción que nuestro Padre Celestial sentía por él y su amada esposa; tampoco había sido puesta en duda Octavia en este aspecto, que demostró ser una excelente madre igual que era tona excelente esposa, para placer de todos los observadores, todo lo cual, debemos suponer, gratificaba y enorgullecía a míster Rumford. Su primera y generosa predicción de la capacidad de Octavia como ama de la mansión Rumford, hecha el mismo día de su boda («Mi querida mistress Rumford, no dudo de ti, no dudo que cumplirás tus deberes más que satisfactoriamente»), poseía una asombrosa clarividencia y confirmaba lo que muchos habían supuesto: que Lucius Rumford era un individuo de recursos excepcionales, aunque ocultos con modestia.

¡Y sin embargo, ay, la aflicción que les aguarda, a marido y mujer!, una tragedia de alcance tan asombroso que no puedo continuar en estos momentos, sino que debo retirarme, no sin dejar antes al lector con estas gentiles palabras de nuestro poeta Pinkney, que casi podría haber escrito pensando en míster Rumford y su leal Octavia:

A fin de unir su Suerte a la de ella
el destino hizo de ella todo lo que él no era;
y así como, por mera oposición,
vemos asociados pensamientos,
de la total diferencia dieron forma sus corazones
a una perfecta comprensión.

47

Una soleada mañana de abril se produjo un accidente casi catastrófico en los experimentos de míster Zinn con su globo lleno de hidrógeno (accidente que, al ocurrir sobre el río Bloodsmoor, hizo caer en picado al joven Nahum al agua, lo que salvó su vida), en una época en que las respectivas notoriedades de Malvinia Morloch y Deirdre de las Sombras alcanzaban su fugaz apogeo y en que el anciano juez Kiddemaster enviaba misivas a Washington a diario —no, cada hora—, redactadas con el vocabulario más desabrido, para protestar por la nueva Comisión de Comercio Interestatal, la cual, si «se le daba rienda suelta», ahogaría para siempre la libre empresa en la nación, lo que diezmaría las inversiones del juez en el ferrocarril, en una época en que, ¡ah, qué ironía!, el heroico John Quincy Zinn empezaba por fin a dudar, no de su genio, y mucho menos de su buen espíritu, sino de la hospitalidad, por decirlo de alguna manera, de la gran democracia en la que residía; fue entonces cuando, sin anunciarse, apareció en la Casa Octogonal el alegremente entusiasta míster Watkins del *Atlantic Monthly*, con la petición de efectuar una entrevista en profundidad a John Quincy Zinn, el inventor de «genio probable», del que se decía que residía de forma «recluida» en Bloodsmoor, una «leyenda» entre sus compañeros inventores más prósperos, pero «gravemente desconocido» para las masas, que solo querían que se las instruyera con el fin de poder honrarlo como la «encarnación» del propio Benjamin Franklin.

Como fue la propia y severa dueña de la Casa Octogonal quien atendió a míster Watkins en aquel trascendental día, de quien recibió una tarjeta de visita con inscripciones doradas y escuchó en silencio el torrente de locuacidad que surgía de sus sonrientes labios, cabría suponer que el atrevimiento del periodista habría sido igualado por un atrevimiento equivalente por parte de mistress Zinn (quien, además,

había sido sorprendida en plena supervisión de la colada mensual, realizada por los criados en el sótano abarrotado, mal iluminado y lleno de vapor); cabría suponer que aquella excelente dama, que no se dignaba tolerar a los necios alegremente, lo habría despachado de inmediato y se habría olvidado de él por completo.

Sin embargo, no ocurrió así, sino todo lo contrario.

Pues aunque mistress Zinn no sonrió ni ofreció asiento al atrevido caballero, no obstante le permitió volver al día siguiente, tal vez después de la hora del té, cuando ella se habría ocupado de que pudiera hablar, aunque brevemente, con el propio John Quincy Zinn.

En cuanto míster Watkins se hubo ido, envió a uno de los criados a buscar a su esposo, quien al llegar en mangas de camisa, sin aliento y con los ojos desorbitados, tuvo que ser tranquilizado con repetido énfasis asegurándole que no ocurría nada en su casa (pues raras veces llamaban a míster Zinn cuando se encontraba en su taller, y nunca por nada que no fuera una emergencia); pero, en realidad, algo maravilloso había ocurrido, algo que tendría una profunda importancia para el futuro.

Mistress Zinn hizo sentar a su sudoroso esposo y lo obligó a escuchar, le mostró la bella tarjeta de visita de míster Watkins y, cuando él quiso interrumpir, ella siguió hablando, en un tono tan imperioso y práctico que el hombre se calló.

—El título provisional del artículo es, creo, «Genios estadounidenses no reconocidos» o «Estadounidenses geniales no reconocidos» —dijo mistress Zinn con satisfacción—. Si todo va bien, si cooperas, y si aparece, como ese joven ha prometido, en el *Atlantic Monthly*, bueno, mi querido John Quincy, ¡ya no podrán negarte tus méritos! Se verán obligados a arrodillarse a tus pies, como deberían haber hecho desde el principio.

—¿Tú crees? —preguntó, dudoso, míster Zinn.

—Ahora, al fin, después de tanto, tanto tiempo —dijo su esposa, con más vehemencia, las mejillas sonrojadas y los ojos inusualmente brillantes— se verán obligados a hacerte justicia.

Míster Zinn se quedó mirando fijamente la tarjeta de visita con aire distraído, haciéndola girar en sus dedos manchados de grasa. Su desaseada barba se había vuelto tan amarillenta en los últimos años, y su cabello formaba copetes tan tiesos, que podemos considerar una bendición que míster Watkins no lo hubiera visto aquel día. Durante mucho rato míster Zinn no dijo nada, solo suspiró ruidosamente y sopló frunciendo los labios, como si estuviera solo y nadie lo observara.

—Ahora recibiremos nuestra recompensa —dijo mistress Zinn,

sorprendiendo a su esposo con su tono de maliciosa satisfacción—, oh, sí, míster Zinn, sí, ahora recibiremos nuestra recompensa mutua, sí, ya lo creo, y podremos desafiar a nuestros enemigos y triturarlos, y llevar la cabeza tan alta, sí, tan alta como cualquiera de ellos, y como cualquier Kiddemaster puede hacerlo por derecho, ¡oh, sí!

Sacudiéndose de encima los últimos restos del letargo que, por la mañana, solía provocarle el remedio de miss Emmeline, mistress Zinn reaccionó al oír las desconcertadas protestas de su esposo de que sin duda exageraba y de que en cualquier caso no tenía tiempo para «conversaciones y divagaciones con aficionados», por muy buena voluntad que tuvieran, y se limitó a coger la tarjeta de visita de los dedos de míster Zinn y a sostenerla en alto con aire triunfante, con lo que ambos vieron:

Adam P. Watkins
Periodista en general
Estados Unidos de América

Y, con los ojos brillantes, el pecho palpitante y un entusiasmo que míster Zinn no había observado en ella desde hacía muchas décadas, murmuró una vez más:

—¡Oh, sí!

¿Y estaba en lo cierto Prudence Zinn al imaginar que sus vidas cambiarían para siempre gracias al diligente míster Watkins, y que al fin se haría justicia gracias al muy anunciado artículo que apareció, tras cierto retraso, en el *Atlantic Monthly*, en febrero de 1888? ¿Estaba en lo cierto esa excelente dama al profetizar que «ellos» (por los que se refería, creo, no solo a la nación entera y a los prósperos inventores que habían robado a John Quincy Zinn, sino a sus propios parientes de Filadelfia, Wilmington, Baltimore, Nueva York y Boston, sobre todo) al fin se verían empujados —no, obligados— a reconocer el raro valor de su amado esposo, la fortaleza, lealtad y devoción que ella había demostrado al permanecer a su lado durante más de tres décadas de supremo sacrificio y obligados a «arrodillarse» a sus pies, por decirlo de alguna manera, debido a la aparición de un artículo que llevaba el grandilocuente título de «Estadounidenses geniales contemporáneos no reconocidos que viven en el anonimato»?

No soy tan cruel como para mantener en suspenso al lector, y estoy impaciente por compartir mi placer con todos, pues la respuesta a las

anteriores preguntas es un resonante y feliz «Sí», precisamente en el tono satisfecho de Prudence Zinn.

48

En esta época turbulenta a la que Mark Twain ha dado el apelativo crítico (¡aunque muy merecido!) de «dorada», cuando el optimismo inherente de los estadounidenses ha sido cortado de raíz por escándalos nacionales como las hazañas del Tammany Ring, la Jay Cooke & Company, los Big Business Republicans y la «Noble» Orden de los Caballeros del Trabajo, el corazón se emociona al conocer que aún residen, en el seno de nuestra tierra, individuos generosos, entregados y valientes —¡ay, qué pocos se podrían contar!— que encaman los grandes ideales de Jefferson y Franklin: los «estadounidenses no reconocidos», como me ha parecido adecuado designarlo. Puede ser que sean «no reconocidos» pero, oh, América, no son anónimos.

Así empezaba el famoso artículo de Adam P. Watkins para el *Atlantic*, en el que se mezclaban sutilmente pródigo entusiasmo por su sujeto y patriotismo por su país, de tal modo que constituía una alabanza sumamente satisfactoria a la vida y obras de cuatro estadounidenses «desconocidos», en los que —bien podía afirmarse— florecía el auténtico genio. Nuestro propio John Quincy Zinn era, por supuesto, lo que más interesaba al autor, y era a su vida, con sus numerosas vicisitudes, a lo que míster Watkins dedicaba la mayor parte de sus bien elegidas palabras; pero hablaba con gran generosidad de otros tres estadounidenses «no reconocidos»: la poetisa Amelia Fairleigh de Elmhurst, Massachusetts, de cuya voluminosa producción desde principios de los años cincuenta se habían publicado apenas una docena de sonetos, situación que no había desanimado a la dama sino que aún la había inspirado más; el abogado Stanley Gummidge de Hawthorne, Illinois, cuyo «proyecto de vida», como él lo llamaba, era ver anexionar Canadá y México a su «legítimo» territorio de Estados Unidos de América; y el notable médico

Benjamin Rush, que había descubierto, tratando a un varón negro al que otros médicos habían diagnosticado que sufría lepra, la asombrosa e igualmente odiosa enfermedad de la «negritud», afección que, como resulta evidente, es una dolencia de la piel por la que grandes zonas de la piel blanca natural se colorean e incluso ennegrecen, de tal manera que deriva en la «negritud», para la que el buen doctor creía fervientemente que algún día descubriría una cura, con la que devolvería a los «negros» que la sufrían su blancura original y natural.

El joven míster Watkins, que deseaba no solo entrevistar formalmente a su sujeto, sino observarlo tranquilamente «en su trabajo cotidiano», impresionó tanto a mistress Zinn con su seriedad que esta lo invitó a quedarse en la Casa Octogonal tanto tiempo como le fuera necesario, y así la estancia se prolongó seis días. La actitud del periodista era alegre y entusiasta, sus preguntas constantes e implacables, y notable «lo infatigable que se mostraba en cuanto a los detalles», como lo expresó, divertido, míster Zinn. Los Zinn pronto comprendieron que en la profesión de periodista las cosas se veían, se apreciaban y se divulgaban con infantil asombro y un curioso cinismo al mismo tiempo. Pues, mientras que las alabanzas que míster Watkins dedicaba a las empresas de míster Zinn eran tan exageradas que con frecuencia turbaban a su sujeto, su vituperante denuncia de otras personas era alarmante, tanto más cuanto que él mismo admitió que no tenía un conocimiento preciso de todo lo que denunciaba, sino que hablaba por lo que había deducido de los periódicos o por conversaciones «confidenciales» mantenidas con individuos informados. (El burlón desprecio que mostraba míster Watkins por el Mago de Menlo Park, aunque al principio gratificó a los Zinn, después les resultó inquietante cuando el joven dejó escapar, de forma inadvertida, que en una ocasión había solicitado audiencia con Edison para efectuar un «estudio humano» para un periódico de Nueva York, pero había sido bruscamente rechazado: el inventor estaba tan «henchido de orgullo» que había replicado que no tenía tiempo para el proyecto. «¡Como si yo —observó míster Watkins con ira y regocijo al mismo tiempo— no anduviera escaso de tiempo a diario!»)

Sin embargo, el joven constituía una presencia agradable en la casa y no perturbaba tanto las actividades del taller como habían previsto. En realidad, las preguntas que dirigía al propio míster Zinn eran inferiores en número a las dirigidas a mistress Zinn, pues era en ella en quien buscaba el «interés humano», acumulando con avidez todos los «datos idiosincrásicos» que ella recordara relativos a la vida anterior de míster Zinn y a las más de tres décadas de matrimonio. Dio muestras de una aduladora curiosidad respecto a mistress Zinn —la

Prudence Kiddemaster de antes, que se había labrado una importante carrera como maestra en una excelente academia de Filadelfia—; naturalmente, le interesaban los Kiddemaster, a los que siempre llamaba «una familia estadounidense histórica», aunque para los fines de su artículo, como explicó escrupulosamente, reduciría al mínimo o eliminaría la mayoría de las referencias a la poderosa familia política de John Quincy Zinn, ya que esta alianza llevaría al lector general a sacar conclusiones equivocadas. («No puedo permitir que se especule que la familia política de míster Zinn ha financiado sus proyectos —dijo con vehemencia míster Watkins—, pues eso distorsionaría el sentido de todo lo que John Quincy Zinn simboliza, y, además, estoy seguro de que no es cierto», afirmación a la que mistress Zinn, que cortaba otra porción de pastel de frutas para el joven, no puso ninguna enérgica objeción.)

Por fortuna para los Zinn, míster Watkins no tenía más que un somero interés por las jóvenes Zinn; suponía, correctamente, que míster Zinn «debía de haber esperado tener un hijo varón y heredero», si bien no estaba «seriamente defraudado» por la descendencia femenina que había tenido, ya que era por naturaleza «un padre bueno e indulgente» y «poco dado a la clase de estallidos tiránicos» característicos de otros hombres geniales, en los que genio y locura luchan, como la mangosta india y la serpiente. Que los Zinn hubieran tenido cuatro hijas y adoptado una quinta era un hecho que simplemente se mencionaría en el artículo, aunque míster Watkins interrogó a míster Zinn, con ojos brillantes y el semblante animado, sobre el tema del «eliminador de señales de nacimiento» con el que había experimentado, tanto consigo mismo como con su hija Samantha, que al nacer tenía una mancha rojiza en forma de daga en la sien izquierda, réplica en miniatura de la de su padre. (La aplicación química que míster Zinn había inventado, si bien había resultado efectiva —tras mucha experimentación— en su hija pequeña, resultó ineficaz en él, y, en realidad, le causó un dolor extremo, por lo que se vio obligado a interrumpir las aplicaciones y perdió todo interés, casi de inmediato, por el proyecto.) Míster Watkins se entretuvo poco en el tema de la progenie en el artículo escrito, y decidió no mencionar a ninguna de las hijas Zinn por el nombre (aunque sí citó a «Nahum Hareton» como «discípulo y ayudante de John Quincy Zinn»); en lugar de ellos, centró sus comentarios en las teorías publicadas por Ebenezer Gilfillan, de la Royal Society, relativas a la correlación entre el número de hijos de destacados inventores y sus patentes. (Esta correlación propuesta por el doctor Gilfillan es necesariamente polémica y, en cualquier caso,

terriblemente difícil de demostrar. Que el tamaño de la familia media del inventor tiene una correlación de 0,878 ± 0,014 con la intensidad de su ritmo de patentes no es útil en el caso de míster Zinn, quien hizo tan pocos esfuerzos para obtener patentes.)

Míster Watkins daba muestras de gran curiosidad por los «artilugios» que míster Zinn había creado para uso del hogar y por la «maravilla arquitectónica» de la Casa Octogonal misma, que los Zinn, como habían vivido en ella tantos años, hacía tiempo que habían dejado de observar (aunque mistress Zinn se quejaba de las corrientes de aire y de los «vientos gimientes» que a menudo surgían de la nada). En su artículo iba a subrayar la probabilidad de la teoría de que un domicilio de ocho caras era sano para la salud en general y sumamente estimulante para las «facultades mentales más elevadas», tema que sería debatido, con pintorescos pros y contras, en la columna de letras del *Atlantic* durante gran parte de 1888.

Cuando se publicó, el largo artículo de míster Watkins dedicaba tanto espacio al modo de conducta «legendario y a menudo excéntrico» de sus sujetos, como a sus logros. Se deleitaba hablando del pequeño Pip, «la sombra constante de su amo», y de la «profusión de objetos y telarañas» en el taller de Zinn; daba importancia a la «encantadora idiosincrasia» de John Quincy Zinn en cuanto a su manera de vestir y su actitud, su costumbre de ir en manga corta «como cualquier honrado obrero», con su barba de matices plateados «de nobles proporciones» y sus «soñolientos ojos de santo», en los que se percibía la bondad y la astucia del yanqui nativo. Que John Quincy Zinn a veces se apartara de su trabajo «con un ataque de tos», que hubiera adquirido con los años un semblante «ascético» y «muy deteriorado» y «sin embargo infantil», y que, sobre todo, no sintiera «ni un ápice» de amargura o de pesar porque otros inventores tan libremente hubieran «bebido de su pozo», todo ello se presentaba como pruebas de su genio y de su carácter patriótico. Era el espíritu vivo del idealismo de Ralph Waldo Emerson, la encarnación de la generosa sagacidad de Benjamin Franklin; el «hermano» de Abraham Lincoln en su modesto origen e historial y su fe en la democracia de la humanidad. «Un verdadero dechado del hombre estadounidense —afirmaba con osadía míster Watkins— incluso dejando aparte su asombroso intelecto.»

En la exposición que míster Watkins hacía de los logros técnicos de John Quincy Zinn, al parecer no distinguía demasiado entre los que habían sido categóricamente propios de míster Zinn, y patentados por él o por Samantha, y los que pertenecían en parte a otros hombres, y los que, en el momento actual, aún se hallaban en la fase de

planificación, es decir, en la imaginación de míster Zinn, fértil pero en la que no se podía confiar que fuera pragmática. Parecía encontrar divertida la «búsqueda del mecanismo del movimiento perpetuo», no menos que el esbozo de un traje térmico (con el que el individuo, en todo tiempo, podría regular su propio estado atmosférico), y la máquina para triturar molestias de corral como plumas y huesos, y los diversos insecticidas y «pegamoscas»; declaraba «infinitamente importantes para el futuro» los experimentos que en la actualidad estaba llevando a cabo míster Zinn con un dirigible lleno de hidrógeno (construido, por supuesto, a escala, debido a los recursos gravemente limitados de su taller) y sus mejoras en las armas, que algún día harían de la guerra «una perspectiva tan horrible que ningún hombre desearía entregarse a ella». Su estribo de muelle para la caballería de Estados Unidos era una «pequeña obra maestra» de «ingenio»; su idea de cuellos de papel (desechables) para los hombres era simplemente brillante. Una autolocomotora sería un regalo del cielo para el pueblo estadounidense, igual que una máquina voladora, y una cura para los ronquidos, y un «horno de sol» y métodos impermeables de una fiabilidad del cien por cien; todo esto eran proyectos en los que míster Zinn había trabajado con resultados muy diversos. Míster Watkins había quedado particularmente sorprendido por la noción visionaria de un único Gran Ojo, impulsado por electricidad o alguna otra energía limpia, que ejercería una vigilancia moral constante sobre la nación, «una fuerza para el bien muy necesaria —decía el periodista— en estos tiempos turbulentos e inciertos».

La máquina de escribir, la cremallera, la bombilla incandescente —y otros muchos «hijos del ingenio»— habían residido, en forma embrionaria, en «la gran mente siempre en ebullición» de míster Zinn, solo para ser arrebatadas por «saqueadores» cuyos nombres no era necesario dar. Lo más notable de todo era la dulzura y la caridad de míster Zinn hacia esos personajes que le habían robado y con ello habían ganado una fortuna, y su continua fe optimista en el futuro de su gran nación, expresada en un principio, mucho tiempo atrás, en sus escritos sobre la reforma educativa (que, confesó tímidamente míster Watkins, él no había tenido tiempo de leer antes de la preparación de su artículo), y su esperanza, reiterada a menudo, en que en las siguientes décadas Estados Unidos pudiera «asumir la legítima responsabilidad» como poder mundial supremo. «"¿Cree usted en el ideal utópico?", pregunté a John Quincy Zinn —explicaba el artículo —. Los ojos le brillaron con un celo valeroso aunque un poco preocupado, y respondió sin vacilar: "En verdad, míster Watkins, lo creo; puede que su tiempo sea el futuro, pero su lugar está aquí, ¡en

Estados Unidos de América!”.»

—No recuerdo haber efectuado semejante afirmación —dijo míster Zinn, con cierta perplejidad, después de repasar repetidas veces, con desconcierto, el artículo de míster Watkins—. En realidad, no recuerdo que míster Watkins me hiciera esa pregunta concreta.

—No importa —dijo mistress Zinn con las mejillas sonrojadas y ardientes, con lo que ahora parecía ser un sonrojo permanente como de timidez juvenil o intensa excitación (pues el breve párrafo dedicado a «la esposa de John Quincy Zinn, de soltera Prudence Kiddemaster, de Filadelfia», en el que se la describía como «ese modelo de esposa, una resignada compañera para su amado esposo», la había conmovido profundamente)—. No importa, John Quincy; por fin lo has conseguido: ¡tu vindicación pública! Al final de la cual —dijo la mujer algo enardecida, con una risa estridente y un gesto exagerado con la mano—, me gustaría escribir en grandes letras rojas: amén.

—Prudence, estoy seguro de que exageras —dijo míster Zinn, tironeándose con nerviosismo de la barba.

Pero no exageraba, o apenas lo hacía, y el generoso artículo «Estadounidenses geniales contemporáneos no reconocidos» no solo suscitó muchos comentarios entre los lectores del *Atlantic* e hizo que el ejemplar en el que apareció se agotara en los quioscos, sino que llevó el nombre y la situación de John Quincy Zinn al Congreso de Estados Unidos, donde fue defendido en apasionados discursos por legisladores tan diversos como el congresista Arlin C. Cayce de Pensilvania y el senador Albert J. Hackett de Indiana. El debate en el estrado no se centró tanto en lo aconsejable de aliviar la situación económica de un «genio desconocido» como en los términos específicos de la asignación y en la naturaleza del invento o investigación que había que aprobar.

Y así, una soleada mañana de mayo, un criado de la mansión Kiddemaster entregó a la temblorosa mano de míster Zinn un largo telegrama de Washington con un mensaje de tanta importancia que el atónito hombre apenas pudo captar su contenido y se vio obligado a pedirle a Samantha que lo leyera en su lugar. (El telegrama fue entregado, por supuesto, en el taller sobre el cañón, donde míster Zinn y sus dos jóvenes ayudantes llevaban varias horas trabajando laboriosamente, antes de la trascendental interrupción.)

—¡Ah, padre!, ¿tendremos que ir a Washington? —exclamó Samantha alegremente, sosteniendo en alto el telegrama—. «Proyectos especiales… plena comprensión del talento de… necesidad extrema en la mayoría de los estados… honorarios anuales… investigación

relativa a…» Padre, ¿puede ser correcta la cifra de quince mil dólares? «Honorarios anuales de…»

Pero tan agitada estaba Samantha, que solía ser reservada, que dejó que la maravillosa misiva amarilla se le cayera de los temblorosos dedos y, en verdad, se tambaleó, mareada, y se habría desplomado de no haberse apresurado el joven Nahum a acercarse a ella y sujetarla.

Al llegar el criado de librea, Pip despertó malhumorado de su siesta de media mañana y se puso a parlotear y chillar, y a arrastrarse por los bancos de trabajo, aumentando el volumen de sus chillidos como siempre que los humanos no le hacían caso. Ahora saltaba y danzaba de un lado a otro alegremente, haciendo ondear su larga y delgada cola por encima de la cabeza, y puede que hubiera, también, un elemento de traviesa burla en su misma actitud alegre y el frenesí con el que cogió el telegrama que había caído y fingió leerlo, lanzando estridentes gritos, Se lo acercó a la cara, como si fuera miope, y lo arrugó, y tal vez se lo habría comido si Nahum no se lo hubiera arrebatado de los dedos por la fuerza.

—¡Ah, déjeme ver!, es tan inesperado, míster Zinn, y tan merecido… Déjeme ver el resto del mensaje… —balbuceó el joven Nahum con el rostro sonrojado y los ojos, ocultos por las gafas de maestro de escuela, abiertos como platos y húmedos por el asombro —. Ah, sí, aquí: «Unos honorarios anuales de quince mil dólares… investigación relativa a… y la construcción de un modelo… para la adopción por parte de todos los estados, o la mayoría de ellos… de una técnica más humana y más eficaz de… ejecución pública».

Durante unos instantes llenos de asombro reinó el silencio en el pequeño taller, e incluso el sensible Pip dejó de chillar.

Al fin Samantha rompió el hechizo diciendo con voz infantil de sorpresa y desaliento:

—¡Ejecución pública! ¡Ah, no!

Y míster Zinn dejó de tironearse de la barba y, aturdido, tendió una mano a Nahum y, ajustándose sus gafas de media luna, releyó la misiva con voz vacilante, que no obstante fue adquiriendo fuerza a medida que proseguía, y compartió el desaliento de su hija:

—«Una técnica más humana y más eficaz de ejecución pública.» Tienes razón, Nahum, has leído correctamente.

—¡Ejecución! —exclamó Samantha, ahora más enojada—. ¡Y, por supuesto, vas a rechazarlo!

—¿Cómo se atreven a efectuarle semejante petición a usted? —dijo Nahum, quitándose las gafas y agitándolas en el aire, en un gesto de impotente desafío—. ¿No saben a quién han dirigido su impía declaración?

Entonces, de repente, el peludo pequeño compañero de míster Zinn saltó a su hombro y, en un gesto de comprensión en el que el espíritu natural del mono contendía con una afectuosa dulzura, acercó su arrugada carita a la de míster Zinn, de modo que, por un alarmante momento, la joven pareja vio cuánto habían envejecido monito y amo en los largos años que habían pasado juntos.

John Quincy, demacrado aunque con su aspecto característico, permaneció en silencio durante, un breve intervalo mirando fijamente el ofensivo papel que tenía en la mano, que, podemos deducir, solo un estoico desapego le impidió arrugar y arrojar a sus pies. Cuando se dignó hablar tenía el rostro inexpresivo, salvo por el labio inferior caído, gesto nada característico en él, y su voz era grave y sonora, lenta, con una plañidera dignidad que aguijoneó el corazón de Samantha y de Nahum e iba a quedarse grabada para siempre en su memoria:

—Sí. Claro que lo rechazaré.

49

Durante estos fatídicos meses en la vida de los Zinn ocurría algo milagroso, observado solo en silencio, y de forma somera, por Octavia y mistress Zinn, pero sin que lo supiera John Quincy Zinn: la única hija de los Zinn que quedaba en casa, Samantha, a su «avanzada» edad era cada día más bella.

Cosa improbable, dirá el lector escéptico; y sí, se lo aseguro, lo era. A finales de su veintena la menor de las hijas naturales de los Zinn, a la que Malvinia en una ocasión había descrito cruelmente como «fea como un susto», era cada día más bella.

Ninguna de sus facciones parecía haberse alterado, y sin embargo, por una sorprendente alquimia que no puedo explicar en otros términos más que los románticos y los sentimentales, la joven mujer estaba perdiendo su acostumbrada «fealdad» y adquiriendo una «belleza» de lo más sorprendente, ante las narices de los que la veían cada día, aquellos que, salvo uno, eran ciegos a ella y, en realidad, raras veces la «veían».

Además de adquirir una considerable belleza facial, esta peculiar muchacha también estaba alterando un poco su carácter, pues si en otro tiempo trabajaba en silencio, hora tras hora, y contemplaba el mundo con semblante distraído e incluso puede ser que hosco, y no se entregaba a ningún capricho o cháchara femenina, pues consideraba esta conducta no solo repelente sino, lo que es más importante, una pérdida de valioso tiempo, ahora —¡ah, con cuánto placer dejo constancia de ello!— se descubría cantando y tarareando por lo bajo, en el mismo taller y a menudo en el camino que unía el taller y la Casa Octogonal, brincando y sonriendo sin causa alguna, como una niñita de cuatro o cinco años, en lugar de una mujer madura de más de dos décadas de edad. Asimismo la gracia, el espíritu alegre y frecuentes risas iban acompañados de una asidua aplicación de la

aguda mente de Samantha al servicio de lo que podríamos llamar su «aspecto» femenino, pues si bien antes la joven dama se vestía con prisas y dejaba que la criada le arreglara el cabello de cualquier manera, mientras fuera «rápida», y no le importaba si las puntillas se estaban volviendo grises o las cintas quedaban lacias o el lazo de su fajín estaba atado flojo, ahora dedicaba cada mañana más de media hora solo a su aseo y, aunque su vestido de diario seguía siendo de simple percal y su delantal no del todo limpio, hacía algún esfuerzo con los adornos del corpiño y la falda, y se ponía el más bonito de sus dos gorros de mañana, y a menudo se quedaba con la mirada fija, arrebatada, contemplando absorta el rostro casi extraño que la miraba desde su espejo, al que (¡pues tanta era la modestia de Samantha!) no se atrevía a ver como hermoso, pero sí como bonito, o eso esperaba que fuera.

Y si revelo que, a medida que transcurrían las semanas y los meses, el joven Nahum también parecía estar adquiriendo un nuevo atractivo y una clara actitud madura, generosamente mezclada, además, con una infantil alegría y una propensión a las risas fuertes y espontáneas, si revelo que los dos jóvenes, lejos de mantener una celosa distancia uno de otro como al principio, ahora cooperaban en casi todos sus trabajos en el sagrado taller de John Quincy Zinn; si revelo, además (¡y aquí sin duda muestro mi mano!), que Samantha Zinn y Nahum Hareton a menudo se encontraban mirándose el uno al otro sin motivo alguno, y balbuceando, y riendo, y sonrojándose, y hallando una docena de excusas, a diario, para pedirse consejo, mientras John Quincy Zinn, ajeno a todo ello, seguía absorto en su trabajo, incluso el lector más endurecido, para el que el romance no es más que una reliquia de la juventud apenas recordada e incluso dudosa, se alegrará de saber que el amor, de forma inesperada, estaba floreciendo en el famoso taller sobre el cañón, donde cabría esperar que solo pudieran florecer los capullos más mecánicos.

De manera que, en verdad, Samantha y Nahum estuvieron enamorados con toda inocencia durante un período de muchos meses aunque apenas comprendían el fenómeno que experimentaban, pues los dos, huelga decirlo, poseían un alma tan virginal como su cuerpo y nunca hasta entonces habían dedicado un solo pensamiento al amor y mucho menos habían sucumbido a su encanto. En realidad, me atrevería a declarar que unos años antes cada uno de ellos habría despreciado a gritos esa posibilidad, posibilidad que, poco a poco, se había convertido en una vertiginosa realidad que causaba un sonrosado rubor en las pálidas mejillas de Samantha a la más mínima provocación y un nudo en la garganta del varonil Nahum cuando se

arriesgaba a espiar a su amada en el momento en que, justo después del amanecer, se dirigía con paso ligero hacia el cañón por el camino de grava.

El ojo del amante, dicen, es notorio por lo que inventa; sin embargo, el inocente Nahum, pese a ser inventor, sucumbió a muy poco autoengaño cuando se fijó en la creciente belleza de Samantha y se dejó cautivar por ella. Porque, animada por el afecto cada vez más profundo que sentía por él, igual que la vegetación de abril crece con más exuberancia con el calor del sol, miss Samantha Zinn se hacía cada día más bella, y sin duda habría atraído y llamado la atención de muchos pretendientes si hubiera accedido a los deseos de su familia de que se mezclara en sociedad y asistiera a bailes, con la esperanza de atraer a un esposo adecuado. Nahum la contemplaba con reverente silencio, y todos sus pensamientos eran virtuosos y saludablemente apartados de las emociones masculinas más ordinarias; observaba a su amada en las palabras del gran Tennyson:

Una doncella tan tersa, tan blanca, tan hermosa
que, al decir de todos, irradiaba luz en cada movimiento.

Y no soñaba con expresar su amor en voz alta. Pues no solo Samantha era menuda como un duendecilllo y maravillosa de contemplar, con sus ojos claros, su pálida piel pecosa y su reluciente cabello pelirrojo, sino que también era igual a Nahum en inteligencia, o incluso superior, y era la hija más querida de su amo.

Por qué, por su parte, Samantha sucumbió a las emociones femeninas más tiernas después de tantos años de orgullosa —no, insolente— indiferencia no puedo determinarlo, salvo que la actitud de Nahum era tan tímidamente irresistible y tan carente de toda afectación o vanidad, que ni siquiera un corazón femenino duro puede dejar de conmoverse. Es cierto que no poseía una asombrosa belleza masculina, tampoco era tan alto, ancho de espaldas y de expresión tan vigorosa como había sido míster Zinn en su juventud, pero su semblante a menudo sonriente irradiaba calma y paciencia, y una capacidad de lealtad que resultaba atractiva. Tampoco su deferencia hacia míster Zinn desagradaba a la hija de este.

Sin embargo, durante los primeros meses después de la llegada de Nahum al taller, Samantha, con firme decisión, no se había permitido a sí misma observar a su joven compañero ni, sin duda, hablar con él, pues, me desagrada decirlo, sufría ciertos celos de él y un poco de resentimiento porque míster Zinn lo hubiera acogido tan fácilmente en su taller y, desde un principio, le hubiera confiado sus más preciados

secretos.

—Puede ser un espía de Edison —dijo Samantha, entrecerrando sus ojos verdes con malicia—, o de Westinghouse; sabes bien, padre, que de este mismo lugar te han desaparecido misteriosamente planos tuyos, y que han aparecido en otro sitio con gran alboroto. Y aun así sigues dejando entrar extraños en tu taller.

Míster Zinn, que no percibía, quizá, el verdadero motivo trémulo que había tras la petición de su hija, respondió con voz lacónica que aquellos dos caballeros —Edison y Westinghouse— se habían acercado a él en los meses previos, a través de intermediarios, para que interviniera en unos nuevos proyectos referentes a la corriente eléctrica y él, por supuesto, había declinado sus ofertas. (Míster Zinn no sabía que Samantha conocía un vergonzoso episodio que había ocurrido unos doce meses antes, cuando, al hallarse en tan apurada situación económica que no podía comprar material para su dirigible de aluminio, salvo apelando desesperado al juez Kiddemaster o a la tía abuela Edwina, a lo que mistress Zinn se opuso con enojo, el infeliz John Quincy Zinn se había visto «tan acorralado», como lo expresó, que vendió al taller de Edison en Menlo Park una idea suya, rudimentaria pero sumamente prometedora, soñada en una media hora de exaltación: una complicada ampliación del proceso implicado en el juguete cilíndrico en el que Pip, en dibujos realizados por Samantha, se movía y «actuaba», proceso que un día evolucionaría para convertirse en imágenes proyectadas y en movimiento en una pantalla, sobre cuyo valor para la sociedad míster Zinn no había tenido tiempo de reflexionar, acosado e inquieto como se encontraba.)

—No es motivo de orgullo para ti, Samantha —dijo míster Zinn, frunciendo las cejas y acariciándose la barba con aire distraído—, y no habla bien de tu madre ni de mí mismo el que albergues sospechas de un joven que posee cualidades tan destacadas y cuya lealtad no puedo poner en duda.

Un discurso muy poco característico de John Quincy Zinn, y la tímida Samantha no pudo más que sonrojarse intensamente, murmurar una disculpa propia de una hija y retirarse.

Y, sin embargo, puede que las cálidas palabras de míster Zinn y su descripción del joven Nahum como persona leal y poseedora de cualidades destacadas penetraran profundamente en el contumaz corazón de su hija, donde con el paso del tiempo iba a causar mucho daño y aflicción.

¡Ah, las maravillas del amor!, ¡su florecimiento inesperado y de suaves

pétalos!

Tendrían que transcurrir muchos años, durante los cuales Samantha poco a poco fue encontrando agradable al aprendiz de su padre, al que había considerado un rival, y después pasó a ser un compañero de trabajo, y después una presencia fraternal, y después… ¡ah, su corazón apenas sabía qué designación elegir! Un día advirtió que tomaba nota de cada movimiento que hacía el larguirucho joven, de cada palabra que salía de sus labios, de cada sonrisa que iluminaba su rostro anguloso e infantil. Por qué, de pronto, sus ojos castaños corrientes tenían interés, por qué su costumbre de limpiarse los cristales de las gafas con un trapo de gamuza manchado de grasa era atractivo no podía explicarlo. Con una punzada de regocijo observaba que Nahum, con la mirada fija en el espacio, dejaba que se le enfriara el té y que el diablillo de Pip se le comiera la tostada. Con una punzada de afecto reparó en sus raídos guantes, sus botas salpicadas de barro, la vieja capa de hule que seguía llevando cuando llovía. Un día —con una voz tan seria que habría podido pasar por la de mistress Zinn— la joven preguntó a Nahum (al que en aquella época aún llamaba «míster Hareton», y eso cuando se dirigía a él con algún nombre) si tendría la bondad de dejarle remendar el cuello de su camisa, que estaba tan gastado que se había roto por detrás, o si deseaba dejarlo tal como estaba por alguna «excentricidad expresa».

El desconcertado joven, tan acostumbrado a una conducta gélida por parte de Samantha o, como mucho, a una benigna indiferencia, no supo qué responder e hizo un poco el ridículo, pues balbuceó que no sabía —lamentaba muchísimo no haberse dado cuenta— que presentaba a los demás un aspecto tan desaliñado, y rogaba a la hija de su amo que lo perdonara. Tanto lo alteró la pregunta de nuestra dama (que era, creo, un poco demasiado maliciosa y muy propia de una «Kiddemaster») que el pobre joven se alejó avergonzado y no respondió que, por supuesto, sería un gran honor para él —no, lo abrumaría de placer— que ella accediera a coser algo para él, ¡oh, cualquier cosa!

Dadas estas circunstancias, es muy posible que el amor de Samantha por Nahum y el de él por ella hubiera florecido con tanta naturalidad como la multitud de árboles en los bosques circundantes en primavera, pues al fin y al cabo eran dos jóvenes de extraordinario calibre, tan acostumbrados al raciocinio como otros jóvenes podían estarlo a las cenas, los bailes y las cacerías. Asimismo, el rechazo que provocaba en otros jóvenes la persistente inteligencia de miss Samantha Zinn, que como observó una vez Malvinia, «ella hacía ondear en el aire como un fleco del más barato terciopelo»,

evidentemente no se producía en Nahum, pues él no era —aunque vacilo en decirlo por miedo a despertar la antipatía del lector— de buena familia; en realidad, que se supiera, no era de familia alguna. Sus orígenes estaban tan envueltos en la niebla como lo había estado el Cañón de Bloodsmoor el día de su llegada, al parecer no por un intencionado intento de ocultarlos por parte de él sino por simple olvido, y John Quincy Zinn, con su encantador despiste, apenas si consideraba extraño que, de vez en cuando, cuando se relajaban tomando té o a la hora de la cena en la Casa Octogonal, el joven hablara de modo vago de que había sido alumno de míster Zinn cuando era niño, recordando con esporádica nitidez ciertos acontecimientos de la clase, diagramas en la pizarra y modelos de máquinas… Pero aparte de esto la memoria de Nahum fallaba, o, para ser más precisa, simplemente dejaba correr el asunto, igual que hacía su anfitrión, pues ambos estaban maravillosamente acosados por toda clase de ideas y nociones aleatorias, de un tipo que yo, que asisto con tanta reverencia a sus afanes aunque con tanta distancia mental no puedo calificar. Y respecto a la cuestión de los orígenes… bueno, como hemos visto, también John Quincy Zinn era un poco reacio a hablar de ello, ya que percibía, incluso al cabo de muchos años, que él mismo era aceptado de mala gana en el amplio círculo de la distinguida familia de su esposa.

En cualquier caso, por mucho que sorprenda al oído, la inteligencia superior de Samantha Zinn al parecer no producía repulsión en el joven sino que en realidad lo atraía. Esto, supongo, habla mucho en favor de Nahum, aunque hay que recordar que sus orígenes familiares, lamentablemente, eran confusos y su educación, en general, muy dudosa.

Sin embargo, estoy segura de que el amor entre Samantha y Nahum habría crecido a un ritmo natural y el desastre para los Zinn simplemente se habría podido prevenir, pero dos acontecimientos aceleraron el avance natural de la fuerte emoción y la empujaron a un estallido prematuro y, puede ser, un poco febril. El primero fue el penoso accidente con el extraordinario dirigible de míster Zinn; después de tantos meses de trabajo, el globo se estrelló al cabo de diez minutos, cuando una de las hélices golpeó un árbol de la orilla del río, se torció y se clavó en el globo, lo que no solo hizo que el hidrógeno escapara con un fuerte siseo sino que al mismo tiempo provocó una pequeña explosión y una terrible deflagración, de modo que la pobre Samantha se vio obligada a presenciar cómo su amado Nahum, que manejaba solo el modelo experimental, saltaba en llamas al río Bloodsmoor. (Y durante unos minutos horribles casi dio la impresión

de que el joven había desaparecido para siempre… hundiéndose bajo la superficie de las turbulentas aguas y alejándose de la vida de los Zinn tan bruscamente como había entrado en ellas. Pero durante esos minutos de agonía fue cuando Samantha supo lo que sentía.)

El segundo suceso, ay, me veo obligada a decir, fue aquel mismo artículo de Adam P. Watkins que fue saludado con tanto entusiasmo por la madre de Samantha y por todos los parientes de su madre. Porque todos los que leyeron «Estadounidenses contemporáneos no reconocidos…» lo encontraron completamente agradable, más en sus detalles que en su alcance general.

A Samantha no podía gustarle que no se mencionara su nombre, como si, al ser del género femenino, ella no tuviera nombre y fuera simplemente la hija de su padre, su «hija ayudante», según las superficiales palabras de míster Watkins. (No obstante, los sentimientos de Samantha por Nahum estaban por entonces tan desarrollados que no experimentó la más leve punzada de celos porque sí se revelaba el nombre de él a los lectores del *Atlantic*, al contrario, le produjo un feliz orgullo y leyó ese párrafo muchas veces en voz alta a su sonrojado compañero. «¡Ahora, Nahum, te has hecho famoso! —bromeaba la animada muchacha—. ¡Ahora te marcharás de la Casa Octogonal y te irás a Menlo Park!») Lo que molestaba a Samantha del artículo de míster Watkins era el relato de la eliminación de la marca de nacimiento, que supuestamente había ocurrido cuando ella era niña y de la que solo conservaba un vago recuerdo. O no lo recordaba en absoluto, solo se lo habían contado. Vaga e inquietantemente, su memoria le ofrecía un episodio de lo más desconcertante en el dormitorio de la tía abuela Edwina, unos años antes, episodio cuyo significado secreto había resultado tan peculiar y tan inexorable que Samantha lo había apartado por completo de sus pensamientos y se dedicaba a actividades más útiles.

Ahora se examinaba la lisa frente con atención ante el espejo, y le satisfacía que no se observara ni la más mínima señal de la antigua marca. ¡Qué difícil sería imaginar una marca de nacimiento allí, en la sien izquierda! En la cara tenía unas cuantas pecas totalmente encantadoras, aunque soy consciente de que siento repugnancia por las pecas y predilección por la piel pálida; pero estas pecas eran, en su mayor parte, bastante discretas y ni siquiera el grupo más apretado se parecía a una marca de nacimiento, y mucho menos constituían una imperfección. Si la niña había tenido una marca parecida a la de su padre, sin duda debería haber llorado de gratitud porque él se había esforzado tanto para eliminarla, pues ninguna joven dama, ni siquiera una que durante tantos años había despreciado, altiva, la belleza y

todos sus adornos habría podido dejar de lamentar tener una señal que le desfigurara el rostro. Sí, Samantha debería haber sentido gratitud, e incluso cabría esperar que hubiera cogido las manos de su padre y le hubiera dado las gracias tantos años después del hecho; y, sin embargo, por alguna razón, no era así.

Por alguna razón —la afligida joven dama no habría podido decir por qué— no era así. No sentía gratitud porque en su infancia le hubieran eliminado una fea marca de nacimiento; al contrario, sentía un resentimiento sumamente infantil.

¡Una reacción muy extraña!, pensará el lector, igual que piensa, en verdad, la autora. Pues cualquier mujer normal no solo habría estado agradecida por la preocupación de su padre para que entrara en la vida sin ninguna fea marca de nacimiento, sino que habría sido generosa en su agradecimiento como hija, y en las lágrimas, abrazos, besos y declaraciones de devoción eterna.

No obstante Samantha, esa niña perversa, no lo hacía. No, simple y obstinadamente no lo hacía.

Por supuesto, no dijo ni una palabra a míster Zinn del resentimiento que sentía, pues no tenían costumbre, padre e hija, de hablar de asuntos personales de ninguna clase, y el orgullo de mistress Zinn por el artículo, y sus repetidas lecturas atentas de él y memorización de frases, no inspiraba en Samantha la confianza de que comprendiera ninguna crítica. Si Octavia aún hubiera residido en la Casa Octogonal, es posible que Samantha hubiera aliviado la carga de su corazón con ella, pues Octavia siempre había sido la hermana más dulce y verdaderamente prestaba atención a las necesidades de los demás. Pero ahora Octavia vivía a considerable distancia y era la esposa de Lucius Rumford, y la cruel Samantha no dejaba de sentir desprecio interiormente por ese digno caballero, al que insistía en ver como un pomposo viejo zoquete, un necio bigotudo, un hipócrita terriblemente aburrido, con todos los peores atributos de un clérigo calvinista y ninguna de sus virtudes, y mucho menos rico, por añadidura, de lo que los Zinn habían creído.

De manera que, en esta época, Samantha no tenía a nadie con quien hablar, nadie con quien aliviar su corazón y soltar el veneno que lo emponzoñaba.

¡Infeliz hija! y, ay, pronto habría un infeliz padre.

50

Míster Zinn —dijo mistress Zinn a su esposo una noche invernal en que los dos se hallaban sentados a solas en el salón, con la sola compañía de Pip, que dormía (Samantha se había retirado temprano a su dormitorio)—, ¿puedo molestarte en tu lectura? Tengo que hablar de algo que me inquieta y no he querido comentarte por no preocuparte ni desviar tus energías de tu nuevo proyecto.

Míster Zinn levantó la mirada de su libro, que era una historia ilustrada del Imperio español que le había enviado, a petición suya, un librero de Filadelfia y, por deferencia a cierta gravedad en el tono de voz de su esposa, que siempre presagiaba temas de importancia, incluso dejó a un lado un pequeño esbozo que estaba realizando, a lápiz, en su cuaderno.

—¿Sí, Prudence? —dijo, con asomo de sonrisa, empezando ya a acariciarse la barba y a mirar, con gran atención, por encima de sus gafas de media luna (porque John Quincy Zinn, durante todos esos años, había seguido siendo el más respetuoso de los esposos, incluso cuando, tal vez, su mente maravillosamente fértil estaba ocupada en sus propios intereses y no se concentraba mucho en los que expresaba su esposa)—. Espero que no sea nada gravemente preocupante.

La respuesta de mistress Zinn fue admirablemente sucinta:

—No gravemente, en este momento, pero con el tiempo… con el tiempo…

Esto, que no aclaró nada a míster Zinn, le hizo fruncir las cejas y sonreír a su esposa con enamorada perplejidad.

—Me tienes muy intrigado, Prudence, pero debo rogarte, pues esta noche no me siento muy animado, ya que he pasado un día de trabajo sin valor demostrable alguno, debo rogarte que no me hagas sentir ansiedad a estas horas.

Mistress Zinn no rompió el ritmo de su labor de punto cuando

lanzó a su esposo la más breve, y más levemente censuradora, de las miradas.

—Tu hija —dijo con sequedad— y tu ayudante.

Míster Zinn se quedó mirándola fijamente, y estaba tan atónito que, por un instante, dejó de acariciarse la barba.

—¿Mi hija, dices?, ¿y mi ayudante?

—Tu hija Samantha —dijo mistress Zinn con gesto adusto, haciendo una pausa para dar más énfasis a sus palabras, pausa que alargó levantando la tira de labor de punto hasta la altura de los ojos con el fin de examinarla, antes de volver con rapidez a su trabajo— y tu ayudante Nahum.

—Entiendo —dijo míster Zinn con prontitud— y, sin embargo —el buen caballero se rio, pasándose ahora una mano por el pelo, aturdido —, y, sin embargo, no lo entiendo.

—Que no lo entiendas, míster Zinn, no me extraña, pues no ves a más de un palmo de tus narices —dijo su esposa, reanudando su labor con tan mecánica habilidad que las agujas destellaban y, a los ojos de míster Zinn, a veces parecían fundirse en una sola imagen—, lo cual no es una característica de la que tus seres queridos no se hayan dado cuenta, aunque resulta de muy poca ayuda.

Míster Zinn se quedó sentado en silencio unos momentos, mirando ahora hacia el fuego, que ya no echaba chispas molestas ni chisporroteaba y se había convertido en un resplandor cálido y casi fosforescente. Puede ser que estuviera intentando comprender las palabras de su esposa, o puede ser que, irritado últimamente por la multitud de problemas técnicos que su nuevo proyecto le estaba causando, se hubiera dejado arrastrar a una contemplación de este, lo cual mistress Zinn pareció percibir, pues dio una sacudida a su labor con un gesto de impaciencia que hizo que las agujas tintinearan al chocar, y dijo:

—Míster Zinn, me estoy refiriendo al lamentable o mejor dicho, al ilícito romance que está naciendo en tu taller, ante tu distraída mirada, un romance del que he vacilado en hablarte desde hace muchas semanas, pues no deseaba inquietarte, ya que sé muy bien, mi querido esposo, cuán profundamente inmerso estás en tu nuevo proyecto y cuán importante es ese proyecto, no solo para los Zinn sino para el bienestar de la nación.

—¿Un romance? —susurró míster Zinn, quitándose lentamente las gafas para mirar con miope alarma a su esposa—. ¿En mi taller?

—Quizá, en la ingenua necedad de una madre —prosiguió mistress Zinn con voz noblemente controlada—, he puesto alguna esperanza en que algún día Samantha contraería matrimonio de forma satisfactoria,

a pesar de su corazón contumaz. Mi padre está en plena reanudación de su antigua amistad con René Du Pont, no sé por qué razones, pero ha dejado escapar el hecho de que, a unos kilómetros al oeste de la aldea de Hope Ferry, tiene una propiedad considerable contigua a una gran propiedad que pertenece a los Du Pont, y, dado que nosotros tenemos una hija en casa y el anciano Du Pont tiene un nieto también solo, me refiero, por supuesto, al pobre Cheyney, sobre el que se han dicho tantas cosas inquietantes, a padre se le ha pasado por la cabeza, y a mí no me parece una proposición irracional, que…

Pero míster Zinn no daba muestras de seguir sus palabras. Hacía girar las gafas lentamente en sus largos y manchados dedos y seguía mirando fijamente el impasible semblante de su esposa.

—¿Un romance? ¿En mi taller? —murmuró con labios insensibles.

—A menos, claro está, que simplemente me lo esté imaginando todo, en mi morboso estado mental —dijo mistress Zinn. Aquí la buena mujer suspiró pesadamente y volvió a alzar su labor de punto y a contemplarla con calma, con una expresión en la que contendían sutilmente la habitual resignación y la habitual impaciencia. Como míster Zinn seguía callado, dijo—: Y sin embargo creo… temo… que no me estoy imaginando nada, que tengo demasiada buena vista, ¡que Dios me ampare!

John Quincy cogió de nuevo el ajado tomo encuadernado en piel, el esbozo y el lápiz que había dejado a un lado, no con el fin de reanudar su trabajo especulativo sino, en realidad, porque necesitaba ocupar sus temblorosas manos, ya que se hallaba en una especie de estado de perplejidad. Su hija. Y su ayudante. No, al buen hombre, tan acostumbrado a la inmisericorde pero imparcial lógica de las máquinas, al movimiento mecánico y a la benevolencia que todo lo ve que inundaba el universo, le resultaba sumamente difícil comprender las palabras de Prudence, y les dio forma una y otra vez con sus insensibles labios. Su hija.

Y su ayudante. Un romance ilícito. En su taller.

Mistress Zinn siguió hablando, en un monólogo disperso, ya malhumorado, ya filosófico y estoico, lanzando de vez en cuando una mirada a su desconcertado esposo, quien, a medida que transcurrían los minutos, empezó a hacer esbozos sin ver, moviendo el lápiz lentamente al principio y después con creciente rapidez, aunque sus ojos, lamento decirlo, estaban entrecerrados en gesto grave. Los años transcurridos habían sido excepcionalmente benévolos con John Quincy Zinn, pues, aunque era un caballero de más de sesenta años, tenía un aspecto admirablemente joven y, de no ser por su barba algo descuidada y su cabello espeso, tieso y plateado, habría podido pasar

por tener diez o veinte años menos. Mistress Zinn, ay, aparentaba la edad que tenía, o más, y esa edad era casi de setenta años, creo. ¡Ah, cuánto había cambiado desde la época en que habíamos conocido a Prudence Kiddemaster, vigorosa y de ojos claros, en Filadelfia, cuando era una mujer joven e independiente! ¡Qué fláccida se había vuelto su piel, y qué bolsas tan oscuras tenían sus ojos! Su mandíbula algo cuadrada se habría visto tristemente desfigurada por tres o cuatro pelos tiesos como el alambre que salían de ella si no hubiera tenido cuidado (siguiendo el enfático consejo de su tía Edwina) de arrancárselos de forma regular; su pecho, estómago y caderas se habrían marcado más libremente contra la ropa que los oprimía si no hubiera llevado una faja de huesos de ballena que le apretaba más de lo corriente. Sin embargo, tanto era el amor de John Quincy Zinn por Prudence, y tanto era su respeto por ella, que apenas parecía darse cuenta de los penosos cambios operados en su esposa; en realidad, puede muy bien ser que no los notara, y hacía tiempo que había dejado de recordar, incluso soñando despierto, a la bella mujer joven de los años cincuenta y el alegre romance de su juventud.

Aquella noche mistress Zinn se dirigió a su distraído esposo durante más de una hora, aunque no hay que pensar que habló de forma continua, sino que tocaba un tema (la inexpresable traición de las tres hijas) y suspiraba con enojo, y pasaba a otro tema (la feliz pareja que formaban míster Rumford y Octavia) y después a otro (el soberbio artículo de míster Watkins) y a otro (los buenos honorarios que el Congreso había concedido a John Quincy, que el juez Kiddemaster, mediante negociaciones secretas en las que es mejor no entretenerse, hizo aumentar a 20.000 dólares *per annum*), y a otro (el extraordinario aumento de la fortuna de los Du Pont, que habían empezado no muchos años atrás con un modesto molino de pólvora junto al Bloodsmoor y un considerable préstamo de los Kiddemaster; habían hecho su fortuna, por supuesto, por la casualidad de la guerra contra México, y la aún más afortunada casualidad de la guerra civil). Este tema la llevó al asunto del joven Cheyney, que había regresado de un viaje a Oriente con la salud misteriosamente quebrada, pero hay que decir que seguía siendo encantador, y estaba deseoso de establecer su residencia permanente en la finca rural de los Du Pont, a escasos treinta kilómetros de distancia.

—Se dice que está al cuidado de los mejores médicos —comentó mistress Zinn—, varios de los cuales formaban parte del personal que hizo tan valientes esfuerzos, aunque inútiles, para salvar al pobre presidente Garfield de su destino.

De esta guisa prosiguió mistress Zinn mientras tejía, y el lápiz de

míster Zinn se movía como si tuviera voluntad propia, creando un croquis tras otro, rudimentarios todos pero inspirados. Por una ironía de la historia, sería la propia Samantha —que, ay, iba a causar tanta pena a su padre—, quien, en años posteriores, definiría más claramente el genio de John Quincy Zinn: un verdadero torrente de inspiración que duraba hasta varias horas, durante las cuales su pluma se movía, y se movía, y se movía y aparecía un croquis tras otro, y los dejaba caer al suelo hasta que, por un proceso que la mente del hombre jamás llegó a conocer (pues ¿cómo puede la mente conocer a la «mente»?), realizaba el croquis perfecto o casi perfecto, y el fatigado caballero entonces se hundía de nuevo en su silla, con el rostro relajado, los párpados bajos, una capa de sudor en la frente, pero, hemos de suponer, una leve sonrisa en sus labios.

Así habló mistress Zinn, y sus palabras empezaron siendo amigables y poco a poco se fueron haciendo imperiosas, y, recuperando el tema de Samantha y «ese Nahum, que no tiene un céntimo», se volvió de pronto a su perplejo esposo y le preguntó, con un rictus de ironía en las comisuras de la boca:

—¿Y qué te propones hacer, como consecuencia de nuestro diálogo?

Míster Zinn, en su agotamiento, no oyó con exactitud las palabras de su esposa ni, me temo, había estado escuchando su sentido general durante unos minutos, pero esta aguda pregunta lo hizo reaccionar y, tendiéndole su croquis más reciente para que lo viera, pareció indicar que aquel dibujo sorprendentemente complicado, aunque realizado de forma apresurada, era una especie de respuesta a esa pregunta.

—¿Sí? —dijo mistress Zinn frunciendo el entrecejo y cogiendo el dibujo—. ¿Qué se supone que tengo que hacer con esto? Después de tus furiosos garabatos, después de apenas fingir que me prestabas atención, después de tu casi imperdonable falta de cumplimiento de tu obligación, de vigilar la conducta de tu hija, ¿qué tengo que hacer con esto? Vaya, ¿es una cama? Este artefacto, con sus botones, alambres y absurdos serpentines, ¿es una simple cama?

A pesar de su considerable fatiga, y lo avanzado de la hora, y la tristeza que enturbiaba su corazón —y que, no es necesario que lo diga, seguiría enturbiando grandemente aquel noble corazón durante algún tiempo—, míster Zinn hizo un esfuerzo para sonreír tras las palabras de cariñosa censura de su esposa, se inclinó hacia adelante en la silla, de modo que con la punta de un dedo pudiera dar unos golpecitos en la hoja de papel que su esposa sostenía en la mano, y dijo con calma:

—Sí, querida, es una cama; pero una cama eléctrica.

51

Llegó un día, no muchas semanas después de esta apasionada conversación entre John Quincy Zinn y su esposa, en que, en una pequeña y elegante recepción celebrada en la mansión Kiddemaster, Samantha fue llevada casi a la fuerza a la compañía de su antiguo conocido Cheyney Du Pont y, en silenciosa rebelión contra el parloteo que se oía por todos lados, consoló su ardiente corazón, que le latía con fuerza, con estas secretas palabras: «Amo a Nahum, y no renunciaré a él, y huiré con él no sé adónde, casados o no, pues, al fin y al cabo, ¿qué es el matrimonio?, pero de ningún modo renunciaré a él. ¿Y quién me lo impedirá?», mientras tendía su bonita mano y miraba fríamente al joven caballero elegantemente vestido que tenía ante sí, quien hizo una leve reverencia con cierta torpeza y murmuró unas palabras desconcertadas y turbadas en su dirección y la miró con perplejidad, como si el joven míster Du Pont no reconociera a Samantha más de lo que ella lo reconocía a él.

Porque Samantha, como he dicho, se había vuelto alarmantemente bella en un período de tan solo doce meses, y, con su elegante figura menuda y el pequeño rostro fino como la porcelana, parecía un encantador angelito de aquellos que creaban los dotados Rogers para sus clientes más privilegiados. La tía abuela Edwina había insistido en que Samantha se preparara para este acto social (en los últimos años estos actos, ay, se habían vuelto raros en la mansión Kiddemaster), por lo que la reacia joven iba vestida no con uno de sus antiguos vestidos buenos, sino con un traje de gasa suiza de color melocotón, a la moda de finales de los años ochenta, con un corpiño exageradamente largo, polisón abultado y una falda amplia, gruesa, en capas, con volantes de encaje de Chantilly, y sobre el cabello pelirrojo peinado tenso, con su flequillo de encantadores tirabuzones, llevaba un alto sombrero —de más de dos palmos de altura— bellamente adornado con capullos de

melocotón, plumas de pavo real y cintas de seda blancas. En verdad, ¿esta joven belleza podía ser la hermana Zinn «inteligente, extraña y poco atractiva» de antes?; eso parecían proclamar todos los rostros, y el anciano René Pierre Eleuthère Du Pont, inclinado sobre su bastón y secándose un poco de saliva que le caía de la temblorosa barbilla, dijo en voz baja al juez Kiddemaster, ahogando una risita:

—Ah, señor, ¡su as en la manga!, ¡sí, ya lo creo!, ¡no más de dieciséis o diecisiete, calculo! ¡Qué deliciosa! Y si el joven cachorro enfermo no puede con ella, bueno, señor, yo me ofreceré voluntario, haré mi último sacrificio por mi familia… —sus palabras acabaron en un ataque de risa que, a su vez, se convirtió en un espasmo de tos.

Que Cheyney Du Pont, que miraba a Samantha con ojos enrojecidos y acuosos, al principio no la reconociera tal vez haya que atribuirlo no solo a que el aspecto de Samantha había cambiado, sino a ciertos cambios misteriosos en el propio joven Du Pont.

No sé qué trágica enfermedad se había apoderado de este encantador joven caballero desde la época en que tan apasionadamente había cortejado a la despiadada Malvinia, o ni siquiera si había surgido como consecuencia del romántico largo viaje a Oriente, o sí tuvo su origen cerca de casa, ya se tratara de una enfermedad o de una dolencia, una infección procedente de fuera o de dentro. Es muy probable que la gran decepción sufrida por Cheyney Du Pont cuando Malvinia se fugó con Orlando Vandenhoffen precipitara una crisis de algún tipo que, estando debilitada la salud corporal del sensible joven, lo hiciera caer víctima de cualquier enfermedad; tampoco su estilo de vida, que implicaba un considerable gasto de sus ingresos, en la ciudad de Nueva York y en otras partes, contribuía a su vigor físico. En cualquier caso, aunque Samantha estaba muy equivocada al comportarse con frialdad con el pobre Cheyney en presencia de ambas familias, su asombro al verlo y su dificultad para reconocerlo son comprensibles.

Mientras el Cheyney Du Pont de Nemours que tan galantemente había cortejado a Malvinia, en aquellos días felices del pasado, era un placer para la vista en todos los aspectos, alto y elegante, con su porte masculino y su bello rostro de facciones pronunciadas, en el que a menudo jugueteaba una juvenil sonrisa, me temo que el Cheyney de ahora no podía esperar ser ningún placer para vista alguna, salvo para quien lo mirara con amor familiar o devota tolerancia cristiana. Ya no era alto, y su apariencia era inquietantemente blanda, con una extraña redondez de formas, no verdaderamente gordo ni obeso, sino más bien hinchado, de movimientos torpes, como si aún tuviera que comprender lo mucho que su gracia viril se había visto limitada; su

piel, que en otro tiempo había sido de un bonito tono bronceado, ahora estaba enrojecida, seca y escamosa en toda la superficie visible, pero de forma más acusada entre los dedos yen torno a los labios; el cabello, en otra época tan espeso y ondulado, ahora se retiraba casi por completo de la frente y sienes y dejaba al descubierto un cráneo lleno de manchas y escamas; los ojos, que antes habían tenido unas pestañas tan finas y habían sido tan descaradamente masculinos, ahora eran pequeños, estaban entrecerrados y enrojecidos y casi no tenían pestañas; y su bigote, del que en otro tiempo había estado tan orgulloso, se había reducido tanto que no era más que un mechón grisáceo sobre su trémulo labio superior; que esta criatura envejecida y deshecha hubiera sido en otro tiempo ese modelo de joven masculinidad, Cheyney Du Pont de Nemours, por el que aun Malvinia había derramado alguna lágrima y por cuyas venas corría la sangre de una familia histórica —¡e incluso puede que noble!—, ¡ah!, cuesta de comprender. Pues en esa época no podía tener mucho más de treinta y cinco años.

Sin embargo, Cheyney Du Pont iba vestido a la última moda: esmoquin de terciopelo negro, sorprendentemente informal por lo corto que era, aunque con un elegante cuello vuelto y pantalones negros que, sin vuelta, le llegaban hasta el tacón del zapato, como debía ser; su chaleco era de acolchado de Marsella y casi demasiado suntuoso para la vista.

Su balbuceante saludo a Samantha no fue sino el prólogo a un intercambio de palabras algo torpe, durante el cual poco a poco se hizo evidente a Samantha que el antiguo pretendiente de Malvinia había sufrido no solo una transformación física de lo más misteriosa, sino también una transformación mental. Que un joven caballero de nuestra época conversara con una joven dama, en un salón de impecable decencia, principalmente de asuntos relativos al tiempo, no sorprendió a Samantha (aunque, por supuesto, la hartó); que el caballero en cuestión procediera tan despacio, con tanta vacilación, arrastrando y repitiendo las palabras y secándose disimuladamente la boca con un sucio pañuelo, como es natural la alarmó e hizo que apareciera un gesto ceñudo poco favorecedor en sus bonitas cejas de color rojo pálido. Amo a Nahum y estoy segura de su amor por mí —se dijo Samantha, con valentía—, y no nos engañaremos; no, ¡ni siquiera la Providencia nos separará!, palabras de tan extraordinaria osadía que me cuesta ponerlas por escrito.

Y estos heréticos pensamientos se producían en uno de los más bellos salones de la mansión Kiddemaster, en el corazón de una joven dama con aspecto de hada duende, que aparentaba la mitad de su

edad e irradiaba al mundo un aura angelical, bien observada por su familia, en particular por mistress Zinn y miss Edwina Kiddemaster, que tal vez adivinaban, pero no podían conocer, la serpiente que acechaba en el corazón de Samantha.

En realidad, en la conducta manifiesta de Samantha no había nada que la incriminara. Escuchaba el largo y titubeante monólogo de míster Du Pont, el cual, pasando del tema del tiempo que hacía en Bloodsmoor, alcanzó cierto interés cuando tocó el tema del tiempo que hacía en Oriente (monzones, tempestades, calor de más de cincuenta grados, rachas de viento tan fuertes que «se entendía —como murmuró Cheyney— que Dios detestara a los paganos»), pero rápidamente bajó al nivel del tedio cuando pasó a los temas de los aranceles y a los demagógicos demócratas y a los «matones anarquistas» que estaban seduciendo a los obreros estadounidenses, temas de los que Samantha había oído discutir muchas veces a su abuelo y a otros parientes ancianos en los mismos términos.

Tras una tensa pausa, durante la cual Cheyney se tomó a sorbos su copita de jerez, sujetándose una mano con la otra cuando se llevaba la copa a los labios y Samantha, inmóvil, recorrió la habitación con la mirada —retirándola de inmediato cuando tropezó con la de la tía abuela Edwina, que la estaba observando abiertamente—, míster Du Pont preguntó a Samantha si alguna vez visitaba Nueva York, y Samantha respondió con voz cortés y educada que, lamentablemente, no lo hacía.

—Yo tampoco —dijo Cheyney, suspirando. Se rascó sin darse cuenta la piel enrojecida de las comisuras de la boca y le cayeron abundantes escamas, que produjeron un feo efecto en su elegante chaqueta negra—. Como probablemente le han dicho —dijo arrastrando las palabras, con una casi irrespetuosa sacudida de la cabeza en dirección a sus mayores—, he venido a Bloodsmoor para quedarme. —Tenía los ojos tan contraídos y tan hinchados los párpados que Samantha temió que estuviera a punto de prorrumpir en lágrimas, pero, al contrario, se echó a reír en voz baja—. Para siempre, como dicen. Esto puede ser bueno. Por supuesto, estoy muy contento de que la Providencia lo haya dispuesto así —dijo, y su hinchada barbilla se arrugó mientras, como deferencia hacia Samantha o para burlarse, intentaba efectuar una torpe inclinación de cabeza, al mismo tiempo que reía en voz baja y su blando cuerpo temblaba— y de tener el honor de volver a encontrarme con usted, miss Zinn. Y, en esta ocasión, confío en que saldrá bien y usted no huirá, ni en su globo ni en lo que sea. ¿O fue… —dijo, y en su semblante apareció un infantil aire de desconcierto— o fue a caballo,

que huyó con aquel canalla que era actor… con el que mi honor me obligaba a batirme en duelo pero mi natural sensatez… y mi cobardía… me indicaron otra cosa: aquella puta tampoco lo merecía? Pero discúlpeme, señorita —añadió, parpadeando y mirándola fijamente—. Parece que ha vuelto usted a mí, y esta vez mucho más pequeña, y, eso me han prometido, mucho más fácil de manejar, y esta vez —aseguró con un espasmódico ataque de risa silenciosa— no escapará. Y veremos, miss Zinn, qué prodigiosa descendencia nacerá de nuestra… unión.

En este punto, Samantha, aunque siempre se había considerado una persona de fuerte voluntad, que no se entregaba a ninguna necia debilidad femenina, levantó el abanico hasta la altura de sus labios y, desplegándolo, miró fijamente con atemorizados ojos verdes el alegre rostro de su compañero.

—Es un joven caballero muy agradable —dijo mistress Zinn a su hija menor a la mañana siguiente—, de espíritu mucho más manso de lo que recuerdo, y tu tía Edwina y yo creemos que es mucho mejor así. Antes, sin duda debido a la huida de tu hermana, míster Du Pont se comportaba de una manera viril casi demasiado exuberante, y me inclino a pensar que era dado a esos obsequios y notas ilícitas, si me atrevo a creer los chismes de la servidumbre. Espero, querida mía, que resistas esto, pues ningún caballero puede respetarte si ve que aceptas favores de él antes de que se hayan hecho oficialmente las amonestaciones. Tu padre y yo también hemos observado —prosiguió mistress Zinn, con voz más profunda como para hacer frente a las protestas de su hija— un aire higiénico muy agradable en míster Du Pont, un cuerpo y una ropa inmaculados, lo que resulta raro; puede que sea consecuencia de su vigoroso régimen y un renovado ascetismo. No dudo que míster Du Pont será no solo un esposo excelente, notable y absolutamente caballeroso para alguna joven dama muy afortunada, sino también que proporcionará una valiosísima oportunidad para el generoso ejercicio de la caridad y el amor cristianos; un amor y una caridad que no son practicados de forma ordinaria por tu generación, en estos tiempos de ateísmo.

Tras pronunciar este discurso, que puesto así por escrito, enfría letra de imprenta, no puede sugerir el calor maternal que traslucía, mistress Zinn se irguió para hacer frente a la respuesta de su hija pelirroja, y quedó muy sorprendida, y no poco desconcertada, por la voz lenta y vacilante de Samantha y el apenas perceptible temblor de sus labios.

—Sé que tienes razón, madre —dijo Samantha—, aunque mi corazón desea que fuera de otra manera; porque, en realidad… en realidad —murmuró, vacilando—, no esperaba casarme sino permanecer aquí, en casa, contigo y con padre, y… y… simplemente seguir siendo lo que he sido: vuestra hija Samantha y la compañera de más confianza de padre. Esperaba —prosiguió la muchacha con los ojos húmedos, mientras en sus mejillas aparecía un adecuado sonrojo — quedarme soltera el resto de mi vida.

Estas palabras conmovieron tanto a mistress Zinn que, olvidando su acostumbrada compostura y la armadura de huesos de ballena que le comprimía el pecho, tendió los brazos para abrazar a su hija, y la consoló, medio llorando, y después, llorando de verdad, pues las sumisas palabras de Samantha habían penetrado en su corazón y por un instante se dio cuenta de lo único que importaba: que perdería para siempre no solo a la dulce Samantha, sino a su última hija.

De manera que madre e hija se abrazaron y entre lágrimas intercambiaron palabras de cariño, y mistress Zinn entregó a Samantha a Cheyney Du Pont y a la caridad cristiana, y Samantha, con las lágrimas resbalándole por las mejillas, vio por encima del hombro de su madre a Pip en el umbral de la puerta, mientras subía ágilmente desafiando la gravedad, y mocito y joven dama intercambiaron una larga mirada fija y misteriosa, cuya naturaleza no puedo definir ni tampoco aprobar.

Puede ser que mistress Zinn, pensando en la inesperada aquiescencia de Samantha con más calma y más natural recelo, creyera que había que dar otro paso, o puede ser que la buena mujer, sucumbiendo a una punzada de pesar porque alguien —es decir, el pobre Nahum Hareton— resultara herido con estos nuevos acontecimientos, tomara la repentina decisión de dirigirse a él; en cualquier caso, menos de tres días después de esta conmovedora escena, un criado llevó una carta a Nahum mientras este descansaba al sol en el cañón en compañía de Samantha (que servía té al joven cuando el criado se acercó), y el joven abrió el sobre con dedos temblorosos y anunció que mistress Zinn lo llamaba.

Los jóvenes amantes se miraron con aire culpable y, por un largo y terrible momento, ninguno de los dos pudo decir nada.

Luego Nahum dijo:

—Tu madre desea verme, Samantha, y debo ir.

Samantha se apretó la frente con una pálida mano, entrecerrando los ojos; sin embargo, no se permitió ninguna muestra de debilidad.

Con voz calmada y baja dijo:

—Sí, debes ir. Pero no permitas que el dragón te devore vivo.

—¡Samantha! —exclamó Nahum—. Al fin y al cabo, es tu madre… ¿Cómo puedes hablar así de ella?

—Ella no es mi madre, sino un dragón —dijo Samantha despacio —, aunque no discutiré el asunto, de momento; en realidad, no tengo ningún interés en discutirlo. Debes ir e irás, y, te lo imploro, no dejes que te devore. Y todo irá bien.

—Ay, ¿tú crees? —dijo Nahum.

Desvió la mirada del rostro de su amada, el cual había pasado de estar mortalmente pálido un instante atrás a recuperar el color poco a poco, y miró la inoportuna misiva que tenía entre los dedos, y volvió a mirar el rostro de Samantha con una expresión sumamente lastimosa que me desgarraría el corazón si esta pareja culpable no hubiera estado desafiando a los mayores Zinn en particular y al sentido del decoro en general. (En realidad, no poseo el conocimiento pleno —y no deseo tenerlo— de cuándo exactamente y en qué circunstancias ilícitas los dos se confesaron los sentimientos que experimentaban el uno por el otro, pero tanta es la desconcertante intimidad de esta escena que me veo obligada a concluir que debía de haberse producido alguna clase de confesión, en sentido carnal, por «inocentes» que hubieran seguido siendo los dos.)

—Samantha, ¿tú crees? —susurró Nahum.

—Debemos confiar en Dios —dijo Samantha, entre cuyas delicadas cejas apareció una leve arruga—, y en nuestros propios poderes de raciocinio, que son, creo, al menos iguales a los de la pobre madre, pues ella es pobre de corazón y de espíritu y no puede hacernos mucho daño, una vez que la esquivemos. El único peligro, querido Nahum —dijo suavemente la atrevida señorita, poniendo una mano sobre la de él, en un extraordinario gesto de camaradería y franca intimidad pública—, el único peligro es que madre te interrogará de un modo tan implacable que te hará revelar nuestra situación, no con palabras, pues eres demasiado listo para eso, sino con la emoción, pues eres demasiado franco y no sabes nada de evasivas.

—Haré todo lo posible por contenerme —aseguró Nahum, y, con una mirada cautelosa hacia la puerta del taller, a una distancia de unos quince o veinte metros, se atrevió a apretar los dedos de Samantha entre los suyos, y después los soltó bruscamente. Una sonrisa de aturdimiento y miedo apareció en su serio semblante—. Contenerme y no revelar nada, aunque he de confesar que tu madre en realidad me aterra, como nunca lo haría tu padre.

—No, eres demasiado generoso —dijo Samantha, con una leve risa

amarga—, pues sin duda has observado la evidente renuencia y el fervor auténtico con que padre se ha rendido ante esa oferta del Congreso. Ella es aterradora, sí, pero él también lo es, en la prontitud con que se rindió, en el ingenio con que abordó el proyecto: considerando y descartando, desde el principio, todas las medidas «humanas» de ejecución que no implicaran ningún mecanismo, y por tanto ningún genio. No, calla —ordenó la muchacha medio enfadada —, no defiendas a mi padre ante mí. Yo fui su primer experimento humano, y no seré el último. ¡Una cama eléctrica, nada menos! Y atar al miserable tipo en ella, plenamente consciente, sin duda, y dirigir corriente eléctrica de alto voltaje a través de su cuerpo. Y padre habla de la justicia, y la ley, y el sacrificio, y el patriotismo, y todo lo que él debe a esta gran nación, y la notable bondad de los senadores… No, querido, no me interrumpas, no estás obligado a defender ante mí a ningún Zinn ni a ningún Kiddemaster; y lo único que nos impide presenciar en este sagrado lugar solo Dios sabe qué «necesarios» experimentos es la falta de materiales y el retraso en los honorarios. No, los dos son aterradores, Nahum, cada uno a su manera; en realidad, todo Bloodsmoor me aterra. Así que debes acercarte a madre con cautela, querido, o no vayas.

Nahum miraba con suma intensidad a esta joven dama mientras ella pronunciaba su acalorado, aunque incoherente, discurso; pero no sé qué le produjo más efecto, si sus palabras enloquecidas o el fuerte sonrojo de sus mejillas. Por un instante quedó tan transfigurado que —¡Dios nos asista!— parecía estar a punto de pronunciar las más crudas palabras de amor, o de estrechar a la joven entre sus brazos en gesto impetuoso y darle un fuerte beso en los labios. Pero en ese momento el sol se eclipsó y quedó oscurecido por una masa de nubes de lluvia, y los amantes se quedaron mirándose fijamente, como si estuvieran atados de forma invisible, sin tener idea de lo que había ocurrido o iba a ocurrir.

Se hizo el silencio. Los minutos pasaban con rapidez, con el peso de las horas, o los días. Y por fin Nahum despertó:

—¿O que no vaya? —dijo.

Samantha, que llevaba su vestido de diario de percal y un viejo chal de lana sobre los hombros, no pudo evitar un estremecimiento, de expectación o a causa del húmedo frío que ascendía de las profundidades del cañón, y sonrió de modo extraño a su amante.

—O no vayas —repitió—. Porque no hay poder en la tierra que te obligue a acudir cuando ella te llama, igual que no hay ningún poder en la tierra que me obligue a quedarme aquí, como la última de las hijas Zinn.

—Y, sin embargo —se apresuró a decir Nahum—, romperías el corazón de ambos si… si te marcharas sin decir nada.

—¿Qué otra manera de marcharse hay —dijo Samantha con igual prontitud, esbozando una valiente sonrisita nerviosa— salvo sin decir nada?

Nahum dobló la misiva de la Casa Octogonal con gesto solemne, y se la habría metido en el bolsillo del pecho de no habérsela arrebatado de la mano la perversa Samantha, que la partió rápidamente en dos y dejó que los pedazos volaran por el borde del acantilado y descendieran a las profundidades del cañón oscurecidos por la neblina.

—¡Samantha! —exclamó Nahum. Se ajustó las gafas de montura de alambre como para mirarla con seriedad, pero desvió la mirada, con aire culpable y pícaro. No había nadie en la puerta del taller y nadie miraba por la ventana: los amantes se hallaban solos. John Quincy Zinn, absorto en su trabajo, era ajeno a ellos como siempre, y el viejo Pip, que dormía enroscado cerca de su amo, no tenía la más mínima idea del pecado que anidaba en el corazón de los amantes.

En el cañón se elevaban silenciosas lenguas de niebla, y donde un instante antes había habido un rayo de sol, ahora las desnudas rocas planas se extendían sombrías y expectantes.

—Es cierto, confieso que tu madre me intimida —dijo Nahum con voz suave—, y tu padre también. ¡Son gigantes, Samantha!, gigantes en el sueño de un niño.

—Sí —dijo Samantha—. Pero debemos despertar de ese sueño.

—¿Soy cobarde, Samantha, porque la temo? —preguntó Nahum—. ¿Y porque lo temo a él? Aunque también lo quiero.

—No eres ningún cobarde —dijo Samantha, apretándose el chal en los hombros, como si se preparara para un viaje—. Eres valiente, y sensato, y gentil.

—Entonces ¿nos casaremos? —preguntó Nahum con voz temblorosa—. ¿Cuando estemos lejos de aquí?, ¿cuando seamos libres?

—No quiero saber nada de matrimonio —dijo Samantha, frunciendo el labio superior, como si esa palabra no la complaciera—. Tengo todo lo que necesito para amar.

Y, diciendo esto, la atrevida joven cogió las dos manos de su amante y lo hizo avanzar hasta el borde mismo del cañón, donde la fría y húmeda niebla se hacía cada vez más densa. Puede que intercambiaran algunas palabras más —no dudo que lo hicieron— pero estas palabras se me escapan y, sobrecogida como estoy por la repulsión, no deseo recuperarlas.

Así pues, aquel día, sin previo aviso, miss Samantha Zinn y míster Nahum Hareton desaparecieron, descendieron a la niebla y a las entrañas del infierno; con cada paso se alejaban más de mí y de Bloodsmoor, hasta que al fin la niebla se cerró sobre sus frágiles figuras y se las tragó por completo.

¡Ingratos jóvenes! ¡Desvergonzados pecadores! Pero mis palabras no pueden alcanzarlos, pues han desaparecido por completo y nadie, salvo los más lascivos amigos que se hallan en el infierno, podría adivinar adónde han ido.

52

Fue injusto, y sin duda desmedido, que Samantha acusara a su padre de haber sido despreocupado o egoísta al considerar diversas medidas «humanas» de ejecución, pues el buen hombre se había puesto a prueba con este problema, debatiendo interiormente la moralidad del procedimiento, y muchas veces había estado a punto de abandonar, desalentado, salvo que, como tan sabiamente decía mistress Zinn, el proyecto y los generosos honorarios se concederían entonces a otro hombre, poseedor de una fibra moral inferior.

—Tienes razón, Prudence —dijo míster Zinn, suspirando—. Y, además, no soy más que un inventor, y he de dejar la administración de justicia, y toda la profesión legal, a otros hombres, que han hecho de ello el trabajo de su vida.

John Quincy Zinn pasó muchas horas sin dormir, consultando polvorientos viejos volúmenes, provocándose dolor en los ojos y a veces espasmos en el estómago en su diligente búsqueda a través de los siglos, y a través de muchas culturas, de un medio de castigo capital que satisficiera la petición del Congreso de humanidad y eficiencia. Aunque por naturaleza no era estudioso, y se sentía inquieto cuando se hallaba lejos de su amado banco de trabajo, se entregó no obstante a la preparación de un informe para el Congreso, en el que se consideraban y analizaban numerosos métodos de ejecución y se sopesaba su idoneidad. Flagelación, azotamiento, estrangulación lenta, arder en la pira, morir de hambre en cárceles, jaulas, cepos, etc., mutilación del cuerpo, ser destrozado por carnívoros salvajes y otros medios atroces similares fueron rechazados automáticamente por John Quincy, por inhumanos e ineficaces e indignos de una nación cristiana. Tampoco la muerte mediante un escuadrón de fusilamiento o el ahorcamiento le gustaban, a pesar de su popularidad en la mayoría de los estados. También fue rechazado el

garrote, incluso para los negros, aunque mistress Zinn previno a su idealista esposo de que no hablara contra este método demasiado abiertamente, pues podía ofender a los caballeros sureños del Congreso. («Al fin y al cabo, no es que tener esclavos sea algo desconocido en la familia Kiddemaster —dijo mistress Zinn—. Quiero decir, entre parientes que vivían en el lejano Sur, y con los que, por supuesto, los de Filadelfia no simpatizaban.»)

Sin duda ocurría que míster Zinn, con su alma trascendentalista, al principio tenía grandes reservas sobre este proyecto; pero su ingenio natural de yanqui pronto acudió en su rescate y pudo aplicarse a ello como si se tratara de un problema de técnica, o tecnología, liberando con ello sus mayores energías. Se le ocurrió el viejo método romano de suicidio abriéndose las venas como una clara posibilidad, en particular si al condenado se le permitía el privilegio de administrarse él mismo la ejecución. Y después estaba la guillotina, y al leer sobre el tema pronto se convenció de que era un procedimiento maravillosamente humano y eficiente, aunque dudaba que el público estadounidense lo adoptara, como los franceses hacían con tanta voracidad, ya que estaba menos ansioso por presenciar derramamiento de sangre y, en general, menos deseoso de mutilar el cuerpo humano. El empleo de potentes venenos —cicuta, cianuro, arsénico, etc.— le parecía razonable, aunque no quería pensar en ningún veneno que produjera terribles convulsiones. El empleo de sustancias soporíferas en exceso sería el método más misericordioso que cabe esperar, pensaba míster Zinn después de la muerte súbita, en la cuna, de su nieta de nueve meses Sarah Rumford. (¡Qué trágica, la muerte de aquella niña! La pobre Octavia simplemente descubrió un día que Sarah, acostada en su cuna de mimbre blanco con un aspecto tan sereno como si tan solo estuviera dormida, ya no respiraba; su hermano Godfrey estaba cerca, ajeno al desastre, y dijo con inocencia: «Si el bebé despierta pronto, y quiere que lo lleven en su cochecito…», pues al pequeño Godfrey, un niño de tres años fuerte y animado, nada le gustaba más que ayudar a Octavia a pasear a su hermanita por los senderos bordeados de árboles de la finca.)

Sí, concluyó míster Zinn, sobreponiéndose a su aflicción particular de abuelo y aceptando la idea de muerte por sueño, pues ¿podía algo ser más humano, más pacífico, más… seductor? Y si al criminal condenado se le permitía administrarse él mismo la sobredosis, en un período de tiempo delimitado, claro está, todo el procedimiento no podía dejar de ser eminentemente civilizado y ejemplarmente cristiano.

Y así pues redactó una propuesta para el Congreso, enumerando todo lo anterior y concluyendo que el método de la muerte por sueño le parecía el más viable, y es fácil imaginar su consternación cuando, tras mucho retraso (en realidad, semanas y meses), le comunicaron que la propuesta había sido enérgicamente rechazada, sin ningún voto a su favor, ni republicano ni demócrata.

—Estoy desconcertado, Prudence —dijo míster Zinn, tironeándose de la barba en gesto nervioso y examinando la misiva oficial otra vez —. Estoy desmoralizado y no comprendo por qué me han rechazado con tanta vehemencia.

Mistress Zinn reconoció que no le sorprendía mucho, pues, al fin y al cabo, la muerte autoadministrada era equivalente al suicidio, y el suicidio era un pecado contra Dios, y el gobierno de Estados Unidos no podía consentir semejante acto atroz, y mucho menos proporcionar los medios para ello.

—¡Pero piensa en lo misericordioso que sería este procedimiento! —protestó míster Zinn—. ¡Sin derramamiento de sangre, sin agonía, sin retorcerse en el extremo de una soga, sin daño para el ser físico! Mi querida Prudence, ¿qué podría ser más cristiano, más humano?

—Puede que sea humano —replicó mistress Zinn—, pero cristiano no lo es.

Por fortuna para las perspectivas de míster Zinn, ocurrió que uno de los primos de Prudence era congresista, de un distrito de Filadelfia, y cuando viajó a Bloodsmoor para pasar unos días cazando, fue a buscar al perplejo John Quincy Zinn con el fin de informarle de que su idea de lo humano, lo pacífico y lo suave estaba muy bien, pero era totalmente inaceptable. Porque, al parecer, los legisladores querían un medio para aplicar la pena capital que fuera único de Estados Unidos, incluso, si se quería, «espectacular», un medio que nos «haga sentir orgullosos como nación de mil millones de dólares».

—Algo nuevo, llamativo, brillante y ocurrente —dijo Heywood Kiddemaster, dando fuertes palmadas en la espalda a míster Zinn—. Algo, ya sabes, ingenioso. Y aunque el aspecto «humano» es importante, no tiene por qué ser la principal consideración; pues, aunque mis colegas no lo dijeron expresamente en su debate, creo que sería prudente, amigo mío, hacer que la muerte doliera un poco.

—¡Ah!, entiendo —dijo lentamente míster Zinn, mirando a Heywood Kiddemaster y parpadeando, con una expresión tan vaga que indicaba lo contrario—, entiendo: la muerte debe ser espectacular, y llamativa, e ingeniosa, y… ¿qué era lo otro?, ah, sí: estadounidense.

—Y debe doler —añadió Heywood, chasqueando los dedos para dar énfasis—. Sí, la verdad, si pagamos por ello, debe doler un poco al menos.

—Y debe doler —repitió míster Zinn con voz apagada—, un poco al menos.

53

Entre las mujeres de la familia de Octavia había más de una, creo, que se maravillaba solemnemente del valor que demostraba aquella joven y se preguntaba con frecuencia si ella poseía semejante fuerza y su inquebrantable fe cristiana. ¡Qué trágica e inoportuna pérdida, la de la niña Sarah!, ¡tan poco después de sufrir un aborto, y aquella prolongada convalecencia!, y aunque estos asuntos se mantenían a la fuerza lejos del alcance de los oídos de las mujeres, se sabía vagamente que míster Rumford había sufrido cuantiosas pérdidas especulando con cereales, y había tenido que pedir un elevado préstamo a los Kiddemaster, lo cual, como imaginará el lector; conociendo un poco la naturaleza seria del corazón de ese caballero, no inspiró mucho afecto familiar ni compenetración entre marido y mujer.

Sin embargo, sin quejarse, la afligida joven madre se consolaba con lo que tenía: un amado esposo, un precioso y angelical hijo, padres y familia leales y, sobre todo, la guía del Cielo, que se hizo más clara aún para ella en sus más oscuras horas de necesidad. Perdona la aflicción de una madre insolente —rezaba Octavia cada día, cada hora —, pues si has llamado a Sarah a tu lado, ha sido por el deseo de tener contigo en el Cielo al más bello ángel.

Esto sucedía en el fondo de su corazón, mientras que como incansable y decidida dueña de la mansión Rumford se ocupaba de las mil tareas diarias de la casa y supervisaba a los criados, y discutía todos los menús con su ama de llaves y efectuaba las visitas necesarias a los vecinos de posición social parecida, y al anciano rector y a su esposa; y se adaptaba de forma aún más decididamente alegre, y sin duda sin queja alguna, a las demandas conyugales de míster Rumford, las cuales, con el paso del tiempo, se fueron haciendo poco a poco más exigentes y más difíciles de definir. No obstante, era la alegría con que

cumplía con su deber, y no el simple vigor, lo que le proporcionaba la fuerza necesaria y sellaba sus labios contra todo grito de repugnancia o de simple dolor; y en más de una ocasión, soportando los prolongados esfuerzos de su esposo en el acto unitario, la buena esposa se consolaba así, recitando interiormente el verso de J. Monckton Milnes:

Debes resistir, mas sin dejar de amar,
elevarte, pero nunca apartarte de los tuyos;
aceptar las flaquezas con tu más dulce sonrisa
mas no cegarte a un posible mal profundo.
Este es el enigma que en la vida has de resolver;
pero sabe que no estarás solo en tu tarea
pues, mientras gira el mundo en torno al sol,
Dios está siempre con los suyos en mente y corazón.

Aun así, me pregunto si la fuerza de Octavia y, sobre todo, la placidez de su corazón habrían podido soportar todas las pruebas de no haber gozado de la bendición de su querubín de dorados rizos Godfrey II: el pequeño Godfrey, como todos en la casa lo llamaban afectuosamente, asombrados por la precocidad del muchacho y la vivacidad que prestaba una nota de alegría a cada uno de sus gritos o pasos ¡Ah, qué pequeño caballero tan encantador! Era preocupación constante de su madre, por todas sus incansables travesuras, y al mismo tiempo una constante bendición para ella, pues la buena mujer lo adoraba sin vergüenza, con el calor de ese amor maternal imposible de describir y sin duda de analizar.

El señorito Godfrey era, a los tres años, un hombrecito de huesos grandes, robusto y maravillosamente enérgico, con rizados tirabuzones en los que el dorado y el castaño rojizo contendían, y unos ojos azul pálido iluminados con un alegre destello insolente, bastante juntos pero extraordinariamente bellos y de espesas pestañas; y su rostro era más bien cuadrado y firme, los pómulos amplios, la barbilla bien definida, las bonitas orejitas algo alargadas y puntiagudas en el lóbulo. Tan definidas eran las entradas en la ancha frente del niño, que le daban un aire pícaro, aunque cautivador, a todo su semblante, y podría haber sido la envidia de muchas jóvenes damas con pretensiones de belleza. (Pues, aunque la antigua superstición decía que esta característica significaba viudedad temprana o desastre de alguna naturaleza menos definida, en general se consideraba, por parte de los ilustrados, un inusual signo de belleza; y así era en realidad: en Malvinia e incluso en Deirdre, las entradas marcadas más

bien impresionaban, en lugar de desfigurar, y sin duda no les restaban encanto.).

¡El muy querido señorito Godfrey! ¿Cómo me atrevo a describir a ese infatigable diablillo, que, a la edad escasa de nueve meses, se daba «cuenta de todo», como decía su madre? ¿Cómo me atrevo a intentar poner en frías letras de molde el enérgico brillo de sus ojos y la curiosidad de su mirada, su actitud interrogante y sondeadora? El desvergonzado espíritu salvaje que animaba su robusta figura y la alegre risa que brotaba de él un centenar de veces al día eran tan irresistibles que arrancaban una sonrisa a los delgados labios de míster Rumford y producían un húmedo destello de orgullo paternal en la mirada preocupada de aquel caballero, que hizo llamar a su abogado a la mansión Rumford, de pronto, para alterar considerablemente su testamento, con el fin de que el pequeño Godfrey fuera nombrado su principal heredero, y a sus otros hijos —dispersos y que, sin duda, lo habían decepcionado tristemente— les dio porciones más pequeñas. (Octavia, como era del sexo femenino, naturalmente no tenía que heredar nada en absoluto; sin embargo, podemos imaginar su gran alegría al ser informada por míster Rumford, aunque indirectamente, de sus intenciones.)

—Y con el nombre que lleva —observó míster Rumford— no dudo de que a mi hijo también le irá muy bien en el testamento de tu abuelo, pues ese bobo anciano a alguien tiene que dejar su fortuna.

Era cierto que el anciano Godfrey Kiddemaster —que ahora mediaba los noventa— cogería un cariño extraordinario a su bisnieto, a pesar del espíritu travieso del niño y sus numerosas diabluras, pero la relación empezó de un modo bastante extraño, lo que desconcertó a la pobre Octavia y ofendió a míster Rumford. Por alguna razón, el juez Kiddemaster insistió en ver al pequeño Godfrey inmediatamente después de que nació, en cuanto la decencia común y el doctor Moffet lo permitieran; no solo deseaba ver y sostener al recién nacido (¡que tenía el rostro enrojecido y berreaba y daba patadas con una furia que daba gusto ver!), sino examinarlo a plena luz del día. De modo que lo acercó a una ventana y, estudiándolo de cerca, reparó en las diminutas entradas y las bonitas orejitas y murmuró:

—¡Ah!, no me gusta esto, ni esto —y siguió examinando durante unos minutos al furioso niño, a pesar de las protestas de su padre y de su madre, y del bondadoso doctor Moffet, hasta que, perplejo, melancólico y, en realidad, indeciso, devolvió el niño a su niñera, temblorosas sus marchitas manos, y regresó a la mansión Kiddemaster sin pronunciar una sola palabra más.

Esto se lo describió Octavia tímidamente a mistress Zinn, cuando

las dos mujeres se hallaron a solas, salvo por el niño, que chupaba con ansia (tironeando del pecho y agitando sus manitas, glotón como imaginarse pueda uno, con un bonito tono rubicundo en todo el cuerpo), tras lo cual mistress Zinn habló con cierta alarma por una vez, sin ordenar antes sus pensamientos, y clavando en su hija una mirada de sorpresa no disimulada.

—¡Vaya, Octavia! Es muy extraño, muy extraño, pero eso hizo mi querido padre con cada una de mis hijas, con cada una de vosotras, y ni una sola vez explicó esta misteriosa acción, y jamás, claro está, me atreví a preguntar, ni míster Zinn, *y*… *y*… bueno, solo puedo repetir… aunque no quiero criticarlo, pues estoy segura de que existe una buena lógica detrás de ello… solo puedo repetir que es muy extraño.

Y lo era, en verdad; pero alegra decir que el incidente pronto fue olvidado en la alegría general que reinaba en las tres casas, y los cambios de humor del juez Kiddemaster en modo alguno eran excesivos en un caballero de su avanzada edad. (Tampoco podemos dudar que bautizar al niño con el nombre de Godfrey Lucius Rumford, y familiarmente «Godfrey II», en verdad complació al bondadoso viejo juez.)

Bisabuelo y bisnieto se hicieron amigos, y hubo innumerables visitas entre las mansiones Rumford y Kiddemaster, para deleite de todos los implicados. Octavia se esforzaba mucho, y con frecuencia lo lograba, para dominar el espíritu salvaje de su primogénito, quien, a pesar de su amplia sonrisa angelical y sus rizos dorados, a menudo merecía el cariñoso epíteto que le dedicaban los diferentes hogares: diablillo.

En verdad, en cuanto supo utilizar sus piernas y pudo caminar sin ayuda, no cabe duda de que «estaba en todo» y hacía sudar tinta a su madre, que se reía y que, aun impidiéndole cometer una travesura u otra, o calmando a una alarmada o llorosa doncella, nunca dejaba de abrazar a su hijo, apretándolo contra su palpitante corazón, y de besarlo en la frente, y declarar que «los angelitos no deben ser tan malos, ¡no sea que los confundan con diablillos!», broma que producía placer a madre e hijo por igual. Cuando Godfrey pudo correr y escapar a voluntad de su cuna, a menudo muy temprano por la mañana, antes de que hubiera salido el sol, ocurría que agotaba y desechaba, «como si fueran guantes de algodón baratos» (según las críticas palabras de Samantha), una esforzada niñera tras otra. En sus días más alegres, cuando iba a cumplir dieciocho meses, esquivaba a todos sus perseguidores riendo, gritando y saltando, como si la vida no fuera sino un juego y puro placer; y había que ser una persona de corazón realmente duro para regañarlo o mostrar disgusto por sus travesuras.

El diablillo danzaba, y cantaba, y daba vueltas, y hacía «sonar la alarma» corriendo escaleras arriba y abajo golpeando los barrotes de la baranda con el bastón de nogal de míster Rumford; una vez se columpiaba tan enérgicamente en una mecedora de madera con el asiento de junco que el asiento se rompió, y se habría hecho daño de no haber corrido su vigilante madre en su ayuda, con lágrimas en los ojos. Muchas veces la solemne quietud de la vieja casa era quebrada por las fuertes risas del pequeño Godfrey y los gritos alarmados de Octavia.

—¡Mi niño! ¡Godfrey! ¿Qué estás haciendo? ¿Te has hecho daño? Oh, Dios mío, Dios mío… deja que mamá lo vea…

Octavia lloraba y se retorcía las manos. Y, dócil de pronto, el alegre niño se dejaba apretar contra el pecho de su madre e incluso, tal vez, compartir una o dos lágrimas con ella, hasta que, con una sonrisa angelical, aseguraba a su asustada madre que no había sufrido ningún daño.

—Estoy bien, mamá; por favor, deja de llorar o me partirás el corazón.

La mayoría de las veces el niño no hacía ninguna auténtica travesura, y sin duda no causaba ningún daño de forma deliberada, pero, a medida que se fue haciendo mayor, y más robusto y efusivo, a veces ocurría que, por accidente, rompía cosas, o hacía gritar de terror al pobre Pip, abrazándolo con demasiada fuerza por el torso, o, intrigado por los «bonitos ruiditos» que salían de la caja de música francesa con incrustaciones de joyas de la tía abuela Edwina, no descansaba hasta que había abierto a la fuerza el delicado mecanismo y estaba a punto de romperlo. Aunque tenía prohibido hacerlo, no podía resistirse a «jugar a ser un general» con la bella antigua espada que había en la biblioteca del juez Kiddemaster, y no solo mellaba y rompía los antiguos muebles de la estancia, sino que consiguió hacer un agujero en el retrato de su empelucado antepasado Kiddemaster, para auténtico disgusto de su bisabuelo y de la tía abuela Edwina, quien declaró, llevándose a Octavia aparte: «¡Tienes que hacer algo con él, o nos llevará a todos a la tumba!».

El pequeño Godfrey estaba arrepentido, y era sincero en su arrepentimiento. Y, sin que fuera necesario que Octavia se lo ordenara, se arrodilló ante los ancianos Kiddemaster para pedir disculpas, expresadas en términos casi formales, y balbuceó con voz suave por el pesar. Reconoció que había «sido malo», pero dijo que no había tenido intención de serlo y esperaba que lo perdonaran.

Y su sonrisa tímida y esperanzada era tal que ¿quién entre los mortales podía negarse?

A veces, es cierto, en particular después del nacimiento (tan inesperado para él) de su hermanita Sarah, tenía ataques de mal genio y golpeaba con sus pequeños puños cualquier cosa que estuviera a su alcance, y estrellaba su taza de té contra la pared y se arrojaba al suelo, donde, agitando los brazos con furia y dando patadas como un auténtico derviche, golpeaba con los talones en la alfombra con tanta fuerza que, para consternación de los criados, se levantaba una pálida nube de polvo. Un día en que el juego se hizo excesivamente brusco, el precoz niño de tres años estuvo a punto de lesionar al hijo de cinco años de uno de los criados, que era también un muchacho robusto con el rostro pecoso de un irlandés. El pequeño Godfrey, con toda inocencia, pegó al niño con una piedra plana del jardín de la cocina, pues la había confundido, como explicó con lágrimas en los ojos, con un cojín. Y había bromas o contratiempos, en su mayoría demasiado poco importantes para dejar constancia de ellos, con cachorros, gatos, pollitos y otras pequeñas criaturas a las que, tal vez, él pequeño Godfrey amaba con demasiada energía, o tenía demasiada curiosidad por conocer cómo funcionaba su delicado mecanismo interior.

Un día, después de que los criados hubieron acusado a su pequeño amo de torturar a un joven perro cruzado que pertenecía a uno de los encargados, al que había matado a cuchilladas y diseccionado en parte, Octavia llevó aparte a su hijo y lo hizo callarse pues tenía algo importante que decirle.

Y el niño la miró con sus ojitos azules de espesas pestañas, un poco húmedos con lágrimas de contrición y desafío, y murmuró:

—¿Sí, mamá?

Octavia empezó su sermón con seriedad, diciendo a su hijo que era pecado torturar a las pequeñas criaturas —a cualquier criatura, por fea o poco importante que fuera— ya perteneciera a un criado, ya a otra persona, porque estas criaturas formaban parte de la creación de Dios, igual que él: todos ocupaban un lugar en el amor de Dios.

—Sí, mamá —dijo dócilmente el pequeño Godfrey.

Y por eso estaba muy mal hacer daño a un perro cruzado, y había sido muy malo al hacerlo, aunque fuera como inocente juego. ¿Lo entendía?

—Sí, mamá —susurró el pequeño Godfrey.

Y el angelical pequeño caballero tenía aspecto de tanto arrepentimiento, y parecía tan escarmentado, que su madre no pudo resistirse y se arrodilló ante él y lo abrazó; y prosiguió de esta guisa su solemne pequeño sermón, que produjo un efecto tan inmediato en el muchacho que permaneció inmóvil en su abrazo y no forcejeó para escapar.

—No deberías haber hecho daño a ese desagradable perro, cariño, ni a ninguna criatura de Dios, porque ellos son creación de Dios igual que nosotros; y al hacerles daño a ellos, haces daño a Dios también. ¿Y tú, cariño, deseas hacer daño a nuestro Padre Celestial? —preguntó la cariñosa madre, mientras apretaba a su primogénito contra su corazón. El pequeño Godfrey hacía esfuerzos por contener las lágrimas, pero no pudo soportar las olas de arrepentimiento de su corazón y al final prorrumpió en sollozos, y, así, madre e hijo se apretaron en un abrazo tan lleno de amor, y de tan sombría comprensión, que los ojos se me llenan de lágrimas solo de recordar la escena.

—Lo siento muchísimo, mamá —dijo el lloroso querubín—, pero, ¿sabes?, nuestro Padre Celestial estaba mirando y no ha parecido que le importara; y, en cualquier caso, no me ha detenido, y por eso me he sentido muy confuso.

El pequeño Godfrey, sin embargo, adoraba a su hermanita y en su presencia (no le importaba que fuera muy pequeña y apenas lo conociera) a menudo bailaba y cantaba cancioncillas, y daba saltos por la habitación imitando a Pip, con la simple intención de distraerla. Es cierto que lo preocupaba un poco la evidente incapacidad de la niña de reconocerlo y de responder con risas y admiración, como esperaba; pero Octavia le explicó que «Sarah es demasiado pequeña para comprender nada, pero con el tiempo te querrá», y él debía amarla y tener paciencia con ella, pues él era un chico mayor y ella nada más que una cosita pequeña.

Todo esto el pequeño Godfrey parecía comprenderlo, pero no obstante seguía retozando con energía y rogaba una docena de veces al día que le permitieran sostener en brazos a Sarah, o empujar su cochecito para pasearla, y nunca estaba más animado ni era más travieso que cuando «se exhibía» para ella, corriendo por el césped, haciendo volteretas, rodando por el suelo, riendo con su estridente risa; en una ocasión, en verano, en la terraza de la mansión Kiddemaster, el pequeño diablillo «interpretó música» y se arrastró por el suelo de losas para asomar la cabeza por debajo de las voluminosas faldas de la tía abuela Edwina y para arrojarse bajo ellas… ¡y desaparecer de la vista!

Qué consternación siguió a ello, cuántas exclamaciones de asombro, el lector puede imaginarlo sin mi ayuda. Y que la tía abuela Edwina exhaló un jadeo, y gritó, y se golpeó las abultadas faldas con su sombrilla cerrada, y que mistress Zinn, siempre vigilante en presencia de su adorado nieto, actuó con sorprendente prontitud, agarrando al joven pilluelo por los tobillos y sacándole a rastras; que

el señorito Godfrey fue regañado por todos y severamente disciplinado por míster Rumford (que en el ínterin se fue poniendo cada vez más colorado) hasta que, por fin, se le permitió retirarse de la escena, hecho un mar de lágrimas, ayudado por su sonrojada madre y la nueva niñera apenas es necesario que lo diga, pues en verdad era una escena que se repetiría, con grandes variaciones de detalles, claro está, durante un período de años… hasta la trágica culminación de su joven vida, a la temprana edad de siete años, de la cual, ay, algún día debo hablar, pues ni siquiera los acontecimientos verdaderamente execrables de nuestra historia serán excluidos de esta narración.

—¿Me he vuelto a portar mal, mamá? —preguntaba el niño, alzando su rostro angelical bañado en lágrimas hacia Octavia, con el fin de recibir su cariñosa regañina y su exasperado beso, y para sentir sus dedos a veces temblorosos pero en todo momento tranquilizadores sobre su cálida frente, cuando le apartaba los bucles dorados—. No me porto mal adrede, mamá, ni quiero hacerte llorar —decía resuelto el pequeño caballero—, y a partir de ahora seré bueno: para complacerte.

—Ah, lo sé, lo sé, cielo —exclamaba Octavia, a punto de estallar de emoción su corazón de madre—, lo sé, amor mío; y no puedes hacer nada malo, y Dios, que ve en tu corazón, lo entiende igual que yo, pues los puros de corazón son puros en todos sus actos y no pueden pecar, sino solo, tal vez, molestar, como consecuencia de poseer un espíritu demasiado elevado para los serios ancianos de la mansión Kiddemaster.

54

La mañana de aquel día de imprevista aflicción, cuando Sarah, de nueve meses de edad, fue hallada sin respirar en su bonita cuna de mimbre blanco, no presagiaba nada que pudiera ser temido por aquellos en los que la piedad cristiana y la ilustración intelectual se habían unido agradablemente, pues en nuestra época avanzada no podemos tomar seria nota del hecho de que, durante toda aquella noche de mitad de verano, uno de los ruidosos miembros de la familia de las lechuzas perturbó la tranquila oscuridad con sus atroces llamadas, y la pobre Octavia despertó de un inquietante sueño que, para su desconcierto, resultaba familiar, en el que su hijo Godfrey aparecía monstruosamente transformado en no sé qué, una criatura de un metro ochenta o más de altura, con los ojos inflamados de lujuria e incisivos grandes y relucientes; y un espeso vello negro en el dorso de las manos; y la V invertida que dibujaban sus entradas le bajaba de un modo salvaje por la frente, de tal modo que casi se unía a las cejas, las cuales, a su vez, se habían vuelto abundantes y largas. (Cómo reconoció la alarmada madre a su hijo, en este estado tan alterado, no puedo saberlo, salvo que, incluso en su sueño, Octavia tenía suficiente ingenio para comprender que allí se hallaba el Diablo, en su calumniosa mascarada de su inocente hijo. «¡Vete!», oraba en susurros la madre mientras la sangre le corría por las venas fría como el hielo y cada cabello de su cabeza se ponía rígido.)

Sin embargo, cuando despertó, Octavia apartó de sí las distracciones de la noche y, retirándose a su vestidor, pasó más de una hora de rodillas, dando gracias a Dios como acostumbraba hacer y pidiendo gracia especial para sus hermanas perdidas (pues no podía creer que se hallaran fuera del alcance del perdón de Dios, aunque sabía que no tenía derecho a perdonarlas por sí misma), y enumerando, como siempre, a aquellos entre su familia, sus parientes

y su amplio círculo de conocidos a los que esperaba que Dios se dignara bendecir. Octavia no consideró mucho las perturbaciones satánicas de la noche, esos accesorios profanos conocidos como sueños, pues, como todos los que poseen un espíritu fuerte, normal, y no tienen nada que esconder a Dios, sabía que lo importante es la luz del día, con su alegre y sencilla claridad y su firme designación de nuestra tarea aquí en la tierra, y no la noche, que presagia vacuas quimeras.

Siguió entonces la rutina habitual, el feliz régimen diario de mistress Rumford, que suponía media hora de alegre amamantar a la pequeña Sarah (¡qué monada, con sus hoyuelos!, tan suave al chupar del seno maternal que a menudo se quedaba dormida mientras se alimentaba); después ocupaba una hora en sus abluciones, vestirse y arreglarse el pelo (estas tres actividades las hacía ayudada por su doncella personal, una mujer irlandesa muy competente de edad indeterminada), y luego dedicaba unos cuarenta y cinco minutos a la Biblia, que Octavia se veía obligada a leer en voz alta a los miembros femeninos del personal de la casa (es decir, obligada por míster Rumford, quien, en otra estancia, generalmente leía las Escrituras en voz alta a los criados masculinos), y después desayunaba, a veces en compañía de míster Rumford y a veces sola, y luego tenía una alegre reunión con el pequeño Godfrey y la pequeña Sarah, que se caracterizaba por muchos besos, exclamaciones felices y esas exhibiciones de amor maternal que son tan corrientes que no precisan explicación; y así comenzaba el día propiamente, y uno no era muy diferente del otro, en los paradisíacos confines de la antigua mansión Rumford.

—¿No somos las criaturas más afortunadas de esta tierra de Dios? —susurraba feliz Octavia, cuando, estrechando a su preciosa niña contra su pecho, se inclinaba para besar la sonrosada mejilla del pequeño Godfrey también y recibir su beso matinal—. ¿No somos felices? ¿No estamos colmados de bendiciones? Solo ruego, queridos míos, que merezcamos este regalo, y que nuestra felicidad no tiente a Satanás.

Como he dicho, el pequeño Godfrey tenía devoción por su hermanita y pedía sin parar a Octavia y a la niñera que lo dejaran sostener en brazos a Sarah (lo cual raras veces se le permitía, ya que era un poco torpe a pesar de su sorprendente fuerza, para ser un niño de tres años), o empujar el cochecito adornado con cintas que en otro tiempo había sido suyo (lo cual se le permitía con frecuencia, aunque se

entusiasmaba tanto que a veces empujaba el vehículo demasiado deprisa y hacía gritar a la niña), o darle de comer aquellos alimentos favoritos que el personal de cocina, que lo adoraba sin vergüenza, no podía resistirse a proporcionarle —tartas, pastelillos, budines y cosas así— (lo cual, por supuesto, no tenía permiso para hacer, pues estos alimentos eran inadecuados para una niña de nueve meses). Cuando Sarah lloraba, el pequeño Godfrey alternaba entre la ansiedad —¡era conmovedor verlo!— diciendo que la niña era «desdichada por alguna razón que no sé» y una seria desaprobación porque alteraba a Octavia. «Está mal, muy mal —afirmaba el niño de pelo rubio— preocupar a mamá; no me gusta», con lo que Octavia, mientras calmaba a la niña que lloraba, hacía todos los esfuerzos posibles para consolar a su pequeño protector, explicándole que la pequeña Sarah no tenía intención de alterarla con su llanto, sino que simplemente se comportaba como hacen los niños pequeños, y como él había hecho unos años antes.

Daba gusto ver al precoz muchachito reaccionar, como si lo hubieran insultado, y exclamar:

—No, querida mamá, estás equivocada, estás muy equivocada: Godfrey no se portaba así, él nunca lloraba ni daba patadas ni armaba escándalo ni soltaba un olor vergonzoso… Insisto, mamá, él no lo hacía.

—¿Alguna vez hubo un niño así? —dijo Octavia riendo a la niñera, quien, como era nueva en la mansión Rumford y no estaba acostumbrada a la fuerte voz del pequeño Godfrey, no se sentía del todo cómoda en su presencia. (La joven mujer, por ejemplo, no había sabido cómo aceptar el regalo que el pequeño Godfrey le dio de inmediato, una encantadora mariposa en tonos naranja y negro, con las alas palpitantes, clavada a una tira de satén.)

El amor del pequeño Godfrey por su hermana era tan grande que no puedo imaginar peor catástrofe que el hecho de que, habiendo dejado de respirar la niña como había hecho, de repente, en su cuna, fuera el pequeño Godfrey el primero en verla, si bien, por fortuna, como él mismo no era más que un niño, no tenía idea del horror que había ocurrido. La secuencia de acontecimientos fue confusa y, necesariamente, la pobre Octavia nunca pudo reconstruirla a satisfacción, pero se desarrolló más o menos así: habían dejado a la pequeña Sarah en el cuarto delos niños, en su cima, para su siesta de media mañana; la niñera se había retirado a su propia cámara, en una misión particular, con intención de estar fuera de la habitación apenas cinco minutos; el pequeño Godfrey había entrado en la habitación para ver si Sarah ya estaba despierta y deseosa de pasear en el

cochecito; Octavia estaba dando instrucciones al ama de llaves, en la parte posterior de la casa, pero, asaltada de pronto por una vertiginosa sensación de horror y de asfixia, interrumpió su conversación y se precipitó escaleras arriba por la escalera trasera, no muy lejos del cuarto de los niños, tan deprisa como sus enaguas y miriñaque le permitían, para irrumpir en el cuarto de los niños demasiado tarde, pues la pequeña Sarah ya había dejado de respirar y yacía en su cuna de mimbre tan serena y tan angelical como si estuviera meramente dormida, con su hermanito Godfrey esperando junto a ella, y el niño clavó sus grandes y luminosos ojos azules en su madre y preguntó, con su entusiasmo habitual:

—¿Se despertará pronto? ¿Querrá que la empuje en el cochecito? Porque yo estoy a punto, mamá, en cualquier momento.

Octavia se inclinó sobre la cuna y cogió a la niña en brazos, pero, ¡ay!, era demasiado tarde. El bebé se había ido de este reino terrenal para siempre.

Lo que ocurrió a continuación Octavia apenas lo recordaba: apretó contra su pecho a su niña, aún caliente pero sin respirar, y se habría desmayado y desplomado pesadamente al suelo de no haberse acercado a ella con grandes pasos el pequeño Godfrey gritando: «¡Mamá! ¡Mamá! ¿Qué pasa?» y haberla ayudado a acercarse a una silla. Ablandaría el corazón más duro ver la seria preocupación del niño por su madre, tan trágicamente contrapuesto con su absoluta ignorancia de la catástrofe que se había producido.

Con el cuerpecillo de la pequeña Sarah en brazos, la pobre Octavia en verdad se desmayó, pues la conmoción fue demasiado grande, y es tanta la misericordia de Dios con nosotros, en los momentos de más intolerable aflicción, que nos concede algo parecido al olvido y nos hace cerrar los ojos para no ver el mundo de la luz, con esa bienintencionada inocencia que un momento antes he alabado. En resumen, la abrumada madre se desmayó, pero no antes de oír a su niñito preguntarle con ansia:

—¿El bebé se está portando mal otra vez, mamá? ¿Te preocupa? ¿Mamá? ¿Mamá? Estoy a tu servicio, mamá, lo sabes… ¡reza, no te desesperes!

VIII
LA MARCA DE LA BESTIA

55

Cuesta creer, por aquellos de nosotros que la conocemos tan íntimamente, que, a medida que progresaba su carrera pública y su talento maduraba (pues sospecho que sus múltiples admiradores no podían estar totalmente equivocados en cuanto a que poseía algo de esa vulgaridad llamada «talento»), la célebre Malvinia Morloch cada vez tuviera más dudas; en un centenar de ocasiones, a finales de los años ochenta y principios de los noventa, cuando su celebridad se hallaba en la cúspide, la extravagante actriz se vio asaltada no solo por la sensación de que había hecho algo perverso, sino de que ella misma era perversa, un mecanismo maldito desprovisto de espíritu que únicamente era «natural» de una manera enormemente bestial.

No sucumbiré —se decía Malvinia Morloch, con amarga deliberación, sirviéndose vino o, tal vez, un líquido aún más fuerte en una copa que cogía con mano temblorosa—, esta vez no sucumbiré —juraba, sin atreverse a mirar los fríos ojos azules del espejo (ya fuera un espejo de una *suite* de hotel de Nueva York, San Francisco, Chicago, Saint Louis, Nueva Orleans o Boston, ¡ah, fuera donde fuese!) —, no sucumbiré, o juro que acabaré conmigo…

Y se bebía la fuerte bebida, que ninguna dama desearía beber, y mucho menos se dignaría hacerlo, y, temblorosa, esperaba a que produjera un efecto narcotizante; sin embargo, su estado espiritual era tal, y tan acostumbrada estaba en esta época su frágil físico al alcohol de cualquier potencia, que no aparecía ni un ápice de confianza ni el más leve asomo de fuerza. Y la desgraciada mujer se estremecía y medio sollozaba al darse cuenta de que su estado de ánimo deprimido lo era más por este vergonzoso desenfreno, del cual, no es necesario que lo diga, solo puedo hablar realizando un gran esfuerzo.

«Un mecanismo maldito», se denominaba a sí misma, y ella se conocía bien y desde dentro. Sin alma, ya fuera honrada por Dios o

simplemente mortal, sin los impulsos femeninos más suaves, más tiernos, por los que en todas las sociedades cristianas civilizadas se juzga la decencia. Por la más irónica de las coincidencias, el caballero que ahora la estaba presionando con pequeñas atenciones y obsequios, de una naturaleza cínicamente costosa, parecía ser de mentalidad parecida, aunque Malvinia, en su coqueta desesperación, nunca había insinuado la terrible evaluación que hacía de sí misma. Este caballero, al que el lector conocerá como Mark Twain, era sin duda un compañero perfecto para Malvinia Morloch, aunque ella hizo su acostumbrada exhibición de resistencia; pues, si bien él vilipendiaba a la sociedad de su época enloquecida por el dinero, alardeaba de su propia riqueza y sus planes para aumentarla ante todo el que quisiera oír, y, por más que manifestaba su desprecio por la alta consideración que el público tenía de su «genio», cada domingo por la tarde el criticón hombre de letras paseaba por la Quinta Avenida, o descendía las grandes escalinatas de los más elegantes hoteles, ataviado con orgullo de etiqueta, corbata blanca y chaleco de seda blanco, y todo para que sus atolondrados admiradores —la mayoría de ellos, lamento decir, del sexo débil— pudieran agolparse a su alrededor, cloqueando como aves de corral. «Un mecanismo maldito», se juzgaba a sí misma Malvinia en secreto, mientras se maquillaba la cara tanto como se atrevía, para ser contemplada en la crueldad de la luz del día (pues nuestra caprichosa joven dama ya no tenía veinte años, sino, cuando empieza esta parte de la historia, treinta y tres), «una máquina de inclinación bestial», murmuraba interiormente, mientras, adornando su cuerpo con prendas de vestir cada vez más costosas y llamativas, la pobre Malvinia se lanzaba al «escenario» de su propia vida mostrando un entusiasta apetito que sus veleidosas atenciones contradecían, y, a pesar de su exhibición de coquetería externa, se sentía muy conmovida por el negativismo orgullosamente expresado por Mark Twain, que tan extrañamente coincidía con el suyo propio.

—¿Qué es el hombre? —decía el caballero, ya de edad pero aún apuesto, despatarrado en una cabina de Delmonico's o sentado a su mesa especialmente reservada en Sherry's—. ¿Qué somos, mi querida mis Morloch, sino máquinas? No, no, le ruego. No me mire con esa expresión tan desconcertada e inocente, querida mía; piense tan solo: simples máquinas movidas, dirigidas y mandadas por influencias exteriores… o, si buscamos un símil animal, haciendo exactamente lo mismo que el innoble camaleón, que, para sobrevivir, adopta el color del lugar donde está.

A lo que la bella miss Morloch, que pocos minutos antes había concluido una actuación triunfante pero agotadora en el Broadway, en

el papel principal de una obra poco importante titulada *La heredera perdida*, le pareció adecuado responder no con la asombrada aquiescencia que sentía, sino con una réplica maliciosa y bastante desaprobadora:

—Pero, estimado caballero, a mí debe exceptuarme, pues, como puede ver —e hizo entonces un gesto infantil y lo obsequió con una deslumbrante sonrisa—, no encajo con mi entorno, y, en el crudo estado de las cosas del que usted tan alegremente habla, no sobreviviría ni una hora. —La vanidosa criatura se refería a cómo iba vestida, con un traje de noche de indecente escote, hecho con una tela oriental iridiscente, reluciente y ceñida, de vivo color rojo, sobre el que lucía pesadas joyas y perlas, y tres armiños de esbelto cuerpo agarrados firmemente con los dientes a la cola uno de otro, aplicada su extraordinaria belleza a mantener calientes sus hombros casi desnudos—. Sería cazada enseguida por cualquier cazador, y entonces dependería únicamente de la misericordia de caballeros bondadosos como usted, que no me perseguirá por mi pellejo.

El bigotudo hombre de letras no pudo resistir esbozar una sonrisa de admiración por el ingenio de su futura amante, por artificial que pudiera parecer al oído y por frío que fuera el destello de sus ojos azules; tampoco pudo dejar de reconocer un alma afín, tan notable como la suya. Y poniendo una mano rolliza y cubierta de anillos sobre el antebrazo desnudo de Malvinia, por encima de su guante blanco de seda, emitió una profunda carcajada y entonó, con voz lo bastante alta para que las arrebatadas admiradoras que escuchaban desde la mesa de al lado pudieran oírlo y se lo guardaran para siempre en la memoria (¡ah!, ¡haber robado una agudeza salida de los sagrados labios de Mark Twain!):

—Mi querida miss Morloch, me asombra que una joven dama de su sabiduría y su notable experiencia sea tan ingenua, pues raras veces me han tomado por bondadoso, y mucho menos por un caballero, y espero que pronto me concederá el privilegio de desengañarla de esa idea.

¿Y qué se había hecho de Orlando Vandenhoffen?, se preguntará el desconcertado lector, ¿qué se había hecho de aquel gran amor apasionado, por el que, en otro tiempo, la alterada Malvinia había amenazado con «poner fin a su vida»?

Se había ido. Había desaparecido. Y, sí, estaba olvidado.

Si lo había echado Malvinia en uno de sus enloquecidos ataques de celos (que a mediados de los años ochenta se producían cada vez con

mayor frecuencia), o si él se había librado desdeñosamente de Malvinia por voluntad propia y se había reconciliado con su esposa y familia, que habían sufrido durante tanto tiempo, en Italia, no estoy completamente segura. Sin embargo, sí estoy segura de que Vandenhoffen había desaparecido por completo de la vida de Malvinia Morloch en 1892, pues su lugar en los afectos de ella lo había ocupado muchas veces una vergonzosa diversidad de caballeros, de grado diverso de encanto, riqueza y posición social.

¡Imposible!, exclamará el lector. ¿No había jurado Malvinia amar a Vandenhoffen para siempre y morir si su unión sentimental se disolvía? ¿No había llorado y amenazado con arañarse sus bellas mejillas con las uñas si él miraba a otra mujer o aludía a otra mujer?

¿No era Orlando Vandenhoffen el ídolo al que la más bella dama de honor de Constance Philippa había dedicado en secreto, tantos años atrás, en aquella fatídica celebración de boda en Bloodsmoor, las felices palabras pronunciadas como cualquier otra participante, con toda inocencia de doncella?

Somos dos, somos dos por siempre jamás,
el mundo entero y nosotros dos, y el cielo por morada.
Cual alondra que alza el vuelo, ¡canta, oh, bella novia!
Antaño el mundo entero fue Adán, con Eva a su lado.
¡Antaño el mundo entero fue Adán, con Eva a su lado!

Y, mientras esto decía, llevaba grabada en su lascivo corazón la imagen de Orlando Vandenhoffen.

¿Y la desleal hija no había alardeado cruelmente, en su despedida a sus amorosos padres, escrita con apresuramiento, de que era feliz por primera vez en su vida, bajo la protección de este canalla, sita que le importara, ni por un instante, cuánto les dolería esta perversa fanfarronería? ¿Y no había creído que Vandenhoffen era más que un simple hombre, que era su destino?

En verdad, sí; no le falla la memoria, estimado lector, pero me temo que sí le falla su credulidad. Pues Malvinia ya no adoraba a Vandenhoffen, ni él adoraba —o, tal vez, ni recordaba muy claramente— a su cautivadora protegida, cuya carrera había supervisado y, lo que resulta más repulsivo, existía en el ser carnal de ella cierta inclinación por la que él acabó por sentir una repugnancia completamente masculina, de modo que eliminó de su corazón, para siempre, toda ilusión sentimental de amor por semejante criatura, y más aún cualquier idea de tener un romance con ella.

En cualquier caso, la muy proclamada unión de dos grandes

«estrellas» se había disuelto por completo, para malicioso placer de todos los observadores, unos cuatro o cinco años antes de la llegada de Mark Twain.

No sucumbiré —se juraba Malvinia interiormente, paseando por su habitación del hotel como una tigresa enjaulada, mientras esperaba el timbrazo del teléfono y el discreto anuncio, por parte del recepcionista, de que su inoportuno pretendiente se encontraba en el vestíbulo y pronto subiría y llamaría a su puerta—. No sucumbiré otra vez —repetía la mujer casi frenética—, o, lo juro, acabaré conmigo al fin, pues ¿qué otro castigo es equivalente al crimen?

56

Tras su prematuro ascenso a la fama teatral a principios de los años ochenta, en realidad inmerecido, Malvinia Morloch se encontró, como era inevitable, con que parecía haber alcanzado su cima: estaba lo suficientemente elevada, pero había muy pocos ascensos y algunos sorprendentes declives. Para su asombro, descubrió que el público que asistía al teatro podía quedar extático ante una Julieta nueva y más joven; que la temporada siguiente al éxito de «condesa Fifine» podía aparecer una «baronesa Zoé», una belleza nórdica de cabello muy rubio cuya corona de trenzas y cuyo acento escandinavo algo afectado inspirarían a centenares de imitadoras entre las mujeres elegantes.

La pobre Malvinia no podía menos que sentir que el clamoroso interés del público por una joven actriz era un literal rechazo a ella, y una de sus sesiones más tormentosas y prolongadas con Orlando Vandenhoffen fue consecuencia de una simple nota aparecida en el *Tribune* que decía que, al pasar miss Malvinia Morloch a una nueva obra, su suplente miss Nelly Lockwood se había desenvuelto de forma soberbia; la sugerencia de que Malvinia dejara *La novia de Llewellyn*, en la que llevaba mucho tiempo, para estrenar *Secreto fatal* había salido de Vandenhoffen, al que acusaba, aunque él lo discutió acaloradamente, de ser protector secreto de miss Lockwood. (El crítico del *Tribune* dijo de Nelly Lockwood: «Esta encantadora joven actriz posee en abundancia un atrayente encanto femenino que contrasta con las características más tempestuosas y, por así decirlo, estimulantes de Malvinia Morloch, y la iguala a la hora de cautivar al teatro entero. Miss Nelly Lockwood, ¡bienvenida de todo corazón!»: una nota amable que provocó una furia nada amable en miss Morloch.)

—Es otra protegida tuya, no lo niegues —acusó Malvinia, echando fuego por los ojos y enseñando los dientes en una mueca malévola,

con desagradables connotaciones de carnívoro que contrastaban, no es necesario que lo recalque, con el costoso atuendo de la joven belleza y las gruesas sartas de perlas que le rodeaban el esbelto cuello—. Te ruego que no vuelvas hacia mí ese rostro de absoluta negación, Vandenhoffen, porque conozco muy bien tu técnica teatral; no nos insultes a los dos intentando negar lo que, sin duda, todo Nueva York está murmurando.

Si Vandenhoffen esta vez era inocente de toda infidelidad o si el veterano actor controlaba tanto el timbre de voz que la más grande de las mentiras podía ser pronunciada con la más convincente sinceridad no lo sé, pero, en cualquier caso, aquel irritado caballero, al salir, guantes y chistera en la mano, se detuvo solo para dar un discurso de particular brevedad:

—Si me prohíbes, querida, expresar la gran consideración que siento por ti, negando las acusaciones que me haces, bueno, entonces, me siento de lo más indefenso y, simplemente, debo marcharme. —Mientras decía esto se ensombrecía su frente noblemente arrugada con la contención de la tormenta y la pomposa calma, y su perfil se definía con contundencia como cruel y tierno, digno y justo al mismo tiempo.

—¡Mentiroso! ¡Adúltero! ¡Asesino! —gritó Malvinia, y habría arrojado un jarrón de orquídeas rojas a la cabeza del bribón si este, con prudencia, no se hubiera retirado.

E incluso en esta escena, en la que lo marcadamente físico y lo carnal no tenían ningún papel evidente, se puede distinguir —aunque con ojos tímidos y vacilantes— «la marca de la Bestia».

Sin embargo, la caprichosa naturaleza del mundo del teatro es tanta que Malvinia, simplemente aceptando nuevos papeles —nuevos vestidos, nuevos peinados, nuevos «personajes»— pudo conservar un considerable número de admiradores y, de una temporada a otra, adquiría algunos, perdía otros y ganaba otros más. Si su emocionada actuación como esposa traicionada en *Secreto fatal* recibió un entusiasmo contenido en la ciudad de Nueva York, con seguridad iba a ser recibida con más cariño en Buffalo o en Saint Louis, y, en cualquier caso, sus dotes para interpretar la inocente malicia, aunque «sumamente notables en una mujer», en la siguiente temporada recuperarían los aplausos en Broadway, en una brillante obra salida de la pluma de Mark Twain, en un momento de su carrera en que, pese a ser inmensamente famoso y rico y despreciar la fama y la riqueza, era

evidente que ese caballero satírico deseaba más.

—Nunca se puede ser lo bastante rico para satisfacer a los herederos —nos ha informado míster Twain.

Así, los años transcurrieron vertiginosamente. Y Malvinia Morloch, aunque aceptaba todo número de dispares papeles con admirable ambición, si bien mal aconsejada, siguió siendo básicamente la misma mujer joven: una muchacha precoz o, para ser más exactos, una ingenua maquinadora. Era tan incuestionablemente bella, como se veían obligados a admitir hasta sus enemigos, que se le perdonaban muchas cosas; incluso había caballeros dignos de compasión, algunos de los cuales poseían una considerable riqueza y posición social, que exhibían una despreciable ansia de ser maltratados, completamente perversa en el sexo masculino, sea cual sea la forma de pensar.

Malvinia Morloch se enorgullecía de su exquisita perfección como mujer. Aunque despreciaba burlonamente las costumbres de Bloodsmoor —en particular los ejemplos de la abuela Sarah Kiddemaster y de la tía abuela Edwina—, Malvinia en realidad no se apartaba radicalmente de ciertas prescripciones dadas por esas excelentes damas, que sabían que lo físico por su naturaleza misma es ordinario, y que la carne del sexo femenino, aunque se precisa para habitar en esta tierra, es no obstante de aspiración angélica y no participa en absoluto de los lascivos apetitos carnales del hombre. Todo esto Malvinia lo sabía, y hay que decir en su favor que era excesivamente quisquillosa en su aseo diario, que realizaba dos o tres veces al día; se bañaba en aceites franceses y minerales portugueses, y el aire de toda la *suite* del hotel se llenaba de burbujas rosadas que desprendían la más agradable fragancia; aborrecía a las mujeres rollizas y desaprobaba a los hombres gordos, incluso a Diamond Jim Brady; se apartaba con exagerado desdén de todos los olores desagradables, en particular los que emanaban del cuerpo humano. Aunque en este punto de su desvergonzada carrera no era doncella, Malvinia Morloch coqueteaba haciéndose la recatada; era brillante, frágil, astuta, fría; de actitud virginal; fingía renuencia a ser tocada, de manera que el caballero que besaba la mano que ella le tendía, aunque enguantada, era recompensado con un involuntario escalofrío por parte de ella y, tal vez, se veía aún más inflamado por la pasión de vencer su resistencia de doncella. Desde el principio de sus relaciones con Orlando Vandenhoffen, cuando se dejó seducir en la lujosa *suite* del hotel, en Filadelfia, el papel de Malvinia fue el de virgen violada: tímida, cohibida, ruborosa, resistiéndose y dejando de resistirse, pero sin acceder exactamente, y, por supuesto, jamás movida por ningún impulso innoble, y mucho menos pasiones carnales propias. En todo

esto, supongo, la joven Zinn se comportaba bien y era, por decirlo de alguna manera, la encamación de la abuela Sarah Kiddemaster, a pesar de la inmoralidad pública de su vida.

«No sucumbiré», declaraba con orgullo la bella joven, y, en verdad, durante un tiempo no sucumbió.

Sin embargo, transcurrió la temporada y pasaron los años, y no tardaron mucho tiempo en despertarse en la joven mujer ciertas inclinaciones que la desconcertaban y desagradaban en secreto; y, cuando se hicieron visibles, debieron de desconcertar y desagradar asimismo a su seductor, y también asustarlo, pues «la marca de la Bestia», al imponerse, no podía dejar de intimidar al más viril de los individuos.

(«La marca de la Bestia» era aquel siniestro rasgo que el juez Kiddemaster había buscado en su bisnieto Godfrey y, muchos años atrás, en sus cuatro nietas. Los detalles precisos referentes a la mancha, que evidentemente aparecía de generación en generación en grados diversos de gravedad, nunca me fueron asequibles, aunque puede resultar útil al lector saber que, mientras el juez Kiddemaster y la tía abuela Edwina conocían plenamente esta maldición genética, no era así en el caso de Prudence, ni, por supuesto, en el de John Quincy Zinn.)

Fuera como fuere, en lo que respecta a las relaciones íntimas entre Malvinia Morloch y Orlando Vandenhoffen ocurrió que, a medida que la joven ingenua reforzaba su talento y alcanzaba una considerable fama en el mundo del teatro —y adquiría pronto no solo la capacidad de soportar ensayos que duraban todo un día en teatros mal calentados e infestados de ratas, y actuaciones realizadas bajo gran tensión emocional y excitación, sino de disfrutar con ello— y, tal vez, a medida que Vandenhoffen dejaba de ser para ella una figura de dimensiones míticas para pasar a ser un igual, la joven mujer casi no se molestaba en mantener reprimidas sus emociones, con consecuencias inesperadas, como si un verdadero Diablo apareciera en ella en momentos de discusión o en momentos de intimidad carnal.

¡Ay!, bromas soeces y comentarios irreverentes, y una extrema preocupación por los apetitos físicos, de un tipo quizá no conocido salvo por la medicina patológica; la liberación, en ciertas ocasiones, de olores incalificables que emanaban de las regiones bajas, así como una lubricidad no natural de los órganos femeninos; todo ello no podía sino provocar una gran repugnancia en Vandenhoffen, igual que le ocurría, en realidad, a la desventurada Malvinia, a la que los

demoníacos caprichos de su cuerpo, una vez apagada la luz de la mesilla de noche, causaban completo asombro. (Malvinia pronto descubrió que la hazaña más repulsiva de la Bestia no aparecía si la habitación no se hallaba sumida en la oscuridad total. Pero, como ninguna mujer que se respetara a sí misma, ni de la más baja condición, se sometería a ningún abrazo amoroso salvo en la más absoluta oscuridad, esto no resultaba de ayuda práctica.)

En semejantes ocasiones no era inusual que Malvinia luchara con su amante como si no fuera una frágil criatura femenina, sino otro hombre, y tal vez le tiraba del pelo, o le daba patadas, ¡o caminaba sobre él con los pies descalzos! Poseída por necesidades indefinidas, gruñía, maldecía, arañaba, mordía y golpeaba con los puños, lo que a veces causaba daño de verdad a Vandenhoffen y despertaba en él mucha alarma, pena y furia, además de simple desagrado. Que después ella le rogara su perdón y se deshiciera en lágrimas de sumisa humillación, afirmando que «no tenía idea de lo que se apoderaba de ella» y que «nunca, nunca volvería a ocurrir», era poco consuelo para el ídolo del teatro, que debía de preguntarse, con creciente frecuencia, si no sería mejor volver junto a su esposa legal y sus hijos, que vivían en Europa, seguro como estaba por la experiencia pasada de que aquella buena mujer se comportaba en semejantes ocasiones con santa pasividad y jamás le había dado el menor motivo de agravio.

Aun así, la joven amante de Vandenhoffen provocaba tan visible envidia en otros caballeros, y había adquirido una tan agradable fama por sí misma en la sociedad mundana, que era reacio a dejarla. Su piel pálida, sus luminosos ojos azules y su extraordinario cabello negro, así como sus hombros torneados, su delgada cintura, su porte elegante y el impecable estilo con que se vestía decían mucho en favor de él, como el más exquisito caballo árabe lo dice en favor de su jinete, y era un aspecto importante de su imagen pública. Vandenhoffen reaccionaba con fría ira cuando su amante recibía regalos de otros caballeros e incluso proposiciones de matrimonio; pero en secreto estaba encantado, y puede que siguiera más de cerca a sus admiradores de lo que ella misma habría hecho. Y, cabría observar, el astuto actor no se privaba de sacar provecho de los regalos que derramaban sobre Malvinia Morloch, ya fuera en forma insignificante como bombones de licor, o rosas recién cortadas, o ágapes sibaríticos en los restaurantes y clubes más exclusivos de la ciudad, o en formas extravagantes como joyas, pieles y otros artículos de lujo que, en caso de extrema necesidad, podrían ser cambiados por dinero en efectivo. (Pues Malvinia y Vandenhoffen vivían con generoso abandono, como si obtuvieran una frenética e infantil alegría en el hecho de gastar

dinero y llamando la atención del público; esta conducta, en semejantes círculos, no era en modo alguno extraordinaria durante estos años «dorados», a pesar del hecho de que la nación sufría depresiones económicas periódicas y no era infrecuente que los frívolos asiduos del teatro se cruzaran por la calle con «caballeros mendigos», muy dignos de lástima, cuya expresión no reflejaba más que un vacío estupor como consecuencia del desastre que les había sobrevenido.)

Así pues, a Vandenhoffen le parecía prudente perdonar la extraña conducta de su amante, a la luz de estas considerables ventajas, y, por su parte, Malvinia se esforzaba todo lo posible para superar su defecto congénito, del que, por supuesto, no podía saber que era congénito.

Cuanto más la acosaba la Bestia, más se bañaba Malvinia, intentando desprenderse de tan ofensivos olores; se aplicaba fuertes depilatorios, para deshacerse de los feos pelos que le brotaban en las axilas, y en otras partes, con brutal persistencia. Descubrió que la Bestia era dominada un poco si pasaba casi todo un día sin comer y no bebía más que agua. Y cuando el acto unitario era inevitable, como consecuencia del natural apetito lujurioso de su compañero y las copiosas cantidades de alcohol que este ingería, la astuta joven adquirió la disciplina de yacer inmóvil, como paralizada, o como si fuera un cadáver de verdad, para vencer mejor las incalificables inclinaciones, y así gran parte del tiempo conservaba su orgullo. (Pues no podía soportar que Orlando Vandenhoffen, que la había adorado desde el principio como su «princesa», su «Ángel», su «Blancanieves», tuviera alguna verdadera sospecha de hasta qué punto la Bestia impregnaba a veces su ser.).

«No sucumbiré», se decía gravemente Malvinia, pero, ay, no siempre podía elegir.

57

Muchos años más tarde, en una cena privada en un suntuoso comedor de una de las más recientes y más palaciegas mansiones de la Quinta Avenida, Mark Twain dijo de Malvinia Morloch que «de no ser por su reumatismo, se hincaría de rodillas a sus pies para adorarla, pues admiraba enormemente aquella vida tan vivaz, hasta el punto de que su propio corazón le parecía muerto».

Esta observación fue saludada con risas un poco confundidas, y, desde su sitio, más lejos en la mesa, la actriz, sumamente adulada, abrió con gesto exagerado su abanico de seda bordada para poder exhibir sus delgados dedos, en los que relucían muchas joyas; y, decidiendo hábilmente no haber oído estas palabras con precisión, ladeó la cabeza con aire coqueto e imitando burlonamente la forma de hablar lenta de míster Twain, dijo:

—Sería una lamentable pérdida, señor, que un hombre de letras tan distinguido, ataviado, además, con un traje blanco tan deslumbrante y resplandeciente, malinterpretara de ese modo el orden natural de las cosas y se preocupara por mis pies.

Estas palabras fueron recibidas con risas aún más apreciativas, tanto por las damas como por los caballeros presentes (pues huelga decir que las «damas» que asistían a un banquete de este tipo no poseían más reserva femenina natural que la propia Malvinia).

Puede que ocurriera que en las mejillas de Malvinia Morloch asomara un ligero rubor sonrosado, como de infantil consternación, ante semejantes palabras; pero el rubor, puedo asegurar, había sido creado aplicando cosméticos, unas horas antes, por la experta mano de la joven mujer.

La relación superficial de Malvinia con el afamado hombre de letras se remontaba a casi una década, cuando, como he mencionado, ella interpretaba a una ingenua agradablemente fresca en *Ah, pecado* y

llamó la atención del antiguo dramaturgo. Sin embargo, lo había visto en raras ocasiones durante esos años, no tanto, cabría deducir, porque el caballero casado desaprobara su relación con Vandenhoffen, como por el hecho de que, debido a urgencias de negocios y profesionales que le habían surgido, a Mark Twain le había parecido más pragmático residir, durante gran parte del año, en Europa.

Ese gran hombre era tan conocido, y su frecuente presencia en Nueva York tan observada, que ni siquiera la ensimismada Malvinia Morloch podía ser ajena a él y dejar de admirarlo, más por su enorme éxito y prosperidad que por sus escritos. (Existe la clara posibilidad de que, de jovencita, hubiera hojeado un ejemplar de *Una vida dura* y de *Los inocentes en el extranjero*; este último era uno de los grandes favoritos del juez Kiddemaster, pues, como decía él, «había necesitado instrucciones de no sentirse culpable, porque Europa, con sus interminables catedrales y vírgenes y su ininteligible cultura lo había dejado siempre como un témpano».) Asimismo, un alegre imperativo de Twain —«Gánate una reputación si puedes, y, si no puedes, inventa una»— había parecido a sus inocentes oídos muy sensato, más que cínico, aunque durante muchos años había creído que no era sino otro de los bromistas epigramas de Franklin.

Como todos los observadores que contemplaban a míster Twain sabiendo que era Mark Twain y no un simple don nadie con un súbito exceso de dinero que le permitía contratar a un sastre y darse aires jactanciosos de falsa modestia, Malvinia admiraba su semblante viril y lo consideraba, para su edad (tenía cincuenta y ocho años, cuando Malvinia tenía treinta y tres), maravillosamente atractivo: con su espeso cabello rebelde blanco grisáceo, sus pobladas cejas que le daban un aire de ferocidad leonina pero alegre, su hablar lento, como en guardia, y su bigote, tan grande que le cubría todo el labio superior y enmascaraba sutilmente su expresión cuando sonreía o hacía una mueca o simplemente fruncía los labios, en gesto habitual de burlona censura de la locura que vislumbraba por todos lados. Como cualquier otra mujer de su clase, Malvinia no podía dejar de admirar su ropa ostentosa y su evidente riqueza, que se mostraba en el tamaño y elegancia de los carruajes que alquilaba y, aunque no debo dar la impresión de que con los años Malvinia Morloch verdaderamente se fijó en el ilustre autor con nada próximo a un interés sistemático (ya que estaba frenéticamente entregada a su carrera profesional y a su tumultuosa vida privada), sin duda habría coincidido con el sentimiento popular —porque era en verdad popular— de que Mark Twain se contaba entre los más elevados genios literarios de todos los tiempos, ya estadounidenses, europeos o de cualquier otra parte. («He

leído sus libros, míster Twain —dijo Malvinia cuando él la llevó a cenar al Park Lane, donde comió pato silvestre, rodaballo y *roast beef* —, aunque quizá no todos —admitió, bajando tanto su melodiosa voz que por una vez su malicia quedó imbuida de una dulzura sumamente agradable— y debo decir que me han hecho reír, y me han hecho pensar; y le estoy muy agradecida.» Míster Twain se tironeó entonces el abundante y viril bigote y se permitió esbozar una leve sonrisa agradecida, y preguntó a su bella compañera cuál de sus libros le había gustado más, si *Historias tres veces contadas* o *La caída de la casa de Usher*. Con lo que la astuta Malvinia, percibiendo que algo iba mal, puso mohín y murmuró que no le gustaba que la interrogaran, y mucho menos que se burlaran de ella, pues por naturaleza carecía de malicia y era sincera, y hablaba con el corazón en la mano, sin pensar que estaba siendo interrogada o juzgada.)

La obsesiva persecución de miss Malvinia Morloch por parte de Mark Twain iba a ocupar al divertido caballero durante ocho o nueve meses de una vida sumamente compleja y turbulenta, y en un año particularmente turbulento por las dificultades crónicas de negocios de míster Twain (su inversión en la máquina de composición tipográfica Paige tenía prioridad sobre otras cosas que le preocupaban); a ello se sumaban sus desgarradores problemas familiares, de los que tenía buen cuidado de no hablar en presencia de Malvinia (pues su leal esposa, Livy, que en aquella época residía en Europa, seguía sufriendo de mala salud, igual que su hija epiléptica, Jean), y su percepción cada vez más profunda del «matón maligno» que regía el universo. (Este uso herético me hace vacilar, como casi resulta innecesario informar al lector, en el momento de escribirlo, pues ¿no es susceptible de perversidad el simple hecho de tomar nota de él?, y la cronista, por inocente que sea y aunque actúe siguiendo los dictados del deber, ¿no es tal vez culpable de difundir esa misma perversidad sobre la que debería imponerse?)

Que la licenciosa «historia de amor» llegara a un final sumamente desastroso y, en verdad, humillante para ambos protagonistas es un hecho que debería quedar suavizado por nuestro superior conocimiento de que tuvo escasa resonancia en la vida de cada uno, y de que, en el caso de Malvinia, resulta evidente que el episodio fue un «recurso provisional» y un medio de distracción casi desesperado, cuando las nubes de tormenta que se cernían sobre la desdichada joven empezaban, con triste resolución, a acercarse.

(Porque, ¡sí!, miss Malvinia Morloch, envidiada por muchos, era

una joven mujer profundamente desdichada, por mucho que pareciera negarlo su alegría pública, así como la abundancia de sus joyas, sus complicados peinados, sus armiños y visiones y otras pieles, y el terco desafío de su belleza.)

La fogosa relación con Vandenhoffen había terminado, es cierto, unos años atrás; pero, para que el lector de mentalidad romántica no deduzca que esta pérdida había desgarrado el corazón de Malvinia y la había hecho incapaz de ser feliz, y más aún de experimentar los paroxismos de euforia que casi a diario simulaba, debo informarle que, para su vergüenza, la pérdida representó relativamente poco en la vida emocional de Malvinia. Pues, con su aguda percepción, esta había visto, cruelmente pero con precisión, que su amante ya había dejado atrás sus mejores años, no solo en lo que se refería a sus actividades como actor sino también a sus energías de juventud; había observado que a menudo en el escenario hablaba de forma confusa y sus actuaciones eran cada vez más chapuceras, como consecuencia de la ingestión de alcohol y una indiferencia general. («Nuestro público está formado por ovejas, idiotas y mujeres hambrientas de amor —había observado Vandenhoffen—. ¿Por qué, entonces, debemos memorizar cada frase a la perfección para ellos?»)

Si sufría alguna pequeña punzada de pesar, de vez en cuando, era por el hecho de que el público pudiera creer que él la había dejado con el fin de volver con su esposa, una creencia que ella y sus compañeros del Fanshawe habían hecho todo lo posible por corregir ya que, como es natural, la hería en su vanidad.

No, la pérdida de Vandenhoffen no la afligió profundamente, ni le provocó muchas lágrimas sinceras; muchas menos, supongo, de las que estaba acostumbrada a derramar en sus actuaciones de cada noche, cuando retrataba, con singular autenticidad, ya a una viuda afligida, ya a una esposa traicionada, ya a una hija desconsolada, ya a una prometida cuyo amante se hallaba en peligro.

Vandenhoffen fue sustituido enseguida por un nuevo amante, y este a su vez por otro. Un fabricante de sombrillas de mujer, de edad madura; un abogado contratado por el consorcio del cobre; un banquero viudo con varios hijos (y herederos) ansiosos; un socio de Chauncey Depew; el hijo menor de una acaudalada familia, que a menudo hablaba de haber «hecho polvo» a Theodore Roosevelt, en Harvard, en las semifinales del campeonato de boxeo de pesos ligeros. Y una vertiginosa noche, cuando, al parecer, unos caballeros estaban celebrando alguna victoria política no en compañía de sus esposas, sino con otra clase de mujeres, Malvinia incluso se había encontrado cara a cara nada menos que con Cheyney Du Pont, tan

espantosamente cambiado en su aspecto físico y tan patéticamente bebido que al principio no lo reconoció, ni él a ella.

—Mi querida *mademoiselle* —empezó a decir la criatura de nariz bulbosa, intentando esbozar una sonrisa lasciva y hacer una inclinación de cabeza tan torpe que estuvo a punto de chocar con Malvinia— a menos que esté gravemente equivocado, y a menudo me equivoco, ¿no nos conocemos? ¿O no es usted sino parte de mi sueño? Mi sueño que sigue y sigue y sigue, y es tan espantosamente irresistible que estoy tentado de creer que es real.

Aquella noche, mientras era sacudida por sueños caóticos, Malvinia experimentó, por primera vez en más de veinte años, una súbita e inconfundible oleada de pesar, de sentimiento de pérdida y de angustia y, sí, de desgarradora culpabilidad, no por el frío tratamiento que había dado a míster Du Pont, ni siquiera por la forma atroz en que había tratado a sus amados padres, sino por su inexplicable indiferencia hacia aquel amable clérigo, el reverendo Malcolm Kennicott.

Es muy posible que el lector experimente sorpresa, como yo, y sin embargo así es. Algo debió de removerse en el alma de Malvinia al reaparecer en su vida el antes apuesto Cheyney, y debido a la frenética alegría de los juerguistas, que la habían dejado más agotada que de costumbre y con deseos de estar sola. Sin terminar su aseo, se dejó caer en la cama y, por el gran misterio de la noche, en la que todas las leyes de la naturaleza y la lógica quedan suspendidas, la atractiva Malvinia Morloch se encontró transformada en la niña Malvinia Zinn de ocho años de edad, que derramaba abundantes lágrimas, como si se le fuera a romper el corazón, por la infantil crueldad con que sin querer había tratado a míster Malcolm Kennicott, al que adoraba por encima de todos los hombres salvo su padre.

¡Míster Malcolm Kennicott, al que adoraba por encima de todos los hombres salvo su padre!

Roncos sollozos convulsos la sacaron del sueño provocado por el alcohol, y, por unos terribles momentos, Malvinia apenas supo dónde se encontraba y murmuró con voz lastimosa:

—¿Octavia? ¿Octavia? ¿Por qué te has ido de la cama y me has dejado sola? ¡Tengo tanto, tanto miedo!

Poco a poco recuperó los sentidos; se dio cuenta de que yacía en una cama que no era la suya, sino la de un hotel, de que estaba en una gran ciudad (pues en la calle, incluso a aquella intempestiva hora, se oía el estruendo de cascos de caballos que resonaban en los adoquines y risas ebrias masculinas), supo que había recorrido una gran distancia —una distancia trágica— desde su amado y perdido Bloodsmoor, y

desde la inocente niñita que había sido cuando contaba ocho años.

Perdido… ¡ah, perdido!

¡Y jamás lo recuperaría!

Si Malcolm Kennicott había fallecido y ya moraba en el mundo de los espíritus, del que su fantasma podría haber sido liberado en momentos tan urgentes, o si no era más que una alucinación no puedo decirlo, pero Malvinia vio con tanta claridad su melancólico rostro que habría jurado que había entrado en su dormitorio. Vio su semblante soñador, poético, sus ojos que sonreían tímidamente, el cabello de color castaño claro, rizado y suave como la seda, el aire infantil, teñido de herido reproche.

—¡Lo siento… no sabía… oh, mi querido míster Kennicott! No era más que una niña despreocupada, y no sabía…

Si a Malvinia se le hubiera ocurrido apartar las lujosas sábanas e hincarse de rodillas en el suelo para pedir perdón y consejo a nuestro Padre Celestial estas horas oscuras se habrían transformado en alegría; pero la afligida mujer estaba tan poco acostumbrada a rezar y tan hechizada por el fantasma que, dicho sea para su vergüenza, no pensó en Dios y se abandonó a violentos espasmos de llanto, que sacudían su cuerpo con tan bárbara fuerza como la propia Bestia podría hacerlo.

—¡Lo siento! ¡Oh, mi querido míster Kennicott, perdóneme… perdone a una niña despreocupada! ¡Yo no sabía!

58

Siguió entonces un período de unos días exaltados, cuando, convencida de que míster Kennicott había muerto, Malvinia examinó con avidez todas las publicaciones de espiritismo que pudo encontrar: *The Theosophist, The Spiritist, The Darkling Tide, The Psychical Letter* y otras, muchas de ellas publicadas en papel barato y en las que aparecían numerosas columnas de anuncios clasificados. «Vidente de las Montañas, Visionaria Montañera, Médium del lago Champlain, Sacerdotisa de Asombrosas Dotes»: los nombres que se daban a sí mismas intrigaban y disgustaban a Malvinia alternativamente. Su temor de encontrarse de pronto con «Deirdre de las Sombras» no halló fundamento, pues no vio ni una palabra en ninguna de estas publicaciones que se refiriera a su hermana perdida, y se preguntó, no sin una leve punzada de pesar, si Deirdre habría abandonado su peculiar profesión o si de alguna manera había fracasado en ella. (Como Malvinia desconocía el protocolo del espiritismo, no podía saber que los médiums más prestigiosos nunca anunciaban sus servicios; no se habrían rebajado a hacerlo y, en cualquier caso, como se hallaban solicitados sin cesar, a pesar de sus elevados honorarios, no tenían necesidad de hacerlo. Y después de la histórica investigación en la sede de la Sociedad de Investigación Psíquica, Deirdre de las Sombras gozaba de una reputación tan envidiable que solo daba unas pocas sesiones al mes, y estas en general en circunstancias muy privadas.)

La intención de Malvinia era organizar una sesión privada, para ponerse en contacto con el espíritu del joven clérigo al que tan mal había tratado, pues estaba segura de que había muerto. De manera que examinó las numerosas publicaciones, murmurando:

—Es culpa mía… se mató por mí… por mí… la culpa solo es mía…

Seguía en estado de exaltación desde aquella noche de

tempestuosas emociones, y con sus poderes de raciocinio un tanto disminuidos como consecuencia de las generosas dosis de éter y agua que a diario se prescribía a sí misma.

—Si pudiéramos vernos cara a cara —susurraba—, seguro que me perdonaría, seguro que no podría menos que perdonar a su pequeña Malvinia, una vez que comprenda la carga de aflicción y arrepentimiento que acarreo.

Sin embargo, al final se cansó de los panfletos, despertado su sentido del humor innato por tantos aburridos anuncios de «visionarios», «videntes», «médiums milagrosos» y «sacerdotisas». Recogió las publicaciones y las tiró, en el mismo instante en que el teléfono empezaba a sonar en la habitación de al lado.

Al cabo de un momento su doncella llamaría suavemente a la puerta, para informarle que un caballero estaba al aparato. ¿Y quién sería esta vez?, se preguntó Malvinia sonriendo de pronto.

¡Y, en aquel momento, el pobre Malcolm Kennicott se convirtió verdaderamente en una sombra!

59

Fue una ironía amarga, aunque no injusta, que la Bestia surgiera con especial malevolencia cuando Malvinia Morloch al fin —¡después de tantos meses de apartarse de él por coquetería!— se había abandonado al abrazo íntimo de Mark Twain, y en un momento sumamente precario de su carrera, cuando estaba a punto de realizar una gira por el lejano Oeste con *Lo amaba tiernamente*, una frívola historia amorosa escrita para su talento particular.

Como no poseo capacidad ni, en realidad, deseos en lo que se refiere a descripciones gráficas de «abrazos amorosos», no intentaré ilustrar para el lector exactamente cómo surgió la Bestia para hacer una odiosa burla de las declaraciones de amor, besos, caricias y otras efusiones amorosas que se intercambiaron Malvinia y míster Twain, en el dormitorio suntuosamente amueblado de Malvinia en el hotel Nicklaus, a altas horas de la noche del 13 de enero de 1894; no intentaré dejar constancia —ni siquiera en interés de los que se dedican a la profesión de la morbosa psicología— de lo repentino con que la Bestia apareció, en medio de un abrazo de extrema intimidad, anunciándose con una risita sofocada en lo más profundo de la garganta de la dama y una impetuosa actividad con manos, pies, rodillas y boca, de una clase que, podemos deducir, jamás había experimentado el incrédulo hombre de letras. Que un intermedio de escarceos sibaríticos estallara de forma tan violenta y tan lasciva, contra todas las expectativas normales y sumergiera a querida y a futuro amante en una lucha de puro carácter físico, la una maldiciendo y gruñendo, el otro gritando alarmado y asustado, y finalmente pidiendo ayuda; que una escena de amor de proporciones ilícitas (y, algunos dirían, románticas) cambiara con tanta prontitud y se convirtiera en un espectáculo de bufonería, en verdad puede dar pie a que el contingente cristiano de entre mis lectores piense que se

trataba del debido castigo por tanta perversidad, y, si no me viera movida a sentir una vaga lástima por la extrema degradación de Malvinia (y el efecto que produciría en su carrera), sin duda yo estaría de acuerdo.

—No sé qué ha ocurrido, o por qué, salvo que no es culpa mía, ¡no soy yo quien actúa! —gritó la avergonzada mujer, con los ojos relucientes de lujuria, despeinada y la frente fruncida—. ¡No soy yo quien actúa y no es culpa mía! ¡Soy inocente!

A fin de que el lector no sienta lástima por los amantes, movido a compasión por la turbación del distinguido autor (quien, tras haber cenado regiamente aquella noche ostras, callos, lechón asado y *crêpes suzette*, no se hallaba en condiciones óptimas), debería recordarle que apenas podía existir amor auténtico entre los protagonistas, y solo un cierto sentimiento superficial. Sin duda, sí, miss Malvinia Morloch y Mark Twain se gustaban lo suficiente, o en cualquier caso se admiraban mutuamente, bajo la refinada forma externa de su «romance», pues durante un período de meses, al parecer, mantuvieron alguna que otra conversación seria. (Es fácil imaginar con qué asombro recibió Malvinia el despreocupado comentario de míster Twain de que su padre, John Clemens, había pasado gran parte de su tiempo trabajando en una máquina de movimiento perpetuo, allá en Hannibal, Missouri.)

Pero ambos eran celebridades, hastiados de la adoración que les profesaban extraños y que, siendo tan abundante, no podía sino ser poco valorada. Estaban plenamente centrados en sí mismos y se mostraban alegres en su relación común con los demás; hacían discursos hábiles y no escuchaban, y en los lugares públicos siempre miraban alrededor para tomar nota de quiénes tomaban nota de ellos. No, no podían haber sentido nada de ternura el uno hacia el otro, y sería erróneo sentir lástima por ellos. Solo los unía una extraña «telegrafía mental» —expresión acuñada por míster Twain— y esta tenue conexión quedó malograda para siempre por la brutal aparición de la Bestia.

Como cualquier cortesana madura, Malvinia declaraba admirar a su admirador. Con ocasión de la primera cena juntos a altas horas de la noche, después de una sesión de noche de *Lo amaba tiernamente*, Malvinia confesó que, una década antes, había quedado «abrumada y anonadada» por su persona, mientras él hacía en el escenario su

discurso «maravillosamente ingenioso» la noche del estreno de *Ah, pecado*. Su dominio de la lengua inglesa, su actitud aristocrática aunque sin pretensiones, su generosidad hacia ella; todo había sido extraordinario.

Todo esto míster Twain pareció recibirlo con una sonrisa divertida, incluso escéptica, por debajo de su prominente bigote; pero por la mañana fue generoso en la cantidad de rosas rojas que hizo que entregaran en la *suite* de miss Malvinia Morloch en el Nicklaus.

Con cuánta atención parecía escuchar Malvinia, mientras su admirador, vestido de blanco con un clavel en la solapa, arrastrando las palabras a causa del alcohol, se entregaba a largos monólogos en los que competían la melancolía y la diversión, y hablaba de su infancia en Hannibal, Missouri, donde a menudo veía en las calles hombres abatidos a tiros o acuchillados y negros brutalmente maltratados, y donde su padre se había ido a la ruina, antes de una muerte prematura; con qué divertida compasión ella oía sus discursos sobre el «duro mundo» de Nevada y California en los viejos tiempos, y la «ambrosía» sin paralelo del mundo de los barcos fluviales. Con el rostro rubicundo por una copiosa cena en Sherry's —que, solo en cuanto a bebidas, consistió en vino de Burdeos, champán, *bourbon*, *brandy* y ponche de ron—, relató encantadoras anécdotas del general Grant, «el hombre de hierro», y recitó, para beneficio de Malvinia y para beneficio de los comensales de las mesas próximas, un discurso que había dado unos años atrás un tal coronel Robert Ingersoll: «¡La sangre era agua, el dinero era hojas, y la vida solo era aire corriente hasta que ondeó una bandera en una república sin amos y sin esclavos!»; había sido el momento culminante de una obra maestra de la oratoria que puso en pie, en clamoroso aplauso, a quinientos veteranos de la Unión. Y Mark Twain había hecho un discurso tan perversamente divertido, en fingido honor del general Grant, que ese gigante había quedado destrozado por las risas.

—¡Lo hice! ¡Le di una paliza! ¡Y sabía que podía hacerlo! —dijo míster Twain, llenándose de nuevo la copa con vino de Burdeos—. Querida, si hubieras estado allí… bueno, no se permitía la entrada a las mujeres, pero ¡si hubieras podido oírlo! Por una vez en la vida Grant perdió la serenidad, y fue el pequeño Sam el que lo consiguió, el que lo sacudió como dinamita, el que le partió todos los huesos. Y el público vio que lo había hecho yo: quinientos testigos. ¡Ah, qué noche! ¡La casa se venía abajo! Esas ovaciones de Broadway no son nada. No quiero insultarte, querida, pero todo lo demás no es nada. Sí, miss Morloch —dijo, inclinándose hacia ella hasta quedar incómodamente cerca, como si quisiera hacerle una confidencia, pero

sin bajar el tono de voz—. Todo lo demás no es nada. Pero debemos guardar nuestro secreto, ¿eh?

Malvinia se alegró de saber que el «bebé de mil millones de dólares» de míster Twain, una máquina de composición tipográfica patentada por un auténtico inventor llamado Paige, estaba siendo fabricada —¿o no estaba siendo fabricada, debido a dificultades?— en una fábrica de la calle Dieciocho con Broadway. Paige no era un simple inventor de extraordinario genio, sino un poeta —un auténtico y gran poeta— «el Shakespeare de los inventos mecánicos». Míster Twain reconoció que en la actualidad había algunas dificultades con la máquina, así como enredos financieros; pero una vez que la máquina de Paige se fabricara en cantidad y estuviera en el mercado, bueno, su beneficio para la humanidad se traduciría en cientos de millones de dólares —dinero sólido—, oro sólido; y Mark Twain estaría «en el Partenón» con Vanderbilt, Astor, Carnegie y el resto.

—Espero que para entonces hayamos mantenido, por no decir profundizado, nuestro conocimiento mutuo, miss Morloch —dijo—. ¡No es más que una cuestión de tiempo!, ridículo tiempo.

—Es usted muy compasivo, míster Twain —dijo Malvinia—. Pero, se lo ruego, hábleme de la máquina de los milagros; porque, aunque mi oído está poco instruido, tengo algo de interés por los grandes inventos de nuestro siglo.

Era una estratagema por parte de la cortesana para que su admirador siguiera hablando, y hablando, y hablando, y bebiendo, de modo que, al menos por esa noche, pudiera eludir sus inoportunas invitaciones a reunirse con él en su modesta *suite* del Players' Club con el fin de contemplar, juntos, los primeros rayos de sol filtrándose entre las ramas de los grandes olmos de Gramercy Park.

De modo que míster Twain hablaba, y su voz gangosa adquiría un tono apasionado cuando se refería con descarada adulación al inventor, que iba después del propio Dios, pues ¿no era, después de Dios, el «creador del mundo»? Mientras el Viejo Mundo acumulaba castillos, catedrales, zares anticuados y anémicos y tantas vírgenes que se podía formar con ellas una pila hasta la Luna, el Nuevo Mundo estaba en el camino correcto. ¿Acaso no habían abierto los yanquis de Connecticut una oficina de patentes precisamente en la Inglaterra del rey Arturo para que las cosas marcharan? ¿No hacía lo mismo con su propia vida cada yanqui que tenía la cabeza sobre los hombros?

—Bueno, un escritor como yo puede ser aclamado, miss Morloch, igual que los de su profesión son aclamados con frecuencia, pero no hacemos más que entretener a las masas. Como mucho, podemos esperar ser maestros y moralistas, y otros aburridos portadores de

sabiduría. Pero el inventor, ¡ah, el inventor!, ¡el gran inventor de Estados Unidos!, él es el poeta, el auténtico poeta, y nada menos que el poeta. Si pudiéramos cambiar mi débil escritura por una patente sobre un brillante mecanismo como, por ejemplo, la ginebra del algodón, o ese nuevo artilugio para ejecutar criminales, ¿la «silla eléctrica» se llama?, o la propia joya de mi James Paige, bueno, eso sería una auténtica redención, y que los misioneros de cabeza sebosa tengan la otra.

Malvinia escuchaba, haciendo muchos gestos afirmativos como si estuviera de acuerdo, mientras recorría con la vista el festivo interior, para ver quién podía estar mirándolos a ella y a su ilustre acompañante. No quedó decepcionada, pues era raro el comensal que, en este enclave sibarítico, no reconociera a miss Malvinia Morloch, e incluso aquellos acaudalados visitantes extranjeros, que comían con gran apetito y extraños modales continentales, conocían de vista al gran hombre de letras Mark Twain.

Ella escuchaba; lo comprendía; animaba a su acompañante a contarle más cosas; y, al final de un largo y particularmente apasionado discurso sobre el «exquisito, escrupuloso y completamente bello milagro» de la máquina de Paige, ella hizo un comentario reflexivo para indicar la profundidad de su atención. No, se desenvolvió admirablemente, recuperando de algún oscuro depósito de la memoria —¿tal vez de sus discursos teatrales?— estas palabras:

—A los oídos de una aficionada como yo, míster Twain, suena como si esta máquina fuera en verdad extraordinaria y se enorgulleciera usted de ella. No solo para proporcionar riqueza, la cual usted, como nuestro más grande autor, desprecia por instinto, y mucho menos para proporcionar fama, la cual ya posee usted en abundancia, sino para acelerar el progreso de nuestro gran siglo y fomentar todo lo que es raro, bueno y maravilloso en la democracia misma. Bueno, puede ser, míster Twain, que, debido a su clarividencia, futuras generaciones de la humanidad se vean irreparablemente alteradas, realzadas, revolucionadas. Yo no soy más que una mujer, y en consecuencia dudo en dar semejantes opiniones, pero me parece que esta máquina no es el sueño de un hojalatero, sino un aparato que revolucionará el continente. Y hay que aplaudirlo a usted, mi estimado señor, no solo por haber reconocido este hecho, sino por hacer todo lo posible para llevarlo a buen término.

Fue un discurso de tanto atrevimiento, y tan contagioso entusiasmo, que se comprende la susceptibilidad del anciano caballero hacia los encantos femeninos de miss Morloch.

—Su forma de pensar, miss Morloch —dijo míster Twain, al cabo

de unos segundos de arrebatado silencio, durante los cuales se quedó mirando fijamente el rostro de su compañera—, posee el timbre y la resonancia de la forma de pensar de un hombre, lo cual es muy, muy notable. Pero —añadió, temblándole el bigote en una sonrisa casi infantil, a pesar de su arrugado rostro y la fatiga que denotaban sus ojos inyectados en sangre— me alegra observar que no posee nada más, en su persona, que pudiera confundirse y tomarse como de hombre.

De esta guisa la «telegrafía mental» entre estas dos celebridades los unió, y les permitió los considerables placeres del autoengaño, inaccesibles a los que somos más humildes. De vez en cuando, el corazón de Malvinia era traspasado por súbitos recuerdos de aquel clérigo perdido con el que se había portado mal, Malcolm Kennicott; sin embargo, como tenía un corazón maravillosamente flexible, ¡con cuánta prontitud se recuperaba! Las frecuentes y animadas discusiones sobre la máquina de Paige, que míster Twain en general sostenía en compañía de otros, no podían dejar de producir en Malvinia el efecto de recordar a su rechazada familia y quizá incluso derramar una lágrima por su rechazada familia, y sobre todo por míster Zinn, al que amaba, suponía, y con quien algún día se portaría como una buena hija, si Bloodsmoor no se hallara tan lejos y sus habitantes no fueran tan pesados. (En sus momentos de más calma, obligada por las exigencias del cuerpo a soportar baños cada vez más prolongados y más calientes, Malvinia pensaba tristemente que míster Zinn, como años atrás en el cuarto de los niños, quizá sería su más preciado admirador: ella había recitado para él, y memorizado para él, y se había pavoneado ante él, y ¡ah, cuánto había aplaudido él! Ahora, sus diversos públicos podían aplaudir mucho, con gratificante entusiasmo, pero, como había observado con amargura Vandenhoffen, quizá no eran árbitros del gusto completamente meritorios, y era imposible que los amara como había amado a su padre.)

Pensaba en míster Kennicott, y lo olvidaba; pensaba en míster Zinn, y lo olvidaba. En momentos extraños, a menudo en mitad de un histriónico discurso, al resplandor de las candilejas, pensaba en sus hermanas, y se preguntaba qué papeles interpretaban ahora, y si eran tan cínicas respecto a ellos como Malvinia se estaba volviendo —ay, casi de día en día— respecto al suyo propio. (Malvinia se dio cuenta de que Constance Philippa tendría ya treinta y siete años: una edad serena.) ¿Había cambiado mucho aquella joven de fuerte voluntad?, se preguntaba Malvinia; ¿se arrepentía de haber huido del barón en su

noche de bodas, o había iniciado una vida completamente nueva? A Malvinia, vanidosa como era y obsesionada con las inevitables incursiones del envejecimiento en su tan alabada belleza, le costaba incluso intentar imaginar a su hermana mayor con treinta y siete años; prefería engañarse recordando a la atrevida, franca y bella Constance Philippa como una jovencita de once, catorce, diecisiete años, vistiendo con tanta torpeza la ropa de los domingos y tan irritada por el peso de su cabello que Malvinia no podía menos que estallar en risas y arriesgarse a ser objeto de su ira. Como mucho, Malvinia estaba dispuesta a evocar a Constance Philippa como novia, con aquel hermoso vestido de seda, el gorro y velo de encaje tan seductores en su cabeza erguida, sus ojos oscuros con un brillo de emoción no expresada, no diferente del que se vislumbraba en los ojos de algunos sementales nobles, montados por un hábil adiestrador, y sin embargo veleidosos, astutos y siempre alerta a la debilidad de cualquier otro adiestrador.

—¡Ah, mi querida Constance Philippa!, ¡mi valiente y fantástica hermana mayor! —decía suavemente Malvinia para sí—. ¡Que escaparas de tu esposo no lo dudo, que tuvieras tanto éxito como yo en conquistar el mundo más allá de Bloodsmoor, no puedo creerlo, pero espero que, estés donde estés, en cualquier circunstancia que te encuentres, seas feliz; en realidad, más feliz que yo!

Al acabar dejó escapar un suspiro de atípico cansancio, en el que se podía distinguir un poco de auténtico sentimiento por su hermana. Y como en un ensueño, adormecida su mente por el láudano, Malvinia volvió a ver los cálidos ojos castaños, las mejillas sonrojadas y la encantadora sonrisa de Octavia; y el semblante menudo, demacrado, pálido y bastante misterioso de Samantha; y el rostro melancólico y triste de Deirdre, a la que, por alguna razón, recordaba sin pensar como hermana, y no como hermana adoptiva. De haber sido sus relaciones con míster Twain más sinceras en cuanto a los asuntos personales —en realidad, sus relaciones con cualquier caballero— a Malvinia le habría gustado mucho hablar de Deirdre y de Samantha, quienes ahora, con el tiempo, le parecía que habían sido, al menos potencialmente, muy interesantes; habría disfrutado contando una alegre anécdota sobre Constance Philippa y el siniestro pequeño barón, y el maniquí; y allí estaba Octavia también, una hermana tan querida que se le perdonaba su piedad y todo el tedio que esta engendraba. Pero Malvinia Morloch brillaba tenuemente, como un bello espejismo, a solas; era parte del encanto que habían grabado en ella Orlando Vandenhoffen y el director de la compañía de teatro: mantenerse distanciada, misterioso su origen, única en su belleza,

única en su especie.

—Y dudo mucho que a mis celosos caballeros admiradores les interesara mi vida familiar —dijo Malvinia con un suspiro de diversión.

Con sus violentos cambios de humor, que iban de la melancolía y el pesar por el pasado cuando se hallaba sola a la vivacidad y alegría cuando estaba en compañía de otros, Malvinia tenía motivos para preguntarse si las críticas de míster Twain a la superficialidad del hombre y su psicología mecánica no podrían ser tristemente exactas. Cuando a míster Twain se le aflojaba la lengua por la ingestión de licores de Angostura y ponches calientes para prevenir el «vacío de enero» y clamaba sobre la mezquindad, el egoísmo y, lo peor de todo, el sinsentido de la existencia humana, Malvinia, de forma espontánea, interpretaba el papel de ingenua (como sospechaba que requería el infeliz caballero) y fingía escandalizarse; cuando pasaba de su adulación a la máquina a un ataque alarmantemente amargo contra la máquina y el «universo entero de los hombres máquina», ella fingía estar en desacuerdo y señalaba con gracia que seguro que él era una excepción a su propia filosofía. («¿Lo soy? —preguntaba míster Twain, con la mirada fija y parpadeando, inexpresivo de pronto, y, en realidad, sumamente conmovedor en su infantil pregunta—. ¿Lo soy? ¿Lo soy?», preguntaba, convirtiendo el patético momento en una broma, en una broma muy ingeniosa en su improvisada imitación de una máquina, con lo que el resto de la compañía reía estrepitosamente y la propia Malvinia no podía resistirse.)

—La vida no tiene ni dignidad ni significado —sentenciaba míster Twain con su suave acento sureño, que contrastaba divertidamente con la crudeza de sus palabras—. Ni dignidad ni significado, en absoluto, amigos míos, salvo los sugeridos por los agradables burbujeos, borbotones y emisiones de aire provocados por una excelente comida… Caballeros, damas y el resto, propongo un brindis por el Padre, el Hijo y el Cajista Santo, es decir, la mente del hombre, de la que tanto nos esforzamos por estar muy orgullosos. ¿Brindan conmigo?

Malvinia se rio con estridencia, como si estuviera encantada, y protestó:

—Mi querido míster Twain, no piensa en serio ni la mitad de lo que dice. Solo quiere sorprendernos.

A lo que replicó la voz gangosa:

—Mi querida miss Morloch, no digo ni la mitad de lo que pienso.

Sí, asintió para sí ella, que muchos años atrás había oído de labios del espíritu trascendentalista, el propio John Quincy Zinn, palabras

completamente contrarias —palabras de fe, esperanza y caridad hacia toda la humanidad— y la inquebrantable, aunque nada convencional, fe en el indefinible espíritu del universo. ¡Qué lejos, qué trágicamente lejos, ha llegado la pobre Malvinia!, puede usted pensar, ¡qué lejos de Bloodsmoor y de sus felices valles y colinas!, ¡qué lejos también ha llegado nuestra soberana nación, desde la fe poética, la dicha segura, la sagrada certeza de Emerson, hasta las medio enloquecidas diatribas del «humorista» Mark Twain! Mientras el gran Emerson declamaba con inquebrantable fe que Dios lo es todo y todo es Dios, el necio Twain declaraba, como podría haber hecho un predicador de los bajos fondos, que Dios no es más que una noción máquina, una idea máquina, presentada por la mente de «molinillo de café» del hombre. Si no fuera tan degradante, expondría los principios de la fe episcopalista, ya que se oponen a los delirios heréticos de míster Mark Twain, los vencen uno por uno; si no fuera un ejercicio superfluo, mediría la gran sabiduría de la Biblia, profunda, dictada por Dios, contra los absurdos farfúlleos de un matón adúltero y beodo, quien, quizá, apenas sabía lo que sus labios balbucían, solo que su constante círculo de admiradores se divertía y la bella actriz Malvinia Morloch se reía con los otros y parecía estar casi conquistada. (Sin que míster Twain lo supiera, miss Morloch realmente estaba casi conquistada en el crudo invierno de 1893-1894, pero solo como consecuencia de la deserción de un caballero pretendiente, un vocinglero partidario del presidente Cleveland que había encontrado una bailarina egipcia más de su gusto que la temperamental miss Morloch, quien, al fin y al cabo, ya no estaba en la flor de su juventud. Un hecho que míster Twain sin duda desconocía, y que la propia Malvinia solo había sabido indirectamente.)

—No ponga esa cara tan triste, mi querida miss Morloch —dijo míster Twain, cogiéndole la mano y llevándosela a los labios—, aunque no seamos más que máquinas, y aunque no nos guíe más que nuestro tosco egoísmo, no niego que con frecuencia se producen intereses mutuos, en realidad, placeres mutuos, de una clase que se satisface mejor en pareja.

El romance terminó de forma brusca y espantosa la noche del 13 de enero; dicha noche había comenzado cuando, tras una representación de *Lo amaba tiernamente*, míster Twain llegó al camerino de Malvinia para acompañarla a una fiesta privada, donde se bebió mucho y se produjo una acalorada discusión entre partidarios y contrarios de la posibilidad del plan de Carnegie de absorber Gran Bretaña, Irlanda y

Canadá y formar una entidad que se denominaría «Mancomunidad Americana». Míster Twain estalló en carcajadas ante esta absurda idea, pues ¿quién querría a la pobre Irlanda, al Canadá lleno de alces y a la regordeta reina Victoria? Al fin y al cabo, ya era bastante odioso haber recuperado El Álamo.

Más tarde se produjo una discusión, no puedo decir cómo o por qué, sobre los méritos comparativos de la cura de la mente de la ciencia cristiana de mistress Eddy y la escuela del conocimiento y la memoria del profesor Lupa, esta última preferida por míster Twain y la primera por sir Charles Nook, quien, según dedujo Malvinia, había invertido 10.000 dólares en la máquina de componer de Paige y era un amigo algo precario de míster Twain, aunque, en realidad, todos sus amigos eran «precarios», si es que no se habían dado ya a la fuga.

—Vamos, miss Morloch —ordenó míster Twain—, venga conmigo. Esta gente es muy vulgar, y usted y yo nos degradaremos si permanecemos entre ellos.

De manera que llamaron a un taxi y Malvinia y su acompañante fueron conducidos al Nicklaus, y míster Twain, cogiéndola brutalmente del brazo, le hizo saber que si no le permitía acompañarla a su *suite* y hasta el interior de esta, inmediatamente, no esperara volver a tener noticias de él. Malvinia, algo crispada, accedió, pues, al fin y al cabo, pensó, mirando como hipnotizada las lámparas de gas de Park Avenue, que parecían retroceder y pasar por su lado, en una interminable corriente, al fin y al cabo, el bullicioso viejo necio quizá por entonces ya había pagado su deuda.

Sin embargo, una vez en la perfumada intimidad del dormitorio de Malvinia, la pareja se vio abocada a una nerviosa reserva, y míster Twain fue tan torpe, simplemente al desvestirse, que el corazón de Malvinia se animó con la momentánea esperanza de que el hombre se desplomara indefenso en la cama y no hiciera nada y, por la mañana, estuviera convencido de que sí lo había hecho.

Pero el decidido hombre de letras se enderezó y, tras unos momentos difíciles, durante los cuales su rostro enrojecido enrojeció aún más, logró deshacerse de su almidonada camisa, que estaba rígida como una armadura, y de esa vulgar prenda interior masculina conocida como calzones largos, que, en el caso de míster Twain, eran de una tosca lana gris y estaban sorprendentemente manchados para alguien de su reputación y supuesta riqueza. Entonces se volvió hacia su ansiada amante, que se hallaba de pie en actitud de virginal distancia, orgullosa, y sin embargo tímida como una muchachita, no diferente de la joven Julieta en uno de los primeros éxitos de miss Morloch en el escenario; se volvió hacia ella en una exhibición de

espíritu lascivo, suspirando y emitiendo una risa nerviosa, y frotándose las manos, y la cogió por los hombros para plantarle un beso húmedo, y extrañamente infantil, beso en los labios entreabiertos. Miró entonces con inquietud en torno a la habitación lujosamente amueblada, con sus varios espejos ornamentales y sus numerosos jarrones con flores que, a la luz penumbrosa de aquella hora tan tardía, y tan ilícita, producían la extraña impresión de ser testigos de este degradante espectáculo, y míster Twain ordenó que apagaran enseguida las velas y que «la oscuridad fuera el orden del día».

Dijo en broma:

—Porque es necesario que se realicen ciertos rituales, querida, pero no han de ser observados.

—Sí, míster Twain —dijo Malvinia con voz alegre, insensible, mientras se apresuraba a cumplir su orden sin pensar—, sí, tiene usted razón.

Siguió entonces el olvido de la noche más oscura, con las trágicas consecuencias que tanto me cuesta poner por escrito.

Siguieron de inmediato, sobre la cama, con su dosel de seda y sus gruesos cuatro postes, unos minutos de coqueteo, torpes, esperanzados y picaros, aunque me veo obligada a creer que muy poco naturales en una pareja de intención adúltera: besos de fervor adolescente y humedad; y torpes aunque enérgicas caricias; y un intento de viril abrazo; y diversos susurros amorosos, y murmullos y mimos (mientras Malvinia mostraba una actitud reacia y recatada, agradable para ambos protagonistas), y muchas declaraciones, arrastrando más las palabras ahora debido a la urgencia, sobre la asombrosa belleza, voluptuosidad y deseabilidad general de miss Morloch. (Que míster Twain hubiera contraído sagrado matrimonio cristiano, muchos años atrás, y que su esposa inválida, Livy, le escribiera fielmente desde Europa, durante todo el tiempo que él estuvo cortejando a Malvinia, no era, por supuesto, un hecho que el canalla esposo se molestara en mencionar; sin embargo, era un hecho que Malvinia conocía bien por otras fuentes. Por tanto, este «abrazo amoroso» no iba a ser simplemente un abrazo no bendecido por ningún juramento religioso, sino que desafiaría claramente el sagrado matrimonio, acción que comportaba enormes riesgos, pues a nuestro Padre Celestial no le gusta que lo insulten. También era vergonzoso el hecho de que a Malvinia le importara un comino la existencia de una esposa fiel y traicionada, inválida o no, pues ¿quién entre sus numerosos pretendientes «solteros» no estaba casado?)

Unos minutos de juegos amorosos como los animales y la gradual

«entrega» de la hembra, y el galante intento por parte del macho de iniciar el acto unitario, y entonces, de pronto, ay, ¡la Bestia!

¡La Bestia! Anunciada por una súbita risita en la garganta de Malvinia, baja, irreverente e insinuante; ¡y de pronto tironeó del bigote húmedo de míster Twain!

Y entonces, presa de un ataque que no podía detener, Malvinia hizo rechinar los dientes furiosamente y empezó a lanzar groseras imprecaciones, guturales y jocosas —en realidad, bestiales—, que brotaban de sus encantadores labios, los cuales, apenas diez minutos atrás, habían parecido tan encantadores. Estas blasfemias y obscenidades y «nombres» primitivos de partes del cuerpo no solo son tan malignos en sí mismos que no merecen consideración alguna en esta crónica, sino que, me enorgullezco en afirmar, son tan extraños a mi experiencia, incluso en el sentido verbal, que no podría ni empezar a adivinar cómo se escriben, y no lo intentaré aquí.

La osadía amatoria de míster Twain, que era más el resultado de la ingestión de alcohol que de una inclinación natural, como cabe imaginar se enfrió de inmediato con esta actuación; sin embargo, Malvinia Morloch no tuvo piedad de la consternación de su amante y, en realidad, puede que no tuviera clara conciencia de ella, con tanta fuerza se introdujo la Bestia en su delgado cuerpo, metiéndose en sus brazos y piernas y torso y las zonas bajas de su ser, como una mano grande y fuerte que se metiera en un apretado y resistente guante femenino.

El infortunado caballero lanzó un grito, con sorpresa que medio deseaba ser divertida, como si los paroxismos de su amante no fueran sino una broma; pero no fue divertido cuando unos delgados dedos femeninos, atrevidos gracias a la oscuridad, palparon y golpearon y retorcieron y apretaron, y una rodilla se lanzó hacia arriba, con dolorosos resultados, y las plantas ardientes de unos pies frenéticos «se pasearon» por todo el cuerpo de míster Twain por delante y por detrás. La obscena risita aumentó de volumen, surgiendo, era evidente, de lo más profundo de la garganta de la damisela; olores inexplicables —no, inefables— se desprendían de los orificios primigenios del cuerpo; hubo una lucha brutal, y pelea, y gruñidos, y en la imaginación del asombrado autor aquello evocó una imagen que suponía olvidada hacía tiempo y vio de nuevo, paralizado por el terror, las hazañas de un monito a bordo del barco *America*, azotado por el cólera, en enero de 1867. Esta pequeña criatura, del tono de la canela y de rostro maravillosamente atractivo, menudo, marchito y como de niño, había sido ataviado grotescamente con pantalones de terciopelo negro, chaqueta con galones y corbata de cordón negra, y,

para depravada diversión de pasajeros y tripulación, que intentaban distraerse del horror de la epidemia de cólera, le habían dado a comer plátanos empapados de *brandy*, de modo que la pobre criatura enloquecida farfullaba y giraba y echaba espuma por la boca y rodaba por la cubierta, presa de convulsiones. Un espectáculo lamentable que míster Twain había logrado enterrar durante casi tres décadas, pero que ahora apareció de pronto, y con gran confusión, mientras el hombre luchaba, como para conservar la vida, con la bella Malvinia Morloch…

(Así actuaba la Bestia, cuya descripción me repugna escribir, y estoy segura de que produciría un efecto equivalente en cualquier persona normal, de cualquier sexo; pero me veo obligada a continuar, de acuerdo con mis responsabilidades como autora, segura de que Dios me absolverá de cualquier pecado que cometa inadvertidamente, en el proceso de la transcripción, ya que Él me encomendó la tarea, para justificar los extraños caminos que tiene el hombre, en nuestro gran siglo, para llegar a Dios mismo.)

La transformación de un episodio de amor romántico, aunque adúltero, en un episodio tan desconcertante habría sido ya incomprensible de por sí en un hombre más joven; en míster Twain, quien, hay que recordar se acercaba a los sesenta y además sufría de reumatismo y gota y diversas dolencias dispépticas, agravadas en esta ocasión por la pesada cena a base de ostras, cerdo, *crêpes suzette* y otras exquisiteces, incluidos muchos licores, el efecto fue grave; me alegra decir que no fue catastrófico, en el sentido de provocar una angina de pecho fatal en aquel maloliente y adúltero lecho, pues piénsese en la aflicción y la horrible humillación que ello habría supuesto para la pobre Livy Clemens, que residía con toda inocencia, en estado de invalidez, en París.

Pero la Fortuna, aunque hacía muecas, sonrió a míster Twain, quien, aunque estaba tan asustado que le castañeteaban los dientes y se le había helado la sangre y el corazón le latía con fuerza, no murió, ni siquiera se desmayó a causa del terror, lo que da fe, sin duda, de su dura infancia en el campo y su experiencia en la frontera. Malvinia lo golpeaba, le daba bofetadas, lo pellizcaba, le tiraba del pelo y del bigote, le arañaba la cara y, maldiciendo y riendo como un verdadero diablo, ¡tironeaba de su órgano masculino de reproducción!; pero el asombrado caballero se había recobrado ya lo suficiente y había reunido las fuerzas que le quedaban para defenderse y, por fin, librarse de ella, y, jadeando, resollando y sollozando, se arrastró fuera de aquel lecho de bestiales extremos y huyó, desnudo tal como había venido al mundo, y salió del dormitorio, cruzó la sala exterior

iluminada por velas y corrió por el alfombrado corredor, donde las lámparas de gas colocadas en hornacinas doradas arrojaban su somnoliento resplandor sobre su cojeante y lastimosa figura.

¡Y así se salvó!

Y pasó el generoso resto de sus días, dieciséis años en total, sin duda adoctrinado, y purificado, por esta humillante y aleccionadora experiencia sobre los peligros que aguardan al esposo infiel que se aleja del lecho matrimonial.

(Mark Twain huyó y se salvó del nefasto abrazo de la Bestia, pero me temo que, para su extrema turbación, los miembros del personal del hotel que a aquellas horas insospechadas se hallaban de turno, y la dirección del hotel Nicklaus en general, aunque respetaban la obras literarias del afamado autor no se privaron de difundir historias divertidas y maliciosas sobre este peculiar episodio. Sin embargo, no puedo seguir a esta fugitiva forma desnuda más allá del corredor, sino que debo cerrar una puerta tras él, por decirlo de alguna manera, y permanecer con Malvinia, que seguía gruñendo, maldiciendo y palpitando, ahora a cuatro patas sobre las húmedas y arrugadas sábanas, aturdida y feroz como una tigresa porque se le había escapado la presa.)

No obstante, incluso su voz de protesta, su quejumbroso lamento, tenía algo del inconfundible tono de la Bestia cuando con perpleja indignación gritó:

—¡No sé lo que ha ocurrido, ni por qué! ¡No soy yo! ¡Míster Twain, se lo ordeno, vuelva! ¡No lo hago yo, no es culpa mía! ¡No es culpa mía, lo oye! ¡Canallas! ¡Bribones! ¡Soy inocente!, ¿me oye?

60

Apenas quince días más tarde, a finales de enero, miss Malvinia Morloch provocó mucha discusión entre el público asistente al teatro, y los sabios de Broadway, al salir corriendo del escenario del Fanshawe, en una de las escenas iniciales de *Lo amaba tiernamente*; su tez blanca como la cera y la poco elegante prisa con que se marchó dieron crédito a la teoría de que la celebrada actriz había sufrido un ataque morboso de algún tipo. Algunos sugirieron que «una trágica decepción» amorosa le había traspasado el corazón; otros, que su «conocida afición» al alcohol era la responsable.

Miss Morloch no solo salió corriendo, afligida, del escenario, dejando atónitos a sus compañeros actores y al público, sino que también se marchó corriendo del teatro, apartando todos los brazos que intentaban retenerla y, que se supiera, también se marchó de la ciudad.

Fue una conducta sin precedentes en una actriz tan excepcionalmente profesional, y absolutamente inexplicable, pues nadie en el Fanshawe recibió ninguna carta de explicación o disculpa, ni ningún periodista descubrió motivos, entre los numerosos conocidos de la popular actriz a los que entrevistaron. Una aventura amorosa desastrosa, una crisis alcohólica de alguna clase, un colapso nervioso, una súbita pérdida de aquella audaz confianza que han de tener los actores para exhibirse ante un público; muchas eran las teorías, pero nadie, ni siquiera los compañeros de teatro de miss Morloch, podía afirmar nada con seguridad.

Si hubieran sabido que unos susurros de «¡La Bestia! ¡La Bestia!» habían empujado a la desdichada joven mujer fuera del escenario y la habían perseguido durante muchas noches infernales desde el vergonzoso episodio ocurrido en el hotel Nicklaus, sin duda se habrían quedado asombrados, aunque no más informados.

Y así fue como desapareció miss Malvinia Morloch, sin dejar rastro que pudiera explicar su paradero o el extraño misterio de su conducta. Abundaban las especulaciones, y se decía que la desdichada mujer se había ahogado en el río, había cometido el sacrilegio del suicidio, o se había recluido en un manicomio o en un convento católico, o, simplemente, en absoluta humillación, había huido a la oscuridad.

Y adonde haya huido, es de esperar que, aunque sea una pecadora, no la alcance esa espantosa imprecación: «¡La Bestia! ¡La Bestia!».

61

En la turbulenta década que siguió a aquella velada histórica en Gramercy Park, Deirdre de las Sombras adquirió fama internacional como «vidente», y sin duda también una considerable fortuna, como consecuencia de su talento y de su implacable y decidida ambición.

El declive general del interés del público —en realidad, de la credulidad del público— por el espiritismo, observado en la segunda mitad de los años ochenta, y de forma inconfundible en los años noventa, podría atribuirse en parte a que volvió a despertarse en los hombres y mujeres cristianos la comprensión de la verdad inviolable de esa religión, o a las numerosas revelaciones de fraude entre los videntes y médiums espiritistas. Sin embargo, este declive solo afectó a los que poseían dotes mediocres o carecían de ellas, ya que los practicantes aclamados como Deirdre de las Sombras siguieron prosperando y eran buscados por numerosos clientes, como el propio gran Home; quizá ella más, pues mientras Daniel Dunglas Home adoptaba aquel sarcasmo burlón hacia sus talentos y sus clientes, a menudo observado en el varón afeminado, e insultaba gravemente a aquellos de creencias normales, Deirdre se comportaba en público de manera impecable, como cabría esperar que se comportara una joven mujer que se hallaba bajo el hechizo y, en realidad, al generoso servicio del mundo del espíritu. Ella era sumisa, dócil, poseía un semblante bello y cada vez más ascético, su voz era un suave susurro, sus adorables ojos oscuros nunca descarados, sus movimientos sombríos, estudiados y maravillosamente ágiles, de modo que muchos de sus impresionables clientes decían de ella que era un «ángel emisario» enviado por el propio Dios para ayudar a provocar una revolución en la conciencia humana referente a la fluidez de la barrera existente entre los dos mundos. Una afirmación blasfema que me cuesta escribir sin temblar hasta las raíces de mi ser.

Hay que decir en su favor que Deirdre nunca reconoció en público semejantes afirmaciones, y en realidad procuraba comportarse con la debida modestia. Hacía muy poco, salvo entregarse para que los espíritus de los muertos pudieran acercarse a los vivos y hablar.

—No soy yo —decía con voz suave—, sino los otros, nuestros amigos del mundo del espíritu, los que, con su bondad y su infinita sabiduría, hacen posibles todas las cosas.

Sin embargo, no considero que fue únicamente el resentimiento lo que provocó el comentario hecho por el desgraciado hijo de uno de los clientes de Deirdre (quien le había regalado un brazalete de esmeraldas de valor incalculable, en un arrebato de extática gratitud) de que, aunque a los «espíritus» se les atribuían todas las virtudes y actuaban de forma incansable, no se les pagara ¡ni una miseria de los exorbitantes honorarios de la médium! Aunque la investigación que había realizado la Sociedad de Investigación Psíquica sobre Deirdre de las Sombras tuvo trágicas consecuencias para varios caballeros, y provocó indecible pena en sus amorosas familias, sirvió para subrayar un principio, hasta entonces rigurosamente observado en los mejores círculos espiritistas, de que nunca hay que tentar a los espíritus para que se «manifiesten». Y provocó el considerable beneficio, para la joven médium, de que la sociedad la invitó a unirse a su augusto grupo, honor que solo se había concedido a otros dos médiums estadounidenses examinados con anterioridad, ambos del género masculino.

—Y ahora verá usted lo equivocada que estaba, madame — murmuró Deirdre para sí, mientras permanecía a solas, triunfante, con la carta deliciosamente gratificante en la mano.

Un apacible día de finales de primavera, cuando la vegetación de Gramercy Park latía con vida nueva, y se habría precisado una cantidad considerable de imaginación —¡y considerablemente morbosa!— para evocar los horrores de aquella tarde memorable, Deirdre tuvo una entrevista sumamente extraña con el doctor Stoughton, en las oficinas de la sociedad. Aquel destacado joven médico ahora había asumido el cargo de presidente de la rama de Nueva York de la sociedad, y es muy posible que la responsabilidad de su cargo, así como la autoridad que implicaba, sin duda agradable, lo hiciera invitar a Deirdre al bello edificio de piedra caliza, donde habló con ella del voto unánime de los miembros para que su calidad de médium fuera confirmada y le dijo que se le concedía el honor de entrar a formar parte de la sociedad.

Deirdre, como es natural, le dio las gracias, pero prosiguió, con aire de recatado asombro:

—Acepto su invitación con gratitud, no, con profunda humildad, pues a pesar del «talento» del que usted y sus asociados tienen la bondad de hablar, sé que no soy sino un medio a través del cual los espíritus se dirigen a los vivos, y hay en ello muy poco de voluntad propia, salvo prepararme dejándome ir.

El joven doctor Stoughton, en el que la actitud sensible quedaba sutilmente templada con la impasibilidad de la autoridad masculina, que hace que los que practican la profesión sanadora sean tan parecidos a los ministros de Dios, hizo una pausa momentánea y luego pronunció estas palabras que Deirdre no olvidaría en años:

—Deirdre, pues así me veo obligado a llamarte, ¡y espero que no te importe!, mi querida Deirdre, tal vez sea una grave infracción de mis deberes profesionales en estos momentos, y sin duda ofensivo para ti, pero creo que debo hablar abiertamente, y con franqueza, y, en realidad, afectuosamente, como un hermano, y no como alguien que tiene el extraño poder de «darte permiso»; debo abrir mi corazón y decirte que, en mi opinión personal, a diferencia de la profesional, harías bien en abandonar tu carrera como médium, pues no es adecuada para una joven dama, y no es, si me permites el atrevimiento, adecuada para ti.

Deirdre dio un ligero respingo al oír estas inesperadas palabras, y tan grande era su asombro que su acostumbrada máscara de sumisa, resignada y a veces extática serenidad dio paso, de pronto, a una expresión de complejidad casi imposible de definir: alarma, ira, desafío y curiosidad infantil, tumultuosamente mezcladas.

—Doctor Stoughton, sus palabras son muy peculiares, en verdad —dijo ella—, y debo reconocer que realmente me ofenden. Que la profesión de espiritista no sea adecuada para ninguna joven dama es una afirmación que me cuesta aceptar y, aun así, la encuentro más razonable que su impertinente afirmación de que no es adecuada para mí.

El doctor Stoughton bajó la mirada hacia ella y la observó con una expresión de profunda meditación, entrecerrando por una fracción de segundo sus ojos castaños al oír la respuesta de la pequeña damisela. (Pues el caballero estaba acostumbrado, imagino, a la asustada sumisión femenina y aquiescencia en todos los asuntos en su práctica profesional.) Dijo entonces, con una seriedad imbuida de cierta humildad y una leve sonrisa grave en sus bellos labios:

—Mi querida Deirdre, me he arriesgado a ofenderte al hablar con tanto atrevimiento, pero no lo lamento, pues al despertar esta

mañana, no, al verte por primera vez, unas semanas atrás, me asaltó una sensación extraña aunque no desagradable, la sensación de que soy un instrumento, un medio, un recipiente, un médium, si quieres, al que se le ha confiado la obligación absolutamente sencilla de informarte de todo lo que he dicho y de más, si accedes a escuchar.

Deirdre hizo un leve movimiento, como si fuera a levantarse, pero volvió a hundirse en la silla, pálida, salvo por un débil rubor en las mejillas.

—Doctor Stoughton —dijo—, este interés me honra; no obstante no puedo estar de acuerdo con su afirmación de que no es desagradable. Me parece muy extraño, en verdad, saliendo de alguien de su calibre profesional y a quien se ha confiado la presidencia de la sociedad, habiéndose retirado, deduzco, el infortunado doctor Dodd.

—En verdad puedes encontrarlo extraño, Deirdre —dijo el doctor Stoughton, hablando siempre con una formalidad estudiada y delicada, mientras pronunciaba su nombre (pues no podía dirigirse a ella como «miss Deirdre», ni como «Deirdre de las Sombras», apelación que siempre me ha parecido abominable)—, pero no menos que yo. Sin embargo, no es exagerada mi convicción de que solo a mí me han confiado este consejo, pues creo, y tengo razones para ello, que aquellos con los que actualmente te asocias y aquellos con los que te has asociado hasta hace muy poco (me refiero a la notoria condesa Blavatsky) no te lo ofrecerían, pues su interés por tu carrera tiene el peso de una inversión.

—Me cuesta comprender su lenguaje, doctor Stoughton —dijo Deirdre, pálida—, pero le ruego que continúe, no quería interrumpir.

—Espero que lo que expreso no quede confuso por ninguna ambigüedad en mis motivos —dijo el doctor Stoughton, mientras una expresión singularmente dolorosa cruzaba su semblante—, pues, como nuevo presidente de la sociedad, me veo obligado a darte la bienvenida entre nosotros e invitarte a todas las ocasiones, de naturaleza profesional o social, que la sociedad patrocine, e iría contra mis propios intereses y los de la sociedad si sugiriera que dejaras todo esto y te retiraras a otro modo de vida.

Se oyó una débil risa burlona, tan clara como el trueno resonando a una gran distancia, bajo el horizonte terrenal: la risa de Zachariah, puede ser; pero enseguida se ocultó en la de Deirdre, a la que esta se entregó unos momentos, sin que su pálido semblante dejara traslucir alegría alguna.

—He sido elegida desde que nací, sin que mediara por tanto mi voluntad, y ello forma parte de mi ser, doctor Stoughton, como estas manos, y este rostro, y este pelo, y esta curiosidad fisonómica que son

las entradas marcadas —dijo con voz baja, sin aliento—. Por eso, si le interesara a un caballero de profesión científica como usted el experimento de definir mi ser en oposición a mi naturaleza misma, el resultado no solo sería un desastre, sino que, creo, sería imposible. Los términos de mi contrato en el plano terrenal son tales que no estaría aquí, en esta silla, si no tuviera este ser en particular, el cual, deduzco, a usted le resulta muy desagradable.

—En absoluto, miss Deirdre, quiero decir, Deirdre; en absoluto, en absoluto —balbuceó el desconcertado caballero, mientras, sin dejar de mirarla a la cara, parecía casi vencido por la valiente insolencia de sus ojos, en los que un sinnúmero de encendidos rayos, de origen posiblemente preternatural, convergían en un foco ardiente—. ¡No eres desagradable, no podrías serlo! Me refiero, aunque desalentado por lo que me está costando expresarme con claridad, solo a tu dedicación profesional, en los círculos espiritistas, sin la guía moral ni mundana de ningún tutor, por lo que veo en el momento presente; eso es lo que mis torpes palabras querían expresar, y nada más.

—No obstante, es mucho, señor —dijo Deirdre con aparente calma.

El doctor Stoughton de pronto se levantó de la silla y se puso a pasear por la habitación, como si padeciera una ansiedad poco común, y murmuró con voz casi quebrada:

—Estoy convencido de que solo yo estoy obligado a ofrecerte socorro. Y, sin embargo, si no lo deseas… Y, sin embargo, si estoy confundido… Sería, me temo, una transgresión imperdonable por mi parte, más intensificada tal vez por mi experiencia profesional y mis consiguientes pretensiones de sabiduría. Porque es evidente que eres una de las médiums más dotadas de todos los tiempos, además de no tener, no es necesario que te lo diga, paralelo en este país, en estos tiempos; y ¿por qué no ibas a ocuparte como desees? ¿Por qué no ibas a dejarte arrastrar por el frenesí de las demandas de los demás, siempre que constituyan un medio razonable, y este me parece sumamente razonable, de ganarte la vida? ¡Ah, no sé! ¡No sé! —exclamó el alterado joven, con el rostro del color de la ceniza, traspasando con sus ojos los de Deirdre, como si quisiera medir el grado de la repulsión de esta—. Imaginarme a mí mismo depositario de cualquier clase de misión, por muy bienintencionada que sea, quizá es un autoengaño como… como…

Y aquí, con grave turbación, el doctor Stoughton se interrumpió y tragó saliva, tras haber cometido semejante error (pues, por supuesto, nuestra ingeniosa joven dama sabía exactamente a qué se refería, pues su sensibilidad era natural además de supranatural), y apenas pudo continuar, por lo que se apoyó en los estantes llenos de libros de su

despacho y, por un breve instante, se entregó a una postura más adecuada para un indigente común como los que, ¡ay!, ahora se veían con tanta frecuencia en las calles de nuestra metrópolis que para un médico y científico de la más alta reputación. Su bello rostro se tiñó de color, y dijo, ahora en un tono discretamente contenido:

—El fenómeno del autoengaño no puedo sacarlo a la luz en el momento presente, pues el asunto que estamos tratando es otro, y mucho más importante. El engaño es un tema lo bastante sugestivo, y, creo, raras veces comprendido verdaderamente, pero el autoengaño… ¡ay! Una verdadera profusión de enigmas, cada uno con su propio sabor, o veneno, distintivo —dijo, ahora sonriendo con timidez, e incluso haciendo un intento de reír, como para disipar la atmósfera inconfundiblemente extraña (en realidad, misteriosa) que había empezado a impregnar la habitación en los últimos minutos; una atmósfera, me atrevo a adivinar, que poco se alivió con la casi inaudible repetición de aquella risa burlona baja, ni con la peculiar y apenas perceptible vacilación de las luces de gas, si bien cuando el doctor Stoughton miró decidido alrededor y escuchó con diligente concentración, no descubrió nada raro—. El engaño, el autoengaño… No, no pisaré ese terreno precario, pues te estoy alterando excesivamente, o, tal vez, enojando, ¡y también de forma imprudente!, ¡ah, sí!, ¡imprudente!, como el desdichado Eglinton ahora atestiguaría y los otros… imprudentemente, imprudentemente —dijo con nerviosismo, enrojeciendo aún más y con una leve intensificación de aquella sonrisa tímida e incluso infantil que dedicó a la solemne joven dama.

—Se está extralimitando, doctor Stoughton —dijo Deirdre con calma—. Está demasiado acalorado; dentro de un momento, hará que el bonito jarrón egipcio caiga del estante y se haga pedazos, con lo que introducirá un elemento de contratiempo material en nuestra discusión, lo que lo alarmará; su pulso ya ha empezado a acelerarse, sospecho con tristeza, temiendo alguna travesura o venganza de los espíritus por haber pisado demasiado cerca, según su propia imagen, esa profusión de la que hablaba. Y por eso le ruego que se siente, y se descargue de todo lo que tiene que decir, cumpliendo su sagrada misión.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con una ligera aunque inconfundible ironía, tan sutil como la amargura que contiene el mejor té de China que se ha dejado reposar más de tres minutos.

Al oír esto el doctor Stoughton bajó la mirada, como sorprendido en los más secretos recovecos de su ser; sin embargo, con un aire de cierto alivio, que se mezclaba de un modo sumamente agradable con

su actitud nerviosa, infantil, volvió a su escritorio y a su asiento y logró conservar su esperanzada sonrisa. Su voz casi se había calmado y había recuperado algo de su autoridad cuando dijo:

—No me sorprende, mi querida Deirdre, que hayas adoptado este tono; en realidad, es un tono muy adecuado, pues a mi manera vacilante, torpe y absolutamente carente de gracia te he pedido algo que yo no aceptaría si alguien me lo pidiera, por muy buena que fuera su intención. Con esto quiero decir, como tan bien lo has expresado, que te he pedido que consideres un modo de acción tan contrario a todo lo que crees de ti y de tu destino único, que es prácticamente imposible de explorar mediante el raciocinio, como si algún filósofo viejo y chocho pidiera a la sustancia que se definiera a sí misma, despojada de sus cualidades, o algún científico loco deseara «curar» a una persona de lo que, ya por inclinación, ya por hábito, él mismo es, o de algo tan meramente superficial como una marca de nacimiento. Sí, entiendo, de verdad lo entiendo —dijo pensativo el joven, aún enrojecida su cara de fuertes huesos—, y espero que me perdones, pero insisto en creer, con inquebrantable firmeza, que la carrera pública de médium no es un destino impuesto en ti por los «espíritus» o por tu terca decisión, sino que es accidental en tu esencia y… —aquí vaciló un instante antes de lanzarse con gran audacia a decir—: … podrías haberte librado de él si te hubieran aconsejado de la forma correcta, guiados por el debido respeto a tu valía.

De nuevo se oyó aquella risa distante, débil, susurrante y misteriosa.

Pero entonces Deirdre respondió con voz calmada y melancólica:

—«Lo correcto» tiene mucho que ver con «el decoro», creo; y ninguna de las dos cosas, doctor Stoughton, tiene mucho que ver conmigo.

El doctor Stoughton levantó la mirada, alarmado, hacia su semblante y, por un largo momento, temblando, no pudo hablar. Luego dijo apresuradamente:

—¿Te he ofendido irremediablemente? No tenía intención de hacerte daño, te lo aseguro, ¡ningún daño! Solo quería sugerir —dijo el caballero, agitado— que el calor de un amigo o un hermano… que la vida de médium profesional no tiene por qué ser tu destino; pues hay otros, te lo aseguro, que aportan más recompensas y una satisfacción mucho mayor.

—¿Y cuáles son, si puedo preguntarlo —dijo Deirdre con expresión impasible, aunque en sus grandes ojos oscuros ardía un fuego apenas contenido—, esos otros destinos, doctor Stoughton?

De nuevo el hombre bajó la mirada y de nuevo la desvió, como si

estuviera confundido, o como si se hubiera asustado un poco al oír risas distantes, siniestras como el trueno, o invisibles olas lamiendo las tablas del suelo del estudio, lo cual este franco hombre de ciencia decidió pasar por alto.

—¡Ah, quizá esté mal que hable, que responda al impulso de mi corazón, que ofrezca socorro donde no se desea! Porque, al fin y al cabo, ¿qué tengo yo contra tu destino, tu carrera pública, tu práctica, tu vida como «Deirdre de las Sombras»? No sé… no sé… Quizá incluso ocurre que me engaño dolorosamente cuando imagino que puedo ofrecerte ayuda; ¡quizá eres tú quien debería ofrecérmela a mí! No obstante, Deirdre —dijo el hombre, sonrojado, con un gesto de renuncia y una sonrisa incómoda en sus varoniles labios—, no obstante, debo hablar con franqueza, aunque corra el riesgo de que te enfurezcas, o, disculpa, enfurezca a tus espíritus. Debo prevenirte contra una vida dedicada al «servicio» del espiritismo, respondiendo siempre a las demandas de los demás, ya sean espíritus de muertos o de clientes vivos. ¡Ah, desangrar tu vida con esto, en habitaciones oscuras, entre el duelo perpetuo! Mi querida muchacha, ¡es un destino de lo más lamentable!

De repente, Deirdre se llevó ambas manos a la cara y, en un gesto curioso, se apretó las puntas de los dedos enguantados contra los ojos cerrados, al principio levemente, y después con más fuerza. Puede ser que la agitada joven dama intentara contener las lágrimas o una reacción impropia similar, pero, cuando al fin habló, su voz no había cambiado mucho y su actitud conservaba la apariencia de calma glacial.

—Y quiero preguntarle, doctor Stoughton, ¿qué destino no es, en su opinión profesional, lamentable?

Las mejillas del doctor Stoughton ardían y enrojecieron aún más cuando habló con voz algo temblorosa, aunque decidida:

—La feliz tarea propia de tu sexo: los sagrados deberes de la amada esposa, compañera y madre. En oposición al vulgar y mercantil tumulto del gran mundo, los idílicos placeres del hogar doméstico, los cuales, según creo firmemente, convierten un pequeño espacio en el mundo entero y nos proporcionan una pequeña parte de la dicha que, si somos muy afortunados y lo merecemos, tal como nos promete Nuestro Señor, es el Cielo en el futuro.

Al oír estas impetuosas palabras, Deirdre miró con ojos brillantes —no, chispeantes— a su interlocutor y, levantándose de la silla, dijo con cierto desdén:

—¡Así que esposa, compañera y madre! ¿Y ha dicho también «sagrada», doctor Stoughton? ¡Ah, es demasiado divertido: sagrada!

El doctor Stoughton se levantó con torpe prontitud de su asiento, y habría ofrecido sus disculpas por haber hablado con demasiada franqueza realmente, pero la altiva joven dama le preguntó:

—¿Y su esposa, doctor Stoughton, realiza tan felizmente la tarea propia de su sexo, y está tan extáticamente inmersa en los sagrados deberes de su destino, como para hablar con igual pasión de ese destino como ha hecho usted? ¡Ojalá estuviera aquí para dar su opinión!

—No tengo esposa —murmuró el doctor Stoughton—. No estoy casado.

Se oyó de nuevo la risa baja, y un siseo de origen desconocido en el aire, y los chorros de gas vacilaron. Y Deirdre, con cierto temor de que sus espíritus traviesos se precipitaran a destrozar el despacho e hicieran perder la tensa compostura del doctor Stoughton, se dirigió hacia la puerta, sin que la dignidad de su porte erguido dejara traslucir ni un ápice de la emoción que sentía: ni la enojada diversión, ni el dolor. Sin embargo, no pudo resistirse a efectuar un comentario de despedida, expresado en voz baja y falsamente gentil, del cual dejo constancia solo con vacilación, pues refleja una sensibilidad que no podía proceder de aquella devota pareja cristiana de los Bonner, ni de los Zinn, y que de hecho denigra la educación recibida en Bloodsmoor.

—Le estoy sumamente agradecida por su sugerencia, doctor Stoughton, salida de esa fuente de sabiduría que es usted, tanto como consecuencia de su profesión en la vida como de su masculinidad; pero me perdonará si pongo reparos a ella, pues prefiero mucho más relacionarme con los espíritus.

62

Aunque no fue hasta el otoño de 1895 cuando Deirdre de las Sombras se vio obligada a retirarse del ejercicio de la profesión de médium, después del exorcismo, difícil pero con éxito, de un espíritu maligno en una vieja casa de campo de Fishkill, Nueva York, no me equivoco al señalar que las semillas de la destrucción de la joven mujer fueron sembradas muchos años antes; casi estoy tentada de decir, ay, el día mismo en que nació.

(Con esto no quiero decir solamente que aquel nacimiento, en otoño de 1863, estuvo quizá más envuelto en el misterio y la vergüenza de lo que podríamos pensar; quiero decir además que, no obstante el infinito amor y misericordia de Dios, y el sacrificio de Jesucristo en todo momento, en nuestro mundo caído parece haber almas claramente señaladas para el pecado, y en consecuencia para la aflicción, desde el primer instante en que toman aliento. No cabe duda de que esto es lo que la religión cristiana quiere decir con lo del pecado original; y, sin embargo, ¿por qué algunas personas se ven felizmente libres de esta mancha, por la gracia de Dios y el amor de Jesús, mientras otras permanecen condenadas? Este es un profundo misterio, que me ha sido explicado con paciencia muchas veces por gentiles clérigos; mas, como la fragilidad de mi sexo es tan evidente en mí como en mis hermanas no instruidas, me veo obligada a confesar que jamás lo he entendido y que, a mi venerada edad, es poco probable que jamás lo entienda.)

Luego al lector que especule un momento conmigo y piense: si Deirdre hubiera tenido algún compañero íntimo que la valorara y la respetara; si hubiera tenido, digamos, el dulce consuelo de una hermana amorosa y entregada, o incluso una orientación fraternal, es posible que se hubiera podido evitar su patético hundimiento en la zona remota de Fishkill. («Patético», digo, y no «trágico», pues hay

que considerar las circunstancias del colapso y el calibre del carácter moral de la joven mujer.) Y, sin embargo, si recordamos la terca voluntad que caracterizó a Deirdre toda su vida, y su malévola insistencia en obrar a su manera, dudo mucho que incluso una hermana con la inagotable comprensión de Octavia Zinn, o una orientación fraternal con la firme integridad del apuesto joven doctor Stoughton, hubiera podido salvar a la obstinada criatura de su destino; un destino fácilmente equivalente, en horror y en degradación, a la pérdida de la doncellez misma, con lo que quiero decir la pérdida de la cordura.

Ocurrió que menos de doce meses después de la conversación con el doctor Stoughton, aquel caballero de incomparable integridad y compasión cristiana, Deirdre tuvo la osadía de ir, en 1891, al histórico Viejo Mundo de Europa, y allí, viajando con un modesto séquito de menos de diez personas, la médium estadounidense disfrutó de un éxito continuado y fue plenamente recompensada con alabanzas por parte de sus numerosos clientes así como con dinero y obsequios. En París, en Munich, en Viena, en Zúrich, en Roma, en el soleado clima del sur de Francia, en las hermosas montañas de la vieja España, en las cumbres nevadas alpinas de Suiza, junto a los magníficos ríos con abundantes castillos de Alemania, en la elegante aunque melancólica ciudad de Praga y en la trágica ciudad de Varsovia, en aquella ciudad de incomparable alegría, encanto, pintorescos palacios y catedrales y empinadas colinas que es Budapest, elevada como una ciudad de hadas sobre el plácido Danubio, e incluso en la exótica Turquía, morada de mezquitas y serrallos, ha de saber, comprensivo lector, que la pequeña médium estadounidense fue sumamente bien recibida, pues su fama la había antecedido, gracias a los compatriotas espiritistas de aquellas regiones extrañas.

Se decía que Deirdre de las Sombras había sido durante varias semanas invitada del conde János Krúdy, en su gran castillo junto al tristemente pintoresco lago Balaton, en Hungría, y del duque y la duquesa de Bellegarde, en su finca rural de Provenza, y de la acaudalada familia naviera de los Björkö, del antiguo Uppsala, en Suecia. Se decía que lord y lady Kellynch, de Sussex, habían quedado enormemente agradecidos por la ayuda de Deirdre de las Sombras en sus comunicaciones con su hijo, desaparecido en un viaje en barco a la India; igual que los Ingolstadt de Gondol, que habían perdido a una adorada hija unos años atrás; y los Szczyrk de Varsovia, cuya angustia por la pérdida de una amada esposa y madre era superior a la

repugnancia católica que sentían por la «brujería».

Todos, creyentes y detractores por igual, observaron que Deirdre de las Sombras, con sus ojos de mirada severa, ardientes y oscuros, su piel casi traslúcida y su voz apagada, parecía más un espíritu que una mujer de unos veintitantos años de edad, y que, ya fuera hipnotizadora, o ventrílocua, o maga, o auténtica vidente, estaba tan claramente convencida de sus poderes ocultos, y tan absolutamente absorbida por ellos, que ni el escéptico más despreciablemente furioso podía desear acusarla de fraude.

—¡Qué fantasmal! ¡Qué pálida! Es un emisario de los ángeles, seguro —se decía que había exclamado lady Kellynch—, y, sin embargo, qué singular maldición ser ella.

Fue durante esta ambiciosa gira por Europa, enormemente agotadora, cuando Deirdre empezó a fijarse en una alteración, al principio tan sutil que casi resultaba imperceptible, en lo que atañía a los espíritus de contacto, tanto en el timbre de sus voces como en los mensajes que transmitían. Mistress Dodd hacía tiempo que había desaparecido, es de suponer que como consecuencia de la mala fortuna de su hijo y el hecho de que este «cruzara» al mundo de los espíritus; sin embargo, el padre Darien, generalmente tan sobrio y sensato, y en realidad paternal, sucumbía en algunas ocasiones a una inesperada irascibilidad y revelaba un tono sorprendentemente belicoso. (¡El tono del santo jesuita se había vuelto, dedujo Deirdre, para su gran asombro y perplejidad, un poco anticatólico!, pues, al parecer, la «arlequinada papal», para emplear la expresión del propio padre Darien, constituía una grave decepción más allá del plano de la Tierra, ya que no había ni un ápice de verdad en sus afirmaciones, en el curso de los siglos, respecto al panteón completo de santos, papas y la propia María.) El juguetón Zachariah no era menos problemático, y rápido en aprovechar la indecisión de los otros espíritus o el agotamiento de la médium; pero a esto se sumaba una mayor histeria malévola en su conducta, como si ya no fuera capaz de controlar sus caprichos, sino que se hallara a merced de un placer demoníaco en hacer toda clase de bromas pesadas, como podría concebir un travieso chiquillo de doce años, y en balbucear incoherentes amenazas contra sus enemigos «de ambos mundos».

Era cierto que había aparecido un nuevo espíritu, gentil, identificado solo como Sarah, que poseía una voz tan débil y trémula, y era tan poco de fiar en cuanto a su ayuda a la médium, que se podía presumir que era extremadamente anciana, aunque una dama de

evidente elegancia y buena educación. Y, de vez en cuando, en la algarabía de murmullos surgía un piel roja que, por fortuna, no suponía ningún mal para la raza de hombres blancos, y que estaba bendecido con un sorprendente dominio de la lengua inglesa; y había un príncipe de Tebas y una zarina perdida, y, de manera infrecuente, la cariñosa mistress Bonner, pero con una voz tan débil que Deirdre raras veces podía captar el sonido de sus palabras, y mucho menos su significado. Se podría decir que estos eran espíritus «útiles», pero había otros que eran menos útiles o, más bien, veleidosos y alarmantes, entre ellos Bianca (que había abandonado espectacularmente su estado travieso y ahora era una muchacha chillona e incluso guarra de unos catorce años de edad, que no paraba de efectuar apocalípticas declaraciones sobre el «Gran Cataclismo» que se avecinaba); y una tal Margaret Fuller (tan rabiosa que no podía expresarse, salvo para advertir que la humanidad, por la que se refería exclusivamente al género masculino, pronto recogería la cosecha que más merecía en el terrible año de 1900); y el capitán Furioso, cuya actitud intimidante y cuyas incontinentes imprecaciones le valieron, en una tormentosa velada en Budapest, una perversa respuesta de sus compañeros espíritus, en particular de Zachariah, aunque con la ayuda de un padre Darien de mal genio y una Bianca de risa estridente, los cuales administraron a esa contumaz sombra una paliza tan brutal que la silenciaron para siempre, para alivio de la agotada joven médium, cuya cabeza le latía con fuerza con estas batallas invisibles, y cuyos sensibles nervios se crispaban tanto que, después de las sesiones turbulentas, el bálsamo que «desenreda la enmarañada madeja de las preocupaciones» no descendía sobre ella durante dieciocho o incluso veinticuatro desoladas horas.

Y la lluviosa noche del 8 de mayo de 1891 ocurrió un episodio grotesco y completamente inesperado: en mitad de una reunión lacrimosa aunque llena de noble contención entre la baronesa Ambaaren, de noventa años, de la ciudad fortaleza noruega de Otterholm, y su esposo fallecido, que había muerto como consecuencia de una tisis galopante a la edad de veintiocho años, se introdujo de pronto una conocida voz femenina de singular estridencia: ronca, rudamente jocosa, pícaramente insinuante, ¡la voz inconfundible de madame Blavatsky! El lector sensible puede imaginar el brutal efecto, ridículo y doloroso, que ello produjo en la sala de estar de la baronesa.

Los comentarios de madame, algunos de los cuales tenían que ver con «enemigos», «detractores perniciosos» y la «Gran Conflagración» que sobrevendría al mundo con el advenimiento del nuevo siglo, no

eran del todo coherentes, pues la pobre criatura sufría en aquel momento la perturbación del «cruce al otro lado» (pues había muerto aquella tarde, en su lecho de enferma en casa de una protectora de Londres). Se reía roncamente, e hizo uno o dos comentarios soeces sobre los «célibes granujas», quizá refiriéndose al padre Darien, que estaba intentando contenerla, y regañó a Deirdre por su crueldad y «astucia virginal», y despotricó largamente contra el *chela* apóstata Hassan Agha, quien, evidentemente, había desertado y regresado a Madrás, para volver al «insípido anglicanismo» de su madre. Esta violenta interrupción de un conmovedor intercambio amoroso entre la baronesa y el barón fue, por supuesto, de lo más infortunado; también fue infortunado el hecho de que Deirdre, sumida en un trance profundo, con los ojos abiertos vidriosos y el pulso muy débil, se hallara en la dolorosa situación de ser consciente de la travesura de madame Blavatsky, mientras que al mismo tiempo se veía completamente impotente para evitarla.

Transcurridos unos minutos de gran confusión, el espíritu de madame fue acallado satisfactoriamente por los otros, y la sesión prosiguió sin más complicaciones. Pero la travesura ya estaba hecha, y pasó bastante rato —más de dos horas, en realidad— hasta que el asustado espíritu del barón fallecido tanto tiempo atrás pudo ser convencido de que reanudara el diálogo con su viuda. (¡Pobre madame Blavatsky! Al parecer, nunca había perdonado verdaderamente a su Lolo que la hubiera rechazado, y había sido rápida en imaginar —o en percibir— una muy sutil atracción entre Deirdre de las Sombras y el apuesto joven *chela*. Graves problemas económicos la habían acompañado en su peregrinaje indio, y no pocos episodios turbadores, demasiado tediosos para ser relatados aquí; y, al regresar a Europa, se había instalado en la casa de Avenue Road de un teósofo de Londres que se ocupó de ella hasta su muerte debida a problemas de corazón, reumatismo, gripe y nefritis crónica, aquella tarde de mayo de 1891. Junto con William James, mucho más refinado, que murió en 1910, «Madame B.», como la llamaban, era el más conocido de todos los espíritus que se manifestaban, sin ser llamados, en las sesiones realizadas en Estados Unidos. ¡Pero la inculta inmigrante rusa nunca dominó lo suficiente nuestra gran lengua para ser capaz de comunicarse con el grado de persuasión que deseaba!)

Estas numerosas sesiones desconcertantes —y, con frecuencia, aterradoras— no despertaban desaprobación hacia Deirdre de las Sombras, como el lector razonable podría sospechar; en realidad (¡ay,

la locura de los tiempos!) avivaban tanto en los espiritistas, aun los más refinados, el deseo de presenciarlas, que Deirdre y sus compañeros tenían que esforzarse para hacer frente tanto a las peticiones de sesiones como a la airada decepción (que a menudo daba lugar a extrañas expresiones de amenaza) de aquellos a quienes se negaba su petición.

No, pese a que cada vez eran más frecuentes las irrupciones de espíritus no invocados que no ofrecían ayuda alguna y que, en algunos casos, se mantenían completamente al margen del procedimiento habitual, ello no llegaba a disgustar tanto a los que creían en el espiritismo como para alejarlos de la joven médium estadounidense (hecho que sin duda la habría «salvado», al menos de forma temporal); y, cuando regresó, con la salud casi quebrada y a menudo aturdida durante muchas horas después de una sesión, ocurrió lo mismo en Estados Unidos que en la histórica Vieja Europa, donde cabría esperar unos modales primitivos y, sin duda, extraños.

63

Tan cerca de la locura como el grosor de una telaraña —reflexionaba Deirdre de sí misma y de su estado, con ese curioso desapego a todos los asuntos personales que la caracterizaba en la cima de su carrera—, tan afín a la tierra que pisan mis pies —proseguía con ociosa ansiedad— como el peso de una telaraña.

La muerte de madame Blavatsky y las perturbaciones intermitentes que esa terrible mujer causaba habrían podido estimular a Deirdre a interrumpir su gira por Europa y regresar a casa sin satisfacer numerosos compromisos; eso y la traición de un compañero (que huyó con una considerable cantidad de dinero), así como repetidos episodios de extrema fatiga, que tenían la consecuencia adicional de afectar tanto a los sensibles ojos de Deirdre que apenas toleraba la luz del día y, en los días más soleados prefería permanecer en el interior, recluida a la luz de las velas.

¿Pongo objeciones? —se preguntaba Deirdre—. ¿Alzo mi voz, oponiéndome? En absoluto, pues la oscuridad me cautiva.

Se ha observado que los beneficios monetarios no emocionaban en gran medida a esta joven mujer, aunque ver crecer su fortuna le producía un frío placer y sentía un poco de ira y pánico cuando esta menguaba. No conocía la codicia avariciosa, no más de lo que conocía la satisfacción sensual; sin embargo, a solas en su cámara, a menudo se complacía estudiando sus cuentas y examinando los regalos que clientes agradecidos le obligaban a aceptar, la mayoría de los cuales eran ostentosas chucherías, como el brazalete de esmeraldas.

—Sí, me lo merezco; lo he ganado con mi sangre —se decía

Deirdre—, no, con mi alma.

Seguía llevando alrededor del cuello el pequeño medallón de oro que le había entregado mistress Bonner muchos años atrás; quizá no era totalmente de oro, pues hacía tiempo que había empezado a perder el brillo y, en realidad, parecía muy desgastado. En comparación con los caros objetos que ahora recibía y que nunca se dignaba lucir, el medallón sin duda era modesto y «no le hacía justicia», en palabras de madame Blavatsky. Sin embargo, Deirdre lo llevaba debajo de su vestimenta oscura y colgado de su delgada cadena (que se había deslucido tanto que ya no parecía de oro), oculto a la vista, como si fuera un secreto del que se avergonzara.

Los pequeños retratos de los Bonner, los verdaderos padres de Deirdre, se habían descolorido tanto con el tiempo —pues hacía ya unos treinta años que se habían tomado los daguerrotipos— que si Deirdre hubiera abierto el medallón para contemplarlos su pérdida la habría entristecido mucho, pues apenas se podía distinguir a mistress Bonner de su esposo, y ambos se habían convertido en fantasmas de pálido color sepia. Pero Deirdre no se distraía del presente, en el que estaba absorta, con semejante actividad sin objeto. Si seguía llevando el deslucido medallón, e incluso lo acariciaba a veces medio conscientemente, no era quizá por razones sentimentales, sino tan solo, me entristece decirlo, por pura costumbre.

¡Piense, oh, lector, lo lejos —lo trágicamente lejos— que esta despreocupada joven mujer había llegado, desde sus inocentes orígenes en Bloodsmoor! En la época de su colapso residía sola, en alojamientos públicos, y se mudaba incansable de un hotel a otro, sin más acompañantes que los compañeros de trabajo, y sin más amigos que aquel grupo de entusiastas espiritistas, viudas y viudos principalmente, y los afligidos por alguna grave pérdida o con tanto terror a la mortalidad personal que en sus almas había cobrado vida un fanatismo no cristiano. Huelga decir que no tenía pretendientes, pues solo un hombre de corazón muy valiente —¡o uno muy poco prudente!— habría deseado acercarse a ella pensando en tener un romance, con lo que se habría arriesgado no solo a la burlona interrupción de los espíritus de contacto, que evidentemente estaban siempre presentes, sino al intimidante hielo del desprecio de la propia Deirdre.

—Sin duda estoy sola —declaraba la joven mujer—, pero no me siento sola.

Así era Deirdre de las Sombras a la avanzada edad de treinta y un

años; «avanzada», quiero decir, para una joven dama no casada, o sin perspectivas a la vista.

Sorprenderá, entonces, saber que la embargó la emoción —en la que se mezclaban asombro, satisfacción y dolor— cuando le llegó la noticia de la humillación de Malvinia Morloch, pues la prensa amarilla pregonó el patético incidente morbosamente, insistiendo en que la alterada actriz había huido del escenario como consecuencia de un «trágico asunto del corazón» y una «excesiva complacencia en los licores alcohólicos». Tan cruda especulación se resumía en un hecho aún más crudo y este en titulares de cinco centímetros; y en algunas versiones morbosas de la historia se proponía como certeza («según auténticas conjeturas de la policía») que Malvinia Morloch se había quitado la vida, de alguna manera aún no conocida.

En verdad, ya habían aparecido testigos que afirmaban que habían visto una mujer arrojándose al río de un puente u otro; en algunos casos, juraban que habían distinguido el «bello y maldito» semblante de la celebrada actriz. Ya se hablaba de una «mujer fantasma» que paseaba a medianoche por la pasarela del más lúgubre de los puentes, para disiparse en simple vapor y desaparecer cuando se le acercaba un policía.

Sumamente agitada, Deirdre se retiró para examinar a solas todos los periódicos, y recorrió arriba y abajo su dormitorio, murmurando para sí y riendo suavemente, y tropezando con la alfombra como si no tuviera idea de dónde estaba. Fue una revelación casi tan inquietante leer que su hermana ahora tenía treinta y tres años, como enterarse de su humillación pública e incluso de la posibilidad de su suicidio, pues Malvinia siempre había sido eternamente joven, brillantemente vivaz. ¡Ah, qué vergüenza, esta Malvinia Morloch que había huido del escenario a plena vista del público y había desaparecido, y por una razón tan patética: un simple asunto amoroso!

—Esto —dijo Deirdre en voz alta—, este escándalo es lo que se merece, y no puedo sentir lástima por ella.

Sin embargo, le resultó increíblemente difícil apartar sus pensamientos y sus emociones con la facilidad con que, al cabo de unos días, se deshizo de los periódicos. Pues la imagen de Malvinia la acosaba y casi podía oír aquella voz melodiosa, picara e inimitable, no tanto como la había oído, con emoción, en el teatro Fanshawe cuando actuaba en *Ricardo III*, sino tal como la había oído —¡ah, tantas veces, tantas crueles veces!— en Bloodsmoor.

—Una patética rata de río medio ahogada —había llamado Malvinia a Deirdre en una ocasión—. ¡Y este lamentable espécimen se nos presenta como «hermana»!

Hermana. Hermana adoptiva. Despreciada.

—Te odio —había dicho Malvinia, volviendo una fría mirada llena de desprecio hacia Deirdre—. Te odio, y ojalá te murieras de tifus, y estoy enfadada conmigo misma por molestarme siquiera en odiar a una desgraciada como tú.

Pero ¿estas crueles palabras habían sido pronunciadas, o solo imaginadas?

¡La bella Malvinia, la favorita de míster Zinn! Tan caprichosa, tan traviesa, tan encantadora; ¿quién podía resistirse a sus repentinos estallidos de afecto, aun cuando tuviera que protegerse de sus punzantes agudezas?

Malvinia, que había comido el corazón de Deirdre —¿quién podía perdonarla?— golosamente y con desdén.

—Sé que no soy tu hermana —murmuró una vez Deirdre, en presencia de Malvinia, cuando las dos muchachas se habían encontrado a solas por casualidad—. Sé que solo soy tu hermanastra, pero, a pesar de todo, me niego a ser despreciada; nadie me despreciará.

Al oír esto, la esbelta joven, adornada con una docena de cintas y envuelta en una fragancia de polvo de rosas e hisopo, se limitó a lanzarle una mirada de falso desconcierto, como si una criatura despreciable —en realidad, una rata de río— se hubiera erguido sobre las patas traseras para hablar, de modo que Deirdre sintió el pleno e incontestable peso del desprecio y supo que este era su destino.

Jamás, jamás se lo perdonaré —pensó Deirdre, con los ojos llenos de lágrimas—. Aunque pudiera perdonarla, como enseñan estos cristianos, bueno, ¡no lo haría!, ¡no lo haría!, ¡jamás!

Malvinia, la más encantadora de las hijas Zinn, la más encantadora de todas las Kiddemaster, Malvinia, a la que todos los de su edad y del género femenino no podían menos que envidiar; la rata de río no era una excepción, a pesar de la amargura que había en su corazón.

Malvinia, con el vestido blanco nuevo para la ocasión —¡aquella fatídica ocasión!— del té de los Kiddemaster en honor de Constance Philippa y el barón, y aquellos barbudos caballeros de Boston que pertenecían a alguna clase de augusta sociedad, a la que míster Zinn aspiraba a pertenecer. Malvinia, erguida con el corpiño de cuello alto que se ceñía suavemente a su cuerpo; era imposible adivinar las prendas que había debajo, tanto como adivinar la carne, la joven mujer, que había debajo. Malvinia, ataviada con metros y metros de fragante tejido traslúcido, adornado con cientos de volantes, fruncidos y cintas de terciopelo rosa; Malvinia, autoritaria, imperiosa, y aun así magnífica.

—Insisto en que me dejes peinarte —había dicho Malvinia con aspereza—, para convertirte en la impresionante joven dama que sin duda eres, por debajo de ese anticuado peinado y esa expresión malhumorada, de indecible obstinación…

Deirdre, por supuesto, había protestado y se había resistido débilmente, pero ¿quién en Bloodsmoor era capaz de frustrar la voluntad de Malvinia?

Y por tanto se había sometido, dócilmente, a pesar de su alma hosca y terca. Y Malvinia la había vuelto a peinar, con tirabuzones, trenzas y rizos ingeniosos: en verdad era una joven muy bonita. Pero la obra de Malvinia no tenía nada que ver con Deirdre (eso razonó la amargada muchacha), sino solo con Malvinia: la aplicación de Malvinia, la caridad de Malvinia, la habilidad de Malvinia para embellecer a la rata de río medio ahogada.

¿Por qué iba a darle las gracias por esta exhibición de su vanidad?, había pensado Deirdre, con las mejillas sonrojadas de involuntario placer por la cálida proximidad de su hermana y por la atractiva extraña que aparecía en el espejo. ¿Por qué iba a darle las gracias a ella, que me desprecia, y a la que yo desprecio?

¡Esta era —¡ay!— la amargura que había en el corazón de Deirdre!

Así era a la tierna edad de dieciséis años, y así era, todavía, a la sobria edad de treinta y uno. Pues en algunos corazones, prematuramente marchitos o tocados desde el momento de la concepción en el seno materno con ese pecado original que recae en nuestra raza como una sombra de granito, no hay ningún progreso espiritual, ni puede haberlo.

Aquel día no le di las gracias, y acerté al negarme a hacerlo, pensó Deirdre, paseando por el dormitorio, que estaba protegido de la fuerte luz del sol de una clara mañana de enero por gruesas cortinas de terciopelo, que Deirdre había ordenado a la criada que no corriera, pues la luz del día le hacía doler los ojos y provocaba molestas lágrimas que resbalaban por las mejillas. Me despreciaba porque era huérfana, y nunca me quiso como hermana, se dijo Deirdre, con el corazón duro como un puño golpeándole en las costillas, por mucha necia adoración que yo sintiera por ella en mi infantil ignorancia.

Así razonaba Deirdre, encerrada en una *suite* de hotel en una ciudad que no tiene sentido nombrar, pues no tenía ningún significado para ella; no era más que un lugar, tolerable porque era temporal, para la osada práctica de su actividad como médium.

No, esta insensible joven mujer no solo se negó a compadecer a Malvinia por su vergüenza pública o a preocuparse por la posibilidad de su muerte (como si los sombríos reinos de la muerte fueran

únicamente dominio de ella), sino que se enorgullecía de endurecerse de este modo contra todo sentimiento natural, y se secó las acres lágrimas que le escocían en los ojos.

Fue a míster Zinn a quien dirigió su muda pero apasionada súplica, aunque también se había endurecido con firmeza contra él en todos aquellos años en que había estado alejada de Bloodsmoor: «Oh padre te ruego escuches cómo mis crueles hermanas me desprecian oh padre no te vayas no reniegues de mí oh escucha cómo Malvinia sacó de su corpiño unas tijeritas de plata y me las clavó en el pecho y me traspasó la carne y levantó la piel y tocó mi corazón mi corazón vivo escucha oh padre escucha cómo cortó un pedazo de mi corazón y se lo comió y *¡Ah! Es amargo* lo escupió *¡qué amargo!* Se burló y bromeó *¡Qué amargo es, su corazón!, ¡su corazón!*».

Y en verdad lo era, y siguió siéndolo hasta el día de su caída.

64

Es apropiado que Deirdre de las Sombras, al pretender exorcizar a un espíritu, acabara ella misma exorcizada por decirlo de alguna manera, tan extenuada por su lucha contra el malicioso mundo de los espíritus y por la prolongada tensión de su sistema nervioso, que huyó a pie por los bosques pantanosos y tuvo que ser rescatada a la fuerza por los ayudantes que la habían acompañado a Fishkill y por los empleados de la casa Fairbanks que antes no habían huido asustados.

—¡Socorro! ¡Sálvenme! —gritaba la joven mujer, histérica; y, sin embargo, su estado era tan extremo que intentaba pegar a los que habían ido a rescatarla y no parecía reconocerlos—. ¡No me toquéis! ¡Oh, ayudadme! ¡Salvadme! —deliraba.

Este patético episodio ocurrió a finales de verano de 1895, en la finca Fishkill del general Darius Fairbanks, conocida en el lugar como la casa Fairbanks, una bella mansión de piedra con mansarda, erigida en lo alto de un majestuoso montículo sobre el río Hudson —ese grandioso e invencible monarca de los ríos— y rodeada por grandes hayas rojas tan altivas como columnas de estilo Palladio. Esta principesca finca rural perteneció a la familia Fairbanks durante generaciones, desde la primera colonización de nuestro país, y ni siquiera las vicisitudes de la Revolución habían dividido sus fértiles acres, que se contaban por miles. En décadas recientes, desde que el general Fairbanks se había retirado y su esposa había comenzado a padecer una enfermedad que los doctores no lograban diagnosticar, la anciana pareja había decidido vivir todo el año en su residencia de Manhattan, dejando la mansión Fairbanks desocupada y deshabitada salvo por un reducido personal formado por criados y encargados de mantenimiento. (Habían alquilado la rica tierra de cultivo a unos granjeros vecinos, y se decía que recibían abundantes réditos, salvo en los veranos más secos.) Si conoce usted la región de Fishkill, apenas a

dos horas de carruaje de la bulliciosa Quinta Avenida de Manhattan, conoce su idílica belleza y la elegancia aristocrática con que sus herbosas colinas se ondulan una tras otra, conoce la grandiosidad de los viejos bosques que parecen remontarse al principio mismo del tiempo, antes del origen de nuestra historia humana. Y si su ojo por casualidad se ha posado en la propia casa Fairbanks (pues es parcialmente visible desde la carretera, aunque el césped delantero está ricamente cultivado y la verja de hierro forjado densamente cubierta por viejas parras), quizá no habrá experimentado más que agradable sorpresa y gran admiración por tan espléndida vista. Pero sepa, oh, lector, que la casa Fairbanks reportaba a sus inquilinos muy poca cosa salvo irritación y una buena cantidad de disgustos, pues esta regia morada, a pesar de su sólida piedra y la fuerza y el peso de su firme estructura, estaba encantada.

No era tanto la casa misma, sino el jardín de atrás, lo que daba muestras de estar contaminado por un espíritu malicioso, aunque en cualquier momento y prácticamente en cualquier sitio de la finca, según los criados, podía manifestarse el espíritu, que en general se creía que era femenino. El jardín, diseñado al estilo italiano clásico y sumamente agradable a la vista, tenía toda clase de rosas y estaba dividido por un gran estanque rectangular, de unos cincuenta metros de longitud y unos dos de anchura, pero bastante más profundo —metro y medio o dos metros— de lo que el observador casual podría creer. Aunque en los últimos años, como consecuencia del marcado desinterés de los ancianos Fairbanks por su propiedad, los rosales habían crecido y tenían un aspecto desaliñado y el estanque estaba cubierto de nenúfares, el jardín aún resultaba encantador y ejercía un hechizo extraño, agridulce, en todo el que entrara en él. Era una pena, pues, que este lugar se hubiera convertido en el lugar preferido del malhumorado espíritu.

Según los criados que con los años no se habían visto empujados a marcharse, esta criatura sobrenatural raras veces era visible al ojo humano, salvo de vez en cuando al atardecer, cuando su forma adquiría, por un breve período, un resplandor fosforescente tan trémulo y vacilante que no parecía sino neblina. Los animales de la finca —perros, gatos y caballos en particular— a menudo demostraban, mediante toda clase de reacciones de desconcierto, que ellos no tenían dificultad en percibir o en ver realmente al malévolo intruso; y muchas eran las noches (eso contó a Deirdre la anciana ama de llaves) en que todos permanecían despiertos a causa de los furiosos y aterrados ladridos de los perros, que podían durar hasta seis o siete horas seguidas.

El espíritu en general no tenía una conducta de duende travieso —esa clase de incordio que cierra puertas y ventanas en las casas, o arroja la vajilla al suelo y hace que las mesas se eleven en el aire— sino más bien la de un melancólico fantasma que perturbaba la felicidad de los vivos, con una especie de malintencionada insistencia, no diferente de la de un invitado malhumorado e irritable que arruina un acto social con su simple presencia y sin embargo no se marcha. Desprendía emanaciones de aire estancado —o, más bien, de aire rancio de una tumba— y hacía sonidos tan peculiares e indefinibles que esta cronista siente escalofríos solo al transcribirlo. Gemidos, suspiros y gritos de dolor ahogados, protestas casi inaudibles, gorgoteos y ruidos de asfixia, salvaje risa de loco, jadeos y llantos histéricos; hacía que las puertas se abrieran o cerraran lentamente y crujieran sus goznes; un arpa invisible emitía sus notas etéreas con enloquecida repetición; crujidos y ruidos de algo que se deslizaba, identificados como de serpiente, que surgían en extraños rincones de la casa, incluida la sala de estar y el dormitorio principal. Y cantaba y tarareaba para sí, lo cual para muchos testigos era lo más repelente, pues su voz no era nada melodiosa y la repetición de las sencillas melodías que cantaba les resultaba irritante.

En ocasiones, es cierto, la malignidad de este infeliz espíritu se descargaba de modos muy espectaculares: hacía que saltaran grandes chispas de la estufa de leña de la cocina y cayeran al suelo de madera, o sobre los aterrados criados; efectuaba una magia indeciblemente cruel, de modo que los sabuesos de pronto se atacaban unos a otros, en un frenesí de lascivia perruna, y una de las más majestuosas hayas rojas enfermó y murió en quince días, y las carpas doradas extrañamente pintorescas del estanque se volvieron unas contra otras y, en un período de tiempo muy breve, antes de que ninguno de los cuidadores adivinara lo que estaba pasando, ¡se devoraron unas a otras! En la primera cena formal dada por el nieto del general Fairbanks y su reciente esposa, unos dieciocho meses antes de que llamaran a Deirdre de las Sombras a Fishkill, el espíritu perturbó sin más la reunión social robando los guantes de las damas uno a uno (guantes que, como es costumbre, reposaban sobre las rodillas de las damas durante la cena), y haciendo que el ambiente quedara «perfumado» con su peculiar olor a rancio e interrumpida la conversación por la fantasmal arpa apenas audible, y, lo que era más imperdonable, volcando un aparador francés del comedor, de manera que, para terror de los comensales, centenares de piezas de porcelana y cristal se estrellaron en el suelo y habrían podido herir a alguien de no haber actuado dos caballeros con extrema prontitud para proteger

a las damas de los fragmentos de cristal que volaban.

Hay que decir en favor del espíritu que, en general, se reprimía, como he observado, de comportarse con el bufonesco capricho de un duende, pero uno se compadece de la familia Fairbanks y comprende que llegara a sentir tanta repugnancia por su morada ancestral que no deseara visitarla, y mucho menos residir en ella, a pesar de su principesca grandiosidad y el bucólico esplendor de Fishkill.

Durante unos doce o quince años, la magnífica casa permaneció desocupada, hasta que, entregada como regalo de boda a uno de los nietos del general, se amuebló de nuevo y se reabrió, a principios de la primavera de 1895. El joven Darius Fairbanks III y su bonita esposa, de los Nashe de Maryland, fueron muy valientes, o muy impetuosos, al establecer su hogar en medio del dominio del espíritu, o, tal vez, su «moderno» escepticismo (que en buena parte respondía al corruptor darwinismo de la época) les impidió comprender la magnitud de la situación.

—¡Qué extraño!, ¡qué maravillosamente excéntrico! —exclamó la joven mistress Fairbanks—. ¡Poseer una casa encantada! Vaya, no hay nada igual en Baltimore, y sin duda tampoco en Nueva York.

La valiente joven pareja se trasladó a la casa Fairbanks, llevando consigo a Fishkill un buen número de criados nuevos, y durante algunas semanas, quizá porque estaba desorientado por su presencia y debido al ajetreo que había en la casa, el espíritu se mantuvo a distancia y solo emitía el etéreo sonido del arpa, pero lo hacía a altas horas de la noche y de modo tan contuso que los Fairbanks tenían que convencerse, riendo, de que lo habían oído.

—¡Ahí está, Darrie! —exclamaba mistress Fairbanks—. ¿Lo oyes ahora?

Y el joven de mejillas lozanas ladeaba la cabeza y hacía esfuerzos para oír, y al fin admitía que oía algo, aunque lo más probable era que no se tratara más que del viento soplando entre los árboles.

—¡El viento entre los árboles! —repetía mistress Fairbanks riendo —. Nada de eso, es el famoso fantasma de tu familia. Y no quiero menospreciar a esa pobre cosa.

Sin embargo, al cabo de unas semanas la «pobre cosa» se volvió más atrevida y empezó a dar a conocer su presencia, tanto en la casa como fuera, y no de una manera agradable. Que sus disonantes cantos y tarareos pudieran considerarse «curiosos» era discutible; las otras travesuras —que crujieran las puertas en sus goznes, que saltaran chispas de las chimeneas, que se rompiera la porcelana— eran sin duda sumamente irritantes, cuando no causaban auténtico miedo. Uno tras otro los nuevos criados se dieron cuenta de lo que ocurría; al cabo

de un mes, la bella rosaleda era tan siniestra que nadie quería pasear por ella, la joven mistress Fairbanks sucumbía a explosiones de llanto sin motivo y el mal humor de míster Fairbanks le hacía alzar la voz a la menor provocación.

—Es el espíritu —decía mistress Fairbanks llorosa—, el espíritu de tu familia, que se interpone entre nosotros.

A lo que su joven esposo replicaba:

—¡Eso son tonterías! No hay ningún espíritu en la finca, y, si lo hubiera, te aseguro que no es un espíritu de mi familia, sino completamente extraño.

Pero se comprobó que sí lo había, aunque solo después de muchos contratiempos y de un incidente muy grave, que fue la caída del antiguo aparador del comedor, lo cual aterrorizó tanto a mistress Fairbanks que se desmayó y no se recuperó hasta pasadas muchas horas, y, por la mañana, sufrió un lamentable aborto que sumió a toda la casa en llanto y encendió en su joven esposo un deseo de venganza contra el malévolo fantasma.

—No descansaré hasta que esa cosa sea desterrada de mi propiedad —juró míster Fairbanks—. Y el dinero no será obstáculo.

Y así ocurrió que, a finales del seco verano de 1895, el administrador de la finca de la casa Fairbanks se dirigió a Deirdre de las Sombras con una sencilla proposición: si lograba exorcizar un espíritu de una casa que pertenecía a una de las familias más antiguas del estado, y mantener en secreto el exorcismo, sería recompensada muy generosamente; en realidad, podía poner ella su precio.

Deirdre de las Sombras había conseguido eliminar unos espíritus indeseados de un castillo medieval junto al Rin y de la villa de alabastro de la marquesa di Tito, en Niza; más que «eliminarlos», había logrado razonar con ellos y engatusarlos para que se marcharan voluntariamente y se fueran al mundo de los espíritus, como deberían haber hecho en el momento de su muerte natural. Tan inquietantes se habían vuelto últimamente los espíritus de contacto de Deirdre, era tan poca la confianza que podía tener en el padre Darien y tan desagradable la estridente voz de Bianca, que Deirdre prefería un exorcismo a una sesión, ya que no intervendrían más personajes que ella y el hipotético espíritu.

Tras cierta vacilación, y no poca negociación, Deirdre aceptó el reto y viajó a Fishkill en su carruaje privado, acompañada por su doncella francesa y dos ayudantes. Hay que decir que en esta época (no muchas semanas después de cumplir treinta y dos años) su salud

era un poco precaria: la joven de huesos delicados era susceptible a desmayos, ataques de nervios, terribles dolores de cabeza y períodos de casi ceguera, durante los cuales las lágrimas resbalaban generosamente por sus mejillas. Y había horas en las que, sin ser llamados, sus espíritus de contacto la acosaban para darle confusos mensajes que salían del vacío, relacionados con ese tema tan extrañamente familiar para todos los espiritistas, en los años finales del siglo XIX: el fin del mundo. («No quiero volver a oírlo —gritaba Deirdre—. Os lo ruego, otra vez no: ¡Fuego, inundación, terremoto, hambruna, pestilencia! ¡Marchaos y dejadme en paz, porque no me importa lo que le pase al mundo después de 1900!» Sin embargo, los beligerantes espíritus —los que le eran conocidos y los que le eran absolutos extraños— se agolpaban a su alrededor para gritar que en el año 1899 estallarían en el mundo grandes conflagraciones; que los fragmentos de una luna de Júpiter se estrellarían contra la Tierra y aniquilarían continentes enteros; que Jesucristo regresaría glorioso, sediento de la sangre de los pecadores; que los casquetes polares se desplazarían y las zonas templadas se helarían; que la muerte negra volvería, propagada por las ratas; y que el tiempo mismo llegaría a su fin. «Oh, pecador —entonaba el padre Darien con su voz sepulcral de jesuita—, recuerda: polvo eres y en polvo te convertirás. Bendito sea el nombre… ¡del polvo!» Y así sucesivamente, a veces durante horas, cuando Deirdre se hallaba en su momento de mayor debilidad y no podía resistirse. Hasta que los maldijo con la furia de la esposa de un pescadero y los hizo marchar, al infierno si en ningún otro lugar los querían, pues estaba absolutamente harta de su parloteo y solo deseaba que la dejaran en paz.)

Puede juzgar usted mismo, lector, si la joven médium actuó con sensatez, siendo su salud tan precaria, al emprender una tarea tan ardua como el exorcismo de un espíritu maligno.

Una vez en la casa Fairbanks, Deirdre interrogó al administrador de la finca, el ama de llaves y uno o dos de los criados que se expresaban mejor, para formarse una idea de la historia de los fenómenos; preguntó si alguien conocía la identidad del espíritu, si había alguna historia o romance detrás de la situación que pudiera explicarlo. Un espíritu atrapado a este lado de la barrera es, en palabras de la médium, «alguien que está atrapado en una antigua leyenda que él mismo ha tejido a su alrededor, cuyos límites no puede romper para respirar libremente otra vez». El administrador de la finca manifestó que era nuevo en Fishkill, pues había entrado al servicio de los Fairbanks diez años atrás; el ama de llaves, aunque tenía muchas historias que contar sobre el fantasma, pudo ofrecer muy

poca información de hechos, salvo una historia, contada muchos años antes, cuando ella no era más que una joven que acababa de entrar al servicio de la casa, sobre una muchacha enloquecida que había trepado a un muro del jardín, una noche de mediados de verano iluminada por la luna, para arrojarse al estanque y ahogarse; pero esto había sucedido muchos años atrás, e incluso puede que hubiera sido mi siglo atrás, en los días del gobierno federalista.

(Si Deirdre de las Sombras era consciente del desprecio hacia su célebre persona, pues ni míster Fairbanks ni su linda esposa se dignaron saludarla, como si no fuera más que alguien a quien se ha contratado, naturalmente no dio muestras de ello; su actitud fue impecable y tranquila en todo momento, como pudieron ver los observadores.)

—Un ahogamiento —masculló Deirdre—, un suicidio por ahogamiento: una muerte no muy bonita, y que no puedo envidiar. No me extraña que esté amargada.

Y entonces, en voz alta, preguntó al ama de llaves si en los archivos de la iglesia local podría haber alguna anotación referente a esta muerte, pero le dijeron que seguramente no la había, pues ningún clérigo se habría molestado en dejar constancia para la posteridad de un pecado tan horrible. Esto no sorprendió a Deirdre, sino que la divirtió amargamente.

—Claro, tienen razón —dijo con un leve tono irónico—; no hay que dejar constancia escrita de nuestra muerte, de lo contrario nuestra vida también exigirá reflexión.

Fue al tercer día de alojarse en la austera casa antigua, después de una noche particularmente agitada en la que espíritus no invocados se mezclaron promiscuamente con los personajes del sueño y profirieron incoherentes exhortaciones, cuando Deirdre de las Sombras se enfrentó con las primeras manifestaciones del espíritu de la casa Fairbanks, que fueron los fenómenos leves que ya he mencionado. Que Deirdre diera muestras de poca sorpresa ante estos efectos misteriosos y ninguna alarma impresionó a los criados de la casa, cuya costumbre había sido salir de la habitación lanzando alaridos, una respuesta exactamente tan extrema y tan degradante, según explicó Deirdre, como el infeliz espíritu deseaba producir.

—Un espíritu atrapado en el plano de la Tierra —dijo Deirdre con su voz baja, casi sin inflexiones— no es diferente de un niño malicioso que desea castigar a los demás castigándose a sí mismo: hay que estar prevenido contra la malevolencia, pero siempre hay que ser consciente de que se está frente a un niño.

¡Ah, con qué calma Deirdre de las Sombras instruía a su asustado

pequeño público! ¡Con qué tranquilidad, con qué seguridad se comportaba en aquellos últimos días de médium! Si bien el personal de la casa Fairbanks la consideraba extraordinaria, y no muy diferente de los espíritus con los que trataba, no podían menos que pensar asimismo que, ataviada con su vestido de seda y muselina negro, con su elegante corpiño largo y fajín de satén trenzado no muy apretado, su aspecto era incuestionablemente el de alguien de buena familia: a pesar de su independencia y la excentricidad que se le atribuía, era toda una dama.

—Ningún espíritu puede hacernos daño —dijo Deirdre con ecuanimidad—, salvo con nuestra complicidad.

De modo que se paseó por la rosaleda, que en verdad olía —de un modo casi imperceptible, pero aun así inquietante— a corrupción y contaminación, y a grave mal. Aquel mes de agosto fue tan seco, con muchos días de implacable calor y nada de lluvia, que cuando se alejó del sendero enlosado la tierra se deshacía en terrones bajo sus pies, y los muchos rosales, aunque los más valientes de los jardineros los regaban asiduamente, se volvían hacia ella con los pétalos fláccidos y el aspecto marchito, y no parecían capullos sino papel maché moldeado por una mano distraída.

Los suspiros se hicieron más fuertes y de pronto se oyeron muy cerca, pero Deirdre, prudente, no se volvió y ni siquiera dio muestras de haberlo percibido. Abrió su abanico, que era de olorosa madera de sándalo, con arabescos negros pintados y adornado con diminutos toques de plumón de cisne negro; este elegante artículo se lo había regalado la difunda madame Blavatsky, en el punto más alto del afecto de madame por su rebelde Lolo. Abrió el abanico y se abanicó lánguidamente; y, aunque el fino vello de su nuca se agitó como con voluntad propia, verdaderamente no sintió alarma ni percibió peligro alguno ante la proximidad de esta criatura, que no estaba ni viva ni muerta en paz, pensamiento que, me veo obligada a confesar, me llena de extremo desasosiego.

Transcurrieron unos minutos con terrible lentitud, como transcurriría todo el exorcismo, ya que requeriría en total unas veinticinco horas de concentración continua por parte de la médium, lo cual, sin duda, contribuyó a su colapso emocional. Pero hemos de recordar que el tiempo no posee valor alguno ni, en realidad, significado en el mundo de los espíritus, y que cinco minutos, cinco horas o cinco días podrían parecer idénticos desde ese punto de vista. Deirdre de las Sombras estaba tan acostumbrada a los antojos de la conducta de los espíritus, tan familiarizada con las curiosas oscilaciones entre la conducta razonable y la conducta totalmente

extraña, que puede ser que se hubiera vuelto un poco pagada de sí misma en cuanto a su capacidad de determinar los límites de un intercambio; tampoco tenía en cuenta estas duraciones extremas, como si, con vanidad inconsciente, se considerara a sí misma un espíritu etéreo que no precisaba descansar, ni dormir ni alimentarse.

—No te deseo ningún daño y he venido aquí como amiga —dijo Deirdre con voz suave—, pues me han dicho que eres muy desdichada.

De nuevo transcurrieron unos minutos, puede que con tímida resistencia, y después algo se agitó a la izquierda de Deirdre y hubo una emanación de maloliente aire húmedo que ofendió gravemente el sensible olfato de Deirdre. Por supuesto, no dio muestras de desagrado, sino que se sentó en un banco de piedra, cerca del estanque, y siguió abanicándose con el bello abanico negro, con movimientos lentos y precisos. Sin apenas alzar la voz repitió sus palabras: sus sensibles ojos se movían con rapidez, pero no distinguían nada, salvo los rosales, que formaban un agradable dibujo regular, y el estanque, y un banco de piedra que estaba frente a ella, al otro lado del estanque, a un metro o metro y medio de distancia, y el muro de piedra cubierto de parras más allá.

Cuántas veces repitió Deirdre estas sencillas palabras no lo sé, pero seguramente produjeron una calma hipnótica, tanto en el espíritu como en ella misma, calma que, aunque interrumpida de vez en cuando por un estridente ataque de risa o una explosión de incoherentes maldiciones, servía para reducir los recelos del espíritu hacia ella y establecer cierta relación.

—Soy tu amiga —susurró Deirdre—, tu amiga, tu amiga. Y me han dicho que eres muy infeliz, y que tienes el corazón amargado. Pero no he venido como enemiga, aunque me hayan contratado esos arrogantes; he venido como amiga.

Tímido silencio; ostentosos suspiros y un ataque de tos, que se convirtió en un espasmo de jadeos y los ruidos inconfundibles de la asfixia, tan fuertes que sacudieron la impenetrable compostura de Deirdre. Pero volvió a reinar el silencio y transcurrió un considerable lapso de tiempo, de tal modo que cualquiera salvo una médium tan experimentada como Deirdre de las Sombras habría creído que el espíritu se había marchado.

Pero Deirdre permaneció donde estaba, inmóvil salvo por el movimiento de su abanico, lento, sombrío, hipnotizante, y el calor de la tarde por fin empezó a reducir su intensidad y aparecieron las primeras señales del anochecer.

—Tu amiga, tu amiga —entonó Deirdre, los ojos un poco vidriosos por la tensión de esta larga vigilia y ronca la voz—, tu amiga que no

te desea ningún daño, solo aliviar tu sufrimiento.

A medida que iba anocheciendo, la visión de Deirdre se fue agudizando y, al transcurrir los minutos, empezó a ver al espíritu, o en cualquier caso una forma inmóvil, siniestra, en el banco de piedra que estaba frente a ella, al otro lado del oscuro estanque. Esta figura no tenía la densidad irregular del ectoplasma que a veces se materializa en las sesiones y que, de hecho, ha sido fotografiado; se caracterizaba más bien como un aura uniformemente oscura y transparente, aunque inconfundible, como inconfundible era también la figura de una chica joven.

Ante esta materialización Deirdre observó en sí misma las respuestas físicas involuntarias que habrían podido pertenecer a un individuo menos valiente o con menos práctica: se le erizó sutilmente el vello de la nuca y se le aceleró el pulso. (Pues así respondemos en presencia de lo extraño, ya exista peligro real o no.) Sin embargo, ella no dio muestras de alarma y siguió sentada tranquilamente, la mirada fija en el vaporoso y pálido semblante del espíritu, que se definió con exasperante lentitud, aunque con regularidad, por momentos, minuto a minuto, hasta que tuvo tanta sustancia como las leyes de la naturaleza le permitían.

—¡Ah! —exclamó Deirdre, y, sobresaltada, el abanico se le cayó de los dedos y dio en el suelo de piedra, a sus pies.

Pues esta muchacha, o, mejor dicho, el espíritu materializado de la muchacha, sentada directamente delante de ella al otro lado del estanque, a menos de tres metros de distancia, le pareció inquietantemente familiar, aunque era evidente que se trataba de una extraña; una extraña y no obstante una hermana, cuyo rostro pálidamente reluciente, meditabundo, malhumorado, no dejaba de inspirarle compasión.

Siguió un diálogo, de naturaleza torpe y tensa, en el que Deirdre repitió innumerables veces su afirmación —que era una amiga, que no quería hacerle ningún daño—, como si hablara a un niño muy pequeño, y la muchacha respondía con voz ronca y acusatoria, pronunciando sus palabras con una entonación curiosa: tímida y sin embargo atrevida, poco educada aunque gentil y afectada.

Deirdre se inclinó hacia adelante en su asiento y miró fijamente con asombro y no disimulado interés hacia la adolescente que había muerto tanto tiempo atrás, quien contó una historia vacilante, inconexa y probablemente falsa según la cual había sido una pinche de cocina «utilizada cruelmente» por uno de los hijos de los Fairbanks y después rechazada, hasta que, desesperada, para que se apiadara de ella o al menos se diera cuenta de su existencia, escaló el muro del

jardín y se arrojó al estanque, y se ahogó, pues su estado físico débil y el gran peso de sus enaguas y faldas empapadas de agua le impidieron salvarse a pesar de sus esfuerzos.

—¡Un suicidio!, ah, claro —dijo Deirdre—. No podía ser otra cosa.

Nuestra repugnancia por una pecadora tan extrema y una mentirosa tan desvergonzada (era muy cuestionable que un vástago de la familia Fairbanks se comportara de forma impropia en un caballero, o incluso que se mezclara con una mujer de la clase de los sirvientes) no debe impedir un sentimiento natural de lástima, pues, en verdad, la criatura que se había ahogado era digna de lástima, tanto más cuanto que su rostro estaba tan demacrado y su tez pálida tan áspera como si tuviera cicatrices de la viruela, y su cabello despeinado y sucio, ¡y apestaba, después de más de un centenar de años de humedad estancada! Tenía los ojos pequeños, brillantes y hundidos en su rostro enjuto, y tan oscurecidos por las hendiduras del hueso que parecía más una mujer de edad avanzada, y estropeada por el tiempo, que una simple muchacha de dieciocho o diecinueve años. Recitaba su historia con voz quejumbrosa y monótona, lo que producía un efecto de lo más lamentable; aunque se mantenía en una postura rígida, no podía evitar sufrir espasmos en su delgado cuerpo. El vestido de algodón gris que vestía y el delantal sucio y desgarrado habrían sido muy apropiados para alguien de su rango, si la criatura no hubiera pretendido embellecerlo con un patético surtido de cintas que no hacían juego, las cuales, huelga decirlo, se habían estropeado notablemente con el paso del tiempo.

No obstante, el lamentable personaje mantenía la atención de Deirdre mientras relataba la historia, que saltaba atrás y adelante y ofrecía embellecimientos y contradicciones, y de pronto se veía interrumpida por un acceso de enojado llanto, y después por un acceso de risa que se parecía mucho al llanto. Todo esto lo escuchó Deirdre con atención, casi sin respirar.

Una historia tan confusa e incoherente, y tan llena de mentiras, no merece ser resumida aquí, en una crónica decidida desde el principio a relatar la verdad; sin embargo, puede resultar útil observar que la suicida (que ni una sola vez, en el curso de más de veinticuatro horas, iba a demostrar remordimientos por su pecado) murió, gracias a sus propios despreciables esfuerzos, una noche de luna del verano de 1787, tanto tiempo atrás que nuestro noble general Washington aún no había sido elegido presidente y nuestros orgullosos estados aún no se habían unido bajo la Constitución. ¡Ay, que la amargura, y toda clase de malos sentimientos, y una falta de caridad cristiana persiguieran a una mujer tan joven hasta la tumba y más allá! ¡Y que

una vergonzosa indiferencia hacia su propia falta de castidad diera lugar a sentimientos audaces, y acusaciones aún más audaces contra tan ilustres personajes como los Fairbanks, caballeros que eran asociados de confianza —no, íntimos amigos— de fundadores de nuestra nación como John Adams, Alexander Hamilton, el general Schuyler y el propio Washington!

No obstante, en verdad es necio esperar cualquier conducta racional, y mucho menos escrúpulos morales, de tan grande pecador como el que ha muerto por su propia mano, en blasfemo desafío de la voluntad de Dios; de modo que la chica ahogada siguió hablando, sin darse cuenta de que violaba todo sentido del decoro y preocupándole muy poco quedar al descubierto con sus comentarios groseros y vulgares acusaciones. Quizá se pueda decir en su favor que Deirdre de las Sombras, que tenía experiencia con el mundo del espíritu, ni una sola vez intentó interrumpir este torrente de asquerosa cháchara, mientras las horas pasaban con torturadora lentitud según la medida humana, lo que quizá fuera un reflejo de su menguante discernimiento y la acelerada fragilidad de sus nervios, que se habían ido tensando hasta los límites de lo tolerable mucho antes de acceder a viajar a Fishkill.

—Un suicidio, ahogada, sí, sí, por supuesto, no podía ser de otro modo.

Esto murmuraba la fatigada médium, sin dejar de mirar a su calumniadora comunicante, cuya espectral forma, a la cadavérica palidez de la luz de la luna, parecía tener casi tanta sustancia como ella misma, y arrojaba un leve reflejo a las turbias aguas del estanque que se encontraba entre las dos.

Después de un prolongado lapso, la muchacha ahogada se sumió en el silencio y Deirdre, con lo más parecido a la compostura, repitió de nuevo sus sencillas palabras y prosiguió para hablar del «plano de la Tierra» y el «mundo de los espíritus», y la amplitud del espacio, en el que las «almas fallecidas» se reunían con sus seres queridos, en una comunión demasiado misteriosa para ser elucidada y demasiado evidente para dudar de ella. Era un error, y perjudicial para uno mismo, negarse a «cruzar» al mundo del espíritu al morir, un acto de voluntad que lleva consigo consecuencias imprevistas que sobrepasan toda expectativa. Pues si el espíritu sin hogar (y sin cuerpo) imagina que se vengará de los que le han hecho daño, es más frecuente que la venganza contamine tanto al agresor que se vuelva ciego a sus circunstancias y ni siquiera se dé cuenta del paso ineludible del tiempo terrenal, con el notable resultado de que su «venganza» recae en personas totalmente inocentes, mientras una generación sucede a

otra.

—No dudo que existe cierto placer en el ejercicio de la venganza, por la venganza en sí —dijo Deirdre con inseguridad, más ronca su voz—, y no lo negaré; y, sin embargo, me veo obligada a comunicarte que tu transgresor imaginado, o transgresores, hace mucho tiempo que «cruzó» al otro mundo y aquí, en la casa Fairbanks, no ha residido nadie desde hace décadas. En realidad, mi querida Florette —pues así había dicho llamarse la joven—, en realidad se da el caso de que aquellos a los que amas, así como a los que odias, han pasado al otro plano… y están esperando, con gran impaciencia e infinita compasión, que te reúnas con ellos.

Este discurso, pronunciado con voz vacilante aunque de lógica impecable, no provocó ninguna reacción inmediata en la muchacha ahogada, quien, tal vez, había estado tanto tiempo aislada del discurso humano que le costaba comprender las simples palabras y la dicción; pero Deirdre se lo repitió, incansable, y se explayó señalando que la caridad cristiana nos obliga a perdonar a nuestros enemigos y a amarlos, a pesar del daño que nos hayan causado y la dureza de su corazón. Si te dan una bofetada en una mejilla, hay que poner la otra mejilla, a imitación de Nuestro Salvador, pues el misterio de la crucifixión es tal que lleva a la resurrección de la carne y del espíritu, y este es un misterio que concierne a todos los mortales; es decir, a todos los mortales cristianos, que consideran a Jesucristo su Salvador.

Eso afirmaba la hábil médium, no sé con cuánta sinceridad, mientras miraba fijamente el espectral semblante de la malhumorada Florette, que se mantenía tan rígida como antes y siguió sucumbiendo a ataques convulsivos de estremecimientos, que pronto resultaron contagiosos y la propia Deirdre empezó a estremecerse también, pues pronto sería medianoche y el aire nocturno era notablemente fresco. Este es el rostro de la muerte —pensó Deirdre, apartándose del argumento que estaba expresando—, este es el propio rostro de la muerte de uno mismo. Siniestra, malhumorada, enfermiza, maliciosa y caracterizada por una obstinada mezcla de enojada resignación y lánguida rectitud: la imagen misma del niño que pretende castigar a los demás castigándose a sí mismo y no puede comprender por qué sus energías no le dan satisfacción alguna sino solo más lágrimas.

Deirdre habló durante mucho rato, y después también se sumió en el silencio, y los pájaros nocturnos cantaban lascivamente y la reluciente luna realizaba su viaje a través del firmamento estrellado, y el ambiente recordaba mucho este pasaje de aquel perverso pero, ¡ah!, tan dotado Poe:

Entonces dijimos, los dos: «¿Es posible
que los demonios de los bosques,
tan dignos como son de lástima,
para vedarnos el paso y apartarnos
del secreto que yace en estos páramos,
de lo que yace oculto en esos páramos,
hayan hecho surgir el espectro del planeta
del limbo de las almas lunares,
este planeta centelleante donde mora el pecado
del infierno de las almas planetarias?».

Palabras estas de gran importancia mística, incomprensibles, quizá, para quienes carecemos de inclinación poética, mas llenas de sabio consejo para las regiones oscuras del alma.

Así fue transcurriendo la noche, y una vez más el espíritu prosiguió con su súplica, y gimió, y lanzó una mirada de ardiente furia a Deirdre; y Deirdre, con infinita paciencia y compasión, repitió su reconvención, y una vez más reinó el silencio; y de nuevo el espíritu se quejó de que aquel libertino había «abusado» de ella salvajemente y la había «arrojado al fango cuando tuvo bastante»; y, de nuevo también la valiente médium expresó su defensa, aun cuando (en palabras de Poe):

… languidecía la noche
y los discos estelares anunciaban el alba,
los discos estelares dejaban adivinar el alba.

Y cantó el lozano gallo, al que respondió otro, y después otro, y todo el mundo se desprendía del eclipse de la noche para adoptar el brillante manto del día, salvo Deirdre de las Sombras y Florette, quienes permanecían trabadas en su disputa, la cual ejercía más poder sobre el participante humano, en el sentido de que sus energías se estaban agotando rápidamente y su discernimiento empezaba a ser incierto, y el terror saltaba y retozaba en los precarios senderos de sus nervios; si de pronto se debilitaba, sus espíritus de contacto y otros diversos (no sabía quiénes o qué podrían ser, pues los había sentido detrás de ella, por así decirlo, durante toda la noche) se precipitarían hacia adelante chillando y farfullando, con absoluto control. Y entonces… ¡Entonces…!

No me produce ningún placer revelar al lector, en este punto que las premoniciones de Deirdre eran correctas y que, en el preciso momento de lo que debería haber sido una gran victoria (que, de

hecho, sería recompensada generosamente por el joven míster Fairbanks, si bien el pago se efectuaría a través del asesor financiero de Deirdre en lugar de hacerlo directamente a la destrozada médium), estos espíritus completamente indisciplinados —mejor dicho, salvajes — se liberaron de las misteriosas ligaduras que los habían mantenido atados durante tantos años e inundaron a Deirdre de tal manera que solo pudo resistirlos durante uno o dos heroicos minutos, antes de sucumbir a aquella terrible pérdida de la cordura de la que he hablado anteriormente.

¡Ay, qué situación tan patética!, ¡qué espantosa ironía!

Porque después de tantas horas, después de una prueba tan generosa y valiente, Deirdre de las Sombras convenció a la pinche de cocina de que se rindiera y «cruzara» al mundo del espíritu, aunque lamento decir que no lo logró con su admirable argumento de la caridad y el perdón cristianos, sino más bien con su paciente explicación de que el libertino y toda su familia ahora moraban en el mundo del espíritu y allí lo atraparía mejor; fue, por tanto, un resultado feliz pero inesperado. Así pues, el espíritu accedió y, por un largo momento, ocultó su demacrado rostro en las manos y dio la impresión de que lloraba; lo cierto es que los sollozos le sacudían el cuerpo, y Deirdre, aunque aturdida por el largo esfuerzo, siguió mirándola con la mayor concentración y sin dar muestras de lo que estaba sufriendo interiormente. Y ¡ah, qué maravilloso!, la sucia Florette pronunció estas palabras:

—Sí, lo haré; al fin moriré —y, bajando las manos, lanzó a Deirdre una extraña y fantasmal sonrisa de felicidad, que penetró en el corazón y el cerebro de la médium.

Dicho esto, Florette se levantó del banco de piedra y empezó a desmaterializarse, mientras Deirdre seguía mirando fijamente, con desventurada fascinación; y seguramente dice mucho en favor de Deirdre de las Sombras, cuya dureza de corazón tan a menudo se ha comentado en estas mismas páginas, el hecho de que, al hacer el espíritu penitente un gesto de espontáneo afecto fraternal —extendiendo los brazos hacia Deirdre, por encima del estanque—, Deirdre respondiera enseguida, sin prudente vacilación, con la consecuencia, tan confusa que no puedo explicarla satisfactoriamente, de que, a pesar de la distancia que las separaba, Florette consiguió arrebatarle a Deirdre el pequeño medallón de oro y, apretándolo con aire triunfante en su mano cerrada, se lo llevó al mundo de los espíritus.

¡Ay, la infeliz, la desgraciada Deirdre! ¡Era en verdad «Deirdre de las Sombras»! ¿Dónde está ahora tu compostura, qué ha sido de tu tan alabada calma, control y fría autodeterminación?

El primer grito de Deirdre fue de simple dolor físico, pues al arrebatarle el medallón Florette rompió la cadena tirando con fuerza de ella contra el cuello de Deirdre. ¡Ay, ser tratada de este modo, después de tanta paciencia y tanto sacrificio! ¡Perder el amado medallón que mistress Bonner le había entregado tantos años atrás, como recordatorio de la abundancia de amor maternal! Era cierto que el espíritu de mistress Bonner se había desvanecido en los últimos años, de modo que la bondadosa mujer no se vio obligada a presenciar este acto sacrílego, ni el repentino hundimiento de Deirdre, que se produjo no más de cinco minutos después de la pérdida del medallón.

¡La venganza del espíritu! ¡La locura del espíritu! La rapacidad de los demonios, bestias salvajes… voraces… vociferantes… El otrora gentil padre Darien, transformado nada menos que en el capitán Furioso, inclinado a la posesión; la otrora bonita Bianca, chillando triunfante y arañando furiosa con sus largas uñas; Zachariah, un lascivo y astado Cupido; el piel roja lanzando su escalofriante grito de guerra contra toda la raza blanca; mistress Dodd transformada también en una arpía de voz estridente, en compañía de una anciana que se parecía muchísimo a la abuela Sarah Kiddemaster, ahora muy cambiada y tan enloquecida como los demás, sedienta de sangre.

Así se desató en ella el inexpresable horror que la clarividente médium había previsto, y ningún esfuerzo mortal habría sido adecuado para salvarla cuando huyó del jardín, pidiendo ayuda con los más lastimosos gritos, la voz chillona y quebrada, una voz que no era la suya:

—¡Socorro! ¡Sálvenme! ¡No, no me toquen! ¡Sálvenme!

Tan fuertes eran sus gritos que toda la casa acudió, y también los incrédulos ayudantes que la habían acompañado a Fishkill; y todo, me apena decir, resultó inútil.

65

No será necesario, estoy segura, que esta historiadora de la familia Zinn se explaye sobre la diferencia entre el destino de «Malvinia Morloch» y el de «Deirdre de las Sombras», y sobre la valiente ecuanimidad con que su hermana Octavia soportó sus propias pruebas.

Por una parte, lector, tenemos criaturas egoístas, vanidosas e ilusas; por otra, un tierno corazón cristiano sometido a una gran tensión, es cierto, por las trágicas pérdidas de sus seres queridos (¡ah, en tan breve espacio de tiempo!, no solo la niña Sarah, sino la anciana abuela Kiddemaster y míster Rumford y, lo más desgarrador de todo, el pequeño Godfrey); mucha tensión y, sin duda, tentaciones de sucumbir a la desesperación, pero inflexible a la serpiente, depositada toda su confianza en su Salvador, en que Él le daría fuerzas para superar la fragilidad de la carne y permanecería siempre a su lado. Y, como dueña de la antigua mansión Rumford, a pesar de sus aflicciones y el dolor de su corazón, Octavia no tenía más remedio que ocuparse en mil tareas cada día, grandes y pequeñas; y esto también, me veo obligada a observar, contribuyó a su paciencia. Porque, como hemos leído en el Libro Sagrado, «Se ocupaba de las cosas de la casa y no comía el pan de la ociosidad».

¡Ay, las penas de los Zinn!

¡Las inexpresables pérdidas!

Pues, no muchas semanas después de la sorprendente deserción de Samantha (cuya traición los Zinn mayores se abstenían de llamar «fuga»), ocurrió que nuestro anciano caballero, uno de los últimos de una raza que estaba expirando, fue hallado muerto de un ataque en su estudio de la mansión Kiddemaster; el expresidente del Tribunal

Supremo Godfrey Horatio Kiddemaster fue descubierto por un aterrorizado criado sobre el alfombrado suelo, con su espada ancestral enredada en el faldón del batín y resonando aún su voz jubilosa, proveniente de uno de esos platos grabados o discos que giraba mecánicamente en un aparato conocido como «fonógrafo». (Este aparato, cuya invención popularmente se atribuye a Edison, había sido ingeniosamente mejorado por el propio John Quincy Zinn, quien a pesar de que durante todos los años noventa estuvo inmerso en su investigación para el gobierno de Estados Unidos, no obstante encontraba tiempo en sus ocupados días para esas «chapuzas», que él tanto valoraba y no abandonaría ni por todas las riquezas y aclamaciones del mundo.).

¡Ay, pobre abuelo Kiddemaster! Se fue de este valle de lágrimas doce meses después del fallecimiento de su hermano mayor, Vaughan, y unos dieciséis años después de su amada esposa, Sarah; el último de una raza, me atrevería a decir, de gigantes más que de hombres mortales, como los que esta nación no volverá a ver jamás.

Durante unas semanas antes de sufrir el ataque fatal, el abuelo Kiddemaster se había estado comportando con enorme secreto, permaneciendo encerrado en su estudio durante muchas horas seguidas, con aquel artilugio que su yerno había construido para él; era evidente su intención de grabar su voz para la posteridad, sus herederos, y como medio para comunicarse con aquellos «necios» y «bellacos» de su propio partido, que parecían incapaces de aplastar, de una vez por todas, el triple peligro del socialismo, el comunismo y el demonismo, que el partido demócrata libremente respaldaba, tanto por ceguera como por maldad. (El abuelo Kiddemaster había sufrido un ataque leve en junio de 1894, cuando los demócratas del Congreso habían decretado ruidosamente un impuesto del dos por ciento sobre los ingresos que superaran los 4.000 dólares, y el hecho de que el Tribunal Supremo más tarde declarara que el impuesto era inconstitucional no lo animó apenas, sumido como estaba en su filosófica tristeza y pesimismo respecto al futuro de nuestra nación. Puede imaginar, lector, y sin duda comprender, la furia del patriótico anciano ante el traidor arribista William Jennings Bryan, que entonces hacía campaña para conseguir la presidencia, enfrentándose a McKinley. Y, sin embargo, sentía amargo resentimiento hacia Mark Hanna, cuyos métodos «extorsionistas» en el seno del Partido Republicano no podían dejar de ofender la sensibilidad de un Kiddemaster.)

Me hallo en posesión de muy pocos detalles respecto a la trágica muerte del anciano juez, salvo que, como consecuencia de sus

repetidos experimentos con la máquina grabadora, el personal de la casa estaba un poco confundido por su voz alta, gritos y risa salvaje con los que manifestaba desprecio hacia sus enemigos; y su hermana Edwina, que se hallaba en un estado de ánimo algo deprimido, como consecuencia de la edad y del extraordinario éxito popular de una rival experta en etiqueta, evitaba tanto aquella parte de la casa en la que resonaba la voz de su hermano que apenas le veía, salvo en las comidas formales, que en aquella época se reducían, por consentimiento mutuo, a una sola colación diaria, a las dos de la tarde. Mistress Zinn, hija siempre leal y cumplidora de su deber, consideró más sensato limitar sus visitas a su padre a una al día, después de la hora del té, mas, ¡ay!, muchas eran las tardes en que algún criado del abuelo Kiddemaster le informaba que su padre se hallaba «tan absorto en su patriótica tarea que le rogaba lo excusara». Que John Quincy Zinn, enérgicamente entregado a su tarea, retrasara día tras día y semana tras semana sus visitas a la mansión Kiddemaster debió de pasar inadvertido por el abuelo Kiddemaster, que nunca hablaba de su yerno salvo en los términos más vagos, e incluso daba muestras, de vez en cuando, de confundirlo con Lucius Rumford. (Me entristece decir que tampoco lo recordó en su testamento, aunque he de señalar que, estando el hogar de su hija Prudence tan en deuda con él, la simple cancelación de la deuda a la muerte de Godfrey Kiddemaster ya constituiría una considerable herencia.)

Todos los miembros de la casa estaban, pues, tan acostumbrados a los ruidos del abuelo Kiddemaster tras la puerta cerrada de su estudio que transcurrieron algunas horas hasta que el criado de más fino oído se dio cuenta de que las palabras del juez y la modulación exacta de su voz parecían estar repitiéndose, por lo que forzaron la puerta; pero era demasiado tarde, y el aterrorizado testigo fue saludado con la lamentable imagen de la que he hablado, y se quedó muy confundido al oír, no obstante, aquella noble voz.

Tan extremos eran los insultos del juez Kiddemaster en estos mensajes grabados (incluso, lamento decirlo, en los mensajes dirigidos a algunos miembros de su familia), los más suaves de los cuales eran palabrotas como «canalla», «villano», «zopenco», «imbécil», «burro», «maldito bobo» y otros peores, que no creo útil repetirlos aquí, y, dado el auténtico interés de los historiadores de este período por el gran legado de los Kiddemaster, sería motivo de preocupación alguna mala interpretación de la sensibilidad del juez y del amplio alcance de su capacidad intelectual. En realidad, estoy de acuerdo con la prudencia de la tía abuela Edwina no solo al ordenar que se destruyeran de inmediato todos los discos grabados (calculados en más de

doscientos), sino al presidir personalmente esa acción, e incluso ofrecerse voluntaria para ayudar a arrojar las grabaciones ofensivas a las llamas y ocuparse de ellas a conciencia con el atizador.

—Ese viejo rufián —declaró Edwina, con las mejillas sonrojadas y jadeando, a su asombrada sobrina Prudence— no tiene ni la excusa de la bebida, o de la senilidad corriente; no huelo otra cosa más que la Bestia, que surgió en él, que se imaginaba inmune.

Esta terrible noticia llegó aquel mismo día a la mansión Rumford, llevada por la propia mistress Zinn, quien, fortalecida por la administración de sales olorosas, éter y agua, y uno o dos remedios más, prescritos por el doctor Moffet, sabía que era su deber como madre informar a Octavia de la muerte repentina de su abuelo y de la sorprendente revelación que la tía abuela Edwina y Prudence habían conocido por casualidad, en la confusión general de papeles que se produjo a la muerte del anciano, de que toda la fortuna de los Kiddemaster, salvo algunas cosas insignificantes, iba a parar a una persona de lo más sorprendente: ¡miss Edwina Kiddemaster!

—No puedo comprender el significado de esta extraña explosión de generosidad —afirmó la anciana mujer con voz seria, trémula por las diversas sorpresas—, y daría la mitad de mi fortuna, y la mitad de la suya, por saber qué caprichos se habían introducido en su inflamado cerebro en estas últimas semanas. Sin duda en este gesto se oculta la preocupación natural de un hermano afectuoso por el bienestar de su hermana soltera, y, sin embargo, no soy jovencita ni vulnerable, y me atrevería a decir que mi propia fortuna es casi igual a la suya, a pesar de mi sexo y la prolongada debilidad de mi salud.

—Querida tía —declaró mistress Zinn, pálido su imperturbable semblante, y sus ojos de hija anegados en lágrimas de pesar—, querida tía, no hay nadie que lo merezca más que tú, que llevas el apellido Kiddemaster, independientemente de la edad, posición, logros personales o fortuna particular; y me atrevería a decir que así es como padre quiso honrar su fraternal afecto por ti, así como expresarlo de la mejor manera que supo.

Miss Edwina Kiddemaster seguramente oyó estas palabras, pues apenas era sorda para ser una mujer de tan avanzada edad; pero no respondió a ellas de forma explícita, sino con un murmullo y una sonrisa perpleja:

—¡Y todo el mundo creía que el pequeño Godfrey heredaría!, pues aquel ángel había cautivado el corazón del anciano en los últimos años, o eso se creía.

Así pues, mistress Zinn ordenó que prepararan su carruaje y fue conducida a la mansión Rumford con toda urgencia, para comunicar a Octavia la muerte del abuelo Kiddemaster y prepararla para la noticia, necesariamente provisional (el verdadero testamento estaba guardado bajo llave), de la curiosa herencia, que tan generosamente recompensaba a aquella hermana que el anciano había fingido que no le caía bien, herencia que desairaba (¡ah, con cuánta crueldad!) a los Zinn y a los Rumford, donde la simple gratitud habría florecido con mucho mayor celo, ya que el dinero se necesitaba. (Pues aunque John Quincy Zinn había disfrutado de un notable éxito con la inauguración, en 1893, de la «silla eléctrica» —la «silla», en lugar de la «cama», fue aportación de mistress Zinn, pues le parecía «feo que un criminal muriera en una postura de reposo»—, y aunque el Congreso había incrementado la suma de sus honorarios anuales para que pudiera proseguir su investigación, lamento decir que aún ocurría que los gastos materiales de ese caballero visionario eran extraordinariamente elevados, y mistress Zinn sufría en silencio una gran ansiedad para poder mantener la casa, en una época de precios elevados y corruptas peticiones de los criados de salarios más altos.)

Míster Rumford no se encontraba en casa cuando llegó mistress Zinn, hecho que su apenado corazón debió de excusar, por considerarlo fortuito (ya que, en realidad, míster Rumford iba a demostrar una considerable perplejidad y disgusto por el sorprendente testamento del juez Kiddemaster), y el semblante de mistress Zinn reflejaba tanta aflicción, y tan inmediata fue la trágica comunicación de sus ojos, que la pobre Octavia, que vislumbró a su madre de lejos, adivinó enseguida la importancia de su mensaje y se apresuró a ir junto a ella, para ser abrazada en sus fuertes brazos maternales, y abrazarla a su vez ofreciendo Consuelo filial y conmiseración, lo que la anciana no puedo dejar de encontrar gratificante.

Ese apacible día de primavera, Octavia estaba sentada en la terraza oeste de la mansión Rumford, en compañía del juguetón pequeño Godfrey y de un caballero alto, algo fornido, pero de rostro agradable, pelirrojo y de actitud franca, que fue presentado a mistress Zinn como «míster McInnes», congresista de Estados Unidos por el distrito de Chadsworth y abogado, y «un poco inversor» en minería, ferrocarriles y la fabricación de munición; este caballero, me sorprende y agrada observar, no era otro que Sean McInnes, ¡el hijo del antiguo cochero!, que ahora andaba metido, debido a no sé qué circunstancias, en ciertas especulaciones financieras de míster Rumford o en los intereses de uno u otro de los acreedores de Filadelfia de míster Rumford, y había cambiado mucho desde aquella inconsecuente juventud

irlandesa, de la que he tenido escasa ocasión de hablar hace algún tiempo. Pero tanta era la pena de mistress Zinn, y tan violenta fue la reacción inmediata de Octavia, que es dudoso que mistress Zinn oyera siquiera con claridad el nombre de McInnes, y mucho menos que captara la extraña relación entre «Sean, el hijo del cochero» y aquel caballero maduro, y claramente acomodado, que se hallaba ante ella. Y como míster McInnes enseguida se dio cuenta de la delicada situación del momento, llamó a los criados para que ayudaran a su ama, hizo una leve reverencia y se marchó, adivinando correctamente que madre e hija desearían estar solas en este momento patético y desgarrador.

—¡Rómpete, corazón!, te lo ruego, ¡rómpete!, ¡rómpete! —suplicaba Octavia, en un ataque de llanto convulso, apretada en el abrazo de mistress Zinn—, porque es demasiado cruel sufrir la pérdida del abuelo tan de repente, sin una palabra de despedida, sin un beso final, ¡sin ningún aviso!

—Llora, llora, hija mía —le dijo mistress Zinn, seria y llorosa—. Sin embargo, no dudo de que Nuestro Salvador nos guiará, como nunca ha dejado de hacer en el pasado; pero hemos de rezar con suficiente fervor y ofrecerle las vanidades de nuestras esperanzas, así como nuestra pena, y no sucumbir al pecado de la desesperación.

Así se consolaban madre e hija, y el asustado querubín, el pequeño Godfrey, aunque no tenía más que cinco años de edad, intentó calmar esta demostración de pesar dando saltos y rodeando a las llorosas mujeres, imagen que desgarraría el corazón más duro, y, agarrándose a ellas para que se dieran cuenta de su presencia, dijo:

—¡Al pequeño Godfrey no le pasa nada, está bien; está muy, muy contento, y sano, y tiene hambre y quiere más pastel de albaricoque! Pero ¿por qué lloráis?

66

Sabia en verdad era la mano que escribió «¡Los problemas no vienen solos!», pues sería la víspera del Domingo de Ramos, en abril de 1897, no mucho después de la muerte del abuelo Kiddemaster, cuando la pobre Octavia iba a verse sumida aún más profundamente en el duelo: esta inesperada ocasión fue, me apena muchísimo decirlo, la pérdida de su devoto esposo.

¡Desdichado Lucius Rumford! ¡Arrancado de la vida antes de hora! Sin embargo, dejó un digno heredero de sus tierras y fortuna en el pequeño Godfrey, al que, estoy segura, amaba con un profundo orgullo paternal, aunque por su temperamento se alejaba de las vanidades de la exhibición de afecto y mostraba un semblante un poco serio y formal, y dejó la educación de su hijo en manos de mistress Rumford y de una sucesión de institutrices. Es cierto que míster Rumford se disgustó considerablemente con la excéntrica formulación del testamento del juez, que lo animó a observar, con acre brevedad, a su tímida esposa:

—No es la primera vez, madame, que tu distinguida familia ha resultado decepcionante para el mundo —frase no muy elaborada y rica en ambigüedad.

Es cierto también que este disgusto se derramó, por decirlo de alguna manera, sobre el propio pequeño querubín, con la triste consecuencia de que las tendencias paternales naturales de míster Rumford fueron reprimidas en presencia del pequeño Godfrey y que, con respecto al hecho de que mistress Rumford había concebido de nuevo, había sucumbido una o dos veces a una fría furia, profiriendo imprecaciones como «desvergonzada», «ramera» y «puta de Babilonia», lo cual la pobre Octavia pudo aceptar con cristiana humildad y más prontitud porque su mente pura —en realidad, inocente— apenas comprendía el significado de tales palabras.

Sepa, oh, lector, que todas estas observaciones son ciertas; sin embargo, sería erróneo ver a Lucius Rumford como algo menos que un recto esposo cristiano, poseedor de cualidades de tanta modestia, santidad y veracidad como para convertirlo en modelo de todo el vecindario, así como para su esposa y heredero; y, en verdad, fue tan llorado por su esposa que esta se pasó quince días en cama, sin sentido, después del inexplicable suceso, y una noche azotada por la lluvia llamó débilmente a su enfermera para que le llevara una tabla de escribir, una hoja de papel y una pluma y tintero, con el fin de transcribir una elegía en su honor: ¡nuestra querida Octavia, que nunca había escrito un solo verso ni aspiraba a semejantes alturas!

No obstante, de la pluma de la viuda, que se movía con febril urgencia, surgió un poema notable sin apenas vacilación, en contraste con la beatífica serenidad de su semblante y el cálido afecto que se desbordaba de sus encantadores ojos:

Cuando, al caer la tarde, haga su aparición el rocío,
cuando las estrellas resplandezcan en lo alto,
pensaremos en las dulces horas del pasado,
cuando tú aún te hallabas entre nosotros.
Y tú ¿rondarás también por aquí,
si tal gracia te es concedida,
para reunirte en la tierra con los que amas
mientras dichoso en el cielo moras?

Tras lo cual, la elegante pluma cayó de la mano de la afligida mujer y la tinta se derramó sobre el papel, y nunca más, en toda su larga y afortunada vida, Octavia volvió a estar tan agitada por la inspiración —o, tal vez, por la pérdida inconsolable— como para escribir otra línea poética.

Las circunstancias del fallecimiento de míster Rumford son un poco confusas, y ni siquiera el celoso doctor Moffet pudo determinar, a su satisfacción profesional, la causa exacta de su muerte, salvo el factor evidente de fallo cardíaco, como consecuencia de un exceso de ejercicio de alguna clase, y asfixia, que al parecer acompañó al primero. (No podía interrogarse a la afligida viuda, paralizada por la conmoción y la pena, y menos aún si se tenía en cuenta su estado, tan precario que hacía temer un aborto; por otra parte, el sagaz doctor Moffet tenía motivos para temer que se repitiera aquella «fiebre del cerebro» que la desdichada mujer había sufrido inmediatamente

después de la muerte de la pequeña Sarah.)

En realidad, espero no estar saltándome parte de la historia al confiar al lector que no permitieron a Octavia levantarse de la cama, a pesar de su vehemente deseo de hacerlo, pues le preocupaba mucho el pequeño Godfrey y la casa, pero su médico le prescribió que se quedara en la cama hasta que naciera el niño; fue una decisión sensata y prudente, ya que a principios de septiembre, varias semanas antes de lo previsto, nació un niño, un poco menos desarrollado de lo normal. (Este hijo iba a ser bautizado con el nombre de Lucius Quincy, y espero no irritar al lector si salto aún más en mi historia para señalar que este ángel tan preciado, aunque enfermizo durante su infancia, adquiriría fuerzas y crecería y medraría y sería una gran bendición para su madre en sus años crepusculares; ¡y, sí, también para su padrastro! Pero esta culminación de la presente pena reside tan lejos en el futuro —en realidad, en el siguiente siglo, en el cual no me aventuraré— que no tiene sentido comentarla aquí.)

Si míster Rumford debía expirar porque así lo había decretado Dios, hay que considerar un beneficio que le llegara su hora en su lecho y en el abrazo de su feliz matrimonio, no en las inhóspitas calles de Filadelfia, donde únicamente extraños se habrían precipitado junto a él, ni en la solitaria carretera, o a la intemperie: ¡el viento, el granizo y las tormentas de nieve de aquella terrible estación! No, lo hizo en brazos de su fiel esposa, donde, unidos en aquel sagrado acto unitario, del que, por ignorancia, apenas puedo hablar, es posible que él encontrara solaz y amor sin límites como para compensar el súbito fin de su vida en la tierra.

Aunque las circunstancias de la muerte de míster Rumford son, como he observado, algo oscuras, parece que, en los varios meses que la precedieron, le había parecido conveniente introducir en sus relaciones conyugales con su esposa un elemento de ejercicio contundente, tal vez con el fin de hacer penitencia (de modo que, aunque el casto caballero sucumbiera a una involuntaria felicidad espasmódica, de tipo animal, se castigaba a sí mismo en homenaje al sacrificio de Nuestro Salvador), o confines de disciplina (ya que a veces ocurría, lamentablemente, que la obediente Octavia, a pesar de toda su intención, no podía evitar forcejear o incluso emitir protestas ahogadas, en particular si tenía que soportar graves incomodidades o puro dolor).

En cualquier caso, como los principios de míster Rumford eran desconocidos, además de la capucha, el corsé, las enaguas y los numerosos avíos que he mencionado, empezó a emplear un nudo corredizo de tejido ligero y vaporoso, puede que de seda, o satén, o

sencillo algodón. Este artilugio lo colocaba sobre la cabeza de Octavia, sobre la capucha, y atado al cuello puede que ayudara a mantener en su lugar la cubierta protectora durante el agotador acto unitario, de modo que los ojos de la casta esposa estuvieran más protegidos de toda visión desconcertante o impropia, algo que, sospecho, puede ocurrir a veces en el lecho matrimonial, independientemente de la pureza del esposo y la esposa y de la naturaleza cristiana de sus intenciones. Que Octavia accediera en silencio a esta estrategia dice mucho en su favor, pues sabía que su esposo le guardaba resentimiento, e incluso, en ocasiones, la despreciaba por la frecuencia con que concebía («una zorra en celo se mostraría más reacia», eran las palabras de míster Rumford) así como por la insultante negligencia de su abuelo.

Así pues, mistress Rumford se mostraba tímida y dócil frente al desagrado natural de su esposo, y la joven mujer tampoco dejaba de observar la difícil situación de Delphine Martineau, en otro tiempo obstinada, de quien se decía que, habiendo protestado porque su esposo bebía, jugaba y «se juntaba con personajes de baja categoría», ahora se hallaba recluida en una cámara de la casa ancestral de su esposo y bajo cuidados de un médico, para que su histeria y sus fantasías no ejercieran un efecto nocivo en sus jóvenes hijos ni manchara el noble apellido Ormond, la familia de su esposo. Y también estaba el ejemplo de la prima Rowena Kale, devuelta sin un céntimo a la casa de su padre, como consecuencia de algún desacuerdo respecto al trato, o maltrato, de sus hijos; la infeliz mujer, después de haber disgustado a su esposo legal, ahora disgustaba de forma semejante a su padre, tanto más cuanto que su dote se había «despilfarrado» y «arrojado a un agujero de ratas», sin nada que mostrar a cambio. Y, lamento decirlo, se contaban en susurros otras historias que no tendrán lugar en esta narración pues pertenecen al mundo de los chismes y arrojan una sombra desagradable a la sagrada institución del matrimonio, en la que Dios une a marido y mujer como una sola carne y un solo espíritu.

Hay que decir en favor de Octavia que se sometía a las diversas peticiones de míster Rumford, y no ponía reparos ni siquiera cuando sufría alguna incomodidad física y ataques de pánico irracional debido a que el nudo corredizo se apretaba a su tierna garganta; no, ella no permitía que su mente vagara libremente, que la queja fuera una opción. Tampoco puso reparos cuando, tras haber transcurrido algunas semanas, míster Rumford de repente le pidió que, mientras llevaba puesta la capucha, le colocara el nudo corredizo a él y se lo apretara al cuello.

No puedo decir con cuánta frecuencia se rompió así la costumbre, durante el largo y duro invierno, cuando los fríos vientos de Canadá aullaban y el disco solar brillaba débilmente, y el pequeño Godfrey hacía suspirar de afectuosa exasperación a los criados cuando quería que lo vistieran para salir al frío del exterior y después que lo desvistieran para permanecer dentro de casa; tampoco puedo decir con seguridad por qué míster Rumford adquirió la costumbre de solicitar a su complaciente compañera un aumento gradual de la tensión que el nudo corredizo ejercía en su garganta. Sin embargo, así era.

—Más fuerte —pedía a veces míster Rumford entre jadeos en medio de sus agotadores ejercicios—, más fuerte, y más fuerte aún, mistress Rumford… —hasta que sus palabras resultaban confusas y su respiración se hacía aguda y ruidosa, y ni siquiera su querida esposa podía determinar lo que decía, y solo adivinaba, ayudada por la intuición, sus deseos. Si, por agotamiento o miedo por la seguridad de míster Rumford, Octavia dejaba aflojar el nudo corredizo antes del momento crucial, se ganaba una buena reprimenda y, con frecuencia, un pellizco como castigo, que dejaba una considerable rojez visible a la luz de la mañana—. Más fuerte, más fuerte… más fuerte aún, mistress Rumford, o me disgustaré —ordenaba míster Rumford.

Y Octavia se habituó a obedecerlo, a veces tirando simplemente de ambos extremos del cordón de seda, y a veces, por expreso deseo de míster Rumford, «asfixiándolo» de modo evidente mediante un proceso de retorcer y apretar, el cual, por supuesto, ella no podía ver, pues su visión estaba anulada por la capucha.

Y así ocurrió, la víspera del Domingo de Ramos, que míster Rumford exhortó a su esposa a que apretara y apretara, cada vez más, el nudo corredizo y ella, sin pensar, obedeció; puede que sus pensamientos vagaran libremente para fijarse en el pequeño Godfrey, que dormía en el cuarto de los niños; o para derramar una lágrima callada sobre la tumba de la pequeña Sarah; o para reflexionar sobre los misterios de la libre voluntad, el determinismo y la gracia, tal como los exponía el reverendo Silas Hewett desde el púlpito de Trinity Church. (Este clérigo protestante ahora había entrado ya en su décima década y estaba tristemente sordo, sin embargo, a pesar de todo, era un orador tan enérgico y de mente tan clara como no había otro.) O sus pensamientos tal vez giraban en torno a míster Zinn, el orgulloso inventor de la «silla eléctrica» y, más recientemente, de un cepillo de dientes que funcionaba mediante una pequeña manivela, con notable eficacia para eliminar el sarro de los dientes. (Míster Zinn ahora estaba inmerso en un proyecto de naturaleza secreta, junto con una

rama de la organización Du Pont, para poder satisfacer la demanda que había hecho el capitán Alfred Mahan, de la Armada de Estados Unidos, de torpedos más eficientes; el capitán. Mahan fue aquel elocuente guerrero que, en sus numerosos libros, abogaba por la extensión forzosa de la nación estadounidense, no solo a aquellos países pequeños y problemáticos, Cuba y Hawai, sino en todo el hemisferio y, si Dios lo quería, en todo el mundo.) O tal vez sus pensamientos se dirigieran a la patética situación de sus hermanas perdidas, que con más dureza se podrían llamar «condenadas»; sin embargo, ay, era tan dulcemente afectuosa su naturaleza que no podía menos que sentir una punzada de pesar porque Malvinia no fuera aún su compañera de cuarto, o porque Samantha hubiera traicionado con tanta crueldad el hogar paterno, sin una palabra de despedida y sin que le importara no volver a ver jamás a su querido sobrino, en este mundo…

Así, mientras su adorado esposo trabajaba virilmente en el acto unitario, instándola mediante gruñidos, murmullos y gemidos impacientes a que apretara y apretara el nudo, los pensamientos de Octavia, con toda inocencia, iban y venían, y quizá no sorprenda demasiado el que, habituada como estaba a estas costumbres maritales, obedeciera con demasiado vigor la orden de su esposo… o puede ser que, simplemente, la malinterpretara, como consecuencia de lo cual míster Rumford de pronto dejó sus esfuerzos y, ¡ay!, dejó de respirar.

Lector, puede imaginar la reacción de la asustada esposa cuando percibió que ocurría algo, o, en cualquier caso, que había algo irregular, y se atrevió —tímida y vacilante— a apartarse la capucha de la cabeza con el fin de investigar la situación. (Míster Rumford no solo había cesado en sus esfuerzos, sino que se había quedado misteriosamente callado, caído sobre el pecho de ella) y vio, con ojos llenos de asombro, el semblante de su esposo tan morado y contraído, y los ojos tan espantosamente salidos, que lanzó un grito de horror como si no lo reconociera, y, apenas un instante después, lanzó otro alarido al comprender que el pobre hombre había expirado.

En realidad así fue como acabó sus días Lucius Rumford, y me parece una señal de la misericordia especial de Dios hacia sus más amados hijos el que Octavia, en su pena y su salud precaria, se desmayara enseguida y jamás recordara con claridad las circunstancias exactas de la muerte de su esposo.

67

No tengo palabras, ¡ay!, para hablar de la espantosa muerte por ahogamiento del pequeño de rizos dorados, Godfrey, un apacible día de mediados de verano, en la mansión Kiddemaster.

Tampoco tengo corazón para hacerlo.

Solo sé que el terrible suceso ocurrió apenas un año después del fallecimiento de míster Rumford, cuando la afligida viuda insistía aún en vestir de luto, aunque estaba preparada, creo, por recomendación de su madre y de su tía abuela, y de otras diversas damas del vecindario, para dejar su atuendo de viuda y volver a vestir vistosos y alegres tonos, teniendo en cuenta (como sin duda cualquier viuda joven ha de tener en cuenta, si también es madre) que ahora tenía que vivir para sus hijos, y no para su esposo.

¡Es demasiado cruel, demasiado amarga la pérdida de cualquier pequeño inocente! Pero lo es más la de este inocente…

No, no puedo hablar, pues es una tarea demasiado agobiante, la tristeza es demasiado grande. Al emprender mi crónica sabía que no podría evitar el patetismo y la congoja, pero, oh, lector, no sabía que la crónica viraría tan despiadadamente hacia lo trágico y que supondría una carga tan enorme para mi corazón. Aunque la eminente poetisa miss Jane Woolsey nos dice que «Las estrellas son el alfabeto de los ángeles / que escriben en lo alto con su luz / todo pensamiento puro y apacible / de santidad y amor», aquí abajo es muy, muy diferente para los que aspiramos a dejar constancia escrita, pacientemente y sin miedo, de la verdad terrenal. ¡Ah, qué cruelmente diferente es!

Como mis débiles energías están tan agotadas y mis ojos envejecidos tan rebosantes de lágrimas que apenas veo esta página o el lento movimiento de mi pluma, debo recurrir a la sabiduría de la poesía para que el lector pueda comprender, aunque débilmente, la

pérdida que la pobre Octavia tuvo que soportar. En palabras del reverendo Hargreave Tupper, sacadas de su popular colección *Filosofía proverbial*:

Un bebé en un hogar es una fuente de placer, un mensajero de paz y amor;
la última morada de la inocencia en la tierra, un vínculo entre ángeles y hombres.

¡Y cuánto más cierta debe considerarse esta afirmación al referirse al robusto, incansable, lozano y gloriosamente alegre pequeño Godfrey!

No, no puedo obligarme a hablar, salvo de la manera más indirecta, obligando al lector a imaginar una escena muy similar a aquella con la que empezó esta historia, en septiembre de 1879 (¡ah, aquel día aciago!), en el bello césped que descendía tan elegantemente desde la terraza posterior de la mansión Kiddemaster hasta el apacible río, unos centenares de metros más abajo. Recordará, lector, el cenador en el que estaban sentadas las hermanas, con sus bonitos vestidos de domingo, aquel mismo cenador (nada alterado) del que huyó la torpe Deirdre, para su vergüenza y destrucción. Recordará, tan pintorescos en las cercanías, una rosaleda muy elegante, un jardín de glicinas y campos de hierbas marchitas naturales y juncos ornamentales; recordará también, quizá, el viejo pozo de los deseos de piedra.

Ay, el viejo pozo de los deseos de piedra.

Pues fue en estas oscuras y sepulcrales aguas donde, atrapado en el abrazo de un Pip enloquecido, nuestro pequeño y querido Godfrey halló su fin.

¡Pero cómo expresar, cómo escribir, los elementos de aquella muerte frenética, agitando brazos y piernas, asfixiándose, escupiendo y farfullando!

Y la incalculable ironía de la muerte: el inquieto monito confundió las ganas de jugar del pequeño Godfrey con algo más grave y alargó sus brazos, sorprendentemente largos y musculosos, para agarrar al sonriente niño y hacerlo caer al pozo con él.

Todo esto, como el lector puede comprender, no fue más que un malentendido por parte de Pip, si admitimos que la pequeña criatura peluda podía ser capaz de «comprender» algo. Su temperamento era tan nervioso y su astucia animal tan superficial que interpretó mal la travesura del pequeño Godfrey de sacarlo de la terraza (donde, pedigüeño como era, pavoneándose y con zalamerías había logrado obtener de Octavia y miss Narcissa Gilpin, y alguna otra dama, unos

trocitos de pastel de crema bávara) y llevarlo al pozo de los deseos, donde alegremente lo arrojó al borde de áspera piedra, y la juzgó un acto de maldad, en lugar del simple juego de un niño que era.

¡Ay, apenas puedo proseguir!

Porque, aparte del incalificable y lastimoso espectáculo del ángel niño y la simple bestia ahogados en un abrazo en aquellas aguas del pozo de los deseos de los Kiddemaster que, por tradición, no tenía ninguna función práctica más que la ornamental y la de diversión, y (¡que Dios nos proteja!) la caprichosa; aparte del horror en sí mismo que fue presenciado no solo por las damas que tomaban el té, sino también por el pequeño Lucius Quincy, en el regazo de su madre (ese niño querido tenía ahora casi doce meses de edad y, aparte de cierta debilidad respiratoria y una exagerada timidez en presencia de su hermano mayor, alborotador pero adorable, había alcanzado un tamaño considerable gracias al generoso amor de su madre, como aprovecha la mala hierba más enclenque el beneficio del sol, con igual gloria que la rosa); aparte del efecto nocivo que el suceso iba a tener en el estado ya débil de la tía abuela Edwina, tenemos, ay, la espantosa ironía de que, en el momento mismo de la travesura del pequeño Godfrey, las damas de más edad estaban recriminando a mistress Rumford su excesiva pena y la larga duración del duelo, lo cual, afirmaron:

—¡Al propio míster Rumford sin duda le debe de resultar incómodo, en su celestial morada!

Suavemente, con infinito tacto y compasión, y consideración por la santidad de la aflicción cristiana, amonestaban a la joven viuda y la instaban no solo a dejar de llevar luto y a participar más plenamente en los placeres de este mundo (entre los cuales sin duda había que incluir el delicioso pastel de crema bávara, las tortitas de nueces y los pastelillos de chocolate suizo con almendra que sirvieron con el té), sino también a disfrutar con sus dos hermosos hijos.

No, la ironía es demasiado amarga. Me siento débil y no puedo proseguir más que para escribir apenas una página más.

Quiero decir solo que, a pesar de la alegría de la escena, de las risas, la charla y el delicioso sabor de los pasteles, tortitas y pastelillos, los cuales, con desgana, había accedido a mordisquear; a pesar de la idílica belleza del día de mediados de verano y la indescriptible serenidad de la finca de los Kiddemaster (o, más bien, de todo lo que la gran familia poseía); a pesar de la fuerza cada vez mayor que las horas de plegaria diaria y la inmersión en el Libro Sagrado le estaban dando; a pesar de todo esto, lector, la intuición maternal de Octavia era tanta que pareció saber, antes de que el enloquecido monito

hubiera atraído a su hijo al pozo con él, antes incluso de que el pequeño Godfrey hubiera arrojado a la criatura por el borde, mientras el entusiasta diablillo todavía estaba alegrando la tarde con sus gritos y risas, y nada parecía ir mal, pues los gritos de terror del monito eran corrientes cuando el pequeño Godfrey decidía jugar con él, el instinto de su madre era tal que supo que algo terrible iba a suceder, y, aunque se esforzó para dejar el cálido peso del pequeño Lucius Quincy en el regazo de su abuela, para poder ella, recogiéndose las faldas, correr hasta el pozo y evitar la catástrofe, resultó que se encontró paralizada y no pudo mover ni un solo músculo, ¡ni un párpado!, ni pudo gritar para alertar a alguno de los criados y salvar a su hijo de su destino fatal.

68

Aunque la carrera del genio inventor John Quincy Zinn al fin había empezado a florecer en los últimos años de nuestro glorioso siglo, no es ningún secreto para nosotros, sus íntimos, que en su corazón herido de padre tenía que luchar con los recuerdos de sus traidoras hijas, los cuales lo acosaban noche tras noche; tampoco se curaban las crueles heridas, ni siquiera mediante la escrupulosa acción de mistress Zinn, que echó al fuego sin abrir, al recibirlas, las dos o tres cartas enviadas por Samantha desde alguna dirección del «ancho mundo», de poco significado aquí.

Así, puede haber sido como consecuencia de reflexiones privadas sobre estas pérdidas, o por los efectos inevitables del exceso de trabajo, que, más frecuentemente que nunca en su vida, le dejaban la mente confusa cuando mantenía alguna conversación de naturaleza social ligera, o, tal vez como consecuencia de su pena como abuelo por la pérdida del pequeño Godfrey, o quizá (pues ¿quién puede sondear las profundidades del corazón de otro?) como expresión de simple nostalgia por todo lo que la pequeña criatura peluda había representado, desde aquella mañana nupcial de 1855, cuando todos los pájaros parecían cantar «¡Romance!» y todos los semblantes parecían sonreír diciendo «¡Romance!»; es decir, la mañana nupcial de la joven Prudence Kiddemaster y el sonrojado joven caballero John Quincy Zinn. ¡Ah!, no lo sabemos.

Solo podemos decir que, unos cinco o seis días después del funeral del pequeño Godfrey, John Quincy Zinn, distraído y acariciándose la larga barba, levantó la vista de su plato intacto de la colación de mediodía, clavó en mistress Zinn una mirada melancólica y medio de reproche, y murmuró, de forma casi inaudible:

—También hay que llorar a Pip.

IX
«“ADIEU!” ES EL ÚLTIMO SALUDO DEL AMOR»

69

Y así pasaron los años, y al cabo la historia fue un feliz episodio guardado en la memoria.

S. L. SEABRIGHT-BOUGH

Durante los largos y difíciles meses en que he transcrito esta laberíntica crónica, mi tarea y mi modesta esperanza han sido lograr que el lector perciba sus peculiaridades, claras, directas y —espero— sin confusión, y permitirle saborear, con la generosidad de las historias de las familias Zinn y Kiddemaster, su profusión de detalles, los cuales confieso que, numerosos como los capullos en el florido Bloodsmoor, me han fascinado y me han proporcionado muchas horas de perplejidad que me han hecho reflexionar con melancolía en cuanto a si nuestra vida mortal aquí en la tierra se revela con más imparcialidad desde lejos, discernible solo al ojo objetivo o divino, o si se revela únicamente tal como se experimenta, es decir, en parcelas finitas de tiempo, semanas, días, horas y minutos.

A menudo he reflexionado: ¡ah, y cómo habría disfrutado yo si, durante una hora escasa, hubiera podido estar sentada en las rodillas de míster Zinn para plantearle estas preguntas a él, que dedicó su vida a estos enigmas filosóficos! Aunque, indudablemente, mi frágil capacidad femenina en esta área de genio mental tal vez habría agotado su paciencia y despertado un poco de lástima y desconcierto. (Pues en los años finales de la vida de este hombre distinguido, que menguaba con el siglo, con frecuencia se hallaba en un mundo de raciocinio tan remoto que solo regresaba con desgana a este mundo, donde incluso su taller llegó a parecerle, como dijo, «insustancial», e irreal y solitario también, desaparecido para siempre el fastidioso

monito y sin que deseara tener ayudantes, después de la traición de Samantha con Nahum.)

Ay, no es un privilegio que se me haya concedido, ni soy completamente capaz de comprender, después de mucho examinarla, la respuesta expresada de forma tan complicada por John Quincy Zinn a aquella curiosa obra de H. G. Wells, *La máquina del tiempo*, en una monografía titulada «Sobre la probabilidad (y la imposibilidad) de viajar en el tiempo», aparecida en una publicación filosófica en marzo de 1896.

En cualquier caso, como la solemne tarea de la autora es, pues, mediar entre descripción general y detalle, me veo obligada a confesar que, a medida que mi historia de Bloodsmoor se acerca a su fin (pocos segundos antes de la primera campanada de la medianoche del 31 de diciembre de 1899), me atormenta más todo lo que, por motivos de brevedad, debo omitir; la cautivadora multitud de semanas, días, horas y minutos que los Zinn experimentaron como su vida. Ah, omitir —¡verme obligada a omitir!— tantas cosas: despertar en mitad de la noche con la cabeza zumbándome y resonando por las clamorosas voces de una doble imaginada de Samantha, de mistress Zinn, de Charles Guiteau, del barón, de Pip, de Mark Twain, del pequeño Godfrey, de Malvinia Morloch o de Deirdre de las Sombras, porque no he hecho justicia a la complejidad de su alma y, al darles forma para adaptarlos a los contornos sugeridos por una laberíntica profusión de otras vidas, en realidad los he traicionado, cuando ellos me habían confiado su ser.

Sería necia si pretendiera negar que mi humilde esperanza es que *Las hermanas Zinn* sea un relato alegórico, ejemplar en realidad, que a sus numerosos personajes se les exige que se presten a una interpretación moral. Sin embargo, no soy consciente de haber traicionado por ello a los individuos que se descubren aquí, y les pido disculpas, ya que, como la capacidad del lector, no menos que la de los autores, es decididamente finita, me veo obligada a continuar favoreciendo la descripción general.

(Es decir que, aunque ninguno de los personajes aquí descritos consentiría en presentarse como figura alegórica, y mucho menos en interpretarse como tal, es necesario que yo, como historiadora de estos hechos y, tal vez, como juez de ellos —en la limitada medida en que, por supuesto, un miembro de mi sexo puede considerarse juez, pues esa posición es, por tradición, prerrogativa masculina—, es necesario, digo, extraer lo que resulta ejemplar, y no lo que es simplemente idiosincrásico y excéntrico de estas vidas individuales, con el fin de sacar alguna lección moral saludable.)

Así pues, en esta breve introducción he decidido hablar a grandes rasgos del libro último, que nos llevará desde el 28 de enero de 1899 hasta el final de aquel año tumultuoso, y de un lugar en San Francisco en el que ninguna dama desearía entrar, aunque le permitieran la entrada, hasta Bloodsmoor de nuevo, lugar que, huelga decir, nunca he dejado realmente en espíritu. El lector volverá a familiarizarse con las hijas Zinn, que tal vez haya pensado que habían violado tanto las costumbres de la decencia, el buen sentido y la obligación filial como para considerarse perdidas —en realidad, condenadas— para siempre; espero que, además de volver a familiarizarse con ellas, el lector se vea suficientemente movido por la caridad cristiana para gozar con las numerosas reconciliaciones que el destino vio oportuno decretar en estos meses finales de nuestro siglo. Que las hermanas Zinn que han abandonado a sus padres y el hogar doméstico, con el fin de lanzarse al ancho mundo, encuentren la manera de regresar a casa me parece una afirmación triunfante de la gracia de Dios, que actúa de modos tan sutiles que sobrepasan nuestra comprensión humana.

70

Me asusta la escena que ahora debo transmitir, y ruego al lector que sea indulgente, tanto por mi timidez como por la naturaleza desagradable —en realidad, odiosa— de lo que sigue.

Pues ahora tenemos que sumergirnos en lo vil, lo antinatural y completamente morboso. Tampoco están del todo claros los detalles de tipo psicológico.

En realidad, al levantarme tras una noche de sueños inquietos, ayer por la mañana, esperaba lanzarme enseguida a este capítulo, a pesar de la palidez de mi semblante y una profunda repulsión del alma. Mi estrategia como autora había sido introducir como primera nota de este libro último, tanto el tema central (la asombrosa última voluntad y testamento de miss Edwina Kiddemaster y la aún más asombrosa «Confesión de una pobre pecadora», escrita por ella misma) como el tema de «Philippe Fox», que desde hace tiempo me ha consternado por razones que pronto se harán evidentes. Sin embargo, tanta era mi repugnancia por «míster Fox» o «Constance Philippa Zinn» que, no confiando en mis debilitados poderes, volví mi pluma a otros asuntos más generales, los cuales espero hayan sido instructivos para el lector, al tiempo que me han permitido cierta cantidad de tiempo que ha resultado reconstituyente. Pero «Deprisa, antes de que las agolpadas sombras / caigan sobre ti desde la tumba, donde nadie trabajar logra», como nos recuerda mistress Sigourney; y debo afrontar ahora mi tarea tanto tiempo temida.

En verdad, me veo obligada a confesar aquí que, en varias ocasiones, he evitado tomar este hilo en mi intrincada labor por la timidez propia de mi sexo, que nos ha hecho en general inadecuadas para la creación de grandes obras, como las de Dickens y Balzac, y, en nuestro propio entorno, Melville, una timidez que tiene su base en la ignorancia natural y en la inocencia de los aspectos más crudos de la

vida, y en el deseo de que solo «arcos iris de dicha sobrenatural» (para citar a mistress Sigourney una vez más) iluminen nuestros intentos literarios, igual que, como es de desear, iluminen nuestra vida.

La escena que hay que imaginar, que espero no ofenda la sensibilidad del lector, es la barra de caballeros, poco iluminada y llena de murmullos, del suntuoso hotel Baldwin de San Francisco, uno de esos refugios tan apreciados por el hedonista consumado, para el que no es infrecuente desear dirigirse allí incluso de día con el fin de consumir esos excesos de alcohol a los que estos personajes se han entregado. Aquí, en el esplendor de espejos, dorados, mosaicos y objetos relucientes y ostentosos, repulsivos para la mente saludable, se mezclan caballeros de diversas procedencias para ingerir alcohol como *bourbon*, *whisky*, ginebra, vodka, ron, *brandy* y licores de todas las especies imaginables, mientras ceden a sus glotonas inclinaciones devorando exquisiteces como ostras ahumadas, calamares y caracoles con mantequilla.

A medida que nuestros ojos se acostumbran a la penumbra del color del humo, observamos a un caballero solitario que está de pie en el extremo más alejado de la barra, leyendo un ejemplar del *Ledger* de San Francisco que alguien ha dejado y él acaba de encontrar a su lado. Es difícil calcular la edad del caballero, si es más bien joven, como su actitud sugiere, o si tiene treinta y tantos, como el cabello algo encanecido en sus atractivas sienes indicaría. Tiene la barbilla fina y ni el más leve asomo de bigote; en realidad, su tez posee una agradable suavidad que ni siquiera los insistentes rayos del sol y sus frecuentes gestos de fruncir el entrecejo han logrado mitigar. Aunque su atuendo no está completamente limpio, y es posible que lo hubiera llevado varios días, es de evidente calidad y no está fuera de lugar en el Baldwin, donde suelen alojarse hombres acaudalados: camisa de hilo blanca con los puños fruncidos, fino traje de velarte de color gris paloma, chaleco con arabescos dorados, corbata de cordón negra típica del Oeste, una aguja con una perla clavada en la solapa. Colgados del brazo tiene un par de guantes de piel de cerdo muy gastados, y ha llevado a la barra un sombrero de lana blanco de ala ancha, que recuerda el sudoeste. Sus botas de piel de vaca están hechas a medida y tienen tacones de cinco centímetros (con el resultado deseado de que parece agradablemente alto y posee, a pesar de su constitución menuda, un aire amenazador).

Una sinuosidad como de serpiente anima su ser, pero aun así es atractivo y lo suficientemente enigmático para atraer y repeler al

mismo tiempo la vista del observador casual. ¿Es más apuesto de lo corriente, con su frente como de mármol y sus labios de exquisita forma, y sus ojos picaros, hundidos y de oscuras pestañas, que se mueven con osadía de un lado a otro? ¿Da la impresión de astucia, más que de fuerza masculina, y de ser guapo, más que de ser fuerte y robusto? ¿Es su actitud sigilosa? ¿Podría su elegante chaqueta negra ocultar una pistola que llevara en secreto? ¿Podría ser un acomodado caballero del Este, de buena crianza, o podría haber surgido de los niveles más bajos de la sociedad? ¿Es uno de los numerosos hombres jóvenes que están «con el gobierno», o «con los ferrocarriles», o «con la ley»? ¿Es un periodista errante, un bígamo huido, un jugador, un fullero, un buscador de oro, un «agente de la ley», un hombre arruinado, un fugitivo, un asesino, un «bandido»? Cuando se dirige al encargado de la barra revela un acento que podría muy bien ser del Este, aunque está mezclado con un enfático deje del Oeste, si bien no queda claro si este es natural o simple afectación.

A pesar del evidente deseo de intimidad del hombre, e incluso de secreto, hay algo decididamente descarado e incluso temerario en su actitud cuando enciende un cigarro mexicano corto y delgado y sigue leyendo el periódico, examinando con impaciencia las columnas, mientras masculla y ríe con desdén por lo bajo.

Hasta que, de pronto, casi por casualidad, sus ojos tropezaron con esta noticia, que lo sobresaltó tanto que el cigarro por poco no se le cayó de los dedos y le arrancó una exclamación ahogada:

—¡Ella!

MUERE LA ESTIMADA AUTORA
MISS EDWINA KIDDEMASTER

ESTIPULACIONES INSÓLITAS
COMPLICAN EL TESTAMENTO

Con gran rapidez el caballero de cuerpo esbelto leyó esta noticia que, lamento informar, no recibió por parte del *Ledger* la cantidad de espacio que tan solemne suceso sin duda merecía; tampoco su lugar, en la página 17, en medio de otras numerosas necrológicas de personas desconocidas, era suficientemente respetuoso, teniendo en cuenta lo que esta pérdida representaba para las letras estadounidenses. Pero, aunque lacónico y escrito en un estilo singularmente poco elegante, el artículo no contenía inexactitudes, y en él el caballero, cada vez más agitado, se enteró de los siguientes hechos: que miss Edwina Kiddemaster había sucumbido a una breve enfermedad y fallecido, en su hogar ancestral de Bloodsmoor,

Pensilvania, a la edad de setenta y ocho años; que había escrito «más de setenta obras, referentes a temas morales, domésticos y religiosos, las cuales, vendidas por suscripción, eran leídas y apreciadas por millones de estadounidenses»; que su «lamentable fallecimiento», en palabras de S. T. Martyn, la editora de *The Ladies' Wreath*, «es motivo de gran pesar entre sus devotas lectoras, más aún por cuanto que es poco probable —no, imposible— que nuestra nación vuelva a ver a alguien como miss Edwina Kiddemaster en los agitados años que han de venir». Había algún comentario innecesario sobre el hecho curioso de que miss Kiddemaster, en los últimos años, se había vuelto litigante y demandado no solo a «rivales dedicadas a la etiqueta» que, según afirmaba ella, se habían «apropiado» de sus enseñanzas y las habían «capitalizado sin vergüenza», sino también a su editor, quien, en su opinión, y en la de sus consejeros legales, no había «hecho publicidad de su más reciente libro, *La guía hogareña para jóvenes esposas cristianas*, ni lo había vendido satisfactoriamente», con la consecuencia de que, en el primer período de doce meses, solo se habían vendido ochenta y cuatro mil ejemplares del volumen, lo cual constituyó una gran decepción para la autora.

Todo esto habría sido adecuado para despertar la compasión del caballero, pero fue el último párrafo, ay, demasiado breve, de la necrológica lo que realmente lo conmocionó, de tal manera que ahora su delgado cigarro sí que se le cayó de los dedos y rodó sobre la barra sin causar ningún daño; este párrafo informaba al lector que miss Edwina Kiddemaster poseía una «considerable fortuna en propiedades, negocios e inversiones en el Este», incrementada en los últimos años por varias herencias y por la venta continua de sus populares libros, y que, por decisión suya, la lectura de su última voluntad y testamento tenía que aplazarse hasta el momento en que sus cinco sobrinas nietas se hallaran reunidas en Bloodsmoor.

—¡Demonios! ¡Maldito Bloodsmoor… jamás!

Esto dijo, no, esto escupió el alarmado caballero, en el que, como se ve, todo sentimiento normal de amor, caridad cristiana y lucidez moral estaba tan atrofiado por haber residido largo tiempo en el Oeste sin ley y, sin duda, por inclinación congénita como para hacerle proferir una maldición en un momento tan triste.

—¡Bloodsmoor, jamás! —Y dicho esto, en realidad, mascullando estas palabras, dobló el periódico y lo dejó, e hizo señas al encargado de la barra para que le sirviera enseguida otro *whisky* con soda.

71

Sí, era cierta la triste noticia de que la tía abuela Edwina, aunque, en opinión del doctor Moffet, al parecer había «dado un decidido giro hacia la mejoría» después de varios meses de convalecencia, murió un sombrío día de enero, muy temprano por la mañana, y fue llorada ruidosamente por su familia y el abnegado personal de la casa, así como por sus vecinos de Bloodsmoor y su amplio círculo de amistades, conocidos y colegas literarios, en toda la costa oriental.

La breve necrológica, sin duda redactada por un periodista varón de mente rudimentaria, cuyo conocimiento de la fama y gran valía de miss Edwina Kiddemaster no era sino de segunda mano, era correcta en lo que declaraba en líneas generales, pero, por supuesto, no podría haber insinuado que la anciana dama, aunque laboriosa como siempre en lo que se refiere a su tarea como escritora (acababa de terminar un nuevo volumen, *Compendio de moral para todos*, como enérgica respuesta a *Las 101 preguntas más formuladas, con respuestas: manual para jóvenes cristianas estadounidenses*, de la autora rival D. E. E. Brownwell, uno de los libros más vendidos en 1898), sufría no obstante de cierta creciente melancolía y tristeza que su sobrina Prudence tenía razones para atribuir a las numerosas trágicas pérdidas sufridas en los últimos años. Que la tía abuela Edwina llorara por la muerte del pequeño Godfrey era verosímil; que, en ocasiones, llorara por la «deserción» de Samantha, la «crueldad» de Malvinia, la «terquedad» de Constance Philippa e incluso la «ingratitud» de Deirdre, a los Zinn les parecía notable. En palabras de mistress Zinn, pronunciadas con gravedad a su esposo, que dio muestras de escuchar con concentración, esta reflexión sobre sus hijas debía de haber sido «tanto un síntoma de su salud mermada como una expresión de su amor por la familia, el cual, hasta estos meses pasados, había estado notoriamente ausente».

Tras una larga pausa, durante la cual existe la clara posibilidad de que los pensamientos de John Quincy Zinn volaran lejos de la escena marital en el dormitorio (mientras marido y mujer se preparaban para acostarse, como habían hecho desde hacía muchas décadas), mistress Zinn se sorprendió por el calor y la comprensión de la respuesta:

—Querida, no pareces comprender que tu tía ya no es una mujer joven, ni siquiera una mujer de edad madura. Debe poner sus pensamientos en la eternidad, y sin duda lamenta no tener ninguna hija propia a la que amar y por la que ser amada a su vez, y a la que dejar su fortuna.

Prudence se volvió al punto para mirar a su esposo, que muy raramente en los últimos años se entregaba a discursos tan francos y tan directos, y casi nunca sobre un tema de interés doméstico. Así, su respuesta la pilló un poco por sorpresa y le hizo asomar un tímido rubor en las mejillas, y su tono fue casi humilde cuando respondió:

—Tienes razón, John Quincy. ¡Ojalá esa rica y vieja solterona tuviera a una de las nuestras!, por los mismos propósitos que tan razonablemente has citado.

La necrológica tampoco hablaba de las numerosas enfermedades que la estimada autora había tenido que soportar en los últimos años de su vida, que hicieron aumentar en gran medida su mal genio y sin duda la estimularon a poner demandas contra diversas personas que, ya fuera en su inflamada imaginación o no, la habían «insultado gravemente». Entre estas se encontraban varias autoras rivales, incluida la muy prolífica mistress Brownwell, y el editor de tía Edwina, John Twitchell & Sons, de Filadelfia, y el escritor William Dean Howells, quien, en opinión de tía Edwina, la había «satirizado salvajemente y calumniado» en una novela difamatoria titulada *Veranillo de San Martín*. Durante un tiempo incluso había considerado la posibilidad de demandar a su propio abogado, que se había ocupado de sus asuntos legales durante más de cincuenta años, pero al final se calmó y se contentó con deshacerse de él y contratar a uno de sus sobrinos, Basil Miller, quien, en el curso de los años había adquirido una respetable reputación en Filadelfia, tanto por su mente aguda como por su discreción.

—He de revisar mi testamento, y revisarlo *ab initio*, si recuerdas tu latín —dijo la digna dama.

Deseaba que el asunto fuera tan confidencial que no quiso saber nada de hablar con míster Miller ni en la más privada de las estancias de la mansión Kiddemaster, sino que insistió en salir al exterior, al

cenador, donde, mientras hablaban, podían mirar libremente alrededor, en todas direcciones, para ver si alguien se acercaba con sigilo, para que ningún criado ni pariente inquisitivo pudiera apretar la oreja a una pared o a una puerta cerrada con llave.

Si este lamentable exceso de sospecha preocupaba a míster Miller no dio muestras de ello, y puede incluso que coincidiera con su tía en que sus preocupaciones eran acertadas, pues este estimable caballero había madurado considerablemente y adquirido la astuta sabiduría que todos los abogados precisan, desde aquellos días de juventud, muchos años atrás, cuando —¡ah, con cuánta irresponsabilidad!— había acompañado a Malvinia al teatro.

Si la creciente obsesión por los asuntos legales era consecuencia de la enfermedad o del envejecimiento no lo sé, pero sin duda es cierto que la tía abuela Edwina sufrió multitud de dolencias en sus últimos años. Ninguna era exactamente «grave», ninguna habría resultado «fatal»; sin embargo, la acumulación de poliartritis, espondilosis, espondiloartritis anquilosante, inflamación catarrosa de los órganos femeninos, discopatía simple (la cual la pobre Sarah también había sufrido), complicaciones no diagnosticables de los nervios y fatiga crónica seguramente era demasiado gravosa incluso para aquella valiente constitución. Los miembros de la casa se entristecieron cuando Edwina despidió enojada al fiel doctor Moffet y se dirigió, en un carruaje particular, a numerosos balnearios y sanatorios, entre ellos Saratoga Springs y Margitzpara Spa, en Virginia, y las «Aguas Milagrosas» de Lockport, Nueva York; pero quedaron aliviados cuando, pocas semanas después, la enferma mujer regresó a Bloodsmoor y llamó de nuevo al doctor Moffet, con la cínica observación de que «más valdría morir en territorio conocido».

No obstante, después de que el diligente médico hubo dado a Edwina una o dos medicinas nuevas y la hubo sangrado considerablemente (pues su diagnóstico era que la inválida sufría «una riqueza excesiva de “plasma” en la sangre»), pareció suficientemente claro que estaba mejorando, y por tanto recuperó su antiguo ánimo y lo acusó desde la cama de «charlatán y matasanos».

Sin embargo, a finales de diciembre de 1898, ya por la purificación terapéutica de su sangre, ya por un gradual refinamiento instintivo de su ser a medida que su alma se iba acercando a su Creador, la noble anciana en otro tiempo de mejillas sonrojadas se fue poniendo pálida, hasta que su piel tuvo el color de la cera y una serenidad que rayaba en la de la abuela Sarah Kiddemaster unos años atrás, hasta que, una triste mañana, a principios de año, el doctor Moffet llegó para el sangrado de las siete y descubrió —¡ay!— que su célebre y amada

paciente había expirado durante la noche.

Y en la mesilla de noche estaba la misma máquina fonográfica que el juez Kiddemaster había empleado con tanto empeño en sus últimos días, aunque Edwina no había estado grabando su voz, sino solo escuchando un estropeado disco del tenor Giuseppe Luigo, que cantaba la bella canción de Schubert «*Adieu!* Es el último saludo del amor». En realidad, la ingeniosa máquina aún funcionaba y el disco aún giraba, aunque en silencio, cuando descubrieron el cadáver, tan tranquilo en su alta cama con dosel como la efigie de un ángel sobre una tumba, con la más sutil y más aristocrática de las sonrisas en sus pálidos labios.

72

SE RUEGA a las sobrinas nietas de la difunta miss Edwina Kiddemaster, de Bloodsmoor, Pensilvania, se pongan en contacto urgentemente con Basil Miller, del bufete de abogados Southerly, Butterfield, Ruggles & Miller, Filadelfia.

El diligente míster Miller puso discretos anuncios de este tipo en los periódicos y en las mejores publicaciones, y, empleando los generosos recursos de la asignación estipulada para él, no escatimó esfuerzos en los viajes que emprendió a finales del invierno de 1899 a numerosas ciudades de la costa Este, a menudo con un reducido personal, para efectuar indagaciones sobre el posible paradero de las hermanas.

—Si viven, ¡y estoy seguro de que viven, todas ellas!, las localizaré —afirmó— y las traeré a Bloodsmoor.

Sin embargo pasaban los días, y las semanas, y no se recibían noticias.

—Es inútil —declaró mistress Zinn con contundencia—, ni siquiera la perspectiva de obtener dinero puede tentarlas; me temo que ese es un aspecto de la deformidad de su carácter, el cual las extravió.

—No lo creo así —dijo míster Miller—. El dinero no, pero la curiosidad sí las tentará.

Espero que el lector quede satisfecho al saber que iba a demostrarse que míster Miller estaba casi en lo cierto, y que, después de muchas semanas y de innumerables falsas pistas y decepciones, logró descubrir a tres de las hermanas renegadas, y que un tal «Philippe Fox», que se identificó como agente «con poderes para representar los intereses legales y económicos de miss Constance Philippa Zinn», se puso en contacto con su oficina.

Así pues, si fue por dinero, por curiosidad o arrepentimiento, o por un inesperado resurgimiento del amor familiar y el deber, en pechos que desde hacía tiempo se creían endurecidos, no lo sé; tampoco,

quizá, las propias protagonistas habrían podido declarar sus motivos con lucidez. No obstante, accedieron, tras mucha discusión por parte de míster Miller, apelando a ellas como primo y después como abogado, y después, lo que resultó más convincente, como hombre de mundo, a reunirse en la Sala del Roble Dorado de la mansión Kiddemaster, un día y a una hora previamente acordada, para ser testigos de la apertura y lectura del testamento de su tía abuela y de cualesquiera otros documentos importantes oportunos.

—No lamentaréis esta incursión en vuestra intimidad —dijo míster Miller a las hermanas con las que tuvo contacto personal—, y tampoco os prometo recompensa material alguna, pues no puedo hacerlo. Pero creo que no lamentaréis regresar a Bloodsmoor, pues vuestra tía, desde la tumba, quiere haceros algunas revelaciones muy interesantes.

Malvinia y Samantha aceptaron, pero Deirdre, aunque modesta y dócil en todos los demás aspectos, no pudo menos que decir:

—¿Nuestra tía, míster Miller? Creo que se confunde, con la excitación del momento, y ha olvidado que yo no soy una Zinn de sangre, sino solo por ley.

Míster Miller hizo una leve inclinación de cabeza con seriedad, y añadió:

—Yo que usted, miss Zinn, no despreciaría tanto la ley.

Y así ocurrió —y no puedo sino pensar que fue emblemático— que, el tercer día de la Semana Santa de 1899 (a finales de abril, una estación rica en miel en nuestro fragante Bloodsmoor), las cuatro hermanas «perdidas» se reunieron con la quinta, y las cinco, en presencia de sus padres, fueron testigos de la lectura de la última voluntad y testamento de miss Edwina Kiddemaster.

Una reunión histórica, repleta de tantas miradas de desconcierto y lágrimas repentinas, fuertes abrazos y sorpresas de pequeño y gran alcance que casi me siento incapaz de transcribirla; sin embargo, debo proseguir con todo el detalle posible, con la esperanza de que las revelaciones más importantes y desagradables que han de llegar no despojarán al lector de los pequeños placeres que la escena proporciona.

En primer lugar, el bello escenario: la Sala del Roble Dorado de la mansión Kiddemaster, la cual creo que el lector aún no ha visto, pues en los viejos tiempos se empleaba principalmente como sala de reunión de los caballeros: políticos, militares, socios de negocios de los Kiddemaster y otros, sobre todo de tendencia liberal, aunque, creo, de vez en cuando se reunían con ellos algunos demócratas conservadores,

con la esperanza de guiar a nuestra nación por aguas turbulentas. Esta sala estaba revestida de la más exquisita madera de roble dorado, con un techo estarcido en el que estaban bellamente dibujados motivos del *Paraíso perdido* en los tonos del arco iris, y tres pesados candelabros, en los que el oro, el latón y el cristal formaban una agradable armonía, y altas y estrechas velas blancas prestaban un claro aire de nobleza. ¡Ah, y el espectáculo de las ventanas con cristales emplomados calentadas por el sol, en las que se habían representado motivos de las grandes tragedias de Shakespeare! Estas ventanas, del taller de míster Baines, de Filadelfia, hacían de marco de las ventanas de cristal transparente, las cuales daban a una de las pendientes que descendía suavemente hacia el río Bloodsmoor, reluciente bajo el sol, como una serpiente tan imbuida de salud que sus escamas centelleaban.

Para que el ambiente fuera menos grave, con la esperanza de paliar toda tensión y ansiedad por parte de las protagonistas y de sus padres, el sensato míster Miller había ordenado a los criados que sacaran ciertos muebles pesados, incluida una gran mesa de sólida caoba a cuyo alrededor se habían sentado cómodamente hasta cincuenta caballeros, y llevar a la habitación, y colocar juiciosamente, varias sillas con cojín y mesitas, estanterías e incluso algunas cajas con chucherías y otros objetos de adorno, con el fin de producir una sensación de elegancia y calma, la cual, me siento obligada a decir, haría que ciertas revelaciones escabrosas que iban a efectuarse produjeran un efecto irreal y de pesadilla.

A la hora prevista, el matrimonio Zinn, y Octavia y el caballero que esta había considerado adecuado contratar como consejero legal, Sean McInnes, ya se hallaban sentados con cierta incomodidad, y aguardaban en silencio y, sin duda, con gran aprensión, a los demás, sin saber, claro está, si aquellas otras renegadas cumplirían su promesa y aparecerían. (Toda la familia se alegró de la buena fortuna de Octavia porque un abogado de tamaño calibre y carácter tan caballeroso, afectuoso y paciente accediera, sin cobrar honorarios, a defender a mistress Rumford, viuda y tantas veces privada de felicidad, de ciertas acusaciones calumniosas efectuadas contra ella por los hijos mayores de su difunto esposo, que consideraban injusto aquel testamento impulsivo de míster Rumford en el que daba toda su propiedad, posesiones e inversiones en efectivo al pequeño Godfrey y querían impugnarlo, con el esperado resultado de que, como mistress Rumford había heredado de su hijo, se quedaría sin un penique y sería expulsada de la mansión Rumford, con la única compañía de su hijo de dos años Lucius Quincy. Durante muchos meses, la cortés tarea de

míster McInnes había sido consolar a la afligida viuda y aconsejarla respecto a las maniobras legales más pragmáticas, más aún por el hecho de que, últimamente, las inversiones que había hecho míster Rumford en ciertos intereses agrícolas habían empezado a producir saludables réditos con el advenimiento del nuevo gobierno cristiano en Hawai y la estabilización de la cosecha de la caña de azúcar.)

—No puedo pensar, ¡no me atrevo a esperar!, que dentro de una hora abrazaré de nuevo a mis queridas hermanas.

Esto exclamó con entusiasmo la trémula Octavia, a pesar de la gravedad de la situación y el semblante taciturno de sus padres, que estaban sentados a su lado.

El matrimonio Zinn permanecía callado, con la mirada baja, por lo que, para aliviar la tensión, Basil Miller dijo que ya no se trataba de «esperar» sino que era una certeza, y míster McInnes estuvo de acuerdo con él.

Sin embargo, los Zinn mayores permanecían sentados en reflexivo silencio, mistress Zinn con bolsas en los ojos y un tic nervioso en la mejilla, así como una sonrisa resignada y melancólica, la clase de sonrisa «social» que le había enseñado —¡ah, muchas décadas atrás!— su madre; y míster Zinn, aunque llevaba su mejor traje y recién recortada su larga barba de patriarca, exhibía aquella mirada triste, sombría, nerviosa y, me entristece decirlo, malsana que anunciaba la enfermedad que iba a llegar. (¡Ay, las paradojas y enigmas de nuestra esfera terrestre! Pues, aunque John Quincy Zinn ahora disfrutaba de cierto éxito y, en realidad, se veía acometido varias veces al día por eufóricos estallidos de triunfo y alegría, y de infantil regocijo porque sus más recientes experimentos con la «detonación a distancia», «miras nocturnas» para rifles, «soldados robot» y otros ingeniosos inventos, de los que sé demasiado poco para hablar, estaban siendo recibidos con cauto entusiasmo por los fabricantes, no obstante, la mayor parte del tiempo se hallaba más distraído, ansioso y malhumorado de lo que nadie recordaba. Que este aire desconsolado tenía mucho que ver con la conducta de sus hijas no puedo dudarlo, pues, sobre todo, lamentaba amargamente la pérdida de Samantha y tenía razones para pensar que, en un acto supremo de traición, ella y el villano aprendiz Nahum habían vendido algunos de sus más preciados secretos a Edison. Pero lo cierto es que el tono ceniciento y enfermizo de su tez también presagiaba la enfermedad final de este gran hombre, que, aun en el resplandeciente calor del sol de la Sala del Roble Dorado, aquella idílica mañana de abril, había clavado sus dientes cruelmente en su víctima y no iba a ceder.)

Al sonar la última campanada del reloj, que daba las once, entró el

viejo mayordomo, vestido de librea, para anunciar en tono solemne:

—Miss Malvinia Zinn ha llegado.

Lector, imagine la escena: la sorprendida alarma de los Zinn mayores, reprimida al instante; la alegre e irreprimible dicha de mistress Rumford, quien, desafiando el protocolo de la escena, y muy en contra de la nota impuesta por las pesadas faldas de su atuendo de viuda y la naturaleza penitente de su sombrero de satén negro, no pudo menos que ponerse en pie de un salto y precipitarse hacia la puerta para, con lágrimas en los ojos y exclamaciones ahogadas y gran confusión, abrazar a Malvinia, a lo que la hermana criminal puede que se resistiera durante unos segundos, antes de disolverse también en lágrimas y ceder; y siguió una escena de tanta dicha fraternal, abundante llanto y exclamaciones exageradas que, en el momento presente, me resulta casi imposible proseguir de esta guisa, pues mis ojos rebosan de lágrimas y el corazón me late con fuerza, igual que latía con fuerza el corazón de Octavia y el de Malvinia en aquel abrazo celestial.

¡Ah, que apareciera Malvinia, después de tantos años y tanta mortificación!, ¡después de que su familia a menudo hubiera deseado su muerte, como, sin duda, la mujer caída misma debía de haber deseado para liberarse de su desdicha terrenal!

Reunió fuerzas y, no vacilo en decir, valor, que la habían abandonado en aquellos primeros minutos de confusión, y, liberándose de los brazos de su sollozante hermana, avanzó con sumisa cortesía hacia sus padres, para saludarlos en tono humilde y ser saludada asimismo por ellos, sin ofrecerles, prudente, la mano y sin reparar, aparentemente, en la actitud rígida de míster Zinn y en que no se puso en pie.

Malvinia estaba muy cambiada desde la ocasión en que la vimos por última vez; su cabello tenía hebras plateadas y lo llevaba recogido en un elegante y modesto moño, ahuecados los lados para taparle las orejas; el antiguo aire furtivo en sus ojos ahora se había calmado, o tal vez estaba oculto bajo el velo de tul que le caía del sombrero de viaje y por una solemne y sumisa expresión en su pálido rostro. Aunque ya había superado el sonrosado rubor de la juventud, Malvinia seguía siendo una mujer sumamente atractiva, que hablaba con una agradable suavidad y vestía un atuendo conservador (capa de viaje de color morado y gris, forrada de seda gris, y un vestido a juego de lana y seda, con muchas faldas, pero sin polisón y con adornos muy sencillos), y sus gestos eran agradablemente mesurados. No es una cruel observación decir que se podía suponer que tenía treinta y ocho años de edad, pero no se podía adivinar, me complace decirlo, a la

Malvinia Morloch de antes, con su extravagante belleza y su actitud infantil y cautivadora.

Mientras Malvinia se sienta, tras rendirse de nuevo a otro abrazo de Octavia y reprimir apenas (mediante un visible esfuerzo de la voluntad) un nuevo ataque de llanto; mientras declina, con voz algo temblorosa pero decidida, la oferta de mistress Zinn de que acepte «algún refresco, aunque solo sea un vaso de agua», después del largo viaje, aprovecharé la ocasión para explicar, con la necesaria brevedad, las circunstancias de la vida de Malvinia desde aquella patética noche en el teatro Fanshawe y los pasos fortuitos que condujeron a su primo Basil hasta ella.

¡En verdad fueron fortuitos!, porque, admitirá conmigo, lector, que las circunstancias que hicieron que Basil descubriera a Malvinia como «miss Malvinia Quincy», instructora solterona de elocuencia, música y artes de la actuación en la Academia Santa Verónica para Jóvenes Damas Episcopalistas, en Lawrenceville, New Jersey, desafiarían a las inventadas por maestros de las artes narrativas como míster Dickens o mistress Southworth, y quizá en una obra de ficción serían desagradables por forzar demasiado la credulidad normal. Estas circunstancias extrañasen la vida real, sin embargo, nos parecen maravillosamente agradables; son prueba, si se precisara alguna para arrojar a la cara de los darwinistas, de que nuestro Padre Celestial mora entre nosotros como progenitor y guía, y que su creación terrenal no es sino armonía si se observa como es debido.

Considere: ¿fue la casualidad o el destino lo que llevó a un Basil Miller viajero al Club Knickerbocker de Manhattan, una noche de implacable aguanieve y viento?, ¿fue la casualidad o el destino lo que lo hizo sentarse en uno de los grandes sillones de cuero del salón de fumadores y, sacando su pipa, suspirar con tanta resignación que llamó la atención de un caballero que estaba sentado cerca?

Siguió un saludo amistoso, un intercambio de nombres y un apretón de manos, y algún comentario sobre el tiempo y sobre los temas generales de la ciudad de Nueva York y la nación, sobre las cuales el afable extraño opinó que habían «perdido gran parte del esplendor pasado» y se hallaban muy en decadencia, y que el nuevo siglo no presagiaba un renacimiento.

Míster Miller coincidió con él, pues su ciudad natal de Filadelfia distaba de ser lo que había sido antes de la guerra, y era inexpresable la forma en que gente vulgar y matones se habían apoderado del control del Partido Republicano, el cual tenía pocas esperanzas de

mejoría, con el ruidoso Teddy Roosevelt dirigiendo a los que eran mejores que él y sofocando toda oposición con su voz chillona.

Como los dos iban a pasar la velada solos, los caballeros decidieron que lo más razonable era que cenaran juntos, con lo cual, durante el pausado transcurso de una excelente comida compuesta por salmón, pato silvestre y *roast beef*, Basil Miller consideró adecuado revelar que iba en busca —«quizá inútilmente»— de cuatro primas suyas, entre ellas la exactriz Malvinia Morloch, cuyo nombre auténtico era Malvinia Zinn.

Fue notable la reacción de su compañero, quien, tras cierta sorpresa y un momento de inquieto silencio, preguntó titubeante los detalles de la búsqueda, los cuales Basil le ofreció, haciendo más hincapié en la naturaleza legal del problema que en la personal. Durante estos minutos Basil observó atentamente al caballero y pensó si aquellas facciones no le resultaban algo familiares: las gafas de montura redonda que le daban un aire de estudioso, y la nariz larga y delgada, no sin una insinuación de sangre noble. Tenía unos cuarenta y cinco años y era de altura moderada, bastante calvo, aunque un flequillo de pelo gris encanecido sobre el cráneo le daba un aspecto sumamente atractivo e incluso infantil. Cuando Basil terminó, el hombre habló con calma y modestia, pero puede imaginar, lector, la sorpresa de Basil cuando afirmó que «tal vez podría ayudarlo en la búsqueda de miss Malvinia Zinn», pues, por una coincidencia demasiado maravillosa para ser examinada, llevaba consigo una misiva de esa mismísima joven dama.

Y así era, por poco probable que parezca, pues este caballero de hablar suave no era otro que Malcolm Kennicott, al que habíamos conocido cuando era un joven y tristemente inmaduro clérigo que ayudaba al reverendo Hewett en Trinity Church de Bloodsmoor. Malvinia había imaginado que el joven Kennicott había acabado con su vida por ella, pero no era este el caso, e incluso no estoy segura de si, en su prolongada melancolía (que lo llevó a despedirse precipitadamente de su iglesia y marcharse al Viejo Mundo para estudiar lenguas clásicas y literatura, y trabajar en su poema épico), llegó a efectuar algún intento serio de quitarse la vida, pues el pecado del suicidio era el más grave de todos los pecados y el más castigado por Nuestro Señor.

Al presentarse a Basil Miller, míster Kennicott solo había murmurado su nombre, pues el reciente éxito público de *La visión de Colón: himno épico en tres partes* había vuelto más recatado al tímido caballero y no deseaba llamar la atención de míster Miller hacia sí mismo y desviarla del curso normal de la conversación. (En cualquier

caso, no era completamente seguro que Basil habría recordado el apellido Kennicott, pues solo había oído fragmentos de la triste historia, relatada riendo por Malvinia unos años después de que el infortunado clérigo desapareció de Bloodsmoor. ¡Y qué historia tan desconcertante era que un joven caballero de buena familia, ordenado en la Iglesia episcopal, se enamorara de una niña de ocho años!) Pero estas eran las circunstancias: tras mucho retraso y muchas decepciones, por fin se había publicado, por la empresa relativamente pequeña de Rogers & Sons, de Nueva York, el poema épico de seiscientas páginas, solo para ser anunciado en la prensa como un clásico que exponía en «inmortales versos» la naturaleza salvaje y belicosa del alma española (el lector debe recordar que estamos en un momento de nuestra historia en que los periódicos sensacionalistas bramaban a diario contra España, instando a la guerra, para defender el «honor» y los «intereses comerciales» de Estados Unidos, en el Caribe y en otras partes). Y así había ocurrido, para más asombro de Malcolm Kennicott que de cualquier otro, que su poema tripartito, con el que había soñado durante tanto tiempo en el refugio de su imaginación y que con el paso de los años se había vuelto más complicado y más difícil, no solo saltó al dominio público con considerable publicidad, sino que había tenido unas quince ediciones en apenas doce meses, éxito popular que, aunque había producido el agradable efecto de aportar al poeta gratificación monetaria y la oferta de una distinguida cátedra en su propia universidad (pues míster Kennicott era profesor de lenguas clásicas y literatura clásicas en Columbia), también había producido el inquietante efecto de volverlo decididamente tímido en sociedad y turbado ante sus compañeros literarios y académicos, cuyas alabanzas y felicitaciones le resultaban sumamente difíciles de aceptar.

Vale la pena, por supuesto, tomar nota de todo esto, pero es más crucial para nuestra narración el hecho de que, con la publicación de *La visión de Colón*, míster Kennicott se hizo tan famoso que llamó la atención de la exiliada Malvinia Morloch, entonces disfrazada, en una pequeña ciudad de New Jersey, como Malvinia Quincy, una solterona académica habituada a la soledad y vestida, casi siempre, con ropa fea, informe y claramente pasada de moda. Cómo se había levantado Malvinia de las ignominiosas profundidades a las que había caído, cómo había rescatado alguna pequeña partícula de respeto por sí misma y de cordura del caos que era su vida (pues lo último que hemos visto de ella es que huía aterrorizada del escenario del teatro Fanshawe) es una historia ejemplar en sí misma, que implica muchas penalidades, plegarias y humildad cristiana con el transcurso de los

años, no todo lo cual, debo admitirlo, iba a ser revelado en su reconciliación con su familia ni al reavivar aquel galanteo entre ella y el fiel Malcolm Kennicott (tan envuelto en las neblinas del distante romance, en 1867 o 1868, que apenas era recordado por sus protagonistas).

Volvamos al comedor principal discretamente amueblado del Club Knickerbocker, aquella decisiva noche de enero de 1899 en que Malcolm Kennicott no pudo evitar sonrojarse cuando, sacando una carta muy doblada, escrita en papel azul, del bolsillo del pecho (donde, según confesó, la había llevado durante casi medio año), informó al incrédulo Basil Miller que había sido el agradecido receptor de una misiva de la «perdida» Malvinia Zinn y creía que, dadas estas circunstancias extraordinarias, sin precedentes en realidad, compartirla no constituía ninguna violación de la discreción propia de un caballero.

Me apresuro a decir que míster Kennicott no entregó la carta a Basil Miller sino que simplemente se la enseñó para que pudiera familiarizarse con la letra en que estaba escrita (que en verdad era la de Malvinia, por lo que recordaba Basil). Procedió entonces a resumir y parafrasear su contenido, mientras se sonrojaba de un modo tímido y encantador: «… pesar, afecto y alto aprecio por su genio poético… y la súplica de perdón por los acontecimientos ocurridos más de un cuarto de siglo atrás… La maravilla, y masculina precisión, y esplendor poético de la rima y el ritmo, exhibidos en el himno épico… de la forma más asombrosa en el libro dedicado a Cortés… Tal vez no la recordaba: una criatura vanidosa, necia e infantil al mismo tiempo; y le rogaba ahora que la perdonara por el pasado y la olvidara por completo, liberándola a aquel deseado olvido que, para su sorpresa, a ella le resultaba casi confortable. Aunque al escribir esta carta se exponía a quedar al descubierto, sentía la necesidad de escribir para expresar su infinito alivio y gratitud porque él estaba vivo (pues había temido lo contrario)… y su alegría porque *La visión de Colón* era objeto de aclamación popular y de la crítica, lo cual, según le decía su débil sentido estético, no era más que lo que merecía». Míster Kennicott, tan conmovido que por un largo momento no pudo continuar, se sacó del bolsillo un pañuelo de hilo limpio con el que se secó los ojos, por debajo de sus gafas un poco húmedas. Incluso Basil Miller sintió la necesidad de tragar con fuerza, pues oyó allí —¡ah, de qué modo tan claro, tan cautivador!— la voz de su querida prima perdida, y recordó su especial dulzura, y gracia, y recatado encanto, y no pudo menos que pensar que él había sido la mano del villano que la había descarriado, al llevarla al salón de una «dama» de dudosa

fama y al permitir que se dirigiera a ella alguien de tan mala reputación como Orlando Vandenhoffen.

Míster Kennicott tomó fuerzas y concluyó el resumen con la voz quebrada, reiterando que la autora de la carta se sentía obligada a insistir en que no revelara su secreto, que no hiciera ningún intento, ni él ni nadie, de buscarla en su exilio, y que —¡lo que le resultaba más cruel!— la «carta impulsiva y, tal vez, poco grata» no tuviera respuesta.

Sumamente emocionado, Basil Miller pidió que le dejara examinar el sobre y vio claramente que el matasellos era «Lawrenceville, N. J.».

—¡Vaya, eso está muy cerca! —exclamó—. ¡A una mañana de coche!

Pero míster Kennicott cogió de nuevo el sobre, dobló la carta y la metió dentro, mientras murmuraba con tristeza que en modo alguno podía desobedecer la orden de mistress Zinn, pues la respetaba demasiado y, aun después de tantos años tumultuosos, la amaba demasiado para hacerlo.

Basil Miller expresó entonces cierta incredulidad, pues, al fin y al cabo, hacía muchos años que su compañero había visto por última vez a Malvinia.

—No, no tantos —dijo míster Kennicott efusivamente—, pues la reconocí como Malvinia Morloch y debo de haber asistido a más de mil actuaciones suyas, en esta ciudad y en otras, prohibiéndome a mí mismo, me apresuro a decir, molestarla o llamar la atención hacia mi persona, salvo enviándole, de vez en cuando, obsequios de flores y chucherías y qué sé yo, ¡como uno de sus numerosos admiradores!

Puede imaginar, lector, cuán profundamente conmovido se hallaba Basil Miller cuando el poeta de voz suave siguió explicando que había aceptado su actual puesto, en la Universidad de Columbia, con el fin de poder residir en Manhattan, cerca de Malvinia. Y, por supuesto, había quedado desolado —en realidad, había sufrido fiebre cerebral durante algunas semanas— al enterarse de su desaparición, tan anunciada en la prensa, y de los perversos rumores de que se había ahogado.

—Pero Lawrenceville, New Jersey, está maravillosamente cerca de aquí —dijo Basil Miller con agitación—, a pocos kilómetros de Princeton, creo. Alquilaremos un carruaje, míster Kennicott, e iremos allí mañana por la mañana.

Míster Kennicott de nuevo puso objeciones, acariciándose la barbilla con gesto nervioso y parpadeando para apartar las lágrimas de sus ojos.

—En verdad, míster Miller, no puedo hacerlo; lo lamento mucho,

pero no puedo. Usted, como primo de ella, sin duda sería bien recibido ante su puerta, pero yo…

Basil Miller hizo un gesto de divertida impaciencia, y sirviendo más vino en los vasos vacíos dijo con voz franca, de un modo que había impresionado agradablemente a la tía abuela Edwina y a los veteranos de la profesión de la abogacía, en Filadelfia:

—Vamos, míster Kennicott, aunque sea poeta, también es un hombre de mundo; si adopta una postura tan curiosa pensaré que está usted más familiarizado con las composiciones poéticas simplemente épicas y no con las románticas.

Y así fue como Basil Miller descubrió a la primera de sus cuatro primas perdidas, y el reacio y sumamente turbado antiguo pretendiente, míster Kennicott, se reunió con su amor. En realidad, fue él quien acompañó a Malvinia a Bloodsmoor en esta ocasión; pero, como no deseaba entrometerse, había decidido alojarse en la posada de Bloodsmoor para aguardar a su amiga y enterarse de lo que sucediera. (Confío en que el hecho de que Malvinia y míster Kennicott no estuvieran aún unidos en santo matrimonio, sino solo comprometidos, no causará disgusto al lector sensible, pues Malvinia se había reformado ahora y no habría consentido —estoy segura— en permanecer una noche, ni siquiera en una posada pública, bajo el mismo techo que un caballero que no era su esposo. En realidad, era tan extrema su repulsión por el lado bestial de su propia naturaleza que solo había accedido a las reiteradas proposiciones matrimoniales de Malcolm Kennicott con la condición de que moraran juntos como hermanos, a lo que su pretendiente, que la adoraba, accedió agradecido, pues había sido célibe toda su vida y de tendencia más platónica que otra cosa.)

El grupo apenas había tenido tiempo de recuperar la calma tras la llegada de Malvinia, cuando el anciano mayordomo anunció:

—Míster Nahum Hareton y su esposa.

Y aparecieron Samantha y el traidor aprendiz Nahum, la pareja que había roto el corazón de míster Zinn y que, por la decidida osadía con que entraron en la sala, no daban muestras de estar arrepentidos.

Pero si Malvinia había despertado sorpresa por los numerosos cambios que había experimentado, tanto en su belleza superficial como en su comportamiento, con Samantha ocurrió lo contrario: lo que sorprendió fue que hubiera cambiado tan poco en los años

transcurridos desde su partida. Ahora era una mujer casada de edad madura y también madre, y no obstante avanzó con la descarada energía de una joven y terca muchacha; y tan saludable era el brillo de su tez, y de un atractivo tan infantil las pecas que salpicaban su rostro, que uno habría jurado que no era sino la Samantha de antaño, la amada discípula de su padre y con mucho la favorita de su corazón.

Octavia, llena de alegría, al precipitarse a abrazar a su hermana quizá estuvo menos efusiva de lo que había estado con Malvinia; en parte porque no habían pasado tantos años desde que las dos se habían visto por última vez, y en parte porque no habían estado excesivamente unidas. No obstante, las lágrimas de Octavia corrieron en abundancia y fue muy agradable oír sus palabras de bienvenida y admiración por la aparición de Samantha (pues el rostro de esta, ahora ligeramente más lleno de lo que había sido, aún era encantador, y su capa de viaje verde, forrada de seda, la favorecía mucho), más aún porque los Zinn mayores saludaron esta llegada con tanta o más contención que la de Malvinia. Y hubo una efusión forzada, también, en el intercambio entre Samantha y Malvinia, quienes, mirándose y parpadeando, y sonriendo con desconcierto, habrían podido ser unas extrañas en lugar de hermanas.

Se vio claramente la arruga vertical que, de repente, apareció entre las cejas de Samantha cuando se acercó a sus padres e hizo una media reverencia ante ellos, pronunciando sus sobrias palabras de saludo. En realidad, el ambiente era bastante tenso cuando mistress Zinn respondió con voz casi inaudible y logró mover levemente sus labios; y míster Zinn, ahora espantosamente pálido, parecía incapaz de levantar la mirada de la alfombra, a sus pies, para conceder a esta hija la cortesía de una mirada o el murmullo de una respuesta.

No le fue mejor al visiblemente nervioso Nahum, aunque por suerte Basil Miller dedicó unos minutos a una conversación amistosa, y Malvinia se sonrojó de placer al ser presentada al esposo de su hermana menor, porque, por supuesto, no sabía que se había casado y no había ni soñado que ningún pretendiente resultara tan convincente como para apartar a Samantha de su interés por los inventos. Entretanto, Samantha permanecía de pie ante sus padres, que siguieron sentados, y al fin, mordiéndose el labio inferior, dijo con calma aunque con voz más bien ronca:

—Lamento, madre y querido padre, que nuestras vidas se hayan desarrollado así y haya sido necesaria esta reunión, y os ruego vuestro perdón cristiano por haber acudido a vuestra presencia esta mañana y haberos dado tan evidente motivo de desagrado.

Este discurso turbó a todos, no solo por la importancia de sus

palabras, sino por el grave silencio, y tácito acuerdo, con que fueron recibidas por los Zinn mayores.

Fue tan inmediata la llegada de Deirdre —vestida de negro y con un discreto velo—, que no dispongo de suficiente espacio, ni tiempo, para informar al lector de la vida de Samantha desde su huida una década atrás, salvo para señalar que, sin la guía del genio de John Quincy Zinn, Samantha y Nahum se habían adaptado a la vida de una pareja casada corriente con sorprendente ecuanimidad de temperamento y, en ocasiones, Samantha ayudaba a su esposo, empujada por su ánimo, en su supuesto «taller de inventor» (que se ocupaba principalmente de reparaciones, en particular de aparatos eléctricos y carruajes sin caballos) en la pequeña ciudad interior de Guilford, Delaware. Aparte de la preocupación de los Hareton por el dinero —pues sus finanzas siempre eran inciertas y la inflación aumentaba sin parar— y, de vez en cuando, la preocupación por la salud de sus hijos, que se podría ver como algo natural, Samantha y Nahum llevaban una vida pacífica y sin ambiciones, tras la pasión arrolladora que habían sentido en el taller sobre el cañón y que, cabría imaginar, había infectado a Samantha para toda la vida. En realidad, si esta pareja renegada hubiera consentido que Nuestro Salvador entrara en sus vidas y hubieran bautizado a sus hijos en la Iglesia episcopal, me inclinaría a considerarlos completamente envidiables, o, en cualquier caso, tan poco movidos por un deseo de progreso mundano o de los vertiginosos placeres de la fama, como para constituir modelos cristianos de amor y estima mutuos y felicidad conyugal.

¡Sí…, aquí está Deirdre!

La insensible «hermana» Deirdre; la hermana adoptada Deirdre; era «Deirdre de las Sombras», y nada más.

Tan silenciosamente entró en la sala esta menuda mujer joven, tan sigilosos eran sus movimientos que la familia tardó un largo momento en darse cuenta de su presencia, y, tal vez, captar en su forma esbelta y en su pálido semblante el origen de la desgracia de todos ellos.

No era una sencilla muchacha de dieciséis años, sino una mujer madura de treinta y seis, y sin duda envejecida por sus impropias experiencias en el mundo, cuya naturaleza Bloodsmoor tal vez jamás sabría ni desearía saber; qué asombroso era verla allí, en el Salón del Roble Dorado de la mansión Kiddemaster, una intrusa en un mundo que, al abrir sus puertas para que ella entrara, había sido gravemente herido. Y sin embargo allí estaba: un velo de fino encaje negro le ocultaba discretamente los ojos.

Qué adecuada su entrecortada exclamación, que empezó así:

—Lo siento…

73

Sorprenderá al lector saber que miss Deirdre Zinn fue convencida de responder a los anuncios clasificados que aparecían con tanta regularidad en los periódicos de Nueva York, y a cumplir con su responsabilidad hacia aquella generosa familia que, al adoptarla, había desencadenado tanto daño, por uno de los más estimables personajes de esta crónica: el doctor Lionel Stoughton.

En realidad, esta revelación constituye una considerable sorpresa.

Sin embargo, más sorprendente es el inesperado hecho, que tiene sus confusos orígenes a principios de otoño de 1898, de que la soltera miss Zinn (que ahora se mantenía con el exiguo salario de amanuense para un estudioso islámico retirado) estuviera siendo cortejada no por uno, sino por dos caballeros, que poseían una considerable fortuna cada uno, y que ella no vacilara ante ellos, sino que huyera de ambos por un irritante temor de que pudiera casarse simplemente por miedo a la pobreza, y por el temor más razonable de ser indigna de ambos caballeros y, en realidad, del sagrado estado matrimonial mismo.

Uno de los pretendientes de su mano era el doctor Stoughton; el otro, me cuesta decirlo, era el joven de piel morena Hassan Agha, que, tras regresar a Estados Unidos después de unos años de meditación en India, se había esforzado en demostrar que había renunciado a sus vínculos teosóficos y, más en general, a su interés por «todas las cosas orientales y pesadas», y de forma poco entusiasta había adoptado la fe anglicana de su madre fallecida, la cual también rechazó tras un período vergonzosamente breve, aunque, como era astuto y poseía esa habilidad que a menudo observamos en los paganos, no rechazó la bonita fortuna que le había llegado a través de su madre.

El honrado, generoso y rubio médico cristiano, por una parte, y el joven de piel olivácea, ojos negros y en parte indio por la otra; y, sin embargo, la naturaleza malsana del criterio de Deirdre era tanta que

se atrevía a dudar entre ellos como si fueran iguales.

—No la presionaré, miss Zinn —decía el doctor Stoughton, y la modestia de su actitud apenas ocultaba el corazón tumultuoso que latía en su pecho—, pues creo que sabe usted bien la amplitud y la intensidad de la alta consideración que tengo por usted, y no deseo causar más incomodidades a su agitada vida.

Así habló el cortés doctor Stoughton en varias ocasiones y numerosas épocas, empleando un lenguaje diverso, a guisa de epístola formal.

Ahora oiga el contraste de los rudos imperativos de Hassan Agha, cuyos años de ascética disciplina como *chela* de madame Blavatsky, y como novicio en una de las sectas hinduistas más austeras apenas habían producido ningún efecto perceptible en su naturaleza animal latente:

—Miss Zinn, no la dejaré descansar hasta que me dé una respuesta; no, hasta que me haya dado la única respuesta que su naturaleza y la mía, así como las curiosas aventuras que nos unen, requieren. Me declaro con orgullo hijo de un príncipe indio y una mujer inglesa de excelente crianza y encomiable pasión (aunque poco sentido común); sin perder ni un ápice de ese orgullo, me declaro su esclavo, uno que se ha conocido hechizado por usted desde aquella prodigiosa mañana en Landsdowne House, donde, en una bella pendiente de hierba, descubrí su forma reclinada e inconsciente y sucumbí al instante a su autoridad. Sí, incluso entre aquella multitud de necios, charlatanes, inocentones y víctimas en la que yo interpreté un papel que me dictaban, que solo lo grotesco de la sabiduría del *karma* podría explicar, fui lo bastante hombre para darme cuenta de la pasión que sentía por usted.

¡Toscas palabras!, y acompañadas por una ardiente mirada y una actitud intensa, de tan visible animalismo que ni siquiera puedo intentar transmitir su efecto con el arte de las palabras.

Cabe suponer que Deirdre percibía plenamente la barbarie de semejantes declaraciones, ya que, inflamadas sus sedosas mejillas, despidió a míster Agha con prontitud; y es evidente que vacilaba en su opinión y padecía no poca ansiedad durante sus noches de insomnio, pues no prohibió a esta impertinente criatura que diera curso a su pasión por ella mandándole voluminosas misivas, que leía con inquietud y que hacían sonar una nota muy exótica y discordante en la soledad sin adornos de la habitación individual que ahora tenía alquilada Deirdre, en una pensión modesta pero respetable para «damas solteras». (Este sólido edificio de piedra caliza en Stuyvesant Square, muy cerca de la iglesia episcopal Saint George, alojaba a unas

diez o doce damas solteronas, todas ellas de familias de clase media y la mayoría de una edad avanzada, mayores que Deirdre. Sin excepción, todas se dedicaban a esas habilidades femeninas —la de enseñar a los muy jóvenes, o ayudar a los inválidos, o como bibliotecarias, o ayudantes pastorales, o amanuenses— que, aunque por tradición proporcionaban una exigua recompensa económica, no obstante son gratificantes como ocupación, e inestimables en su tranquila aportación a nuestra laboriosa sociedad. Y el ambiente tranquilo de esta excelente pensión no solo era un paliativo para los inciertos nervios de Deirdre, y para sus enojosos recuerdos, sino que la tranquilidad de la calle Diecisiete Este y, en realidad, la atmósfera apacible de la plaza misma, agradablemente libre de aquel tráfico bullicioso que, en el resto de la isla, tanto atormentaba y ponía en peligro la vida de los residentes, no podía dejar de actuar como reconstituyente para su alma.).

«No la presionaré», declaraba uno, con voz masculina trémula por la emoción. «No la dejaré descansar», declaraba el otro, sin que le importara apenas su exigencia animal, y la mirada ceñuda y provocativa que clavaba en ella resultaba profundamente inquietante para alguien en estado virginal.

¡Como si hubiera una base razonable para la menor vacilación al elegir entre los dos!

Sin embargo, la obstinada Deirdre había vacilado, y seguía haciéndolo, mientras sometía a su frágil constitución nerviosa a más tensión preguntándose si, «caída» como se encontraba en tantos aspectos (me refiero a la carrera manifiestamente mundana que se había labrado, por vanidad y ambición, así como a la naturaleza de su huida de Bloodsmoor), se merecía a alguno de los dos hombres como esposo, o a ningún hombre.

Es mi destino, estoy segura —reflexionaba lánguidamente Deirdre, muchas noches, en la frugal soledad de su morada de solterona—, vivir sola, sin marido y sin hijos. Y, aunque no siento sino alivio, ¡qué idóneo parece ahora que incluso mis «espíritus» me hayan abandonado!

(Pues, en verdad, aquellas criaturas diabólicas habían abandonado a su médium y ni siquiera la habían molestado durante los largos meses de convalecencia, cuando, cabría pensar, su estado debilitado podía haberlas tentado.)

Acosada por noches sin sueño, y raramente calmada por el fuerte tañido de las campanas de Saint George, Deirdre no obstante se dejaba llevar por un sutil orgullo al reflexionar así, y al interrogarse de forma tan meticulosa respecto a si, siendo pobre como era y teniendo tan

poca seguridad en cuanto al futuro de su empleo (su anciano amo, el profesor de estudios islámicos retirado era olvidadizo y tenía mal genio), no podría, con desesperación de soltera, casarse por dinero: esta mera posibilidad le producía repulsión.

Como se da el caso de que el doctor Stoughton, creo, tiene unos ingresos anuales más modestos que míster Agha, no puedo basarme en este hecho para elegir —se atormentaba Deirdre—, y quién puede decir si un espíritu malévolo no sigue acosándome y me encaminaría mal, incluso si me atreviera a imaginar que me estaba comportando bien.

Tan perturbada se hallaba esta joven dama que le resultaba cada vez más difícil disfrutar de la compañía de otros, y, en una singular ocasión, la hermana de su casera se quedó muy sorprendida y ofendida cuando, después de la colación de la noche, esta muchacha de voz agradable se sentó al piano del salón y cantó unas notas de una canción, con la consecuencia de que miss Zinn salió llorando y se fue a su habitación.

Fue un misterio para los allí reunidos, sin duda, que quedaron perplejos; sin embargo, no es un misterio para nosotros, pues la canción era aquella desgarradora melodía del genio musical Paul Dresser que se hizo tan merecidamente popular a finales de los años noventa:

Esta es la tumba de un proscrito muerto tiempo ha,
un pecador para el que no hubo clemencia;
así pues, un frío día de invierno su alma partió
y aquí lo enterraron, solo y abandonado.

Apenas es necesario que informe al lector de que este clásico era «El proscrito desconocido», cuya letra afectó muy profundamente el corazón de Deirdre.

El hecho de que fuera el doctor Lionel Stoughton el que aconsejara a Deirdre que se pusiera en contacto con míster Miller de Filadelfia, como indicaban los numerosos anuncios, sugiere cierta intimidad entre ellos, lo cual, me apresuro a aclarar, no era el caso.

Por parte del doctor Stoughton existía la continua preocupación por la antigua médium, lo cual, aunque no totalmente incontaminado por aspiraciones románticas, era noble en sí mismo y desinteresado. Después del ignominioso colapso que sufrió Deirdre en la finca de los Fairbanks, la joven dama fue, durante unos dieciocho meses, paciente

en un sanatorio privado en los montes Adirondack; esta convalecencia forzada, en un ambiente saludable, al principio fue pagada con sus propios ahorros, y después, como estos menguaron rápidamente, por fondos de un «anónimo benefactor» que no era otro que el mismo doctor en medicina y presidente de la rama de Nueva York de la Sociedad de Investigación Psíquica que, años atrás, había prevenido a «Deirdre de las Sombras» para que no se embarcara en su peligrosa carrera.

Sin embargo, cuando al fin se encontraron, habiendo mejorado considerablemente el estado de Deirdre y habiendo desaparecido en parte su melancolía, este considerado caballero no se aprovechó de su situación ventajosa, ni aludió a la vida anterior de ella ni a su escandalosa «carrera», que aún se discutía vivamente en los círculos espiritistas, y puede ser, por lo que sé, que aún se discuta hoy en día, si es que existen semejantes enclaves ocultos. La conversación del doctor Stoughton se refería a temas positivos, sobre todo al futuro de Deirdre, si volvería con su familia o si buscaría algún empleo de acuerdo con sus talentos.

—No puedo volver con mi familia —dijo Deirdre con calma—, pues en realidad no tengo ninguna: era hija adoptiva, y no dejaban que lo olvidara nunca. Zinn es el apellido de mis padres adoptivos; Bonner es el de mis padres reales; y ahora los he perdido a todos. Así que buscaré un empleo en la ciudad, doctor Stoughton, y espero poder ahorrar un poco para, con el tiempo, compensarle, al menos en parte, la bondad que ha demostrado conmigo.

—En absoluto —dijo el doctor Stoughton, enrojeciendo, pues había imaginado que su secreto estaba a salvo, que el objeto de su beneficencia cristiana jamás habría adivinado su identidad—. ¡No puedo, ni quiero, oír hablar de eso, miss Zinn!

Tan lamentable era el salario que Deirdre recibía por su trabajo como ayudante del estudioso islámico que, para su extrema turbación, solo podía ahorrar unos centavos a la semana; tampoco su futuro aparecía más brillante. ¡Ah, qué extraño sueño habían sido los años de su relativa riqueza! Apenas podía creer que en otra época hubiera ganado tan exorbitantes honorarios, y había creído que eran lo que le correspondía, pero ahora no tenía nada que mostrar de aquellos años salvo algunas prendas de vestir, de tono decididamente sombrío, y algunos recuerdos muy inquietantes.

—No, me considero feliz —murmuraba a menudo, cuando se hallaba a solas—. Aunque apenas tengo un centavo, por fin soy dueña de mí misma. Y no estoy loca.

Tampoco echaba de menos los poderes embriagadores que sus

espíritus perversos en otro tiempo le habían proporcionado. ¿Era un sueño? ¿Lo había imaginado todo? ¿El padre Darien, mistress Dodd, el capitán Furioso, Bianca y Zachariah, con su lengua bífida? Y, por encima de todos ellos, el globo de seda negra que se la había llevado en silencio de aquel pacífico lugar donde había nacido.

A menudo se preguntaba si el propio Bloodsmoor no habría sido un sueño.

Pocas semanas después de ser dada de alta del sanatorio y de fijar su residencia en la espartana casa de piedra caliza en el número 207 *Vi* de la calle Diecisiete Este, su benefactor, el doctor Stoughton, le hizo su proposición matrimonial, expresada al principio con un lenguaje tan tímido y recóndito que ella apenas comprendió su significado.

El doctor Stoughton se apresuró a asegurarle que lo que menos deseaba era darle más motivos de preocupación, y que tuviera en cuenta que, por encima de todo lo demás, era su devoto amigo, que deseaba solo la felicidad y el bienestar de ella.

—Si algún día consiente en corresponder a mi amor —murmuró, con la mirada fija en el suelo— y ser mi esposa, me convertiría en el hombre más feliz de la tierra, pero no debe sentirse obligada ni presionada.

Así habló uno de los caballeros más magnánimos que jamás han existido, con su espeso cabello rubio con algunas hebras plateadas y su semblante enérgico que exhibía muy pocas arrugas y líneas que indicaran la profunda madurez de sus años.

Deirdre respondió de forma vacilante y casi inaudible:

—No puedo aceptar —murmuró.

—No puede aceptar —repitió lentamente el doctor Stoughton—. Y sin embargo… ¿puedo atreverme a esperar que no me rechaza absolutamente?

Ante esto la agitada joven no pudo obligarse a responder: indicar sí o no habría costado a su debilitada constitución mucha más tensión de la que tal vez podía soportar.

Sí, si bien no aceptaba su petición, no la rechazaba; y, aunque no eliminaba al apasionado Hassan Agha de su vida, tampoco lo estimulaba; y en verdad parecía, para su manera de pensar, casi indefensa en su sino, una mariposa atrapada en una complicada telaraña teñida de plata.

El doctor Stoughton al principio le hizo fijarse en los anuncios clasificados del *Tribune*, que ella leía con gran alarma y una oleada de emoción, en la que se mezclaban la nostalgia, la culpabilidad, el temor

y una sensación de punzante curiosidad. Su respuesta inicial fue violentamente negativa: no, no aceptaría. Pero, a medida que transcurrían los días y las semanas y le daba vueltas mentalmente a la perspectiva, pensó que la tiránica anciana dama, miss Kiddemaster, no había sido completamente cruel con ella; quizá —¡ah, quizá!— había existido incluso un poco de afecto, pero lo había expresado de forma torpe y no podía confiar en ello.

Y una mañana despertó con este pensamiento: Haré lo que el doctor Stoughton me aconseja y regresaré a Bloodsmoor, y quizá, al hacerlo, haré girar la rueda de mi fortuna de forma favorable, y despertaré de esta parálisis para saber si me atrevo a casarme o no, y con quién debería hacerlo.

Así llegó a la mansión Kiddemaster, unos veinte minutos después de la hora fijada, jadeante y acongojada por el ataque de tantos ojos puestos en ella, y ¡ah!, por los estragos del tiempo, tan duramente evidentes en los rostros de los Zinn mayores. (Porque, en verdad, la pobre Deirdre apenas reconoció a John Quincy Zinn, tan apuesto en otro tiempo, y por un instante de confusión se preguntó si aquel anciano caballero barbudo y de piel cetrina podía ser el abuelo Kiddemaster.)

Saludada por un silencio desconcertado, oyó su propia voz —torpe, ronca y precipitada— ofreciendo una débil disculpa:

—Lo siento…, lo siento mucho… Al parecer llego tarde… Es un retraso inexcusable, que podría explicar, pero que no puede excusarse…

Así sonaron nerviosas sus palabras, y Basil Miller, con su instinto social tan practicado, avanzó hacia ella para darle la bienvenida y asegurarle con palabras amables que no era grave que llegara tarde, pues también estaban esperando a Constance Philippa. Y, tras un momento de vacilación (sin duda temiendo ser rechazada), también Octavia avanzó hacia ella y la estrechó en un solemne abrazo mientras murmuraba:

—¡Ah, mi pobre Deirdre! ¡Mi hermanita! ¡Ha sido un tiempo incalculablemente largo! ¡Lastimosamente largo! Somos hermanas, y aun así somos extrañas, ¡pero seguimos siendo hermanas!

¡La efusiva Octavia! Deirdre hizo un leve ademán de abrazarla a su vez; sin embargo, se sintió embargada por la emoción del momento. No habría reconocido a aquella mujer rolliza, de figura de matrona, con su semblante bello y rubicundo, reluciente por las abundantes lágrimas; tampoco, en otras circunstancias, habría reconocido a Malvinia —¿era de verdad Malvinia?—, que de pronto estaba ante ella y le ofrecía una mano enguantada con una sonrisa graciosa e

inquisitiva. Malvinia, ¡qué cambiada! ¡Era una mujer madura! ¡Imponente aún, pero ya no era joven!

Y entonces se levantó Samantha… ¿aquella mujer podía ser Samantha, Su compañera de cuarto de la infancia?, con sus fríos ojos verdes y su expresión burlona, y no obstante maravillosamente cambiada y ahora radiantemente encantadora; la muchacha en otro tiempo fea y sin gracia que había demostrado, frente a la aspereza de su propio corazón, un poco de paciencia, y afecto y preocupación fraternal por la ingrata Deirdre. Ahora se apretaron las manos y lograron darse un abrazo ceremonial, no afectuoso, y sin duda no fraternal, pero adecuado a las circunstancias.

Aturdida, enjugándose una lágrima, Deirdre se encontró a continuación sumisamente de pie delante del matrimonio Zinn. ¡Ah, cuánto había temido este momento! ¡Cuánto se había engañado a sí misma al procurar no imaginarlo con precisión, sino desechar la idea! Había huido de ellos, los había herido, los había rechazado en su corazón, porque ellos no la habían amado lo suficiente, lo cual ahora le parecía sencillamente absurdo, porque en realidad, ¿por qué nadie debería haber amado a la huérfana Deirdre?

Solo habían transcurrido veinte años desde la tarde del globo de seda negro, quizá no un lapso de tiempo extraordinario, mas a los ojos sorprendidos de Deirdre, los Zinn mayores habían envejecido de forma tan alarmante que parecían más bien la matriarca y el patriarca de otra generación salidos de la imaginación del escultor. La piel finamente arrugada, ojos secos llenos de reproche, la boca de mistress Zinn tan seria que parecía que sonreír era una ardua tarea, la mirada de míster Zinn fija e impersonal y, ¡ay!, desprovista de amor.

Se intercambiaron saludos forzados en un murmullo, y las lágrimas enturbiaron tanto la visión de Deirdre que apenas pudo seguir distinguiendo los inexpresivos semblantes de sus padres adoptivos. Sin embargo, habló con valentía:

—Querida madre y querido padre, sé que no podéis perdonarme; en realidad, no debéis hacerlo, y no he venido a pediros perdón en estos tristes momentos. Os aseguro que no os molestaré quedándome en Bloodsmoor más tiempo del que sea absolutamente necesario, pues sospecho que el simple hecho de verme, de ver a la ingrata huérfana, os irrita sobremanera. No, no te molestes —dijo al ver que mistress Zinn se sentía obligada a emitir una débil protesta—, porque tenéis toda la razón, y Dios me ha juzgado con dureza en estos últimos veinte años.

Pronunció este discurso con gran animación, pero los presentes lo recibieron en silencio, y transcurrió un largo momento hasta que

mistress Zinn se vio impulsada a responder, pero forzando levemente los labios y con una fría mirada:

—Nuestro Señor no juzga con dureza —dijo—, sino con justicia. Como siempre hemos sabido en nuestra familia.

Y míster Zinn —John Quincy Zinn, el aclamado genio inventor de Bloodsmoor—, aquel caballero tan alto, tan apuesto, tan robusto, tan bondadoso que en otra época de su vida, al parecer, había descendido de su gran altura para hacerse amigo de una niña que se escabullía, una señorita traviesa que había huido a los bosques que lindaban con el cañón y asustado a sus padres con la posibilidad de que se hubiera perdido, este caballero, que ahora tan misteriosamente aparentaba más de los setenta y un años que tenía, alzó los ojos para mirar con gravedad a su «hija» renegada y tironearse distraído de la barba, y abrió la boca para hablar y… no dijo una sola palabra, sino que permaneció callado e inmóvil, salvo por el apenas perceptible temblor de su cuerpo.

74

¿Puedo acompañarla, miss Zinn, a una silla cómoda? —murmuró el solícito Basil Miller, calibrando la profundidad del aturdimiento de Deirdre y deseando alejar a la joven mujer de sus padres adoptivos, en consideración a los tres personajes.

Así, con su hábil acción, Basil palió la fuerza de la emoción de la escena, y los demás, aún algo nerviosos y secándose las lágrimas de los ojos, volvieron a sentarse.

¡Ah, la mañana transcurría con rapidez! ¿Y dónde estaba Constance Philippa?

Hay que decir que, incluso antes de la audaz entrada del problemático «Philippe Fox», la atmósfera que reinaba en la Sala del Roble Dorado era muy extraña a pesar de la elegancia de su decoración y sus muebles y la armonía de sus altas ventanas, pilastras y cristales emplomados, tanto que se me hace difícil describirla en mis limitados recursos verbales. Una tranquilidad agitada; una tensión paralizada; un aire en el que se mezclaban el temor, la expectación eufórica, el resentimiento e incluso un poco de amargura; la contención de los protagonistas, vestidos de manera formal y sentados de cara a un extremo de la sala (donde Basil Miller había colocado un elegante escritorio, de palisandro y adornos dorados para su propio uso); todo ello contribuía a esta sensación de tensión.

Porque piénsese: entre los presentes había quienes, por su edad y posición, tenían todo el derecho de estar resentidos por la teatralidad de la escena y el capricho por el que, desde el mausoleo de mármol en el que ahora descansaba su cuerpo, la anciana Edwina manipulaba a los vivos, como si fueran simples marionetas para su diversión. Muchas veces mistress Zinn había prorrumpido en llanto de indefensa furia, tanto ante su comprensivo esposo como en la intimidad de su habitación cerrada con llave, porque, por todas las leyes de Dios y del

Diablo (debo explicar que estas eran sus enojadas palabras, no las mías), era monstruosamente injusto que, en su chochez, su padre hubiera decidido dejar su fortuna a esta anciana y notoriamente excéntrica hermana y no a sus devotos hija y yerno, e inconmensurablemente cruel que este anciano tirano hubiera indicado en su testamento oficial que la simple cancelación de la deuda sería, en su caso, un premio inesperado.

—Que padre desaprobaba nuestro matrimonio, por cínico rechazo de todo lo que es puro, espontáneo y romántico —decía con furia la pobre Prudence, apretándose ambas manos contra el pecho—, no lo he dudado nunca. Que no me hubiera perdonado durante todos estos años y que, además, no valorara la excepcional valía de mi esposo me parece increíble, no, insoportable. ¡Y, después… después! —exclamaba rabiosa, enrojecidas sus rubicundas mejillas—. ¡Y, después, que tía Edwina se negara sin más a corregir la injusticia, cuyo descaro ella bien conocía, y no me devolviera a mí, la legítima heredera, la fortuna perdida!

—Y sin embargo —observó John Quincy Zinn en más de una ocasión, con voz algo cavernosa y fría—, y sin embargo, querida mía, no debemos ser mezquinos. No nos hace dignos de orgullo, a nuestra edad.

—Tío Vaughan muere y deja a padre una fortuna incalculable. Imagínate solo su negocio de construcción de barcos, o sus propiedades en Filadelfia. Como madre había muerto antes, y una parte considerable de la fortuna de los Whitton-Steuben era suya, se queda intacta con padre, quien seguramente sabía que madre habría deseado, no, habría ordenado que una buena proporción fuera a parar a mí, su única y devota hija. Piensa en la fortuna de tío Vaughan, en la de madre, y en la gran fortuna de los Kiddemaster aquí en Bloodsmoor, y añádele a todo esto lo que la anciana Edwina tenía escondido, cuyos detalles siempre mantuvo en secreto. ¿Comprendes, míster Zinn, la naturaleza monumental de lo que está en juego? Me dices que no sea mezquina —Prudence se echó a llorar con desdeñoso frenesí—, ¡como si se pudiera ser mezquino ante una fortuna de supremas proporciones! —Se interrumpió para tomar aliento con dificultad, y para calmar su tembloroso cuerpo. Y luego prosiguió, con voz más calmada y baja—: Si juntáramos los Rockefeller, los Vanderbilt, los Hanna y otros dos o tres, y calculáramos su valor colectivo, ¿crees que excedería mucho a esta fortuna que mi codiciosa tía aceptó como si le correspondiera? No hace muchos años, nuestra riqueza nacional se calculaba en sesenta y cinco mil millones de dólares, y me atrevería a decir que, de estos, los Kiddemaster tenemos

al menos unos cinco o diez mil millones.

—Exageras, Prudence —dijo míster Zinn con voz temblorosa—. No puedo imaginar semejante idea: ¿cinco o diez mil millones de dólares, dices?

—Suficiente para llenar muchas veces el saco de un buhonero, coincidirás conmigo —dijo lacónica mistress Zinn.

Así pues, sería difícil, en verdad, no compadecer a los Zinn mayores.

Y también estaban presentes en la reunión algunos personajes aún no mencionados: la bondadosa anciana miss Narcissa Gilpin, que había dicho a los íntimos, con su actitud modesta, que Edwina le había prometido un elevado porcentaje de su fortuna por toda una vida de amistad y sugerencias críticas; y miss Flora Kale, prima de Edwina y amiga de la infancia, a la que mistress Zinn miraba con especial resentimiento y algo de aprensión; y algunos Kiddemaster de Filadelfia, de edad avanzada; y el reverendo Silas Hewett y su esposa, también muy ancianos pero en plena posesión de sus facultades y serenamente seguros de que aparecían generosamente en el testamento, pues, según su testimonio algo confuso, la anciana Edwina, en su lecho de muerte, se lo había prometido. Y el celoso doctor Moffet también se encontraba presente, aunque lo necesitaban con urgencia en otro hogar, donde una mujer joven estaba de parto desde hacía más de doce horas sin que se viera el final. (El doctor Moffet había irritado a Prudence Zinn con sus reiterados alardes de que su «más estimada paciente» Edwina le había insinuado que iba a ser recordado generosamente en su testamento, en proporción a la habilidad médica que poseía.)

En cuanto a las hermanas, de todas ellas solo Malvinia albergaba alguna esperanza de que Edwina se hubiera acordado de ella; pero, al mismo tiempo, era escéptica en cuanto a la generosidad de su tía abuela y de sus propios méritos para esperar en serio herencia alguna. Octavia había suspirado y, con la cara bañada en lágrimas, había declarado abiertamente a míster McInnes (con el que hablaba casi a diario sobre asuntos económicos y legales) que no esperaba ni un centavo, pues la vengativa vieja dama nunca le había perdonado que el pequeño Godfrey, tanto tiempo atrás, se hubiera arrastrado debajo de sus faldas como simple travesura. Samantha tenía tan pocas esperanzas, que ella y su esposo habían hablado de si se atreverían a pedir a míster Miller alguna compensación por su viaje en ferrocarril desde Guilford hasta Bloodsmoor: unos simples 28 dólares por ambos billetes de ida y vuelta, pero un precio muy elevado para ellos.

(Decidieron que no debían pedirlo. «No querría que nadie de mi familia supiera lo pobres que somos y nos tuviera lástima», dijo Samantha.) En cuanto a Deirdre, se sentía demasiado mortificada por la frialdad con que los Zinn mayores la habían saludado para pensar de forma clara en el propósito de la reunión; tampoco habrían podido sus ojos empañados por las lágrimas distinguir los pesados pergaminos que había sobre el escritorio, junto al codo de Basil Miller, que contenían la última voluntad y testamento de miss Edwina Kiddemaster. Debo marcharme de este lugar maldito —se dijo llorando para sí— pues no es mi hogar y nunca lo ha sido; y el doctor Stoughton me ha causado un singular perjuicio al traerme aquí.

El reloj de oro y caoba de estilo imperio francés que reposaba sobre la repisa de la chimenea seguía con su solemne tictac, y la manecilla avanzaba hacia mediodía, y la hermana que faltaba no aparecía.

Mostrando cierta decepción, en la que se mezclaba la irritación, Basil Miller al fin carraspeó para hablar y declaró con bastante mal humor que tal vez habría que aplazar la reunión, pues, de acuerdo con los deseos expresos de miss Kiddemaster, todas las hermanas debían estar presentes, cuando, de pronto, se abrió la puerta y un caballero entró con grandes pasos, sin anunciarse, un extraño con el cabello oscuro, canoso en las sienes, y gruesas cejas, actitud brusca e impertinente, realzada por la ceñida levita que vestía y el sombrero blanco del Oeste, de ala ancha, que llevaba en la mano, y el estridente ruido que producían sus botas de cuero de altos tacones.

Sin duda este extraño caballero sentía cierta incomodidad al entrometerse en una reunión privada; sin embargo tuvo cuidado de exhibir poca aprensión y mantuvo el rostro impertérrito cuando, haciendo una leve reverencia a la atónita reunión, dijo:

—Creo que están esperando a miss Constance Philippa Zinn, quien, lamentablemente, hoy no puede estar aquí. Me ha designado como su único representante en este asunto y me ha dado poderes de abogado. Soy Philippe Fox, de la Rock Bluff Mining and Milling Company, de San Pedro, Arizona. Soy, también, exayudante del jefe de policía del sudeste de Atizona. Les ruego acepten mis sinceras disculpas por llegar tarde, pero vengo de muy lejos.

Como era de imaginar, todos se quedaron mirando fijamente a este descarado extraño, e incluso Basil Miller, de ordinario tan contenido, se mostró sorprendido.

¡Aquello era la extravagancia y la audacia del Oeste!, bastante abrumadoras en este decoroso salón del Este.

Todos lo miraron de hito en hito; varias de las damas ahogaron un

grito, y el intruso se mantuvo firme, mientras sus ojos iban de un rostro a otro. Era descarado, mas ¿no había cierto temblor en su voz?, ¿una nota nasal o, podría ser, afeminada?

—Veo que se han quedado mudos —dijo este personaje, curvando los labios en una delicada e irónica sonrisa—, y por tanto no tengo más remedio que repetirme: su parienta miss Constance Philippa Zinn me ha hecho venir aquí, en su lugar, como su representante: Philippe Fox, de Arizona, y más recientemente de San Francisco.

Al decir esto hizo una reverencia y, con un exagerado gesto, blandió su sombrero blanco ante él.

Entonces, de repente, Octavia se levantó de su asiento, tan alterada que el abanico se le cayó al suelo, y respiró hondo. Exhaló audiblemente y gritó:

—¡Dios mío! ¡No puedo creer lo que veo! ¡Esta persona…, este caballero…, este extraño…, este…! —Sean McInnes se apresuró a ponerse en pie para acudir en su ayuda, pues temía que pudiera desmayarse, pero ella se liberó del brazo que la reprimía y se giró hacia los presentes y exclamó—: ¡Es Constance Philippa! ¡Es nuestra hermana, Constance Philippa! Va… disfrazada… con atuendo masculino… ¡ah!, ¿no lo veis?, ¿crees que estoy loca? ¡Está ante nosotros, disfrazada de forma obscena: nuestra amada Constance Philippa!

Ahora todos estudiaron al intruso y vieron el rostro curtido por la exposición al aire libre y la figura esbelta y erguida; sin embargo, los ojos, la nariz, la forma de los labios eran de la antigua Constance Philippa.

(Y, no obstante, como se preguntaron en silencio algunos de los observadores, ¿no era aquel un hombre?, ¿un gemelo de Constance Philippe que pertenecía —inconfundiblemente— al género masculino?)

Así pues, espero saber transmitir algo de la agitación que siguió a la osada entrada de «Philippe Fox», si bien es tarea extremadamente difícil, pues los minutos transcurrían de modo desapacible y las palabras que acudieron a los labios de míster Fox tan prontamente y de forma tan grosera estaban tan distorsionadas por los hábitos del Oeste, que mal podría alguien de mi condición transcribirlas correctamente.

Basil Miller, amparándose en la responsabilidad civil y legal, trató de interrogar a míster Fox, quien, enrojeciendo, se mostró sospechosamente reacio a ser interrogado, e incluso a hacer entrega de

los documentos relativos a su identidad y su relación con Constance Philippa, aunque, como reiteró con voz fuerte, llevaba encima tales documentos. Puede que a míster Miller le cruzara por la mente preguntar a este personaje si en realidad era Constance Philippa disfrazada de hombre (pues este caballero no carecía de inteligencia instintiva); mas su gentileza era tanta, y tenía tan desarrollado el sentido de lo que podía y lo que no podía expresarse en voz alta en presencia de damas y caballeros juntos, que se contuvo y no formuló la pregunta.

Transcurrían los minutos y ahora sonaron las primeras campanadas de mediodía, y sin embargo persistía el enfrentamiento, principalmente entre míster Miller y míster Fox, aunque míster McInnes, que era abogado también, tras vacilar un poco se ofreció a dar su opinión, y el doctor en medicina que se hallaba en la reunión, el doctor Moffet, dijo con énfasis lo que opinaba, y era que, como ninguna dama desearía vestir prendas del sexo opuesto, ni se atrevería ni sabría cómo hacerlo, aquel personaje no podía en ningún caso ser Constance Philippa, a la que había conocido muy bien en su infancia, afirmó.

—Y era una jovencita tranquila, reposada y devota —declaró el anciano médico. Tanto se alteró el doctor Moffet al hablar que acabó agitando un puño ante míster Fox y gritando—: ¿Qué ha hecho con nuestra joven dama, canalla?

¡Confusión y consternación! Y grave preocupación en cuanto al destino de Constance Philippa, pues a medida que se desarrollaba la discusión acudió a muchas mentes la idea de que, si en verdad Philippe Fox era la renegada Constance Philippa, vestida de hombre, ¿no era aquel, en su indecente desafío a todas las leyes de la naturaleza, un destino más atroz que casi cualquier otro que sus parientes hubieran podido imaginar? Octavia, cuyas mejillas habían enrojecido con un tono malsano, estaba desplomada en su silla y se abanicaba con energía; tal era su alteración que pidió al solícito míster McInnes que la dejara en paz, y que un criado le llevara un vaso de éter y agua o del remedio de miss Emmeline, para reavivar su ánimo. Esta alterada hermana murmuró:

—Es ella…, es ella… pero vestida de un modo tan horrible…, tan espantosamente cambiada… vestida de hombre…, nuestra querida Constance Philippa…, nuestra hermana perdida… Ah, es ella, después de veinte años; ¡y sin embargo no es ella, sino un diablo que ocupa su lugar!

Así se expresó aquella hermana, y espero no hablar de forma demasiado explícita al afirmar que, en el fondo, poseía el más

generoso afecto fraternal. También Malvinia mostró gran consternación y miraba fijamente a «Philippe Fox», y tan conmocionada por el horror estaba que no podía abrir su abanico, sino que lo sostenía ante ella, en su mano enguantada, en una actitud de perplejidad hipnotizada. ¿Era Constance Philippa… y aun así no lo era? ¿Podía aquel caballero ser un primo perdido mucho tiempo atrás, o incluso un gemelo? ¡Qué familiar parecía! ¡Y su porte, su actitud, sus ojos oscuros brillantes y la insolencia de su noble frente! ¡Ah, qué tentadoramente familiar! Y no obstante… ¿quién era?

Deirdre se levantó el velo para observar con más atención, y se convenció de que el intruso no era otro que su hermana mayor disfrazada de forma convincente; porque, como por naturaleza tenía las caderas estrechas y era esbelta, y tenía voz grave, no podía costarle demasiado interpretar el papel de un hombre, siempre que nadie la examinara demasiado de cerca. Deirdre no recordaba a Constance Philippa con mucha claridad, ni, en realidad, con mucho afecto, pero creía reconocer aquella inimitable expresión suya, una mezcla curiosa y bastante encantadora de ironía, irritación, diversión y pueril esperanza. En conjunto, era un hombre muy atractivo, aunque demasiado mordaz, quizá, y tosco en sus gestos para la mansión Kiddemaster.

Entonces se levantó la impetuosa Samantha, que avanzó hacia míster Fox y, tendiéndole la mano, dijo:

—Usted no me conoce, y dudo mucho que mi hermana mayor se molestara en hablar de mí, pero soy Samantha, su hermana menor, ahora la esposa de Nahum Hareton, y estoy encantada de conocerlo.

El efecto que produjo este atrevido gesto fue que desconcertó a míster Fox, en lugar de consolarlo (o consolarla) por la locura que se estaba cometiendo, aunque no había sido esa la intención de Samantha. (Había adivinado cierta idea fija y una ferocidad muy real, aunque latente, por parte de Philippe Fox, y había razonado, sin duda de forma admirable, que la estrategia más sensata podía ser simplemente aceptar la duplicidad, ya que existía también la preocupación de que míster Fox llevara un arma oculta en el interior de su bonita chaqueta de color crema.) Tras vacilar un momento, míster Fox le estrechó la mano mientras murmuraba, bruscamente, que por supuesto la conocía —los conocía a todos— pues Constance Philippa le había hablado de todos, y era inútil que le mintieran pensando que era un simple extraño, y que lo engañaran y defraudaran con respecto a cualquier herencia que pudiera ser de Constance Philippa.

Entonces el patriarcal John Quincy Zinn se levantó, vacilante, se

irguió y, mirando al vulgar intruso por encima de sus gafas de media luna, declaró con voz temblorosa por la noble repulsión y la incredulidad:

—¡Ojalá el siglo veinte nunca llegue, si nos ha de traer semejantes obscenidades! —y, apoyándose pesadamente en el brazo de un criado, insistió en marcharse para poder purificar su alma en un lugar solitario—. No es posible —murmuró, meneando su cabeza entrecana — que haya visto lo que he visto.

Esta regia salida produjo el efecto de calmar a los otros, e incluso el presuntuoso Philippe Fox pareció algo cariacontecido y giró sobre sus talones, parpadeando con ojos sombríos, para volverse hacia el anciano caballero. Sus labios se movieron como si hablara, pero, naturalmente, no se atrevió a hacerlo, para no herir más la sensibilidad de aquel hombre que era, o había sido, el respetado progenitor de Constance Philippa.

Ahora, en el silencio que siguió, Basil Miller se quedó momentáneamente paralizado, sin saber cómo era mejor proceder, y los presentes se desconcertaron al ver que mistress Zinn se levantaba de la silla, lo que hizo suponer a todos que, como devota esposa de míster Zinn, deseaba seguirlo y proporcionarle alivio y consuelo, como solo la esposa puede proporcionar en semejantes situaciones. Pero mistress Zinn, con su robusta figura vestida con un traje color púrpura de enormes mangas que le daba un aspecto regio, se dirigió sin ayuda de nadie a míster Fox, quien, con gran malestar y visible nerviosismo, se inclinó ante ella, y esta dama imperial, reuniendo toda la inflexible elegancia de su sangre Kiddemaster, habló sin sonreír aunque no con severidad:

—No sé, míster Fox, si es más adecuado que lo llame mi hija perdida o si, en verdad, es ese ignorante emisario suyo que usted afirma ser, y, como no estoy acostumbrada a divertirme con charadas, engaños y exhibiciones histriónicas, no puedo sentirme más perpleja en cuanto a la naturaleza de la situación, si es que hay ahí alguna naturaleza cierta. —Aquí mistress Zinn se interrumpió para tomar aliento, se oyó el tictac del reloj y míster Fox, oscureciéndose más su moreno rostro, volvió a hacer una inclinación de cabeza en señal de muda y respetuosa sumisión. Mistress Zinn prosiguió entonces, tendiéndole una mano cubierta con un guante de encaje para que se la besara—. Como se supone que mi querida tía Edwina, que en paz descanse, observa esta reunión desde su morada celestial, debemos acceder a sus deseos, los cuales no dudo que implican que se siga el procedimiento y se lea su testamento. Propongo que míster Miller lo admita en esta cámara privada y le dé la bienvenida, como si se diera

alguna de estas posibilidades: que sea mi hija perdida mucho tiempo atrás, Constance Philippa, o el representante que ella ha designado, míster Fox, o cualquier combinación de ambas cosas, lo cual, aunque ofensivo para la mentalidad civilizada, puede resultar aceptable y pragmático en lo que se refiere a la ley.

Tras ser aceptada cordialmente por todos esta propuesta, e incluso resultar grata hasta cierto punto a Philippe Fox, se inició la sesión, con tan inesperados resultados que apenas puedo continuar.

75

Al juzgar las revelaciones que se hicieron a continuación en este día extraordinario en las vidas de los Zinn —en verdad, en la historia de la gran casa de los Kiddemaster—, y después de muchos años de pensarlo, me siento tentada de declarar que, tanto para los reunidos en aquella sala como también para mí, la revelación de que miss Edwina Kiddemaster había tenido una vida privada tuvo un peso casi equivalente, en cuanto a la incrédula consternación que provocó, a la naturaleza precisa de esa vida.

Que había conocido la pasión tempestuosa; que había conocido el frenesí del corazón y la euforia del pulso acelerado; que había conocido —¡y pagado caro, ay, ese conocimiento!— la grata satisfacción (aunque temporal, aunque falsa) de creerse amada por un hombre; todo esto, revelado de forma tan rápida y brusca, y junto con una revelación de lo más asombrosa, provocó tal caos en el corazón de sus parientes y en sus turbados acompañantes que resulta extremadamente difícil, hasta hoy, comprender la gravedad de todo lo que ocurrió.

Por una parte, nos hallamos ante miss Edwina Kiddemaster, la estimada autora de cuya pluma salieron, con inagotable facilidad, más de cincuenta volúmenes dedicados a algunos de los más espinosos problemas de la etiqueta y la conducta de nuestro tiempo; una dama correcta en todos los detalles, cortés, benévola, afable y plenamente cómoda en la más distinguida compañía de este continente y de Inglaterra. Por la otra, estamos ante una criatura terca que, aunque en modo alguno joven en la época de su locura, se lanzó no obstante a la más sórdida de las relaciones, es decir, la más sórdida ya que no verdaderamente inmoral. (Pues Edwina y su seductor estaban casados, y su único hijo nació, si hemos de confiar en los documentos oficiales, nueve meses y unos días después de su boda.)

Ay, qué lastimosa es la ironía de que, la misma semana de octubre de 1861 en que apareció en *The Ladies' Wreath* uno de sus artículos en prosa más prestigiosos, «El papel de la mujer como madre, hermana e hija», conoció, por casualidad o por el más cruel de los destinos, al canalla caballero que iba a resultar ser el causante de la mala acción de ella; ¡qué lastimoso y qué trágico! Que el capitán Burlingame fuera el vástago de una histórica casa inglesa y, en realidad, la causa final de que Edwina heredara aún más riquezas de lo que, en su frenética fantasía, la pobre Prudence sospechaba, quizá mitiga un poco la barbarie de la situación; sin embargo, es difícil comprender, y mucho menos perdonar, semejante conducta en una Kiddemaster de su generación…

Pero lo siento; hablo con tanta prisa y con vehemencia tan poco hábil que, violando todas las reglas del discurso narrativo, he dado un salto en mi historia otra vez, y debo frenarme. Que como historiadora de esta familia he sufrido no pocas conmociones mientras transcribía toda la verdad sin censurar nada es un hecho que debo llevar en silencio; tampoco debo privar al lector de los placeres de descubrir por sí mismo, en fiel secuencia cronológica, exactamente lo que ocurrió.

Lo mejor es, pues, regresar a la Sala del Roble Dorado de la mansión Kiddemaster, donde Basil, sonrojadas sus saludables mejillas por el reciente contratiempo y, sin duda, previendo la gravedad de la escena que iba a desarrollarse bajo su profesional dirección, lanza una solemne mirada a los reunidos y declara que ha llegado la hora, ya que se cumplen todos los requisitos de la ultima voluntad y testamento de miss Kiddemaster, al menos en espíritu, si no al pie de la letra. Y ahora hay que romper el gran sello lacrado y revelar el contenido del grueso documento, según la ley de la comunidad de Pensilvania y siguiendo la costumbre de la tierra.

El lector comprenderá, espero, a estas diversas personas, incluidas, me inclino a afirmar, miss Deirdre Zinn y mistress Samantha Hareton, quienes, aunque lejos de esperar recibir ninguna recompensa monetaria o de otra clase, no obstante se habían dejado —¡ah, como niñas!— vencer en parte por el deseo: «Ruego que no me hayan olvidado». Aunque eran lo bastante sagaces para saberse completamente indignas y, en realidad, para saber lo fantásticamente absurdo que era su deseo, estas jóvenes damas temblaban por dentro, esperando las declaraciones de Basil Miller casi con tanto temor y eufórica aprensión como mistress Zinn, quien por tradición y sentido común —y justicia, por encima de todo— se consideraba heredera de

la mayor parte de la fortuna. En verdad sería una acción cruel, a la que se entregan, sin duda, muchos novelistas en sus fantasías de ficción, visitar la intimidad del corazón de cada protagonista para divulgar sus plegarias, sus temores, sus ansias sin fundamento, mientras conservan máscaras de sombrío decoro u ofrecen, incluso en esta fecha avanzada, semblantes aún entristecidos por la mujer fallecida. Cómo la pálida, macilenta y mansa Malvinia, ahora solo la sombra de lo que había sido, se apretaba las manos enguantadas en secreto, en el regazo, mientras miraba fijamente a su primo Basil (por el que, hay que decirlo, no sentía ningún rencor ni desagrado por el papel que tan caprichosamente había desempeñado en su caída), en tanto este abría el documento con estudiada ceremonia; cómo la pobre Octavia, aunque con toda la apariencia de calma y sin respirar ya tan pesadamente, clavaba en su primo unos ojos vidriosos, rezando: «Oh, querida tía, por favor, no te olvides de mí; no nos desprecies, a mí y a mi hijo, otra vez, porque me temo que se me partirá el corazón». Y sería un descuido no atisbar en el corazón de míster Fox, en el que, desafiando su insolente forma exterior y la impasibilidad de su semblante, un infantil deseo se definía así: «¡Por favor! Y seré buena por siempre jamás».

El ambiente se había ido poniendo tenso de un modo desagradable; Basil Miller se aclaró la garganta con cierto nerviosismo y, ajustándose las gafas, empezó a leer, débilmente al principio y después cobrando fuerza, al tiempo que se invocaba el espíritu de Edwina Kiddemaster y parecía oírse el eco de su voz.

—Ahora que estáis todas reunidas, al fin, en nuestro gran hogar ancestral, como Dios quería que fuera, por lazos de sangre así como por los sentimientos y la lealtad, evitaré regañaros, mis queridas sobrinas, por vuestros diversos actos de ingratitud. —Esto leyó míster Miller, quien en este punto levantó la mirada hacia los rostros contraídos de los protagonistas y los del resto, que lo miraban de forma inexpresiva—. Evitaré regañaros e iré directamente al grano. He pasado todos estos meses atormentada, en comunión diaria —no, a cada hora— con Dios Todopoderoso, cuya voluntad, en todos los aspectos, me veo obligada a confesar que no siempre he observado escrupulosamente en mi larga vida; me he hincado de rodillas con humildad, en la intimidad y santidad de mi dormitorio, he visitado a escondidas muchas iglesias, mientras las campanas de medianoche sonaban lúgubremente; he buscado el sabio consejo pastoral de diversos clérigos, a menudo oculta bajo velos y con un nombre falso. En resumen, he sondeado las profundidades de mi propio corazón y he descubierto no un demonio malévolo, ni siquiera perverso, sino, ¡ah,

qué humillante!, una criatura hosca y miserable, no diferente de un enano jorobado, horriblemente fea de rostro y con un olor que recuerda al compuesto de poción negra y ruibarbo del doctor Eupep cuando ha estado demasiado tiempo en la botella. —En este punto Basil Miller se interrumpió para tomar aliento y, sin duda, para calmarse, pues aunque debemos recordar que, como abogado y confidente de Edwina Kiddemaster, lo sabía todo, la gran tensión reinante en la sala, que parecía crecer minuto a minuto, lo estaba afectando mucho; tampoco su refinada sensibilidad era ajena a la dureza de las palabras que estaba leyendo en voz alta.

Así que tomó aliento y se secó la frente con un pañuelo antes de reanudar la lectura:

—Y también ocurrió que Dios Todopoderoso, en su infinita compasión y misericordia, me permitió comprender ciertas verdades, las cuales, en mi mundana vanidad y prosa ligera, a menudo había expuesto, con un mínimo de convicción interior; ¡ay, con muy poca convicción, pero con gran cantidad de burla secreta! Estas son las verdades sagradas y fundamentales de nuestra morada aquí en la tierra, y no hay que jugar con ellas, pues la ira de Dios es algo terrible cuando se derrama sobre nuestras incrédulas cabezas. Si tuviera tiempo, mis queridas sobrinas, os instruiría con mayor sabiduría y mayor paciencia de lo que hice cuando vivía; pero no es el momento ni el lugar, y me veo obligada a insistir en la brevedad, en la cuestión de la penuria, la generosidad y la caridad cristiana, y las sagradas obligaciones de la nobleza (por la que, me apresuro a explicar, me refiero a la nobleza de espíritu, así como a la de la sangre), y la enigmática cuestión con la que he luchado, como autora y como mujer, durante más de siete décadas: «¿En qué consiste ser una dama?». Ah, el necio responde con prontitud para declarar que una dama es nada más y nada menos que lo que nos han enseñado desde la cima: ¡una dama es esto, una dama es aquello!, ¡no es esto, no es aquello! ¡Parloteo, parloteo como el de los monos con chaleco y la peluda cola enroscada en la cabeza! ¡Cháchara, cotorreo y blablablá, repitiendo de memoria todo lo que nos han enseñado! Una dama personifica todo lo que es elevado, sagrado y puro en fuerza intelectual, claridad de corazón, rectitud moral y esa gracia irresistible que hace que cada palabra y cada acción parezca al observador «la más sabia, la más virtuosa, la más discreta y la mejor» (para citar al bardo). Todo esto es indudable. No podemos suscribir la vulgar noción arribista, sostenida por esos millonarios bárbaros que se mezclan con nosotros (cuyos nombres, no temáis, no aparecerán en este sagrado documento para mancillarlo), de que riqueza, ropa, mansión y forma

de vida ostentosas, y posición (burda posición política y económica) es lo que hace a una dama, o incluso, insisto, la hacen posible. No, esto es repulsivo. Es pura ignorancia. No se puede permitir…

El bonito reloj francés ahora dio la media hora y Basil Miller volvió a interrumpirse, aunque medio temiendo levantar la mirada y ver los rígidos semblantes de sus parientes y de los otros que, sentados inmóviles en sus sillas, seguían mirando con ojos fijos, en cuyas vidriosas profundidades podía verse una curiosa mezcla de fatiga y ansiedad.

No obstante, este sensible caballero se sintió obligado a hacer una pausa y a pedir a un criado si podía llevarle un vaso de agua helada —no, quizá una copita de jerez, pues era bastante más tarde de mediodía— y de nuevo se secó con decoro la frente húmeda y su bello bigote curvado, antes de reanudar su deber profesional; entretanto, debo aclarar, se mantenía de pie, erguido con porte orgulloso, detrás del escritorio, vestido con un traje negro elegante pero en modo alguno llamativo, con cuatro botones forrados de tela y solapas muy anchas, que se le cruzaban muy arriba en el pecho, lo que, lamentablemente, ocultaba el chaleco de seda negra que llevaba debajo y dejaba muy poco al descubierto de la almidonada camisa, que mostraba, en cuello y puños, una blancura notablemente deslumbrante.

El criado le llevó su copa de jerez y él tomó unos sorbos, y, ajustándose de nuevo las gafas, tomó aliento y prosiguió:

—No se puede permitir. ¿No es una dama la que, aun siendo del género femenino, siente en sus venas la fuerza moral (si no física) del varón? ¿Y no es una dama la que, aun morando en una rústica y humilde casita, o en un palacio de mármol, se somete a las imposiciones de Nuestro Salvador en cuanto a la caridad, el amor y la compasión, y da limosnas a los pobres…, tal vez «limosnas» del corazón y no simplemente del bolsillo? ¿Una dama no exhibe armonía de carácter?, ¿nobles propósitos?, ¿gusto refinado?, ¿generosidad con todos?, ¿virtud en sus más amplios aspectos? ¿No es una dama la que, aun careciendo quizá de espléndidos carruajes, de galas ostentosas y de todas las ociosas pretensiones de la riqueza, muestra no obstante al mundo riqueza de sentimientos? Creo que no es exagerado decir que solo el mérito personal debería ser la prueba a la que someter las pretensiones de todas las «damas», y el agua no encontrará con más seguridad su propio nivel de lo que lo harán las numerosas clases de sociedad cuando se sometan a tan inquisitiva prueba. (Con esta atrevida declaración no estoy pidiendo un sistema igualitario, de esa clase odiosa conocida como «socialismo» o «comunismo», que acabaría

con todas las necesarias distinciones de la sociedad y las reduciría a una masa común de sosez y vulgaridad. No, la propia Biblia reconoce estas distinciones, que son esenciales para el orden y armonía del cuerpo político, como lo son los diversos miembros del género humano, para formar un todo perfecto.) Siendo pues solo el mérito la única medida…

El pobre Basil Miller fue interrumpido de repente por un ataque de tos, que no se le calmó hasta pasados algunos minutos, durante los cuales Narcissa Gilpin y una o dos damas más revolotearon a su alrededor, muy preocupadas por su bienestar. Temían que tuviera la garganta irritada, tanto por el prolongado discurso como por el profundo significado de las palabras, que no podían dejar de inspirar aprensión en el que las pronunciaba. Pero, una vez calmado el ataque de tos, y tras proporcionarle discretamente otra copa de jerez, Basil recuperó su actitud atenta y prosiguió, con voz solo ligeramente más débil:

—Siendo pues solo el mérito la única medida, creo que no está de más afirmar que dama es la que, desafiando las opiniones de la sociedad conformista, e incluso desafiando los deseos de su propia familia, tiene el suficiente valor…, no, es lo bastante cristiana no solo para reconocer sus fallos pecaminosos, sino para compensarlos, de la mejor manera que su habilidad le permita. Mi pecado secreto es que durante más de tres décadas he sido culpable de una lamentable pobreza de espíritu, pecado que tengo razones para saber que Dios Todopoderoso me perdonará si me arrepiento verdaderamente y si, como Él me ha ordenado, ofrezco una confesión pública, póstuma si es necesario (pues siento que no soy lo bastante fuerte para ofrecer la verdad estando viva). Así… —leyó Basil Miller, con la voz quebrada de pronto, de modo que se vio obligado a aclararse la garganta y beber de su copa de jerez antes de seguir adelante con la parte nefasta, ahora con el rostro alarmantemente enrojecido—. Así, declaro que este documento es mi única voluntad y testamento, ejecutado por mí, sin coacción alguna, en el año setenta y ocho de mi vida, hallándome en perfectas condiciones físicas y mentales y animada por un abundante amor por Nuestro Señor y Su Único Hijo y toda su creación, excepción hecha necesariamente de los villanos, canallas, comunistas, réprobos, anarquistas, jugadores, inmorales, librepensadores, sufragistas, miembros diversos de la Iglesia papista y, en suma, de todas las manifestaciones del Anticristo en nuestro tiempo… declaro aquí, con fecha 23 de septiembre de 1898, que deseo repartir mis bienes, que incluyen todo el dinero, las propiedades e inversiones, de esta guisa: a mi sobrina Prudence Zinn y a su esposo

John Quincy Zinn les cancelo la deuda que tienen conmigo de varios miles de dólares, prestados por mí, sacados de mi patrimonio, durante un período de años; esta cancelación constituye un auténtico regalo, que no comporta obligaciones ni responsabilidades por parte de los herederos.

Basil Miller se apresuró a seguir adelante, sin atreverse a tomar aliento, y sin duda sin atreverse a mirar a su pariente Prudence Zinn; tampoco podían mirarla los demás, por la sorpresa y la humillación. ¡Pobre Prudence! No me corresponde a mí hablar de la consternación que inundó su corazón en este momento; no me corresponde a mí insinuar siquiera la mezcla de rabia, vergüenza, desconcierto, indignación, incredulidad, aturdimiento y simple ansia de violencia que se revolvía dentro de su figura erguida, mientras Basil Miller se apresuraba a proseguir, salvo para señalar que, a partir de ese instante, fue una mujer diferente.

—A mis cuatro sobrinas, Constance Philippa, Malvinia, Octavia y Samantha… —y aquí, aunque Basil no se interrumpió, se produjo un claro murmullo en toda la sala y se pudo observar que el esbelto cuerpo de Deirdre se ponía tenso… Pobre Deirdre, darse cuenta de este modo que su tía abuela adoptiva no la había considerado una sobrina, ni siquiera (así fueron sus avergonzados pensamientos) miembro legítimo de la familia— a mis cuatro amadas sobrinas dejo, para que se dividan por igual entre ellas, todas mis posesiones de naturaleza literaria y bibliográfica, por lo que me refiero a manuscritos originales de mis libros, borradores, revisiones, galeradas y otros materiales valiosos, los cuales durante décadas han sido meticulosamente archivados y puestos en un índice y conservados en una bóveda contigua a mi dormitorio para protegerlos de cualquier daño que pudieran causarles la humedad, el calor, los rayos solares, las incursiones de insectos y otros fenómenos naturales, y guardados bajo llave.

Una involuntaria inhalación, un fuerte siseo, por parte de una de las hermanas desconcertó por un momento a Basil Miller, junto con las palabras murmuradas apenas un instante después:

—¡Demonios! ¡Diablos!

Como nadie deseaba destacar el hecho, estas lamentables exclamaciones se pasaron por alto en silencio y no se repitieron. (A juzgar por la expresión de asombro de Octavia y la mirada de perplejidad de Samantha, puede que ocurriera que estas dos hermanas no comprendieran por completo el significado de las palabras que Basil Miller había leído.)

—El resto de mis bienes, el resto de mis bienes… —leyó el agitado

abogado con voz tristemente vacilante, mientras el documento que sostenía en las manos traicionaba un temblor nervioso— deseo dejarlos a… —y aquí volvió a interrumpirse para tragar saliva con torpeza— deseo dejarlos a mi hija, esa criatura inocente tan cruelmente abandonada por su madre en un paroxismo de cobardía moral e inexpresable pobreza de espíritu, abandonada, no reconocida, casi olvidada, ¡pero legítima! legítima, digo, a los ojos de Dios y de la ley. —Basil Miller hizo una pausa para apurar su copa de jerez y, como no deseaba mirar a su público, se lanzó una vez más a leer el documento que tenía en sus temblorosas manos— … y de la ley. Después de muchos años inquietos, ¡ah!, tan alegremente inmersos en el éxito material externo y la consideración de mis iguales, durante los cuales la innoble acción de mi juventud seguía royéndome el alma (aunque orgullosamente no me arrepentía de ello, ni siquiera ante mí misma), y después de algunos meses, este año pasado, de especial angustia espiritual, en el que Dios Todopoderoso a menudo se comunicó conmigo en la intimidad de mi dormitorio, me vi impulsada a reconsiderar no solo todos mis anteriores testamentos existentes, relativos a mis bienes, sino también mi vida anterior, en la que el sagrado papel de madre fue olvidado. Pero Dios Todopoderoso, en su sabiduría, misericordia, compasión e incesante diligencia, con respecto a mi alma mancillada ha creído oportuno permitirme este pequeño acto de penitencia y reparación: debo dejar el resto de mis bienes, en su totalidad, a esta hija largo tiempo despreciada, no reconocida pero legítima, la persona conocida para el mundo primero como Deirdre Bonner y, posteriormente, Deirdre Zinn.

No sé transmitir el efecto que produjo esta declaración cuando resonó en el aire, salvo que, como Basil Miller, de momento, no pudo continuar, la hermosa Sala del Roble Dorado quedó sumida en un silencio tan preternatural que se habría creído que todas las figuras humanas se habían convertido en piedra, pues no se oía ni una sola respiración.

En realidad, tras unos minutos de desconcierto, cuando se oyó una sola exclamación, «¡Deirdre!», que quebró el silencio, habría sido muy difícil decir con exactitud quién la había proferido: si había brotado de uno de los presentes en la sala o de algún insondable reino oculto, morada de los espíritus incorpóreos.

76

Sería mejor, creo, seguir el principio estético que dirige esta historia referente a la brevedad, y así saltarme la escena que se desarrolló entonces en la Sala del Roble Dorado, en la que se produjo un alarmante alboroto que implicó algunos desmayos por parte de las damas (sin excluir a la propia Deirdre, que se desplomó hacia adelante, inconsciente, para caer al suelo pocos segundos después de que Basil Miller hubo terminado de hablar) y se oyeron muchos murmullos y exclamaciones de estupefacción, y varias expresiones irreflexivas de resentimiento, proferidas, en realidad, de forma espontánea.

En cambio, nos concentraremos en la lectura del «preciado documento secreto, vergonzoso y glorioso» de Edwina Kiddemaster (pues así lo llamaba la anciana dama en sus muchas conferencias con Basil Miller y en la intimidad de su corazón), que se realizó unos noventa minutos después de la escena anterior y en el mismo lugar; todos los protagonistas estaban presentes, salvo el reverendo Hewett y su esposa, quienes, aunque por cortesía hablaron muy poco, dieron muestras de estar tan gravemente ofendidos por las revelaciones de la «otrora estimada» Edwina Kiddemaster que se sentían obligados, por consideración al estado ministerial de míster Hewett, a abandonar de inmediato el lugar. Pero nadie más decidió marcharse, ni siquiera el mohíno Philippe Fox, quien ofrecía un semblante algo tormentoso a todo el que por casualidad lo mirara; ni el doctor Moffet, cuyo rostro había enrojecido, y al que se oyó murmurar por lo bajo, con alarmante insistencia: «… traición…, deslealtad…, curanderos…, senilidad femenina…, histeria…, inmoralidad…, poca vergüenza…». En realidad, los protagonistas demostraron un vehemente interés por lo que Basil Miller anunció como «una explicación noblemente franca que tenía que leer, siguiendo instrucciones de la fallecida, en

presencia de todos los implicados», y es un alivio para mí informar que, llamado por su esposa, el propio John Quincy Zinn se dignó volver a aparecer, con el semblante pálido y ahora más visiblemente trémulo, pero digno no obstante y negándose a dar rienda suelta a aquellas expresiones de emoción, de diversas clases, a las que la mayoría de los demás se entregaron, mientras miss Deirdre Zinn permanecía aislada, ahora más claramente excluida que antes.

He aquí «La confesión de una pobre pecadora»:

> ¿Qué es esta melodía, infame en su belleza misma y tentadora, en el transcurso de treinta y ocho años? ¿Qué es esa odiosa canción que cada noche asalta mis oídos y no me deja descansar? ¡Ah, oírla una y otra vez; emocionarme con ella y hundirme en mi cama en muda desesperación; oírla y sufrirla mientras, mostrando una calma majestuosa, transcurren los años!
>
> Que mi corazón, tanto tiempo endurecido en otros aspectos, pudiera, no obstante, ser aguijoneado hasta sentir un secreto frenesí por esta simple melodía —¡la más evocadora de las canciones inmortales, del compositor alemán de genio incomparable Franz Schubert!—, ah, qué tristeza, qué grave ironía, y sin embargo me veo obligada a decir: qué justicia; porque, aunque muy confusa en la época, no estaba exenta de culpa, y tomo la pluma, en esta medianoche azotada por el viento, para confesar, confesar al mundo, como Dios Todopoderoso gentilmente me indicó, la gravedad y miseria de mis pecados, con la esperanza de que, habiéndome prometido Dios el perdón y la restitución a su seno en ese otro reino que no conocemos, el mundo pueda apiadarse de mí y perdonarme, y la hija que perdí hace tanto tiempo pueda comprender los motivos de mi pecado, aunque apenas espero perdón después de mi delito y mucho menos amor filial.
>
> *Adieu!*, sí. Mas ¿no fue también un saludo, aquella trascendental velada en la gran casa de los Buff, de Mount Buff, Annandale-on-Hudson, menos de seis meses después del asalto de los rebeldes a Fort Sumter?
>
> Pues allí, en el salón más grande de mistress Buff, mientras tenía lugar un alegre baile en un ala próxima de la casa, oí por primera vez la sonora voz de barítono de Elisha y me emocioné con sus proezas masculinas, inconsciente, en mi virginal sencillez (aunque de edad avanzada, como juzgaría el tosco mundo, pues tenía cuarenta y un años y estaba muy

acostumbrada a la sociedad sofisticada, así como a los aduladores de todo matiz, por el hecho de llevar sangre Kiddemaster en mis venas y por mi fama como autora), inconsciente, digo, en mi inocencia e ignorancia, que me habían llevado a creerme inmune a los cazafortunas masculinos y a las tumultuosas contingencias de mi propio corazón.

¡Qué cruel e insufrible que siguiera tanto dolor, y semejante locura, a una visita casual a los Buff, a su elegante residencia ancestral! (mistress Amanda Buff era una antigua amiga, de los irreflexivos años de juventud en el Seminario de Filadelfia para Jóvenes Damas, unos años atrás); mejor dicho, de una visita casual a aquel salón, decorado con tanto gusto por la mano experta de Amanda Buff con muebles tallados de estilo rococó, de agradable elegancia y lujosos cortinajes de terciopelo de ese tono que más tarde sería conocido como azul Sebastopol y una repisa de chimenea de mármol tallado, sacada de un palacio turco pagano, heredada de la familia de Amanda. Pues allí, en aquel elegante lugar apartado de los alegres pero exagerados sonidos festivos que resonaban en el salón de baile, mi destino era oír sin querer al capitán Elisha Burlingame de las Fuerzas de la Unión (a la sazón de permiso, para visitar a su madre enferma, en Albany), que cantaba con entusiasmo, aunque con un toque de sensibilidad consciente, la melodía de Schubert, mientras una de las hermanas mayores de Amanda lo acompañaba al piano.

Ay, oír… y sentir mi corazón traspasado, y saber casi de antemano el dolor que seguiría…

Pues allí estaba el apuesto capitán Burlingame, que medía más de metro ochenta, con su fornido torso viril y su fuerte cuello, que le habían hecho ganarse el cariñoso apelativo de sus hombres de El Toro, por su aspecto vigoroso y su conducta valiente bajo el fuego. El capitán Burlingame tenía entonces treinta y pocos años, aunque, con fines de galanteo, a la alocada Edwina Kiddemaster le dijo que era algo mayor, pues no deseaba parecer una opción inadecuada como esposo. Lucía un uniforme de la Unión que había sido modificado, con permiso especial, de modo que reflejaba una figura más llamativa, con una elegante corbata de color carmesí y mangas más completas; y su cabello —¡ah, el Diablo mismo no podría haber conspirado para crear tona imagen más atractiva de la masculinidad y el encanto angelical!—, el cabello le caía en rizos y tirabuzones castañorrojizos hasta sus musculosos hombros. ¿Hubo jamás un

guerrero, sin excluir siquiera al General Niño, George Armstrong Custer, que ofreciera una figura más atractiva en el violento campo de batalla o en los bastiones de la sociedad?

No sé si mi cuerpo se estremece, incluso ahora, de repulsión al recordar la canción, o (¡que Dios me perdone!) de innoble y desventurado sentimiento, pero esta fue la estrofa seductora, de los numerosos versos de la canción, que más me emocionó:

Adieu! *Es el último saludo del amor,*
¡la hora de partir ha llegado!
Mas ¿me atreveré a llorar cuando el cielo
que tu alma sea libre ha ordenado?
Una nueva vida has recibido
para toda la eternidad.

Adieu! Adieu! Adieu! al respeto por mí misma y al discurso racional y a todas las pretensiones de cordura, por no hablar del carácter moral de una dama.

Así se produjo el lamentable encuentro, y la solterona Edwina Kiddemaster, aunque al borde de aquella edad en la que el romance y sobre todo la maternidad se consideran en general peligrosos, cayó presa de no sé qué. Una melodía conmovedora e inolvidable, o un hábil canalla de tanto encanto, tino y práctica que cualquier auténtico actor se habría muerto de envidia….

Es cierto, es demasiado cierto que Amanda Buff y algunos de sus preocupados parientes intentaron advertirme y disuadirme, y en realidad al principio dudé de la seriedad del capitán (consciente de que, a mi edad y con mi reputación, debía tener especial cuidado de no ser engañada). Sin embargo —no sé cómo, ni por qué, ni qué pasos precisos se dieron—, caí. Lo declaro abiertamente: caí con tanta tormentosa ignorancia y ridícula esperanza como la criada de más baja categoría, ruborizada de placer al oír todas las mentiras de las que el género masculino es capaz.

No quiero —en realidad, no puedo, de acuerdo con la voluntad de Dios— escatimar mis palabras sobre el asunto; oí, vi y en cuestión de días quedé cautivada, y me prometí en secreto y caí.

Caí de tan humillante manera que no tengo fuerzas para relatarlo, razonando que de ello puede salir muy poco de naturaleza fructífera, salvo como advertencia a las jóvenes damas que se encuentran entre nosotros, quienes, desafiando las advertencias de sus mayores, y considerándolo tan solo una

escapada sin importancia, se alejan de una carabina. Pues eso hice yo: cediendo a los halagos del capitán Burlingame para que lo acompañara a solas, en faetón, a las carreras de Saratoga Springs, a cierta distancia al norte… y en el curso de este descabellado viaje, encerrados en el bello vehículo de color amarillo canario, el impetuoso oficial de la Unión cogió mi mano indefensa en la suya, de gran tamaño, se la llevó violentamente a los labios y depositó en ella un beso con tanta vehemencia que… (Ay, no puedo continuar, salvo para señalar, con tanta franqueza como permite el decoro, que, en aquel instante, en que me quedé paralizada, caí, y jamás volví a ser virgen.)

Y este incalificable episodio le sucedió rápidamente un compromiso secreto (pues yo conocía muy bien la ira de mi hermano Godfrey si se enteraba) y, la víspera de la partida de Elisha hacia la guerra, una vergonzosa boda secreta.

Todo esto —es un gran alivio confesarlo— aunque solo fue presenciado por dos camaradas de Elisha, no obstante fue hecho de acuerdo con la ley de la tierra, y debidamente registrado en los libros del juzgado de paz de Saratoga Springs, un sombrío día de otoño de 1861. No plantearé la cuestión de Nuestro Salvador de quién, entre nosotros, está libre de pecado para «arrojar la primera piedra», pues estoy por encima de estas estrategias para intentar mitigar mi culpabilidad. Sin embargo, no puedo resistirme a preguntar quién, entre nosotros, tiene el corazón tan endurecido como para ser inmune al romance en sus numerosas máscaras y disfraces.

Así pues, fui a residir con mi esposo a una especie de «casita de luna de miel», tras haber dado la falsa información —mentira que ruego que Dios me perdone— de que había partido hacia las islas británicas para vivir durante algún tiempo en soledad, con el fin de escribir.

Ay, poco después, la necia novia no tuvo más remedio que desengañarse de sus ilusorias ideas, pues su atractivo capitán demostró tener poca paciencia para el decoro femenino, y terquedad, y tuvo el atrevimiento de pedir —no, de exigir— dinero para sus insaciables vicios, a los que se entregaba libremente mientras se estaba luchando en la guerra.

Aunque esos días y meses se han vuelto confusos por las lágrimas, recuerdo los fuertes gritos de mi esposo y las palpitantes venas que se le marcaban en el fuerte cuello, cuando, con gran desprecio de mi estado, no se abstenía del maltrato corporal y de pronunciar palabras que solo al recordarlas mis

viejas orejas enrojecen y arden. Pues, aunque descendiente de una casa noble de Warwickshire, y en realidad nieto del muy amado sir Reginald Burlingame, Elisha no era ningún caballero, y no era difícil comprender por qué, a los diecisiete años, lo habían animado a abandonar su tierra natal e ir a buscar «fortuna» al Nuevo Mundo, impaciente por convertirse en ciudadano de Estados Unidos y dar rienda suelta a sus apetitos bárbaros en las filas del ejército que se ocupaban de la cuestión de los indios en los territorios de Kansas y Nebraska, y en otras partes. (Estos nativos paganos, entre ellos «cheyennes» y «sioux», provocan, sin embargo, en mi corazón cierta medida de piedad, por las grandes pérdidas que sufrieron y la persistente carnicería por parte de tan patrióticos guerreros como el capitán Burlingame.)

La guerra prosiguió y mi canalla esposo, ahora ayudante del general Sheridan, dirigió vengativas cargas de caballería contra las debilitadas filas de las unidades rebeldes en los Shenandoah, y alardeaba de no tener «piedad para malgastar» con los traidores confederados, ni siquiera con los civiles que tenían la mala fortuna de cruzarse en su camino. Cuando, de permiso de esas matanzas autorizadas, El Toro se dirigió a Washington (con vergonzosa falta de consideración hacia su esposa, en esta época aislada, con un personal muy reducido, en una pequeña aldea junto al Hudson, mientras su engañada familia creía que estaba de viaje por Europa), fue para entregarse a sus vicios con tan airado frenesí como en el fragor de la batalla. (¿Debe el vicio tener un nombre, un título específico? Beber, jugar al póquer y a las carreras, frecuentar mujeres de la clase más baja y promiscua, alborotar, bebido, con sus camaradas: estas eran las diversiones de mi esposo y futuro padre de una niña inocente.)

Que Dios Todopoderoso no me abandonó en los momentos de más profunda desesperación es evidente por el hecho de que mi parto, aunque prolongado durante quince horas de agonía y espantosamente interrumpido por la aparición del canalla en el piso bajo de la casa (en cuya sala de estar, por alguna razón desconocida, entró montado en su caballo, que resollaba y daba coces, estropeando así el antiguo entarimado: ¡la acción de un bruto borracho!), este parto, con su extremo sufrimiento, tanto del espíritu como del cuerpo, no obstante resultó en el nacimiento de una niña perfectamente formada.

Una niña que posteriormente fue abandonada por su desesperada MADRE.

Adieu!, ¡adiós a un bebé inocente y a su desbocado padre!
Elisha Burlingame, capitán de caballería nunca ascendido, salvo por unas semanas, cuando, debido a las exigencias de la guerra, le dieron la graduación honoraria de teniente coronel; después, para su vergüenza, degradado enseguida como consecuencia de las juergas y los alborotos, autoproclamado patriota de su país de adopción, que trataba tan mal a los soldados de su regimiento que ordenó que se disparara a los desertores sin ser juzgados y a los hombres heridos que, por alguna razón insondable, se habían ganado su desagrado les prohibió tratamiento médico (¡y cómo se vanagloriaba el vanidoso capitán de sus habilidades como soldado, que un día lo harían merecedor del rango de general!).
Adieu!, capitán Elisha Burlingame, con tu rostro tosco y sin embargo apuesto, ¡tus rizos castañorrojizos, tu bigote erizado! *Adieu!*, ¡esposo traidor, montado con tanta arrogancia en tu purasangre, tu sombrero gris de ala ancha ladeado en tu cabeza, tu bufanda roja agitada en la brisa, tu risa fuerte, entusiasta e inmisericorde!
«¡Fea como el pecado! ¡Toda una apuesta! ¡Vete! ¡Déjame despertar!», así atronaba el esposo borracho, sin saber apenas lo que decía, cuando regresó a casa una noche, muy tarde, procedente de un club de oficiales, con una cabellera india (curada y curtida, afirmó después) sobre la cabeza, debajo de su sombrero de capitán. «¡Déjanos despertar —gritaba el canalla con los ojos desorbitados— de esta gangrenosa pesadilla!»
Adieu, esposo; *adieu*, bebé; *adieu*… amor.
Pues, poco después de nacer la niña despreciada, el padre murió; en una pelea, dijeron, en un campamento cerca de Stafford, Virginia, donde se hallaban estacionadas la caballería y la infantería antes de la gran batalla que iba a librarse en Gettysburg, la cual el capitán Burlingame nunca vio. Una pelea por las cartas, o por los favores de una mujer adolescente que seguía al campamento, o por una malhumorada borrachera que culminó en un duelo, aunque, según todos los relatos, fue apenas más que un asalto asesino en el que dos matones muy iguales, mi esposo y un general de brigada de veintiocho años, se hirieron tan gravemente el uno al otro que ambos murieron en cuestión de horas.
«*Adieu!* Es el último saludo del amor.»
La niña, aunque no tenía culpa alguna, fue abandonada por su madre traicionada y entregada en secreta adopción a una pareja sin hijos que, según todos los que la conocían, eran temerosos de

Dios, ahorrativos e industriosos; sin embargo, tal era mi delirio y mi deseo de venganza contra Elisha, que no puedo afirmar que me preocupara mucho el destino de la niña. No, no puedo afirmar que pensara mucho en ello, salvo como una aflicción, una señal de vergüenza que tenía que erradicar con tanta diligencia como fuera posible y así liberarme para dejar atrás el escenario de mi ignominia y partir hacia Inglaterra. (No es completamente exacto decir que mi situación como esposa de Elisha Burlingame permaneciera secreta, pues, en mi extrema inquietud, tuve necesidad del consejo y el apoyo de mi hermano mayor Godfrey, quien, sorprendiéndome con su comprensión, no exenta de enojo, tras ver que la venganza contra un hombre muerto era inútil, me dio valiosos consejos para mi futuro y, aunque sin conocer los detalles, se ocupó de contratar a un abogado digno y discreto que me ayudara en los aspectos técnicos legales que mi infortunada situación había generado. Este abogado —fallecido hace mucho tiempo— efectuó cuidadosas pesquisas para encontrar el mejor hogar para mi bebé, y se ocupó de que Herman Bonner obtuviera un buen empleo en una de las fábricas más prósperas de Vaughan. Y —¡tales son las gloriosas omnipotencias de la ley!— fue este experto abogado quien se ocupó de erradicar mi condición de esposa de Elisha Burlingame, para que yo pudiera recuperar, con toda propiedad, mi nombre de soltera, como si el indeseable matrimonio jamás hubiera tenido lugar.).

¡Y eso parecía!, ¡y así me engañé durante más de treinta años!

Entretanto, me entregué a mi carrera mundana y adquirí una reputación considerable, y suficiente recompensa económica para que el esfuerzo continuado fuera algo más que una ociosa diversión. Una autora cuyas obras, según me dicen, son leídas y disfrutadas por uno de cada cuatro estadounidenses; preciosas por su instrucción en las dificultades del intercambio social, y de importancia moral, en estos tiempos turbulentos. (No sé si la etiqueta es un arte o solo una habilidad; de lo que no cabe duda es de que es difícil. Y, como no puede adquirirse mediante el instinto, hay que aprenderla.)

Así me engañaba a mí misma, y, en realidad, no era desdichada, porque disfrutaba de la compañía de los más dignos miembros de la sociedad; me complacían mis viajes y los discursos ante asambleas diversas, y las amistades literarias con personas como mistress Sigourney y mistress Ann Stephens, y el reverendo Hargreave Tupper (autor del excelente *Filosofía proverbial*), y

otras muchas estrellas de nuestro firmamento. Tanta era mi autoestima y mi satisfacción con mi trabajo, que la extraña coincidencia de que mi propia hija fuera adoptada por mi sobrina y su esposo y llevada a residir a poco más de un kilómetro de mi hogar no causó en mí más impresión, en aquel entonces, que como un fastidio sin importancia. Pues, aunque sabía que «Deirdre Bonner» era en realidad mi hija, apartada de mi lado sin haber recibido nombre, para ser bautizada por extraños, y aunque creía que la adopción por nuestra familia era un error de juicio (ay, un hecho no infrecuente en casa de los Zinn), no sentí ninguna agitación ni emoción profunda o tumultuosa. Que la adopción era un error nos parecía claro a muchos, no por la identidad de la huérfana, sino por las graves y crónicas dificultades económicas del hogar que se llamaba, con cierto engreimiento, la Casa Octogonal, aunque era conocida entre los Kiddemaster, y creo que también en el pueblo, por apelativos menos lisonjeros como «La perrera», «La casa de los excéntricos» y «La locura de los Zinn». (Mi astuto hermano Godfrey, aunque raras veces carecía de generosidad, a menudo señalaba que hacer préstamos a su yerno no era sino «tirar un buen dinero a una ratonera; la ratonera y las ratas que hay dentro poseen un apetito perpetuo», refiriéndose esta acre broma, para los que no están familiarizados con el heroico trabajo de muchos años de nuestro inventor de Bloodsmoor, a su búsqueda de la quimérica máquina del movimiento perpetuo.)

Ahora me resulta asombroso que no percibiera la mano de Dios Todopoderoso en aquel otoño de 1873, cuando mi sobrina y su esposo llevaron a su casa a mi propia hija para que mofara entre ellos, con sus cuatro hijas, como Deirdre Zinn, antes una patética huérfana, arrojada a las aguas del destino por la muerte de sus padres adoptivos. ¿Estaba ciega?, ¿estaba loca?, ¿estaba tan engreída con los falsos esplendores de mi posición en la sociedad y con mi creciente fama literaria que no podía distinguir la intención de Nuestro Señor?

Mi ceguera constituye un misterio para mí, y un misterio que, quizá, no vale la pena examinar con atención, si deseo que me quede una pizca de respeto por mí misma y fe en mis poderes de raciocinio.

Sin embargo, no puedo pensar verdaderamente que estaba ciega o loca, o ni siquiera muy absorbida por la reputación pública de «miss Edwina Kiddemaster» o por la creciente riqueza, la cual, como no la necesitaba, simplemente se canalizaba hacia las

inversiones de la familia para que creciera saludablemente en tiempos de abundancia y de recesión. No, creo que no era sino deficiente en sentimientos, hueca de corazón, estéril de alma: pobre de espíritu.

Por lo cual, ruego a mi hija, en otro tiempo despreciada, que me perdone, como Dios me ha indicado recientemente que ha hecho Él.

Con esta última voluntad y testamento, yo, Edwina Kiddemaster, en otro tiempo necia esposa de Elisha Burlingame, quiero enmendar lo hecho, como ese gran caballero sir Reginald Burlingame, abuelo de Elisha y posteriormente bisabuelo de esa niña conocida como Deirdre Zinn, enmendó la villanía de su nieto, lo que Basil Miller después indicará, legando en el lecho de muerte una considerable parte de sus bienes en Inglaterra, incluida la participación en diversos negocios de Londres, Birmingham y Liverpool y una modesta cantidad de acciones en una compañía naviera del comercio con India, y el hogar de sus antepasados en Warwickshire, la mansión Burlingame, todo ello para la niña perdida, mediante una cláusula que me confiaba la fortuna a mí para que la salvaguardara. (Este caballero sin par comprendió que durante toda mi vida me afligiría sumamente la revelación de mi vergonzoso pasado, el cual seguramente habría sido desvelado por chismosos, murmuradores y periodistas rabiosos, en caso de que hubiera dejado esta fortuna directamente a mi hija.)

Debo aclarar que estos diversos legados se efectúan con pleno conocimiento del desgraciado hecho de que las penas del pasado no pueden borrarse con la presente acción, por muy generosa que sea, y que la amargura de la niña rechazada, que adivinaba en el fondo de su corazón algo de la pérdida que había sufrido, estaba, a los ojos de Dios y del hombre, completamente justificada. Y sin embargo, ruego con fervor, como creo que hizo sir Reginald Burlingame, que la pobreza de alma exhibida por mí y, quizá, otros de los Kiddemaster y los Zinn, pueda no obstante ser perdonada mediante una acción de caridad cristiana, surgida del corazón de la niña perdida.

Así, esta última voluntad y testamento y este insignificante intento literario —no destinado a la publicación, sino solo al examen privado—, «La confesión de una pobre pecadora», se ofrecen como documentos legales y sentidas plegarias al mismo tiempo, para que mi hija, Deirdre Zinn, cuya fe en el amor familiar ha sido puesta a prueba tan dolorosamente, experimente

no obstante (pues nunca es demasiado tarde) ese despertar de la emoción en el corazón humano conocido por los sabios como amor, y despreciado con demasiada ligereza por el ignorante, el temerario y el vanidoso como simple debilidad, a la cual el sexo femenino en particular es propenso.

Aunque es tarde —¡ay, las orgullosas viejas campanas de Trinity Church han dado las cuatro!— y me siento tristemente débil, no puedo despedirme de aquellos a los que tanto amo sin copiar, en este documento, un poema de singular inspiración que surgió de mi pluma una mañana hace algunos años, mientras estaba sentada para mi habitual período de trabajo de seis horas, antes de la colación de mediodía, y, para mi asombro, no sentí el más mínimo interés por el tema que me ocupaba —aunque era un problema sumamente complicado, de graves consecuencias sociales, relativo al empleo de criaturas peludas, rellenas y de imitación (entre ellas martas, visones, ardillas, pequeños conejos e incluso, en ocasiones, la más bella raza de gatos y los miembros más lindos de la familia de titís) en los sombreros, corpiños y mangas de las damas elegantes, en los años ochenta —; estaba sentada, como digo, y con gran asombro aparté el manuscrito en el que estaba trabajando, saqué una hoja limpia de papel y sentí que la pluma temblaba con la vertiginosa energía de la musa, que en tan raras ocasiones me ha sido concedida en mi vida; y, en el transcurso de una hora trascendente, escribí este poema que más tarde aparecería, bajo seudónimo, en *The Ladies' Wreath*.

LA FAMA

No me digáis que algún pensamiento mío
por mentes preclaras será celebrado,
que verdes laureles ceñirán mi frente
o que en mi tumba se agolparán los hombres
en años venideros, para meditar
cuán bajo reposa mi polvo otrora elevado.

La fama no es para la mujer: ella ha de dar
la verdadera esencia de su ser,
desnudar su corazón, arrojar todo escudo
y verter su propia vida en el cáliz
que, cual copa rebosante de vino,
sobre el vasto santuario del mundo derrama.
En letras doradas su nombre graban, apartan el cáliz vacío… ¡y esto es

fama!

Mas… pienso que si alguna vez perdurara
en este hogar que la muerte me ha dado
quien haya sido para mí con su presencia
como la música para el arpa, aunque invisibles,
los dulces, misteriosos sentimientos que mi amor
hacia el suyo atrajeron, cual flor que bebe el rocío,
otra vez la lucha del espíritu avivarían
y mi corazón de mármol a la vida volverían.
No me pidáis, pues, que por dinero y fama me afane:
conmoved mi alma con el dulce nombre del afecto.

Así concluyó Basil Miller su conmovedora lectura de «La confesión de una pobre pecadora», ese notable documento salido de la pluma de miss Edwina Kiddemaster; y no soy capaz de transmitir, en el frágil sistema de palabras, el ambiente de lacrimosa liberación que reinaba en la Sala del Roble Dorado, salvo para decir que nadie dejó de conmoverse, y hubo uno o dos cuyas vidas quedaron alteradas para siempre.

77

Antes de proseguir con mi historia y de saltar a aquella hora, unos días más tarde, en que bajo el mismo techo la magnánima Deirdre efectuó su declaración de repartir por igual entre su familia la riqueza que acababa de obtener, debería efectuar una pequeña corrección, para beneficio del lector erudito.

Se trata de un hecho secundario y, creo, no muy importante: que aquella canción conocida por miles de amantes de la música estadounidenses como «*Adieu!* Es el último saludo del amor», de Schubert, no salió de la pluma de este compositor sino de la de un tal August Heinrich von Weyrauch, del que, me temo, muy pocos han oído hablar, aunque, sin duda, teniendo en cuenta su apellido, es probable que fuera compatriota de herr Schubert.

Debo apresurarme a explicar que Edwina Kiddemaster no era la única que estaba equivocada, sino que se trataba de un error general entre los editores de música y el público entusiasta pero no instruido.

Al ser Schubert famoso y Von Weyrauch tristemente desconocido, parece un error comprensible y de poca importancia, por lo que espero que los lectores escépticos, de los que supongo hay algunos, no lo considerarán una nota irónica en medio del noble patetismo de la fallecida Edwina, pues lo que mueve nuestro corazón es el sentimiento del romance y no la exactitud precisa.

78

Fue un apacible domingo de abril, una semana después de Pascua, cuando, a la hora del té, Deirdre se levantó para efectuar su histórica declaración, sus antes pálidas mejillas ahora sonrojadas y sus ojos sombríos relucientes por un placer casi infantil; se puso en pie y alzó su encantadora cabeza y todos los que se hallaban en la sala se quedaron callados al instante, esperando sus palabras.

Sin embargo era tímida —¡ella, la nueva dueña de la mansión Kiddemaster y heredera de tan incalculable riqueza!—, de modo que, al principio, la voz le temblaba y se vio obligada a agarrar con fuerza su abanico de seda y madera de sándalo.

—Es mi deseo —dijo Deirdre—, del que algunas personas ya han sido informadas, que mi inesperada buena fortuna no sea para mí sola, pues no creo que este fuera el último deseo de mi fallecida madre —y aquí la joven dama, muy conmovida, se interrumpió, con los ojos visiblemente húmedos, y pasaron unos segundos antes de que pudiera proseguir—, mi fallecida madre, cuyas palabras y cuyo modelo tanto han inculcado en nosotros el mérito de la caridad y el amor cristianos. Que en otro tiempo, en mi ignorancia y egoísmo, haya imaginado injusticia, prejuicios, crueldad, resentimiento, desesperación y defectos menores (tacañería de espíritu, celos indebidos, simple burla) en mi hogar adoptivo y, en realidad, en el mundo en general, muestra mi propia ceguera, de la cual ahora estoy avergonzada. ¡Rencor!, ¡envidia!, ¡miradas burlonas y labios fruncidos!, repulsión por nuestro propio ser en esta tierra; todo esto no es muy halagador para mí, cuando, en el momento presente, echo la vista atrás y me doy cuenta de que mi propia pobreza de espíritu daba pie a estas fantasías, o, tal vez, me aferraba con demasiada energía a alguna pequeña provocación que, alimentando mi amargado corazón, podía ser exagerada. Debo rogaros el perdón por esta molesta imperfección en sí

misma, y rezo para que las leves sombras del pasado se olviden, con el fin de que, en la memoria, la porción mayor, que residía en el sol, pueda definirse más nítidamente.

Deirdre entonces se interrumpió un momento para recorrer la habitación con sus hermosos ojos brillantes, y se fue deteniendo en los rostros comprensivos y entusiasmados que, en casi todos los casos, se volvían hacia ella como los capullos se vuelven hacia el sol de abril; así pues, animada por estas expresiones de aliento y por cierto sentido de su legítima importancia, que iba en aumento (y, tal vez, admitiendo con modestia —no, a desgana— su propia sana belleza, hábilmente realzada por Malvinia en su aseo matinal, cuyos dedos expertos y afectuosos una vez más habían creado un peinado favorecedor: un moño francés, con rizos rígidos y tirabuzones flojos, incluso lánguidos, que mitigaban su seriedad), animada también, podemos suponer, por la creciente sensación de que su madre sin duda habría estado de acuerdo con ella, de que estaba realmente de acuerdo, como si su espíritu se hallara en aquella misma estancia, tomó aliento y habló con más firmeza, mientras una infantil sonrisa acudía a sus labios finamente dibujados:

—Es mi deseo, que el primo Basil me ha animado a considerar no solo justo, sino, lo que es más importante, práctico, asignarle a él y a sus socios la considerable responsabilidad de valorar mi herencia, para que, en cuanto sea razonablemente posible, se divida por igual entre yo misma y las seis personas más próximas a mí: mis queridos padres y mis hermanas, constituyendo el matrimonio Zinn dos personas; y que Philippe Fox, en su papel de representante de Constance Philippa, reciba esta parte, tal como la recibiría mi hermana mayor si se hallara aquí.

Aunque, como Deirdre había indicado, una o dos personas conocían de antemano la esencia de este anuncio, y aunque no se habría precisado una gran inteligencia para prever, por las diversas sonrisas e insinuaciones del primo Basil, que iba a efectuarse alguna revelación muy magnánima —no, regia—, este pequeño discurso de Deirdre fue saludado con una reacción general de tanto aturdimiento y tanta dicha que resulta imposible representarla en los fríos rigores de la prosa. Imagine en cambio, lector, una primavera en Bloodsmoor cubierta con los pálidos restos de la nieve invernal, bajo un cielo sombrío y opresivo, cargado de nubes; imagine, después, los primeros atisbos de aquellas encantadoras flores conocidas como «campanillas de invierno», abriéndose paso valientemente a través de la dura tierra; y después, de repente, ¡el sol! —¡el sol!—, una explosión de luz que dispersa las aciagas nubes, para transformar con su masculina

virilidad el mundo mismo, de punta a punta del horizonte, pero brillando con más fuerza sobre esas mismísimas campanillas de invierno que, quizá, habían albergado alguna duda en cuanto a si habían penetrado en el mundo con imprudente precipitación y tal vez estaban predestinadas a una muerte y un entierro en la nieve. Pero ahora mis propias palabras son inadecuadas y debo terminar, para oír a uno de los maestros de nuestra poesía nativa, míster Longfellow, quien, en «El lirio y la rosa», describe una escena no diferente de la que he representado, y concluye, con respecto a las flores con sus «ligeras alas»:

Y con crédulo e infantil afecto
vemos abrirse sus tiernos capullos,
símbolo de nuestra propia resurrección,
símbolo de la suprema y luminosa tierra.

Y así fue en verdad, en aquella trascendental ocasión en la historia de los Kiddemaster, cuando todos los ojos sin excepción estaban anegados en lágrimas y, por fin, la joven heredera se sintió tan conmovida que se apartó llorando, para ser estrechada entre los brazos de Octavia y amonestada con pasión:

—¡Oh, eres demasiado buena!, ¡demasiado buena! ¡No nos lo merecemos! ¡Eres demasiado generosa! ¡Se nos parte el corazón!

79

Ah, con cuánta pasión me gustaría concluir *Las hermanas Zinn* con esta nota feliz, en que la sangre Kiddemaster de nuestra heroína triunfa sobre sus inclinaciones plebeyas, tardíamente pero con tanta intensidad; de hecho, con un fraternal abrazo, más emotivo porque Deirdre y Octavia no son hermanas, sino tía y sobrina, relación que, como hemos visto, en este contexto particular es muy especial en verdad.

(No fue Octavia la única hermana que se precipitó hacia Deirdre para estrecharla en un abrazo; la temblorosa y pálida Malvinia también se acercó, como lo hizo la sonrojada Samantha, llena de dicha; y, aunque Philippe Fox se mantuvo en la periferia del círculo durante unos minutos, por fin se acercó también a Deirdre para ofrecerle un enérgico y muy cálido apretón de manos, y para darle las gracias con vehemencia en nombre de Constance Philippa «por su cristiana —no, preternatural— munificencia».)

Y, si supiera que acabando mi historia en este punto, a la hora del té del 26 de abril de 1899, heriría la sensibilidad del lector por lo súbito del fin, qué placer sería dar un salto y transcribir simplemente los acontecimientos felices que aguardan: el gran contento disfrutado por Samantha junto con su devoto Nahum y sus varios hijos, como consecuencia de la generosidad de Deirdre; la boda engalanada de flores de Malvinia y su fiel Malcolm Kennicott, a finales de septiembre, en nuestra histórica Trinity Church; el compromiso por sorpresa de Octavia y el jovial Sean McInnes, el alto y pelirrojo irlandés, de quien la familia de Octavia decía que se comportaba con tanta dignidad natural como si fuera anglosajón. (Se ganó sus corazones porque Sean adoraba de modo evidente a su joven hijastro Lucius Quincy, un niño tranquilo, esbelto y de ánimo alegre, cuyo pelo rubio poco a poco iba oscureciendo hacia un delicado castañorrojizo,

de modo que algún día, mucho antes de la adolescencia, el hijastro poseería, por casualidad, algunos de los atributos de un hijo.)

Tampoco quiero dejar de delinear algunos de los notables cambios experimentados por mistress Zinn, el más atrevido de los cuales sea, quizá, que, en su función de patrocinadora y ayudante de mistress Abba Goold Woolson en el Movimiento para la Reforma del Vestido de las Damas, ¡utilizara su nombre de soltera!, como si no fuera más que Prudence Kiddemaster, después de tantas fructíferas décadas, y no la esposa de John Quincy Zinn. Sin embargo su terquedad y obstinación era tanta que, a pesar de su posición, insistió en ser conocida como miss Kiddemaster, ¡o incluso Prudence! (Para su vergüenza, Prudence iba a ser una de las setenta y cinco reformistas del vestido y sufragistas arrestadas en Boston Common por marchar, formar piquetes y manifestarse de forma ilícita en apoyo de la inútil «candidatura como presidente de Estados Unidos» de una de sus miembros, campaña emprendida a pesar del hecho de que el sexo femenino no tenía el privilegio del voto. ¿Ha habido jamás una ocupación más necia y más vanagloriosa? Prudence tenía setenta y seis años cuando la arrestaron, en noviembre de 1899, y sin embargo, cuando el magistrado que la interrogaba intentó reducir los cargos que había contra ella, para que pudiera regresar a su casa sana y salva, con su esposo, sus hijos y sus nietos, protestó ruidosamente diciendo que su «hogar» estaba con sus camaradas del movimiento, y que si aquello significaba la cárcel, bueno, pues entonces iría a la cárcel. «Estamos preparadas —declaró Prudence— para todo lo que usted pueda imponernos.»)

Tampoco me resultaría demasiado desagradable, aunque sin duda sería una empresa triste, proporcionar al lector cierta idea de la mezcla de amargura, triunfo, frustración, preocupación, confusión, gratificación y desconcierto que tuvo que soportar John Quincy Zinn; en parte debido a la deserción de su amada esposa, pero más como consecuencia de su cada vez más profunda obsesión con su trabajo. (Pues al pobre hombre le producía muy poco placer la generosidad de su hija adoptiva, sintiendo, quizá, que no había recibido más que lo que era debido, y parecía saber por instinto que no le quedaba más que un breve tiempo para vivir… y para perfeccionar, para futuras generaciones de estadounidenses, el esquivo principio de la máquina del movimiento perpetuo.)

Supongo que tampoco me disgustaría dedicarme al apuro de la joven heredera Deirdre Zinn, pues al cabo de varias semanas, cuando se hubo calmado un poco la excitación del legado, no pudo ser ciega a la gran paradoja de su existencia: qué pretendiente aceptar. (Que otros

solteros empezaban a presentarse, sin excluir a algunos primos Kiddemaster ¡e incluso el propio Basil Miller!, no nos interesa aquí, ya que no interesaba a nuestra heroína. En realidad, Deirdre miraba a estos caballeros con irónica diversión, preguntándose si la buscaban a ella como esposa o a la hija de su madre.)

—Confieso que tu nueva riqueza y tu nueva posición en la sociedad me intimidan —dijo el doctor Stoughton, con una franca mirada a Deirdre—; sin embargo, me siento obligado a decir que no más que tu belleza y gracia personal de siempre.

Esto dijo el doctor Lionel Stoughton, y ahora oigamos lo que dijo el moreno Hassan Agha en su petición:

—En estas circunstancias tuyas extraordinariamente alteradas, mi querida Deirdre, precisarás más que nunca un marido —declaró míster Agha con insistente voz baja, relucientes los ojos—. Un marido, además, que no sea tan pusilánime como para estar demasiado enamorado de su mujer, y para quien tampoco pesen tanto el rango y los privilegios de la vieja sociedad como para adueñarse de tu fortuna y de ti. Hagamos, pues, un trato enseguida: ¿quieres ser mi esposa, mi testaruda Lolo?

¿Ha existido jamás criatura más osada, más vana, más impetuosa?

Poseedor del extraño sigilo de la cobra india y los relucientes ojos del tigre, y dientes pequeños y regulares, blancos como el marfil, que exhibía en una sonrisa sensual; tez de asombrosa tersura, aunque oscura y de tono oliváceo, y a menudo teñida de una fina capa de humedad o aceite; ojos negros como el dátil con espesas pestañas e insolentes en su atrevida intimidad: este es el pretendiente que Deirdre no podía decidirse a rechazar, aunque, estoy segura, su corazón estaba con el cristiano doctor Stoughton. Puede que, de vez en cuando en la oscura sangre de míster Agha renaciera algo del linaje de su madre, puede incluso que en los rasgos de su rostro hubiera algún contorno apenas perceptible de un antepasado anglosajón que atrajera a Deirdre contra sus deseos.

En una ocasión en que no había ningún sirviente cerca, Hassan Agha tuvo el atrevimiento de coger la mano de Deirdre, y se la habría llevado a sus ardientes labios de no haberla apartado ella enseguida y haberse puesto en pie, la respiración agitada con visible disgusto.

—¡Debes marcharte! —ordenó con firmeza la alterada joven dama —. ¡No puedo dejar que me insulten así!

Como una serpiente que se desenroscara, Hassan Agha se levantó con gesto lánguido y se irguió en toda su altura para hacer una reverencia, que Deirdre no supo si era burlona o no, y murmuró:

—No te insultan, mi querida Deirdre, a menos que ser amada y

deseada sea un insulto.

Me siento obligada a decir que estas toscas palabras fueron pronunciadas con toda la elegancia y fría dignidad de las que el hijo de un príncipe pagano a veces era capaz.

Supongo que ni el lector ni la autora se irritarían si estas breves estampas, que en realidad constituyen una mirada al futuro que siguió a aquel histórico domingo de abril, se desarrollaran más plenamente; sin embargo, mi deber es otro y no puedo, en conciencia, seguir retrasándolo.

El hecho de que yo, la narradora, no tenga la culpa de la sordidez de esta empresa particular y de que el lector sofisticado lo comprenda alivia muy poco, lo confieso, mi sensación de repulsión y de culpabilidad. Tampoco me alivia el hecho de que, al tratar de explicar la manera tramposa con que la mayor de las hijas Zinn, Constance Philippe se convirtió, o fue convertida, en la proscrita Philippe Fox, confíese con franqueza —no, con orgullo— mi ignorancia de todos los detalles y mi deseo de continuar así. Porque ¿no está obligado el artista, como he aducido antes, a servir a las más elevadas verdades morales en su arte? ¿No está obligado a mejorar el mundo y no simplemente a transcribirlo?

¡Duras verdades! ¡Misión dificilísima! No obstante, siguiendo el meritorio ejemplo de Nuestro Salvador, ¿habitamos este valle de lágrimas simplemente por casualidad, o con un propósito decidido?

Así, me hallo sumamente agitada desde hace muchas horas; en realidad, cuando mis pensamientos se dirigen hacia este tema casi me siento tentada de abandonar mi crónica, aun cuando se acerca a su fin, después de tantos cientos de páginas escritas meticulosamente y de tanta «serena dulzura alternando con las bromas de la tempestad», para citar a mistress Martyn. Por una parte, he decidido dejar constancia de la verdad y nada más que la verdad; por otra, me asusta dar la impresión de que ofrezco al lector de sensibilidad refinada un documento obsceno. (Y, asimismo, me produce pesar la clara posibilidad de que entre mis lectores haya personas del género masculino que, careciendo de un carácter de pureza intrínseca, puedan, mediante un laborioso esfuerzo y mucho ejercicio indebido de la peor clase de imaginación, buscar en estas desventuradas páginas una gratificación salaz.)

Pero no puedo seguir aplazándolo, sino que debo publicar mi inexpresable verdad, la cual nadie entre los Zinn y los Kiddemaster supo jamás (pues Dios decidió ahorrárselo), y nadie en este relato,

salvo mistress Delphine Ormond (cuyos sentimientos sobre el tema permanecerán desconocidos), iba a adivinar jamás: que el misterioso Philippe Fox no era, como todos creían en secreto, la femenina Constance Philippa disfrazada, sino, de forma incontrovertible, un hombre.

No negaré que en otro tiempo había sido la Constance Philippa que hemos conocido, y que, como tal, era por tanto mujer, pues durante las dos primeras décadas y media de su vida en verdad fue mujer. Sin embargo, esto no contradice el hecho de que, a partir de 1887 aproximadamente, y sin duda durante el período que nos ocupa, Philippe Fox era un hombre en todos los aspectos; es decir, por mucho más feliz que hubiera sido antes su vida en nuestro amado Bloodsmoor, en 1899 era un varón, es decir, una criatura, en nuestra especie, del sexo masculino.

80

Nuestra escena pasa de pronto a un escenario a poca distancia de la regia mansión Kiddemaster, uno que no hemos visitado antes, la mansión ancestral de los Ormond, Mount Espérance, más pequeña que aquella aunque elegante, y aquella noche infernal, a finales de octubre, cuando, contra todas las limitaciones de la decencia común, se produjo una huida adúltera: el rapto de la ex Delphine Martineau por parte de nuestro canalla Philippe Fox.

Es muy posible que el lector reaccione con incredulidad e indignación; sin embargo, así fue, y no puedo sino pensar, por mucho que ello aflija mi corazón, que miss Deirdre Zinn causó un daño irreparable, aunque sin intención, al destinar a la criatura Fox una séptima parte de la enorme fortuna de Edwina Kiddemaster. (¿Cuánto sería, estimado lector, un séptimo de esa herencia, aun calculando la lamentable acción de los impuestos sobre sucesiones? Como el cálculo exacto del valor de los bienes iba a suponer unos cinco años de arduo trabajo por parte de Basil Miller y un grupo de ayudantes, reducido pero entusiásticamente abnegados, pues existían innumerables complicaciones, sin excluir la maliciosa impugnación del testamento de sir Reginald Burlingame por parte de algunos de sus rencorosos vástagos ingleses, y como la liquidación final —¡ah, después de tanto trabajo!— queda fuera de lo que he decidido que sea el alcance de esta historia, es decir, en el siglo XX, creo que me limitaré a dejar constancia de la especulación que, en 1899, era común entre los habitantes de Bloodsmoor, Filadelfia y el Este en general, sobre el valor final de los bienes: unos dieciocho mil millones de dólares, según aventuró pensativo Basil Miller, aunque en la moneda inflada de la época, lo que supondría más de dos mil millones y medio de dólares para cada uno. Y, aunque esta enorme suma no era en modo alguno accesible en el momento presente para la criatura Fox, pudo

pedir prestadas a fuentes de Filadelfia las sumas que calculaba podrían ser necesarias para su plan inmoral; en realidad, era casi escandaloso el modo en que caballeros de diverso rango y posición y, cabría pensar, de principios, se atropellaban unos a otros con desvergonzada impaciencia para prestar dinero a Philippe Fox.)

Situada nuestra escena, con suma mala gana, en el sombrío Mount Espérance, tan cerca de la mansión Kiddemaster que, aquella ventosa noche de octubre, el depravado «amante» de mistress Ormond pudo oír de hecho las campanas de Trinity Church al dar la hora, supongo que no queda más remedio que proseguir y explicar, con tan pocos detalles gráficos como sea posible, el modo en que los ilícitos amantes fraguaron su plan con repugnante sigilo, para esquivar los numerosos obstáculos que míster Ormond había inventado para mantener cautiva a su esposa; y cómo Fox irrumpió osadamente en el reducto mismo del santo matrimonio de míster Ormond, su hogar ancestral; y cómo, empuñando una pistola de grandes dimensiones, liberó a mistress Ormond de su encierro en su «habitación de enferma» en la torre y, ante la atónita mirada de su esposo, se la llevó bajo la tormenta en un carruaje alquilado para ese fin.

Mount Espérance, erigida hacia la misma época que la mansión Kiddemaster, aunque en una parte menos pintoresca del valle de Bloodsmoor, le debía mucho al estilo arquitectónico neogriego, que entonces estaba de moda, pero poseía un aire siniestro e incluso fantástico como consecuencia de la preocupación del viejo general Ormond por los castillos renanos de los siglos XV y XVI. A la sólida estructura neogriega, cuadrada y, en mi opinión, incomparablemente armoniosa, el general había hecho añadir más de media docena de torreones, en piedra cortada a mano, así como muros ornamentales, baluartes y bastiones.

En uno de los torreones más grandes, en la esquina nororiental de la tasa, mistress Ormond, ahora una mujer madura a finales de la treintena y madre de dos hijos (una niña angelical de diecisiete años, muy bonita y menuda para su edad, y un muchacho de quince, de mente un poco torpe aunque fornido), estaba cómodamente instalada, por orden de míster Ormond. Porque se daba el caso, y era evidente que había sido así durante más de seis años, de que, propensa como era a alternar períodos de melancolía e histeria, y a hacer frenéticas acusaciones de índoles diversas contra su esposo, con suma prudencia mantenían a mistress Ormond en una habitación de inválida para que la desdichada mujer no pudiera causarse daño ni, escandalizando a los miembros de la casa, contaminar a otros, a los que, antes de su convalecencia forzada, había tratado de poner de su lado. (No es mi

intención enumerar las acusaciones que mistress Ormond había hecho contra su esposo legalmente casado —relacionadas con sus hábitos de juego, consumo de alcohol y relaciones con mujeres de cierta clase—, en un capítulo en el que, me temo, habrá demasiada deferencia hacia el vicio. Es indudable que en las afirmaciones de mistress Ormond debía de haber algún germen de verdad; sin embargo, muchos caballeros amigos de míster Ormond y socios en sus negocios declaraban que la histérica mujer exageraba, inclinación, lamento decir, frecuente en nuestro sexo. En cualquier caso, dada la santidad de los votos matrimoniales, y la promesa hecha por la novia, de amar, honrar y obedecer a su esposo, así como las leyes de la comunidad de Pensilvania referentes a la propiedad y a los derechos de la mujer casada y de la mujer en general, no puedo ver sino como un acto de penoso error, por parte de mistress Ormond, el protestar tan ruidosamente contra los vicios reales o imaginados de su esposo.)

Así, la otrora vivaz Delphine Martineau, ahora la inválida mistress Ormond, seguía, por orden de su médico, el doctor Popock, un régimen de tranquilidad, reposo en la cama y medicinas de suficiente eficacia para acallar su voz y calmar su tempestuoso espíritu.

Con extraña celeridad, Philippe Fox conoció, apenas dos días después de su llegada a Bloodsmoor, el destino de Delphine Ormond; cómo hizo este descubrimiento y quién fue tan temerario como para hablar abiertamente con él no lo sé.

Se encaró atrevidamente con Octavia y la interrogó. ¿Qué sabía de Delphine Ormond? ¿Era cierto que aquella mujer estaba prisionera en Mount Espérance, encerrada bajo llave por su esposo? ¿Y por qué nadie, ni su familia ni otros, acudía en su ayuda?

A Octavia, sonrojadas las mejillas, le resultaba sumamente difícil incluso mirar a Fox a los ojos (pues, igual que las otras, imaginaba que «él» no era sino Constance Philippa disfrazada de modo grotesco), y entablar con él una acalorada discusión le era extremadamente desagradable.

—No puedo decirlo —murmuró Octavia, abanicándose con energía y agachándose para dar un beso en la frente de su hijito, Lucius Quincy, aquel niño encantador al que, a medida que pasaba el tiempo, llamaban cada vez con mayor frecuencia simplemente Quincy, pues el muchachito expresaba un firme desagrado por el nombre Lucius, por razones infantiles y, tal vez, inexplicables—. No puedo decirlo; no lo sé. Le ruego me disculpe, míster Fox.

Mas él la detuvo con brusquedad y, mirándola ferozmente con

ceño, dijo:

—Pero, mistress Rumford, ¿no siente usted compasión por esa pobre mujer? ¿No le produce horror y consternación y preocupación su situación? ¿No tiene ningún interés —y aquí el individuo de modales bruscos se interrumpió para echar a Octavia una fulminante mirada de desprecio— por intercambiar chismes?

El interrogatorio al que sometió a Malvinia resultó, por supuesto, inútil, pues Malvinia sabía menos que él de la desaparecida Delphine Martineau. Con voz especulativa Malvinia habló del casamiento de Delphine, muchos años atrás, de cómo ella, Malvinia, había pensado que hacían bastante buena pareja, para lo acostumbrado en Bloodsmoor, en lo referente a riqueza del novio, antecedentes familiares y modales sociales.

—Que el matrimonio haya resultado trágico, como al parecer se ha enterado usted, míster Fox, quizá causa menos sorpresa aquí, en Bloodsmoor, de lo que causaría en otra parte —dijo Malvinia. Y entonces, sin alterar su expresión, añadió—: Nuestra hermana mayor, Constance Philippa, a la que usted conoce íntimamente, sin duda le ha hablado de su trágico matrimonio, el cual, creo yo, no carecía de aspectos de comedia, aunque me atrevería a decir que al insultado barón Von Mainz no le pareció muy divertido. ¿Por casualidad no ha tenido nunca el placer de conocer al barón?

La vacilación de míster Fox apenas fue perceptible, y su respuesta, aunque apresurada, fue admirable:

—No he tenido, miss Zinn, el «placer» de conocer a ningún noble europeo en toda mi vida, y esa no es exactamente la palabra que uno elegiría.

Samantha fue de poca ayuda, por supuesto; pareció quedarse muy perpleja cuando el hombre le preguntó si recordaba a miss Delphine Martineau, de la época de su infancia, y no conocía, ni le interesaba, el destino de Delphine en los años posteriores.

—¿Ha preguntado a nuestra madre, míster Fox? Es poco probable que ella le resulte útil, por mucho que sepa; pero, de todas nosotras, madre es la única en quien se puede confiar que sepa lo peor que hay que conocer de los escándalos de Bloodsmoor.

La mirada de míster Fox se ensombreció visiblemente, y su frente arrugada se frunció aún más. Habló con voz baja y entrecortada:

—De todas ustedes… esa mujer… esa dama… de todo Bloodsmoor… ¡está inaccesible para todo el mundo! En cualquier caso —añadió riendo sin alegría, mientras se daba unos toquecitos en la boca y garganta húmeda con un pañuelo—, no soy yo el que se atreva a hacerlo.

No obstante, al cabo de una semana escasa este extraño con recursos pudo descubrir muchas cosas sobre mistress Ormond sobornando a criados traidores empleados en casa de míster Ormond.

La bonita y vivaz joven dueña de la casa, amada por todo el personal, se había enterado, para su horror, de que su esposo disfrutaba de una especie de existencia secreta, o doble, en «tugurios» y «casas de mala fama» de Filadelfia y otros lugares; este espantoso descubrimiento fue hecho mientras mistress Ormond estaba encinta y la dejó tan aturdida que cayó desmayada y sufrió un aborto, y quizá habría muerto desangrada de no haber sido por las habilidades como comadrona de una de sus sirvientas.

Míster Ormond, que se enteró de lo que había descubierto su esposa, sorprendió a todo él personal con su furia. Tan lejos estuvo de arrepentirse y de pedir perdón a mistress Ormond, que entró violentamente en el dormitorio, cerró la puerta con un golpe y se encerró con llave para hablar con su esposa, a pesar del débil estado en que esta se hallaba; como es natural, nadie conoce las palabras exactas de su diálogo, ni siquiera los criados más inquisitivos.

Siguieron después muchas semanas y muchos meses turbulentos, pues, una vez recuperada, mistress Ormond no dejó el asunto, sino que a menudo volvía a él, para enfrentarse con su díscolo marido, contra todos los dictados de la prudencia. (Pues Delphine Ormond, de soltera Martineau, seguía siendo una mujer muy fogosa, en otro tiempo casi a la altura de la vivaz Malvinia en ingenio, alegría y belleza; tampoco se le había embotado su inteligencia natural debido a los numerosos embarazos, abortos, partos y dolencias femeninas de naturaleza corriente, ni por llevar más de una década como esposa de Justin Ormond.) Hizo sus acusaciones con lágrimas en los ojos, ordenó a los criados que prepararan su equipaje y el de los niños, amenazó con la «vergüenza pública» e incluso, en su temeridad, con la «intervención legal», a lo que míster Ormond naturalmente se opuso y le gritó, y le puso las manos encima, hasta que, en un episodio sumamente infortunado en el que mistress Ormond se defendió físicamente con puños y uñas, él la dejó inconsciente de un golpe y después llevó su cuerpo al dormitorio principal, gritando a los aterrorizados criados que se marcharan y se olvidaran del asunto, pues no era sino un episodio sin importancia.

Transcurrieron unos días, durante los cuales Delphine Ormond no se movió de la cama; solo permitía entrar a uno de los criados para llevarle comida. Míster Ormond llamó al doctor Popock para que le recetara medicinas apropiadas, que calmaran su histeria, y fue sumamente lamentable que la imprudente esposa aprovechara esta

oportunidad para reanudar sus acusaciones, amenazas y llanto con desprecio, de modo que el desconcertado doctor Popock se vio obligado a tratar este estado de agitación. (Y no se me ocurre que fuera una bonita visión: una esposa y madre de treinta y tantos, no una ingenua novia, despotricando contra su esposo a una tercera persona, y mostrando tanta vehemencia y conocimiento no autorizado como para que uno se preguntara por su educación.)

Con el tiempo le asignaron una habitación de enferma en el más grande de los torreones de la mansión, y la inválida fue llevada allí a la fuerza por míster Ormond, el doctor Popock y dos fornidos criados; esta estancia se consideraba ideal, desde el punto de vista de la salubridad, porque estaba bien ventilada con brisas frescas que venían del campo, y su distancia del resto de la casa también resultaba beneficiosa, como observó acertadamente míster Ormond. (Porque, a pesar de ciertos fallos, de temperamento más que de carácter, míster Ormond era un devoto padre para sus hijos, y temblaba al pensar que, como consecuencia de sus desvaríos de «loca», pudieran tener visiones distorsionadas de su madre enferma o de él mismo.)

—¿Y lleva años allí encerrada? —exclamó Philippe Fox—. ¿Durante años Delphine Martineau ha estado encerrada bajo llave y nadie ha protestado y a nadie se le ha ocurrido acudir en su ayuda? —Esto preguntó el hombre, crispado, con la voz en un tono alto poco natural.

El criado sobornado no supo qué responder, salvo ofrecer, débilmente, la explicación de que la familia Martineau, como en los últimos años había sufrido otras decepciones, incluidas graves pérdidas económicas de índole indeterminada, no había tenido energía, ni voluntad, ni interés para intervenir, y que el reverendo Hewett, que visitaba a la inválida al menos una vez cada quince días y cenaba con míster Ormond, no expresaba ninguna opinión categórica respecto a si la dueña de Mount Espérance se hallaba encerrada a la fuerza o por motivos terapéuticos.

—Por Dios, entonces… ¡por Dios que actuaré! —declaró Philippe Fox, dando un leve pero masculino puñetazo en una mesa, con tanta pasión que el criado dio un brinco, alarmado—. Actuaré… La rescataré… y tú me ayudarás… y lo haremos…, lo consumaremos…, lo juro, antes de que transcurra una semana.

(Aunque en su jactanciosa impetuosidad míster Fox estaba muy equivocado respecto al tiempo que tardaría en efectuar el rapto, se hallaba en lo cierto en otros detalles, y hay que tenerle cierto respeto por la celeridad con que urdió su plan.)

La última vez que vimos a Constance Philippa Zinn, esa joven mujer desesperada acababa de desposarse con el barón Von Mainz, aunque nunca iba a ser su esposa ni la de nadie.

Cubierta con tupidos velos, vestida con ropa de tonos oscuros tan informe y carente de elegancia que podría haber pertenecido a una mujer anciana o a una monja, Constance Philippa partió del hotel de la Paix con todo el sigilo que le fue posible, por la noche, y, por la mañana, se la pudo ver en uno de los pequeños compartimientos privados del Baltimore & Ohio, que salía de Filadelfia en dirección al Oeste.

Había comprado un billete para Cleveland, sin saber apenas qué hacía ni dónde estaba exactamente Cleveland; en aquellos momentos estaba tan alterada, y tenía tanto miedo de que el barón la persiguiera, que se comportó de una manera sumamente excéntrica, pues no deseaba ver a nadie. Supongo que es importante para nosotros recordar que, en 1880, Constance Philippa nunca había salido sola de Bloodsmoor, e incluso era raro que le permitieran dar un paseo a solas por el tranquilo bosque y praderas pertenecientes a los Kiddemaster.

Así, ¡qué temeridad delictiva, subir a un tren sin ir acompañada y lanzarse a lo desconocido!, aventura, locura, catástrofe o circunstancia afortunada. No le parecía completamente real, estar sola en un compartimiento privado, en un tren que avanzaba ruidosamente hacia el Oeste; medio fantaseaba, con el corazón animado, que cuando se volviera vería a su madre, o a su padre sonriendo bondadosamente, o a la tía abuela Edwina, inmovilizándola con una mirada severa, o a Narcissa Gilpin, o a cualquiera de sus otras carabinas.

El pecho le subía y bajaba con un tumulto de emociones contradictorias: una satisfecha alegría por haber escapado del barón, al que detestaba; un terror paralizante por la naturaleza irreparable de su acto; un infantil vértigo y aturdimiento ante la perspectiva de la libertad.

—¡Libertad! —Así daban forma sus labios entumecidos a la palabra que le era ajena, que no habría podido sonar más extraña a sus oídos si hubiera sido una expresión en ruso o en turco—. ¿Esto es la libertad? —murmuraba, asustada y regocijada, a medida que los desordenados suburbios de la ciudad quedaban atrás, cada vez más lejos, y el traqueteante tren, cobrando velocidad, penetraba por fin en la ondulada campiña, un paisaje idílico muy parecido a Bloodsmoor y aun así muy diferente: en movimiento, cambiante, fugaz ante sus ojos, que miraban con fijeza. Esto, al fin, era la libertad: las bucólicas colinas boscosas, las cañadas de sombra profunda, el sol brillando con esplendor en el cielo oriental, el ruido del tren, y sin embargo el

privilegio de la intimidad que ofrecía el compartimiento, el maravilloso anonimato de la velocidad, ¡la superación de Constance Philippa Zinn!

—Jamás regresaré —dijo la joven intrépida, apartándose el velo y retirando los alfileres de su pesado sombrero, para arrojarlo al asiento de al lado—. Jamás volveré a ser esa persona.

Entonces sacó de una de sus varias bolsas un bonito estuche miniatura de piel de cabritillo, adornado con un borde de terciopelo de color púrpura y varias diminutas rosas doradas repartidas alrededor de la inscripción «El palacio de cristal»; este estuche era del taller del célebre Mathew B. Brady, y regalo de cumpleaños de una de sus hermanas, menos de un año atrás. En su interior, a la derecha, Constance Philippa había insertado un retrato del ayudante del jefe de policía Wild Bill Hickok, sacada de un periódico (esta fotografía mostraba al famoso sinvergüenza cuando tenía treinta y tantos, con el cabello partido en el centro de su ancha cabeza de matón y cayéndole hasta los hombros; lo más asombroso de su aspecto, aparte de la expresión de adusta determinación de Hickok y su postura de viril autoridad, eran las armas que llevaba visiblemente en su cinturón: dos pistolas de mango blanco y un cuchillo desenvainado, de aquella perversa variedad conocida como «de caza»); a la izquierda había insertado un daguerrotipo algo desdibujado de míster Zinn, sentado en una postura rígida aunque noble, sobre un fondo de cortinas de terciopelo oscuro. Su postura no era menos masculina que la del rufián Hickok, pero su rostro de huesos fuertes irradiaba inteligencia, bondad e ingenio mental, y su mirada reflejaba amor paternal. Sin embargo, la insensibilidad de Constance Philippa era tanta que, tras vacilar solo un instante, sacó el retrato de míster Zinn del estuche y lo escondió debajo del sombrero que se había quitado.

—No lo haré, jamás —susurró—. ¡Jamás mientras viva!

De repente, con vertiginosa claridad, recordó escenas mezcladas del día anterior: el semblante compuesto y satisfecho de mistress Zinn, bajo un sombrero adornado con flores confeccionado especialmente para la ocasión: la boda de su hija mayor; el rostro algo distraído, pero sonriente y maravillosamente apuesto, de míster Zinn; el reverendo Hewett vestido de clérigo, entonando con solemnidad las palabras del sagrado rito; el velo de encaje de Bruselas y la ramita de oloroso azahar en la solapa del novio; las innumerables rosas… ¡ah, qué encantadoras!, repartidas con alegre generosidad en el comedor de la mansión Kiddemaster. Y el pan escarchado de novia, y la alegre canción del primo Basil, y el ramo que le ofreció Malvinia, de marchitas rosas y feas flores silvestres blancas:

—Para ti, mi querida Constance Philippa, para celebrar que has sido la primera de las famosas hijas Zinn en entregar tu nombre de soltera.

Así habló la alegre Malvinia, quizá algo crispada, a la que Constance Philippa le habría gustado dar una bofetada; pero, en su nueva condición de baronesa Von Mainz, no podía sino aceptar la cruel broma como si no fuera más que un comentario divertido, y quedarse callada ante su plato en la mesa.

Ahora estas imágenes inundaron su cansado cerebro y murmuró en voz alta:

—¡Jamás mientras viva! —y su corazón palpitante respondió tan tumultuosamente que, durante unos minutos, tuvo miedo de asfixiarse o desmayarse y, aunque se hallaba en un vehículo público en movimiento, sintió la necesidad de tironear del apretado corpiño, de la camisa de seda y, desesperada, del corsé que actuaba como una armadura, para aflojarlo y evitar perder el conocimiento.

Todo esto hizo la atrevida joven mujer, mientras jadeaba, gemía y murmuraba peticiones a ese Creador al que en otros aspectos fingía despreciar, hasta que su bonito traje de viaje quedó en asombroso desorden y su blusa de *crêpe de chine* desgarrada y su camisa tirada al suelo bajo sus pies, y su corsé roto, aunque había costado a sus padres una suma considerable, pues lo habían encargado especialmente en Londres a través de madame Blanchet (numerosos encajes estaban rotos y los ojetes de metal doblados y más de una docena de ballenas curvadas espantosamente).

Me siento movida a declarar que este brusco acto fue una clara muestra de la caída en desgracia de Constance Philippa, aún más, tal vez, que su huida virginal del lecho matrimonial, pues una es excusable o, al menos, comprensible, si se juzga con el necesario respeto por la sensibilidad virginal, y el otro inexcusable, visto desde cualquier perspectiva de la humanidad cristiana y la decencia común.

Mi impresión era que Constance Philippa —o, como pronto se hizo llamar, Philippe Fox— había viajado con poca dilación a esa parte de nuestro gran país, salvaje y peligrosa, aunque pintoresca, conocida como el Sudoeste; pero tras un examen más atento vi que no era así. Tomó el Baltimore & Ohio hacia Cleveland, al Oeste, y unos meses más tarde el Chicago, Burlington & Quincy hacia Chicago (ahora disfrazada de caballero, con el pelo, largo hasta la cintura, apretadamente sujeto y escondido bajo su sombrero); y, en un período de tiempo indeterminado, más tarde, quizá un año después, el Illinois Central hacia Kansas City. Si deseáramos examinar la odisea de miss Zinn con la severa e implacable mirada del moralista, hasta que, en

algún punto indeterminado del mapa de nuestros estados, nació míster Fox, con veracidad fisiológica y como la febril fantasía de una muchacha de Bloodsmoor renegada, precisaría conocer mucho más material íntimo del que deseo; sin embargo, creo que es justo decir que, en la turbulenta e indocta Kansas City, a principios de los años ochenta, míster Fox aún no era sino miss Zinn disfrazada de forma ingeniosa.

Con qué clase de individuos optó míster Fox por mezclarse; cómo, a pesar de su delicada actitud natural, su esbelto cuerpo y su voz aguda consiguió no solo engañar a los caballeros sino a los hombres; cómo, superando descaradamente la buena educación que había recibido en su infancia y juventud, había emprendido la tarea de aprender a llevar una tienda, contabilidad, rudimentos de leyes, a montar a caballo empleando una silla de montar de hombre, a disparar, a jugar al póquer y al monte, y, en general, el ágil ejercicio de su ingenio (mientras que como Constance Philippa se había visto obligada a gastar una cantidad poco común de tiempo aprendiendo, de memoria, ciertos versos de Shakespeare, Milton y Longfellow, y las complicaciones de las labores de ganchillo y de toda clase, y cuál de las cuatro esquinas de una tarjeta de visita había que doblar, y cómo comportarse con naturalidad ante el cúmulo de copas de cristal, de vino y de champán, cuchillos, cucharas y platos de mayólica con los que una tenía que enfrentarse en una cena formal); cómo consiguió superar a Constance Philippa no puedo decirlo. Mi desconcierto es total, y únicamente puedo señalar que Constance no solo era la única hermana Zinn que habría sido capaz de semejante perversa transformación, sino el único personaje femenino de todo el valle de Bloodsmoor.

A continuación observamos a míster Fox subir al flamante coche cama de la Kansas Pacific, ataviado con un elegante traje, el cabello cortado ahora con elegancia y su voz baja sin esfuerzo, aunque poseía una modulación singularmente agradable, en fuerte contraste con el acento plebeyo que oía en todas partes; lleva varias piezas de equipaje de bello cuero y elegantes botas de piel de cabritillo, y tiene la mirada furtiva de falsa cordialidad del jugador de póquer y el descaro preciso para presentarse a extraños tanto en el comedor y en el vagón de fumadores solo para caballeros como en los sombríos corredores del coche cama.

Se apea en Wichita; muchos meses más tarde, acompañado por otro caballero, monta un poco apresurado en el Union Pacific con una sola maleta, para apearse en… ¿fue Abilene, o Newton, o Hays City, o Dodge City?, donde, como le había prometido su compañero, había

mucho dinero que ganar, no solo al póquer, sino en inversiones de diversas clases relativas al gran mercado del ganado y a las ansias de los «reyes del ganado» de litigar unos contra otros.

A solas, y de nuevo con prisas, unos meses más tarde míster Fox sube a otro coche cama de la Union Pacific, con un sombrero de ala ancha calado hasta los ojos y el aspecto ágil y discreto; viajaría unos miles de kilómetros más hasta el supuesto paraíso de San Francisco, pero, ay, su billete no puede llevarlo más lejos de Grand Junction, Colorado, y es un billete que lo obliga a viajar no en el elegante coche cama, sino en el vagón de asientos corrientes.

En el sucio Grand Junction Philippe Fox nos sorprende dejándose ver en público en mangas de camisa, como un oficinista un poco tímido del Almacén de Granos Keamy; luego nos sorprende aún más con su rápido ascenso a un puesto de dirección en ese mismo establecimiento (puesto que le permite vestir a diario un traje gris de velarte y una corbata negra larga de nudo corredizo, e incluso, en ocasiones selectas, un clavel en la solapa); luego nos sorprende aún más con un brusco cambio de fortuna y, apenas un año más tarde, es un simple «peón» en el gran rancho de los Pitzer, ataviado con las más toscas prendas.

A continuación vemos a míster Fox, o a un hombre esbelto de tez oscura que se le parece mucho, a caballo, en la alegre compañía de dos camaradas sin afeitar, de rostro fiero y, sin embargo, es de suponer, dignos de confianza, que se dirigen hacia el Oeste por terreno de monte bajo y penetran en una vasta región cedida a nosotros por México en 1848 aunque no sería admitida en la Unión hasta 1896, esa extensión ahora llamada Utah, donde, en las ciudades de mercado del ganado de Trickham y Welcome, aparece como un «abogado de buena familia de Filadelfia» y «especialista en la ley del ferrocarril».

Después de Utah fue al sur y al oeste, a Las Vegas, una floreciente ciudad de ganado; y a Kingman, Arizona, y al famoso rancho South Spring, de Roswell, Nuevo México (un reino que se extendía de horizonte a horizonte, propiedad del gran John Chisum, a la sazón a finales de la cincuentena y envejeciendo rápidamente). Míster Fox es alternadamente periodista independiente, que escribe para el *Herald* de Las Vegas y el *Chronicle* de San Francisco, jugador itinerante, de póquer y monte, y apostador a los caballos; de nuevo, tendero, contable, abogado especializado en «la ley del mercado del ganado». Para míster Chisum, un millonario de mente muy perturbada como consecuencia de cuantiosas pérdidas en la guerra del condado de Lincoln, míster Fox es un consuelo valiosísimo que le presta servicios como consejero legal, secretario y confidente, y asegura al ranchero

que la posteridad analizará las pruebas para determinar que su bando poseía todo el derecho moral, y que la cruel epopeya de McSween, Murphy, Tunstall, Pat Garrett, Billy el Niño, y el propio John Chisum algún día será comprendida perfectamente, y los personajes justamente condenados o absueltos por la historia.

De los numerosos participantes en la sangrienta disputa, conocida localmente como la «guerra del condado de Lincoln», solo vivían aún Pat Garrett, el hombre de leyes, y míster Chisum, pues el pintoresco Billy el Niño había muerto abatido por varios disparos en el cercano Fort Sumner, unos años antes, a una edad muy temprana.

—Es una pena, míster Fox —observó con solemnidad el viejo John Chisum— que haya llegado demasiado tarde en nuestra historia para conocer a mi chico, porque estoy seguro de que los dos habrían congeniado. A Billy lo llamo mi chico, aunque por supuesto no era hijo mío, salvo en temperamento. ¡Ay, qué pena que haya venido usted demasiado tarde!

El discreto «hombre de leyes» no se sumó a esta sentida exclamación, y se limitó a proferir un vago murmullo de asentimiento, aunque no creo que me exceda en mis atribuciones como autora si señalo que Fox no había perdido por completo todo vestigio de buena educación como para haber deseado, ni siquiera en su imaginación, congeniar con personajes como Billy el Niño.

Algún tiempo después, tras la muerte de Chisum, Philippe Fox aparece un día en Silver City montado en una yegua castaña; lo contratan como maestro de escuela, hasta que incendian la escuela, que queda destruida. Contratado por míster Plummer, del rancho Bosque Grande, a varios miles de kilómetros al sur, vuelve a ser consejero legal y confidente y algo así como guardaespaldas (su habilidad con el revólver de seis tiros y el rifle ha mejorado considerablemente). Se producen desacuerdos; o el rancho Bosque Grande va a la quiebra, como consecuencia de la caída de los precios de la carne de buey, o Philippe Fox obedece con demasiado fervor la voluntad del irascible míster Plummer, y hay lamentables víctimas entre los enemigos del ranchero, y, mientras un *sheriff* y varios agentes se disponen a arrestar a míster Fox, este huye de noche cruzando el árido monte bajo y desaparece; las huellas de los cascos de su caballo son visibles en el polvo durante varios kilómetros y de pronto se interrumpen, como si se hubiera esfumado «en el aire», dicen sus perseguidores.

Sin embargo, poco después, en el confortable salón de fumadores de un coche cama de la Union Pacific, camino de Tucson, Philippe

Fox, entusiasta, de piel suave y visiblemente «de buena educación», entabla feliz relación con Reb Kingston, jefe policía del sudeste de Arizona, y su amigo íntimo el senador Hank Willis; aun en esa fecha tan tardía (1888, 1889) míster Willis disfrutaba de una reputación relativamente buena, a pesar de su floreciente riqueza y los métodos cuestionables que empleaba en su trato con enemigos políticos, indios papago e infortunados granjeros que ocupaban ilegalmente su tierra de pastoreo.

Así transcurrieron los años, y Philippe Fox recorrió cientos y miles de kilómetros; y si alguna vez permitía que su mente inquieta vagara hacia el Este, hacia Bloodsmoor, solo era porque su imaginación se veía avivada por un relato, rico en detalles, dela primera ejecución efectuada con éxito mediante el notable nuevo invento de la silla eléctrica («invento del genio de Pensilvania John Quincy Zinn»); o por un ejemplar muy ajado de *El hogar cristiano* de miss Edwina Kiddemaster, hallado entre los escombros de una choza erigida imprudentemente en la vasta propiedad de míster Willis o en las amplias tierras de pastoreo, las «tierras libres», contiguas a esa propiedad; o por el alegre espectáculo de unos niños que chillan mientras juegan al escondite… que le evocan a cuatro niñas pequeñas jugando juntas, o cinco niñas. O a veces seis, cuando Delphine Martineau, de pelo rizado y ojos brillantes, iba a la Casa Octogonal para pasar la tarde y jugar. ¡Y qué diablillo era Delphine en los juegos de mesa! Ni siquiera la ingeniosa Malvinia podía seguirle el paso, salvo haciendo trampas; y la pobre Constance Philippa perdía siempre, los dedos de pronto se le entumecían y eran torpes y el rostro le ardía de mortificación.

—Cuatro corazones en uno contemplo —tarareaba míster Fox para sí, mientras montaba su caballo castrado, recientemente adquirido, por la calle principal de Tombstone—, uno en el otro encerrado —murmuró en voz alta, sin saber apenas lo que cantaba o por qué, o por qué su corazón encogido de pronto le dio un vuelco con repentino dolor—. En esta noche los recorto / y al deleite de mi alma los envío. Te elijo a ti, D., como mi Valentín, / entre todo el resto te elijo / pues nadie me gusta más que tú.

Y al valle de San Pedro, y a la Rock Bluff Mining & Milling Company, y una poco recomendable asociación con *China* Bowdrie, y un confuso asunto con préstamos bancarios, firmas falsas y procesos de bancarrota, y una explosión de queroseno en el hotel Wheel of Fortune, con el resultado de varios hombres muertos (incluido *China*

Bowdrie); y otra huida nocturna, esta vez a través del desierto hacia Naco, por la frontera, pero con menos éxito, pues Philippe Fox, conocido localmente como El Zorro, es detenido a unos kilómetros de Bisbee y llevado de nuevo a Tombstone para ser colgado.

Sin embargo, reaparece, poco después con un sombrero de paja con adornos rojos, chaleco de piel de coyote y botas de cuero con espuelas de plata hechas a mano: el más apuesto y el más «culto» de todos los jefes de policía de Estados Unidos, o de sus ayudantes, en el Sudoeste. Míster Fox es visto en la mansión del gobernador Willis, bailando con su hija mayor; y en el gran rancho del gobernador Willis, Casa Grande; cenando en el Club Cattleman's, de Phoenix, con Reb Kingston un hombre bondadoso aunque a menudo colérico; jugando al póquer en Mesa; en las carreras de caballos de San Luis; dirigiendo un pelotón de unos treinta «ayudantes» recién nombrados contra unos huelguistas en la Painted Rock Mining & Milling Company, que resulta que es propiedad de míster Willis.

Kingston es asesinado en un «paraíso de las apuestas», en Ajo; Willis es asesinado mientras cenaba en su lujoso vagón privado, en el Union Pacific, camino de la costa; Fox desaparece, con 40 dólares en efectivo y seis onzas de oro en polvo, su segunda mejor pistola y las ropas a la espalda. Su pánico se calma y se convierte en un frío y sordo dolor, y ese dolor en un ritmo interior, como el de la sangre que late en él: «Un zorro en una noche estrellada salió / y a la luna que lo alumbrara rogó / pues un largo camino lo aguardaba / antes de que su madriguera alcanzara».

Dama soltera de edad avanzada, me considero necesariamente ignorante de los detalles de la biología masculina; en realidad, ignoro los detalles de la biología perteneciente a mi propio sexo, y de la vida corporal en general. Así, me abstendré de comentar si las grandes alteraciones que se produjeron en el ser físico de Philippe Fox fueron consecuencia del atuendo masculino, que incluía pantalones ajustados, de la actividad masculina de diversos tipos o de la tosca compañía masculina durante un período de muchos años, o, tal vez, una amalgama de todo ello. Tampoco puedo comentar si esta obscena transformación, sufrida involuntariamente por míster Fox (es decir, la antigua Constance Philippa Zinn) aunque no de mala gana, no fue sino un fenómeno normal, de los que podrían ocurrir, y ocurren, si alguna joven mujer fuera tan descarada como para comportarse de esa guisa durante un prolongado período de tiempo, o si, desde el principio, había algo especial en la hija mayor de los Zinn, no diferente de aquella repugnante manifestación de la Bestia en Malvinia, que por lo demás era encantadora. (Si fuera cierto lo último, supongo que el caso

Fox podría ser de interés para la ciencia médica; como los casos de gemelos siameses, partos de vírgenes, hermafroditas, gigantes, enanos, personas con «escamas de serpiente» y otros prodigios de la naturaleza. Sin embargo, a falta de la Constance Philippa original, no me parece que Philippe Fox, en sí mismo, pudiera examinarse provechosamente, pues él no es sino un hombre, es decir, un miembro del género masculino, completo en todos los requisitos fisiológicos en cuanto a genitales, aunque con muy poca barba y poco o nada de vello en el pecho.)

Es posible que el consumo excesivo de cerveza, ginebra, tequila (un vil licor mexicano) y *whisky*, en mórbida conjunción con lo mencionado (pantalones ajustados, incluidas polainas de cuero, botas de tacón alto, montar a caballo en todas las estaciones, jugar a las cartas, fumar, comer comida picante de tipo mexicano y español, blasfemar, aseos apresurados y burdos, y la camaradería de los iletrados), y estimulado por un estado mental tosco, incívico y primitivo, podría haber sido suficiente para provocar la espantosa transformación, sin culpa alguna de la herencia o disposición congénita. La propia Constance Philippa, disfrazada de hombre, como es natural no tenía miedo de lo que pudiera ocurrir; hay que recordar que, como cualquier «fugitivo» (pues en eso se convirtió la desdichada mujer, con el simple acto de colocar el maniquí de modista en el sagrado lecho marital), estaba mucho más preocupada por el presente y por vivir gracias a su ingenio, que por lo que pudiera esperarle en un futuro o lo que dejaba atrás. En realidad, esta preocupación por el momento presente y por la acción, tan características de nuestras tierras del Oeste, se halla tan cerca de la conducta masculina acostumbrada como para constituir, quizá, una misma inclinación; por tanto, cualquier joven mujer irreflexiva que suscriba este hábito corre peligro de transformarse, tarde o temprano, en un hombre.

Ya en Wichita, se habría podido notar que la voz de Philippe Fox se estaba volviendo gutural; cuando llegó a Grand Junction, sus cejas, siempre espesas, oscuras y siniestras, se habían vuelto más prominentes aún; al penetrar en el territorio de Utah, a caballo y en compañía de dos bandidos (que posteriormente descubrió que eran buscados por asesinato en Hays City), había adquirido una considerable musculatura, en particular en los hombros, brazos, muslos y pantorrillas. Durante los meses que pasó en el rancho South Spring, puede que el ojo experto del viejo John Chisum se oliera algo, debido al desagrado inicial de míster Fox por mascar tabaco, pero si era así, no le hizo jamás ninguna broma ni acusación.

—Tu míster Fox es un verdadero caballero —dijo la pequeña Sallie

Chisum a su tío, con un gran suspiro—. ¡Ah, si hubiera más como él!

A lo que el entrecano ganadero observó, con un destello de diversión en los ojos:

—Vaya, querida, ¿quieres que el mundo quede despoblado en una sola generación?

Sin embargo, como he dicho, no hubo ni bromas ni acusaciones, ni siquiera insinuaciones procaces referentes a la virilidad de míster Fox o a su falta de ella.

Con los años, Philippe Fox se fue haciendo cada vez más esbelto, fuerte, cauteloso y resistente. Podía dormir al aire libre, bajo los crudos vientos de marzo; podía dormir montando a caballo o de pie; o en la cárcel, envuelto en una manta con porquería incrustada. La mano con la que disparaba se hizo cada vez más firme, ya disparara a halcones que volaban en círculos o a postes de valla o a otro hombre que le disparara a él; y sus fríos ojos oscuros también se hicieron más firmes, y a veces parecía que no tenía la necesidad humana de parpadear. Su fino cabello oscuro empezó a encanecer en las sienes, pero por lo demás la edad no pasaba por él. Tenía arrugas en la frente, y aparecieron leves líneas blancas alrededor de sus ojos y de las comisuras de su boca; pero su piel poseía una inusual suavidad y soportaba muy bien el sol. En la época del tirano míster Plummer, en el rancho Bosque Grande, míster Fox era sin duda un hombre en todos los aspectos: el crecimiento y expansión del órgano femenino interno, que resultó en una protuberancia externa, ya casi se había completado y esta había alcanzado una longitud de unos catorce o quince centímetros en reposo. (Esta estructura tubular, de carne sólida, sin hueso, con muchas venas y evidentemente sin tendones, podía alcanzar una notable longitud cuando recibía una gran afluencia de sangre y calor: unos veinticuatro o veinticinco centímetros.) Que la transformación de lo interior en exterior fuera tan gradual sin duda explica el hecho de que el propio Philippe Fox apenas observara el curioso fenómeno y sintiera muy poco desagrado, como sin duda habría sentido como Constance Philippa Zinn. Junto con la extraordinaria protuberancia hubo una inversión de crecimiento del torso: lo que antes había sido el pecho de Constance Philippa ahora se había aplanado o, como mucho, tenía una curva musculosa, en modo alguno de aspecto femenino. Debía de ocurrir que, a solas, Philippe Fox contemplara las partes inferiores de su cuerpo, quizá con atónito pesar, o con morbosa melancolía, o con simple asombro, pero había conocido tan poco de su propio cuerpo como Constance Philippa Zinn, y en verdad nunca lo había examinado ni se había atrevido a tocarlo, que es posible que no supiera con exactitud si se había producido un

cambio o no, o si esta expansión forzosa del órgano femenino secreto hacia afuera era quizá una característica normal, análoga a ciertos problemas o dolencias femeninos de los que había oído hablar en susurros en Bloodsmoor. Incluso entonces, me complace decir, prevalecía el refinamiento natural y míster Fox se abstenía de tocarse salvo de los modos más pragmáticos, y si se le ocurrió que este espantoso aunque formidable aparato genital podía tener algún uso en relación con el sexo opuesto (el cual, en esta época, era el sexo femenino), felizmente no actuó siguiendo esta noción y no cedió a pensamientos de esta clase hasta después de regresar a Bloodsmoor, cuando su corazón se vio inundado de esperanzas de rescatar a Delphine Martineau y su mente se llenó de febriles planes.

Y sin embargo… ¡qué accidental fue enterarse del anuncio de la muerte de su tía abuela Edwina, en un periódico desechado que estaba junto a su codo! El Zorro había efectuado en esa época una retirada muy apresurada y poco elegante de Arizona, pocos minutos antes de que ciertos rufianes vengativos hubieran «ajustado cuentas», según sus palabras, con el alguacil Kingston y el gobernador Willis. Así, se encontraba en el hotel Baldwin, con solo cuarenta dólares en el bolsillo y un poco de oro en polvo, una única pistola y la ropa algo arrugada a la espalda, y, ¡ah, mira!, cogió un periódico y lo hojeó distraídamente, y tropezó con la necrológica de la anciana y un comunicado que lo invitaba a volver… con la promesa de una herencia.

Aunque casi no tenía un céntimo, y ni un amigo en todo el Oeste, se irguió y alzó su orgullosa cabeza y exclamó:

—¡Jamás!

81

Si Philippe Fox hubiera cumplido su palabra y se hubiera negado a volver a Bloodsmoor… pero, por desgracia, no iba a ser así.

Aunque sus antiguos socios y conocidos de Arizona habían dado por muerto a El Zorro, empezó a aparecer en las proximidades del viejo y sombrío Mount Espérance, rebosante de vida y energía; en varias ocasiones temerarias, estando míster Ormond ausente, logró entrar en la casa misma por mediación del sugestionable personal de cocina. Su estrategia consistía en establecer contacto con la perturbada mujer mediante misivas secretas, que le llevaba a su habitación de enferma una criada traidora, en las que al principio se presentó como un compañero de Constance Philippa Zinn (que ahora residía de forma permanente en la costa Oeste), quien le había hablado mucho de ella: el recuerdo de la dulce Delphine Martineau, de sus alegres ojos castaños y picaros hoyuelos en las mejillas era sagrado en el corazón de Constance Philippa.

Así se inició el extraño e inmoral «galanteo», y si bien aplaudimos la resistencia inicial de Delphine —la infeliz pero leal esposa no respondió a las primeras tres cartas de Philippe Fox— no podemos sino suspirar de resignación, ya que las súplicas de Fox cada vez fueron más atrevidas y mayores sus recursos, y la inválida sucumbió; al principio afirmaba con firmeza que, para lo bueno y para lo malo, en la salud y en la enfermedad, estaba casada con Justin Ormond, y que, como era una mujer cristiana, no podía tomarse sus votos a la ligera; y después, a medida que transcurrían las semanas y Fox no declaraba en modo alguno ser una presencia temporal en Bloodsmoor, sino un «abnegado galanteador» suyo, una presencia tan permanente como ella deseara, la esposa desleal y madre empezó a vacilar, y en las misivas que garabateaba insinuaba que, quizá, tal vez respondería a sus súplicas y lo examinaría, lo mejor que pudiera, en el césped que

había bajo su ventana, a una hora determinada.

¡Bien! Confío no ser demasiado cínica al observar que, así como Jesús en su sabiduría nos ordenó que no nos miráramos con lujuria para no cometer adulterio de corazón, era inevitable, si mistress Ormond aceptaba la petición de míster Fox de mirarlo en circunstancias ilícitas, que experimentara lujuria y cometiera adulterio de corazón.

Y así fue.

Y así se inició uno de los más espantosos escándalos que se produjeron en Bloodsmoor en las últimas décadas, más intolerable aún porque Philippe Fox no solo era una persona íntimamente relacionada con la mansión Kiddemaster, sino que entre las personas importantes de Bloodsmoor se creía que era Constance Philippa disfrazada. De modo que se habló mucho de la huida delictiva que tuvo lugar una víspera de Todos los Santos azotada por la lluvia y el viento, pues no solo era adúltera sino que no era natural.

¡Ay! No puedo sino considerarlo una muestra de la gran misericordia de Dios el que John Quincy Zinn, con los cielos cada vez más oscuros del otoño, se hubiera vuelto indiferente a las vanidades del mundo; tan hipnotizado se hallaba tratando de obtener la fórmula de la máquina del movimiento perpetuo y por la petición del gobierno de detonaciones a distancia que no fallaran, que no había tenido energías para sentirse herido por la excéntrica conducta de su esposa en los estados de Nueva Inglaterra (donde había unido fuerzas con aquel diabólico par, mistress Abba Goold Woolson y la «candidata a presidenta» miss Elaine Cottier, en sus actividades sensacionalistas con el Movimiento para la Reforma del Vestido); y, por supuesto, no tenía capacidad para interesarse mucho en la conversión de su hija menor a las normas cristianas de la caridad, el amor y la paz de espíritu, igual que no podía preocuparse por el siniestro Philippe Fox y sus apetitos carnales. Es cierto que John Quincy Zinn era un hombre moribundo, y es posible que lo supiera, pero dirigía sus limitadas fuerzas a esos canales que trascendían lo doméstico y lo meramente finito, con no menos celo que nunca, y a diario juraba que alcanzaría su misión humana en la tierra antes de que Dios lo llamara junto a Él.

Y ocurrió que, después de numerosas peticiones, la sugestionable mistress Ormond consintió en atisbar por el único ventanuco de su habitación para ver a su galanteador, que se hallaba a cierta distancia en la hierba; el intruso no se atrevió, por supuesto, a aparecer a plena luz del día, sino solo a la sigilosa luz de la luna. Puede ser que la

esposa infiel y madre imaginara que su fortaleza cristiana era tal que le permitiría resistir la tentación, pero mientras miraba por la ventana (un pequeño orificio de forma ovalada, cubierto de telarañas y de unos cincuenta centímetros de circunferencia) la agraciada figura de Philippe Fox en el césped, algo perverso ocurrió en su corazón y se concibió la tragedia.

Philippe Fox salió de las sombras con cohibida dignidad para quedarse osadamente a la luz de la luna y levantar su bello rostro hacia la ventana. Aunque no distinguió el objeto de su ilícita mirada, la expresión de pasión arrebatada, no, hipnotizada, que irradiaba su semblante de fuertes huesos era inconfundible.

—¡Delphine! —exclamó sin pensar, levantando una mano enguantada, con tan impetuosa fuerza que mistress Ormond actuó enseguida de igual manera y, alzando su mano, la apretó contra el cristal de la ventana, de modo que la blanca palma quedó expuesta al ojo hambriento del hombre que estaba abajo.

El rescate —que, en verdad, no fue más que una sórdida fuga— tuvo lugar unas semanas más tarde, cuando, mediante acuerdo previo, Philippe Fox tuvo acceso a Mount Espérance e informó al atónito míster Ormond que lo habían enviado a buscar a su esposa para que volviera a su casa, pues su madre se hallaba gravemente enferma.

Míster Ormond, un caballero de rostro fláccido en la cincuentena, con las venas de la nariz visibles, barba con patillas recortadas y un pequeño vientre alto, se puso pálido al ver a este intruso y se apartó un poco, aunque Fox llevaba la pistola bien escondida debajo del abrigo.

—Señor, no logro comprender —dijo míster Ormond, apoyándose en una silla—. ¿Dice que lo han enviado a buscar a mi esposa para que vuelva a su casa? Pero es mi esposa, señor, y Mount Espérance es su casa.

Philippe Fox se acercó a él, sonriendo, y, mientras míster Ormond se encogía, pasó por su lado a grandes zancadas para dirigirse hacia la ancha escalera en espiral, al tiempo que decía:

—Es usted sensato, míster Ormond, al no poner objeciones, ya que en casa de mistress Ormond la necesitan muchísimo, y me han dado instrucciones de no regresar sin ella. Y por eso debo actuar deprisa, y le ruego me perdone por no tener tiempo para guasas.

Dicho esto, el arrogante intruso subió la escalera, dos o tres peldaños a la vez, mientras míster Ormond, sumamente agitado, no sabía si seguirlo escaleras arriba o bajar corriendo en busca de ayuda

entre los criados. (En realidad, míster Ormond sufría en esta época de una desconocida enfermedad de los nervios, intestinos y bazo, que exacerbaba gravemente su gota y su inclinación temperamental hacia lo mórbido, de manera que, mirando con horror la ágil figura de Philippe Fox, no habría podido jurar si esta criatura era un hombre mortal o un fantasma.)

Mientras el alterado esposo permanecía paralizado junto a la escalera, Philippe Fox se dirigió con gran celeridad a la tercera planta de la mansión y al torreón y, tras ordenar a mistress Ormond que se apartara de la puerta todo lo que le fuera posible, sacó su pistola y disparó, una vez, dos, tres veces, para destruir la cerradura y abrir la pesada puerta sin dificultad.

¡Así fue como los disparos quebraron la majestuosa calma de Mount Esperance, uno de los grandes hogares antiguos de Bloodsmoor!, y, para su vergüenza, todos los criados al servicio de míster Ormond permanecieron escondidos, por pura cobardía o por haberse puesto de acuerdo con el seductor.

El pobre míster Ormond gritó aterrorizado pidiendo ayuda, para no ser asesinado «por el enemigo», pero nadie acudió.

—No puede ser…, no lo permitiré… Yo soy el dueño aquí… No me dispararán… en mi propia casa… —balbuceaba el pobre esposo, aferrado a la barandilla de la escalinata como si se hubiera vuelto de piedra.

Sin embargo, en el piso de arriba, Philippe Fox no oyó ni una palabra, y no parecía importarle que lo prendieran y lo metieran en prisión por esta intolerable intrusión.

—Vamos, Delphine —dijo, con la voz profunda pero ligeramente temblorosa—, tenemos que recorrer una considerable distancia, y es tarde. —Entró con grandes pasos en la estancia apenas iluminada, que olía, ay, a tiempo, a polvo, a enfermedad y a negligencia, y con gran galantería le ofreció el brazo a mistress Ormond para que se cogiera a él—. ¡Vamos, vamos! Han pasado demasiados años —murmuró Fox.

Tras un momento de vacilación, la esposa infiel se cogió del brazo que el hombre le ofrecía y, apoyándose pesadamente en él, con un sollozo, se dejó llevar al corredor.

¿Hubo jamás una caída más grande, más contundente, más pública?

Ah, pero ¿era esta mujer Delphine Martineau, la bonita y vivaz señorita de ojos castaños de mucho tiempo atrás? Una belleza pálida y algo estropeada, que uno habría tenido que examinar de cerca para ver si era tal: los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar; la boca distendida en una sonrisa de miedo o una mueca indescifrable y, lo

más alarmante, el antes brillante cabello del color de la caoba ahora tenía abundantes hebras grises y le caía, desaliñado, hasta la cintura.

Philippe Fox contempló esta aparición y, de forma inexplicable, sintió su corazón maravillosamente traspasado, como si aquella mujer de edad madura y situación desesperada no fuera sino una alegre muchacha de diecisiete años, ¡como si el tiempo no hubiera pasado!

—¡Delphine mía! —murmuró, cogiéndole ambas manos en las suyas—. ¡Mi chica! ¡Eres tú! Pero, vamos, vamos, es tarde; nos aguarda el carruaje… y el resto de nuestras vidas.

Y, así, esta infame pareja descendió la escalera, en la que, cerca del primer rellano, ahora estaba sentado el esposo traicionado, con el rostro lastimosamente desencajado y los ojos desorbitados de terror. ¡Pobre míster Ormond, el desgraciado vástago de una casa de Pensilvania en otro tiempo grande! Jamás iba a recuperarse del horror de esta víspera de Todos los Santos en la que, como explicaría con balbuceos a todo el mundo, un asesino fantasma entró en su casa, le disparó a la cabeza y huyó con su esposa, que protestaba y a la que jamás volvería a ver.

Y así Philippe Fox y su amada Delphine desaparecieron de Bloodsmoor; se dijo que habían ido a las minas de oro de Alaska, o al viejo México, o a Argentina, donde vivían como reyes. En cualquier caso, jamás regresaron a nuestro histórico Bloodsmoor, y no enviaron ninguna comunicación, aunque con el tiempo, no sé cómo, el siniestro Fox logró recoger su parte de la gran herencia Kiddemaster, después de pagar los impuestos y los honorarios de los abogados.

82

Con ocasión de la lectura del excéntrico testamento de su tía, mistress Prudence Zinn, sabiendo que volvía a estar desheredada, experimentó una liberación interna sumamente extraña y agradablemente placentera. Soy libre, me he liberado, pensaba la atónita mujer, mientras mantenía una actitud rígida y una expresión de imperturbable y regio desdén. Aunque estas palabras traspasaron su conciencia con misteriosa autoridad, y aunque apenas comprendía su trascendencia, sabía que eran incontestables y proféticas.

—Me he liberado… de ellos.

Ay, ¿cómo explicaremos la evolución de esta historia? ¿Cómo, obligados a trabajar con simples palabras, describiremos las fugaces sensaciones, esquivas como el colibrí, que corren por las venas e hinchan el corazón cautivo de los crédulos? Puede ser que, sentada en la Sala del Roble Dorado de la gran mansión de su padre, escuchando con desapegado interés la morbosa historia (que, en verdad, no sorprendió a Prudence tanto como a los otros, aunque ella no habría adivinado que la niña rechazada era Deirdre) con la que Edwina Kiddemaster hizo pública su desgracia y, también, su jactanciosa nobleza. Prudence se remontó mentalmente hasta un fatídico encuentro en Frothingham Square, en el estudio de su padrino míster Bayard (¡ay, muerto mucho tiempo atrás!). Es posible que la anciana mujer entrecerrara los ojos, no en gesto de piadosa reverencia hacia su tía fallecida, sino recordando el momento en que sus atónitos ojos tropezaron con la masculina forma y el bello semblante del joven John Quincy Zinn, a la sazón un simple muchacho de veintiséis años, ¡tan alto!, ¡tan fuerte!, ¡tan animado!, ¡tan desconocido!

Y puede ser que, mientras la sonora voz de Basil Miller revelaba la

extraordinaria confesión de ese otro corazón romántico condenado, Prudence Zinn disfrutara, con distante regocijo, con el recuerdo de unos versos compuestos por una mujer fallecida largo tiempo atrás —¡ah, cuánto no quería pensarlo!—, alegres, felices, febriles, frenéticos: «¡Soy inmortal! ¡Lo sé! ¡Lo percibo! / ¡La esperanza llena mi corazón de deleite! / Veloz en el aire, delirante de vida, aturdida, / me elevo: la fe es visión, la vida es sentimiento, / ¡la esperanza es el lucero de la noche!». Y así iban surgiendo las palabras, una voz de muchacha, una entusiasta voz de muchacha que gritaba, y menguaba poco a poco, y desaparecía para ser sustituida por las palabras del joven Miller, que a Prudence le parecían despiadadas y lastimosas.

Me he liberado de ellos, declaró interiormente Prudence, y de ello.

Un día, no muchos meses antes, mientras tomaba su café de la mañana y hojeaba las páginas del *Inquirer* de Filadelfia (un periódico que leía medio en secreto, obedeciendo aún los dictados de su padre fallecido, que, como consecuencia de diferencias políticas, había entablado una amarga enemistad con el propietario de ese periódico, y lo había prohibido expresamente en «suelo de Kiddemaster»), Prudence tropezó por casualidad con un artículo y una fotografía tan ofensivos que estuvo a punto de derramar —mejor dicho, derramó— su café, y se oyó a sí misma reírse con irritación.

Porque allí, expuestas a la mirada condenatoria del público, y, sin duda, a su divertido desprecio, había media docena de mujeres —que no deseaban que se las calificara de damas— que se declaraban partidarias de la reforma del vestido, el sufragio de la mujer y la igualdad de derechos, y de algo que, para la mente de Prudence, resultaba más desconcertante: una sola normativa moral. Atroz, semejante exhibición de locura; y, entre ellas, nada menos que ¡Parthenope Brownrrigg!

Temblando por dentro, Prudence se ajustó las gafas de lectura y se acercó apresurada a una ventana para leer mejor, con ayuda de la luz del día, el extraordinario artículo, solo para quedar más desconcertada y verse empujada a una estridente risa infantil al descubrir que una de las compañeras más jóvenes de Parthenope Brownrrigg, una mujer llamada miss Elaine Cottier, se había ofrecido públicamente, con el apoyo de las demás, como candidata para la presidencia de Estados Unidos.

Prudence examinó atentamente los semblantes de las mujeres y le inquietó, en particular en el caso de la vieja miss Brownrrigg, no encontrarlos muy diferentes del suyo propio, es decir, del suyo y del

de los numerosos miembros femeninos de su familia. Una o dos de las mujeres eran singularmente feas; una era de porte erguido y notablemente atractiva —Prudence supuso que era la osada miss Cottier— y todas sonreían, de un modo descarado y arrogante, en realidad, dadas las circunstancias por las que las fotografiaban, pues, para su vergüenza colectiva, las habían arrestado como delincuentes comunes en Hartford, Connecticut.

—¡No debería permitirse! ¡No puede permitirse! —exclamó Prudence, apartando con brusquedad la ofensiva página impresa y sintiéndose tan abrumada (pues ahora tenía setenta y seis años y con frecuencia se quedaba sin aliento) que necesitó sentarse, y calmarse en reposo, durante más de diez minutos—. Será el fin —murmuró, sin saber apenas lo que sus palabras significaban—, el fin de todo.

Sin embargo, cuando la larga confesión de su tía se acercaba a su fin, Prudence volvió a ver aquella tosca fotografía y, lejos de sentirse inclinada a unirse a los demás, que ahora lloraban libremente (Narcissa Gilpin era la que sollozaba más alto), se vio embargada por un curioso asombro porque podía recordar no solo la fotografía en sí sino los rostros de las mujeres; podía recordar, con sorprendente claridad, algunas de las declaraciones del Movimiento para la Reforma del Vestido, y las de la Asociación Nacional para el Sufragio Universal, y a mistress Abba Goold Woolson y miss Elaine Cottier, y una o dos más.

Este extraordinario recuerdo la inundó y, durante mucho rato, dejó de oír la tensa voz de su sobrino, o, en realidad, la voz de la anciana Edwina filtrándose por ella. Cuántos minutos transcurrieron no lo puedo decir, ni Prudence habría podido decirlo: pero, cuando Basil terminó de leer el documento y se alzó un murmullo entre los presentes en la sala, mientras muchos lloraban sin control, Prudence Zinn habló para sí con voz sorprendida en la que había un deje de reproche:

—Pero supongo que ahora soy demasiado vieja para presentarme como candidata a presidenta…

83

Aunque no es más que un accidente del destino y del tiempo, me inclino a creer que es emblemático que mi crónica llegue a su fin la noche del 31 de enero de 1899 y que concluya no en la Casa Octogonal, ni en el austero esplendor de la vieja mansión Kiddemaster, sino en la acogedora y desordenada cabaña sobre el cañón, ¡el famoso taller de John Quincy Zinn!

Pues aquí, mientras se acerca la medianoche y está nevando, encontramos una figura solitaria, y presenciamos las fluctuaciones de su sombra, que alternativamente se encoge y se agranda, amenazadora, en las paredes, a la misteriosa luz arrojada por una lámpara de queroseno.

¿Es un ladrón, un intruso, un espía de Edison? ¿Un discípulo idólatra?

¿O es uno de los compañeros de míster Zinn?

No es Samantha, que en otro tiempo amaba tanto a su padre y tan gratamente subordinaba su voluntad a la de él, pues Samantha, ay, es una esposa fiel y una madre amorosa que en estos momentos mantiene alegre vigilia con su esposo, junto al fuego, en su hogar de Guilford, Delaware: se besan, ríen, se cogen de la mano y se preparan para brindar con una bebida alcohólica por el Año Nuevo.

Tampoco es mistress Zinn, quien, en esta fecha, prácticamente ha abandonado su hogar para residir con su compañera de infancia, miss Brownrrigg, en un hotel para damas en Beacon Hill, a una manzana del edificio de piedra donde está la oficina central del Movimiento para la Reforma del Vestido, y ha cortado tan brutalmente con su anterior vida que el telegrama que contenía la noticia del rápido declive de míster Zinn se extraviará, pues ha sido dirigido a la esposa de John Quincy Zinn y no a miss Prudence Kiddemaster. (En realidad, la insensible mujer apenas regresará a Bloodsmoor a tiempo para el

funeral.)

La figura solitaria tampoco pertenece a una simple criada, enviada por el débil míster Zinn a revolver entre el gran desorden de papeles del banco de trabajo para encontrar una hoja que contiene sus cálculos más recientes y se la lleve, para que, en su lecho de enfermo (en realidad, su lecho de muerte) pueda completar, febrilmente, las fórmulas del invento que ha de salvar el mundo.

No, no es ninguno de estos personajes, sino la propia Deirdre, nuestra valiente y bella heroína, Deirdre Kiddemaster (pues así es como ahora se llama, con autoridad sentimental, si no legal), la nueva dueña de la mansión Kiddemaster.

Que nuestra sensible joven dama aún tenga que resolver la verdadera tempestad desatada en su corazón (en cuanto a si aceptará la honorable proposición del doctor Lionel Stoughton, o la tosca súplica de Hassan Agha), y que, en realidad, quede mucho por resolver en su alma no nos interesa aquí, pues nuestro interés radica únicamente en su misión al servicio de míster Zinn, y en la misteriosa consecuencia. (Aunque este breve capítulo, que transcurre entre tenebrosas sombras y al débil resplandor de una lámpara de queroseno, sin duda contiene la clave del hombre con el que se casará.)

John Quincy Zinn, que yace en la cama con la piel pálida como la cera y la fría dignidad de una efigie de tumba, y extraordinariamente alerta en sus rápidos pensamientos y sospechas, menos de una hora atrás había llamado a su hija adoptiva a su lado a la Casa Octogonal, para, en voz baja, ronca y metódica, enviarla enseguida a su taller, a pesar de la hora avanzada y de la nevisca cada vez más fuerte, a buscar cierta hoja de papel llena de cálculos garabateados y llevársela, pues temía que no sobreviviría a la noche y, en cualquier caso, por la mañana no estaría lo bastante fuerte para ir hasta allí y completar su gran obra.

—Jamás lo terminaré —dijo con voz llena de reproche, mirando a la asustada Deirdre con sus ojos sepulcrales—. Nunca lo terminaré allí. Pero quizá, en la comodidad y santidad de mi cama, y con tu ayuda…

Deirdre accedió enseguida, sin pensar en el viento que aullaba ni en su premonición de que algo trágico ocurriría antes del amanecer; por el contrario, la joven heredera se inclinó para besar a su padre en la frente, que le ardía por la fiebre, y para ahuecarle las almohadas de plumón en las que se recostaba a fin de que estuviera más cómodo. (¡Ay, John Quincy Zinn ya casi no dormía!, sino que pasaba las interminables noches sentado en la cama, en lugar de tumbado,

acariciando sueños con los ojos abiertos, los cuales, según sus propias palabras, resultaban miserables y decepcionantes comparados con el trabajo que le aguardaba en la cabaña: los cálculos finales relativos a la máquina del movimiento perpetuo y a su principio, aplicado al fenómeno de la expansión del átomo, o detonación, un concepto tan extraño a mi débil cerebro de mujer que no puedo pretender describirlo.)

—¡La victoria está cerca, y será tan dulce!, ¡ah, tan dulce que casi pienso que podría prolongar mi vida! —murmuraba el pobre hombre, tan agitado que agarró la delgada muñeca de Deirdre con sus fríos dedos y sonrió a la joven—. Porque es un invento para salvar al mundo…, para salvar a nuestro mundo… de todo daño… de la maldad… proveniente del diablo…, que no tendrá defensa alguna contra nosotros una vez que el mecanismo explosivo esté perfeccionado. Mi querida hija… ¿lo entiendes?

—No estoy segura, padre, de entenderlo —dijo Deirdre, secándose con disimulo una lágrima—, porque tus inventos, como tu genio, hace mucho tiempo que están fuera del alcance de mi comprensión. Pero quizá no sea necesario que yo, como hija tuya y, si lo deseas, tu amorosa enfermera, comprenda: quizá solo sea necesario que obedezca.

—El artilugio, una vez puesto en marcha, explotará sin esfuerzo… y sin parar… y, en realidad, no se puede parar —dijo míster Zinn con aire soñador—, y esa es su belleza: que ni nosotros ni nuestros diabólicos enemigos pueden detenerlo. Me doy plena cuenta de cómo bromean los ignorantes… cómo cotorrean y hablan de pura brujería y magia negra y simples deseos… pues les resulta incomprensible que el aire invisible que rellena la Tierra en realidad sea un elemento denso, y que su constitución molecular única pueda sernos conocida y desatada mediante nuestra magia… desatada, digo, en movimiento perpetuo, una vez que el artilugio se ponga en marcha. El espectáculo es tan inmenso que no puede contemplarse: una serie interminable de detonaciones. Y, una vez iniciada, no se puede parar; pues, aunque nuestros enemigos vean el aprieto en que se encuentran y su trágico sino, aunque nieguen clemencia, aunque deseemos ser clementes con ellos… no será posible, ¡no, no lo será! ¡No lo será! Y ahora, mi querida hija, ¿lo entiendes?

Deirdre se inclinó para besar la febril frente del anciano caballero sin rehuir la marca de nacimiento en forma de daga que, en fuerte contraste con su piel, blanca como la cera, era de un reluciente color rojo y parecía palpitar con especial intensidad en estos momentos; la obediente hija se inclinó y le besó la frente y susurró para consolarlo:

—Empiezo a comprender, querido padre.

¡Ay, qué extrañamente siniestro se había vuelto John Quincy Zinn en los últimos años; cuán dado a largos silencios y cavilaciones secretas, y súbitos estallidos de salvaje risa que no denotaba alegría alguna! El gratificante éxito de algunos de sus inventos (submarinos, misiles y bombas cada vez más potentes, de inestimable valor en la guerra contra el enemigo español), parecía haber causado muy poca impresión en él; era motivo de orgullo y de alegría, más por parte de sus socios fabricantes e inversores que por la suya. (Pues, habiendo recibido una séptima parte de la famosa fortuna de los Kiddemaster, ¿qué necesidad podía tener este anciano caballero de más riqueza? ¿Qué energía, incluso, para calcularla?)

Lo más sorprendente de todo, a los ojos de su familia y, me siento obligada a decir, a los míos, era su irritable rechazo a ser miembro de la Sociedad Filosófica de Estados Unidos, aunque aquellos caballeros habían creído, en su ignorancia, que este honor tanto tiempo aplazado sería aceptado con ansia por el genio de Bloodsmoor. Los parientes de míster Zinn, sin excluir a sus hijas, habían supuesto que el anuncio de su elección, por fin, lo animaría en medio de tantas preocupaciones, pero, por el contrario, había considerado la noticia ¡despreciable!, según sus propias palabras, y no habría tenido ni la elemental cortesía de molestarse en contestar el telegrama si la nueva dueña de la mansión Kiddemaster, consciente de las obligaciones que el rango confiere, no hubiera insistido.

—Me entristece profundamente, padre, que te tomes con tanta indiferencia esta agradable noticia —dijo Deirdre, atreviéndose a regañar levemente al anciano, que había partido en dos el ofensivo papel amarillo—, pero debo rogarte que, al menos, me permitas a mí declinar el honor con toda la cortesía que pueda.

Míster Zinn se detuvo y, con el esquelético rostro iluminado unos instantes por una rara sonrisa, dijo:

—Pregúntales… ¡qué necios…! ¡Pregúntales cómo se imaginan que tienen derecho a concederme honores a mí!

—Bueno, padre —exclamó Deirdre con auténtica sorpresa—, sabes que esos caballeros tienen buenas intenciones, solo quieren complacerte. Si han tardado un poco en su acción, si, como son solo humanos, hasta ahora no han comprendido como es debido la magnitud de tu genio…

—¡«Si», «si»! —dijo míster Zinn riendo suavemente—. Mi querida hija, no sé nada de suposiciones y no me interesan, ni las mías ni,

desde luego, las de otros.

Así pues, con las mejillas sonrojadas, Deirdre salió del dormitorio para redactar un mensaje destinado a la sociedad para declinar el gran honor, con pesar… «con infinito pesar —como decía el telegrama— como consecuencia de mi inmersión extrema y continuada en mi trabajo», y firmó en nombre de su padre.

Concedieron otros honores a John Quincy Zinn —un lugar «permanente» en la Sala de Personajes Distinguidos, en Washington, su elección como miembro de la Real Sociedad y de la Asociación Internacional de Científicos y Humanistas—, pero Deirdre era lo bastante prudente para no molestar a su irascible padre, pues estaba perdiendo energías rápidamente y a menudo expresaba la duda de que le permitieran vivir lo suficiente para perfeccionar su dispositivo de expansión del átomo.

Con voz afligida aunque digna, míster Zinn habló así:

—No estaría tan preocupado, Deirdre, si creyera que otro inventor u hombre de ciencia podría seguirme y completar mis cálculos, pero, ay, me veo obligado a ser realista. Tengo setenta y dos años, y he trabajado al servicio de mi país y de la humanidad durante más de cinco décadas; como nos ordenó míster Emerson solemnemente, no hemos de vivir en nosotros mismos, sino en el mundo-alma, que es más grande y trabaja para perfeccionarse a través de nosotros. Sin embargo, no tengo ningún discípulo que me siga, ni siquiera un aprendiz. Y mi querida esposa… Pero no, no hablaré de ella en estos momentos. —Y el anciano hombre suspiró y cerró sus ojos anegados en lágrimas, con sus largos y delgados dedos entrelazados en un sugerente gesto de plegaria.

—Si yo puedo ayudarte, padre —dijo Deirdre con vacilación—, aunque soy dolorosamente consciente de mi falta de conocimientos científicos y mecánicos…

—¡Ah, estar tan cerca, tan cerca…! —la interrumpió míster Zinn—. ¡Tan cerca de la consumación!, y sin embargo tan lejos… Porque esta es la diferencia entre el infierno de nuestras tareas incompletas y el cielo de nuestros descubrimientos perfeccionados: ¡una simple fórmula garabateada en un trozo de papel!

—No creo que fracases, padre —dijo Deirdre con voz dulce—. Debes tener esperanza. ¿Crees que Nuestro Señor te habría llevado hasta aquí solo para permitir que fracasaras, estando tan cerca del triunfo?

Míster Zinn abrió los ojos y parpadeó, y miró fijamente a su hija de

suaves facciones.

—¿Hablas de Nuestro Señor? Pero ¿de verdad crees?

Deirdre sintió el calor en sus mejillas y, volviéndose, se ocupó de ordenar los frascos y ampollas que había en la mesilla de noche, en lo que tardó varios minutos.

—Creo —murmuró Deirdre— lo que es, lo que estoy obligada a creer.

—Lo que yo creo —dijo míster Zinn, pensativo, mientras levantaba las manos para contemplarlas, los nudillos ensanchados, los dedos curvados como garras— no tiene nada que ver con Nuestro Señor sino solo conmigo mismo; y me temo que soy yo mismo el que se debilita, no el Señor. Porque ¿podría Él coger una pluma? ¿Podría Él calcular una fórmula? ¿Es su deseo detonar el átomo y liberar sus milagrosos poderes de destrucción? ¡No he visto ninguna prueba, querida! Y sin intención de blasfemar, no creo que el soberano gobierno de Estados Unidos, en su militante vigilia contra el mal, pueda tener demasiada fe en Él, o en ese benévolo mundo espiritual del que míster Emerson hablaba con tanta vehemencia.

—No es propio de ti, padre —dijo Deirdre despacio— hablar de esta manera. En realidad, es muy impropio.

Míster Zinn volvió su pálida mirada a ella y estiró los labios en una leve sonrisa de perdón. Su cabello, antes abundante ahora raleaba tristemente, y su antes espesa barba ahora consistía en unos pocos mechones plateados que le llegaban hasta su huesudo pecho. La enfermedad había causado estragos en él y lo había hecho envejecer tanto que no habría sido difícil creer que tenía más de noventa años o que se acercaba a los cien; ¡ay, qué trágicamente cambiado estaba aquel fornido joven gigante que había entrado con tan bucólica seguridad en sí mismo en los salones de la elegante Filadelfia muchos años atrás!

Sin embargo, la sabiduría intrínseca del alma persistía y hablaba su propia lengua en los ojos del moribundo; y la suave sonrisa permanecía, perdonando a Deirdre su ignorancia, o su impertinencia. Cuando al fin míster Zinn se dignó hablar, lo hizo con una voz apagada por la melancolía y con paternal desaprobación:

—¡Impropio de mí! ¡Crees que es impropio de mí! Pero, hija mía, tú no me conoces y no puedes hablar.

No obstante, como carecía de un auténtico discípulo, o de un aprendiz conocedor de su trabajo, o, tal vez, incluso de un auténtico vástago, nacido de su propia sangre, míster Zinn, ante la necesidad, se vio

obligado a llamar a Deirdre a última hora de la víspera del Año Nuevo de 1900, y le mandó que fuera a buscar por él unas hojas de papel que tenía en la cabaña, y complacerá al lector saber que la joven heredera obedeció con prontitud, sin importarle la hora, ni los helados vientos que soplaban desde el río, ni la actitud imperiosa del enfermo.

Sola, ¡ah, sola!, así pensó que se hallaba Deirdre, con cierta confusión y, me temo, un poco de autocompasión, mientras, con creciente desesperación, buscaba en el desordenado taller los papeles de míster Zinn; la llama de la lámpara de queroseno vacilaba y su sombra dilatada saltaba y brincaba en las paredes, traviesa como el monito Pip, y no pudo evitar estremecerse convulsivamente.

Cogió una hoja de papel para examinarla, y la dejó caer; y otra, y otra. Míster Zinn le había explicado con paciencia que era una hoja de papel corriente, con algunos garabatos nerviosos en el margen, simples representaciones infantiles de soles, lunas, planetas explotando y quizá flores con múltiples pétalos, y estructuras moleculares imaginadas libremente, y no sabía qué más, pues su pluma a menudo era juguetona, incluso mientras su cerebro trabajaba febrilmente.

—¡Ah, aquí está! —murmuró Deirdre en voz alta, y examinó el papel acercándolo a la llama, y vio que se había confundido—. ¡Ah, aquí!, pero no, otra vez me he equivocado.

Incluso a la vacilante luz de una lámpara de queroseno, la famosa cabaña fue testigo mudo pero elocuente de la heterogeneidad de la mente del genio que la presidía: qué miscelánea de espirales de metal y alambre, de tubos de vidrio, de máquinas a medio completar, pequeñas y grandes, y hojas de papel esparcidas, amontonadas sobre el banco de trabajo y en el suelo. Estaba el alambique casero que John Quincy Zinn había inventado para desalinizar el agua pero que nunca se había molestado en patentar; estaba el motor a vapor de modestas proporciones, que no había funcionado en años; en todas partes estaban los numerosos artilugios «automáticos» con los que John Quincy Zinn había hecho chapuzas, en los años anteriores a las subvenciones que el Congreso le había concedido, con su consiguiente prestigio; ¡qué confusión de muelles, botones, manivelas, tuberías, cadenas, pesos y poleas!

Indudablemente, Deirdre habría disfrutado mucho examinando el laboratorio de su padre, de haber tenido más tiempo y si las circunstancias hubieran sido más agradables; pero, de momento, mientras los minutos transcurrían implacablemente rápidos, y las horas del viejo siglo desaparecían, siguió sintiendo escalofríos a pesar del calor que le proporcionaba su capa forrada de piel, y sentía que el

peso y la gran variedad de las cosas que la rodeaban la desorientaban un poco. ¡Ay, no poder encontrar la dichosa hoja de papel y llevársela, triunfante, a su padre!, y meterse en la cama y gozar de un poco de algo parecido a tranquilidad. Pero no lograba encontrar el objeto deseado, y le pareció irónico que, como ayudante de su padre, ahora era su favorita y, de hecho, la última de las hijas Zinn.

Porque ahora Malvinia estaba casada y vivía con su abnegado míster Kennicott, a suficiente distancia, en Rhode Island, donde la feliz pareja se había retirado para poder escapar de la gran publicidad desencadenada por la fama de míster Kennicott como «el joven Longfellow», y para que Malvinia, con modestia, pudiera reanudar sus actividades como actriz, ahora a escala mucho más reducida y como aficionada, lo que resultaba agradable, al no verse obligada a tener que destacar o a cosechar ganancias comerciales; y Octavia estaba tan inmersa en sus deberes como madre y dueña de la mansión Rumford (cuyo sagrado interior estaba haciendo renovar y amueblar de nuevo por completo por los más expertos carpinteros, artesanos y decoradores del Este) y futura esposa que, últimamente, apenas tenía tiempo para su padre enfermo y, me disgusta decirlo, solo un interés superficial por su antiguo hogar y sus vicisitudes.

Y, sin que nadie lo lamentara, Constance Philippa había desaparecido.

En cuanto a Samantha, al parecer últimamente había reanudado sus actividades en el taller, junto con su amado Nahum, y se interesaba por un surtido tan diverso de dispositivos, mecanismos y artilugios que soy reacia a dignificarlos con el título de «inventos». Tras un intervalo de varios años, esta impulsiva joven se hallaba construyendo modelos para un «bebé-móvil» (un aparato no muy diferente del cochecito para bebés, aunque los pies del bebé quedaban libres y podían tocar el suelo y el asiento estaba rodeado por una barandilla, de modo que el niño, si lo deseaba, podía impulsarse con la acción de sus piernas. «De este modo —aducía Samantha—, practica tanto la autolocomoción como la confianza en sí mismo, con un solo gesto»); y una pluma autorrellenable (en la que la tinta de alguna manera salía del interior del mango y, por una cuestión de la gravedad que no puedo pretender comprender, fluía hasta la punta, sin necesidad de ser rellenada, durante períodos tan largos como seis semanas); y una bicicleta-paraguas (este objeto algo incómodo era portátil y estaba hecho de tela impermeable casi traslúcida, y se colocaba sobre el conductor para protegerlo de las inclemencias del tiempo). Además, Samantha estaba experimentando con un sustituto del pegamento, que consistía en piedras finamente trituradas, brea,

harina y agua; y una cocina programada, en la que una ingeniosa red de alambres, cuerdas, ruedas y poleas, unida a un reloj, permitiría al ama de casa dirigir su cocina por control remoto, con qué fin terrenal no puedo imaginarlo. Su idea de pañuelos, vendas y pañales de pasta de papel, para utilizar una sola vez y luego tirarlos, era apreciada por su esposo como una idea en verdad excelente; sin embargo, temía, correctamente, que ninguna mujer decente deseara malgastar de una manera tan visible, desechando lo que se podía lavar, planchar y volver a usarse, una y otra vez.

Así, Samantha volvía a estar entregada a su propia vida, a cierta distancia, en Delaware, y respondía solo vagamente a las insinuaciones que le hacía Deirdre de que visitara Bloodsmoor con más frecuencia.

¡Sola!, ¡la única de todas las chicas Zinn!, y, ay, en esta noche de implacables vientos que aullaban. Pero… ¿no agradezco estar sola, al fin?, pensaba la joven mujer, estremeciéndose, mientras proseguía inútilmente su búsqueda, que cada vez era más difícil, pues los dedos se le estaban quedando rígidos a causa del frío. Porque, aunque me complacería con la compañía de una hermana tan alegre como Octavia, o tan emprendedora como Samantha, en ningún caso desearía que mis espíritus malévolos volvieran a mí, y no estoy preparada —en realidad, no estoy absolutamente nada preparada— para dar el salto, con indebida premura, y pasar al estado de «esposa».

(Que Deirdre se viera acosada, incluso en este momento crucial, por recuerdos del serio semblante del doctor Stoughton y de la ardiente mirada de Agha no creo que la desacredite a los ojos del lector; pues, a pesar de la relativa madurez de su edad, y de su ascenso social, no era sino una mujer sensible cuyos excesos románticos, que en otro contexto resultarían inapropiados, hay que perdonar. Y, aunque en esta época percibía cierta ineludible inclinación de su corazón hacia un caballero, sin duda no lo sabía con certeza ni podía saberlo, pues esta era una grave decisión que tomaría unos meses más tarde, bien entrada la primavera de 1900, en ese reino temporal que he renunciado a contemplar, con fines de simetría histórica y estructural, y en interés de la discreción.)

Así, es difícil determinar si el accidente con la lámpara de queroseno fue consecuencia de los pensamientos distraídos de Deirdre o de sus dedos ateridos o, como ella misma creía con firmeza, de una súbita irrupción del mundo de los espíritus (lo cual, ay, ella había creído superado para siempre), o si, de alguna manera solemne, como no me atrevo a investigar, era un acto de Dios, que simplemente empleó a Deirdre como instrumento. (Pues no puedo pensar que

nuestro Padre Celestial estuviera muy complacido con la reciente y asombrosa declaración de John Quincy Zinn relativa a las habilidades divinas y a las suyas propias en la elaboración de explosivos.)

En cualquier caso, el confuso episodio ocurrió de esta manera: Deirdre creía que, al fin, había localizado la crucial hoja de papel; en su celo por distinguir si lo era realmente, la acercó mucho al globo chamuscado de la lámpara, y entonces, según su propia declaración, la mano de un espíritu de proporciones casi de miniatura, que poseía dedos prensiles y uñas muy largas como garras, le agarró la muñeca y la obligó a meter el papel en el interior del globo y en la llama, con la consecuencia inmediata de que el papel se prendió fuego y la joven se asustó tanto que dejó caer la lámpara, lo que causó una deflagración más grande entre el revoltijo de valiosos objetos de John Quincy Zinn.

Sin embargo, tan valiente era Deirdre, y tanta su fibra moral, que, tras el pánico inicial, reunió la fuerza racional necesaria —¡no sé de dónde la sacó!— y pateó las llamas que se propagaban, para salvar de la destrucción la parte más importante del taller, en la que se encontraban la mayoría de las máquinas.

Esto lo hizo jadeando y sollozando de miedo y, sin duda, consternada por la indignidad de lo que había ocurrido, y puede ser que también sintiera un poco de sana ira, porque algún espíritu —¡incluso adivinaba que era el de un diablillo peludo y travieso!— se atrevía a tocarla, ahora que era dueña de la mansión Kiddemaster.

De modo que el fuego se extinguió y el laboratorio se salvó para la posteridad, pero, lamentablemente, la importante hoja de papel quedó destruida; fue una pérdida irreparable que —espero no ser entrometida por decirlo— no afectó al destino de John Quincy Zinn, ni aceleró su fallecimiento, ya que se calculó que el infeliz hombre había expirado en el instante mismo de la deflagración.

Pero Deirdre no lo sabía, claro, cuando, conmocionada, triste y extrañamente animada (ya como consecuencia de la fuerza conque corría la sangre por sus venas, ya por el estimulante aire de medianoche), contemplaba el humeante desorden que la rodeaba y se exprimía la imaginación pensando cómo podría explicar la pérdida a su padre inválido. Que era irreparable y trágica no lo dudaba; y sabía que de nada serviría decir que otro inventor algún día podría reproducir la fórmula.

—Y, si no se pudiera reproducir —dijo la nerviosa joven—, ¿no habré, entonces, salvado al mundo? ¿No nos habré salvado del sueño de un hombre loco?

Aunque al instante se regañó a sí misma y se mordió el labio por haber proferido tan blasfema afirmación.

84

La historia de la notable familia Zinn concluye aquí, al dar la medianoche, hace mucho tiempo: con la muerte del personaje más eminente de Bloodsmoor y la impropia alegría, en plena blasfemia, de nuestra heroína Deirdre.

No puedo —en realidad, no deseo— aventurarme más allá, pues el siglo XX no me interesa. ¡Dejo esta ingrata tarea a los jóvenes y a los que aún no han nacido!, para los que, me apena decirlo, estos versos inmortales de míster Longfellow pueden constituir más un acertijo que una alegre certeza:

¡No me digas, en lúgubres versos, que la vida no es sino un sueño vacío pues el alma es un muerto que duerme y las cosas no son lo que aparentan!
¡La vida es real! ¡La vida es seria!
Y la tumba no es su meta.
Que polvo eres y al polvo volverás
no se dijo del alma.

AGRADECIMIENTOS

De los diversos libros consultados en la preparación de esta crónica definitiva destacan cuatro que merecen una nota especial; se trata de *The Ladies' Wreath, A Magazine Devoted to Literature, Industry, and Religion*, editado por S. T. Martyn, editora (Nueva York, 1847); *The Wedding-Day Book*, adaptado por Katharine Lee Bates (Boston, 1882); *The Sociology of Invention*, de S. C. Gilfillan (Chicago, 1935), y *Psychical Research, Science, and Religion*, de Stanley De Brath (Londres, 1925). Las frecuentes citas que aparecen en este volumen, en particular de versos, están generosamente extraídas de los excelentes libros recopilados por Martyn y Bates, con quienes estoy en deuda por sus trabajos sobre literatura y su generosidad.

JOYCE CAROL OATES (Lockport, New York, 16 de junio de 1938) es una novelista, cuentista, autora teatral, editora, y crítica estadounidense, que también utiliza para escribir los pseudónimos de Rosamond Smith y Lauren Kelly. Desde 1978 es profesora de escritura creativa en la Universidad de Princeton (Nueva Jersey).

Es una de las grandes firmas de la literatura contemporánea norteamericana. Autora muy prolífica, tiene en su haber más de cincuenta novelas y una variada producción de ensayos. Ganadora de prestigiosos premios literarios en su país y firme candidata al Premio Nobel, la autora reparte su tiempo entre la escritura y los cursos que dirige en la universidad de Princeton, en New Jersey. Desde 1978 es miembro de la American Academy of Arts and Letters.